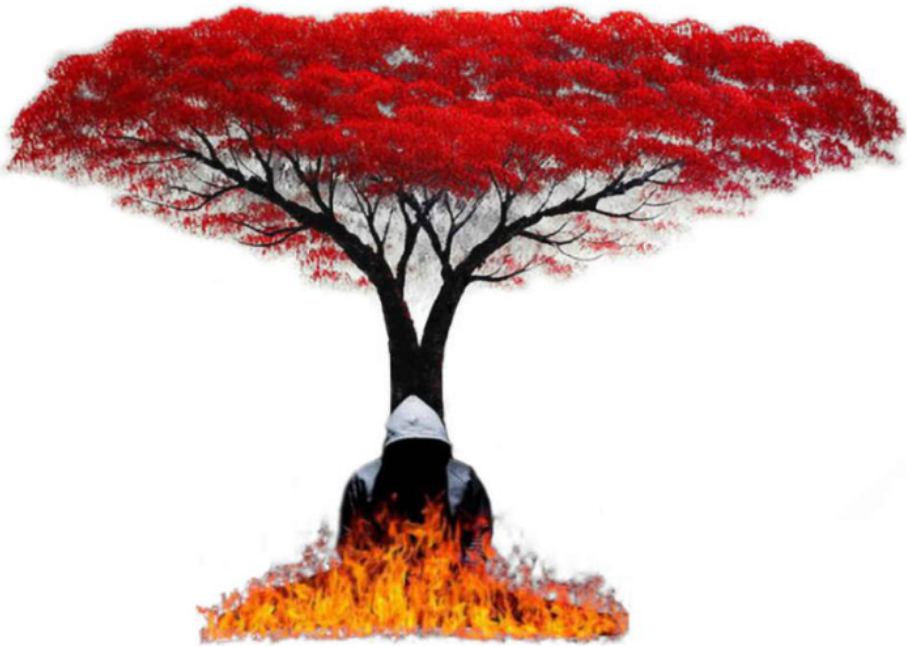
CANNETO



BASADO EN HECHOS REALES

ÓSCAR RECIO CALLEJÓN

CANNETO

Prólogo:

Los hechos descritos en esta novela, están basados en una historia real que aterrorizó a los habitantes de la pequeña aldea de Canneto de Caronia, en Sicilia.

Actualmente sigue sin haber una explicación oficial que resuelva el misterio que azotó a esta población entre enero de 2004 y mayo de 2008. En esta fecha, el equipo de expertos que se desplegó a la zona entregó, al gobierno italiano, un informe de conclusiones que finalizaba con la afirmación de que, los sucesos ocurridos en Canneto, tenían un origen medible aunque completamente desconocido. Quedó descartada cualquier posible manipulación o fraude de los fenómenos que provocaron el éxodo de toda una población. Su autenticidad fue refrenda por un enorme equipo multidisciplinar de ingenieros, técnicos medioambientales, científicos, profesores universitarios, protección civil, policía y bomberos. La Iglesia católica no se ha pronunciado oficialmente tras la muerte de Juan Pablo II, en abril de 2005.

A día de hoy, la mayoría de los habitantes han regresado a sus casas. Si bien nunca olvidarán el pánico que sintieron durante el tiempo que duraron los extraños fenómenos, Canneto vuelve a ser una población costera tranquila y plácida, aunque sus habitantes tienen ese rostro que imprime presenciar el mal con tus propios ojos y no poder darle una explicación lógica que apacigüe sus corazones.

Nota aclaratoria: Los detalles de la vida personal de los protagonistas, así como algunos personajes, han sido novelados.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1:

Martes, 13 de enero de 2004. Mar Tirreno, diez millas náuticas al norte de la isla de Alicudi.

El ruido del motor diesel, de un pesquero, envolvía un mar más plano que el agua de un estanque. Llevaban faenando desde las una de la mañana y no había rastro de los peces. El sol empezaba a pegar con fuerza en un cielo, tan despejado y en calma, como el agua sobre la que se deslizaban. El sónar no marcaba nada en varias millas a la redonda y eso estaba empezando a desquiciar al capitán Lorenzale.

El olor de los aparejos y las redes se entremezclaban con del salitre y el combustible. Aquello era lo más parecido que guardaban, en su memoria, a un jornal que llevarse a casa por segundo día consecutivo; ese tufillo penetrante que dejas de percibir cuando llevas horas a bordo de un cascarón que deriva entre la inmensidad.

— Niño, cobra el cabo que nos vamos –dijo el capitán, en voz alta, para que pudiese oírle.

— ¿De qué amura?

— De estribor, idiota. ¿O ves algún otro enganchado en la borda? De qué amura… –repitió para sí en voz baja, enfadado.

— Si con el mar así engancha el tiro de la red, qué no será capaz de hacer en plena tormenta. Ni que yo tuviera la culpa de que no haya pesca. Tanto mal humor y malos modos para la mierda que me paga –rezongaba, el más joven, mientras tiraba del cabo con fuerza.

Una sombra pasó a toda velocidad sobre su cabeza; era grande, lo suficiente como para dejar en penumbra todo el casco durante una fracción de segundo.

— Pero qué…

— ¿Estás atontado o qué te pasa? –preguntó el capitán, al salir del puente y encontrarse al muchacho mirando hacia proa, con la vista puesta en el cielo, sin moverse ni mediar palabra–. Te estoy hablando. A ver si voy a encender el motor de recogida y me llevo tus dedos. Que me avises cuando este liberado, te lo he dicho cien veces.

El joven no estaba escuchando las palabras del patrón, era como una estatua, una roca varada sobre la popa de la cubierta. En aquel momento, dos cazas del ejército sobrepasaron la embarcación a una velocidad próxima a la del sonido, entonces, el capitán se giró y lo vio.

— Pero ¿qué coño…?

El repiqueteo de un helicóptero militar se entremezclaba, a sus espaldas, con el rugido de las aeronaves que se abrían, en sentidos opuestos, para volver sobre ellos. Una vez más, hicieron otra pasada, a escasos treinta metros sobre antena de la radio. Pero no, no era a ellos a quienes perseguían.

— ¿Qué cojones es eso? –dijo el capitán.

El más joven no respondió, simplemente le miró un instante a los ojos y siguió con la vista clavada en aquella esfera metálica, de poco más de quince metros, que hacía movimientos imposibles para apartarse de la trayectoria de los cazas. Después, regresaba al mismo punto, a escasos cien metros de la proa y unos veinte de altitud.

Los cazas estaban regresando, esta vez su vuelo era casi rasante y levantaban estelas, más altas que la embarcación, sobre el mar. El viento y las ondas sónicas hicieron temblar al pesquero, que se balanceaba como un corcho sobre una marejada de costado. La esfera se zambulló bajo las profundidades para esquivarlos definitivamente y desapareció.

Los motores del helicóptero les devolvieron a la realidad, tras un par de minutos donde el tiempo parecía haberse detenido.

— Attention! Leave this area. You are in a military restricted zone. Atenzione! Lasciare l'area. Sei in una zona militare ristretta –repetían sin parar desde el helicóptero, en el que reconocieron, sin lugar a dudas, la insignia aeronáutica del ejército estadounidense.

— ¡Vámonos de aquí cagando leches! –gritó el capitán, al mismo tiempo que corría hacia el puente para poner las máquinas a toda potencia.

No esperó ni a recoger la red de tiro. El pesquero abandonó la zona mientras, esta, se amontonaba sobre la popa tal como venía cayendo. Con el corazón a punto de salirse por la boca, los dos marineros volvieron a puerto, sanos y salvos, pero con una historia que nadie creería jamás.

Capítulo 2:

Jueves, 15 de enero de 2004.

El día estaba finalizando tras una larga jornada de trabajo. Nino regresaba a la pequeña población costera de Canneto, en la provincia de Caronia. La carretera desde Mesina estaba como cualquier día, pero él prefirió tomar el tren para ir a trabajar. La estación quedaba cerca de casa, a unos pocos minutos caminando y, en un día como ese, en el que había más papeleo que hacer que visitas a clientes, se ahorraba el tráfico y los problemas de aparcamiento.

Nino llevaba quince años en la compañía, vendiendo seguros de todo tipo. Aquel trabajo le brindaba la oportunidad de conocer a mucha gente. En una isla sureña como es Sicilia –donde las personas tienen ese carácter extrovertido que dan las buenas temperaturas, el sol y unas playas de aguas cristalinas–, el día que salía a visitar, se le iba la mitad del tiempo en charlas banales con los vecinos de la población que le tocara visitar. Puede parecer una pérdida de tiempo pero no lo era; un trabajo como el suyo se cimienta sobre la base de la confianza y, aquellas charlas sobre el tiempo, la economía o la familia, alimentaban ese vínculo personal que debe conseguir todo buen agente de seguros.

Canneto no era más que un minúsculo punto en el mapa, una de esas pequeñas poblaciones costeras donde la gente acudía a la playa los fines de semana. No estaba en ninguna guía turística, ni destacaba por poseer ningún atractivo diferente a lo que puedes encontrar en cualquier lugar del Mar Tirreno. Sin embargo, aquella noche iba a comenzar un suceso que, sin sospecharlo, iba a convertir su encantador pueblecito marítimo, en el centro de todas las miradas. Él no lo supo hasta mucho más adelante, claro está. Pero todo gran misterio comienza con un pequeño detonante, algo fortuito que no tendría trascendencia de manera aislada. El mundo no pone la vista en un lugar así ni aunque se te aparezca Dios en persona, pero, si quien ha posado sus ojos sobre ti, se parece más al diablo… Ay, amigos; ahí la cosa cambia.

Antonio Pezzino (Nino para los amigos), es uno de esos tipos que cae bien a todo el mundo. Tenía una familia maravillosa, buenos amigos, vecinos de esos que están dispuestos a ayudar, ya sea para pintar la entrada o hacer una barbacoa. Acababa de cumplir los cuarenta ese mismo mes y su familia le había preparado una gran fiesta sorpresa, a la que acudió medio pueblo. Tampoco era algo muy extraño: En una aldea de ciento cincuenta y cuatro habitantes, los vecinos saben, al despertarse, si anoche discutiste con tu esposa o

estuvisteis haciendo el amor hasta las dos de la mañana.

— Hola, cariño. Ya estoy en casa.

— ¡Hola! Estoy en la cocina –dijo su mujer, en voz alta, para que supiera dónde se encontraba.

— ¡Uhmm! Qué bien huele –exclamó al acercase para darle un beso.

— ¿Qué tal el día?

— Igual. La cosa está floja, ya lo sabes. Si todo va bien, la gente cree que no necesita un seguro. Nada más que se acuerdan de mí cuando les pasa algo y ya no tiene remedio.

— Bueno, no te preocupes. Ya verás que cómo mejora muy pronto –respondió dándole un beso en la frente–. Siéntate, esto ya está.

— ¿Y el chico?

— Tiene que estar a punto de llegar, le dije que volviera a las ocho, la cena en esta casa es sagrada.

— Pues son las ocho y diez –recriminó Nino, mirando su reloj de pulsera.

— Ay, me va a hacer enfadar. Como tenga que salir a buscarle, verás.

Feliciana era una mujer de carácter, de esas que se desviven para darte todo lo que tienen pero a la que no le podías tocar las narices. Si ella decía algo había que cumplirlo: su casa, sus reglas; era así de sencillo. En aquel momento se escuchó abrirse la puerta de la casa.

— ¡Ya estoy aquí!

— Llegas diez minutos tarde –le recriminó Feli nada más escuchó aquellas palabras.

— Lo siento –dijo, entrando en la cocina y besándola en la mejilla, para que no se enfadara–. Estábamos en casa de Piero y se nos ha ido la hora.

— Anda, dale un beso a tu padre y siéntate. Vamos a cenar –respondió esta, poniendo una expresión de que, por esta vez, le perdonaría la vida; pero sólo por disculparse y darle un beso, eso era de manual.

— Hola, papá –dijo, besando a Nino en la cabeza.

— ¿Qué tal, hijo? –preguntó, sin demasiado énfasis, apartando solo un instante unos papeles que estaba ojeando.

— Bien –contestó a secas, sin querer entrar en detalles de lo que había hecho. Su padre solía conformarse con eso. La mamá era otra cuestión, ahí sí que había que responder sometiéndose al polígrafo.

— Nino, te he dicho cien veces que no pongas los papeles del trabajo en la mesa. La cena es sagrada, ya lo sabes.

— Voy… –respondió con ese soniquete, quejumbroso, de quien

sabe que no se lucha contra las reglas de una madre siciliana.

En su isla había un orden jerárquico muy claro: Primero estaba "*la mama*", después Dios y la Santísima Virgen María. Ni los famosos mafiosos, que tan mala reputación le habían dado a su comunidad, osaban alterar ese orden natural de las cosas.

Giuseppe (Peppe para los amigos y familia) era un chaval moreno, de ojos castaños y mirada despierta. Un chico delgado, no como su padre, que empezaba a conquistar los primeros centímetros de libertad que la adolescencia le brindaban. A sus quince años se había echado su primera novia, por desgracia era su prima y estaba convencido que "*la mama*" no iba a aprobar la relación. Pero estaba enamorado de ella, por eso tenía que andar mintiendo y decirle, a su amigo Piero, que le cubriera si su madre preguntaba dónde había estado.

Los Roselló estaban emparentados con su padre pero, en un lugar tan pequeño como en que vivían, era lo normal. Las familias del pueblo tenían las mismas raíces, sobre todo los que habían vivido allí durante generaciones. Bianca, era la única hija de los Roselló y, a sus catorce años, ya apuntaba las maneras de lo que se puede esperar de una buena mujer siciliana: Mano dura con los chicos y una belleza mediterránea de las que quitaban el hipo. Pero Peppe era diferente, lo conocía de toda la vida y era atento y cariñoso, siempre estaba pendiente de ella, de ayudarla incluso en las cosas más triviales. Si había que bajar una roca en la playa, ahí estaba la mano de Peppe, sin tener ni que buscarla o pedirla. Ni qué decir tiene si necesitaba desahogarse de los problemas en casa, del control a la que la sometían sus padres, especialmente la mamá; era lo tradicional en la familia. Bianca se sentía en una prisión y las hormonas luchaban contra los valores que le habían inculcado. Aquella tarde la había pasado a escondidas, en la playa, con el chico que adoraba desde que tenía nueve años. Esta vez le había dejado ir más allá y le dejó acariciar sus crecientes senos por debajo de la ropa; no se había limitado a los besos de siempre. ¿Se daría cuenta su madre? Estaba segura de que, con una simple mirada, traspasaría la frontera de su corazón y alcanzaría a contemplar sus secretos más íntimos, ella tenía ese poder sobrenatural.

— ¿Has hecho los deberes? –quiso saber Nino para comprobar que no había dejado las cosas para última hora, aunque mañana fuese viernes.

— Sí, sólo me faltan los de matemáticas, pero no tengo clase hasta el lunes.

— No los dejes para el domingo por la noche, que te conozco.

— No… qué pesados –protestó Peppe.

— Todo muy bueno, cariño. Como siempre.

— ¿Cómo siempre? –preguntó Feliciana con una ceja arqueada.

No se había pasado dos horas rellenando pasta para que fuese como siempre, aquello tenía un mérito especial.

— Es que cocinas muy bien. ¿Qué quieres que te diga? –respondió Nino ante los nubarrones que anunciaban tormenta.

— Que me he superado. La carne está cocida, a fuego lento, en vino tinto durante más de hora y media, y lleva albahaca fresca que he arrancado yo misma de la huerta de Manuela. Nada de esas cosas que venden con fertilizantes y pesticidas, abono natural y cariño.

— ¿Ves? Eres una gran cocinera. Otra mujer no prestaría atención a los detalles como lo haces tú.

Nino le dio un beso en la frente y dejó los platos en el fregadero. Se fue al salón, evitando una respuesta, por si su mujer quería entrar en polémica. Lo cierto es que Feli estaba satisfecha con la valoración de su trabajo, pero quizá esperaba una contestación más efusiva, algo más de jaleo. «Bueno, son hombres, tampoco se les puede pedir una comunicación demasiado desarrollada» –zanjó en su interior.

Antonino encendió el televisor y se puso a ver las noticias de deportes, el futbol era algo que le apasionaba (solo verlo, practicarlo cansaba demasiado). Su tripa le indicaba que o le faltaba poco para parir o que se había pasado con la cerveza. Cuando te sientas a ver la tele y esta aparece en la visión periférica, significa que estás alimentando tu interior más de la cuenta. El Calcio de Palermo había ganado y se había perdido el partido. ¿Por qué jugaban a esa hora? Cuando todo el mundo está trabajando. No entendía que la liga hubiese puesto partidos entre semana y, menos, a las cinco de la tarde. La tele empezó a fallar, la imagen se desconectaba en ráfagas de unas fracciones de segundo, hasta que se apagó por completo. Nino golpeó el mando al ver que no respondía. «¿Se habrá quedado sin pilas?» –se preguntó.

Su enfado iba aumentando, así que, con un enorme esfuerzo de lucha contra el centro de gravedad de su panza, que le había incrustado en el sillón, se levantó; dispuesto a encenderla con el botón del aparato. Menos mal que sus movimientos fueron lentos, de lo contrario no sabía lo que podía haber pasado. Estaba solo en el salón, mientras, su mujer recogía la cocina y Peppe había subido a su habitación, cualquiera sabe qué estaría haciendo: «Cosas de adolescentes» –pensó.

— Pero ¿qué coño…? –Del televisor empezó a salir humo e instantes después, fuego–. ¡Me cago en todo…! –gritó mientras corría en busca de algo para apagarlo.

Echarle agua a un aparato eléctrico no era una buena idea y él lo sabía, cosas del trabajo. Así que, lo primero que encontró fue el cobertor que protegía el sillón que usaban para que no se estropease.

Al girarse, comprobó que las cortinas que había tras este, empezaron a arder sin explicación aparente. La colcha que iba a utilizar para apagar la tele estaba en llamas y el sofá también. Si no se hubiese levantado, ahora mismo estaría ahí, envuelto en las llamas donde sus posaderas reposaban tras un largo día de trabajo. Logró salir de su estado de parálisis; no duraría más de un par de segundos pero, en esos casos, parecen horas.

— ¡Ayuda! ¡Feli! ¡Fuego!

— ¡¿Qué pasa?!

Los gritos descontrolados de Feli hicieron que Peppe bajara, corriendo, y dejase lo que fuese que estuviera haciendo. Mientras ella se atropellaba hacia la cocina, en busca del extintor, Nino se empecinaba en mantener las llamas a raya. Quitó de en medio cualquier cosa que pudiera extender el fuego, arrojó la colcha de sofá al suelo, comprobando que, afortunadamente, este no había prendido. Estaba pisoteando la tela, como quien intenta matar una cucaracha que no para de moverse, cuando el chico se asomó, con la cara boquiabierta, al salón.

— ¡Peppe!, quítate de en medio, por Dios.

Feli sentía que el corazón se le iba a salir por la boca; había escuchado a su marido contarle, tantas veces, cómo un fuego se descontrolaba en cuestión de segundos… Allí estaban todos sus recuerdos, todo aquello por lo que había luchado durante décadas; no iba a dejar que se lo arrebataran. Peppe se hizo a un lado, paralizado por el miedo, la mamá disparaba contra el televisor una nube de polvo blanco mientras Nino seguía saltando, ahora con los dos pies, sobre el cobertor del sofá. De no ser por las consecuencias que pudiera haber tenido, la escena resultaba casi cómica. Ver a su padre saltar a la comba sobre un trozo de tela, contemplando el desplazamiento contra natura de su barriga, le parecía gracioso. Pero no era el momento de reírse, Feli le hubiera dado una bofetada con el estado de nervios que tenía. Las llamas parecían haberse extinguido, aunque el humo les dificultaba la respiración. La tos invadió sus pulmones en un reflejo incontrolado, una lucha por unas bocanadas de aire limpio que expulsaran los gases tóxicos que les asfixiaban.

— ¡Niño! ¿Quieres abrir la puerta y las ventanas? ¡Haz algo, por Dios!

Peppe abrió la entrada de la casa descubriendo, al hacerlo, la llegada de refuerzos. Sus vecinos, alertados por los gritos, acudían ante su llamada de socorro, al mismo tiempo que otros se asomaban buscando una explicación. El humo salía de la casa como un nubarrón negro que amenazaba la paz de aquella pequeña pedanía.

Nino le quitó el extintor a su mujer y le dijo que saliera de la casa con el niño, él se encargaría de asegurarse que no resurgieran las

llamas, pero debían buscar aire puro o acabarían en el hospital. Se empecinó contra la colcha y el sillón como si pudieran volver a prender en cualquier momento, aquello era una lucha desigual, no había nada más que extinguir. Entonces se dio cuenta de que apenas podía respirar, la mezcla del polvo del extintor y los humos de la combustión buscaban las vías de salida, llevados por la corriente y él estaba justo en mitad de su camino.

Entre jadeos, nervios y toses descontroladas, salió a la puerta de casa para reunirse con su familia y buscar oxígeno con los que renovarse. Allí vio que habían acudido por lo menos siete u ocho vecinos que arropaban a su mujer e hijo entre caras de espanto y alivio por verles bien. Feli abrazó a su marido nada más salir, aliviada por encontrarlo sano y salvo, pero no le dio más de un par de segundos de respiro.

— ¿Se puede saber qué ha pasado? –preguntó de un modo que llevaba un cincuenta por ciento de preocupación y otro tanto de inquisidora general.

— La tele… –dijo Nino, intentando recuperar el aliento–, ha empezado a arder.

Sus manos se apoyaban en las rodillas, doblando la espalda, en una posición en la que parecía que iba a vomitar en cualquier momento. Jadeaba, jadeaba sin parar. En parte porque no estaba en buena forma física, pero también por la cantidad de gases que había en sus pulmones.

— Respira, Nino. Toma aire despacio y suéltalo –le dijo su primo que vivía tres casas más allá.

— ¿Y la colcha de mi madre? La has echado en lo alto de la tele para tapar el fuego, ¿verdad? No había nada mejor –preguntó ella con ese tono que ya tiene una sentencia firmada sin necesidad de escuchar a los testigos.

— No… joder… mujer –respondió en lucha contra su propio cuerpo.

— ¿Quieres dejarlo en paz? –le recriminó su primo–. No es momento de eso –aseguró, poniendo su mano sobre la espalda de Nino, que todavía permanecía agachado, intentando retomar el aliento.

— Empezó a arder sola… en el sofá… nada más levantarme. Si no lo hubiera hecho…

Sus frases estaban llenas de pausas que aprovechaba para oxigenar sus pulmones. Debía luchar contra dos fuegos, el de su interior y el de su esposa; el segundo era todavía más peligroso.

— ¿No estarías fumando? Como si lo viera, se le ha caído el cigarro en el asiento y ni se ha dado cuenta –acusó la inspectora Feliciana Di Pronia.

— ¡Que no, coño! Que no había encendido ni un cigarro todavía.

El mosqueo de Nino le hacía recuperar las fuerzas y cada vez se le entendía mejor, más repuesto. Las sirenas de los bomberos aparecieron en ese momento. Del interior de la casa seguía saliendo humo, aunque cada vez menos. Pero cualquier bocanada, por pequeña que fuera, le hacía toser como si tuviera la peor bronquitis de su vida.

A Feli no le cuadraba la historia de su marido. Un televisor es un aparato eléctrico, vale, puede arder por un cortocircuito o algo así, ¿pero la cocha de "*la mama*"?, eso no prende por arte de magia. Los bomberos pararon en mitad de la calle y se bajaron del camión, casi sin haberse detenido.

— ¿Hay alguien dentro? –dijo uno de ellos que parecía comandar la cuadrilla.

— No –aseguró Nino, agitando la cabeza de izquierda a derecha–. Estamos todos bien.

— Una ambulancia viene de camino. ¿Hay algún herido?

— No –insistió Nino.

— Mi primo tiene mucha tos, le cuesta respirar. Se ha tirado un buen rato ahí dentro, apagando las llamas.

— No se preocupe, en seguida le atenderán. ¡Pikachu, coge la manguera! Puede hacer falta. Pijama, tú conmigo. Vamos a entrar. ¿Llevas la máscara?

— Sí, jefe.

La ambulancia no tardó más de cinco minutos, tiempo suficiente para que se recuperase del todo Antonino. No obstante, cuando llegaron los sanitarios, el testimonio de los vecinos le obligó a ponerse una mascarilla con oxígeno y sentarse.

— Deberíamos llevarle al hospital a que le hagan unas pruebas.

— No, estoy bien, de verdad –insistía el padre de familia.

— De todos modos debe ir –aseguró el doctor.

— Está todo controlado –dijo el jefe de la cuadrilla de bomberos, saliendo a la puerta del domicilio–. ¿Cómo ha pasado?

— Estaba mi marido solo, en el salón –aseguró Feli, con un gesto de la cabeza, para que le preguntasen.

— No se preocupe, ha hecho un buen trabajo, las llamas estaban bien extinguidas. Si no hubiese reaccionado tan rápido, las consecuencias hubieran sido mucho peores.

— Gracias –dijo Nino, asintiendo con la cabeza.

— ¿Cómo ha pasado?

— No lo sé. Yo estaba viendo las noticias, tan tranquilo, y de repente empezó a salir humo del aparato. Me levanté asustado para apagarlo y, al hacerlo, sentí el calor del fuego en mi

espalda. Ese crujido que hacen las cosas al arder, ya sabe…

— Sí, comprendo. ¿Cómo se inició el fuego en el sofá? –quiso saber el bombero, con esa pregunta en la cabeza desde el principio. No era necesario que le describiese el sonido que hacen las llamas al crepitar, lo conocía de sobra.

— Le digo que no tengo ni idea. Si no me llego a levantar, me pillan, las llamas, sentado. Es algo que no me cabe en la cabeza, se lo aseguro.

— ¿Tenía algún dispositivo electrónico conectado en este? ¿Un cargador de móvil, una manta eléctrica, una regleta?

— Nada. No había nada enchufado que estuviera sobre el sofá.

— ¿El teléfono quizá? Ha habido casos de baterías defectuosas que echan a arder sin motivo aparente.

— No, no. El móvil lo llevo encima –respondió, sacándolo del bolsillo–. No estaba fumando ni nada, es lo primero que me ha preguntado mi mujer.

— ¿Un mechero? –insistió el bombero, que más bien ejercía de poli malo entre tantas preguntas.

— Que no, joder –respondió, ya desesperado, ante tanta insistencia.

Capítulo 3:

Viernes, 16 de enero de 2004:

— Te dije que era una mala idea, no se juega con esas cosas.

— No empieces tú también, eh. Bastante tengo ya encima –replicó Peppe, visiblemente disgustado con su novia.

— Vamos a serenarnos todos un poco, ¿vale? –intervino Piero, intentando poner paz al comprobar que la tensión se estaba disparando en la buhardilla de la casa de los Roselló.

Los tres amigos se habían reunido allí, aprovechando que la madre de Bianca había ido a comprar unas cosas al pueblo. Caronia no quedaba lejos, a unos escasos cuatro kilómetros. Si querían arreglar las cosas, debían darse prisa.

— ¿Vamos a hacerlo o no? –insistió Peppe, desesperado.

— Que sí, joder –replicó Bianca ante la insistencia de su novio–. ¿Has traído lo que te dije?

— Sí, aquí está –respondió, sacando del bolsillo de su chaqueta, el mando a distancia de la tele que había ardido la noche anterior.

— Esto nos servirá, es perfecto. No podéis romper el círculo, ¿entendido? Os advertí que podía ser peligroso.

— Que sí, coño. Sácala ya de una vez –insistió Peppe, desesperado.

— Voy. Sentaos en el suelo, como os dije, y no os mováis.

Bianca se acercó a una vieja cajonera de madera que había en la pared del fondo, frente a la puerta, y rebuscó bajo un montón de viejos papeles, en uno de los cajones inferiores. Sacó la tabla y la puso en el centro, entre ambos amigos. Ella se sentó en uno de los lados, dando la espalda al mueble y de cara a la puerta. En una mano sostenía un pequeño vaso de vino y, en la otra, una vela gruesa y corta.

— Espera –dijo, poniéndose en pie.

— ¿A dónde vas ahora?

— A correr las cortinas, ¿puedo? Si no os tomáis esto en serio, no va a salir y no podremos pedirle que se marche.

— Pero si el espíritu se quedó atrapado en la casa de Peppe, ¿no deberíamos hacerlo allí? –preguntó Piero, sin terminar de entender lo que estaban haciendo.

— Ves demasiadas películas –contestó Bianca, dejando la habitación en penumbra y sentándose nuevamente en su sitio–. Para los espíritus no hay barreras físicas, no se quedan atrapados en una habitación como nos hacen creer en

Hollywood. Ellos se trasladan por una dimensión paralela y sus límites son energéticos. La habitación de Peppe está tras esta pared, no hay nada que impida que nos escuche.

— Es verdad –aseguró Peppe–, el salón de mi casa está más lejos del lugar donde lo invocamos que este cuarto y mira lo que pasó.

— Bueno, ahora silencio y concentraos –dijo Bianca tras encender la vela y colocar el vaso, boca abajo, sobre la Ouija–. Nadie se levanta hasta que el ser se despida de nosotros –ordenó.

Bianca puso el mando de la televisión en la parte superior izquierda de la tabla, junto a la palabra "Sí". Cerró los ojos y le dio las manos a sus amigos. Entonces, comenzó a cantar sin mover los labios; era una música extraña, como sacada de una película triste. Su timbre era puro, angelical, como el del coro de unos niños en una catedral. A Piero le entró la risa porque, por su cabeza, circulaba la imagen de la vieja de Titanic arrojando el diamante al mar. Bianca abrió un ojo y lo miró como si lo fuese a apuñalar allí mismo.

— Joder, Piero. Si vas a dar por culo, mejor te vas –dijo Peppe, muy serio.

— No, ya está, perdón –aseguró, intentando reprimir la risa por la imagen que se le había venido a la cabeza.

Los tres cerraron los ojos y Bianca volvió a cantar. Esta vez no hubo interrupciones. Los cánticos empezaban a parecerse más al quejido de las tribus norteamericanas que a las suaves notas de James Horner, en los labios de Celine Dion. La vela comenzó a parpadear y Bianca la escuchó agitarse. Su voz se detuvo en seco.

— Almas en pena que acudís a la llamada de la sangre derramada en el sacrificio. Saciad vuestra sed de líquido vital y comunicaos con los vivos, ahora.

La vela parpadeaba cada vez más fuerte, parecía que fuese a apagarse en cualquier momento, pero regresaba con vigor en vivas llamaradas. Bianca, soltó la mano de sus amigos y puso su dedo índice sobre el vaso e invitó a sus amigos a hacer lo mismo.

— ¿Estás ahí? –dijo Bianca, con una voz que parecía más próxima al mundo de los muertos que al de los vivos.

Los chicos miraban el vaso y la vela con gran expectación. El morbo se cruzaba con el miedo, en una adictiva mezcla de adrenalina, que disparaba sus latidos al contemplar la llama de la vela agitarse en una habitación cerrada a cal y canto.

— Ven, ven a mí y comparte la carga de tu dolor para que podamos liberarte y encontrar el camino hacia la luz eterna. Vacía el fuego de tu ira y hallarás la paz. Ven a mí, te lo imploro. Yo seré tu guía y ya no habrá más dolor. ¿Estás ahí?

El vaso se desplazó bruscamente hacia el «Sí». Los chicos se asustaron y apartaron sus manos, del vaso, instintivamente.

— ¡No rompáis el círculo! –les dijo Bianca, con una mirada que pasaba entre la ira y el pánico.

Los chicos obedecieron, pero sus manos apenas rozaban el vaso. La tensión de sus músculos les obligaba a apartarlo de aquello como quien toca un hierro incandescente. Ella colocó nuevamente el vaso en la parte inferior, dispuesta a hacer una nueva pregunta.

— ¿Estás atrapado?

La llama de la vela se apagó de repente y el vaso se puso caliente, muy caliente, sintieron cómo se quemaba la yema de sus dedos y tuvieron que apartarla, exclamando de dolor.

— ¡Ah! ¡Joder! –gritó Peppe, agitando su mano en el aire para aliviarse.

— No rompáis el círculo. Dadme las manos. Responde, por favor: ¿Estás atrapado?

El vaso se movió solo, sin el contacto de los dedos de ninguno de los chavales hacia el «Sí», vibró como si hubiera un terremoto sobre la tabla y cambió ligeramente de color. El mando de la tele comenzó a arder de repente y el vaso explotó en mil pedazos.

Los chicos gritaron muertos de miedo, soltando sus manos para protegerse los ojos de la explosión. Inmediatamente salieron huyendo de la buhardilla, dejando en llamas la tabla de Ouija sobre la que se apoyaba el mando. Ninguno fue consciente del peligro de dejar en llamas aquello, en una habitación llena de trastos, que eran el mejor combustible posible para un incendio descontrolado.

Gritaban por las escaleras, buscando la seguridad de la calle en pleno día y, en la puerta, se encontraron con la madre de Bianca.

— ¿Dónde vais, chicos?

— ¡No entres ahí, tita! –gritó Peppe.

— ¿Qué pasa? –preguntó, desconcertada. Bianca, arrastraba a su madre del brazo, calle abajo, haciendo que las bolsas de la compra se cayeran en el suelo–. ¡Bianca! ¡Suéltame!

— ¡Vámonos, mamá! –repetía sin parar, con lágrimas en los ojos.

Marta miró hacia la parte de arriba de la casa y entonces vio las llamas. La madre de Bianca se quedó paralizada durante un instante y, enseguida, se llevó las manos a la cara.

— ¡¿Qué habéis hecho?! ¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Fuego! ¡Que alguien llame a los bomberos! ¡Ayuda! ¡Ayuda…!

———

— ¡Rápido, rápido, rápido! ¡Moveos, joder! –gritaba el líder del equipo de los bomberos, Micelle Marisi.

— ¿Qué pasa, jefe?
— Otro incendio en Canneto. ¡Date prisa, coño, Pikachu!
— Joder, si estuvimos ayer –rezongó el bombero, desconcertado.

La alarma de la pequeña estación de Caronia no paraba de sonar. La cuadrilla estaba montada en el camión en dos minutos y, en otros cinco, llegaron a la misma calle que el día anterior.

Siete minutos no parecen mucho pero, para un fuego descontrolado, son suficientes para dejar en llamas toda una planta de la casa de los Roselló. Esta vez no tuvieron tanta suerte como la familia Pezzino; no había un adulto en casa, con extintores a mano ni el valor para reaccionar a sangre fría. Marta acababa de perder los recuerdos de toda una vida en un trágico incidente ante la mirada esquiva de su hija y los dos amigos.

Tardaron casi treinta minutos en extinguirlo, tiempo suficiente para que mitad de la pedanía se congregara, en torno a Marta, para arroparla. No quedó nada de la buhardilla donde se originó el fuego pero, una hora más tarde, llegó el Sr. Bitelle.

— Inspector… A la orden.
— Descanse, jefe –respondió Franco Bitelle, con un gesto, para que bajase su mano que saludaba marcialmente–. ¿Qué está pasando, Marisi?
— Aún no hemos interrogado a los chavales. Acabamos de terminar de apagar el fuego pero, en la buhardilla, hemos encontrado cera esparcida por el suelo.
— ¿Una vela?
— Eso parece, inspector.
— ¿La planta superior tenía luz?
— Que nosotros sepamos, sí había.
— Dile a la Policía de Estado que no se vaya. No tengo claro lo que pasa aquí pero, dos incendios, en dos casas correlativas… No puede ser casualidad.
— A la orden, inspector.

Franco se puso la máscara y se adentró en la casa. El suelo estaba anegado y resbaladizo. Las escaleras supusieron todo un desafío para equilibristas, pero ya estaba acostumbrado; el secreto está en poner los pies en los extremos de cada escalón para evitar que se deslicen hacia los lados. La pared actúa de muro natural, solo hay que tener cuidado para no descentrar el peso del tronco hacia delante o hacia atrás y agarrarse con las manos a cualquier saliente fijo, aunque sea una pared.

No fue fácil pero llegó al piso superior. Allí pudo encontrar un viejo mueble de madera, que conservaba su forma intacta, repleto de cajones hasta la base. Había cristales rotos por todo el suelo, un baúl y una vieja mesa de libro, de esas que se abren hacia los costados. En el

centro de la habitación había un pedazo de madera, una especie de tablilla, junto a lo que parecía cera derretida. Pero había algo más, parecía plástico fundido y, en su interior, pequeños componentes de metal fundido.

— ¿Estaño? –se preguntó en voz alta.

Recogió los restos y los metió en una bolsa. La temperatura que había alcanzado aquello, superaba a la de la combustión normal de sus componentes. Si el fuego se hubiese debido a un descuido o mal uso de una vela, aquella cosa amorfa de plástico, se habría deformado desde el exterior y, sus componentes internos, estarían mejor preservados. Igual sucedía con la tablilla carbonizada, la temperatura que había alcanzado en un extremo, era demasiado alta para haber prendido de forma accidental.

— El foco parece estar en algún tipo de aparato electrónico y una tabla situada en el suelo de la habitación. No se detentan acelerantes químicos en una primera inspección visual y olfativa. Clasifico ambas piezas en bolsas como pruebas uno y dos –dijo en voz alta, registrando las notas en una grabadora.

— Inspector… Los chicos quieren irse a casa y el agente Chiesa insiste en que los dejemos marcharse –interrumpió el jefe Marisi.

— ¿Vitto Chiesa?

— Sí.

— Mira esto, Micelle –respondió, mostrándole la bolsa que contenía los restos de plástico fundido y metal–. El estaño funde a 240º C, la madera de estos muebles se carboniza a 280º ¿Ves carbonilla más allá de la parte más superficial? –dijo rascando el aparador con una pequeña navaja de bolsillo y dejando una muesca de madera sana al aire–. Sin embargo, estas burbujas en el metal no aparecen hasta que se superan los 360º.

— Ya le sigo, inspector. Son menores, sabe lo que eso supone.

— Dígale a Chiesa que se los lleve con sus padres a comisaría. Tienen mucho que explicar. Si han provocado este incendio, puede que también lo hayan hecho con el de la casa del chico, Antonino…

— Pezzino, inspector –le completó el jefe al comprobar que no encontraba, en su memoria, el apellido.

— Comenzó en la televisión, ¿verdad?

— Sí, eso dijo el padre.

— Que el laboratorio investigue los componentes internos del aparato. Me apostaría el uniforme a que los circuitos tienen estas mismas burbujas. Tenemos que averiguar qué acelerante han usado. No veo residuos químicos, decoloraciones en la

combustión ni percibo olor alguno. Hay que registrar las dos casas a fondo, sobre todo las habitaciones de los chicos.
— Comprendido, inspector. Se lo digo a Chiesa ahora mismo.

———

— ¿Me puede explicar alguien qué está pasando? –dijo Marta, indignada por haberlos retenido en comisaría tras la tragedia de perder su casa.
— Discúlpeme, Sra. de Roselló.
— Pezzino, si no le importa. Tengo mi propio apellido.
— Está bien. Disculpe. Sra. Pezzino.
— ¿Por qué nos han retenido?
— Tenemos que hacerles unas preguntas para aclarar lo que ha sucedido.
— Ya se lo he dicho diez veces. Yo estaba fuera, haciendo unas compras, y los chicos salieron de casa porque, en la buhardilla, se había iniciado un incendio y me retuvieron.
— Pero ¿qué causó el incendio?
— Ya le hemos dicho que no lo sabemos.
— ¿Estaba usted cuando se iniciaron las llamas?
— ¿Está usted sordo? Le acabo de repetir que no.
— Lo sé, pero es importante que quede claro este asunto.
— ¿Por qué?
— Es posible que no fuera un accidente.
— ¿Me está insinuando que mi propia hija le ha pegado fuego a nuestra casa?
— No se altere, Sra. Pezzino. Aún no sabemos lo que ha pasado pero, dos fuegos, dos días consecutivos, en dos casas contiguas… Suena raro.
— Mi hija no estaba en casa de Nino anoche.
— Lo sé, Marta. Tranquilícese. Solo queremos saber lo que ha pasado.
— Pues hagan su trabajo y déjennos en paz. No son horas de tener a unos menores en la calle y aislados de sus padres. Cuando venga mi marido y el padre de Peppe, se van a enterar.
— Ya están aquí. Los tienen en otra habitación, prestando declaración.
— No tienen derecho a retenernos así. Si no nos acusan de nada, debe dejarnos libres.
— Esto no es una película americana, señora. Sí tenemos derecho a retenerles para hacer nuestro trabajo.
— Pues deje que nos vayamos a casa, bastante hemos tenido ya.
— En cuanto presten declaración, todos, podrán marcharse.

———

— ¿Qué estabais haciendo en la buhardilla, Bianca?
— Ya se lo he dicho antes, estábamos con un juego de mesa.
— Pero, ¿por qué había una vela en el suelo?
— Era para crear ambiente, nada más.
— ¿Por qué necesitabais velas para jugar? No lo entiendo. ¿Qué clase de juego de mesa era?
— ¡Está bien! Era una Ouija, ya lo he dicho. ¿Contento?
— ¿Estabais haciendo espiritismo?
— ¡Sí, joder! –dijo Bianca, rompiendo a llorar.
— ¿Cómo empezó el fuego?
— Fue el maldito mando a distancia de la tele.
— El mando de la televisión estaba en el salón, intacto.
— No era el de mi casa, era el de Peppe.
— ¿Entrasteis en casa de Nino Pezzino?
— ¡Sí!
— Sabes que no se puede entrar, ¿verdad? Es peligroso y, además, es el escenario de una investigación.
— Lo sé, pero era la única manera de que se fuera.
— De que se fuera, ¿quién, Bianca?
— El espíritu. No entiende nada. Quiero irme a casa, por favor –insistió entre sollozos.
— Explícamelo para que lo entienda.
— Hicimos lo mismo en casa de Peppe y contactamos. Estábamos muy nerviosos, nunca nos había salido nada.
— ¿Habéis jugado otras veces?
— Sí, pero era yo quien movía el vaso. Esta vez, no, se lo juro.
— Pudo ser alguno de tus amigos.
— Lo dudo. Se acojonan demasiado y eso era lo divertido.
— Y ¿qué tiene que ver lo de la casa de los Pezzino con lo de tu casa?
— Todo, ¿no se da cuenta? Ese ser provocó el incendio en la casa de Peppe y en la mía. Yo pensaba que si lo ayudábamos, nos dejaría en paz. Pero cuando el mando de la tele empezó a arder, nos asustamos y echamos a correr.
— ¿Se os volcó la vela y prendió la Ouija, Bianca?
— ¡No! La vela se apagó sola, antes de iniciarse el incendio.
— Pero la teníais encendida cuando empezasteis a jugar.
— ¡Sí!, pero esa cosa la apagó y prendió la tabla. No me está escuchando.
— Sí lo estoy haciendo, Bianca. Pero, entiéndeme, es una historia difícil de creer.
— ¿Cree que no lo sé? Me ha preguntado qué había pasado. No

quería decirlo porque sabía lo que pensaría. Ahora pensará que estoy loca o algo así y no es verdad. Le aseguro que fue así como sucedió. Pregúntele a Piero.

— Oficial, ¿puede salir un momento? –dijo el asistente jefe, entrando en el despacho donde estaban interrogando a la chica.

— Sí, señor.

El jefe de la pequeña comisaría de la Policía de Estado lo dirigió a su despacho, junto al asistente (segundo en el mando) y a otro agente. Cerró la puerta y se sentó en su sillón, tras el escritorio.

— Esto no va ninguna parte. El padre de la chica ha llamado a un abogado y nos amenaza con una demanda por detención ilegal de menores. Soltadlos.

— Pero jefe… está claro que han sido ellos –protestó el agente.

— Hasta que no tengáis algo más firme, los quiero fuera. ¿Siguen insistiendo los tres en la misma versión del espiritismo?

— Sí –aseguró el asistente segundo.

— Pues lo dicho, ponedles vigilancia y soltadlos.

— A la orden, señor –respondió el oficial que estaba interrogando a Bianca.

Doce horas después de su ingreso en comisaría, los tres amigos se reencontraron en la puerta de comisaría. Nino y Feliciana fueron los primeros en recibir a su hijo, que se envolvió bajo los brazos de sus padres por primera vez en varios años. Pero, al salir Bianca, los padres de esta se quedaron de una pieza al contemplar a su hija besar en la boca a Peppe.

— Lo siento, de verdad que lo siento. No sabía que podía pasar algo así –le dijo ella al oído.

— No ha sido culpa tuya, yo te obligué a hacerlo. Ya me avisaste que podía ser peligroso.

— ¡Bianca! ¡Vámonos! –ordenó Enzo, el padre de Bianca, con voz autoritaria, tirando del brazo de su hija.

— ¡Te quiero! –gritó ella.

— Y yo –respondió Peppe con los ojos a punto de encharcarse.

— Que tu hijo no se acerque a la mía –advirtió Enzo, con el rostro muy serio, a Nino.

— Vámonos –dijo este sin querer entrar en polémica.

Los padres de Piero fueron los últimos en salir, aunque no se detuvieron a hablar con ninguno de ellos. Para ellos, Peppe y Bianca eran una mala influencia y habían metido a su hijo en un problema que no tenía nada que ver con este. Desde aquel momento, tenía totalmente prohibido salir con ellos a ninguna parte.

Capítulo 4:

Lunes, 19 de enero de 2004:

A la salida de clase, Peppe se reunió con Bianca en el campo de fútbol del colegio. Sabía que el padre de Bianca le estaría esperando en la puerta, así que era la única oportunidad que tenían para verse y hablar después de un fin de semana de reclusión forzosa. Ella lo abrazó con fuerza y él la besó en los labios, con dulzura y pasión entremezcladas.

Piero, que también había recibido la nota en su mesa, estaba nervioso. Sus padres le habían echado la bronca de su vida y sabía que, si le pillaban hablando con ellos, se quedaría sin salir hasta que cumpliera los dieciocho como mínimo. Aun así, acudió a la llamada de sus amigos y se mostró solícito a escuchar.

— ¿Cómo estás? –dijo Peppe, nada más ver a su mejor amigo.

— He tenido días mejores. Me estoy jugando la libertad condicional, así que id al grano; solo tengo cinco minutos.

— Sí, yo también tengo a mi padre esperando –aseguró Bianca.

— Tenemos que hacer algo para que nos crean –dijo Peppe–. Todos vimos lo que pasó, no fue culpa nuestra.

— Si no nos cree ni nuestra familia, ¿cómo pretendes que lo haga la policía? –apostilló Piero, disconforme.

— Tengo un plan –susurró Peppe–. Escuchad…

———

— Alonzo, voy a bañarme. Vigila el fuego.

Pía vivía a solas, con su marido, desde que sus hijos decidieron marcharse a la península. La mayor había estudiado enfermería y residía en Milán, realizando su segundo año de prácticas. El pequeño había estudiado derecho y consiguió un puesto, en una fábrica cementera, para llevar el departamento jurídico en la capital.

— ¿Me estás oyendo? –repitió Pía, molesta con su marido.

— Que sí –replicó este sin levantar la vista del partido entre el Nápoles y el Inter.

— ¿Qué te he dicho?

— Que sí.

— Que sí, ¿qué?

— No sé –respondió al verse acorralado.

— De verdad, eh. Entre lo sordo que estás y el puñetero fútbol… Que me voy al baño, que vigiles el fuego mientras me ducho.

— Vale, vale –respondió Alonzo volviendo a poner su mirada en el partido, haciendo aspavientos ante una gran oportunidad

fallada por el Nápoles.

Pía no se fiaba de su marido, así que decidió apagar la hornilla, no fuera que se quemara la comida o algo peor. Bastantes desgracias llevaban ya en el pueblo aquella semana. A sus setenta y tres años, todavía se manejaba bien con las tareas de la casa, aunque le gustaría que su esposo le echara una mano en algo más que no fuese hacer la compra cada mañana. Los años no pasaban en balde y las escaleras empezaban a pesar para ir de un lado para otro con el cubo de la fregona.

Exhausta por repetir el ascenso a la planta superior, por décima vez aquella mañana, se desnudó y entró en el baño, descorriendo la mampara del plato de ducha. Dejó la toalla preparada, a un lado, colgando del soporte del lado derecho, y la bata en el izquierdo. Durante unos minutos solo se escuchaba el sonido del agua correr y el partido, a todo volumen, en la planta de abajo; pero, cinco minutos más tarde… Ahí sí que la escuchó.

Los gritos de Pía llegaban hasta la calle. Alonzo, alarmado, subió tan rápido como pudo por las escaleras. A su edad, una caída en el baño podía ser muy peligrosa. Lo que no se esperaba es ver a su mujer, completamente desnuda, pegándole golpes a una toalla en llamas, junto a un secador de pelo. El fuego parecía más escandaloso de lo que realmente era porque, casi había llegado hasta el techo, pero no había nada más que prendiese a su alrededor y todo estaba húmedo por el vapor del baño.

— ¡Sal de ahí, mujer! Voy por el extintor.

Pía no paraba de gritar, temía que le pasara como a su vecina Marta, que lo había perdido todo el viernes pasado. La rápida reacción de Nino fue lo que salvó la casa de los Pezzino, y Alonzo lo sabía; por eso llamó una empresa de extintores que instaló uno en cada planta. Y por supuesto, un buen seguro que contrató con su vecino.

En un par de minutos estaba todo apagado y Pía buscando algo con lo que cubrirse. Entonces llegó el momento de las preguntas.

— ¿Se puede saber qué ha pasado? –inquirió, poniendo con un semblante que reflejaba más acusación que la necesidad de justificaciones. Sin tiempo para dejarla explicarse, prosiguió–. ¿A quién se le ocurre dejar el secador, enchufado, tan cerca de la ducha? ¿No tienes luces?

— Tú sí que no las tienes. Si no llego a apagar la comida…

— ¿Es que no has visto lo que les ha pasado a los vecinos? De verdad que no se te puede dejar sola, eh.

— ¿Te quieres callar, membrillo, cabezón? Que no estaba enchufado, que no soy tonta.

— ¿Ah, no? Y entonces, ¿cómo ha ardido?

— ¿¡Cómo quieres que lo sepa!? Ha sido al salir de la ducha, fui

a echar mano de la toalla y noté el calor de las llamas. Por poco me quemo el brazo, zoquete.

— Ah, la toalla y el secador han prendido solos, sin que nadie los toque ni estar enchufado.

— ¡Pues sí!

— Lo que hay que oír…

Alonzo fue hasta el dormitorio y descolgó el teléfono. Llamó a los bomberos, no fuera que hubiese fuego en más partes de la casa y no se hubieran dado cuenta. Entonces cayó en la cuenta: Su mujer le había dicho que vigilara la hornilla de la cocina. Como la hubiese apagado igual de bien que el secador, mal iban.

El viejo corrió por las escaleras, sintiendo un crujido en la cadera que le hizo detenerse por el dolor, durante unos segundos. Por suerte, no fue nada importante; ya se temía lo peor. Los bomberos estaban de camino: El tercer incendio de una vivienda, en una semana; algo estadísticamente imposible en un lugar tan pequeño. No pasaron más de diez minutos, el tiempo justo para comprobar que todo estaba bien en el resto de la casa y que Pía bajase, a la cocina, con algo de ropa puesta. No hizo falta que llamaran a la puerta, las sirenas se escuchaban por toda la calle y los habitantes de Canneto se echaron a la calle, alarmados, ante la presencia de los bomberos.

Cuando Alonzo salió, ya estaban allí la mitad de los vecinos, con semblante preocupado; temiéndose lo peor: Dos ancianos que viven solos…

— Ya está apagado –se apresuró a decir, temiendo que entraran en su casa como el GIS (Grupo de Intervención Especial del Arma de Carabineros).

— ¿Dónde ha empezado? –preguntó uno de los bomberos, con cara de no convencerle su afirmación.

— En el cuarto de baño. –El bombero echó a correr, saltando los escalones de tres en tres, pese al peso del equipo–. ¡No rompan nada, por favor! –gritó Alonzo, restregándose la cara al temerse lo peor.

Pía miraba a su marido con una mezcla de mal humor y resentimiento. Primero, la había acusado de provocar el incendio por un descuido. Después, no creyó sus explicaciones y, para colmo, ahora tenía la casa llena de cascos rojos que deambulaban de un lado para otro, sin el más mínimo cuidado con sus recuerdos de porcelana o marcos de fotos que atestaban las mesitas y pasillos. Lo mejor sería salir fuera de casa y no mirar lo que hacían, la estaban poniendo nerviosa. Para colmo, varias vecinas asomaban el morro en la puerta, como perros callejeros a las que se les tuviera prohibida la entrada y que esperasen unas sobras, lanzadas desde adentro, ante su insistencia. Las sobras que buscaban no eran más que información,

saber quién había provocado el fuego y, conociendo a su marido, estaba segura de que no tardaría en dejarla como una vieja torpe e incompetente. Él, precisamente él, que no daba un palo al agua. Si no fuese por ella, se les caería la casa encima.

— ¿Qué ha pasado, Pía? –quiso saber una vecina nada más cruzar el marco de la puerta que daba a la calle.

— Nada, Segis; un pequeño incendio en el baño. Ya está controlado.

— ¿Otro? Virgen del amor hermoso… ¿Cómo puede ser? –se preguntaba santiguándose–. Este pueblo está maldecido. Oh, Dios mío… tres incendios en una semana.

— No ha pasado nada, Segismunda, de verdad. Podéis marcharos a casa, todos –dijo en voz alta–. Estamos bien, solo se han quemado una toalla y el secador.

— ¿Estás bien, Pía?

— Sí, cariño. Vete a casa, no ha sido más que un susto –le contestó a su vecina Marta, con verdadero agradecimiento.

Ella acababa de perderlo todo y estaba ahí, preocupándose por su vieja vecina. Eso sí que es digno de admiración, no como la vieja cotilla de Segismunda. Mucho santiguarse, mucho «Oh, Dios», pero para lo único que se podía contar con ella era para cebar a pasteles a Alonzo. Como si no estuviera suficientemente gordo ya… Aquella vieja quería robarle a su marido, estaba segura. Pero le iban a dar morcilla porque, en su culo, se podía incubar a un dinosaurio o un huevo de avestruz. Estaba tan gorda que, cuando cruzaba, los coches la rodeaban como a una glorieta. Entre la barriga de Alonzo y el culo de Segis no existía acoplamiento posible; no llegaba el pichi-corta. Y eso contando con que se le levantase. Vieja revenida, zampabollos.

— Idos a casa, por favor –insistió Pía.

— Ay, Alonzo. Estábamos tan preocupados… –aseguró Segis, abrazando a su marido, al verle salir.

— Istibimis tin priocupidis… –repitió Pía con burlona ironía, en voz baja, al ver a su marido en los brazos de la arpía, gorda y culona de su vecina.

Los bomberos empezaron a salir de la casa y Alonzo los abordó. En la mano llevaban varias bolsas transparentes con objetos que habían ardido. ¿Para qué querrían eso? No es más que basura.

— Jefe, ¿podemos entrar ya?

— Sí, no parece que haya signos de peligro –aseguró Micelle–. Pero estén muy atentos a cualquier cosa que pueda arder. No dejen enchufados electrodomésticos que no estén en uso en ese momento. Estamos barajando la posibilidad de que haya un problema en la instalación eléctrica de las casas. Ya tienen unos años y…

— Lo sabía. Mira que se le tengo dicho a mi mujer, que no deje el secador enchufado.

— No sabemos si ha sido eso, es solo por precaución.

Martes, 27 de enero:

El sol brillaba, en todo su esplendor, a su espalda. Por la E-90 no había apenas tráfico, algo de agradecer a aquella hora de la mañana. Faltaban tres kilómetros para el desvío de Contrada cuando, el GPS, le avisó de la proximidad de la salida. Marila había salido de Palermo hacia las ocho y media de la mañana. Ella había nacido en Santo Stefano y por eso la habían mandado a investigar. Para ser sincera, Canneto era tan pequeño que jamás había estado en él. Sí, había pasado por allí mil veces, se había bañado en las playas cercanas, pero quién conoce las calles de un lugar cuya única señal de vida, desde la carretera, son unas cuantas casas a los flancos de la SS-113.

— Hola, buenos días, ¿la vía Mare di Canneto? –le preguntó a unos abuelos que había en la puerta de un bar de su natal Santo Stefano di Camastra.

— Gire a la izquierda justo antes del hotel Za' María, hacia la playa. No tiene pérdida, solo hay una calle que baje a la playa –contestó el más mayor de ellos.

— Gracias. –Marila aceleró sin esperar más detalles.

El viejo no se había tomado la molestia de escuchar ni el nombre de la calle, simplemente la mandó hacia la playa que era lo que buscan todos los turistas.

— ¿Por qué la mandas a la playa en pleno enero? –protestó otro anciano–, te ha preguntado una dirección.

— Estas jovencitas de la capital se van a hacer topless a poco que haya un poco de sol. Te lo digo yo, esta va a la playa –refunfuñó, el más mayor, en voz alta por su incipiente sordera.

Canneto se había convertido en un hervidero de teorías, a cada cual más rocambolesca. Los sucesos descritos por los chavales ante la policía, no tardaron en recorrer las calles de la pequeña aldea y, desde ahí, hasta la vecina Caronia. Prácticas espiritistas, adoración al diablo, sectas, demonios en forma de fuego… Las versiones iban tomando un cariz cada vez más henchido y distanciado de la realidad.

En la tarde del martes, 27 de enero, llegó la primera periodista a la calle de Nino Pezzino. Era de un medio local, un periódico de la isla en busca de un misterio que resolver.

Marila dejó el coche aparcado en la carretera de la playa. Canneto no tenía más que alguna tienda de comestibles, una panadería y una bazar que hacía las veces de droguería; lo necesario para cubrir pequeñas necesidades básicas sin tener que desplazarse hasta Caronia. No obstante, había un buen hotel en el que, casi, cabían tantos

huéspedes como habitantes; sin duda el mejor sitio por el que empezar a investigar. Estaban en temporada baja y su principal medio de subsistencia eran los eventos.

Contempló una gran cristalera ahumada, de más de cuatro metros de altura, que tenía el piso superior: Antesala de una bonita terraza en la que tomar el sol y un buen café al empezar el día. Los tonos arenosos se combinaban desde el mantecado de la fachada, al ocre rojizo y el blanco del interior. Azulejos rústicos en la parte baja de la entrada, se combinaban con blancos mármoles ribeteados de perfiles rojizos que se combinaban con maderas de caoba africana y grandes molduras de escayola, con focos de luces indirectas. En la parte trasera, una gran piscina con sus correspondientes hamacas para tomar el sol.

— Buenos días –dijo la periodista, acercándose a la muchacha de recepción.

— Buongiorno, signorina.

— Me llamo Marila, soy periodista de La Gaceta de Palermo –dijo mostrando su identificación–. Estoy haciendo un artículo sobre los incendios que han tenido lugar, esta semana, en el pueblo.

— Ah, sí, empezaron en la casa de Nino Pezzino, justo ahí detrás –respondió apuntando hacia la cristalera, en dirección a la playa.

— Pero tengo entendido que han ardido dos casas.

— ¡No, tres! Ayer se incendió el cuarto de baño de Pía, una anciana del pueblo.

— ¿Tres? Qué raro, ¿no? ¿Se sabe algo de la causa de los incendios?

— Ni idea, lo siento. Hable con Nino o con los Roselló. Yo no sé nada más que habladurías del pueblo.

— ¿Habladurías?

— Sí. Disculpe, debo seguir trabajando. Si no puedo servirle en nada más…

El cambio de actitud de la recepcionista dejó intrigada a la periodista. Hasta que preguntó por la causa, parecía muy dispuesta a charlar. Su lenguaje corporal no indicaba prisa o estrés de ningún tipo; sin embargo, ahora, había apartado sus manos del mostrador y, retrocedido un metro, aumentado la distancia entre ambas.

— Ha sido usted muy amable. Me ha dicho que la casa de Nino era justo por allí detrás, ¿verdad?

— Sí, sí. La tiene ahí mismo, a la vuelta del hotel.

— Gracias, que tenga un buen día.

— Igualmente.

Marila sabía que había tocado algún tema espinoso, una periodista

sabe cuándo le están ocultando información. El pueblo contaba con varios edificios de tres o cuatro plantas, pero a mayoría eran viviendas unifamiliares, de dos pisos de altura. Al bajar hacia la playa se encontró con una señora mayor, de aspecto regordete, que subía la cuesta como si no le pesaran los años ni los kilos.

— Buenos días, señora. Estoy buscando la casa de Nino Pezzino.

La señora se quedó mirándola de arriba abajo, analizándola. Se notaba que no era del pueblo y era demasiado joven para estar liada con el barrigón de su vecino. Seguramente se trataba de alguien del trabajo, pensó.

— ¿Para qué le busca?

— Es por lo del incendio –contestó Marila.

— Ah, es del seguro. Menos mal. Cuando acabe con la casa de Nino, vaya a la de mi vecino Alonzo; el pobre está sin cuarto de baño.

— ¿Alonzo? ¿Se ha quemado su casa? –dijo comprobando un block de notas donde tenía apuntado los nombres que le habían dado.

— A lo mejor lo tiene apuntado a nombre de la tóxica de su mujer, Pía Malpege.

— Ah, sí, ese nombre sí lo tengo –contestó, recordando a la recepcionista del hotel.

— Ya sabía yo que esta iba a ser la que manejaba el dinero del seguro –musitó, a regañadientes, la vieja.

— Entonces… ¿La casa de Nino?

— Ah, sí, perdone. La tiene a la izquierda, nada más pasar aquella casa de la esquina. Seguro que la ve fácil, todavía tiene hollín en la fachada de la planta baja. La de al lado, la que está quemada por arriba, es la de Enzo.

— ¿Esa es la casa de los Roselló?

— Sí, eso es, pero no los he visto esta mañana por ahí.

— No se preocupe, ha sido usted muy amable, señora…

— Casello. Segismunda Casello, para servirla. Arreglen pronto sus casas, son buena gente, muy trabajadores. Ah, y dígale a Nino que le espero esta tarde para ampliar la cobertura de mi póliza.

— Descuide. Muchas gracias, Sra. Casello.

— Llámeme Segis, soy viuda hace muchos años.

— Está bien, Segis. Por cierto. ¿Sabe usted algo de la causa? Tres incendios en la misma semana, no puede ser una casualidad.

— Yo ¿qué voy a saber? Si no lo saben ustedes o la policía…

— ¿La policía?

— Pues claro, estuvieron aquí y se llevaron a los chicos. ¿Es que

han sido ellos? Dígame que no fue provocado, son buenos chavales y se les partiría el corazón a sus padres.

— No lo sé, Segis. Yo estoy aquí para investigar, no tengo respuestas.

— Pero ¿las compañías de seguros tienen investigadores?

— Sí, claro que los tienen, pero yo soy periodista.

— Y ¿por qué me ha dicho que era del seguro? –preguntó cambiando de cara repentinamente.

— Yo no he dicho eso, usted lo ha dado por supuesto.

— ¡Váyase al carajo! –rezongó la anciana, continuando su camino hacia la parte alta del pueblo.

Al llegar a la casa de Nino, Marila los encontró allí, limpiando. Nino era un tipo gordo y moreno de piel, de aspecto bonachón y carácter extrovertido. Varios vecinos se habían congregado para ayudarles a rescatar lo que se pudiera y limpiar las huellas del humo de los muebles que ocupaban la planta superior de la casa. A su lado, una mujer parecía organizar el modo en que debían ser colocadas las cosas, a la vez que aprovechaba para hacer una criba de trastos viejos; sin duda sería Feliciana, la matriarca.

— Hola, buenos días. ¿Antonino Pezzino?

— Soy yo –respondió aquel hombre de protuberante panza–. ¿Quién es usted?

— Me llamo Marila Re, soy periodista de La Gaceta de Palermo. ¿Podemos hablar?

— No tengo tiempo para periodistas ahora. Lo siento.

— Creo que será mejor que hablemos en privado –insistió, señalando de reojo las miradas de los vecinos que ayudaban a recomponer aquel desastre.

— Esos cajones no van ahí, van arriba –interrumpió Feli la conversación mientras su marido se afanaba en meterlos, en la cómoda, por donde no cabían.

— Tengo esta carta de su hijo. Nos pidió ayuda al periódico.

— ¿Qué carta? ¿De qué está hablando? –contestó acercándose a la muchacha, a la que prestaba completa atención por primera vez.

— Esta –respondió, enseñándole una copia que había llevado impresa junto a su block de notas.

— ¿Qué es lo que pasa? –quiso saber Feli al comprobar la mirada de espanto de su marido.

— ¿Está su hijo Peppe en casa?

— No, está en el colegio.

— Será mejor que entremos –sentenció Nino.

— ¡¿Se puede saber qué pasa?! –insistió, incrédula, la madre.

— Tu hijo ha llamado a la prensa. Vamos dentro.

Capítulo 5:

Miércoles, 28 de enero de 2004:

— Jefe, aquí hay una gran historia; lo presiento.

— Marila, te he enviado allí a cubrir una noticia de unos incendios y me vienes con esta ristra de patrañas supersticiosas sin sentido. Tu misión era averiguar si los incendios habían sido provocados o accidentales, y no esta basura que has escrito.

— Pero usted no ha hablado con esos chicos, yo sí. Dudo mucho que estén mintiendo. De verdad que podía leer el miedo en sus ojos.

— Vale, les crees. Es más, vamos a dar por hecho que ellos creen lo que cuentan. ¿Significa eso que sea verdad?

— No, está claro que no. Todavía no tengo una explicación pero el mire el informe de los bomberos y el atestado de la policía: No hay acelerantes, no hay signos de intervención externa. Causa probable: sobrecarga en la red eléctrica.

— Accidental entonces, misterio resuelto. Pero eso no explica por qué se incendió el sofá de los Pezzino.

— El fuego se extendió al usar la manta de este para apagar la tele. Está todo en el informe, Marila.

— Y ¿el secador de Pía Malpege? Estaba desenchufado.

— Es evidente que miente.

— ¿Qué me dices del mando a distancia de la buhardilla de los Roselló?

— Que los chicos se asustaron haciendo espiritismo y, al salir corriendo, tiraron una vela que prendió fuego a la casa.

— Y ¿la historia del pescador?

— Ni siquiera lo has encontrado. ¿Qué intentas decirme, Marila? Nosotros no somos un periódico sensacionalista, nos ceñimos a los hechos, a las pruebas. ¡Esto es una prueba! –dijo Giovanni, agarrando con firmeza la copia del informe que había conseguido en la comisaría–, y esto –continuó diciendo, sosteniendo en su otra mano el borrador del artículo que había escrito– basura sin criterio ni profesionalidad de ningún tipo. Si quieres seguir trabajando en este periódico, reescríbelo.

— ¡Está bien! –aseguró la periodista, arrancando bruscamente, de las manos de su jefe, el artículo que acababan de rechazarle.

Cuando iba de camino a casa, decidió desviarse y conducir hasta la playa. Las adoquinadas calles del centro le traían recuerdos de cuando

salía de fiesta en aquellas interminables noches de fiesta universitaria. Ahora era una mujer adulta, se acercaba a los treinta y debía encauzar su vida en otro sentido, hacia lo que se esperaba de ella; lástima que jamás pudiese cumplir las expectativas de sus padres. Con el tiempo habían aprendido a respetarla, pero jamás compartirían la forma de vida que había elegido.

Como en cualquier gran ciudad, en el centro era imposible aparcar y lo que ella necesitaba era pensar, reconducir los conflictos internos que sufría y sus impulsos rebeldes hacia un camino más productivo, que no echara por tierra todo lo que le había costado tanto conseguir. Desde que era niña, soñaba con ser periodista y aquella era su gran oportunidad; por fin estaba en la plantilla de un periódico. ¿Tres años de becaria y dos de autónoma para acabar traicionando sus principios?

Encontró un hueco en las proximidades del Puerto de la Arenella, aparcó y continuó a pie hasta el extremo del espigón, desde el que podía contemplar toda la bahía. "Eres idiota, Marila" –se decía. No tienes ninguna prueba y has escrito un artículo plagado de conjeturas y habladurías. Pero allí había algo, ella pudo sentirlo. ¿Cómo explicarle eso a D. Giovanni? En la facultad había aprendido que la principal misión del buen periodista era contar la verdad, con objetividad e imparcialidad. Aquello, enseguida se transformó en una quimera inalcanzable, había que seguir una línea editorial. La política imperaba sobre la verdad en el 99% de los casos; pero este no era un asunto político, no había una línea ideológica a seguir. Aquello entraba más bien en el campo de las creencias. El sonido de su teléfono móvil la devolvió a la realidad.

— Hola, cariño.
— «Marila. ¿Dónde estás? Me tienes preocupada».
— Perdona, he salido a andar un rato después del trabajo.
— «Y ¿por qué no me has avisado?»
— Es que he discutido con D. Giovanni por el artículo de Canneto y necesitaba estar sola un rato.
— «¿Estás bien?»
— Sí, sí. No te preocupes, en seguida voy para casa.
— «Vale, vale… Si necesitas algo, ya sabes que puedes contar conmigo».
— Lo sé. Gracias, cariño.
— «Vale, vuelve cuando te sientas mejor».
— Hasta ahora.
— «Adiós».

Encerrarse en sí misma no estaba bien y romper su rutina sin avisar, tampoco. Tener una pareja implica confianza, lealtad y apoyo. ¿Por qué siempre tendía a aislarse? ¿Por qué, cada vez que había un

problema, huía de quienes más le querían? Tenía que dejar de hacer esas cosas o jamás conseguiría la estabilidad que tanto ansiaba.

Al llegar a casa, el sol había desaparecido del horizonte. Anna se acercó a la puerta y la besó en los labios, sin hacer preguntas, sin agobiarla; adoraba eso de ella. Siempre sabía cuándo hablar y cuándo callar. Esperaba a que ella se sintiera con fuerzas para afrontar la realidad y ser capaz de soltar lo que llevaba dentro.

— He hecho berenjenas a la parmesana –dijo para romper aquellos segundos de silencio incómodo.

— Eres un amor. Gracias, cariño.

— Tu plato favorito para mi chica favorita.

— Tú también eres mi chica favorita –respondió Marila, dibujando una espontánea sonrisa en la comisura de sus labios.

Sabía que lo que más hería a sus padres no era que fuese lesbiana, sino el hecho de que no les llenase la casa de nietos; al menos de la forma tradicional. Puede que algún día se animase a hacerse un tratamiento de fecundación pero, ahora mismo, estaba mucho más centrada en progresar en su trabajo que en ser madre.

— ¿Quieres más o está bien así?

— Así está perfecto, gracias. Perdona, ando con la cabeza en otra parte y…

— No pasa nada, tranquila. Ya lo soltarás –aseguró Anna con gesto comprensivo.

— Quiero contarte algo –le espetó como quien fuese a soltar una bomba nuclear en mitad de la habitación.

— ¿No has discutido con tu jefe?

Aquella pregunta en los labios de Anna llevaba implícito el miedo de quien ve venir una conversación que pudiese romper con todo cuanto habían construido juntas, el miedo a una confesión que explicase otros motivos diferentes para llegar tarde a casa.

— Sí, sí he discutido con él, pero no es eso.

— Entiendo. –Anna dio un largo sorbo al lambrusco que tenía servido antes de seguir escuchando y guardó silencio, temiendo lo peor.

— No he sido sincera contigo en una cosa y tengo que arreglarlo –continuó diciendo Marila.

Aquello sonó como la banda sonora de Tiburón acercándose a los enclenques piececitos de un niño en sus oídos. Casi le daban ganas de tapárselos para no escuchar lo siguiente, pero el suspense la tenía paralizada. Otro lingotazo de lambrusco suavizaría la verdad, pensó.

— Aha… –consiguió decir, casi atragantándose con el vino.

— Espera. ¿No? ¡No…! –aseguró, incrédula, Marila–. ¿No pensarás que…? No… No, joder. ¿Qué dices, tía? Que no es

eso.

— ¿No es qué? –preguntó, recomponiéndose en la silla desde la que escuchaba, al otro lado de la mesa del comedor, las palabras de su novia.

— La cara que estás poniendo. Que no te he puesto los cuernos ni nada de eso.

Anna suspiró aliviada, pero intentó disimularlo tanto como pudo. No quería que Marila pensase que desconfiaba de ella pero, andarse con tanto misterio… La verdad, la había matado por dentro.

— No he dicho nada –intentó justificarse.

— Ni falta que hace. Como si no conociera yo esa cara de: «Tierra, trágame».

Anna se dio dos golpes en el pecho, con el puño, porque se estaba atragantando con el vino. Tosió y la miró a los ojos. Hizo un intento de reseteo de su mente y le preguntó:

— ¿Qué es lo que te preocupa?

———

Viernes, 30 de enero de 2004:

"Misteriosos incendios en la pequeña localidad de Canneto de Caronia"

El pasado día 15 de enero, los habitantes de esta plácida villa turística vieron interrumpidas sus vidas cotidianas por un pequeño fuego originado en el salón de uno de sus vecinos, A. Pezzino. Pezzino, de cuarenta años, es un conocido agente de seguros, muy querido en la comunidad, la cual se han volcado inmediatamente en ayudar y acoger a toda la familia. Por suerte, no hubo que lamentar daños personales y, los materiales, fueron rápidamente extinguidos por él mismo. Todo esto se hubiese quedado en un susto de no ser porque, al día siguiente, la vivienda de Enzo Roselló también fue pasto de las llamas. Por desgracia, los daños en esta fueron mucho más considerables, si bien todos los miembros de la familia pudieron abandonarla a tiempo evitando una desgracia.

Dos incendios seguidos, en viviendas colindantes, levantaron las sospechas de las brigadas de bomberos y del cuerpo de la Policía de Estado, pero sus peores temores se confirmaron cuando, tres días más tarde, en la vivienda de otra vecina: Pía Malpege, se desató un nuevo foco en el cuarto de baño, mientras se duchaba.

El miedo se ha instalado entre los vecinos de este pequeño paraíso de la costa del Mar Tirreno al no poder explicar el origen de estos incendios que, según los testigos, se produjeron de forma espontánea y sin causa aparente. Los primeros informes del atestado apuntan a una sobrecarga en la red eléctrica como causante de los mismos, pero no son pocos los vecinos los que se aventuran a ver una mano negra o un origen sobrenatural detrás de todo esto.

Marila Re.

Lunes, 2 de febrero de 2004:

La mañana había despuntado fresca, como tantas otras del invierno, en el consistorio de Caronia. Pero el ambiente no tardaría en caldearse a la luz de los informes iniciales de la brigada contra incendios del cuerpo de bomberos.

— Señor alcalde…

— Ah, pase, Bitelle, le estaba esperando. Estaba echando un vistazo al expediente de Canneto y la verdad, me deja usted perplejo. ¿Qué pretende que haga con esto?

— Pues si me está pidiendo mi opinión personal, le recomendaría el corte del suministro eléctrico de toda la zona hasta que averigüemos qué pasó exactamente.

— No puedo cortar la corriente a toda una población porque la instalación de tres vecinos esté obsoleta, inspector. El ayuntamiento está trabajando en un plan de inspección para revisar el mantenimiento de las casas más antiguas. Hay que asegurarse de que cumplen con la normativa municipal y gubernamental, nada más.

— Señor, no pretendo ocasionarle problemas de ningún tipo pero tres incendios seguidos… Esto no es casual.

— En su informe no habla de acelerantes ni nada que haga pensar en un origen provocado.

— Y no los hay, pero la instalación de dos de las viviendas siniestradas estaba bien. Algo me hace pensar que existe un problema en el suministro de la corriente. Tenemos que comprobar los transformadores, los contadores, condensadores y el cableado de toda la zona. Piénselo, señor: Si el problema está en la red de suministro y se producen más incendios, la responsabilidad de las administraciones públicas llevará a la quiebra este pequeño ayuntamiento.

— El mantenimiento es cosa de la compañía Enel y la supervisión pertenece al Ministerio de Energía, nosotros no tenemos nada que ver ahí.

— Es cierto, pero el consistorio tiene la facultad de pedir una investigación formal al gobierno italiano y a Enel. Si no lo hace, con el informe que le he mandado, el ayuntamiento sería responsable civil subsidiario.

— Vamos a intentar no ponernos nerviosos –dijo el alcalde, Pedro Spinnato, pasando su mano sobre el hombro del inspector de incendios–. ¿Tiene usted idea del coste económico de lo que me está pidiendo? Hablamos de más de ciento cincuenta vecinos y hasta un hotel. ¿Cuánto tiempo necesitarían para inspeccionarlo al completo?

— Esto es como todo, depende de la mano de obra. Si Enel

manda al personal suficiente y, el ayuntamiento y el ministerio, ponen a los técnicos necesarios… una o dos semanas; de lo contrario, podría llevarnos meses.

— Esto hay que hacerlo de otra forma, Bitelle. Podríamos cortar el suministro de doce de la noche a siete de la mañana por ejemplo.

— Vale, pues triplique el plazo. Tres meses como mínimo a menos que pretenda hacer las inspecciones de las viviendas en ese horario.

— Bueno, es un tiempo razonable. No creo que tengamos más incendios en ese plazo. ¿No le parece?

— Pues no sabría decir, llevamos tres en dos semanas, puede que sí o puede que no, haga usted mismo las cuentas, señor.

— Está bien, llevaré este asunto al pleno municipal para someterlo a votación y le comunicaré la decisión.

— De acuerdo, señor alcalde.

— Ah, una cosa más, Bitelle. Si se ha equivocado con esto y la instalación no tiene ninguna anomalía, yo que usted me iría buscando otro trabajo. Mi responsabilidades conllevan riesgos, las suyas también. Puede irse.

La amenaza del alcalde le sonó a fanfarronada; poco o nada podía hacer contra un funcionario del cuerpo de bomberos porque estaba seguro de que no había metido la pata al tomarse este asunto tan en serio. Los políticos pueden hacerte la vida más difícil, de eso no cabe duda pero, por eso precisamente, había tomado medidas y había enviado una copia a la fiscalía de Mistretta.

Miércoles, 11 de febrero de 2004. Despacho del fiscal de Mistretta (Mesina):

— Paula, comunícame con el despacho del alcalde de Caronia, por favor –solicitó, sin posar su vista en ella, tras dejar un expediente firmado sobre la mesa de su ayudante para que cursara la notificación al juzgado.

— En seguida, Sr. Mini.

Vittorio entró en su despacho y cerró la puerta, sin levantar la vista de los papeles que estaba leyendo, al mismo tiempo que cribaba papeles pendientes en su escritorio. No necesitaba decirle a su ayudante lo que debía hacer con aquel expediente, era una mujer eficaz y con experiencia.

Paula dejó guardados unos datos en el programa y, acto seguido, metió los documentos que acababa de dejar el fiscal sobre su mesa, en la fotocopiadora, para escanearlos. Marcó el número del consistorio y, mientras le pasaban con Spinnato, envió un correo al juzgado con los documentos escaneados.

— Señor, le llama el fiscal de Mistretta.

— ¿El fiscal? ¿Para qué? –preguntó Spinnato, con cierta preocupación a su asistente, sosteniendo el teléfono con la mano izquierda mientras con la otra firmaba planes de remodelación en la plaza Campania.
— No me lo ha dicho.
— Está bien, pásemelo. –Esperó unos segundos hasta que la línea recuperó la señal.
— ¿Señor alcalde?
— Sí, soy Pedro Spinnato.
— Soy Paula Sebrani, la ayudante del fiscal. Le paso con el Sr. Mini.
— De acuerdo. Gracias.

El teléfono sonó en el despacho contiguo durante unos segundos, hasta que el letrado encontró un hueco sobre el que dejar los papeles de su mano sin que se mezclasen.

— Le paso con el alcalde de Caronia, señor.
— Gracias, Paula. –La línea parpadeó un instante, emitiendo ese característico timbre que se produce al cambiar de interlocutor en la centralita y, en seguida, se escuchó el eco sordo de quien espera respuesta al otro lado–. Pedro, me alegra saludarte.
— Gracias, Vittorio. Yo también me alegro de oírte. Cuéntame: ¿En qué puedo ayudarte?
— Tú siempre al grano, eso me gusta: el tiempo es oro. Quería comunicarte personalmente que hemos abierto una investigación judicial por los incendios de Canneto.
— Y eso ¿por qué? ¿Quién ha cursado la petición? En el ayuntamiento, desde luego, no. Y que yo sepa, la policía local, tampoco.
— Se nos ha enviado copia del informe pericial, como es habitual en estos casos, y la fiscalía lo ha hecho de oficio.
— Entiendo… –La cara de Spinnato reflejaba una mezcla de sorpresa e ira en aquel momento, aunque el tono de su voz intentaba disimularlo.
— Solo quería que te enterases por mí, amigo. Ya sabes que tengo las manos atadas: Cuando recibo un informe oficial, hay que investigarlo.
— Lo sé, no te preocupes. Lo tengo todo bajo control. Gracias por el aviso.
— No hay de qué. Hasta pronto.
— Adiós, Vittorio. –Pedro colgó el teléfono con cierta pesadumbre, a lo que siguió una retahíla de improperios, muchos incomprensibles–. ¡Me cago en el puto Bitelle de los cojones! Será… Como… como cometa un solo error. Hijo de… ¡Ahrg! Si te… No puede… ¡Joder!

Capítulo 6:

Sábado, 14 de febrero de 2004. Ciudad del Vaticano, Roma:

— Eminencia, ha llegado esta carta certificada urgente para usted.

— ¿De quién?

— Se trata del padre Doménico, de Caronia, Sicilia.

— Déjela sobre el resto del correo –respondió el padre Amorth, sin levantar la vista del periódico de la mañana, a su asistente. Entonces, comenzó a escribir:

«*La festividad de San Valentín se había convertido en un reclamo de consumo y una excusa para dar rienda suelta a las pasiones de la carne bajo el amparo del amor. Qué poco sabía la juventud sobre lo que significaba aquella palabra tan grande. El sexo siempre ha sido una de las vías más directas hacia la depravación del alma, la lujuria nos conduce hacia un camino de apetitos crecientes e insaciables que satisfacen cada vez menos y que solamente se compensan, incrementando su degeneración. Cada vez se hace más necesario escalar un peldaño en la experimentación para obtener el mismo gozo personal y exclusivamente físico. No deja de ser muy parecido a lo que ocurre con el dinero, principal mecanismo de corrupción de la humanidad y el más adictivo. Ambos caminos conducen el alma hacia la perversión, hacia la denigración de nuestros semejantes y al abismo del infierno. San Valentín reúne ambos pecados de idolatría en un mismo fin: el amor hacia el dinero y hacia la lujuria. Qué difícil resulta, para la juventud, entender la diferencia entre amor y esta, entre atracción sexual y entrega incondicional. El diablo tiene mil maneras de atraer al hombre y todas prometen placeres instantáneos, placeres que se disipan con la misma rapidez que llegan a nuestros sentidos. Llevar cincuenta años mirando a los ojos del maligno, en sus diversas formas, le confiere a uno cierta perspectiva para diferenciar qué caminos nos alejan de Dios y cuáles nos acercan a Él. El ocultismo, la magia, el espiritismo, el sexo sin control, las drogas, la ambición… son los mejores catalizadores para atraer a las fuerzas del mal hacia nosotros, y la mayor ventaja con la que cuenta este, en nuestra sociedad actual, es que nadie cree en su existencia*».

El padre Amorth dejó a un lado sus notas, intrigado por el contenido de la carta del padre Doménico, decidió abrirla y en ella encontró el refrendo a las palabras que acababa de escribir:

«*Eminencia: Me dirijo a usted, con la mayor humildad, porque estoy preocupado por los sucesos que están aconteciendo en mi parroquia. Hace unos días escuché, bajo secreto de confesión, que el hijo de una de mis feligresas ha estado jugando con el mundo de los espíritus y, desde entonces, se han sucedido varios incendios inexplicables en nuestra*

pequeña congregación. Por suerte, no hemos tenido que lamentar pérdidas humanas todavía, pero el miedo se ha instalado en las almas de varias familias y se extiende como la pólvora que parece avivar estos fuegos inexplicables. Le ruego me perdone por no desvelar el nombre de esta parroquiana, pero no estoy autorizado para romper el secreto de confesión. Sé que usted cuenta con los medios y la experiencia para diferenciar los verdaderos ataques del maligno, para desmontarlos, si procede, o para desenmascarar los engaños del hombre que actúan en su nombre. Le ruego que ponga su sabiduría sobre la pequeña localidad de Canneto de Caronia porque, la concatenación de desgracias, empieza a superar cualquier explicación razonable al alcance de mi entendimiento».

Atentamente: Doménico Valesse.

El padre Amorth buscó información sobre los sucesos de aquella pequeña localidad en internet. Un periódico local había escrito un único artículo al respecto; eso le tranquilizaba, pues nada es más perjudicial para una investigación que la contaminación de los focos mediáticos. El artículo lo firmaba una periodista de *La Gaceta de Palermo*, en la sección de noticias locales; nada de lo que debieran preocuparse.

— Marcelo.

— ¿Sí, eminencia? –dijo el secretario, levantándose de su silla en el despacho contiguo, nada más escuchar su nombre.

— Prepara las maletas, nos vamos de viaje.

— ¿A dónde, señor?

— A Sicilia.

— ¿Es por la carta del padre Doménico?

Monseñor Amorth asintió sin dar más explicaciones. Marcelo estaba acostumbrado al lenguaje críptico de su mentor, así que no se extrañó. En el tiempo que llevaba a su servicio, había visto lo suficiente para amedrentar a muchos hombres de fe, pero él no se asustaba con facilidad. Por algún motivo que desconocía, el padre Gabriele Amorth parecía tener un sexto sentido para olfatear el mundo sobrenatural. Cuando algo despertaba su interés, no dudaba en presentarse, en el rincón más recóndito del mundo, personalmente. Su cuerpo, casi octogenario, no era un impedimento para remangarse la sotana si hacía falta, así que él no podía ser menos. Era como un perro olfateando el rastro de su presa. Llevaban muchos años jugando como el ratón y el gato, aunque él siempre le repetía una frase que le dejó marcado desde el primer día: «Marcelo, nunca olvides que, en este juego, nosotros siempre somos los ratones».

Domingo, 15 de febrero de 2004. USS Mount Whitney, Mar Tirreno:

— Contralmirante, tengo un objeto no identificado, acercándose a nuestra posición a match 1,5 –dijo el operador de sónar.

— ¿Posición?
— Veinte millas al noreste de la Sexta Flota, señor.
— Que despeguen los cazas. Intente comunicarse con ellos y advertirles de que cambien el rumbo o abriremos fuego.
— Señor, la señal es del sónar; está bajo el agua –insistió, con voz titubeante, ante la evidencia de su puesto.
— Eso es imposible, teniente. Alférez, verifique.
— Capitán, el eco está verificado. Objeto submarino no identificado.
— ¡Zafarrancho de combate! Preparen cargas y ordenen al John Warner que se prepare para lanzar torpedos.
— Señor, no tenemos nada que alcance a un objetivo a esa velocidad.
— ¿Y qué pretende que hagamos? ¿Nos quedamos quietos, confiando en que no nos ataquen? –respondió, visiblemente irritado, el almirante de la Sexta Flota–. En buena hora elegimos este emplazamiento para las maniobras de la clase Virginia –protestó en voz baja las decisiones del alto mando.
— USS John Warner, preparen tubos lanzatorpedos uno y dos. La señal es Alfa, repito: la señal es Alfa.
— Aquí John Warner, imposible armar torpedos a tiempo. ¡Maniobra de evasión! ¡Lancen contramedidas! ¡Timonel, cuarenta y cinco grados a estribor! ¡Motores a máxima potencia! Emergemos a profundidad de periscopio, ángulo de ascenso a treinta grados. Prepárense para impacto en veinte segundos. Vector dos, uno, cinco.
— ¡Capitán, variación a rumbo de colisión! –dijo el operador de sónar.
— ¡Luz de impacto, ahora!

El submarino fue sacudido por la corriente de desplazamiento de un objeto que pasó a escasos veinte metros de su proa. La velocidad de este puso en serios aprietos la integridad de la nave, haciéndoles perder el control de los estabilizadores del timón y provocando que, su casco, rotara ciento ochenta grados sobre su eje longitudinal. Los cuerpos de aquellos experimentados marineros chocaban contra las tuberías e instrumentos del techo del submarino, ocasionando numerosas contusiones y algunas fracturas. De no haber sido por el ángulo de colisión contra la corriente, la nave se hubiera partido en dos. Por suerte, desde proa, contaban con la menor superficie de rozamiento de toda la estructura y eso había minimizado las turbulencias.

Los hombres se afanaban en recuperar el control del timón y volver a estabilizar la nave, tarea harto complicada en una nave invertida desde la torreta. La Sexta Flota estadounidense se encontraba en

estado de máxima alerta ante una amenaza desconocida; un enemigo que parecía superarlos, con mucho, tecnológicamente.

Lunes, 16 de febrero de 2004. Nápoles:

El padre Amorth se movía como pez en el agua por las viejas y sucias callejuelas de la ciudad. Los napolitanos tienen unas normas propias para casi todo, ya sea a la hora de conducir, de hablar o respetar unas leyes, no escritas por nadie, que solamente se aprenden con años de experiencia en las calles. Era un lugar peligroso, para turistas o forasteros, aquel al que le había llevado el anciano y Marcelo lo notaba en cada poro de su piel.

— No entiendo por qué hemos venido a un sitio así, monseñor. Me estoy poniendo muy nervioso. Aquel grupo de jóvenes no para de mirarnos con mala cara. Cielos… Vienen para acá.

— Usted quédese callado y déjeme hablar a mí.

— ¿Se han perdido, padres? –dijo un tipo de unos treinta y cinco años, con barba de varias semanas y cara de matón a sueldo.

— No, hijo. Se lo agradezco de veras. Estamos exactamente donde queremos estar –le contestó el anciano, sin temor en sus palabras.

— Este es un sitio peligroso para la gente de fuera, padre. Scampia tiene sus propias leyes y una de ellas es no entrar aquí sin haber sido invitado. Les sugiero que se marchen en seguida, si no quieren tener problemas; solamente avisamos una vez.

— Agradezco mucho su interés por nuestra seguridad pero no hemos venido sin invitación. Ángelo, de la familia Cutolo, me está esperando; puede que lo conozca.

La cara del tipo se transfiguró al escuchar aquel nombre. Entre los capos de la mafia napolitana, los Cutolo controlaban cualquier negocio, legal o ilegal, llevándose su parte. Todo el mundo conocía a Ángelo: Un tipo bastante raro, introvertido, que no andaba metido en negocios turbios, pero al que se le consideraba intocable en la camorra. Como sobrino de D. Raffaele, aquel que osara poner un dedo sobre él o sus amigos, este lo consideraría como una ofensa personal, y no era necesario explicar qué significaba eso. Aquel tipo no estaba bien de la cabeza, todo el mundo decía que tenía autismo o algo parecido, pero tampoco daba problemas en los trapicheos de las otras familias.

— Vámonos –dijo el cabecilla de los cinco–. Vaya con cuidado, abuelo. No está bien entrar en Scampia sin avisarnos. Ya corro yo la voz de que está aquí para que no le pase nada.

— Gracias, hijo –respondió el padre Amorth con aparente indiferencia.

— ¿Me puede explicar qué acaba de pasar? –quiso saber

Marcelo, sin conseguir quitar de su rostro ese gesto de estupefacción que le daba un aspecto estúpido.

— Nada –respondió con sequedad el monseñor.

— ¿Cómo que nada? Por poco nos apalean, en mitad de la calle, y a usted parece no importarle, pero a mí sí. Y ¿se puede saber quién es el tal Ángelo que ha asustado a esos matones?

— Este trabajo no es para personas temerosas.

— No soy un cobarde, padre, usted lo sabe. He estado a su lado frente a cosas que harían salir corriendo a cualquier persona con un mínimo de sentido común, pero al menos sé a qué voy a enfrentarme. No me gusta que pongan en riesgo mi vida sin saber contra qué lucho y si merece la pena. Hay diferencia entre la valentía y la temeridad.

— Quédese tranquilo, padre Marcelo; no corremos verdadero peligro. Ya hemos llegado –dijo deteniéndose frente a un bloque de pisos destartalado, con basura en ambos lados de la calle y tanta ropa tendida que impedía ver la fachada del edificio.

El ascensor no funcionaba y tuvieron que subir a pie las cinco plantas que les separaban del apartamento del tipo que habían ido a buscar. El padre Amorth se apañaba bastante bien con las escaleras pese a su edad. En algunas ocasiones, se preguntaba de dónde sacaba fuerzas, aquel cuasi octogenario, para hacer las cosas que hacía. El anciano llamó a la puerta con los nudillos, como si supiera que el timbre no funcionara. Treinta segundos más tarde, esta se abrió unos centímetros, pero nadie se asomó al otro lado.

— Entremos –dijo Amorth, ladeando su cabeza hacia el interior con un gesto rápido.

El apartamento estaba repleto de libros apilados en columnas. Los había por todas partes, en las paredes, en el pasillo, en las esquinas del salón que tenían justo en frente. Los bloques se elevaban hasta el hombro del padre Marcelo que los atravesaba, girándose de costado, para evitar romper aquel delicado equilibrio y que pudiera ponerse en marcha un juego de dominó de imprevisibles consecuencias.

— Me alegro mucho de escucharle, padre –dijo aquel tipo enjuto, que se encontraba subido en una escalera, de espaldas a los religiosos.

Marcelo lo miró con curiosidad, mientras bajaba, con un libro en la mano que había cogido del estante superior de una vieja librería. Al girarse, se quedó impresionado. Aquel hombre tenía un ojo gris, como los albinos, y el otro tan oscuro como el averno del infierno. Su rostro era extraño también, ligeramente demacrado por una excesiva delgadez que se disimulaba bajo una protuberante barba de varios meses. No tendría más de cuarenta años, pero parecía mayor al estar

tan dejado y desaliñado. Llevaba unos guantes de lana marrones, aunque en la casa no hacía nada de frío.

— Para mí es un privilegio contar contigo, ya lo sabes –le contestó el anciano.

— Encantado de conocerle –dijo el padre Marcelo, intentando disimular su estado catatónico, extendiendo su mano para estrechársela.

El tipo se quedó parado, mirando su mano colgada en el aire, sin mover un músculo de su cuerpo. El padre Amorth miró la mano de su compañero y después a sus ojos. Negó con la cabeza, gesto que el joven comprendió y reaccionó bajándola para no alargar la incomodidad del momento.

— Veo que es un gran aficionado a la lectura –continuó diciendo para romper el hielo y salir de la tensión de aquellos segundos de incómodo silencio.

— Los libros contienen todo el saber de la humanidad –le contestó–. Dime qué lees y te diré quién eres.

— No recordaba ese refrán así.

— Puede ser porque las personas sobrevaloran el significado de la compañía –respondió sin mirarle a la cara, sino como quien busca algo entre las montañas de libros de la habitación–. Si apartan esas revistas de ahí, pueden sentarse.

— Muchas gracias –dijo sin falsas formalidades el padre Amorth.

Invitarles a sentarse significaba que estaba dispuesto a escucharles y aquello ya suponía un avance importante. El secretario se afanó en recolocar los montones de revistas, que enterraban un viejo sofá verde junto a otras pilas de libros, en el suelo. Lo hizo con todo el cuidado que pudo, sin comprender exactamente qué valor tendrían para la persona que les estaba cediendo su asiento.

— ¿Quieren café o algo?

— No, gracias –respondió el joven, temiendo que la higiene de los utensilios de cocina estuviera aún peor que la del resto de la casa.

— Sí –se apresuró a corregirle el padre Amorth–, te lo agradezco.

— Está bien. Voy a poner servicio para tres.

Ángelo se marchó hacia la cocina, momento que Marcelo aprovechó para interrogar con la mirada a su mentor. Este le hizo un gesto de calma con la mano derecha y se quedó mirando los libros que tenía en frente, intentando adivinar los títulos en plena pugna con su vista cansada. El padre Marcelo se entretuvo como pudo, analizando aquel extraño caos y, sorprendentemente, encontró un orden lógico a muchas cosas. Los libros estaban apilados por temáticas y orden alfabético, las columnas se agrupaban por colores, tamaños y géneros.

La altura hacía referencia a fechas de publicación y la disposición seguía un orden matemático de proporcionalidad. Bajo todo aquel aparente caos, se ocultaba una mente obstinada, meticulosa hasta la perfección; algo más allá de lo normal, propio de una personalidad con un trastorno obsesivo compulsivo.

Para su sorpresa, Ángelo apareció con un juego de café de plata, impoluto, casi como recién salido de fábrica. Detenerse durante unos minutos a observar, le había permitido caer en la cuenta del error que suponen los prejuicios. El café estaba sorprendentemente bueno, sublime más bien; no era fácil encontrar uno de esa categoría.

— Está exquisito –dijo el padre Marcelo con notoria admiración.

— Muchas gracias. Bueno, querido Gabriele –dijo llamando a monseñor Amorth por su nombre de pila–, sabes que ya no me dedico eso. Siempre es un placer recibirte, pero me temo que te has hecho el viaje en vano.

— Solo te pido que le eches un vistazo a esto –respondió sacando un sobre, envuelto en plástico, del interior de su chaqueta.

Ángelo le miró fijamente, sin decir una palabra, dudando si aceptar la oferta. El padre Amorth imploraba, con sus ojos tristes, la ayuda de este. Aquello se convirtió en un pulso hasta ver quien apartaba antes la vista; desafío que acabó perdiendo aquel tipo enjuto y extraño que cedió, estirando sus manos enfundadas, para tomar la carta que mantenía en el aire, con el brazo extendido, su viejo amigo octogenario. Puso el sobre plastificado sobre sus piernas, lo miró detenidamente.

Marcelo contemplaba, perplejo, la escena. ¿Quién era aquel tipo? ¿Alguna clase de perito calígrafo?, ¿un especialista en lingüística? ¿Por qué era tan importante para su jefe la opinión de aquel hombre? Sin duda había algo que se le escapaba y se preparó para cualquier cosa, incluso para verlo transformarse en una extraña criatura del más allá. La verdad, no sabía qué pensar.

Ángelo se quitó los guantes y sacó el sobre con la punta de dos dedos, con sumo cuando, como quien trata de evitar que se desmorone un viejo papiro de una excavación arqueológica:

El cartero saluda, silbando, a una despampanante señorita que se cruza en la puerta de la plaza. El portero recibe unas cartas en mano, lee el periódico, la sección de deportes. Tiene flatulencias, qué asco. Sus manos están grasientas de un bocadillo de atún con tomate. La esposa le llama, discuten porque no ha arreglado la cisterna de casa. Él asegura tener mucho trabajo.

El joven sacerdote contempla la cara inexpresiva del hombre de un ojo de cada color. El padre Amorth, por el contrario, lo mira con una sonrisa de satisfacción personal. El tipo saca la carta del sobre,

manosea el papel y pasa sus dedos por las letras, como hacen los ciegos cuando leen braille:

Una anciana confiesa los pecados de otros: Su hijo tiene una aventura con la mujer de la limpieza, su marido bebe demasiado. Una mujer gorda la sigue después, tiene miedo, cree que el demonio vive en su casa. El fuego ha estado a punto de llevarse todo lo que más quiere en esta vida. Ella llora, el pequeño Peppe cree que es por su culpa. Nino se despanzurra como un guarro en una charca, mira la tele, se apaga, sale humo, hay fuego frente a él y a su espalda. El padre Doménico sale del confesionario y la abraza, con calidez, para consolarla. Ella está enamorada del cura, a él no le gusta, su cuerpo le parece repulsivo. Doménico siente debilidad por la carne de otro sexo, especialmente por la carne joven, pero nunca ha tocado a ninguno. Reprime sus impulsos entre rezos y penitencias. Ella le abre su corazón, aunque desearía abrirle más cosas. El clérigo se siente incómodo con la duración del abrazo y nota una vibración negativa que lo atraviesa. Se hace la oscuridad, no se ve nada. Hace frío, el aire parece demasiado espeso. No es aire, es agua. Se siente la presencia de algo oculto tras la penumbra, no es normal, no es de este mundo, no es el mal que ha visto otras veces, es mucho peor. Un destello, el fondo del océano se ilumina, un cerebro sin cuerpo flota a la deriva, cual medusa arrastrada por la corriente. Se sabe observado. ¡Lo ha descubierto!

La carta cae al suelo. Ángelo se ha desprendido de ella, preso del pánico, pero lo disimula bastante bien. Se pone los guantes antes de recogerla. La dobla con cuidado y la mete en el sobre y, después, en el plástico. Se la entrega al padre Amorth.

— Te dije que era una pérdida de tiempo, querido amigo.

— ¿Nada? ¿No has visto nada?

— No, al menos nada que tenga sentido. Lo siento, no puedo ayudarte –dijo, poniéndose en pie, para acompañarlos a la puerta.

— Vaya… –replicó contrariado–. Siento haberte hecho pasar por el mal trago para nada, Ángelo. Que Dios esté contigo.

— Y contigo, padre –dijo camino de la entrada de la casa–. Gracias por la visita.

— Un placer para mí, ya lo sabes. Gracias por el café y por el intento. Adiós, Ángelo –se despidió, poniendo sus ojos interrogativos, nuevamente, en los de su amigo. Se giró y caminó hacia las escaleras.

Marcelo dijo adiós sin comprender nada de lo que estaban haciendo allí. Si algo habían ido a buscar, no lo habían encontrado.

— ¡Padre! –le llamó, al filo de embocar el primer escalón, aquel tipo.

— ¿Sí?

— Acérquese, por favor.

Amorth obedeció sin hacer preguntas. Ángelo se desprendió del guante de su mano derecha con sutileza y, cuando lo tuvo frente a frente, puso la mano en la mejilla de este:

Fuego, mucho fuego. Militares, policías, bomberos, protección civil, científicos, periodistas, marines norteamericanos. Miedo, un rayo atraviesa el pecho de su amigo. Muerte, duda, accidente.

— No vaya –continuó diciendo sin apartarle la mano del rostro.

— Es mi obligación –replicó el anciano.

— Puedes pensar que has visto el mal y le has mirado a los ojos, pero no tienes idea de lo que hay ahí afuera. Hay cosas que es mejor no saber.

— Gracias por preocuparte, Ángelo. Sé que lo dices con buena fe. No tengo miedo a morir, si es lo que te preocupa. Mi alma está lista para ser acogida por el Señor.

— Hay cosas peores que la muerte, recuérdalo.

— Adiós, hijo –dijo sin volver la vista atrás ante la mirada impertérrita de Marcelo, que esperaba al principio de las escaleras.

Capítulo 7:

Miércoles, 18 de febrero de 2004, islote Alicudi:

— No me puedo creer que me hayas traído aquí, qué romántica.

— De algún modo te tenía que compensar por estar de guardia el día de los enamorados, ¿no crees?

— Pues sí y, por este tipo de cosas, te quiero, ¿sabes? –afirmó dándole un casto beso en los labios.

— Y yo a ti –respondió ella con una tímida sonrisa.

— Bueno, ¿dónde vamos a comer? Te conozco y sé que no vas a un sitio sin mirar todo lo que hay que ver y hasta dónde cagar en caso de emergencia.

— Qué fina eres, hija…

— ¿Es mentira?

— No, pero podrías decirlo de otra manera.

— ¿Hacer popo?

— Ja, ja, ja. Que te zurzan. Anda, vamos. Hay un bar cerca del puerto que dicen que no está mal del todo. Lo chulo de este sitio no es la comida, es el paisaje.

— Creo que he andado suficiente para toda la semana, ahora toca papear. Tengo los pies destrozados. Si llego a saber que íbamos a subir tanto monte, me pongo otras deportivas –aseguró Anna.

Marila sacó una cantimplora de la mochila y bebió un sorbo, aún se mantenía fresca. Divisar, desde la cima de aquella montaña, el mar y las islas Eolias le daba la sensación de libertad que su cuerpo necesitaba desde hacía más tiempo del que recordaba. La brisa desordenaba su corta cabellera, demasiado como para hacerse una coleta como había hecho Anna. El descenso prometía ser complicado, habían dejado atrás varias zonas de gravilla, con pasos estrechos y terraplenes, de los que quitaban el hipo. Si la cosa se ponía fea, darían un rodeo por la cara norte de la montaña.

— Me estoy haciendo pis.

— Será por monte –aseguró Marila con notoria indiferencia.

— ¿Aquí en medio? No tengo ni un mísero clínex.

— Tan bruta para unas cosas y tan remilgada para otras.

No había terminado de decir la frase cuando ya tenía los pantalones y las bragas por los tobillos. La periodista rebuscaba en su mochila algo para que su novia se secara mientras la contemplaba con el culo al viento, en cuclillas, en un delicado equilibrio contra la presión de la fuerza de la naturaleza y su ropa interior.

— Toma, anda –dijo alargándole un paquete de toallitas

húmedas.

— Uhm… Qué previsora. ¿Me secas tú? –dijo con aquella mirada pícara que tanto le gustaba.

— ¿En serio? –preguntó desconcertada.

— ¿Por qué no? Si es buen sitio para mear, lo es para beber de la fuente.

Anna había cogido el paquete y sostenía una en la mano, de pie, frente a ella, invitándola a tomar partido. Marila no pudo resistirse a aquellos ojos y se acercó a ella, le quitó la toallita bruscamente y se quedó a escasos centímetros de su boca. Sus miradas se quedaron clavadas durante unos interminables segundos. A Anna le encantaba el sexto sentido que tenía su novia para contemporizar, sabía crear ese deseo en ella y hacerse rogar, y lo hacía porque aquello la volvía loca.

— ¿Esto es lo que quieres? –preguntó paseando la humedad del tejido por el interior de sus labios inferiores.

— Uf… Sí, por favor.

Marila se acercó unos centímetros más, hasta escasos milímetros de su boca, notando su aliento agitado resoplando en la barbilla. La miraba a los ojos y a los labios, sin terminar de romper la distancia que las separaba. En su interior se sentían los lubricantes descender hasta la puerta de salida y mezclarse con la textura jabonosa de un pañuelo que acabó cayéndose al suelo y, ahora, se había convertido en un repetitivo signo de contracción de los dedos índice y corazón de su amada, eso la hacía estremecerse, jadear, pero lo que más ansiaba era que terminara de posar sus labios sobre los suyos. Al fin sintió el contacto en su boca y el cuello se le erizó, los hombros se contrajeron y sus lenguas se mezclaron suavemente.

El tintineo de un cencerro las sobresaltó. Sus cuerpos se despegaron súbitamente, volviendo la cabeza en busca de aquello que las había interrumpido. Una cabrita mordisqueaba la hierba, despreocupada, sin prestar atención a lo que hacían. Las chicas se miraron y no pudieron evitar esgrimir unas sonrisas cómplices. Marila la mantenía agarrada por la cintura, dispuesta a terminar lo que había empezado pero, el ladrido de un perro, las refrenó. Cuando volvieron a mirar, allí estaba aquel tipo, con la boca más abierta que la manguera de riego su jardín. El perro se acercó hasta la cabra y le ladró cuatro veces mientras Anna se subía, torpemente, los pantalones y las bragas a la vez.

— Per… Lo siento. No… no quería interrumpir –dijo, balbuceante, el pastor.

— ¿Qué? ¿Cómo? No, qué va. No es lo que… Mi amiga… se estaba haciendo pis, ¿comprende?

— Claro, por supuesto –respondió carraspeando–. Sigan con lo suyo –sentenció sin esperar más aclaraciones, a lo que siguió

una palmada en el trasero de la cabra para que se reuniera con las otras.

— ¡Perdone! –lo llamó Marila, acercándose a toda prisa hacia el hombre para evitar perderlo de vista tras la colina–. ¿Cuál es el mejor camino para bajar hasta el puerto?

— Qué demonios…

— Disculpe, señor –insistió ella, mientras su novia se recomponía como podía, al comprobar que no se giraba para mirarla.

— La hostia, Dios. Pero ¿qué cojones…?

— A ver, no es para tanto. No hace falta que diga palabrotas. ¿Acaso no ha visto en su vida una pareja de lesbianas?

Al ponerse a su altura, comprendió que aquel tipo no hablaba de ellas, sino del mar. Desde el norte se acercaba una inmensa mancha que combinaba azules intensos con tonos morados y violáceos. Era imposible distinguir dónde terminaba, pues se fundía en el horizonte, hasta más allá de donde su vista alcanzaba. Por el contrario, a sus pies, se distinguía un enorme mar cian, limpio y claro.

— ¿Qué es eso? –quiso saber Marila, desconcertada, que miraba al infinito junto al tipo que acababa de sorprenderlas.

— No tengo ni idea, pero jamás he visto algo así. Al final va a ser verdad lo que decía el muchacho.

— ¿Qué pasa? –preguntó Anna, terminando de recomponerse la ropa, mientras se asomaba junto a ellos al barranco.

Su novia le apuntó con un gesto de la cabeza hacia norte. Los tres se quedaron unos segundos en silencio, contemplando aquel extraño juego de colores que desprendía el mar, desde un par de cientos de metros de la costa, hasta el horizonte.

— ¿A qué se refiere con lo de que va a ser verdad lo que dijo el muchacho?

— Dos pescadores de la isla vieron algo extraño, en el mar, hace cosa de un mes.

— ¿Algo como esto?

— No –le respondió volviendo la cara hacia los ojos de la periodista–, algo bastante peor.

Aquel tipo empezó a bajar la montaña sin despedirse ni nada. Marila lo siguió tan rápido como pudo, desembuchando como una cotorra desesperada, lanzando preguntas al aire que no estaba dispuesto a responder. Cuando mencionó al chico, no quería hacer nada más que una reflexión en voz alta, no era para que le persiguieran un par de turistas cotillas y lesbianas a las que había sorprendido en un mal momento. Marila acabó resbalando y rodó por el suelo, a pique de caer por un acantilado de la zona oeste. Anna chilló asustada y llegó hasta ella en unos pocos segundos. En aquel

momento, el pastor no tuvo más remedio que parar y socorrerla.

— ¿Está usted bien? Estos caminos no están hechos para chicas de ciudad. ¿Por qué me persigue? A los habitantes de la isla no nos gustan los forasteros, traen suciedad a nuestros montes y playas, y se creen con derecho a meter las narices donde no les llaman.

— ¿Qué vio aquel muchacho, señor? –dijo Marila sin prestar atención al roto de su pantalón ni a la sangre que manchaba sus rodillas.

— No lo piensa dejar estar, ¿verdad?

— No –respondió ella con voz tajante.

Anna no salía de su incredulidad. Parecía que su novia supiese algo que ella se había perdido y se sintió incómoda, como si sobrara en aquella conversación entre un desconocido y su pareja.

— ¿Qué vieron los pescadores? –insistió con rotundidad.

— Algo que no puede existir, algo que domina el cielo y las profundidades del mar con igual destreza, algo sin alas ni branquias, sin motores ni ojos, capaz de esquivar a aviones del ejército.

— Así que fue aquí –dijo con voz reflexiva.

— ¿Qué? No me lo puedo creer. ¿En serio, Marila? –exclamó Anna, indignada–. ¿Por eso me has traído a este sitio en nuestro único día libre de la semana? Qué digo de la semana, del mes. Hace un mes que no librábamos juntas. No me lo puedo creer: Estás trabajando en nuestro día de descanso.

Anna continuó su camino, montaña abajo, olvidándose de las heridas de su novia. Marila la siguió, dejando al pastor tras ella, intentando que aquella pequeña mentira no acabara pasando factura a una relación de más de dos años juntas.

— Anna, por favor, para.

— ¡¿Qué quieres?!

— Intenté explicártelo hace unos días y no lo comprendiste. Esto es importante para mí.

— ¿Más que tu relación? Porque parece que solo te importe el trabajo y que yo sea lo último en tu vida.

— Eso no es verdad y lo sabes. ¿Ves cómo no lo entiendes? Para mí, esta historia no solo trabajo, es algo más. Ya te conté lo que me pasó cuando tenía diez años en un viaje a la campiña francesa. Tú estabas preocupada por si te había engañado, ¿recuerdas? No es eso, es que necesito saber qué es lo que vi.

— Me da igual lo que vieras, Marila. Yo me voy a casa –dijo volviendo a emprender la marcha hacia la falda de la montaña.

La periodista comprendió que era mejor dejarla que se tranquilizara.

Cuando se ponía así, no atendía a razones y ella no podía dejar que aquel hombre se le escapara y perdiese la única pista que había encontrado, de una historia que se había implantado en el imaginario popular de las islas, durante las últimas semanas.

— Perdone que haya salido corriendo tras ella sin despedirme. A veces tiene un carácter insoportable y no se sabe qué es mejor.

— No se preocupe. Vaya tras ella.

— No puede ir muy lejos. Yo llevo los billetes del barco para la vuelta. Se le pasará mientras bajamos hasta el puerto. Creo que tiene más hambre que motivos para enfadarse.

— Nunca he comprendido a las mujeres. Si la naturaleza funciona de algún modo es porque el hombre no alimenta este tipo de discusiones sin sentido. La verdad, espero que no le moleste que se lo diga pero, no entiendo cómo dos personas con ese defecto, pueden entenderse. Y eso dejando de lado las cuestiones de cama.

Marila pensó que aquel hombre estaba muy cerca, evolutivamente, a los trogloditas, pero se mordió la lengua y utilizó las armas que mejor sabía usar para conseguir información: empatía y calma.

— Es verdad. A veces somos como dos trenes dispuestos a chocar en sentidos opuestos, pero el secreto está en saber cuándo echar el freno. A los hombres les cuesta más entendernos porque no se ven sometidos a una descarga descomunal de hormonas cada mes. Pero nosotras, como sabemos qué se siente, sí que podemos entenderlo, y por eso sé cuándo necesita espacio y cuándo me necesita a su lado, aunque diga que no lo quiere.

— Ah… Pues nunca lo había visto así. Tiene cierto sentido.

— Si no le importa, me gustaría saber el nombre de los pescadores y dónde puedo encontrarlos. Es muy importante para mí.

— ¿Por qué es tan importante?

— Porque llevo más de una década haciéndome las mismas preguntas que deben estar haciéndose ellos en este momento.

— ¿Es usted algún tipo de investigadora de fenómenos extraños o algo así?

Marila asintió sin articular palabra y sostuvo la mirada penetrante de aquel pastor que, pese a sus ideas retrógradas en cuestiones de sexo y género, resultó ser más interesante de lo que aparentaba.

— Está bien, pero yo no le he dicho nada. Usted verá cómo se las apaña para sacar el tema. Con Micael no creo que le cueste trabajo, ha ido contándoselo a toda la isla, pero el capitán Lorenzale… eso es harina de otro costal.

— ¿Cómo se llama el capitán?

— Marco. Suele estar en el bar del puerto desde las cuatro hasta las seis de la tarde. Últimamente va más, puede que lo encuentre a cualquier hora; apenas sale a faenar. Va, se emborracha sin decir palabra y se marcha a casa a dormir la mona.

Casi habían llegado a la falda de la montaña y se les había olvidado que el mar estaba cubierto de aquella cosa azul. Ahora parecían burbujas de plástico que flotaban y reflejaban el sol. En realidad, estaba tan enfrascada en la conversación que se le fue el santo al cielo y, por un momento, relegó a Anna y su enfado. No la veía, aunque tampoco podía estar muy lejos; aquello era un pedrusco, en mitad de la inmensidad, con unas cuantas casas. El puerto quedaba al este de la isla, en el extremo opuesto a la ladera por la que habían bajado. Sin embargo, Marila no quiso dejar pasar la oportunidad y se aproximó al risco que daba junto al rompiente de las olas, para ver más de cerca aquellas cosas. El pastor la siguió con su perro pegado a los pies. Quizá fuera la curiosidad, quizá quería contarle algo más, pero no se lo esperaba.

— ¿Siempre ha sido así?
— Así, ¿cómo?
— Ya sabe… lesbiana.
— ¿Qué clase de pregunta impertinente es esa?
— Una como otra cualquiera. Se supone que quieren normalizarlo, ¿no?
— Bueno, sí, pero ha sonado un poco brusco; ya sabe.
— ¿Entonces? ¿Siempre supo que le gustaban las chicas o no?
— ¡Ah! Pues no lo sé. Supongo que no, eso es algo que descubres cuando creces y te desarrollas. De niña siempre me iba con los chicos del colegio, me gustaba jugar al fútbol, hacer batallas con globos de agua en verano contra los vecinos del pueblo de al lado y tirar piedras a las botellas para verlas estallar. Me sentía entre iguales, no sé si me entiende.
— Sí, creo que sí.
— Son como pompas de plástico –aseguró con un tono reflexivo.
— Son veleros –le aclaró el pastor.
— ¿Qué?
— Se parecen a las medusas o las carabelas portuguesas pero no son tan peligrosas, apenas hacen nada en la piel humana.
— Estoy sorprendida, habla usted muy bien y sabe muchas cosas para…
— ¿Para qué?
— Ya me entiende… Para ser un pastor de un islote que vive en un pueblecito de menos de cien habitantes.
— Vaya, parece que no soy la única persona que tiene prejuicios

sobre los demás.

— Tiene razón.

— Si le sirve de consuelo, yo he pensado que eran demasiado guapas para ser lesbianas. Siempre he creído que las lesbianas lo eran porque no gustaban a los hombres.

— Vaya… No sé si es un cumplido o el comentario más machista que he oído en mi vida.

— Creo que un cumplido.

Ella lo miró, detenidamente, durante unos segundos. La sinceridad con la que se estaban hablando la tenía sorprendida y desconcertada. Era extraño encontrar esa afinidad con un completo desconocido.

— Me parece que no nos hemos presentado como es debido: soy Marila.

— Encantado, Giacomo Vanole.

— Un nombre bonito.

— Gracias. Usted lo es también, pero debería dejarse el pelo largo.

— Ya volvió el lado troglodita –espetó, sin poder evitar echarse a reír–. Giacomo, tienes la habilidad de decir un piropo y estropearlo con una coletilla. Te puedo tutear, ¿verdad?

— Por supuesto, Marila.

— Será mejor que volvamos al pueblo. Mi novia debe estar que trina.

— Vaya usted, a mí todavía me queda un buen rato por aquí.

— Dijimos que de tú, ¿no?

— Tienes razón.

— Giacomo, dime una cosa: ¿Qué has pensado cuando nos has visto allí arriba?

— ¿Qué? Nada.

— No te lo tomes a mal, es solo curiosidad. ¿Llevabas mucho tiempo mirando?

— ¡No! Para nada, me habéis visto nada más llegar.

— ¿Seguro?

— ¡Sí!, de verdad. No soy un entrometido.

— Pero te hubiese gustado verlo más tiempo, a que sí.

— No, yo…

— ¿No decías que somos demasiado atractivas para ser lesbianas?

— Sí, claro, pero…

— No te pongas nervioso, amigo. Sé cómo piensa un hombre, yo pienso igual que vosotros en muchas cosas. Si me encontrase dos chicas buenorras y jóvenes metiéndose mano, me hubiese puesto bastante cachonda.

— Bueno, no voy a negar que…

— Anda, deja de balbucear. Te tomo el pelo. Me parece de lo más normal que te hayas quedado mirando. Si te soy sincera, me ha dado bastante morbo que nos hayas pillado.

— Vaya…

— ¿Sabes?

— ¿Qué?

— Si volviese a pasar, te dejaría mirar hasta el final. Eres bastante guapo, la verdad. Si no tuviera novia, seguro que me acostaría contigo.

El pastor sintió la sangre acalorada en sus mejillas al mismo tiempo que comenzaba a palpitar en su entrepierna. La idea de quedarse mirando a aquellas dos esculturas griegas le excitó en sobremanera.

— No te quedes tan cortado, hombre –añadió Marila, pegándole un manotazo en el hombro.

— No es eso, es que estoy rezando para que volváis a subir a la montaña.

Los dos se echaron a reír, se abrazaron y se despidieron. Marila aligeró el paso hacia el pueblo, temiendo que, cada segundo que pasaba, fuera un grano de arena en el reloj que colmaba la paciencia de Anna al saberse sola y sin manera de regresar.

Capítulo 8:

Jueves, 19 de febrero de 2004:

Giuseppe, por fin, había convencido a Bianca para verse a la salida de clase, en la playa. Su padre la mantenía en un completo aislamiento desde que acabaron en comisaría: Pasaba del colegio, a la casa y viceversa; sin tiempo para más que sus estudios o las clases de danza, a las que asistía desde niña. A la salida de estas, se las apañaba para esperarla junto a la portería del centro y se enfadaba si no salía con el resto de su clase.

La familia se había mudado a la casa de su tía, que vivía en Mesina, tras el incendio de su vivienda; a la espera de que el seguro cubriera los daños y la rehabilitara. Por desgracia, los trámites eran lentos y farragosos. Aunque el informe policial no hablaba de acelerantes ni mencionaba claramente la posibilidad de que el fuego fuera intencionado, la compañía esperaba la resolución del atestado para saber si había sido Bianca o sus amigos quienes causaron el incendio. De esto dependería la decisión final para cubrir el incidente, y así seguiría mientras la investigación policial continuara abierta.

El agente que les hizo la póliza, había sido Nino y esto, lejos de favorecer la comunicación entre las dos familias, era un acicate más para afianzar la enemistad que se había forjado tras el accidente y descubrir la relación prohibida que mantenían sus hijos. Enzo culpaba a su cuñado de retrasar los trámites y de proteger los intereses de la compañía por encima de los de su hermana Marta, o al menos de no mover un dedo en favor de ellos. Bianca, por su parte, sabía que no estaba bien amar a su primo, pero tampoco podía hacer nada por evitarlo. Por eso había decidido saltarse las clases de danza, por eso estaría allí aquella tarde, en la cala que había al final de la Vía Marco Polo, junto a la rampa del embarcadero donde dejaban los vecinos sus lanchas de recreo.

Peppe fue el primero en llegar a la playa, por el camino de la Iglesia de María Santísima de la Anunciación. En el paseo marítimo vio una multitud de curiosos que se arremolinaban con la mirada puesta en la orilla. El corazón le dio un vuelco y se abrió paso entre los vecinos, temiéndose lo peor. No era la primera vez que aparecía un cuerpo en aquella playa y las luces de la policía, al fondo, no le tranquilizaban precisamente; pero nada podía prepararlo para entender lo que sucedió en aquella tarde, inusualmente cálida, de febrero de 2004.

———

— No lo sé, Marila. Tengo que darle una vuelta al enfoque del

artículo.

— Pero es noticia, D. Giovanni. Piénselo: los incendios, la carta y ahora esto. Para colmo he conseguido encontrar a los pescadores y dicen que el ejército está metido en todo esto. No me puede negar que algo raro está pasando.

— No, no puedo negarlo, pero hay que tener pruebas.

— Y tres testigos ¿no lo son? Por favor, me ha costado una bronca muy importante con mi pareja conseguir esta entrevista, no me haga pensar que he perdido el tiempo.

— Tienes garra, Marila. Eres obstinada, apasionada y una trabajadora incasable, pero te falta la perspectiva de la experiencia para saber cuándo tienes una historia y cuándo tienes rumores. Nosotros no hacemos ese tipo de periodismo y si nos vamos a meter en algo así, tenemos que tener pruebas. –Unos golpecitos se escucharon en la puerta del director de la Gaceta–. Ahora no –dijo, con voz enérgica, sin saber quién llamaba al otro lado.

— Señor, ha pasado algo –dijo, abriendo la puerta, uno de los redactores y sin hacer caso a las indicaciones de su jefe.

— Suéltelo, Marcello y no nos haga perder el tiempo a ambos.

— Toda la costa norte de la isla está plagada de una invasión de medusas muertas en la playa, dicen que hay millones. Es una catástrofe medioambiental sin precedentes.

— No son medusas, son veleros –apostilló Marila nada más escuchar la historia de su compañero redactor.

D. Giovanni miró fijamente a la joven periodista. Sus ojos se mantenían mutuamente clavados, sin dar ninguno su brazo a torcer, como en un duelo de los viejos westerns norteamericanos.

— Está bien, publícalo. Vas en portada para la edición del sábado, Marila.

— ¡Toma! ¡Sí! Un momento, ¿en portada?

— Es lo que querías, ¿no? Ya tienes tu oportunidad. No la cagues.

— No lo haré. Gracias, de verdad, D. Giovanni. No se arrepentirá –aseguró, levantándose del asiento y poniendo rumbo a su mesa de inmediato.

— Eso espero.

— ¿Qué me he perdido? –quiso saber Marcello, sin poder ocultar su sorpresa.

— La niña tiene algo, ha cogido el hilo de una buena historia. Ayúdala en lo que haga falta. Tiene el olfato de un viejo zorro pero la vehemencia de un cachorro.

— Recibido, jefe.

———

— ¿Qué ha pasado aquí? Qué asco, por Dios.

— No tenemos ni idea, ha amanecido todo así. Dicen que abarca desde Mesina a Trapani, pero lo peor está aquí.

Aquel olor le pareció nauseabundo, no comprendía cómo podían estar tan cerca sin vomitar. Era como un enorme magnicidio de cuerpos gelatinosos o las babas de un enorme ser espectral que se hubiera descompuesto allá donde posara la vista. La policía había acordonado buena parte de la playa, pero imposible cubrir toda la costa. Las máquinas excavadoras del ayuntamiento se afanaban en limpiar y recoger toneladas de aquella masca viscosa; tarea inútil cuando en el mar se amontonaban millones de cadáveres más, esperando un hueco sobre el que asentarse en la playa. Peppe decidió no perder más tiempo y continuó su camino hasta el embarcadero, confiando que aquella zona estuviera menos concurrida de miradas ociosas. El olor y el impacto de aquella imagen se le habían metido dentro de la cabeza y su único pensamiento, en aquel momento, fue alejarse de la playa lo antes posible.

Junto a los cimientos de una obra abandonada vio a Bianca, sentada en el muro de hormigón y con la mirada perdida en el viejo pinar de la casona del cenagal. Estaba tan guapa como siempre, con su piel morena y sus ojos profundos, su sudadera de licra y unas mallas enfundadas que realzaban cada curva de su cuerpo.

— Lo siento, me he entretenido averiguando lo que pasaba.

— No te preocupes, acabo de llegar –respondió ella con la mirada cabizbaja.

Entre los dos existía una tensión que no sabían cómo resolver. Él deseó darle un fuerte abrazo y besarla, ella quiso saltar a horcajadas sobre su cintura, pero ninguno de los dos hizo lo que deseaba. En lugar de eso, se quedaron allí, parados, sin saber qué decir durante un interminable minuto. Al fin Bianca reaccionó, se puso en pie y abrazó a Peppe con profundo pesar. Inmediatamente empezó a llorar, desconsolada, le apretaba cada vez con más fuerza, hasta el punto de hacerle daño en el cuello.

— Mis padres van a vender la casa –consiguió pronunciar tras varios minutos de sollozos y respiraciones entrecortadas.

— ¿Qué? ¿Te vas? ¿Para siempre? –preguntó, reaccionando por capítulos al significado de aquellas dramáticas palabras.

Bianca asintió una única vez como sentencia de un mundo que se acababa para ellos. Nada podía ser más terrible que la pérdida del primer amor de sus vidas, el único, un amor que se fraguó desde la niñez y desde la amistad más sincera. Un amor prohibido que lo hacía más irresistible al deseo, un amor que nunca más volverían a sentir

por nadie.

———

Muy cerca del Castillo de Caronia, entre las estrechas calles empedradas del centro histórico y al pie de unas escalinatas, se encontraba la Iglesia de San Nicolás de Bari. Un templo modesto, de sillares irregulares y una única figura decorativa del santo, sobre el dintel de la puerta, como elemento ornamental.

El padre Doménico había terminado de oficiar la misa de las siete cuando vio a Segismunda entrar en la sacristía. Aquella rechoncha vecina era el mejor barómetro de medición de las presiones a las que se sometía la cercana pedanía de Canneto. Se trataba de una relación simbiótica, sin duda: Él se mantenía informado de cualquier cotilleo del pueblo y ella encontraba a alguien que la escuchaba durante horas sin poner falsas excusas que la acallaran.

Pero aquel no era un buen momento, el cura no estaba solo; junto a Doménico había un joven, vestido con el clásico hábito seglar paulino. Por un momento creyó que se trataba del mismísimo Papa, Juan Pablo II, en persona; pero no, el color blanco de la casulla y sus aspiraciones de conocer al Santo Padre le habían jugado una mala pasada. Al fondo había un sacerdote mayor, de unos ochenta años, sentado en el despacho del padre Doménico. Nadie se sentaba en su mesa, estaba prohibido. No le gustaba que le revolviesen los papeles, así que debía tratarse de algún enviado del obispo. ¿Sería por lo de aquellos muchachos? Las malas lenguas aseguraban que estaban juntos, un escándalo mayúsculo: tan jóvenes y primos hermanos.

— Lo siento, Segismunda, hoy no te puedo atender en confesión –se apresuró a decir, cortándole el paso antes de que se metiera hasta el fondo del despacho.

— Oh, vaya… Veo que está ocupado, padre –respondió, esperando ser presentada.

— Sí, así es. Tenemos mucho papeleo que hacer así que, si no es nada importante, mejor lo dejamos para mañana.

— Pero mañana no podré venir porque viene mi hermana a visitarme –insistió, tratando de quedarse para averiguar algo más sobre aquellos religiosos que trataba de ocultar de ella.

— Creo que el Señor lo sabrá entender y aceptará que pases dos días seguidos sin confesarte.

— Si pudiera dedicarme unos minutos nada más…

— Segismunda, no te ha dado tiempo a pecar –dijo en un tono cortante, inusual en él.

— Está bien, ya me marcho.

— Hasta el sábado, hija –sentenció el padre, arrastrando su cuerpo con el brazo hasta fuera de la sacristía–. ¿Te importa

cerrar la puerta de la entrada al salir? Gracias –añadió, sin esperar respuesta, doblando la hoja de la sacristía hasta que sintió el chasquido del pestillo desde el otro lado.

Doménico se apoyó en esta, resoplando de alivio, a lo que siguió una sonrisa cómplice con el padre Marcelo.

— Hay devotas de las que cuesta liberarse –se atrevió a decir el secretario del padre Amorth.

— No lo sabe usted bien. Si le doy pie, ni la cena me da tiempo a tomar caliente. Está sola y aburrida, eso es todo lo que le pasa. No actuaría así con un alma, verdaderamente torturada, que necesita la paz que otorga el perdón divino, pero le aseguro que busca más ser escuchada que perdonada.

— Comprendo. ¿Seguimos? –aseguró el padre Marcelo.

— Sí, por favor –aseguró, invitándolo a volver al despacho con el padre Amorth–. Esta es toda la documentación técnica que hay sobre el caso, me ha hecho una copia un concejal de confianza. Se están haciendo inspecciones de todas las viviendas, empezando por las marcadas en rojo, que son las que constan con registros más antiguos o que no han pasado inspecciones en las dos últimas décadas.

— ¿Cuáles son los de las familias afectadas? –preguntó Amorth, mordisqueando la articulación de la primera falange de su dedo índice.

— Son esta, esta y esta –respondió Doménico.

— Solo una de las tres está marcada en rojo –se sorprendió el padre Marcelo.

— Exacto. No está nada claro que la causa sea esa.

— ¿Y el informe policial?

— Hasta ahí no llegan mis influencias. Quizás si lo pidiese usted…

— No, de momento no quiero meter al Vaticano en esto. Tampoco creo que nos sirva de mucho porque, el primer informe de conclusiones, ya ha sido publicado y no arroja nada de luz al asunto.

— Este es el plan de acción de Enel, la compañía eléctrica. Son cuatro operarios en turno de noche y dos más durante el de día. Los cortes de luz se están realizando de doce a seis de la mañana. Los principales puntos de interés son: esta subestación de aquí y los transformadores que hay junto a la estación de la línea férrea. Hay una serie de contadores que no han sido repuestos desde los años ochenta, esta línea en concreto es bastante vieja.

— ¿Qué sabemos de las dos familias donde empezaron los incendios?

— Feli es una buena mujer, devota practicante, con un carácter férreo, entregada de su familia y al cuidado de su único hijo, Giuseppe. Antonino es agente de seguros, servicial, amable y extrovertido. Goza de la simpatía de su comunidad aunque desatiende las labores más básicas de la vida familiar y eso provoca una gran insatisfacción en su vida conyugal. Marta es la hermana de Nino, trabajadora, protectora y de carácter dulce y amable. Enzo es el marido de Marta, trabaja como administrativo en una compañía de servicios, es muy protector de su familia y un poco autoritario.

— ¿Y los hijos? ¿Cómo se llamaba ella? –quiso saber el padre Marcelo mientras Gabriele Amorth no dejaba de tomar notas.

— Bianca.

— Eso.

— Son buenos chicos. Ninguno acude a la iglesia habitualmente, salvo Feliciana, pero no andan metidos en líos importantes de drogas, peleas o delincuencia. Son dos estudiantes aplicados que viven en una familia con los defectos de cualquier otra.

— Nadie juega con el maligno sin la influencia de otra persona, y menos una cría de quince años –aseguró Amorth con una mirada tan fría que intimidó al padre Doménico.

— Bueno, ahora ya se sabe que los chavales tienen acceso a esas cosas por el cine o internet.

— Quiero conocerlos. Llama a esa mujer e intenta concertar una reunión con las dos familias por separado, no quiero que una intoxique a la otra.

— Mejor, iba a ser prácticamente imposible que aceptasen hacerla juntos.

— ¿Por qué? –preguntó levantando la mirada de los documentos.

El padre Amorth tenía la capacidad de detectar cualquier detalle importante al vuelo y sus ojos, o el rictus severo de su boca, hacían temblar hasta a los hombres más duros de espíritu. No sabría definirlo pero era como si mirase dentro de ti, con un detector de mentiras y te sometiese al juicio de Dios en ese instante.

— Las dos familias están enfrentadas por lo que sucedió en el incendio y por la cobertura de la póliza que les hizo Nino.

— Y ¿qué más?

Efectivamente, no había manera de engañar a aquel hombre. Siempre notaba cuando una respuesta se reservaba algo, aunque fuese por prudencia o porque no estuviese seguro de su veracidad.

— Dicen que los dos chicos tenían una relación.

— Son primos, ¿no? –añadió el padre Marcelo haciendo notorio lo obvio.

— No ese tipo de relación.

— Ahí está la raíz del problema –aseguró el padre Amorth–. La lujuria es principal puerta de entrada hacia males mucho mayores. Si realmente hay algo que no es de este mundo alrededor de todo esto, esa ha sido la semilla, el germen, el origen. La ley canónica lo prohíbe y no es por capricho –sentenció con el dedo índice en alto mientras sus ojos se mantenían clavados en los del padre Doménico.

———

— No pienso permitirlo. Nos fugaremos.

— Y ¿dónde iríamos? ¿Con qué dinero íbamos a vivir? No digas tonterías, Peppe. Además, mi padre nos encontraría. A ti, te mataría y a mí, me mantendría prisionera hasta los treinta como poco.

Aquel olor nauseabundo, de cientos de miles de animales muertos, volvió a meterse en su cabeza y le hizo vomitar. Bianca, casi ajena a la putrefacción de estos, se preocupó de inmediato por lo que le sucedía, aunque lo achacó a los nervios de la terrible noticia.

— Yo no puedo vivir sin ti –dijo, repuesto de las arcadas.

— Ni yo, pero te esperaré lo que haga falta. Ven, hace tiempo que lo vengo pensando y creo que ha llegado el momento –dijo Bianca, arrastrándole de la mano hacia la vaya que cercaba el pinar.

— ¿Dónde vamos? –preguntó Peppe, aun reponiéndose de las náuseas, tras ver su cuerpo empujado del poyete en el que se había sentado al sentirse indispuesto.

— Ya lo verás –contestó ella, introduciendo la cabeza entre los alambres de espino.

— No pretenderás meterte ahí después de lo que nos pasó.

— Meterme no, meternos.

— Estás loca.

— Lo sé –respondió ella, echando a correr, mientras soltaba una carcajada de felicidad en su internamiento por el bosque.

Bien pensado no era tan mala idea alejarse de la playa y de la muerte que los rodeaba, pero la opción que había elegido Bianca daba casi más miedo que permanecer allí, donde cualquiera podría verles.

A unos treinta metros hacia el interior, se encontraba una vieja casa abandonada. Era la típica finca de campo mediterránea: grande, con gruesos muros de adobe empedrado, encalada y sin techo en la mitad de la ruinas. Parte del muro de la fachada norte se había derribado, dejando a la vista lo que parecía ser un viejo recibidor al que le faltaba un tramo de las escaleras que subían a la planta de superior. A la derecha, un salón en el que se alternaban algunos viejos azulejos

con el paso de un forraje mullido, tierno; signo de una naturaleza que lucha por abrirse camino entre los obstáculos de la civilización. Al menos tenía paredes y el techo parecía lo suficientemente estable para aguantar un día más.

Bianca se detuvo en mitad de la habitación y miró a Peppe fijamente, sin decir una palabra, esperando que este se acercara hasta ella. Él se detuvo en la entrada, mirando de reojo las vigas carcomidas de aquella habitación, temiendo que se cayeran sobre ellos o les sorprendiese algo peor desde alguna esquina dominada por la penumbra.

— No tengas miedo –dijo ella, quitándose la sudadera.

Peppe miró su cintura desnuda, las curvadas líneas de su canalillo asomando sobre el borde de un sujetador de encaje, los volúmenes palpitantes de la respiración sobre su pecho, la piel sintética de la licra ajustada sobre sus ingles… Ella dejó caer un tirante desde el hombro hasta el codo y lo miró sugerentemente. Se sentía sexy, observada, guapa, excitada y a punto de estallar en deseo. Él sintió la llamada de una naturaleza primitiva creciendo entre sus piernas y se abalanzó sobre ella, con pasión y torpeza a partes iguales. Bianca refrenó su atropellada acometida, que no atinó ni tan siquiera en los labios, separando el cuerpo de Peppe unos centímetros. Agarró su mano derecha con la izquierda mientras, con la otra, dejaba al descubierto sus senos por encima del sujetador y la puso sobre estos. Acercó la boca a la de su primo y lo besó con ternura, suavidad, humedeciendo sus labios con los de ella. Él comenzó a acariciarlos, a pasear la yema de sus pulgares, entre los pezones, en suaves movimientos circulares y después, a hacer pequeños movimientos de amasado entre sus dedos, al mismo tiempo que dibujaba pequeños círculos en el sentido de las agujas del reloj, con la palma de sus manos. Sus bocas se fundían al mismo ritmo que sus cuerpos se entremezclaban, cual queso que se desprende en un sándwich recién horneado.

Bianca decidió dar un paso más allá. Ese era el límite que había trazado en otras ocasiones, pero hoy le tocaba arriesgarse y corresponder aquellas caricias. Ya lo había notado todo, sobre el pantalón, en el pasado; incluso pudo sentir el contacto directo con su piel unos cuantos segundos, pero siempre había sido a iniciativa de él y siempre acababa apartando la mano. Esta vez iba a ser diferente, esta vez sería ella quien buscara la erección de su miembro sin reticencias, sin miedo al qué dirán, sin importar el mañana, pues no habría uno para ellos.

Durante unos segundos, palpó su miembro; tratando de guardar en la memoria el tacto de su piel, así como las diferentes texturas de cada centímetro de este, desde la punta del glande, hasta la bolsa testicular. Curiosa, jugueteó el tacto húmedo, ligeramente pegajoso, que envolvía

de líquido preseminal aquel cálido píleo palpitante. Lo agitó con más ímpetu que destreza, provocando una mezcla de excitación y dolor en las tierras vírgenes del joven Giuseppe. Él trató de corresponderla, profundizando sus manos en el interior de la cintura elástica de sus mallas, pudiendo sentir el rocío que se desprendía de su piel hasta el torrente que empapaba su vulva. Fue una sensación extraña, ligeramente repulsiva al principio; más aún cuando, al descender sus labios sobre aquellas picudas colinas, captó los olores entrelazados que desprendían sus dedos impregnados del perfume de su cuello y el aroma de los flujos vaginales. Supuso que aquello debía ser así, por lo que nada le detuvo en su descenso alrededor de las planicies del vientre que conectaban con el monte de Venus. Aquel era el Olimpo que todo adolescente deseaba conquistar; la cima que, en tantas ocasiones, había visto devorado por los colosos del cine porno en el trastero de la casa de Piero, donde su padre escondía aquellos oscuros secretos que afloraban como nunca, durante aquellos días de exploración, en los despertares de la pubertad.

Bianca se deshizo de placer frente aquellos besos, nunca antes siquiera imaginados, y los correspondió introduciendo el glande en su boca. Sintió un sabor extraño, dulce y salado al mismo tiempo. Su textura era agradable, como un globo de chicle grueso, cálido, que retornaba a su forma pese a la presión de su lengua. Sin embargo, el tronco era más firme, como el mango de plástico que envuelve una espada de madera. Cuanto más la probaba, más placentero le resultaba el contacto de su lengua envolviéndola en un inagotable beso eterno. Él se sintió a punto de explotar. Temeroso de derramar su simiente sobre los labios de su amada, la detuvo con la misma mano que antes la invitaba a no detenerse.

— Para, no puedo más –le espetó entre escalofríos.

Bianca, lejos de amilanarse, se preparó para lo que estaba a punto de suceder y aumentó la velocidad y la voracidad de sus besos hasta que pudo sentirlo. Sí, sus fluidos más íntimos se derramaron sobre su lengua en incontrolables chorros a presión que ella contenía como podía. Él la agarraba por la cabeza con tensión contenida, entrelazando sus dedos con los cabellos de su amada, apretando los puños con cada espasmo, dejando mechones atrapados entre sus dedos. Ella se esforzaba por no abrir la boca y contener sus secreciones hasta que terminase de salir hasta la última gota. Aquel momento se le hizo largo, incluso repulsivo. Sintió una arcada pero, por suerte, cada vez salía menos cantidad y con menos presión. Notó que su firmeza menguaba y entonces apartó la boca. Durante unos segundos dudó, sin saber muy bien qué hacer con aquello. Lo paladeó un poco y le pareció espeso, extraño; finalmente optó por escupirlo disimuladamente sobre unos brotes verdes que asomaban en el suelo.

Realmente no sabría decir si era agradable o no, al menos no le resultó tan repulsivo como había imaginado.

Peppe se sintió exhausto y aliviado al mismo tiempo. Había sido el momento más excitante de su vida y Bianca acababa de demostrarle cuánto le amaba. Ninguna chica de su edad hubiese hecho por él lo que había hecho ella en su primera vez, de eso estaba seguro, pero nada hubiese cambiado en sus sentimientos por ella si no hubiese sido capaz de regalarle aquel momento inolvidable. La abrazó con ternura y volvió a besarla. Bianca estaba todavía bastante excitada y, el simple contacto de sus labios, hizo que sintiera el desparrame de sus fluidos lubricando sus zonas más íntimas. Eso le hizo querer volver a sentir la firmeza de su miembro entre las manos que, sorprendentemente, volvía a estar tan erecto como al principio.

Sabía que ahora era su turno, era lo mínimo que podía hacer por ella y, paradójicamente, le apetecía más que la primera vez sumergir su rostro en el manantial de fertilidad que irradiaba cada poro de su piel. Ahora sí consiguió que ella temblara de placer y él se excitaba más y más mirando cada jadeo de su rostro, cada resoplido controlado, cada tensión muscular contenida. Ella apretaba la cabeza de Peppe con fuerza contra su clítoris, sintiendo que todo su cuerpo estaba a punto para completar el paso más importante de su vida.

— Métemela –le dijo entre susurros y jadeos.

— ¿Qué? –respondió Peppe con el rostro desencajado, deteniéndose para mirarla fijamente a los ojos por un instante.

— No te pares. Métemela, ahora.

Aquel candoroso muchacho hizo lo que su amor le pidió, pero aquello no sería tan fácil como en las películas que había visto. Bianca sintió una mezcla de dolor y placer, aquello era más difícil que enhebrar una aguja de zurcir con el hilo de un ovillo de lana. Había una resistencia natural que ponía en jaque la firmeza de su erección pero, con suavidad y paciencia, poco a poco consiguió introducirse por completo en los tejidos cálidos y mullidos de su amada.

Por algún motivo que no entendía, su cuerpo le pedía que él golpease su cadera contra la suya pero, ahora, le escocía el movimiento que tanto deseaba. Se besaron y dejaron de pensar en moverse, simplemente mantuvieron sus cuerpos unidos, el uno dentro del otro y, poco a poco, el instinto fue haciendo lo demás. Tras unos minutos de adaptación, ambos parecían fluir dentro del otro pero resultó que coordinarse era un nuevo reto que no se habían tan siquiera planteado. Todo parecía más fácil cuando lo veían en la televisión, era como si los cuerpos de los actores estuviesen preparados para una tarea que poco o nada tenía que ver con los suyos.

Ambos renunciaron a tener un orgasmo, simplemente se limitaron a

experimentar y explorar sus límites, a coordinarse y a dejarse llevar entre besos, en diversas posturas, con sus cuerpos unidos permanentemente. Bianca marcaba suaves movimientos inconscientes, a horcajadas, sobre la cintura de Peppe. Quizá no fue el mejor sexo de sus vidas pero sí el más inolvidable. No hay nada como la primera vez, la inocencia de no saber bien qué tienes que hacer ni cómo, y es que nunca más se vuelve a amar de esa manera, sin miedo, sin corazas, sin pretensiones ni segundas intenciones. Sí, fue el día más importante de la vida de ambos, por eso dolió tanto.

Capítulo 9:

Sábado, 20 de febrero de 2004:

"Canneto: Un misterio creciente.

El pasado 9 de febrero, el alcalde de la localidad de Caronia, Pedro Spinnato, tomó la decisión de cortar el suministro eléctrico en la pequeña pedanía de Canneto, a fin de resolver los misteriosos incendios que venían azotando a su población desde mediados del mes pasado. Lejos de resolverse la causa, son muchas las voces que empiezan a ver una mano negra sobre este tranquilo enclave costero siciliano.

En la mañana del jueves 18 han aparecido, varados en la playa, los cuerpos de millones de medusas velero (Velella Velella), así como miles de peces de diversas especies sin causa aparente. Si bien este hecho se produce con relativa frecuencia, durante la entrada de las corrientes cálidas de la primavera, nunca, en la historia de Sicilia, había tenido esta magnitud. Se trata de un fenómeno de extinción masiva de varias especies que mantiene desconcertada a la comunidad científica.

En un principio, se sospechó de un grupo de adolescentes que, en mitad de una práctica espiritista de Ouija, salieron huyendo de una de las casas afectadas pero, las autoridades locales, han descartado que tuvieran relación con la causa de los incendios y se atribuye a fallos en la red de suministro eléctrico o en las instalaciones de las viviendas, aunque todavía está sin determinar el origen de la avería.

Por otro lado, el pasado 13 de enero, dos pescadores que faenaban en las tranquilas aguas de las Islas Eolias, afirmaron tener un inquietante encuentro con fuerzas militares de la Marina de EEUU. El capitán de la embarcación, M.L., sostiene que varios cazas persiguieron, sin éxito, a un objeto volante no identificado y que, posteriormente, un helicóptero de la NAVY les expulsó de la zona.

¿Es posible que estos tres fenómenos, aparentemente inconexos, tengan relación? ¿Se están realizando pruebas, con armamento de última tecnología, en nuestras aguas por parte de la Sexta Flota norteamericana? ¿Está el gobierno de Berlusconi al corriente de estas pruebas? Y si es así, ¿por qué no se han tomado las medidas de precaución necesarias?"

Marila Re.

— Monseñor, ¿ha leído ya el periódico de la mañana?

— Sí, ¿por qué?

— Quizá no ha comprado el correcto –contestó Marcelo, extendiendo su mano, para pasarle "La Gaceta de Palermo".

En la portada se distinguían tres fotografías correlativas: la primera, de una de las casas incendiadas (la de Bianca), la segunda de una playa cubierta de aquellos bichos repulsivos y por último, la de un

caza norteamericano. Las imágenes estaban impresas a color en el centro y en el encabezado, un titular que ocupaba la octava parte de la primera plana.

— Averigua lo que puedas de esta periodista. Quiero saber cuáles son sus fuentes y qué hay de cierto en la historia del pescador.

— De acuerdo. ¿Utilizo un canal oficial?

— ¡No, hombre! Si quisiera hacerlo así, lo investigaría yo mismo. El Vaticano no puede verse implicado bajo ningún concepto.

— Está bien. ¿Me marcho a Palermo o quiere que me quede con usted para entrevistar a los chicos?

— Ve tú solo. Yo me encargo de los chavales con el padre Doménico. Tenemos que aprovechar la confianza que tiene su madre en el párroco y puede que, si somos tres, se sientan más intimidados para hablar con libertad.

— Le llamaré esta noche para informarle de lo que haya descubierto.

El padre Amorth asintió sin mediar más palabras y se zambulló en el expediente policial que le había conseguido el concejal de seguridad ciudadana. Por más vueltas que le daba, no encontraba un nexo que conectase una causa común a todos los incendios. Ni siquiera había un vínculo familiar o personal con la pareja de ancianos más allá de una cordial relación vecinal. Nino era el único nexo pero, los siniestros, suponían un claro perjuicio para la compañía en la que trabajaba.

— ¡Sancta Madonna! Las cuatro y media. Voy a llegar tarde.

El padre Amorth cerró la puerta del despacho con llave y se apresuró a coger el abrigo para salir por la puerta principal. Junto a la barandilla de las escaleras, vio a un hombre de espaldas que parecía estar esperando a alguien, no le dio importancia y se apresuró, tomando la Vía Torre hacia la rampa de Giuseppe Mazzini, donde estaba aparcado el Fiat Punto del padre Doménico que debía estar esperando. Ya estaba llegando a esta cuando escuchó su nombre por la espalda.

— Padre Amorth.

— ¿Sí? –preguntó, intentando volverse, notablemente intrigado.

Sintió una mano sobre su hombro, después un mareo y por último un intenso calor en el rostro. Solo faltaban unos metros para salvar el desnivel que le separaba del aparcamiento pero perdió el equilibrio y acto seguido, la consciencia.

———

— ¡¿En serio?! –La mirada incrédula de Piero se combinaba con una mezcla de asombro y felicidad por su amigo.

— ¡Shisss! ¿Quieres bajar la voz? Si mis padres se enteran, me matan, idiota.

Piero estaba contento porque le habían levantado el castigo. Miró a su amigo durante un par de segundos, en silencio, intentando contenerse pero, de repente, empezó a cantar a pleno pulmón:

— C'è 'na luna mezz'u mare
Mamma mia m'a maritare
Figlia mia a cu te dare
Mamma mia pensace tu.

— Qué gilipollas eres –aseguró Peppe, incapaz de contener la risa.

Aquella canción popular siciliana, de Paolo Citorello, que se popularizó mundialmente gracias a la película de "El Padrino", se metió en la cabeza de Peppe.

— Là lariulà pesce fritt'e baccalà –empezaron a cantar los dos, al unísono, completamente descojonados.

— ¡Chicos! Bajad un momento –gritó la madre de Peppe.

— Mierda, te lo dije. Está pendiente de todo –aseguró este, llevándose la mano a la cara–. ¡Va!

— Ca me voglio matità –continuó cantando Piero para poner la guinda a la broma, mientras abrían la puerta del dormitorio, camino de las escaleras.

— ¿Qué estáis haciendo? –preguntó Feli, poniendo en marcha ese escáner que toda máquina *terminator* posee.

— Nada –aseguró Peppe, sonriendo.

— Anda, dejaos de tonterías que necesito ayuda para traer algunas cosas de la tienda.

— ¿Me acompañas? –le preguntó Peppe a su amigo.

— No, ya debo irme a casa o mi madre vendrá a buscarme. Hasta mañana, señora.

— Hasta mañana, Piero –respondió Feli, con una sonrisa de aceptación, ante la inquebrantable educación del mejor amigo de su hijo.

Los muchachos chocaron las palmas de sus manos brevemente, en la misma posición que echarían un pulso, para despedirse. Piero enfiló la calle Mare en sentido opuesto a la familia de Nino, rumbo a casa, no sin antes dejar un último regalo a su amigo: la primera estrofa de aquella canción. Peppe contuvo la risa y la vergüenza, como pudo, delante de su madre. Eso sí, no sabría decir si fue por las bromas de Piero, por el estado de felicidad en el que vivía, que le propulsaba hacia las nubes, o cuál era el motivo, pero mantenía una sonrisa estúpida en su cara que no podía disimular.

— Te veo muy contento –aseguró Feli, volviendo a poner la máquina de rayos x en marcha.

Peppe se encogió de hombros justo antes de entrar a la tienda. En ese momento se dio cuenta de que dejó de ser el foco de atención de su madre que, ahora, se esforzaba por no olvidar nada de lo que debía comprar.

— Catena, ¿no te queda lejía?

— Mira a ver si ahí abajo queda alguna.

— Vamos a ver, chiquilla, si te estoy diciendo que si te queda es porque no hay aquí.

— Y yo qué sé… La mitad de las veces no tenéis ojos en la cara. Perdona, Anthony que aquí, la Sra. Feliciana parece que tiene mucha prisa.

— Nada, nada, atiende. Si mi tío no tiene prisa y yo tampoco – aseguró el joven vecino que pasaba las tardes haciendo los recados del viejo Filippo Casella.

Peppe y Anthony se saludaron con un leve gesto. Él era mucho mayor que el vástago de los Pezzino: El típico veinteañero, ocioso, que se pasaba los días fumando porros y haciendo lo mínimo para sobrevivir a costa del viejo.

Catena subió las escaleras en busca de la lejía para reponer la estantería, dejando a los vecinos solos en la tienda. Peppe se separó de su madre, buscando alguna porquería que poder añadir a la cesta de la compra entre los estantes de bollería industrial. Odiaba ir a comprar con su madre porque, las dos marujas, se enrollaban durante horas, hablando de la última telenovela de turno. La moda de este género había llegado a Italia hacía unos años pero, Pasión de Gavilanes, había terminado por convertirla en un fenómeno de masas.

De repente, un grito ahogado, seguido de una traca inagotable de estos, sobresaltó a los clientes. Provenían de arriba, del lugar donde Catena llevaba desaparecida un par de minutos. Anthony fue el primero en dar una voz, tratando de averiguar lo que pasaba, pero no obtuvo respuesta. La enamoradiza teleadicta continuaba chillando como si una rata ninja se la estuviera comiendo viva. Preocupados y sin esperar a tener permiso, los dos jóvenes subieron, corriendo, al almacén de la buhardilla donde se encontraron varias alfombras, ropa y unos paquetes de papel higiénico en llamas. Catena pisoteaba el fuego como un elefante enfurecido, poniendo en riesgo sus piernas que, desprovistas del adecuado aislamiento, podrían sufrir quemaduras al más mínimo contacto. Los dos muchachos se apresuraron en ayudarla, tomando las toallas de una bolsa de ropa vieja para ahogar las llamas. Feli, preocupada, asomaba la cabeza por las escaleras cuando la flama de un paragüero, convertido en improvisada papelera, rugió a escasos centímetros de su mano izquierda. Entonces, ella también comenzó a chillar.

El fuego de la planta superior estaba prácticamente controlado

cuando, Peppe, escuchó los gritos de su madre y saltó los escalones, de tres en tres, en su ayuda. Las llamas sobresalían más de un metro por encima del borde del paragüero, poniendo en riesgo un expositor de perfumería que había al lado. Peppe la emprendió a manotazos contra este, hasta que se quemó. Después, de una patada, volcó el contenido de la papelera y lo pisoteó hasta que consiguió extinguirlo.

Anthony y Catena corrieron a comprobar lo que estaba sucediendo, con la inquietud de quien no sabe si en la buhardilla quedaban rescoldos activos que pudieran volver a prender. Durante los escasos tres minutos que duró aquel súbito incidente, Catena fue consciente de cómo se puede ir tu medio de subsistencia, por el desagüe, en unos segundos. Peppe se quejaba del antebrazo de su mano derecha, agitándolo al viento como si estuviera ardiendo.

— ¿Te has quemado? –preguntó la tendera con preocupación.

Feli intentaba que su hijo dejase el brazo quieto, un momento, para saber cuánto daño se había hecho. Anthony se quedó paralizado en mitad de las escaleras, sin saber si subir a vigilar o bajar a socorrer al muchacho.

— No te muevas de ahí, tengo una pomada para las quemaduras en el botiquín –aseguró Catena.

Tras socorrer a Peppe, la dependienta se dio cuenta de que, lo que acababa de pasar en su tienda, era parte del enigma que azotaba aquel pueblo desde hacía más de un mes. No pudo evitar recordar las habladurías de los vecinos, las prácticas espiritistas del muchacho con su prima y la coincidencia de que sucediera, precisamente, cuando él estaba allí. Es cierto que se había herido intentando ayudar a sofocarlo pero, inconscientemente, lo culpaba por lo sucedido.

La policía no tardó en presentarse, algunos vecinos ya la habían avisado al escuchar el escándalo. Los bomberos sonaban en la lejanía de la carretera de la costa, alertados por el humo que salía por la ventana de la buhardilla y, una ambulancia, se presentó junto a estos. Los sanitarios se empeñaron en revisar el brazo de Peppe, aunque no menos que su madre. Tras comprobar que estaba bien y que necesitaba poco más que la pomada que le habían puesto, le dejaron marcharse a casa con un pequeño vendaje.

— Cielos, son casi las seis –aseguró Feli, más tranquila ahora que sabía que todo estaba bien–. Deberíamos estar en casa hace más de media hora. Vitto –le dijo al agente de la Policía de Estado–. Si no nos necesitas, nos vamos. El padre Doménico hace rato que debe estar esperándonos.

— No te preocupes, Feli. Vete tranquila. Si necesito algo, iré luego a tu casa.

— Vale, gracias. ¡Catena!, adiós –dijo agitando la mano–. Que no sea nada.

— ¡Gracias! A los dos, de verdad. Peppe, que te mejores pronto.
— Gracias –respondió el muchacho con esa mezcla de vergüenza y apatía que caracteriza a los adolescentes.

———

— Padre, ¿dónde estaba? Vamos a llegar tarde.
— Lo siento, me he entretenido leyendo el informe de la policía.
— Por lo menos podría encender el teléfono móvil, le he llamado varias veces.
— Me niego a ser esclavo de la tecnología. Esas cosas son para los jóvenes, yo soy de otra generación. Arranque o nos retrasaremos todavía más –aseguró el padre Amorth mientras se abrochaba el cinturón de seguridad con cierta dificultad.

Caronia no distaba más de un par de Kilómetros de la casa de los Pezzino, algo que recorrerían en cinco minutos a aquella hora de la tarde. El padre Amorth se sentía ligeramente mareado, con la cabeza girando alrededor de su cuerpo; quizá fueran cosas de la edad, vértigo provocado por sus dolencias cervicales, pero hacía bastante que no le pasaba.

La estatal discurría entre un frondoso bosque de pinares a la altura de la playa pero, nada más salir del pueblo, los pinares daban paso a olivares mediterráneos y plantaciones frutícolas. Pasados unos minutos, tomaron el desvío de la derecha, cruzando sobre el puente de la línea férrea. Aparcaron el coche junto a esta, a escasos veinte metros de la playa y de la casa del muchacho. Un desfile de sirenas alertó a los religiosos en el lado opuesto de la carretera. La obsesión por no demorarse más, les impidió darse cuenta de lo que estaba sucediendo al otro lado, a la altura del hotel, donde se encontraban los vehículos de emergencia.

Volvió a sentirse mareado, cerró los ojos y, en su cabeza, sintió el destello de un relámpago estallando desde adentro. Buscó algo donde agarrarse y, en su camino, encontró un poste eléctrico junto al aparcamiento que ahora ocupa el parque infantil.

— ¿Se encuentra bien, monseñor? –quiso saber, con gesto preocupado, el padre Doménico.
— Sí, es solo vértigo. Hace años que lo tengo –aseguró el anciano, restregando la mano que le quedaba libre sobre su rostro.

De nuevo sintió el rugido del trueno en el interior de su cabeza. Esta vez fue mucho más intenso, tanto como para dejarle en el límite de perder el conocimiento. Por un instante juraría haber visto un ser que no podría describir, un ente sin cuerpo y de forma indefinida que brillaba en la profundidad de un abismo oscuro. No sabría encontrar las palabras exactas pero, lo más parecido que había visto, era una red

de conexiones neuronales en sus viejos libros de ciencias. Duró solo una fracción de segundo pero sintió un mal al que nunca se había enfrentado.

Una afirmación así era mucho decir para un hombre que llevaba décadas enfrentándose al diablo cara a cara, pero no había nada que pudiera describirlo. No se trataba de los típicos engaños a los que le sometían los viejos demonios burlones. No se hacía pasar por nadie que conociese para jugar con su mente y provocarle ira o conmiseración. Aquello era otra cosa, un ser mucho más primitivo, más viejo que la humanidad y tan poderoso que no necesitaba armarse con juegos triviales.

— ¡Padre! –gritó Doménico, al ver cayendo al suelo su cuerpo, tras ser fulminado por un rayo que saltó desde el transformador del poste de electricidad.

El cuerpo del Presidente de la Asociación Internacional de Exorcistas humeaba sobre la tierra seca de aquel viejo descampado mientras, el transformador que lo había electrocutado, comenzaba a arder, rompiendo los cables del tendido eléctrico y provocando un aterrador zigzagueo serpenteante, de miles de voltios, en busca de nuevas víctimas a las que dejar fulminado.

— ¡Padre! –volvió a gritar, sin poder acercarse a su cuerpo inerte.

Doménico se vio obligado a retroceder varios metros para no caer víctima de la serpiente eléctrica. Mientras, a escasos cien metros, el viejo Filippo Casella, que esperaba a que su sobrino regresara de la tienda, lo vio todo. Nada se pudo hacer por evitar la tragedia, pero una idea no dejó de taladrarle la cabeza en los días que siguieron al accidente: Si habían cortado la corriente tras el incendio de la tienda, ¿cómo pudo pasar?

Nada podría evitar que aquellos misteriosos incendios se cobrasen la primera víctima, o sí.

———

— Despierte, padre –repetía sin parar aquel tipo extraño, con un ojo de cada color.

El padre Amorth, por fin, abrió los ojos y se encontró, cual Cristo yacente, sobre el regazo de Ángelo Cutolo. El padre Doménico subía la cuesta que conducía al centro de la ciudad cuando, en el lado derecho, en una pequeña plaza que hacía las veces de entrada a algunas casas de la periferia, se encontró con aquella pintoresca escena de La Piedad.

— ¡Padre Amorth! –gritó exaltado–. ¿Qué ha pasado? –le inquirió a aquel desconocido, sin saber si prestaba ayuda a su amigo o, por el contrario, era el causante de que estuviera

tirado sobre este.

— Ángelo –consiguió decir, en un susurro, el viejo.

— Lo siento mucho, tenía que enseñárselo. Lo he repasado mil veces y esta era la única forma de evitar que fuese a ver a los muchachos.

— Ángelo, hijo mío.

— ¿Lo conoce, padre? –quiso saber Doménico, tratando de tranquilizarse–. ¿Está bien?

— Viejo amigo, tú estás predestinado a preparar al mundo para lo que ha de suceder. No puedo permitir que mueras por simple cabezonería –le dijo en voz baja al anciano, ignorando ambos las preocupadas preguntas del cura de San Nicolás.

— Lo he visto, Ángelo. Lo he visto –repetía con un hálito de voz débil.

— Lo sé. Ahora lo entiendes.

— Sí –aseguró el viejo, desviando la mirada de los ojos de su amigo, para perderse en los tonos turquesas del firmamento.

Capítulo 10:

El joven Anthony regresaba a casa de su tío ante la mirada inquieta del viejo que lo esperaba asomado por la ventana. En el consistorio, se había declarado la alarma y ordenado el corte del suministro energético a los operarios de Enel, nada más saltar la de incendios en el parque de bomberos. Muy cerca de la casa de Filippo, cuando el muchacho ya había cruzado el puente y se disponía a girar a la izquierda, por el camino de la playa, una explosión le dio un susto de muerte. El contador de un poste eléctrico había estallado y comenzó a arder sin causa aparente. Por suerte, Anthony estaba a varios metros de este y no fue más que el sobresalto, pero el anciano no pudo evitar sentirse preocupado por su sobrino y preguntarse qué lo había hecho estallar, si hacía rato que estaban sin luz en el pueblo.

———

Lunes, 22 de febrero de 2004:

— ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? El año que viene hay elecciones.

— Bueno… Será la oportunidad que llevas tanto tiempo esperando –aseguró el alcalde de Caronia, Pedro Spinnato.

— No necesito que te equivoques más para ganar la alcaldía, Pedro; pero, una decisión así, cuesta mucho dinero y tendremos demandas. No me gustaría heredar un ayuntamiento en bancarrota.

— No estoy dispuesto a esperar a que haya víctimas para tomar decisiones drásticas y, visto el curso de los acontecimientos, es cuestión de tiempo que tengamos una desgracia.

— Está bien. Te deseo suerte, de verdad; la vas a necesitar.

— Gracias, Calogero. Sé que no eres mal tipo del todo y te preocupas por nuestros vecinos. Solamente cumplo con mi deber de informar al líder de la oposición al decírtelo, pero espero que no hagas un uso desleal de algo como esto.

— Ánimo –le respondió el concejal Beringueli, dándole una palmada en la espalda, justo antes de salir a la puerta del consistorio donde había congregado a los medios para una rueda de prensa.

Pedro cruzó el umbral de la puerta en el que se realizaban los plenos municipales y, entonces, comprobó realmente las dimensiones mediáticas del misterio que envolvía a su pequeña ciudad. En la entrada se congregaban decenas de periodistas de todo el país. Las cámaras de televisión invadieron la minúscula pedanía de Canneto en

la tarde del domingo, nada más publicarse un nuevo artículo de aquella periodista que había destapado lo que estaba sucediendo. Los empujones y preguntas superpuestas se arremolinaban frente a él, en un impacto televisivo como jamás había visto.

— Guarden silencio, por favor. Voy a leer un comunicado y después pondrán hacer las preguntas que quieran–dijo con voz enérgica para intentar dar comienzo a la rueda de prensa.

Las voces se convirtieron en un murmullo que, pacientemente, el alcalde esperó a que cesara para comenzar a hablar.

— Buenos días –consiguió decir en un instante de silencio. Pedro tragó saliva para contener los nervios y se dispuso a leer el comunicado–. Como todos ustedes saben, desde hace poco más de un mes, la localidad de Canneto viene sufriendo numerosos incendios que han despertado una enorme preocupación entre sus habitantes. El origen de estos está por determinar, si bien se sospecha que se debe a un fallo de la red o en las instalaciones particulares del tendido eléctrico.

De nuevo saltaron preguntas entre los periodistas que Spinnato acalló, con un gesto de la mano derecha, pidiendo calma.

— Desde los primeros incendios –prosiguió–, este ayuntamiento, los servicios municipales, el cuerpo de bomberos, la policía, protección civil y operarios de la compañía Enel, vienen trabajando, de forma coordinada, para aclarar las causas y anticiparse a futuros accidentes.

Un nuevo murmullo se formó al final del recinto, donde se arremolinaban numerosos vecinos, nerviosos y a la espera de soluciones. Pedro pudo escuchar algunas voces y exabruptos que pasó por alto para continuar su declaración.

— Desde el pasado 18 de febrero, se vienen practicando cortes en el suministro durante las horas nocturnas para revisar las líneas –aseguró el alcalde–. Por desgracia, estas medidas están siendo insuficientes y, el pasado sábado, se declararon dos nuevos focos que no han causado más que pequeños daños personales. Este ayuntamiento no está dispuesto a esperar a tener ni una sola víctima para tomar medidas, más enérgicas, que den soluciones rápidas y fiables a sus vecinos. Es por eso que he ordenado la evacuación completa de la población de Canneto y establecer un campamento de trabajo permanente en la localidad.

Las voces de asombro y los gestos de sorpresa volvieron a interrumpir la declaración del alcalde. Spinnato se esforzaba por recuperar el control de la atención de medios y vecinos, entre consignas de protesta de unos y gritos de aprobación de otros.

— Este campamento dispondrá de efectivos del cuerpo de

bomberos, técnicos y operarios de Enel, policía y protección civil, las veinticuatro horas del día. El objetivo de este equipo de gobierno es encontrar la avería en el menor tiempo posible y conseguir que los vecinos vuelvan a ocupar sus casas con todas las garantías necesarias. El desalojo tendrá que ser efectivo antes de las 0:00 del sábado 27 de este mes. Confiamos en que, muy pronto, puedan volver a sus hogares y espero que entiendan que somos perfectamente conscientes de las enormes dificultades que acarrea una medida como esta. Desde aquí hacemos un llamamiento a la solidaridad de los vecinos de Caronia y otros municipios cercanos, para realojar a las familias que, en todo caso, serán atendidas por este ayuntamiento de no contar con familiares o amigos donde poder alojarse. Muchas gracias.

Un enorme revuelo se desató en la entrada. Los periodistas se volvían a atropellar para hacer sus preguntas y los vecinos de Canneto, allí presentes, se echaban las manos a la cabeza o rompían a llorar al saberse expulsados de sus hogares.

— Sr. Spinnato, aquí, para El Heraldo. ¿Es cierto que la marina estadounidense está haciendo pruebas militares en la zona?

— No tengo ninguna información en ese sentido ni hay nada que haga pensar que los incendios estén relacionados.

— Sr. Alcalde, ¿ha confirmado esa información con el Ministerio de Defensa?

— Sr. Alcalde, ¿ha habido más testigos de las maniobras aparte de los pescadores?

— Sr. Alcalde, ¿cree que pueden estar utilizando armamento secreto en suelo italiano?

— Les repito que no hay nada que decir respecto a esa información porque la desconozco por completo.

— ¿Es cierto que declararon haber visto un OVNI?

— Sr. Spinnato, ¿es cierto que todo empezó con una sesión de espiritismo de unos adolescentes?

— Lo siento, no voy a hacer comentarios sobre noticias, sin sentido ni rigor alguno, de periodistas sensacionalistas.

— Alcalde Spinnato, Marila Re, para la Gaceta de Palermo.

La presentación hizo guardar silencio a todos los periodistas que perseguían a Pedro en su pugna por un titular. En aquel momento, todas las miradas se dirigieron a ella con expectante notoriedad.

— Ah. Así que es usted –dijo Spinnato con el ceño fruncido.

— ¿No es cierto que, durante la madrugada del 18 de febrero, aparecieron centenares de miles de medusas y peces muertos en la costa?

— Sí, pero eso no tiene ninguna relación con el tema que nos

ocupa. Eso es una cuestión relacionada con las corrientes marítimas en las islas Eolias y que se repite cada cierto tiempo –dijo intentando pasar el turno a otro periodista.

— ¿No es igual de cierto que miles de animales desaparecieron o perdieron su vida, en tierra firme, en aquella mañana? Este es un registro de la empresa municipal de limpieza en el que se afirma que los operarios tuvieron que doblar turnos de trabajo para recoger cientos, quizá miles, de perros, gatos, conejos y gallinas; todas ellas fallecidas al mismo tiempo –aseguró Marila con voz enérgica, mientras agitaba un papel en su mano alzada.

— Sí, tuvimos que recoger algunos animales muertos aquella mañana –dijo Spinnato, con el rostro desencajado, al verse revelado el mayor secreto que mantenía el equipo municipal.

— Estos otros dos documentos que tengo aquí –continuó diciendo Marila en voz alta y clara–, son los registros de llamadas que recibieron los servicios municipales de limpieza y de protección del medio ambiente. ¿Sabe usted cuántos avisos tuvieron aquel día, Sr. Spinnato?

— No –respondió Pedro tragando saliva nuevamente e intentando controlar la sudoración de sus manos.

— Ciento ochenta y seis. Casi doscientas llamadas relacionadas con la aparición de animales muertos en granjas, tierras de cultivo y hogares de Caronia en un solo día. ¿De verdad pretende hacernos creer que no se están realizando experimentos ilegales en nuestra isla?

— No hay nada que indique lo que usted está afirmando, Srta. Re. Los animales fueron enviados al Centro de Análisis Chinicle Di Leo, en Palermo, para descartar cualquier tipo de riesgo biológico. No olvide que estamos en una zona de actividad volcánica y, de vez en cuando, la tierra desprende gases que son más nocivos para quienes viven más cerca del suelo que nosotros. Gracias por su atención y buenos días –dijo, zanjando la encerrona de Marila, el alcalde de Caronia.

Los periodistas se lanzaron a la caza de nuevas respuestas tras la intervención de la periodista, pero no obtuvieron respuesta y Pedro desapareció tras la puerta del consistorio. Casi jadeando, Spinnato se acercó a un miembro de su equipo de gobierno y le dijo:

— Averigua de dónde ha salido la filtración de esos registros de la empresa de limpieza y medio ambiente. Quiero la cabeza del culpable, de patitas en la calle, hoy mismo.

— Vale. Me pongo con ello –aseguró el concejal.

— Si haces otra rueda de prensa así, no duras ni hasta las elecciones –aseguró Beringueli, con más preocupación que

ironía, por lo que acababa de suceder.

— Espero que no tengas nada que ver con esto, Calogero. No me esperaba una jugada tan ruin de alguien que aspira a gobernar esta ciudad.

— A mí no me mires, te has liado tú solo.

———

Viernes, 26 de febrero de 2004:

La multitud de periodistas que fueron a cubrir la noticia, no hizo más que incrementar el incesante chorreo de curiosos que se acercaban a la pequeña localidad de Canneto. Si bien esto provocó que hoteles y restaurantes colgaran el cartel de: completo, las filas de coches provocaban monumentales atascos en la carretera estatal y eso era un serio problema añadido. La policía no tuvo más remedio que tomar medidas y prohibir el estacionamiento y la circulación, en determinadas áreas, para los no residentes.

En medio de todo este circo mediático en el que se estaba convirtiendo aquella tranquila ciudad, el padre Amorth decidió hacer las maletas y regresar a Roma, tal y como le había aconsejado su enigmático amigo Ángelo Cutolo. Marcelo tenía las maletas preparadas y esperaba, en la entrada de la sacristía, a que el padre Doménico se despidiera de su mentor; no fue un «adiós», más bien un «hasta pronto». Ninguno de los dos era de alargar demasiado ese tipo de momentos pues, la vida, les había enseñado que siempre volvían a encontrarse.

— ¿Te encargarás tú tal y cómo hemos hablado?

— Sí, descuide, padre.

— El ayuntamiento no te pondrá ninguna pega, ya está hablado.

— Gracias pero no hacía falta, me llevo bien con Spinnato.

— No te dejes ni una casa sin bendecir.

— Descuide, así lo haré.

— Y por el amor de Dios, el ritual de exorcismo en la casa de los dos chicos, debe ser completo. No te dejes ni una frase sin pronunciar.

— Lo sé, márchese tranquilo. No hay de qué preocuparse.

— Hay más de lo que te piensas. Nos vemos, padre Doménico. Cuídate.

— Y usted.

El padre Amorth y Marcelo abandonaron la Iglesia de San Nicolás, cargados, con su equipaje de mano. Hambrientos, buscaron un lugar donde comer algo antes de emprender el camino de regreso.

Dos periodistas reponían fuerzas en la terraza del bar de los Hermanos Zaffo cuando vieron sentarse, en la mesa de al lado, a dos hombres con la típica sotana sacerdotal y su tradicional alzacuellos.

— No te lo pierdas –dijo Mario, pegándole un codazo a su compañera Susana, señalando con la mirada a los religiosos.

— ¡Ostras! ¿Ese no es…?

Mario asintió con vehemencia y se dispuso a sacar la cámara disimuladamente. Susana lo miraba nerviosa, temiendo que, la precipitación de su amigo, les alertara de su presencia y acabaran marchándose. Mario tenía la paciencia de un detective privado y las tablas de un paparazzi, así que pudo sacar dos o tres buenas instantáneas sin levantar sospechas. Un camarero les tomó nota de unas bebidas y fue justo, en ese momento, cuando ella decidió acercarse.

— ¿Padre Amorth? Siento molestarle en mitad del aperitivo. Me llamo Susana Pitolo y soy periodista de El Heraldo. Hace años que sigo su carrera eclesiástica y, la verdad, me gustaría saber su opinión sobre lo que está sucediendo en esta ciudad. Si hay alguna voz autorizada en la Iglesia, para hablar de estos fenómenos, es la suya.

— La Iglesia no tiene una posición oficial sobre este tema ni estoy interesado en hacer ningún tipo de declaración, lo siento.

— No le pido una postura oficial, solo una opinión. Su presencia aquí, dudo que sea casual.

— Pues se equivoca, precisamente me marcho hoy, el día que todos ustedes vienen. Aquí mismo puede ver mis maletas.

— ¿Me permite? –dijo Susana, tomando asiento y dando por hecho un sí en su respuesta–. Sé perfectamente que estas cosas se llevan en secreto, padre. No le estoy pidiendo información que comprometa a esos muchachos, son menores y no podemos hablar con ellos ni publicar sus imágenes. Pero estoy segura de que sabe lo que se dice sobre ellos, sobre las sesiones de espiritismo que hicieron antes de que todo comenzara.

Aquellas palabras calentaron el pico del padre Amorth que estaba deseoso de censurar cualquier tipo de prácticas que pudieran poner en riesgo la vida de jóvenes inocentes. Más aún, después de lo que había visto a través de las manos de Ángelo.

— Sin ser esto más que una opinión, le diré que yo aconsejaría a esas familias que llamasen a un sacerdote que bendijese esas casas. El Diablo puede originar fenómenos como los que están sucediendo aquí pero, para serle sincero, jamás lo había visto proliferar con tanta intensidad.

— Entonces, ¿cree usted que esto puede ser obra del Diablo?

— Satanás es capaz de golpear donde quiere si le abren las puertas con prácticas espiritistas o magia negra.

El camarero trajo las bebidas y unas tapas. Sin ser consciente de que la mujer había cambiado de mesa, le ofreció consumir algo.

— No, se lo agradezco, ya estoy servida en aquella mesa de allí.

— ¿Les junto las cuentas?

— Bueno, sí, cargue lo que los padres quieran tomar en nuestra mesa. No les molesto más. Muchas gracias por atenderme, padre Amorth –dijo Susana poniéndose en pie, al mismo tiempo que extendía su mano para estrechársela al anciano y el joven mudito que le acompañaba.

— Gracias –le respondió el anciano, respondiendo a su petición con un firme apretón de manos.

— Un placer. Si me diera la oportunidad, para mí sería un honor hacerle una entrevista como es debido. Aquí le dejo mi tarjeta.

— Me temo que hoy mismo regresamos a Roma, pero gracias por la oferta y por el vino.

— Lo comprendo. Que tengan un buen día –les deseó Susana dando su mano al padre Marcelo por cortesía.

Cuando la periodista regresó a su silla, Marcelo rompió su silencio esbozando una abierta sonrisa de agrado hacia su jefe.

— Es usted todo un personaje público, monseñor. Podemos ir al pueblo más recóndito de Italia y alguien le reconocerá.

— La vanidad es pecado, padre. Beba y calle –respondió, zanjando la cuestión.

Capítulo 11:

«***Arde Canneto de Sicilia: La Iglesia sospecha que "El Maligno" es el responsable*:**

Cuando se cumple un mes de las primeras conflagraciones, el padre Gabriel Amorth, presidente honorario de la Asociación Internacional de Exorcistas, ha declarado: "Hay que llamar a un sacerdote para que bendiga las casas". Y aunque asevera que el diablo es capaz de originar fenómenos como los que están sucediendo en este piccolo paese de Sicilia, también reconoce que nunca los había visto proliferar tanto y con tanta intensidad. Quizá se deba a que sus habitantes han provocado al demonio, debió pensar, a juzgar por sus declaraciones: "Satanás es capaz de golpear donde quiere si se le abren las puertas con prácticas espiritistas o magias negras"».

El Heraldo.

Roma, ciudad del Vaticano:

— ¿Ha visto el periódico de esta mañana, Santidad? –preguntó Stanislaw Dziwisz, secretario papal, poniendo el titular frente a los ojos de Juan Pablo II.

— Pero qué… ¡Llama ahora mismo al padre Gabriel Amorth y me lo pasas! –dijo Wojtyla con el rostro enrojecido de ira.

— Enseguida, Santidad.

— Pero ¿quién se ha creído para hablar en nombre de la Iglesia? ¡Vamos, hombre! Y menos sin consultarme. Ni jubilados dejan de meterme en problemas. ¡Que tiene ya ochenta años, Dios! ¿Es que no van a aprender nunca?

Dziwisz escuchaba al papa despotricar mientras tomaba el teléfono de su escritorio. Las voces traspasaban la puerta de su despacho y, el jefe de seguridad de la Guardia Suiza, lo miró alarmado y preocupado a partes iguales. El cardenal Dziwisz negó con la cabeza, dando a entender que no pasaba nada que requiriese su intervención, entonces se relajó y continuó su ronda de control; ya estaba acostumbrado a escuchar aquellas broncas.

Aunque Juan Pablo II tenía fama de ser un papa amable, enormemente carismático, muy querido por todos e incluso tocado por la mano de Dios (hasta el punto de ser canonizado nada más morir); pocos saben que tenía bastante genio y que manejaba a la Curia romana con mano de hierro. Todo lo contrario de lo que le sucedió a su sucesor Ratzinger, que no pudo traspasar la barrera de los corazones de muchos católicos, a quien acusaban de hosco, excesivamente intelectual y severo. Sin embargo, fue incapaz de manejar a la Curia durante su pontificado y eso le llevó a tomar una

decisión tan inusual como excepcional, la renuncia al papado.

— Soy el cardenal Stanislaw Dziwisz, ¿me pasa con el padre Amorth, por favor?

— Eh… Sí, en seguida, eminencia –respondió, con voz temblorosa, la monja que había respondido al teléfono en la casa sacerdotal.

Pasaron un par de minutos antes de que respondiera el anciano exorcista, pero su tono no fue el de un hombre que se amilanase frente al secretario papal. Con la voz segura y un tono firme, Amorth respondió a la llamada.

— Buenos días, eminencia, Gabriel Amorth al habla.

— Padre Amorth, su santidad desea hablar con usted. Ya le aviso que no está de buen humor.

— Comprendo, eminencia. No se preocupe, siempre es un honor escucharle aunque sea para reprimirme por mis errores.

— Le pongo en espera, está hablando por teléfono.

En las palabras del padre Amorth se incluían todos los formalismos y la humildad con la que debía enfrentarse a un rapapolvo, probablemente merecido, pero con la seguridad de quien tiene la conciencia tranquila. Esta vez fue él quien tuvo que esperar unos minutos, al otro lado de la línea, hasta que escuchó la inconfundible voz de Wojtyla.

— ¿Padre Amorth? –preguntó el papa tras volver a descolgar el auricular.

— Sí, Santidad. Es un placer escucharle. Me honra con su llamada.

— Me gustaría decir que para mí también es un placer, pero no puedo.

— Comprendo y asumo mi culpa.

— Veo que sabe por qué le estoy llamando. ¿Es que no tiene usted sentido común? –le dijo elevando el tono de su voz notoriamente.

— Si me deja explicarme, yo…

— ¿Ha hablado con la periodista?

— Sí, pero…

— ¿Usted dijo lo que pone el artículo?

— Sí, pero…

— ¡Ni peros ni nada! Por las llagas de Cristo, ¿quién le ha dado permiso para pronunciarse en nombre de la Iglesia en un tema como este?

— Si me deja explicarme, eso es lo que quería matizar precisamente. Yo no…

— Sé lo que me va a decir, padre: Que han sacado sus palabras de contexto, que usted solo habla en su nombre, que no sabía

que iba a tener tanta repercusión… ¿Sabe por qué le he tenido que mantener en espera? Porque primer ministro, Berlusconi, me tenía ocupado en otra línea por su metedura de pata. Las agencias de prensa internacional se han interesado por este asunto tras sus declaraciones y ahora estamos en el punto de mira de todo el mundo.

— Vaya… Lo siento muchísimo, Santidad.

— Sí, sé que lo siente. Ha puesto el foco en un asunto que debía estudiarse con la máxima discreción. EE.UU. está pidiendo explicaciones al gobierno, ellos a mí y usted no puede hacer más que sentirlo. Padre Amorth, por Dios, que le sobra oficio en estas cosas y por eso está usted donde está.

— ¿Qué tienen que ver los americanos con mis declaraciones?

— Nada, pero ya han puesto el foco en la noticia y se han enterado de que la prensa local asegura que están probando armamento o haciendo maniobras. Ya sabe cómo son estas cosas. –En el tono de Juan Pablo II se seguía notando un cierto malestar pero, poco a poco, se iba disipando. La energía de aquel hombre era impropia para alguien de su edad pero, por encima de su carácter enérgico con quienes debía poner los puntos sobre las íes, estaba el líder resolutivo–. Bueno, espero que no vuelva a hablar con la prensa de este tema sin consultarme o le mandaré a la Antártida a decir misa con los pingüinos. Ahora vamos a lo importante: ¿Qué ha averiguado durante su estancia en Caronia?

———

El arcén de la carretera de la playa, se encontraba plagado de coches y furgonetas, con centenares de periodistas, a la caza de la noticia. Desde allí, retransmitían la última hora en directo:

— «Medios de comunicación de todo el mundo y millares de curiosos se congregan en la isla de Sicilia…»

— «La pequeña localidad de Canneto de Caronia se ha situado en el centro de la actualidad informativa…»

— «Los misteriosos incendios han llegado a despertar el interés de las más altas cúpulas políticas y eclesiásticas…»

— «The mayor ordered the population eviction…»

— «La peur s'est emparée des voisins…»

— «Cortes de eletricidade e água são permanentes até novo aviso»

— Incontriamo Antonino Pezzino, nel luogo dove tutto ebbe inizio. Signor Pezzino, come è nato l'incendio?

— Stavo guardando una partita di calcio mentre mia moglie stava cucinando.

— Pero ¿dónde se originó el incendio?
— Lo primero que vi arder fue la televisión pero, en cuanto me levanté del sofá, comprobé que este también estaba en llamas. Si no me hubiera levantado, no sé dónde estaría ahora.
— Supongo que pasaron momentos de mucha angustia.
— Sí, nos asustamos mucho.
— ¿Les han dicho cuándo podrán regresar a sus casas?
— No, de momento estamos esperando a que encuentren la causa. Nos han dicho que puede haber una avería en la red eléctrica del pueblo pero llevan días trabajando en eso y no han encontrado nada.
— Muchas gracias. Sr. Pezzino.
— De nada –respondió Nino, abrumado por la atención de los medios que no paraban de entrevistarle desde primera hora de la mañana.
— La compañía Enel ha enviado un equipo de trabajo permanente a la zona donde, se ha instalado un puesto de control y coordinación, que incluye operarios y servicios de emergencia. Si bien se han puesto todos los medios para que los vecinos puedan regresar a sus hogares, algunos vecinos ven una mano negra detrás de todo esto, un poder sobrenatural que está castigando a esta pequeña población que, aunque no deja de ser una idea rocambolesca, ha tomado fuerza tras las polémicas declaraciones del presidente de la Asociación Internacional de Exorcistas, monseñor Gabriel Amorth, que ha señalado la necesidad de bendecir las casas y señala, como responsable directo, a los propios vecinos de haber abierto las puertas al diablo mediante prácticas espiritistas. Misterio o avería, lo cierto es que más de un centenar de personas se encuentran desalojadas de sus hogares. Esperamos una rápida solución que devuelva la calma a todos los vecinos. Desde Canneto de Caronia, les habló Marisa Lomani para RAI Noticias. Corta –le dijo al cámara, haciendo pasar su mano en forma de cuchillo por su propia garganta–. ¿Lo tienes todo o hay que repetir alguna toma?
— No, no. Ha quedado perfecto –le respondió su compañero.
— ¿Seguro?
— Sí, sí, de verdad.
— ¿No me habrás sacado papada?
— Que no, mujer. Si te digo que ha salido bien, es porque lo está. ¿Cuándo te he mentido yo?
— Uf… No me hagas hablar. Muchas gracias por todo, Sr. Pezzino.
— A usted por no mencionar a los niños.

— No se preocupe. Nosotros somos una cadena de noticias nacional, no nos dedicamos a fastidiar a los vecinos con ideas supersticiosas, y más siendo menores.
— Sr. Pezzino, ¿podría dedicarnos unos minutos?
— ¿Para qué medio es?
— Rete 4.
— Ah, por supuesto.
— Le dejo atendiendo a los compañeros –se despidió Marisa.
— Gracias. Adiós –se despidió Nino, con una prominente sonrisa, de la guapa periodista de RAI News.

La atención mediática engordaba la vanidad, así como las ansias de protagonismo de Nino, en un fenómeno que era completamente nuevo para él. Acostumbrado a ir tras la gente, a esforzarse por captar la atención de los clientes para conseguir hacer una póliza de seguros, su presencia en los medios nacionales y locales le había abierto muchas puertas, y apenas daba abasto para atender a clientes que querían una buena cobertura antiincendios o una entrevista con el protagonista de la noticia del momento.

Por primera vez en mucho tiempo, las cosas empezaban a irle francamente bien. Es cierto que tenía su lado negativo pero, sin lugar a dudas, los pros superaban con creces las contras, así que lo asumía de buen grado. Las solicitudes de contratación se dispararon un mil doscientos por ciento, hasta tuvieron que ponerle una ayudante que hiciera el papeleo administrativo en la oficina. Nino era una estrella local, una víctima de un misterio que copaba los medios durante horas de debate televisado y que, incluso, acudía a algún plató para dejar testimonio de lo que estaba sucediendo.

Todo iba a la perfección en Canneto hasta que, tras tres semanas de revisión intensiva de la red eléctrica, se produjo un nuevo incendio en el pueblo donde solo habitaban los servicios de emergencia y profesionales de Enel. Era imposible que el fuego tuviese relación con una avería, así que se decidió trabajar en dos vías paralelas: la línea de ferroviaria (que tenía suministro eléctrico independiente) y el incendio provocado.

Capítulo 12:

Lunes, 1 de marzo de 2004:

— ¡Rápido! El humo sale de aquella casa de allí –gritó el jefe del destacamento de bomberos–. Pikachu, los chicos y tú atacáis con las mangueras desde arriba. El inspector y yo seremos los primeros en entrar.

— A la orden, jefe.

— No quiero héroes, ¿entendido? Las casas están deshabitadas y ningún enser vale la vida de uno de mis hombres –reiteró Micelle con voz enérgica.

— Recibido, jefe –contestaron varios al unísono.

— ¡Vamos, joder! ¿Qué estáis, de vacaciones? –apremió a sus hombres con unas sonoras palmadas.

— Es imposible que sea una avería, no hay nada que no dependa de generadores o baterías externas conectado a la corriente –aseguró Bitelle con voz pensativa.

— Dígame algo que no sepa, inspector. Con el gas cerrado y sin luz… Mejor será que la policía trace un perímetro de un par de kilómetros. Hoy vamos a cazar una rata huyendo del humo –aseguró, subiéndose en el asiento del copiloto del camión.

— Le sigo en el coche –afirmó Bitelle, asintiendo, en una clara rúbrica de sus palabras–. Chiesa, que no salga ni una mosca del perímetro sin que lo sepamos. Si no aparece, quiero un equipo que registre las casas, una por una. Aquí hay gato encerrado y lo vamos a encontrar.

— Cuente con ello, inspector –aseguró el agente de policía, sin pararse a valorar si el cuerpo de bomberos estaba en condiciones de darle órdenes de algún tipo.

Las sirenas se desplazaron los escasos cien metros que les separaban de las llamas, desde el puesto de mando situado en el aparcamiento que había junto a la vía férrea, a espaldas del hotel y donde, pocos días antes, había ardido uno de los contadores de luz tras el incendio de la tienda de Catena, junto la carretera que subía hacia la montaña.

Las silbantes lenguas anaranjadas que sobresalían por encima del tejado, hacían presagiar lo peor: la casa entera era pasto de las llamas. Una pareja de recién casados se había instalado allí hacía solo unos meses, en el que iba a ser el proyecto más importante de sus vidas. Por desgracia, todo parecía indicar que nada podría salvarse de las miles de horas, de sueños e ilusiones que se depositan en un primer hogar.

— Joder… ¿Cómo demonios ha crecido tan rápido? –se preguntaba uno de los bomberos al bajarse del camión.

— ¡Vamos, vamos! Las preguntas para luego. Ahora hay un fuego que apagar –insistió Micelle.

La estructura del edificio estaba en peligro y si no se daban prisa, a los pobres propietarios de aquella casa no les quedarían ni cuatro paredes sobre los que empezar de nuevo. La autobomba ligera de aquel viejo urbano de Iveco iba a ser claramente insuficiente, era el momento de pedir refuerzos y traer a “La Bestia”, como apodaban al pesado Magirus en el parque.

— ¡El tejado está a punto de venirse abajo! –gritó Pikachu tras comprobar que las tejas explotaban por el calor de las llamas y se desprendían pedazos incandescentes sobre la calle.

— ¡Retrasad la línea de ataque cinco metros, vamos! –ordenó Michelle, temiendo por la integridad física de sus hombres–. Hay que evitar, a toda costa, que se propague a las casas de al lado. Pijama, centra el chorro la manguera sobre aquella cornisa.

— ¡Voy!

Pijama era el benjamín de la cuadrilla. Sus compañeros le apodaron así por el parecido que tenía la camisa a rayas, con la que se presentó el primer día de trabajo, en el parque de bomberos.

Diez minutos más tarde, llegaban los refuerzos desde el Centro de Emergencias de Caronia, pero nada se pudo hacer por salvar la casa de la joven pareja que había ardido por los cuatro costados. El alcalde se personó en la zona al cabo de unos minutos mientras que, los periodistas, atraídos por el humo, se abalanzaban sobre la línea de exclusión situada a un par de kilómetros de Canneto, como las moscas sobre un cadáver.

— ¿Qué ha pasado? –quiso saber, de inmediato, el alcalde Spinnato.

— Aún no lo sabemos, señor –aseguró Michelle–. En cuanto sea seguro, entraremos. No voy a exponer ninguna vida hasta que Bitelle y yo hayamos comprobado que no hay riesgo de derrumbe.

— Bitelle –dijo el alcalde, retrasándose unos metros hasta donde se encontraba el inspector de incendios tomando notas–, quiero un informe preliminar mañana mismo. Me da igual que no sea oficial o que no tengas los resultados de los análisis; quiero saber qué te dice tu intuición.

— Lo intentaré, pero no le prometo nada, Spinnato.

— Sé que lo harás. Si esto ha sido provocado, tú lo hueles a distancia. ¿Cómo se puede incendiar una casa vacía, sin electricidad o gas conectados?

— No tengo ni idea, hay mil causas posibles y ninguna frecuente. Desde el sol que calienta un cristal y hace efecto

lupa sobre algo de rápida ignición, a químicos o radiación electromagnética. Desde un arco voltaico en la línea férrea a una mano negra que sabe esconderse mejor de lo que nosotros sabemos encontrarla.

Pedro Spinnato sacó su teléfono y marcó el número de Chiesa. Durante unos segundos el móvil se quedó en suspenso, sin conseguir dar tono y, acto seguido, se apagó ante sus narices pese a que la batería indicaba que estaba completamente cargado.

— Joder… dichosos aparatos: nunca funcionan cuando se les necesita. Bitelle, déjeme su radio, quiero hablar con Chiesa.

— Tenga –le contestó, extendiendo la mano con el walkie entre los dedos.

— Agente Chiesa, ¿me escucha? Soy Pedro Spinnato.

La radio no emitió el característico pitido que suele recibirse cuando sueltas el botón para comunicarte, en ninguna de los compañeros, ni en la de Bitelle ni la de los agentes locales que había al principio de la calle.

— Déjeme ver –dijo Bitelle, quitándosela de las manos para ver si estaba encendida–. Qué raro, estoy seguro de haberla cargado completamente esta mañana –aseguró, desconcertado, al comprobar que la batería estaba completamente muerta.

— ¿Alguien tiene una radio o un teléfono que funcione? –preguntó Spinnato en voz alta a todos los miembros del operativo desplegado junto al incendio.

En 2004 todo el mundo tenía ya teléfonos móviles. No tenían pantallas táctiles, redes sociales o internet, pero las baterías podían durar una semana con un uso medio.

Casi todos hicieron ademán de ofrecerle el suyo al alcalde pero la sorpresa fue mayúscula cuando comprobaron que nadie tenía batería. En aquel momento, la explosión de la luna de un coche cercano provocó un susto monumental a los servicios de emergencias, que se agacharon instintivamente. Las alarmas de los coches que se habían quedado aparcados en Canneto, ya sea por ser segundos vehículos o por estar demasiado viejos para llevárselos a sus nuevas residencias, empezaron a sonar por todo el pueblo ante la mirada atónita del equipo de emergencias.

Spinnato miró a Bitelle, desconcertado, buscando una explicación en sus ojos, aunque el rostro de este decía lo mismo que el del alcalde. Un equipo de Protección Civil se acercó a su todoterreno, alarmado por el olor a quemado que se desprendía de este pese a estar a más de veinte metros de la casa incendiada.

— ¡Inspector Bitelle! ¡Venga a ver esto!

Durante unos minutos, las extinguidas llamas de la casa dejaron de ser el foco de atención ante el escándalo de las alarmas y el estallido

de aquella luna cercana. Lo que parecía una prioridad: descubrir la causa del incendio, se había quedado momentáneamente en un segundo plano.

— ¿Qué pasa, Tomassino?

La cara de Bitelle era un poema. ¿Cómo era posible que el asiento del copiloto del vehículo estuviera casi carbonizado? En la guantera, el voluntario guardaba sus gafas. Para su sorpresa, los cristales estaban agujereados con tres círculos perfectos de uno o dos centímetros, mientras que la montura, los papeles o el plástico que recubría el cajón estaban completamente intactos.

— ¿Las traías rotas? –preguntó de inmediato el inspector.

— Que va, si son nuevas –aseguró con voz compungida.

— Pero no estarían ahí guardadas, supongo que estaban sobre el asiento que se ha quemado.

— Que no, que no, que nos la he tocado hasta ahora mismo.

— Bueno, no nos alarmemos. Un fragmento del tejado ha debido volar hasta aquí y ha caído sobre el asiento y las gafas, son cosas que pasan.

— Pero si la ventanilla del coche estaba subida y la puerta cerrada con llave –aseguró Tomassino.

— ¿Estás seguro?

— Pues claro que lo estoy. Mire la ventanilla, subida e intacta.

Spinnato miraba estupefacto las afirmaciones del voluntario de Protección Civil. No es que dudase de él, pues lo conocía desde la infancia y sabía que era un tipo honesto y cabal pero, lo que decía, no tenía pies ni cabeza y acababa de pasar delante de sus narices.

— Ya nos encargaremos luego del coche. Vamos a entrar en la casa que es lo más importante en este momento. Tomassino, ciérralo con llave y que ni Dios lo toque.

— De acuerdo, inspector.

— Me voy en busca de Chiesa –aseguró el alcalde, visiblemente nervioso–. No entiendo una mierda de nada de lo que está pasando y yo no creo en los fantasmas –añadió con una rotundidad que reflejaba más miedo a lo desconocido que certezas sobre sus creencias personales.

———

— Te he echado de menos.

— Y yo a ti –respondió Peppe, besando con pasión los labios de Bianca.

— Joder, tíos. Os podíais cortar un poco cuando esté yo delante que, los que estamos a dos velas, no tenemos con qué desahogarnos.

— ¡Anda que no! Si tienes un esguince de muñeca, pajillero de

los cojones –bromeó Peppe.

— Ja, ja, ja… –ironizó Piero con tono desganadamente burlesco.

— No te metas con él que, aquí, no se libra ni el apuntador –aseguró Bianca, guiñándole un ojo, ante su recién descubierta sexualidad.

— ¿Las has traído? –quiso saber Peppe.

— Por supuesto. ¿Por quién me tomas? Si soy "*il capo*" de Caronia.

— Señoras y señores, les presento al Al Capone siciliano. ¡Bravo! ¡Bravísimo! –le aplaudía Peppe con enfatizada sorna.

— Pues para ti no hay. Ea…

— ¡Eh! Con esas cosas no se bromea –aseguró Peppe, arrancado una lata de cerveza de sus manos.

— No muerdas la mano que te da de beber –advirtió Piero, pavoneándose.

— Chicos… Venga, dejadlo ya, anda. ¿Dónde nos ponemos? Aquel saliente de allí parece un buen lugar.

— Me parece perfecto –respondió Peppe, sonriendo a Bianca con cara de enamorado.

— Qué asco dais, Dios… Le quitáis el amargor hasta a la cerveza. "Mi pirici pirficti…" Buagh –respondió, llevándose dos dedos al interior de la garganta, como si quisiera vomitar.

— ¡Ay, mi celosillo! –gritó Peppe, abrazándole con ímpetu a la vez que zarandeaba el pelo de su amigo con la mano que le quedaba libre.

En cierto modo era verdad, Piero sentía sana envidia del amor del que disfrutaban sus dos mejores amigos y no se esforzaba por disimularlo pero, en su interior, se sentía feliz por ambos. Por otro lado, el papel de mirón le daba cierto morbo, aunque eso sí que no lo reconocería.

Al final del pueblo, pasado el arroyo de San Giovanni, la arena de la playa se volvía rocosa, llena de cantos rodados y de algas que arrancaba el oleaje durante los temporales. Por allí no iban más que algunos pescadores de chambel y parejas que buscaban intimidad. La zona boscosa que quedaba a sus espaldas, hasta la carretera, era el lugar perfecto para encontrar ese nido de amor que les librase de las malas lenguas del pueblo. Los chicos creían haber descubierto la pólvora pero, aquel sitio, era el mismo que utilizaban sus padres o abuelos hasta más allá de lo que las crónicas recordaban, y Piero lo sabía.

— ¿Sabéis cómo le llamaban a este trozo de playa?

— Ni idea –sentenció Peppe con aparente indiferencia.

— La Cala de la Fertilidad –aseguró Piero.

— ¡Anda ya! –respondió Bianca, empujando a su amigo entre

risas, ante la evidente indirecta que les había lanzado.

— Os lo digo en serio –afirmó con rostro inexpresivo.

— Pues yo he oído que, en este lugar, vieron a un fantasma sin forma definida. Dicen que es como una especie de gelatina rojiza, sin cabeza ni ojos –aseguró ella.

— ¡Uh…! ¡Qué miedo! –bromeó Piero, tomando asiento en una piedra que miraba hacia el mar. Justo al pie de la arboleda.

Peppe apuró, de un trago, la cerveza que le quedaba y la echó en la bolsa, no sin antes repostar su contenido. Se sentó en el extremo opuesto de la roca e invitó a Bianca a sentarse sobre sus piernas. Estaba oscureciendo y debería regresar a casa pronto. Lo cierto es que se habían alejado mucho de Caronia, donde se supone que ella estaba en sus clases de baile y posterior café con una amiga pero, los cortes de tráfico de la policía, habían convertido aquella zona en uno de los lugares más solitarios y aislados de la isla. Por suerte, sabían bien cómo evitar el control de la playa: El arroyo de Caronia estaba plagado de callejones terrizos entre los campos de cultivo, donde era imposible cortar todos los accesos a la playa.

Peppe comenzó a besar a Bianca y ella se apasionó al sentir el contacto de su lengua. Atenazó sus piernas contra el tronco de Peppe, con fuerza, y agarró el pelo de su novio, con ambas manos, de forma apasionada.

— Joder, tíos. No empecéis a daros el lote delante de mí que me caliento. Por lo menos podríais esperar a que esté más pedo –refunfuñó Piero apurando su segunda cerveza.

Los dos amantes se echaron a reír. Evidentemente no iban a hacerlo delante de Piero pero, si una cosa llevaba a otra, en nada estarían a punto de dar rienda suelta sus pasiones entre la hierba que cubre el espesor del bosque. No querían dejar solo a Piero, así que se resistieron en sus impulsos para hacerlos estallar el día de la próxima clase de baile.

— Tranquilo, capo. Hemos dicho que hoy era un día para estar juntos los colegas y lo cumpliremos –aseguró Bianca, desenredándose de la cintura de Peppe, antes de que fuera demasiado tarde.

Al cabo de una hora, los tres habían acabado con el pack de doce que habían conseguido robar de la nevera del padre de Piero. Divagaban y decían tonterías, tumbados sobre las piedras que se fundían con los matorrales del límite del bosque.

— Pues para mí, la chica ideal tiene que tener dos tetas bien grandes, de esas que no me quepan en una mano, y el culo bien duro, que esté apretadita. Tiene que usar tanga, las bragas me parecen lo menos sexy del mundo –soñaba Piero despierto.

— Ja, ja, ja. Menos lobos, caperucita. Si se te diera la oportunidad, te conformarías con una tabla de planchar –aseguró Peppe.

— Anda y tú –aseguró su amigo–. No lo digo por ti, Bianca, tú estás bien despachada.

— Serás… –respondió su amiga, lanzándole una lata vacía; fingiendo estar enfadada aunque, lo cierto es que el comentario le halagó.

— La verdad es que sí –aseguró Peppe, aprovechando la ocasión para darle un cariñoso apretón en la teta derecha y simulando que sonaba como una vieja bocina.

— ¡Para, cochino! –respondió ella, pegándole un poco eficaz manotazo en el antebrazo.

Ambos se echaron a reír y se besaron nuevamente. Esta vez, el gesto le resultó tan familiar, que Piero empezó a sentirse cómodo entre las muestras de cariño de sus amigos.

— ¿Qué os gustaría hacer cuando terminemos de estudiar? ¿Dónde os veis? –quiso saber el amigo de la pareja, cambiando completamente el registro de sus bromas, hacia una conversación más transcendental.

— Desde luego, aquí, no –aseguró Peppe–. Estoy harto de ver las mismas caras de siempre.

— ¡Vale! Gracias por la parte que me toca –le regañó Bianca.

— Lo mismo digo –añadió Piero con fingido enfado.

— Ja, ja, ja. Sabéis que no lo digo por vosotros. Nos iríamos lo tres juntos, a explorar mundo, a conocer otras culturas. Estoy cansado de viejos, paletos y campesinos. Aquí no hay nada que no sea agricultura o bares, y no me veo trabajando en ninguna de esas dos cosas.

— Siempre puedes hacerte a la mar –bromeó Piero.

— ¡Menos! Si el olor a sudor del campo me jode, el del pescado me da nauseas.

— Huy, nauseas. Qué fino y delicado nos ha salido el señor –bromeó Bianca.

— Ahora verás –respondió Peppe, abalanzándose sobre ella, fingiendo que iba a pegarla cuando lo que hizo fue aprovechar la ocasión para pellizcarle el culo.

— ¡Para, joder! –protestó en un ataque de risa incontenible.

— Pues yo me apunto a lo que dice Peppe. Quiero salir de esta isla y conocer Europa, siempre he querido ir a Francia, visitar París, Berlín, Londres… ¿Y tú, Bianca?

— Yo no lo he pensado todavía –respondió, recomponiéndose del ataque de Peppe–, pero me parece buena idea. En cuanto acabemos la universidad, nos vamos a hacer un viaje por

Europa, decidido.

— ¿Y la pasta? –preguntó Peppe.

— No hace falta tanto dinero. Podemos viajar usando interrail, es barato y muy divertido –aseguró ella.

— Y un pelín peligroso –sugirió Piero.

— Me parece que nuestro amigo ha leído demasiadas novelas de Agatha Christie, madame –aseguró Peppe con un marcado acento francés.

— Buah… Hacer el viaje del Oriente Exprés, brutal –aseguró Piero, llevándose las manos a la cabeza.

— Creo que ese no está en el presupuesto de interrail –añadió Bianca, provocando la risa de todos.

— ¿Qué coño es eso? –preguntó Piero con la cara desencajada y la vista puesta en el interior del bosque.

— Ja, ja. Anda ya, tío, no cuela.

— ¡Joder! Lo digo en serio –respondió, enfatizando sus palabras con el mismo ímpetu que disminuía el volumen de su voz.

Peppe se volvió y sus ojos pasaron de la sorpresa al miedo, en una fracción de segundo. Bianca, al observar la sonrisa borrada en la cara de este, se incorporó y volvió la vista hacia el interior del bosque. Al fondo, unas luces tintineaban proyectando extrañas sombras sobre el suelo musgoso, en el espesor de la arboleda. Más allá, destellos rojos y azulados centelleaban entre las copas de los árboles. Aquel silencio atronador les dio pánico y echaron a correr por la playa, camino de Caronia, tan rápido como podían.

Las luces blancas se acercaban a ellos a la misma velocidad que atravesaban el espesor de la noche. Cuanto más corrían, más rápido se acercaban aquellas luces, y eso agitaba sus corazones al límite. Pero nada comparable al terror que sintieron cuando vieron una pequeña sombra indefinida, atravesar la playa a un ritmo implacable. Los chicos gritaron, dejando de mirar hacia atrás. Bianca tropezó y se dio de bruces contra el suelo. Sus amigos se detuvieron y la ayudaron a levantarse para seguir corriendo pero, al volver la vista al frente, otro grupo de luces se interpuso entre ellos y la vía de escape. El corazón se les paralizó, sus cuerpos se detuvieron sin saber qué camino tomar y entonces les alcanzó aquello.

Los ladridos del pastor alemán les aliviaron por unos instantes, pero los colmillos del can no invitaban a relajarse precisamente.

— Ya los tiene –gritó una voz a sus espaldas.

Cuando los focos estuvieron a poco menos de veinte metros, suspiraron aliviados al ver que se trataba de policías uniformados que les deslumbraban con sus linternas.

— ¿Qué estáis haciendo aquí, chicos? –dijo uno de ellos mientras otro agarraba al perro para que no les atacase.

— No… Nada… Nosotros…
— ¿No sabéis que esta zona está cortada al paso? –le atosigó sin dejarle tomar aire suficiente para contestar.
— Nosotros solo…
— Debéis acompañarnos a comisaría. Ahora avisaremos a vuestros padres. Será mejor que tengáis una buena razón para estar aquí u os meteréis en serios problemas.
— ¡No! ¡A mis padres, no! –imploró Bianca.
— Haberlo pensado antes de meterte en una zona prohibida, señorita. ¡Andando! –respondió el policía, al tiempo que hacía un gesto con la mano a los que se acercaban, desde el lado opuesto, para indicar que todo estaba controlado.

———

— Siento que estoy perdiendo la oportunidad de mi vida.
— No sé por qué dices eso. Tú descubriste lo que estaba pasando y apostaste por ello cuando nadie daba un duro por esta historia.
— Lo sé, pero ahora hay tantos periodistas, tantas personas investigando que, así es imposible abrir ninguna puerta. Todo el mundo está asustado y nadie quiere hablar con la prensa.
— Eso no es malo, Marila; significa que estás en el camino correcto. En ese pueblo todo el mundo tiene algo que ocultar, pequeños secretos que nadie quiere que salgan a la luz. Eres la única periodista que ha puesto en su sitio al alcalde cuando tenía en frente a decenas de reporteros nacionales. La obligación de un periodista es informar, decir la verdad al pueblo de las cosas que los políticos callan, y tú lo has hecho.
— Anna, de verdad que no sé lo que haría sin ti. No sabes lo que valoro que me hayas perdonado. Sé que sientes que te estoy dejando en segundo plano y no te falta razón. Estoy completamente obsesionada con este tema y no encuentro la forma de desconectar.
— A mí me ha costado un tiempo comprender lo importante que es para ti. Supongo que las personas que tienen una experiencia como la que tuviste, se quedan marcadas de por vida.
— No es así exactamente. La verdad es que no sabría definirlo. No estoy traumatizada, no tuve miedo ni nada parecido, al contrario, fue una experiencia increíble. Pero existe una atracción magnética que te impulsa a saber más y no sabes controlarla, es una sensación extraña. ¿Recuerdas la película «Encuentros en la tercera fase», de Spielberg?
— Aha… –asintió Anna, apurando una calada a un cigarrillo que

apagó en el cenicero de la mesita de noche.

— Pues es algo parecido a lo que le pasa a la gente que acude a la Montaña del Diablo, les atrae sin saber cómo ni porqué.

— Voy a tirar esto y abrir la ventana –respondió Anna, levantando su cuerpo desnudo de la cama, tras una tarde de sexo como no recordaba en mucho tiempo–. Yo siempre he pensado que esas cosas eran cuentos para niños hasta que me lo contaste.

— Pues te aseguro que no lo son. Hay algo que ningún ser humano puede lograr y es, cambiar tu forma de pensar desde la base más primitiva de tu cerebro, como si implantaran nuevas creencias en tu cabeza.

Sus reconciliaciones tenían ese componente desestabilizadoramente pasional. El miedo a perder al ser querido, activaba ese sentido de alerta que te hace desear desesperadamente a la otra persona. Eso hace que el sexo sea particularmente intenso y, Anna, estaba convencida de que, tratándose de dos mujeres, no habría nada que lo igualase en este mundo porque, siempre pensó que los hombres, eran mucho más superficiales: incapaces de sentir y sufrir como lo hace una mujer.

Tras dejar el cenicero en el poyete de la ventana, para que la habitación no oliera a tabaco, regresó a la cama con Marila y la besó con ternura en los labios. La miró fijamente a los ojos y le acarició la cara.

— Sabes que te quiero, ¿verdad?

— Lo sé, pero no más que yo a ti –contestó la periodista.

Marila se quedó acurrucada, enroscada en el cuerpo desnudo de su primer amor verdadero. Cerró los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió libre. Anna era buena para su vida, le proporcionaba la estabilidad emocional que necesitaba para afrontar sus retos personales. Siempre deseó ser una gran periodista; no famosa, sino una gran profesional. Una de esas periodistas que se desplazan a las zonas en conflicto, a eventos internacionales, que se infiltran en organizaciones criminales y acaban escribiendo un *best seller* bajo pseudónimo. Los sueños, al lado de alguien que te comprende por completo, parecen más alcanzables.

———

— Capitán –reclamó su atención uno de los agentes de los carabineros, haciéndole un gesto para que saliera.

— ¿Qué tienes, Morocutti?

El brigadier le mostró una bolsa llena de latas de cerveza vacías. Eso y el olor a alcohol que desprendían los muchachos, le hacía pensar que, posiblemente, no tuviesen nada, que simplemente se habían

colado allí para beber a escondidas; pero no podía dar nada por sentado ni, tampoco, interrogarlos hasta que llegasen sus padres. Hubiese sido fantástico dar carpetazo al misterio como una trastada de adolescentes, una chiquillada de graves consecuencias penales, pero un acto de inconsciencia juvenil al fin y al cabo. Por desgracia, habían peinado la zona pocos minutos después del incendio y allí no había nadie. Necesitaba saber dónde estaban los chicos aquella mañana. Si tenían una coartada consistente, lo único que dejaba patente este incidente es que el precinto de seguridad tenía fisuras y eso no era nada bueno a la vista del comandante.

— Gracias. Llévela a la zona de pruebas que le den registro de entrada.

— A la orden.

— Capitán, están aquí los padres de la chica –le dijo el agente de la puerta.

— Llévalos a mi despacho y que esperen.

— Sí, señor.

— Ah, por cierto. Si vienen los padres de los otros dos, mete a unos en la sala de interrogatorios y a los otros con el teniente Palermo.

— Entendido, capitán –respondió, el joven agente, regresando a su puesto.

— Abra la puerta –ordenó Leccio al agente de la celda–. Muchacha, te vienes conmigo. Tus padres están aquí.

Por la cabeza de Bianca se cernió la catástrofe. Por si no fuese suficiente que la pillaran saltándose las clases de baile, la iban a encontrar detenida y con Peppe. El mundo se le venía encima, sus padres jamás se lo perdonarían. Con lo que lo odiaban… y, por segunda vez, la iban a recoger de comisaría; para colmo, la de carabineros, que tenían fama de ser mucho más estrictos que los agentes de la policía local.

— Será mejor que digas toda la verdad. Ya tienes suficientes problemas como para empeorar las cosas –añadió mientras recorrían el pasillo hasta su despacho.

Bianca no decía ni una palabra. Aquello era el fin del mundo, al menos tal y como lo conocía.

— Ay, mi niña –dijo su madre, con la angustia retenida en un pecho encogido, que corrió a sus brazos para besarla nada más entró por la puerta–. ¿Qué ha pasado?

— Hemos sorprendido a su hija con otros dos chicos en la zona acordonada –intervino de inmediato Leccio, tomando asiento–. No les voy a engañar, su hija tiene problemas. Esta mañana se ha incendiado la casa del matrimonio Pisella y ellos estaban donde no debían. Es la segunda vez que arde una vivienda y

su hija está en el sitio más inoportuno, señores Roselló.

— Le recuerdo que la otra casa era la nuestra –intervino su padre, con cara de pocos amigos, ante las insinuaciones del capitán.

— Lo sé, pero eso no la descarta como sospechosa. Los pirómanos suelen empezar provocando pequeños accidentes domésticos en sus propios hogares. Es su manera de familiarizarse con el fuego.

— Mi hija es una cría, no es una pirómana –aseguró Enzo, indignado.

— Las personas que sufren ese trastorno, suelen empezar durante la adolescencia. Le sorprendería saber cuántos casos hay –aseguró el capitán, que no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer por el mero hecho de enfrentarse a unos potenciales delincuentes menores de edad–. Necesito que su hija responda a unas preguntas. Si no tiene nada que ocultar y es sincera, podrán irse a casa. De lo contrario, llamen a un abogado y pasarán la noche aquí.

— Hija –intervino Marta, con la mirada vidriosa–, sé que tú no has hecho eso. Cuéntanos la verdad y vámonos a casa, te lo ruego.

Bianca rompió a llorar, desconsolada, prisionera de sus sentimientos por Peppe y el amor que sentía por sus padres. Tras unos segundos de angustia, consiguió reponerse gracias a las caricias de su madre que paseaban sobre el reverso de su mano izquierda. Bianca asintió, dispuesta a hablar y contarlo todo.

— ¿Qué hacíais en la playa del pueblo? –disparó el capitán, aprovechando el momento de debilidad de la testigo.

— Fuimos a beber unas cervezas.

— ¡¿A beber?! ¿Con quién? –intervino Enzo, furioso.

— Las preguntas las hago yo, Sr. Roselló. O se calma o se marcha al pasillo–. Enzo asintió, intentando controlarse–. ¿Quiénes ibais?

— Peppe, Piero y yo.

— ¿Peppe? ¿Te estás viendo con tu primo a escondidas?

— Segunda advertencia, Sr. Roselló. No va a haber una tercera: O se calla o se va.

Enzo se mordió la lengua y preparó su cuerpo para escuchar cualquier barbaridad. Tres adolescentes solos, bebiendo alcohol en la playa, en un sitio deshabitado… Sus peores temores como padre sobrevolaban la cabeza de quien no es capaz de asumir que su niña se estaba haciendo mayor.

— ¿Dónde estuvisteis? –continuó el capitán Leccio tras hacer una pausa de unos segundos que certificara que Enzo

mantenía la boca cerrada.

— En la playa todo el tiempo. No nos movimos de allí.

— ¿A qué hora llegasteis?

— Sobre las cinco y media o seis menos cuarto.

— ¿Y las clases de baile? –intervino Marta, sorprendida.

— Sra. Pezzino, ¿usted también? Creo que he sido bastante claro. Si vuelven a interrumpir alguno de los dos, se acaba esta oportunidad y nos vemos cuando traigan a su abogado.

Marta asintió avergonzada. Sospechaba que se seguía viendo con Peppe y lo entendía; cuando una mujer ama a un hombre, no hay nada que la detenga. Pero saltarse las clases de baile, con lo que Bianca disfrutaba en ellas desde pequeña… Si estaba dispuesta a renunciar a eso, nada le haría renunciar del joven Pezzino.

— Me salté las clases para ver a mis amigos. Desde que nos mudamos, mis padres no me dejan verlos y no es justo que nosotros paguemos por sus discusiones.

Enzo hizo todo lo posible por callarse, apretó los dientes con fuerza antes de que saliera todo el veneno que llevaba dentro. La situación de Bianca no era mucho mejor que la de Piero; él no tenía una relación sentimental con ninguno de los dos pero sus padres ya le habían prohibido juntarse con ellos y ahora le someterían a un tercer grado mucho más estricto.

— ¿Por dónde entrasteis a la playa?

— Por las plantaciones agrícolas del arroyo Caronia. Eso está lleno de callejones entre los plásticos de los viveros, nadie nos vio entrar.

— Entonces sabíais que estaba prohibido el paso.

— Sí, pero era la forma de estar juntos sin que nos vieran. Si mis padres se enteraban de que me había saltado la clase de baile, me castigarían. En este pueblo hay muchos chivatos y muchas viejas cotillas.

— También sabes que los menores no podéis beber alcohol.

— Sí –afirmó Bianca un poco avergonzada.

— ¿De dónde sacasteis las latas de cerveza?

— Piero se las cogió a su padre. Él tiene muchas, no se daría ni cuenta.

— ¿Dónde estuvisteis entre las doce y las dos del mediodía?

— En clase, en el colegio.

— ¿Los tres vais a la misma clase?

— Sí, aunque mis padres quieren cambiarme de colegio y separarme de todos mis amigos. Si hacen eso, me escaparé de casa –respondió indignada por el mero recuerdo de la idea que la llevaba torturando desde que se fueron de casa.

Bianca aprovechó el silencio forzoso de sus padres para lanzar los

mensajes que jamás le dejarían decir, era su oportunidad de que la escuchasen sin interrumpirla ni amenazarla. Quizá la castigaran el resto de su vida pero, al menos, habría dicho cómo se sentía.

— Sabes que vamos a comprobar si es cierto que estuvisteis en clase, ¿verdad?

— Sí.

— Como os hayáis saltado una sola hora, las cosas se pueden complicar todavía más para vosotros.

— No nos hemos saltado ninguna clase –aseguró Bianca.

Leccio se levantó de su asiento y salió del despacho, dejando a solas a la familia. Se suponía que debían empezar a discutir entre ellos, al menos es lo que pretendía escuchar en la grabación, pero no fue así; se quedaron en absoluto silencio, con la mirada agachada y sin dirigirse la palabra ninguno de los tres. Quizá vulneró sus derechos al no informarle de que aquello era una declaración oficial y no serviría de prueba en un tribunal pero le pondría tras la pista de las contradicciones en sus versiones. Llamó a la puerta de la sala de interrogatorios, allí estaban los padres de Peppe con el teniente Palermo, lo llamó para que saliera y contrastó las versiones de los dos chicos con su colega. Eran idénticas salvo por el hecho de que Peppe había afirmado que mantenía una relación con la chica y eso, Bianca, lo había obviado.

— Son primos; por eso, las dos familias, están enfrentadas –aseguró Palermo.

— Ya veo. Sabía que el padre tenía algo contra el chico y no entendía el motivo, ahora está claro. ¿Y los padres del otro chico?

— Están con Morocutti, más de lo mismo, capitán.

— Está bien, soltadlos. Mañana id a hablar con sus profesores y comprobad que no se saltaron ni una sola clase. Si estuvieron todo el tiempo allí, no han podido ser ellos.

— Pero es la segunda vez que están cerca de un incendio.

— Palermo, los incendios provocados son fáciles de identificar, siempre hay rastros. Si algo está originando estos fuegos, no está al alcance de un grupo de chavales. Suéltalos.

— A la orden, jefe.

— Mi comandante –dijo Leccio, cuadrándose, ante la inesperada visita de su jefe que apareció por la puerta repentinamente.

— ¿Qué tenemos, capitán?

— Nada, solo unos chavales que bebían cerveza en la zona acordonada.

— Le he escuchado hablar con Palermo. Intuyo que tiene una teoría.

— Solo eso, señor, teorías.

— Soy todo oídos.
— Comandante, no sé qué está provocando los incendios todavía, necesito tiempo para investigar.
— No le estoy metiendo prisa. Solo quiero escuchar qué ronda por su cabeza.
— Está bien. Pasemos al archivo, tengo todas los despachos llenos de testigos –respondió abriendo la puerta de un cuartillo atestado de cajas. Leccio cerró la puerta y se quedó frente a su jefe, a una distancia incómoda, en una habitación demasiado pequeña–. Iré directo al grano, señor. Creo que si alguien los está causando, está muy familiarizado con el fuego, creo que tiene los conocimientos, la oportunidad y los medios.
— Ya veo por donde va.
— No puedo probar nada, señor, ni siquiera tengo un sospechoso.
— Me parece una buena línea de trabajo, vaya por ahí.
— Lo haré, señor.
— Pero con cuidado. No lo comente con sus hombres ni con la Policía de Estado, no sabemos cuántas personas pueden estar implicadas.
— Así lo haré, comandante.
— Encuentre un móvil y tendrá a su sospechoso. Si ha sido tan astuto para engañarnos a todos, no podemos confiar en que cometa un error –respondió abriendo la puerta para salir de aquella distancia tan incómoda con un subordinado.
— Sí, señor.

Capítulo 13:

16 de marzo de 2004:

Los incendios se multiplicaron durante esa semana, haciendo casi imposible la recolección y análisis de pruebas de un modo suficientemente minucioso. Había días que tenían hasta tres focos dispersos en campos, jardines y hogares. El Arma de Carabinieri había tomado el control de la investigación y, ahora, todas las pruebas debían pasar por las manos del capitán Leccio. Ante la oleada incontrolada de fuegos, Alessandro decidió instalar alarmas antiincendios en todas las viviendas de Canneto. Protección Civil aumentó su dispositivo para cubrir los huecos que habían provocado que, unos chicos, se colasen sin dificultad en la zona. Ahora estaba todo bien sellado realmente y, de haber un culpable, lo tenían dentro, como sospechaba.

Aquella tarde, Bianca escuchó la bronca más grande que sus padres habían tenido desde que tenía uso de razón. Rogaba a Dios que no se divorciasen, era lo que le faltaba.

— ¡Te he dicho que así no vamos a conseguir nada! –gritaba su madre con los nervios desatados.
— ¡Por encima de mi cadáver! ¿Me escuchas? –aseguró Enzo.
— ¿Quieres dejar de ser un puñetero egocéntrico y pensar en tu familia? –le gritó como nunca antes la había visto hacer.
— Es lo único que hago, por eso no voy a permitirlo.
— Te preocupa más el qué dirán y tus relaciones sociales que tu hija.
— ¡Me preocupa que nadie rompa el buen nombre de esta familia!
— Pero ¿qué buen nombre? Si tu tío estuvo en prisión por fraude bancario y mi abuelo se lió con la madre del alcalde. ¿De verdad te crees que lo han olvidado?
— ¡Va contra natura!
— ¡¿Quieres dejar de ser tan mojigato?! Los padres de los Di Prona también eran primos, el sobrino de Filipo estuvo liado con su madrastra. El que esté libre de pecado en este puto pueblo, que tire la primera piedra. Hasta los reyes se han casado con familiares directos.
— ¡Jamás podrán casarse! La Iglesia lo prohíbe.
— La Iglesia… Como si no hubiera una institución más hipócrita en este país.
— ¡Tengo razón!
— ¿Quieres tener razón o una hija? –sentenció Marta la

discusión de un portazo.

Bianca se sentía culpable de la mala relación que tenían, de un tiempo para acá, sus padres. En Sicilia, las madres eran las verdaderas matriarcas pero su padre, era de la vieja escuela. Es cierto que ella llevaba las cosas del hogar y la organización de la familia, pero no se tomaba una decisión importante sin el consentimiento del cabeza de familia y este asunto, lo era.

En un pueblo, todos se conocen y las rencillas, escándalos o rencores duraban generaciones. Al nacer, ya sabías con quién te puedes juntar y quiénes eran territorio prohibido. Bianca sentía que aquella podía ser la primera piedra, en un camino, que separase a los Roselló de los Pezzino para siempre. Podría parecer exageraciones de una mente adolescente pero, si echaba la vista atrás, todas las peleas entre familias venían por lo mismo: amor, tierras o dinero. De repente, escuchó unos golpes suaves en su puerta:

— ¿Puedo pasar?

— Sí, claro –respondió ella con un nudo en la garganta. Era raro escuchar a su padre, con aquel tono sosegado, tras semejante pelea; pero ella se había encerrado en la habitación y no quería escucharlo.

— ¿Lo has oído? –le disparó a bocajarro. Ahora le tocaba a ella sentir, en sus carnes, el peso de la culpa y los reproches.

Bianca asintió sin opinar nada al respecto, ya sabía lo que le iba a decir: que todo esto era por su culpa, por ser una cría malcriada que no sabe todavía lo que quiere en la vida, que a los quince años nadie sabe lo que es el amor y que se había encaprichado de su primo solamente porque estaba prohibido para ella.

— Hija… no es fácil para mí decir esto–. Aquello sonaba a que quería suavizar el tono, hacerle entrar en razón, pero la razón no entiende lo que solamente el corazón comprende–. Yo… yo quiero que seas feliz y hacer lo mejor para vosotras, no pienso en otra cosa, de verdad.

— Lo sé –respondió sinceramente. Consciente de que su padre pensaba que la protegía del escarnio público en un lugar tan pequeño. Pero eso a ella le daba igual, en cuanto tuviera edad suficiente, se marcharía de Canneto.

— La discusión que he tenido con tu madre me ha hecho pensar–. Enzo hizo una pausa larga, como si no supiera cómo continuar–. Yo no suelo meterme demasiado en tus cosas: Mamá es quien está pendiente de los deberes, de la organización de tu cuarto, la ropa, la comida… de todo, vamos.

Bianca sonrió al escuchar a su padre reconocer los méritos de su madre, aunque él era quien ponía la hora de llegada, quien le llevaba

al colegio o a bailar y quien se encargaba de los castigos cuando mamá no conseguía controlarla.

— Normalmente tiene razón en casi todo lo que dice –siguió diciendo– y, cuando no está segura, se calla y me deja a mí decidir.

Aquello la dejó desconcertada. ¿Por dónde iba a salir el hueso duro de su padre ahora? ¿No estaría insinuando que su madre tenía razón en este tema?

— Bianca… ¿Le quieres?

Ella se quedó sin saber qué responder. No sabía si había escuchado bien, no estaba segura si se refería a Peppe o a su padre.

— Dímelo sin miedo, lo que sienta tu corazón como una certeza tan absoluta como que existe un Dios: ¿Lo amas de ese modo?

Bianca se echó a llorar al escuchar a su padre hablarle de aquella manera, con ternura y comprensión, sin reproches y voces, sin las típicas imposiciones de siempre. Para colmo, le había removido el corazón con una pregunta que no se había hecho a sí misma. Todo el tiempo había ido a contracorriente, luchando contra las decisiones de su familia pero ¿por qué?, ¿por rebeldía o por amor en mayúsculas? Se acordó de la tarde que pasaron en la casona abandonada, de las caricias, de lo que sentía a su lado cada vez que lo veía…

— Sí –contestó al fin, tras meditar la respuesta unos segundos y conseguir las fuerzas para que las palabras salieran entre las lágrimas.

— Está bien. Tienes mi permiso para verlo –dijo Enzo, volviendo la cara para evitar que el corazón se le desgarrase y ella pudiera verlo.

— ¡¿De verdad?! –quiso saber, incrédula.

— Sí… de verdad.

— ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! –gritó, abrazando a su padre como no hacía desde que cumplió doce años.

Aquella reacción endulzó la pena de Enzo, necesitaba aquel abrazo de su hija desde hacía mucho tiempo. Casi le compensaba aunque, en el fondo, sabía que no. Su hija estaba a punto de convertirse en adulta, en una mujercita. Si es que no lo era ya… Mejor no pensar en eso, se dijo. De cualquier modo, darle permiso para estar con Peppe, era abrir la veda, para avanzar en el camino hacia la madurez, de quien acababa de soltar la mano de una niña y abrazarla como mujer.

17 de marzo de 2004, miércoles:

— No sabe cuánto le agradezco que hayan aceptado encargarse de esto, Sr. Fiorello –aseguró el capitán Leccio.

— Es lo menos que podemos hacer. La instalación es bastante sencilla y rápida, no nos cuesta nada si lo comparamos con la cantidad de verificaciones que hemos tenido que hacer en

cada casa –le respondió el supervisor de la compañía Enel.
— ¿Qué anomalías han encontrado?
— Las típicas: derivaciones de corriente a tierra en los registros de entrada, magnetotérmicos de potencia insuficiente para la carga de electrodomésticos, cableado demasiado antiguo o que no cumple la normativa de calibre y mantenimiento, tomas sobrecargadas en enchufes…
— Parecen razones suficientes para provocar un incendio –aseguró Leccio.
— Y lo son, pero no tan consecutivos y menos aún, sin suministro de corriente.
— Entiendo.
— Capitán, casi la mitad de las viviendas de Sicilia tienen estos problemas y no por eso arden varias casas al día en una pedanía tan pequeña. ¿Se producen incendios por estos motivos en la isla? Sí, constantemente, pero están mucho más dispersos geográfica y temporalmente. No tengo una explicación para lo que está pasando aquí.
— ¿No hay un patrón común en las causas?
— Eso es lo más extraño, el origen tiene causas diversas. Tengo desde electrodomésticos en los que se funde una resistencia, a instalaciones con cables quemados por sobrecargas en el interior de las paredes; incluso objetos, sin componentes eléctricos, que empiezan a arder sin combustible o lo que es peor, sin un comburente.
— ¿Sin comburente?
— Sí, sin oxígeno suficiente en su entorno. Cosas como un reloj en el interior de una caja, un muelle dentro de un colchón… Nada de esto tiene sentido.
— Maurizio, acaba de llegar el informe de la casa los Pisella –dijo un operario que se acercó a ellos mientras debatían las causas en mitad de la Vía di Mare.
— Gracias –le respondió, agarrando la carpeta.
— Prácticamente hemos terminado.
— Perfecto, nos vemos luego en la oficina –zanjó la conversación el supervisor–. Me viene fenomenal que esté usted aquí, me ahorra un paseo a la comisaría –continuó diciendo mientras ojeaba los resultados.
— ¿Algo interesante?
— La misma mierda de siempre –aseguró, casi indignado, por los resultados–. Vaya, perdone mi lenguaje.
— No se preocupe. ¿Cuál ha sido la causa?
— Un plástico, junto a la bomba de gas, de un frigorífico desenchufado. Y recién comprado, sin estrenar, eh.

— ¿Ahí empezó el fuego?
— Eso parece. Sin acelerantes, sin suministro, sin apartarlo de la pared… Un pedazo del embalaje, capitán Leccio –aseguró, dejando la carpeta en su mano para que se la quedase.
— ¿Quién más tiene copia?
— Pues la compañía Enel, el departamento de bomberos, el juzgado de instrucción y usted. Son las cuatro copias que nos han ordenado.
— ¿A quién se la mandan en el cuerpo de bomberos?
— Al inspector Bitelle, por supuesto.
— Muchas gracias por todo, Sr. Fiorello. Llámeme si averigua algo nuevo.
— Descuide.

Jueves, 18 de marzo:

La carretera hasta el depósito de pruebas se adentraba unos kilómetros en la montaña, por el camino de Capizzi. Apenas había tráfico en aquella zona porque era mucho más rápido tomar la SS117 hacia Mistretta, pero los juzgados tenían un enorme solar con vehículos incautados al narcotráfico y una nave bien vigilada en pleno Parque de Nebrodi. Poca gente, aparte de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado, conocían su existencia y, el camino de tierra que llevaba hasta la entrada, estaba cortado con un enorme portón metálico y un muro que impedía mirar lo que había tras este.

Leccio llamó al timbre y, tras identificarse, el portón se abrió. Volvió al coche y subió la cuesta que le llevaba hasta la nave. Entre las decenas de Ferraris, Lamborguinis, Maseratis y lanchas rápidas, campaba una jauría de perros que aseguraban la integridad de aquellos símbolos de un lujo que solo estaba al alcance de unos pocos. El polvo se acumulaba sobre estos, en un estado de dejadez lamentable, devaluando el valor de aquellas joyas cada día, ante la falta de espacio en el interior de la nave.

Los ladridos causaban impresión incluso en el interior del todoterreno. Por suerte, otro portón se abrió hacia el interior de la nave y unos guardias impidieron que pasasen los perros hasta la entrada.

— Buenos días, capitán.
— Buenos días, agente. He llamado antes para recoger unas pruebas.
— ¿Ha traído la orden judicial?
— Sí, no me fiaba de que llegase a tiempo por fax y tengo una copia aquí mismo.
— No es frecuente que pase uno de los suyos por aquí. Los únicos que se preocupan por las pruebas tras su análisis son los abogados y los cacos –aseguró mientras tomaba el

documento para sacarle una copia.

— ¿Está usted solo en un sitio tan grande como este?

— Antes éramos dos en cada turno pero ya sabe, los recortes no respetan. Los perros son más baratos de mantener.

— Es una vergüenza que el depósito de pruebas esté así. Esta es la garantía jurídica de muchos procedimientos.

— Lo más goloso son las drogas y ya sabe, al cabo de dos meses, si las partes no requieren un contraanálisis, se destruyen.

— También hay pruebas de asesinatos que no se pueden destruir.

— A mí no me lo diga, por mí, encantado.

— Ya…

— Aquí las tiene.

— Gracias.

— Tiene que traerlas el lunes que viene. No se olvide –dijo, entregándole una bolsa precintada de unos cinco kilos.

— Descuide, ya he pedido cita en el laboratorio para repetir los análisis.

— De acuerdo. Buen camino de regreso, capitán.

— Gracias. Buen servicio, compañero. Hasta el lunes.

Leccio se montó en el coche, avanzó marcha atrás, intentando no atropellar a ninguno de los perros que se abalanzaban contra el coche y dio media vuelta para llegar al portón del camino de salida. Los perros estaban enseñados a no salirse del recinto, se quedaban a unos metros de la puerta, vigilantes, como quien quiere asegurarse de que realmente te marchas de aquel lugar. Avanzó y esperó hasta que se cerró a su espalda por completo.

En sentido contrario, vio un coche blanco, aparcado unos cien metros más arriba, en el arcén de que bajaba del parque natural. Estaba convencido de que era el mismo Fiat Bravo que le había seguido durante su ascenso a la sierra. Es normal que nadie quiera adelantar a un vehículo policial en una carretera de montaña, con un carril para cada sentido, pero nada explicaba por qué seguía allí. Avanzó unos cientos de metros y, en seguida, se dio cuenta de que volvía a estar prudencialmente tras él; no había duda, le estaban siguiendo.

— Vamos, capitán. Dame algo bueno, lo necesito. ¿Por qué has venido aquí? Tengo que averiguarlo como sea.

El todoterreno pareció acelerar la marcha. Quizá se había dado cuenta de su presencia o puede que tuviese prisa. De cualquier modo, no iba a perderle la pista. Bajar a 80 km/h por aquella carretera era una temeridad, se estaba jugando la vida y lo sabía.

Tras una curva cerrada, se encontró una recta de cien metros y al coche del capitán atravesado en la calzada. Estaba puesto de tal forma

que impedía el paso en ambos sentidos de circulación. Las luces estaban encendidas y casi se lo traga a la velocidad que iba. Leccio la apuntaba, con su pistola reglamentaria, a escasos metros del parabrisas.

— ¡Salga del coche con las manos en alto! –le gritó, apostado tras la protección del capó del todoterreno–. ¡Despacio! No haga ningún movimiento brusco –advirtió.

— No dispare, capitán.

— ¿Usted? ¿Qué demonios está haciendo? ¿Se ha vuelto loca? ¿Cómo se le ocurre seguir a un vehículo policial al depósito de pruebas? Podría haberle disparado.

— Así que eso era aquel lugar –musitó para sí misma–. Solo quería hacerle unas preguntas.

— Baje las manos y dese la vuelta. –El capitán cacheó a la mujer y, tras comprobar que estaba desarmada, le pidió la documentación del coche y el carné de conducir–. Si quiere preguntarme algo, pida una cita, como hacen las personas normales.

— Ya lo he intentado y no ha devuelto mis llamadas.

— Estoy bastante liado.

— ¿Puedo hacérselas ahora?

— No. La llamaré cuando tenga tiempo y la veré en mi despacho, Srta. Re.

— Estoy segura de que tiene una teoría de lo que está pasando. Por eso ha venido aquí, ¿verdad?

— Marila, se lo diré como amigo. Si interfiere en una investigación, la multa que le voy a poner, le parecerá el menor de sus problemas.

— ¿Va a multarme?

— Por supuesto. Me perseguía a 80 km/h en una carretera limitada a 50.

— Pero… pero yo solo quería hablar con usted.

— Váyase a casa, Srta. Re y páguela con anticipación, tiene descuento –le respondió entregándole el boletín de denuncia en la mano.

Leccio se montó en el coche y salió, a toda pastilla, carretera abajo. Marila se quedó plantada, en mitad de la vía, ante la mirada extrañada de otros dos coches que se habían quedado detenidos en el control, tras el suyo.

— Hay que joderse. ¡Mierda! –exclamó, lanzando de mala manera la denuncia contra el asiento del copiloto.

———

— ¡Vamos! ¡En marcha! Tenemos un nuevo foco a trescientos

metros del campamento base.

— Allí solo hay matorrales y arbustos –aseguró Pikachu.

— ¿Y por eso no vamos a apagarlo? ¡Venga! ¡Deprisa! ¿Qué os pasa? ¿Estáis dormidos? Quiero ver tensión en esos cuerpos –les arengó Micelle.

La sucesión constante de incendios había provocado, en los chicos, una normalización de aquellos sucesos, como si todo formara parte de un ejercicio y estuvieran atrapados en el día de la marmota. Sin duda había un cierto desgaste del equipo y empezaban a faltar bomberos de refresco en aquellas filas del parque de Caronia.

Pese a las horas bajas y a luchar contra un enemigo invisible, la eficiencia del equipo había aumentado un 15%. Micelle lo sabía pero, no por eso, iba a dejar que sus hombres bajasen la guardia. Precisamente, cuando la bajas, es cuando vienen los accidentes y un compañero acaba en el hospital o en la morgue. No hay nada más peligroso que el exceso de confianza en un trabajo como el suyo, era lo primero que aprendían en la academia; y la misión de un jefe de equipo era mantener esa tensión y desconfianza frente al enemigo más imprevisible del mundo: el fuego. Aquella bestia podía provocar explosiones descontroladas sin una mísera llama visible, derrumbes de edificios enteros y hasta repentinas lenguas, de varios metros de longitud, que se abalanzan sobre uno como una serpiente que está dispuesta a darnos su beso mortal.

— A ver quién llega primero –le retó Pikachu, subido en el camión y a punto de arrancar.

— No quiero tonterías. Cada uno en su puesto y sincronizados. Un golpe de viento es lo que descontrola este tipo de incendios. Perdedle el respeto y terminamos todos cavando zanjas en la sierra y rezando para que lleguen los hidroaviones.

— Joder, jefe, le quitas la gracia a todo –aseguró Pikachu.

— Mi trabajo es así de cabrón. ¡En marcha! –gritó Micelle, con su mano en alto, mientras las sirenas inundaban el silencio de aquel pueblo fantasma.

En menos de un minuto estaban sobre el foco: una extensión silvestre de matorrales y arbustos mediterráneos, junto a la playa. Allí no había nada de interés que salvar, por no haber, no había fuego cuando llegaron, tan solo el humo de una veintena de focos aislados.

— Id con cuidado, chicos, no sea que os pique un alacrán –ironizó Pikachu, con el resto de la cuadrilla, que se echó a reír por su imitación del jefe Micelle–; es lo más peligroso que vamos a encontrar aquí –aseguró al observar que, poco más que regar las plantas chamuscadas, era lo que quedaba por hacer allí.

Las risas se cortaron en seco ante el extraño sonido eléctrico que se desprendió del interior de un matorral, este se carbonizó al instante. Fue como un zumbido y una pequeña explosión sorda, similar a la que hace una botella de champán al descorcharse.

— Alguien ha empezado ya a celebrarlo –aseguró Pikachu, irguiendo su cuerpo nuevamente, tras el susto inicial.

Justo entonces, una decena de zumbidos y explosiones se sucedieron en derredor. Los muchachos se echaron al suelo, temiendo que fueran disparos o bolsas de gas. Micelle se quedó de pie, con la cabeza baja, pero sin perder de vista la sucesión de explosiones y su procedencia. Por extraño que pudiese parecer, las plantas ardían de forma selectiva, saltando entre la maleza, como si estuvieran en un viejo campo de minas.

— Chicos, no os mováis de dónde estáis. Que nadie dé un paso en ninguna dirección.

— ¿Qué pasa, jefe? –preguntó Pikachu con cara de poca broma.

— No tengo ni idea, pero las explosiones han sido subterráneas.

La idea de estar sobre un viejo campo de minas de la II Guerra Mundial parecía descabellada pero cosas más raras se habían visto. Una veintena de explosiones y un zumbido atronador se cernió sobre ellos, provocando el pánico entre los aguerridos bomberos de Caronia. Cuando te ves en medio de una situación así, donde sabes que huir es tan mala idea como quedarse quieto, el estómago se vuelve del revés, como un calcetín. No podían hacer más que agacharse y esperar a que terminaran, procurando no mover un pie del lugar en la arena que habían ocupado. Pasados un par de minutos, el silencio regresó y los chicos se levantaron muy despacio. Micelle miró alrededor y comprobó que había zonas carbonizadas en cien metros a la redonda.

— ¿Estáis todos bien?

— Sí.

— Sí.

— Sí –fueron asegurando, uno a uno.

— Puesto de mando, al habla el jefe Marisi. Necesitamos un equipo de artificieros en la playa de la bahía Fenici.

— «Aquí puesto de mando. Repita la orden» –respondió, con evidente incredulidad, el inspector de guardia.

— Necesito a los artificieros del Arma de Carabineros en la playa Fenici. Creo que nos hemos metido en un viejo campo de minas. Hemos tenido una treintena de explosiones alrededor de nuestro punto de actuación.

— «¿Hay algún herido?»

— Negativo; por ahora, no.

— «Copiado. No se muevan de donde están, en seguida mandamos una ambulancia y pasamos el aviso de lo sucedido.

Mantengan la calma».

— Recibido.

El capitán Leccio escuchó el aviso justo tras el encontronazo con aquella periodista metomentodo. No podía creer lo que estaban diciendo por radio. De ser cierto, los artificieros tardarían, al menos una hora, en llegar desde Palermo. Es verdad que los alemanes minaron la costa de Sicilia para retrasar la invasión de las tropas aliadas durante la reconquista, a aquello se le llamó la «Operación Mincemeat», y no fue más que un engaño británico. Pero hacía más de sesenta años de aquello y jamás habían tenido noticias de un campo sin desminar.

La carretera se le hizo más larga que nunca. Ansioso por llegar al lugar donde se encontraban sus compañeros, Leccio puso al límite su pericia al volante; una imprudencia que en nada abrevió las horas de espera que se sucedieron. Al llegar, Micelle fue el primero en decírselo.

— ¡No se salga del camino, capitán!

— ¿Cómo estáis todos?

— Bien, bien, pero no se acerque, puede ser peligroso.

— ¿Qué ha pasado?

— Ha habido más de treinta explosiones alrededor de nuestra posición, una en cada franja quemada.

Leccio observó el terreno con atención desde la carretera de tierra que colindaba con la playa, a escasos doscientos metros del chiringuito. Mirase donde mirase, no consiguió ver restos de explosivos ni agujeros en la tierra que indicaran la presencia de estos.

— ¿Habéis visto las explosiones o solamente las habéis escuchado?

— Solo las hemos oído. No podría asegurar si era humo o polvo lo que se levantaba con cada una.

— Yo no veo nada salvo matorrales quemados.

— De cualquier forma, no se acerque. Si hubiera estado aquí, le aseguro que se habría quedado paralizado como nosotros. Eran explosiones cortas y huecas, como las que hace una botella de plástico al explotar. Si hay explosivos, deben estar en muy mal estado pero no quiero que ninguno de mis hombres pierda una pierna por falta de paciencia.

— Claro, claro… Quédense tranquilos y no se muevan hasta que llegue el GIS.

— Yo estoy empezando a tener calambres –aseguró Pikachu.

— Ya sabes lo que tienes que hacer, para eso tenemos los entrenamientos –le dijo Micelle.

— Lo sé, jefe, hace varios minutos que voy repartiendo la carga del peso pero no se me quita.

— Bueno, lo más importante es mantener la calma –insistió Leccio.

El GIS no tardó más de treinta minutos en llegar a la zona. Se estableció un perímetro de seguridad de doscientos metros y se envió a un robot equipado con detectores de explosivos. Cualquier precaución era poca, sin embargo, los agentes del GIS estaban convencidos de que no encontrarían nada y así fue. Fueron las peores tres horas en las vidas de aquellos muchachos, pero se saldaron sin ningún herido ni la presencia de artefactos de ninguna clase. Recuperada la calma, el inspector Bitelle y el capitán, inspeccionaron la zona. Palermo se encargó de tomar declaración a los bomberos, todos estaban seguros de lo que habían oído, aunque nadie más pudo escucharlo; y eso que el puesto de mando estaba a escasos trescientos metros. Se tomaron muestras de las plantas afectadas por el fuego. Algunas presentaban una combustión extraña: hojas calcinadas en franjas de cuatro centímetros e intactas en los siguientes.

— Es raro, ¿no le parece, Bitelle? –preguntó Leccio.

— Sí, bastante, aunque ya había visto esto antes.

— ¿Dónde?

— En los cables de la vivienda de los Pisella. Tenían exactamente esta secuencia de combustión interna.

— ¿Dónde estaban esos cables?

— Pues donde están todos los cables de una instalación eléctrica, en el interior de las paredes.

— Me refiero a si afectó a toda la casa.

— No, solo al lugar donde se inició el fuego, en la cocina. El resto sufría los daños normales de cualquier incendio.

— Comprendo…

— ¿Tiene alguna idea de qué pudo provocar ese patrón?

— Es muy poco habitual, casi imposible diría. Requería picos de alta tensión que se comportaran como una onda desde el exterior hacia adentro. La verdad, no tengo ni idea.

— Pues si no lo sabe usted… ¿Le presiona mucho el alcalde con este asunto?

— Como a todos, supongo.

— Pero me han dicho que han tenido varias diferencias de opinión sobre cómo proceder con este asunto.

— ¿Quién se lo ha dicho? –Bitelle guardó silencio, mirándole fijamente, esperando una respuesta–. Ya… supongo que él. Si piensa que el desalojo de Canneto no estaba justificado, el tiempo me ha dado la razón.

— Pero ¿cómo podía usted saberlo con solo dos incendios? Podía haber sido algo fortuito.

— Por cosas como la que está usted viendo ahora mismo –

contestó dejando una hoja alargada, quemada a trozos, como si de un tigre de bengala se tratara sobre su mano–. Cuando las explicaciones normales no sirven, hay que buscar otras que quizá no lo sean tanto.

— ¿Qué quiere decir? –quiso averiguar el capitán Alessandro al entender que, Bitelle, podía tener una teoría.

— ¿No ve nada extraño en este incendio? Y no me refiero a la forma en que han ardido las hojas o a las explosiones que afirman haber escuchado los compañeros.

— Pues no sé, pero con eso ya colma mi cupo de fenómenos extraños por hoy –respondió el capitán.

— Pues a ver cómo me explica que todas las plantas que han ardido sean de la misma especie y las que no, están absolutamente intactas –respondió dándose la vuelta, camino de su coche, dando por zanjada la conversación con el carabinero.

Viernes, 19 de marzo:

— … En el tiro parabólico, se combinan perfectamente estos dos tipos. Si os fijáis, sobre el eje «x» tenemos un movimiento rectilíneo uniforme y sobre el eje «y», el MR. uniformemente acelerado por la acción de la gravedad, por eso, ambos desplazamientos deben estudiarse por separado.

— Dios… Que alguien me cuelgue por el pescuezo y dejen que la gravedad haga el resto –aseguró Bianca, que hoy parecía estar de buen humor.

Sus compañeros rieron de inmediato la gracia de su compañera, no así el profesor que la desafió con una mirada fija y una única ceja levantada, esperando que se atreviera a apostillar el comentario con alguna otra ocurrencia. Gracias a Dios, el timbre sonó, salvándola de una reprimenda o visita al despacho del director. Un viernes, a última hora, nadie quiere perder más tiempo del imprescindible en la escuela.

Peppe se acercó a ella por la espalda y la agarró sutilmente por la cintura. Ella, que normalmente le marcaba cierta distancia en público, se giró y le sorprendió con un sonoro beso en mitad de los labios, agarrándole las mejillas con ambas manos. Él se quedó petrificado, pero no menos que el resto de compañeros que, a excepción de Piero, no tenían ni idea de su relación con Peppe.

— Pero ¿qué haces, loca?

— Darle un beso a mi novio. ¿No puedo?

— Pero… pero, tía, que nos está mirando todo el mundo.

— Pues que miren. Envidia cochina que tienen. –En el aula, sonó un clamoroso «¡Uuuuuuh!» colectivo de todos los compañeros de clase.

— ¡Qué cabrón! ¿Con tu prima, Peppe? –aseguró uno de los

gallitos del corral.

— Anda que no os lo teníais callado –dijo otra.

— ¿Me puedes explicar qué está pasando? –le apremió Peppe, con los brazos abiertos, que no salía de su asombro.

— Que ya lo he decido: no pienso esconderme más.

— ¿Y tus padres? ¿Y la gente?

— Ah, eso. Mis padres me han dado permiso para salir contigo. Los demás… La verdad, me importa una mierda lo que piensen.

— Pero, ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? Si por poco nos matan y te mandan a vivir a la península.

Bianca se encogió de hombros, sin poder explicar los verdaderos motivos que hicieron cambiar a su padre de opinión, lo único importante es que ya no tenía que esconderse.

Para Peppe fue una gran noticia, aunque no estaba seguro de que los suyos normalizaran la situación con la misma facilidad que lo habían hecho los de ella. Puede parecer machista pero hay como una ley, no escrita, en la que los padres inculcan a sus hijas protegerse de los chicos y no tanto al revés, al menos durante la adolescencia. Con el tiempo, las tornas se cambian y son ellos los que se intentan proteger. Nadie sabe el motivo, o puede que sí: sobre todo, el miedo a un embarazo prematuro y tener que cargar con el hijo de un chico económicamente insolvente. Leyes no escritas, sobre corazones indemnes, que surten el mismo efecto que los analgésicos sobre quien ni siente ni padece. Cuando se ama por primera vez, uno va con todo; con más pasión que cerebro y más intención que sabiduría.

— Pues parece que se han dado por vencidos –aseguró ella.

Peppe abrazó a Bianca y la besó apasionadamente. Los compañeros volvieron a hacer corrillo, empezando a jalearles, aunque, ante la indiferencia de la pareja, aquello perdió parte de la gracia y se marcharon buscando el aire de la libertad que se respiraba más allá de aquellos muros. Los chicos continuaron su beso durante varios segundos más, sin ser conscientes de que, Piero, esperaba a que respirasen para poder hablar con ellos antes de irse. Finalmente, decidió carraspear para interrumpirles. Peppe se dio cuenta al abrir los ojos y miró a su mejor amigo con una sonrisa que no cabía en sí.

— Yo tengo que irme, sigo castigado. Me alegro de que a vosotros os vaya mejor –le aseguró, chocando las palmas de sus manos.

— ¿Hasta cuándo, tío?

— Me han dicho que hasta el 2024 como mínimo.

— Anda ya… En unos días se les pasa y lo sabes.

— Pues ya van unos cuantos y no se han movido un milímetro de su sitio.

— Joder, tío, de verdad que lo siento. Nos vemos luego en el apartamento, si te dejan bajar a la terraza, ¿vale? –le sugirió Peppe a su amigo.
— No te prometo nada, pero vale. Pasadlo bien, chicos. Ciao.
— Ciao, Piero –contestó Bianca con una cariñosa caricia sobre su hombro.
— ¡Vamos, chicos! Fuera todos de clase que voy a cerrar con llave –les reprimió el bedel del centro.
— ¿Vas a contárselo a los tuyos? –quiso saber Bianca.
— No lo sé. Cuanto más remueva las cosas… Me he tirado varios días metido en esa dichosa habitación, con mi madre pegada a la nuca, las veinticuatro horas. Creo que, ni ella ni yo, lo hemos soportado y por eso me han dejado salir por allí cerca. Pero, a cada rato, se asoma al balcón y me pega una voz para saber que no me he movido. Si no le contesto, al que mandan a la península es a mí.
— Pues entonces, me paso yo por allí esta tarde, después de comer.
— ¿A qué hora?
— Le diré a mi padre que me deje en la puerta a las cuatro y media. ¿Te parece bien?
— Me parece perfecto –respondió, volviendo a besarla, mientras sus cuerpos se separaban por caminos diferentes en la puerta del colegio.

Peppe se fue andando hasta los apartamentos de la vía Brin Caronia, donde se alojaban buena parte de los vecinos de Canneto desde su desalojo: los que no pudieron irse a casa de algún familiar. Por el camino, le dio muchas vueltas a cómo convencer a su familia para que le dejasen ver a Bianca, aunque lo primero era conseguir que le levantasen el tercer grado al que lo tenían sometido.

Feli parecía estar de buen humor, eso era bueno. Cuando se desahogaba en la iglesia, con el padre Doménico, volvía con las pilas recargadas, aunque, a veces, no era así. Ignoraba de qué hablaba tanto tiempo con el párroco de San Nicolás de Bari pero, sin duda, él ejercía una gran influencia sobre ella.

Pasados veinte minutos, llegó su padre. Feli se las apañaba para cocinar en el apartamento con una pequeña placa eléctrica porque no se podía gastar tanto dinero, comprando comida preparada, a diario. Nino saludó a su mujer con un casto beso en la frente y a Peppe con un ligero zarandeo de pelos. Después, se sentó en el sofá y esperó a que le pusieran la comida frente a las narices. Nino apenas prestaba atención a la familia, sus días se consumían entre el trabajo, el fútbol y, desde un tiempo a esta parte, con noticieros que trataban los incendios de su pueblo. De vez en cuando, presumía un poco de verse

en televisión, de lo popular que se había hecho y de la cantidad de gente que le buscaba para saber qué estaba pasando por Canneto; sin duda, ahí era feliz. Su madre, por el contrario, solamente sonreía en días como aquel, cuando los rezos habían apaciguado su alma y tenía a toda la familia bajo el mismo techo. Para su desgracia, aquellos momentos duraban lo justo; Nino se iba a algún bar a despotricar, con los vecinos, de la mala temporada que estaba teniendo el Nápoles y de que, a este plan, no jugarían por ningún título otro año más, y Peppe se escabullía tanto como le dejaban. Feli se sentía sola y eso era muy deprimente en una situación como la suya.

A las cuatro, su padre ya estaba en su siesta de sobremesa y la mamá, fregando los platos. Peppe pidió permiso para salir con Piero o alguno de los amigos del pueblo. Le hubiera gustado que la hubiesen ayudado, que le preguntasen qué tal su día o qué había hecho; pero, en lugar de eso, lo único que sentía era que si la sustituyeran por cualquier camarera de hotel, nadie se daría cuenta.

— Está bien, ve con tus amigos –respondió con resignación. Puede que la iglesia recargase su vida interior, pero el modo en que se descomponía su familia, se la agotaba.

———

Como cordero llevado al matadero, así se sentía Enzo aquella tarde mientras conducía, camino de Caronia, para abandonar a Bianca en las garras de su primo. Cuesta trabajo dejar que los hijos vuelen solos, pensamos que no ven los peligros y las consecuencias de sus actos porque son jóvenes e inexpertos, pero es ley de vida; así fue, es y será siempre. Por su cabeza rondaba la idea de un embarazo adolescente, la concepción de un hijo con malformaciones y una vida truncada para siempre por culpa de su condescendencia. Se encontraba en una encrucijada en la que debía elegir entre perder definitivamente el cariño de su hija o llevarla al que podría ser el mayor error de su vida. Aquellos pensamientos no le beneficiaban, más aún cuando había tomado una decisión firme como único medio para alcanzar la paz en el seno de la familia.

— Hija, ¿puedo pedirte algo? –tanteó Enzo cuando faltaban escasos minutos para llegar a la puerta de los apartamentos.
— ¿El qué, papá?
— Que tengas cuidado.
— No entiendo a qué te refieres –respondió, haciéndose la tonta, con la mirada perdida más allá de la ventanilla.
— Sí que me entiendes, no eres tonta.
— Yo siempre tengo cuidado.
— ¡Cómo que siempre tienes cuidado! –respondió exaltado, como si aquella respuesta fuese una confirmación de sus

peores temores.

La reacción de su padre cohibió a Bianca para continuar hablando y él lo notó. Aquel no era el camino si quería que las cosas funcionaran como debían. Enzo giró a la izquierda, en sentido opuesto a donde debía dejarla. A escasos metros de los apartamentos y, en plena vía Brin, frenó el coche en seco y se bajó sin decir palabra.

— Papá, ¿qué haces? ¿Papá? ¡Papá!

Bianca temió que sus palabras hubiesen sido interpretadas en un sentido muy concreto cuando, lo que pretendía, era salirse por la tangente de aquel interrogatorio ante las dificultades de su padre para hablar de esos temas con naturalidad. Si se había arrepentido de darle permiso para ver a Peppe, no había hecho más que empeorar las cosas. Sintió nervios, dudas, angustia. ¿Dónde se habría metido? Volvió la vista a atrás pero no pudo verle. Frustrada, golpeó con la pierna el salpicadero del coche, aunque su furia no hizo más que lastimarla y dejar una huella que debía borrar antes de que reapareciera. Justo estaba pasando la manga de la camiseta sobre este cuando se abrió la puerta del conductor, sobresaltándola.

— ¿Dónde has ido? –quiso saber con una mirada que reflejaba un choque de sentimientos que iban desde la rabia a la tristeza, pasando por la duda y la frustración. Enzo se puso el cinturón y reanudó la marcha, cambiando de sentido nuevamente, sin tan siquiera mirarla–. Papá, te estoy hablando. Luego, me regañas si soy yo quien hace eso.

— Toma –respondió su padre, dejando una bolsa de la farmacia sobre su regazo, sin apartar la vista de la carretera.

— ¿Qué es esto? –quiso saber, absolutamente descolocada. La abrió y en su interior encontró una caja de doce preservativos–. ¡Papá! Pero… ¿Qué te has creído? Que yo…

— Bianca –la interrumpió con voz tajante–. No me lo cuentes, no me des explicaciones. Si te hacen falta, los usas; si no, los guardas. Cuando se acaben, me lo dices y te compraré más. No hay preguntas, no hay respuestas. ¿Entendido?

Aquella actitud de su padre, tan severa pero condescendiente, le despertó una enorme ternura hacia él. Sabía cuánto le costaba aquel gesto y por supuesto que lo valoraba. En aquel momento, comprendió que no tenía que poner excusas, que no tenía que hacerse la mojigata, que su padre empezaba a tratarla como a una adulta y aquello era un cambio enorme, absolutamente inesperado. Al final, iba a resultar que no era tan cascarrabias y estricto como aparentaba.

— Gracias –respondió ella, con una sincera sonrisa, poniendo su mano sobre la de su padre que agarraba con fuerza la palanca de cambios.

Enzo sintió que había hecho algo positivo con aquel gesto. No solo

había conseguido hablar de sexo con su hija, sino que la había orientado como un adulto, sin represión ni amenazas, como habría hecho con una mujer que no importase tanto y que estuviese en una situación parecida. Cuando llegó a la ferretería de Fabio, detuvo el coche y la besó en la frente.

— Estaré aquí a las ocho. Si necesitas algo, me llamas al móvil de tu madre o a casa. Llévate el mío por lo que pueda pasar –aseguró, dejando sobre su mano aquel precioso y minúsculo Nokia, recién estrenado.

— Jo, papá, no hay quién te reconozca –respondió ante semejante dosis de confianza, depositada en ella, en un mismo día.

Peppe estaba sentado en las escaleras del callejón que bajaba a la playa, echando una partida en su flamante Game Boy Advance; el mejor regalo que pudo soñar para las pasadas navidades. La playa de Caronia, en aquella zona, no era más que un pedregal de cuatro metros que desaparecía cuando el mar se ponía bravo. Bianca lo reconoció en seguida por la camiseta que llevaba y se acercó a él, esperando que su padre cruzara para despedirse, antes de saludarlo. Le lanzó una prominente sonrisa y un efusivo adiós con la mano hasta que saltó sobre Peppe como un pequeño mono de feria.

— ¡Buh! –le gritó al oído.

— Serás… Ya me han matado, por tu culpa.

— Si quieres, me voy y te dejo jugar tranquilo.

— Qué idiota… Llegas tarde, llevó aquí cerca de media hora.

— Mi padre se ha entretenido por el camino.

— ¿Y esa bolsa?

— Un regalo.

— ¿Un regalo de la farmacia?

— Sí, un regalo de mi padre.

— Conociéndolo, será algún veneno para que me mates cuando esté desprevenido. –Bianca abrió la bolsa y le mostró la caja de condones, con discreción–. ¡Qué fuerte! Mentira, es imposible que tu padre te haya comprado eso. ¿Has sido capaz de comprarlos tú?

— Que no, que te estoy diciendo la verdad, que es cosa de mi padre.

— No me lo creo. Que te deje verme es una cosa, que te compre condones para que lo hagamos… Que va, que va…

— Pues no te lo creas. Si, a decir verdad, ni yo misma lo hago.

— ¡Qué fuerte me parece, tía!

— ¡Calla! ¿Quieres bajar la voz? Nos van a escuchar tus padres.

— Hay que estrenarlos ahora mismo.

— ¡Ja! Que te lo has creído tú. Si no me has dado ni un beso.

— Porque me estoy reservando –bromeó Peppe, buscando una excusa ocurrente que la complaciera.

A escasos cien metros, en dirección a Canneto, había un solar abandonado, con una pequeña alambrada que estaba cubierto de árboles y juncos; era el lugar perfecto para dar rienda suelta a su pasión adolescente, sin alejarse demasiado. Bianca también lo deseaba, aunque prefería un poco más de intimidad. Un lugar donde no le escucharan si se le escapaba algún gemido más alto de lo normal.

— ¿Te atreves a ir al sitio donde lo hicimos la primera vez?

— Uf… No sé, tía. Da un poco de cague y encima está mi madre en plan rottweiler.

— Caja de condones… Cagado… –sopesó en las manos, a modo de balanza, para ver cuál pesaba más.

— Espera, voy a hacer una cosa, voy a subir por algo para merendar y nos vamos. Si me ve ahora mismo, tardará más tiempo en preguntar dónde ando.

— Buen plan, eres todo un delincuente profesional.

Peppe le sacó la lengua en una mezcla de burla y cariño, le dio un pico y salió disparado hacia el apartamento. Se preparó un sándwich de mortadela con mahonesa y salió escopetado hacia la puerta.

— ¿Dónde vas? –le retuvo Feli, al verle tan ansioso por marcharse.

— A playa Paraíso a echar un partido. ¿Puedo? –Feli hizo una pausa antes de responder.

— No te metas en líos, ¿vale?

— Sí, mamá –respondió, echando a correr por las escaleras, al comprobar que le dejaban alejarse, al menos una hora, sin sentir el aliento de su madre en el cogote.

Peppe bajó los dos pisos a brincos. Feli, que no tenía un pelo de tonta, se asomó por la ventana, ocultándose tras las cortinas, observando a su hijo escapar por el paseo Cristoforo Colombo, agarrado de la mano de su prima Bianca. Por un momento se enfadó pero, acto seguido, no pudo reprimir una sonrisa cómplice hacia su hijo. Las madres lo saben todo, simplemente, algunas cosas prefieren callarlas y hacer como que no las han visto.

Cuando la joven pareja se sintió a salvo de las miradas de los padres de Peppe, aminoraron la marcha y recuperaron el aliento. Se miraron y se besaron en mitad de la calle, sin importar quién los viese o qué podían pensar de ellos. Los dos caminaban con una sonrisa fijada en sus mejillas hacia el embarcadero donde se citaron el día que pensaron que sus vidas, juntos, llegaban a su fin.

Peppe se detuvo un instante, justo delante de la alambrada, dudando si cruzar nuevamente ese límite que tan buenos recuerdos le

traía pero que le atemorizaba casi del mismo modo. Al menos, esta vez no había millones de medusas pudriéndose en la playa.

— ¿Estás listo?

— Sí –respondió él, decidido a vencer sus temores de una vez por todas–. ¿Tú no tienes miedo?

— Un poco, pero no por si arden las plantas alrededor de la casa, empiezo a acostumbrarme a eso y nunca hieren a nadie.

— ¿Entonces a qué?

— A que llegue el día que dejes de quererme.

— Eso no pasará nunca, te lo juro –dijo Peppe con absoluto convencimiento.

Los chavales cruzaron la alambrada y se internaron en aquella parcela abandonada, entre los árboles, hasta llegar junto a las ruinas de la casona. Bianca miró a Peppe con picardía, incluso cierta agresividad dominante. Se sentó en un trozo de muro derruido y le espetó sin anestesia:

— Bájate los pantalones.

— ¿Así? ¿Ya? ¿De golpe?

— Sí, quiero verte. –Peppe obedeció sin rechistar pero, la improvisación, le pilló desarmado–. Ahora la camiseta.

Él hizo lo que le pedía, aunque se sentía un poco expuesto sin la complicidad de los besos y caricias que solían preceder momentos como ese.

— Los calzoncillos, vamos… que hay que decírtelo todo.

Finalmente se quedó completamente desnudo frente a ella, con el pene flácido y el impulso natural de querer cubrírselo hasta que estuviera preparado para aquel momento. Bianca lo atrajo para sí, agarrándolo de una pierna y situó su miembro frente a su cara. Lo tocó suavemente, acarició cada centímetro de este hasta los testículos y los presionó como quien juega rotando unas bolas sobre sí. Él se sintió excitado ante el estímulo de las caricias de Bianca y ella precipitó hacia atrás la piel del prepucio que aún no se había terminado de descorrer. Lo introdujo en su boca con suavidad y empezó a lamerlo como una bola de helado. Peppe sentía escalofríos con el roce de su lengua deslizándose por el glande, aquello era tan agradable… Se sentía un poco estúpido con los pantalones por los tobillos, así que decidió descalzarse y liberar las ataduras que mantenían unidas sus piernas. Ella no paraba de chuparle, cada vez más rápido, con un puño asiendo el mástil y los labios absorbiendo la punta. Su lengua la envolvió al mismo tiempo que se abalanzaba sobre ella, en cortos movimientos que parecían asentir constantemente. Él sintió que, de seguir así, explotaría sin tan siquiera haberla tocado, así que la detuvo.

— Para –le rogó, agarrándola de la cabeza con ambas manos.

— No, este va a ser mi regalo.
— ¿Tu regalo? ¿Qué regalo? ¿Por qué?
— Después te lo digo. Ahora, no te desconcentres –aseguró, volviendo a meterla dentro de su boca y desatar toda la pasión y pericia que había adquirido visitando páginas porno en el ordenador de sus padres.

Bianca se esforzó tanto como pudo en complacer a su novio, es más, se sintió muy excitada haciéndolo. Le estaba pillando el gustillo a aquello y lo cierto es que estaba tan mojada, que hubiese deseado que se la metiera el aquel preciso instante. Se sorprendió a sí misma gimiendo de placer mientras le practicaba una felación y eso le gustaba. Pensó que a lo mejor era una guarra y que no es lo que se esperaba de una chica educada como ella, pero no podía evitarlo. Peppe explotó en su interior como una fuente de nata líquida recubierta de fresas, entonces, dio el paso: lo sostuvo en su boca y capturó con la lengua las gotitas que continuaban saliendo de la punta, miró a Peppe con el elixir en su poder, se lo mostró y se lo tragó. Peppe se volvió loco contemplando la escena, era lo más porno, guarro y excitante que había visto en su vida. El resultado fue que se puso tan cachondo, que la erección no se pasó tras eyacular sobre ella. Bianca se levantó del poyete y lo besó en los labios.

— ¿Te ha gustado? –le dijo susurrante al oído.
— ¿Que si me ha gustado? ¡Me he vuelto loco! ¡Me ha explotado la cabeza!
— Literalmente –rio ella.
— Ven aquí que te vas a enterar –aseguró Peppe, sintiéndose libre para corresponder aquel precioso regalo.
— Quería dártelo hoy precisamente. Sé que no te acuerdas, pero hoy hace justo un mes que lo hicimos por primera vez.
— Es cierto, el día de la invasión de medusas –dijo intentando hacer memoria de los titulares de los periódicos–. Prepárate para recibir el mío. Vas a saber lo que es bueno.

Peppe empezó a besarla y a desnudarla apresuradamente. Acarició sus senos al mismo tiempo que introducía los pezones dentro de su boca. Sus manos no se demoraron en recorrer el espacio que había bajo el pantalón y su ropa interior. Bianca se retorcía de placer con sus caricias y sentía que todo lo que había en su interior estaba fluyendo como un río que busca el mar en su desembocadura. Él no tardó en bajar la lengua hasta la cintura mientras sus manos deslizaban toda la ropa de abajo en una sola pieza. La hizo sentarse sobre el muro y le quitó los pantalones y las bragas de dos cortos tirones en los tobillos. Su lengua se deshizo en profundos besos entre sus labios inferiores y ella arqueó la nuca hacia atrás, dejando todo su cuerpo desnudo formando una enorme herradura. Peppe devoraba

apasionadamente cada centímetro de su vulva hasta que ella le agarró por la cabeza, le hizo detenerse y presionar su lengua traviesa sobre el clítoris. En ese momento, empezó a explotar como nunca hubiera imaginado. Su vagina desprendía borbotones de líquido eyaculatorio, como si fuese un hombre. ¿Cómo podía ser eso posible? Peppe le metió los dedos al mismo tiempo, notando la presión que ejercía ese flujo transparente e inodoro.

— ¡Métemela!

— Espera, no sé dónde están los condones.

— ¡Que me la metas, joder! No te pares ahora.

Peppe no deseaba hacer otra cosa, así que la introdujo en su interior con toda la furia y la pasión que fue capaz. Empezó a empujar cada vez más rápido, más fuerte, el placer era tan intenso que casi dolía. Ella gritaba como si le estuviese haciendo daño y eso le asustó.

— ¿Estás Bien?

— ¡Sí! ¡No te pares, coño!

Entonces comprendió que su placer era aún más intenso que el suyo y necesitaba llegar al clímax. Empujó y apretó tan rápido como pudo hasta que colapsaron. Los chorreones de sudor caían por su frente, metiéndose entre sus ojos. Peppe se esforzaba por apartarlos con el brazo mientras se rendía sobre el cuerpo de su amada.

Bianca estaba destrozada, casi a punto de perder la consciencia y el sentido de la realidad. Jamás pudo imaginar que el sexo pudiera tener semejantes efectos. Él reposaba todo su peso sobre ella, con su pene inerte todavía en el interior de esta. Ambos hubieran dado cualquier cosa por hacer de aquel momento eterno. Ojalá el tiempo se detuviera allí mismo y no avanzase nunca más.

Poco a poco, retomaron el sentido y ella quiso liberarse de la presión que ejercía el peso de este sobre el duro muro de piedra. Él se percató de la situación y la liberó de la carga. Entonces cayó en la cuenta:

— ¿Te has corrido dentro?

— Sí, claro –respondió Peppe, incapaz de comprender cómo iba a hacer lo que le había pedido sin llegar al éxtasis.

— ¡Joder, mierda! Si me quedo embarazada, habiéndome comprado condones mi padre, me estrangula con sus propias manos.

— No me asustes. No digas esas cosas.

— No, hombre, es un decir. No creo que me matase, pero una hostia…

— Me refiero a que no te vas a quedar embarazada por correrme una vez.

— Eso no lo sabe nadie, Peppe. Es una puñetera lotería.

— Vale, está claro que no sabemos controlarnos cuando nos

metemos en faena. Creo que será mejor que me lo ponga al principio para no correr más riesgos.

— A ver, no es eso. A mí me gusta sentir el tacto de su piel dentro de mi boca, pero ahí abajo, prohibido meterla sin capuchón, ¿de acuerdo?

— De acuerdo –le respondió Peppe, estrechando su mano como si acabara de cerrar un trato–. Estás muy bonita cuando pones esa cara de enfadada.

— Tonto –le contestó, sintiendo vergüenza por el piropo.

— Dame un beso.

Ella no pudo negarse y, en menos de dos minutos, los dos estaban preparados para volver a dar rienda suelta a su pasión. Ella supo actuar a tiempo y lo frenó un instante.

— Para, te lo quiero poner yo. No puede ser tan difícil –aseguró.

Quizá subestimó la facilidad con la que se colocaba un preservativo, aquello fue un absoluto desastre, tenía más aire dentro que fuera. Cada cosa tiene su técnica y nadie les dijo que debían presionar la punta y no desenrollarlo antes de embocar el glande.

Las cosas volvieron a complicarse con aquello mal puesto. Apenas podían sentirse el uno al otro al introducirlo hasta el interior. El en caso de Peppe, era aún peor porque, entre la interrupción, las dos veces que se había corrido y no sentir el roce de su mucosa, aquello era como tocarse con un guante de boxeo. Al final decidieron quitárselo y masturbarse mutuamente. Los besos y las caricias no requerían manual de instrucciones, fluían solos, sin barreras que limitasen el placer. Se tumbaron en el suelo, sobre la hierba fresca y con Bianca sobre él, se comieron a besos mutuamente. Peppe descubrió que ahora podía retardar más sus ganas de eyacular, que ella le debería dedicar más tiempo y destreza para llegar otra vez al clímax. Bianca, por el contrario, descubrió que cada vez llegaba más rápido. Los orgasmos eran claramente distintos unos de otros; unos, eran cortos y repetitivos y otros, largos e intensos. Ambos resultaban muy satisfactorios. No quería dejar de sentirlos ni un instante, así que se dio la vuelta e introdujo el pene de Peppe en su boca al mismo tiempo que este la devoraba y penetraba con sus dedos. Quien inventase aquella postura, debería haber recibido el Nobel como mínimo, pensó.

Pasaban las siete de la tarde y tuvieron que dejarlo, no porque no pudieran más ni porque estuvieran cansados, sino porque el padre de Bianca no tardaría en llegar. El sexo es húmedo, demasiado; ambos estaban empapados de los flujos y saliva del otro, impregnados de un olor secreto que no sabrían describir. Aquella tarde averiguaron que, no solo debían aprender cómo protegerse, sino a limpiar los rastros de tanta pasión desenfrenada sin levantar las sospechas de sus padres. Un

botellín de agua y papel o toallitas entrarían en el kit de cosas indispensables el próximo día que se vieran.

Bianca había descubierto que era multiorgásmica, concepto que había leído, de refilón, en alguna de esas revistas para chicas. Peppe, que el tiempo de recuperación entre uno y el siguiente, era cada vez mayor. Afortunadamente, no habían tenido que salir huyendo entre llamas espontáneas o la presencia de algún ser maligno que se agazapara tras aquellos muros. Las cosas habían sido muy diferentes, incluso mejores.

— ¿Ves cómo no había de qué tener miedo? –le aseguró Bianca.

— Lo veo. Ni me he acordado hasta que lo acabas de decir.

Ella se echó a reír de un modo que volvió loco de amor a Peppe. Aquella sonrisa tenía algo cautivador, inexplicable. Le resultaba tan tierna y sexy al mismo tiempo…

— ¿Puedo preguntarte una cosa? –continuó Peppe en un tono más serio.

— ¡Claro! Lo que quieras. No tengo secretos para ti.

— ¿Por qué te gustan tanto las cosas de miedo?

— ¿Quieres que te diga la verdad?

— Sí, claro, por eso te lo pregunto.

— No me gustan, me asustan. Enfrentarme a ellas es mi modo de vencerlo. No me gusta esa sensación, la odio.

— ¿Qué sensación?

— Estar asustada.

— Pero ¿por algo en particular o porque eres así?

— En realidad es por algo que me pasó.

— Lo sabía. Tenía esa sensación desde hace tiempo, pero como nunca me has hablado de eso…

— No me gusta hacerlo, me recuerda el momento que peor lo he pasado en toda mi vida.

— ¿Te gustaría contármelo?

— Lo intentaré. Vas a pensar que es una tontería, que son cosas de niña pequeña pero…

— No, no, de verdad. Te escucho –dijo Peppe mientras caminaban por la orilla de la playa, tras enjuagar sus manos, camino de casa.

— Verás… cuando tenía ocho años vi algo extraño. Algo que no he olvidado en mi vida.

— ¿Qué viste? –quiso saber Peppe, lleno de curiosidad.

— No sabría definirlo, era una presencia oscura a los pies de mi cama. Yo estaba dormida y noté el calor de su cuerpo junto a los dedos, eso me despertó. Abrí los ojos y allí estaba, era una sombra del tamaño de un hombre adulto, no tenía rostro, ni brazos, ni piernas, solamente era una silueta. Grité y encendí

la luz, pero el interruptor no funcionaba. Grité tan fuerte como pude, pero no salía ningún sonido de mi garganta. Cerré los ojos y me tapé con el edredón. Me repetía una y otra vez: "No es real, es un sueño. No es real, es un sueño". Al cabo de un rato, miré de nuevo a los pies de la cama. Esta vez estaba justo a mi lado, a la derecha. Me miraba, sé que lo hacía, no tenía ojos pero me miraba. Rompí a llorar bajo el edredón, tapada hasta la cabeza. Recé, recé todo lo que sabía. Le pedí a la Virgen que se llevara aquella cosa de mi habitación. Cuando creí haber rezado lo suficiente, volví a mirar de reojo. Ya no estaba a mi lado. Pensé que me había escuchado y que se había ido, pero, al poner mi vista nuevamente en los pies de la cama, lo vi de nuevo. Imperturbable, con su oscuridad clavada en mis ojos. Fui a taparme de nuevo pero, en aquel momento, sentí como me agarraba por los pies. El miedo me paralizó por completo y entonces lo vi.

— ¿Qué viste? –quiso saber Peppe, boquiabierto.

— Vi a través de él. Como si yo estuviera en su lugar y pudiese ver mi cuerpo desde fuera. Vi cómo me veía él a mí –aseguró, señalando con el puño de su mano en el pecho.

— ¿Qué viste? –repitió, con el corazón encogido.

— Me vi a mi misma, en aquella cama, sufriendo, destrozada por un dolor indescriptible. No sé explicarlo porque no se parecía a mí, era mucho más mayor, pero sabía que era yo. Tenía la piel blanca como la leche y estaba en los huesos. Pude ver y sentir cómo rogaba morirme cada día y eso me dejó traumatizada mucho tiempo.

— No me acuerdo de que te pasara algo así –aseguró Peppe.

— Solo se lo conté a una persona, a mi madre. Me aseguró que era un sueño, que había tenido una pesadilla. No me hizo caso. Yo estaba segura de que aquello había sido real. No sé cuánto tiempo duró, pero te aseguro que se me hizo eterno. Cuando sentí todo ese dolor, volví a mi cuerpo y la sombra desapareció. Encendí la luz y corrí hasta el cuarto de mis padres, llorando a lágrima viva. En aquel momento no supe explicarme pero sé lo que vi. Estoy segura.

Capítulo 14:

Sábado, 20 de marzo de 2004:

Aquella mañana amaneció con el cielo nublado. Las brisas húmedas de la primavera cargaban litros del elixir de la vida que renovaba la fina piel de la tierra. A Peppe se le notaba feliz, ilusionado y a Feli no se le escapaba la causa. Nino había bajado a por el periódico y se mantenía ausente del resto del mundo. Su mujer lo miraba con desaprobación, para un día que estaban todos juntos… Deseaba que le dijera que no iba a dejarla allí encerrada, como el resto de la semana, que la llevaría a Catania o a Palermo, a tomar helado en la plaza del Duomo y comprar un vestido nuevo. Nino ya no la miraba como a una mujer y sentía que era culpa suya, por haberse dejado tanto. Pero él también se había abandonado y se seguía sintiendo seguro: hombres…

— Es sábado. Podríamos ir a Catania y dar un paseo por el puerto, visitar la catedral, comprar helados y necesito… No, no lo necesito, quiero un vestido nuevo. –Nino no estaba escuchando y ella lo sabía–. ¿Me estás escuchando? –dijo, alzando la voz; cuando su marido reaccionó, liberándose del mundo que lo había absorbido.

— ¿Habéis leído lo que dice el periódico? –preguntó el cabeza de los Pezzino sin prestar atención a lo que le había dicho su mujer.

———

— «*Fuego selectivo. El misterio de Canneto más inexplicable que nunca*». ¿Quién demonios ha hablado con la prensa? –preguntó Alessandro, lanzando el periódico contra la mesa.

Los compañeros pusieron cara de no saber. El capitán estaba mosqueado y, en momentos así, era mejor no decir nada. Palermo evitaba la mirada sondeada de su jefe, lo mismo que todos.

— Al que pille hablando con esa periodista de los cojones, lo empapelo por revelación de secretos sin ninguna contemplación. Se va a casa, suspendido de empleo y sueldo, hasta que el juez dicte sentencia. ¡¿Entendido?! No puede ser que, a cada paso que dé, tenga a esta tía pisándome los talones. Ya sé cómo funciona esto, no me toméis por tonto: He sido cocinero antes que fraile. No me obliguéis a investigar vuestras cuentas porque, aunque os creáis muy listos, la mierda siempre sale a flote.

Aquella filtración solo podía provenir de sus hombres o del cuerpo de bomberos. El hecho de que, Marila Re, le hubiera seguido hasta el

depósito de pruebas, le hacía decantarse por la primera opción y eso era un problema. Si no puedes confiar en nadie, es imposible resolver un caso tan complicado. Los informes oficiales salían de un único punto: Bitelle. En él recaían sus sospechas porque era el único que tenía los conocimientos, los medios y la oportunidad de borrar un rastro en caso de haber cometido errores. Él podía haberles pasado lo de que el fuego había afectado solamente a una especie de planta, pero era imposible que este supiera dónde se encontraba minutos antes de producirse el incendio y, sin embargo, allí estaba aquella fisgona de La Gaceta de Palermo.

— Morocutti, te vienes conmigo. Palermo, te quedas al frente de todo en comisaría. No pienso repetir lo que he dicho; puede parecerlo, pero no es dinero fácil. Olvidaos de la prensa. Vamos –le azuzó al brigadier, para que le siguiera, abriendo la puerta de comisaría bruscamente.

— ¿A dónde vamos, capitán?

— A recoger una cosa y a Canneto. Si sale a la luz algo de lo que vamos a hacer esta mañana, sabré que has sido tú. Voy a poner un cebo para ratones y necesito alguien en quien confiar.

Leccio había solicitado un contraanálisis independiente de las pruebas de varios incendios en el laboratorio de Palermo. El jueves, nada más marcharse de la playa, se dirigió allí para entregarle el paquete a la brigada científica de la capital. Si Bitelle había falseado las pruebas o el informe de conclusiones, lo sabría. Sus desavenencias con el alcalde venían de más atrás, no eran exclusivamente por el desalojo del pueblo, sino por causas mucho más mundanas: falta de presupuesto para el cuerpo de bomberos. ¿Qué mejor modo para elevar la partida presupuestaria municipal que una oleada de incendios? La presión popular forzaría al ayuntamiento y a los gobernantes de la provincia de Mesina, a dotar de medios suficientes para realizar su trabajo y esa debía ser la causa por la que no habían tenido que lamentar víctimas. El artífice de aquello no quería matar o destruir cientos de hectáreas de bosque, sino provocar el caos y causar alarma social.

Estaban llegando al laboratorio, situado en un sótano anexo al 12º Cuartel del Regimiento, en plena Vía de Vittorio Emanuele, junto a la plaza de la Victoria. Las líneas clásicas de aquel edificio, de fachada almohadillada, ocultaban unas instalaciones modernas y perfectamente pertrechadas de los últimos avances tecnológicos.

— Quédate en el coche, no tardaré –ordenó el capitán.

Alessandro Leccio desapareció tras la entrada que había al costado de la Puerta Nueva, un arco del triunfo que pertenecía al Palacio Real de los Normandos, convertido ahora en casa cuartel y edificio central

del Arma de Carabineros.

— Buenos días, soy el capitán Leccio, de la comisaría de Caronia –dijo identificándose en el mostrador de la entrada–. Vengo a recoger unas pruebas del laboratorio.

— ¿Tenía cita?

— Sí, las dejé el jueves pasado.

— Es pronto. No sé si estarán –respondió el agente con cara de incredulidad.

— Si no tienen los resultados, sí que necesito devolver la bolsa al depósito, pero me aseguraron que estarían hoy.

— Espere un momento ahí –respondió, señalándole un patio con varios bancos– y ahora le aviso.

El capitán había conseguido poner nerviosos a sus hombres. Sabía que la prensa pagaba bien las filtraciones de los casos muy mediáticos. Cuando se encontraban con algo así, el secreto de sumario se corrompía por cualquiera de los eslabones que pasaba la información. El problema es que aquello era un delito que ponía en riesgo las actuaciones judiciales y la propia investigación policial.

— Puede pasar –dijo el agente que le había mandado sentarse.

— Gracias.

Leccio bajó hasta el sótano donde le esperaba su amigo, el teniente Martínez. De abuelos italoargentinos, Martínez se había formado en la academia al mismo tiempo que el capitán, donde forjaron una amistad que perduraba inquebrantable veintitantos años después de entrar en el cuerpo.

— ¿Cómo estás, hermano? –preguntó el capitán, pegando un fuerte abrazo a su colega.

— No me puedo quejar.

— Eso está bien –le aseguró con una enorme sonrisa.

— No lo has entendido: que no me puedo quejar.

— Qué cabrón… No lo había pillado. Me encantaría quedarme y almorzar contigo pero tengo una mañana de locos y a Morocutti esperando en el coche. ¿Tienes listo lo mío?

— Sí, te lo doy pero me debes una comida en un sitio bueno, eh. Me he tenido que saltar varios expedientes para hacerte el favor.

— Cuenta con ello, te lo prometo.

— ¿Tienes preparado lo otro que te pedí?

— Sí, está en una mochila que tienes dentro de la bolsa.

— Gracias, amigo. Bueno, cuéntame: ¿Has encontrado algo interesante?

— Interesante, sí, otra cosa es que sirva de algo.

— Explícame brevemente. No quiero levantar la liebre delante del brigada.

— En mi opinión, la fuente energética tiene que estar fuera de las casas. No hay nada en los restos que me has traído, ¿comprendes? Ni acelerantes, ni residuos químicos, ni exposición a medios ajenos a su entorno.
— En cristiano, Martínez, que el científico eres tú, no yo.
— Mira –dijo sacando otra carpeta–, si yo prendo una llama con un encendedor, el gas metano que contiene deja un residuo químico de su combustión sobre el objeto que he quemado, como en este caso de un incendio forestal. La paja se impregna de ese residuo que tiene una huella tan precisa como las de nuestras manos. Si me traes la muestra donde se ha iniciado el fuego, te digo sin lugar a dudas qué han utilizado. Incluso si prendes un trapo a un palo y con este provocas varios focos, la tela en combustión deja residuos de un montón de cosas: el tipo de tejido, los colorantes que han utilizado, incluso la lejía que han utilizado en el lavado industrial de su fabricación. Aquí no hay nada de nada y eso es casi imposible.
— Entiendo…
— Cuando no hay rastros, la causa es natural o accidental. Si fuese una subida de tensión, los cables sufren la sobrecarga de manera uniforme y no esto que me has traído. Aquí es secuencial, sigue hasta un patrón.
— ¿Qué significa eso?
— Que alguien ha encontrado un modo desconocido para hacer arder lo que le dé la gana y que no tiene que estar ni instalado en el foco de inicio.
— Venga ya… ¿En serio?
— Eso o es un fenómeno natural.
— ¿Existen fenómenos naturales capaces de provocar este tipo de incendios?
— Sí pero se escapa de mi área de investigación. Tendrías que hablar con expertos en vulcanología, radiación, meteorólogos… son fenómenos muy poco frecuentes e imposibles de detectar a posteriori.
— Joder, me das un baño de agua fría, tenía una pista.
— Siempre cabe la posibilidad de que no me hayas traído lo que necesitaba ver para darte una causa –contestó Martínez con las manos abiertas.
— Entonces, ¿existe la posibilidad de que el foco no esté aquí, sino en otra parte, y por eso no lo encuentras?
— Puede… No deja de ser raro lo de los cables pero si, en lugar de en una pared, hubiesen estado enrollados sobre sí mismos y le aplicas una lente gigante para que alcance esa temperatura… es posible. Lo que no tengo son respuestas para

explicar esa disposición ateniéndome a lo que dice el atestado sobre cómo estaban ubicados estos objetos.

— Gracias, amigo, te debo ese almuerzo –aseguró el capitán, abrazando a su amigo, para despedirse.

Leccio se sentía frustrado. No arrojar ninguna luz sobre el caso, le devolvía al punto de salida. Ni siquiera había sido capaz de descartar una ocultación de pruebas o un fallo en el procedimiento del equipo que dirigía Bitelle, que se había convertido en el candidato perfecto para el enigma al que se enfrentaban.

Morocutti notó que el humor del capitán no había mejorado al regresar al coche. Dejó la bolsa de pruebas en el maletero y le ordenó que arrancara, en dirección al depósito, sin explicaciones de ninguna clase. El brigadier, que llevaba casi una década a las órdenes de Leccio, sabía que lo mejor que podía hacer, en esas situaciones, era guardar silencio. Arrancó el todoterreno y puso rumbo al Parque de Nebrodi.

El silencio se le hacía más incómodo por momentos, así que decidió poner la radio, algo suave y relajante que acompañara el paisaje por la costa y la sierra. Por un momento, creyó que la cosa iba a seguir así la hora y pico del camino de vuelta, pero no, Leccio soltó la bomba sin preaviso.

— He ordenado un contraanálisis de los incendios de Canneto, por eso hemos venido hasta aquí.

Morocutti continuó en silencio, esperando que el capitán soltara lo que quería decir, pero no le iba a pillar en un renuncio ni entrometiéndose en sus métodos. El tema de la prensa no era la primera vez que salía en la comisaría, aunque jamás por un caso tan mediático. De todos era sabido que muchos compañeros ponían la mano cuando pasaba algo así, incluso con nombres y apellidos, pero el capitán había hecho una criba en la comisaría hace cinco años y, en teoría, todos los que estaban allí, eran de su absoluta confianza.

— ¿No piensas preguntar por qué? –quiso saber ante su inexpresivo comportamiento.

— Supongo que tendrá sus razones. Capitán, usted diga lo que crea que debo saber o prefiera compartir, lo que no, me mantengo al margen.

— Eres buen agente, Morocutti. Todos lo sois, la verdad. No estoy seguro de que la filtración provenga de nuestra comisaría pero, el jueves pasado, me encontré con esa periodista pisándome los talones hasta el depósito de pruebas.

— ¿Y si ha sido ella?

— Pues no me lo había planteado, la verdad. A estas alturas, cualquier cosa es posible. Si me dicen que es culpa de los extraterrestres, de los americanos, de espíritus malignos o del

mismo conde Drácula, empezaría a planteármelo seriamente.

— No le veo a usted de esos –aseguró, esgrimiendo una espontánea sonrisa.

— No, la verdad es que no lo soy. Antes encierro a toda Caronia que tragarme una de esas historias pero, sin cometer ni un solo error… Si este tipo no es un fantasma, poco le falta.

Con el palique, el viaje se hizo más corto y habían llegado al portón del depósito. Leccio le advirtió al brigadier que no se bajara del coche, que los perros estaban sueltos y se ponían bastante nerviosos cuando escuchaban entrar a alguien. Él obedeció nuevamente, esta vez por su propio bien. Tras el protocolo de firma, de entrega y copia de la devolución, regresó al coche y se largaron, tan pronto como pudieron, del ensordecedor acoso de los perros.

El capitán no perdía ojo a la carretera; estaba convencido de que, en algún momento, se tropezaría con Marila Re tras una curva. Morocutti notaba su inquietud, esa mirada alerta que siempre ponía su jefe cuando buscaban a un sospechoso, pero no apareció; ni rastro de ella: mejor.

Ya era la hora de comer cuando llegaron al puesto de vigilancia de Canneto. Dos bomberos y un agente local formaban la guardia mientras los demás reponían energías en la tienda de recreo. No es que hubiese mucho que hacer, desde el jueves no habían tenido ni una sola intervención aunque, los chismes sobre lo que le pasó a la cuadrilla del jefe Micelle, aún coleaban. A todos les sorprendió ver al capitán, en la zona, un sábado. De no haber nada importante, lo habitual es que estuviese en la comisaría, arreglando papeles o planificando las rondas de vigilancia de la semana siguiente.

— ¿Qué le trae por aquí, capitán?

— He venido a repasar unos detalles de varios escenarios –le respondió al bombero–. Necesito la caja de las llaves.

— Ah, vale. ¿Cuál necesita?

— Todas.

— ¿Todas? –preguntó con cara de asombro.

— Sí, todas. No tardaré. Si necesitan algo o surge una emergencia, avísenme, estoy aquí mismo –le contestó, dando por zanjadas sus reticencias.

Realmente era una petición extraña. No había motivo para llevarse las llaves de casas en las que nunca había sucedido nada y menos, para entrar sin una orden de registro o sin producirse una emergencia. Leccio no pretendía invadir los hogares de los vecinos sin autorización, tan solo pretendía despistar a sus compañeros de las verdaderas razones que le habían llevado al pueblo aquella mañana. Es posible que, si el pirómano se enterase de que se había llevado las llaves, apareciera por allí con alguna excusa para intentar borrar su

rastro que, sin duda, podría estar oculto en cualquiera de esas casas intactas. Con el pueblo desalojado y sin una orden judicial, nadie entraría en una vivienda vacía, sin causa de fuerza mayor, salvo el culpable.

El bombero se sintió incapaz de negarse y le entregó la caja que contenía las llaves de todos los domicilios, al fin y al cabo, él estaba al mando. Leccio se marchó del puesto de vigilancia, se montó en el coche y se encaminó hacia el final de la calle que bordeaba la playa. En el maletero llevaba una mochila, la sacó y se la cargó al hombro. Morocutti, siguiendo la tónica del día, no quiso preguntar qué contenía.

— Acércame la escalera que hay en el coche –le dijo al brigadier, mirando hacia la parte alta de los balcones de las casas.
— Capitán, ¿no irá a subirse ahí usted solo?
— Ni lo dudes.
— No quiero entrometerme pero, ¿qué estamos haciendo aquí?
— Voy a instalar cámaras de seguridad al principio de cada calle de este pueblo. Si alguien entra o sale de alguna casa, lo sabré.
— Pero, para hacer eso, necesita permisos municipales, avisar a los técnicos.
— Me temo que no, brigadier. Esta es una misión encubierta, solo necesito la autorización del juez y del comandante. Cuantas menos personas lo sepan, mejor.
— Creo que ya sé por dónde va: piensa que el causante de todo esto está en el equipo de seguridad.
— Estoy prácticamente convencido.
— Al menos déjeme que le ayude –respondió el brigadier, acercando la escalera al sitio que su capitán había elegido para colocar la primera cámara.
— No soy tan viejo como para no subirme a unas escaleras.
— No he dicho eso, pero no es lo mismo una caída con treinta y un años que con cuarenta y ocho.
— Está bien, hacha, todo tuyo. Quiero que pongas esta cámara sobre la cubierta metálica de esa farola, enfocando aquella dirección –dijo señalando el principio de la calle–. Después, cúbrela con esta carcasa.
— ¿Y la toma de corriente?
— No hay luz, ¿recuerdas? La carcasa lleva una batería y un disco duro incorporado, tendremos que venir a cambiarlas cada día; tienen una autonomía de 36 horas.
— ¿Hace cuánto que pidió esto? No creo que se lo hayan hecho de un día para otro.
— Hace una semana.

— Antes de la filtración a la prensa –dijo con voz pensativa.
— Así es. Te voy a ser completamente sincero: no puedo hacer esto solo. Necesito a una persona de confianza que cambie los dispositivos los días que descanso y alguien que revise las grabaciones conmigo.
— No hay problema, jefe. Solo una cosa: ¿Por qué yo?
— Porque eres el que más tiene que perder. Estás recién casado, con un hijo en camino, enamorado hasta las trancas de tu mujer. La verdad, no creo que te arriesgues a dejarte corromper por dinero cuando la vida te da tantas cosas buenas seguidas; sería una estupidez por tu parte.
— Está bien, solo quería saberlo –respondió, colocando la carcasa que cubría la primera cámara, tras retirar el precinto que la dejaba pegada.

Morocutti se bajó de las escaleras, dispuesto a ir a la calle paralela para continuar con el plan del capitán. Al doblar la esquina de la calle más pegada al arroyo, escucharon el sonido de un motor, girando a gran velocidad, en el interior de una de las casas.

— ¿Qué es ese ruido? –se preguntó en voz alta Leccio.
— Parece que proviene de aquella casa de allí, la tercera de la derecha.
— Llevarás el arma preparada, ¿verdad?
— Claro, capitán, limpia y engrasada de anoche mismo. Ya sé lo escrupuloso que es usted con eso.
— Bien, desenfunda. No sabemos a quién nos vamos a encontrar. Tú ve por la parte de atrás y yo por delante.
— A la orden.
— Morocutti… No te arriesgues. Recuerda los ejercicios de entrenamiento: localizar las zonas de peligro, protegerse, fijar objetivo, identificar la amenaza, advertir y, por último, disparar si es necesario. Tienes solo un segundo para hacer todo eso en tu cabeza.
— Lo sé, jefe, descuide.
— Vamos…

El ruido era cada vez más fuerte. Conforme se acercaban a la entrada, los nervios se disparaban y el sudor invadía cada poro de sus cuerpos. Estaba claro que nadie podía estar allí dentro con autorización, y eso les daba la primera oportunidad clara de atraparlo; al fin lo tenían.

Leccio se acercó a la puerta principal, sosteniendo el arma con una mano y la llave con la otra. La abrió despacio. Su pulso estaba disparado ante el temor de encontrarse al asaltante armado, escondido tras cualquier rincón y sin tiempo para reaccionar. En su cabeza martilleaban las notas de aquella película en la que, un tiburón, te

hacía desaparecer bajo las aguas para siempre. Dejó las llaves puestas y la mochila en la entrada. Caminó despacio, midiendo cada paso para no hacer ruido. El principal temor: no escuchar la llegada de aquel tipo con la pantalla acústica que proporcionaba aquel motor, revolucionado a máxima potencia. Trató de aislar el sonido en su cabeza, desecharlo de la atención de todos sus sentidos. Entonces, el silencio se hizo ensordecedor. Sentía el crujido del suelo de madera bajo sus pies. A la derecha, el salón, estaba completamente vacío.

Unos metros más adelante, a la izquierda, la cocina; desde allí venía aquel estruendo. Tras el salón, un aseo y las escaleras que daban a la planta de arriba. Lentamente, sin perder de vista el final del pasillo, se acercó hasta la puerta de la cocina; el corazón palpitaba rebotando sobre la chaqueta del uniforme. Asomó la cabeza una fracción de segundo, retrocediendo instintivamente para provocar un fallo en su adversario en caso de que abriera fuego. Estaba entrenado para eso, memorizando la posición de objetos en tan solo un instante. Nada anormal, estaba vacía. Sobre la encimera temblaba una batidora, de esas que sirven para picar hielo; la responsable de tanto escándalo.

Sabedor de que no había nadie allí, entró en la cocina, sin perder de vista el pasillo y la parte trasera, de donde podría salir en cualquier momento la amenaza, escondida tras un sofá o cualquier mueble robusto. No perdió de vista la entrada, caminando de espaldas hasta el pequeño electrodoméstico. Se volvió, buscando el cable y tiró de él: desenchufado. ¿Qué diablos…? Debían haberla trucado, seguro que si la desmontaban, encontrarían una pequeña batería; similar a la de la cámara que acababan de instalar. No había forma de concentrarse tan cerca de aquella cosa estridente. Miró de reojo, con la pistola encañonada hacia la puerta, buscando un posible escondite en el que cupiese una persona: nada.

Regresó al pasillo, con un ojo puesto en su espalda y el otro en la entrada del salón. Caminó despacio, dispuesto a reaccionar de inmediato, con el estómago ascendiendo hasta su garganta. Volvió a hacer la misma maniobra que en la cocina, todo seguía igual en aquella estancia. Comprobó cada esquina con una rápida visualización, entró sin dejar de apuntar a cada punto en el que podía ocultarse una persona cuando, de repente, el sonido cesó. El corazón casi se le detuvo. Se quedó quieto unos segundos, dejándose envolver del sonido que le rodeaba: el silencio. Comprobó cada espacio tras los muebles, sillones, cortinas… Casi estaba a punto de regresar al pasillo cuando, el chillido de una puerta, le sobresaltó. Si sus sentidos no le engañaban, procedía del aseo de la planta baja. Allí había estado todo este tiempo, esperándole. Seguro que los había visto trabajando en la zona de la playa. ¿Qué precio estaría dispuesto a pagar por intentar salir impune?: ¿Su vida? ¿La de un policía? ¿La cárcel?

Lentamente, con las gotas de sudor resbalando sobre su frente hasta las cejas, se asomó al pasillo; cuando lo vio: una pistola apuntaba a su cabeza a escasos cinco metros. Fue lo único que distinguió en tan poco tiempo, eso y la manga de una chaqueta azul oscura que ocultaba una silueta. Instintivamente, buscó refugio tras el marco de la puerta.

— ¿Capitán? –Era la voz de Morocutti. Tanto insistirle y no había sido capaz de reconocerlo.

— ¿Pietro? ¿Eres tú? –preguntó con el arma pegada al pecho tras la protección de la pared.

— Sí, capitán.

Leccio se asomó un instante, esperando ver a su compañero; efectivamente, allí estaba. Salió del escondite; exponiendo su cuerpo, a pecho descubierto, en el pasillo.

— El salón y la cocina están limpios.

— La planta de arriba y el baño también. He entrado por una ventana, usando la escalera.

— Alguien nos ha gastado una broma de mal gusto –dijo acercándose a su compañero que estaba entre la puerta de la cocina y el aseo–. Esa batidora era la causante de todo este escándalo –aseguró, señalando el aparato que, ahora, reposaba en silencio sobre la encimera de formica.

Sin tiempo para reaccionar, escucharon la puerta de un garaje abrirse en la calle y la alarma de un coche que emitía parpadeantes destellos de luz sobre las ventanas de la entrada. Corrieron hasta la entrada, empuñando el arma, dispuesto a lanzarse sobre el ocupante de aquel vehículo situado en el garaje de la vivienda de en frente.

— ¡Alto! ¡Salga del coche con las manos arriba! –No hubo respuesta–. Soy el capitán Alessandro Leccio del Arma de Carabineros. ¡Le ordeno que salga despacio y me muestre sus manos ahora mismo!

Los dos agentes se acercaron hasta el vehículo que, para su desgracia, estaba vacío. Regresaron al centro de la calle, mirando cada ventana, cada puerta, cada rincón… con las armas alzadas a la altura de la cabeza y la mano izquierda sujetando la muñeca derecha. Todo se quedó en silencio de nuevo. Sus corazones estaban congelados, conscientes de que estaban en un lugar demasiado expuesto a un disparo desde un punto elevado. El teléfono móvil de los dos agentes empezó a sonar, sobresaltándolos y dejándolos todavía más visibles ante cualquier amenaza. Lo sacaron del bolsillo de sus respectivas chaquetas y no ponían número de entrada. Descolgaron para evitar que siguiese sonando, pero nadie habló; en lugar de eso, escucharon un enorme zumbido eléctrico que procedía del auricular de sus terminales y los sobrecalentaba hasta quemarles la mano. Instintivamente, los dejaron caer al suelo.

El silencio volvió durante diez segundos, aunque la paz no duró mucho: una decena de compañeros de los cuerpos de emergencias se aproximaban, a toda prisa, desde el otro extremo de la calle. Al verlos con las armas desenfundadas, los operativos de la policía local, bomberos y Protección Civil, se detuvieron. En aquel momento, cayeron en la cuenta de que el silencio de aquella calle no era normal: no soplaba el viento, no se escuchaba el rumor de las olas sobre la orilla, no había pájaros o insectos que atravesaran la campana acústica bajo la que se encontraban inmersos. Aquello les produjo una extraña sensación de desconfianza en cualquier cosa que les resultase conocida: sus compañeros de en frente, las casas de un apacible pueblo costero, las sombras que el sol proyectaba sobre la calle… Nada era natural en aquel silencioso duelo que se había improvisado a ambos extremos de la calle central, a aquel lado de las vías del tren.

De repente, el silencio se rompió de un modo que asustó a cada uno de los allí presentes. Todos los aparatos eléctricos se pusieron en marcha al mismo tiempo, a máxima potencia: sirenas y luces de los coches de emergencias, alarmas antiincendios, radios, equipos de música, aspiradores, televisores, lavadoras, teléfonos… cualquier pequeño electrodoméstico hacía todo el ruido que era capaz de emitir. Los valerosos hombres de Caronia agacharon sus cuerpos de manera instintiva, asustados; mirando al cielo, a un lado o a otro; incapaces de adivinar por dónde llegaría el peligro que, en cualquier momento, recaería sobre ellos. Del mismo modo que llegó, se fue y todo regresó a la normalidad.

Poco a poco, aquellos hombres recompusieron sus cuerpos y retomaron esa posición natural, erguida, que diferencia a los hombres de otros homínidos. El viento soplaba tímidamente entre las calles, al igual que la pleamar acariciaba las arenas y guijarros de la costa.

— ¿Qué demonios acaba de pasar? –dijo el capitán, bajando su arma hasta la pernera del pantalón.

— No tengo ni idea, jefe. Sé que me dijo que debía volver aquí a cambiar las baterías cada noche pero mis calzoncillos no están de acuerdo.

En el otro lado, el agente de la Policía de Estado, Vitto Chiesa, enfundaba su arma tras ver que, los carabineros de en frente, habían hecho lo mismo. Puede que le hubiesen quitado la autoridad sobre el caso pero eso no explicaba qué estaban haciendo allí en medio, justo en el centro del fenómeno más espeluznante que había vivido en su vida. Hay personas que temen a la oscuridad o a la noche: estúpidos inconscientes… Los verdaderos peligros suceden a cualquier hora, en cualquier lugar, junto a las personas más inesperadas.

Si hubieran vivido aquello, lo entenderían; no es necesario una luz tenue o un susurro inquietante para ponerte los pelos de punta. Lo que

hace que una persona se cague, literalmente, de miedo es: poder ver todo lo que está pasando y no entender absolutamente nada.

Capítulo 15:

— Dios, ahora matemáticas. No puedo con la trigonometría –aseguró Piero.

— Ni yo. No comprendo nada de lo que dice este tío, de verdad. Este año me va a costar la vida aprobar su asignatura –apostilló Peppe, sentado sobre la mesa de Bianca.

— Buenos días, jóvenes –dijo el profesor, al entrar en el aula–. Vayan sentándose en sus asientos, por favor.

— Yo no he hecho los ejercicios, ¿y tú?

— Qué va, tío. Si no hay por dónde cogerlos –insistió Peppe–. Mi niña seguro que sí los ha hecho, es una crack en mates.

Bianca asintió con una leve sonrisa los cumplidos de su novio aunque, de nuevo, volvió a bajar la mirada sobre el pupitre. Llevaba toda la mañana bastante ausente y no decía qué le pasaba. Peppe estaba un poco preocupado por si las cosas habían cambiado en casa y no se sentía con fuerzas para contárselo.

— ¿Qué te pasa, cariño? Llevas todo el día igual, callada y cabizbaja.

— ¡Vamos! Que no lo tenga que repetir. Señor Pezzino, vuelva a su asiento. Las mesas no son para sentarse, cada uno tiene su silla –insistió el profesor.

— Nada –dijo ella, con la mejor sonrisa que pudo.

— Hablamos en el descanso, ¿vale? –sugirió, dándole un casto beso en los labios.

— Vamos, hombre, es usted el último en sentarse, como de costumbre –le regañó el profesor de nuevo–. Bueno, como decíamos ayer, las ecuaciones trigonométricas son bastante fáciles si manejáis correctamente las fórmulas básicas: teorema del seno, del coseno y ecuaciones fundamentales de la trigonometría. Señorita Roselló, ¿ha pasado usted mala noche? Espero que su amigo, el Señor Pezzino, no le contagie el desinterés por esta materia tan importante en su futuro. –Bianca levantó la vista de la mesa e intentó ponerse más erguida, pues aquella postura, con la cabeza recostada sobre su mano, no agradaba en absoluto a su maestro–. Así, mejor. Las ecuaciones fundamentales de la trigonometría proceden del famoso teorema de Pitágoras.

— Profesor –interrumpió Bianca–. ¿Puedo salir? No me encuentro bien.

— Señorita Roselló, hay que acostarse temprano para venir despejada a clase. Le pido que haga el esfuerzo de

concentrarse en mi clase porque el tema de hoy es muy importante.

Bianca hizo el amago de levantarse de su pupitre aunque no le dio tiempo, una arcada recorrió su cuerpo desde la base del estómago hasta la garganta. No pudo ni girar la cara hacia un costado, la bocanada salió disparada hacia el frente, pringando de vómitos la espalda de su compañero de delante.

El chico, sorprendido por el líquido caliente, se giró repentinamente. Al ver que toda la mesa de Bianca estaba llena de tropezones del desayuno, se lanzó hacia su derecha, cayéndose de espaldas.

Los compañeros no pudieron evitar la carcajada generalizada. La situación era tan absurdamente desagradable que la risa era la única salida posible. Por si aquello no fuera suficiente, la compañera del chico que se había caído al suelo, empatizó en exceso con Bianca y el simple olor que penetró por sus fosas nasales y la idea de haberse salpicado también, le hizo devolver todo lo que tenía dentro de su estómago; esta vez, por suerte, sobre el suelo del pasillo.

Las mesas de los compañeros eran arrastradas, junto a sus sillas, en un acto reflejo de apartarse de aquella lluvia pestilente. Los que estaban más alejados, continuaban riéndose sin parar, los que no, saltaban despavoridos sobre los pupitres de sus amigos. El profesor intentaba hacer una llamada a la calma mientras, Peppe, se acercaba a la espalda de ella para ver qué le pasaba. La compañera de Bianca apartaba su estuche y los libros, intentando ponerlos a salvo de aquella marejada correosa. Piero, que estaba tras ella, también acudió en su auxilio, junto a su amigo.

— ¡Silencio, por favor! –rogaba el profesor–. Bianca, ¿cómo te encuentras?

Ella asintió, indicando que se sentía mejor. El chico que rodó por el viejo terrazo de la clase, se puso de pie tan rápido como pudo. Se miraba la camiseta e intentaba contener sus ganas de echar hasta la primera papilla. Se quitó la camiseta, en un acto reflejo, para mitigar su repulsión. Al cachondeo se sumaron los silbidos de unos cuantos por el striptease. Sin duda, la clase se le había ido de las manos a D. Jácome.

— Mario, ve al baño e intenta limpiarte. Dafne, avisa al conserje para que venga a limpiar esto. Bianca, ven conmigo; vamos a avisar al médico –dispuso D. Jácome, intentando resolver los frentes que se le habían abierto–. No alborotéis, los compañeros de otras aulas siguen dando clase. Por favor, que no tenga que venir el director a llamaros la atención. Bianca, vamos. ¿Te encuentras mejor? –quiso saber, poniendo una mano sobre el hombro de su alumna.

— ¿Puedo ir con ella? –intervino Peppe, que no había dejado de preguntar por su estado mientras el profesor daba instrucciones al resto de compañeros.

— No, Giuseppe; esto es responsabilidad nuestra. Tú debes quedarte aquí hasta que terminen las clases.

Peppe se quedó repantingado sobre la mesa de Pietro, que se sentaba justo detrás de ella. Su amigo le miraba con preocupación. En la cabeza de los dos rondaba una idea que ninguno se atrevía a pronunciar: embarazo.

———

— Sí, mi comandante. A sus órdenes, mi comandante.

Leccio colgó su teléfono móvil tras quince minutos de conversación con su jefe. Las cosas se habían desquiciado hasta tal punto que, varios miembros del equipo de emergencias, aseguraban que no pasarían ni un día más allí. En sus manos estaba reconducir la situación, hacer una llamada a la calma y lo más difícil: contener la información.

— ¡Por favor! Silencio. Préstenme un momento de atención –rogó el capitán de los carabineros.

Todos los allí presentes fabulaban historias, a cada cual más rocambolesca, sobre lo que acababa de suceder. La cordura se había perdido en algún momento entre las explosiones de la playa del jueves y aquel evento inexplicable.

— Guarden silencio, por favor –volvió a insistir–. Tengo órdenes que comunicaros y así es imposible. –Por fin hubo un instante de calma que no desaprovechó el capitán–. El comandante Piero me ha pedido que os informe que, lo que ha pasado hoy aquí, no puede salir de este lugar. Sé que todos no sois policías, pero todos formáis parte responsable de la protección ciudadana. Si alimentamos más la leyenda de pueblo maldito, seremos responsables de la ruina de muchas familias que han invertido aquí todos los ahorros de sus vidas. Estoy convencido de que hay una explicación razonable para lo que hemos sufrido.

— ¿Cuál? –se atrevió a interrumpir un miembro de Protección Civil.

— No lo sé todavía, pero la habrá y la pienso descubrir. Tenemos una responsabilidad que cumplir y si nos dejamos llevar por lo que no sabemos, por lo que pueda parecer y sin pruebas, no solo estaremos haciendo un flaco favor a los habitantes de Canneto sino que se volverá en nuestra contra. Necesitamos trabajar sin interferencias mediáticas para llegar a la verdad. Sé que es difícil, sé que muchos tenéis miedo, sé

que es muy comprensible tenerlo pero, cuando hayamos resuelto el caso, habremos conseguido disiparlo sin el menor atisbo de dudas. Somos profesionales racionales y no actuamos bajo suposiciones exotéricas, prácticas espiritistas o bendiciones eclesiásticas –aseguró, poniendo en duda la efectividad de la intervención del padre Doménico que estuvo en el pueblo, bendiciendo las casas, unos días atrás–. Cada uno es libre de mantener las creencias que posea pero todos coincidiréis conmigo en que esa no es una línea de trabajo factible.

— Usted dirá lo que quiera, pero yo no vuelvo aquí –dijo un bombero, arrojando su casco sobre la mesa de la sala de recreo y marchándose de esta.

— Yo tampoco. Voy a solicitar el traslado. Lo siento, mi familia tiene miedo y no me pagan tanto como para dejarme la vida en este empleo –aseguró el miembro de Protección Civil que le había interrumpido antes.

— Nuestro trabajo siempre ha sido arriesgado –dijo Leccio, intentando frenar a aquellos hombres.

— Yo me juego la vida luchando contra el fuego, no contra lo que no puedo ver ni sé por dónde me va a atacar –aseguró el bombero desde la entrada, sin darse la vuelta para dejarle una opción de réplica.

— Está bien. ¿Alguien más se ve incapaz de seguir con el trabajo? Es el momento. Los que se queden, los quiero trabajando codo con codo.

Los murmullos regresaron a la tienda. Leccio sabía que había muchas dudas entre sus hombres y que, la mayoría, no levantaba la mano porque temían represalias o verse sin ingresos que llevar a sus casas hasta conseguir un nuevo destino.

— Muy bien, señoras y caballeros: a trabajar.

Alessandro salió frustrado de aquella reunión. Era evidente que iba a resultar imposible evitar más filtraciones en vista de la respuesta de unos cuantos. Nadie controla el miedo, es algo muy personal. Su única salida era encontrar una explicación razonable lo antes posible.

— Morocutti, ¿estás bien? –preguntó para saber si podía seguir contando con su colaboración.

— Sí, capitán. Mucho más tranquilo ahora que todo ha pasado.

— Estupendo. Necesito que llames al Instituto de Análisis Biológico del jardín Botánico de Palermo y les metas prisa para que nos manden los resultados de las pruebas del incendio del jueves, en la playa.

— ¿Eso no es cosa del inspector Bitelle?

— Sí, pero quiero una copia para nosotros sin las conclusiones

del cuerpo de bomberos. Tú haz lo que te pido.

— Está bien, capitán. Me pongo con ello ahora mismo.

— Perfecto. Palermo, soy Leccio –dijo sosteniendo su teléfono en la oreja–. Necesito que busques al mejor experto de la isla en radiofrecuencia.

— (…)

— Para ya, teniente.; lo necesito trabajando en el equipo esta semana. Hoy mejor que mañana.

— (…)

— Perfecto. Llámame cuando tengas algo.

———

La ambulancia llevaba quince minutos en el colegio. El director del centro, el profesor Jácome y una enfermera de la asociación de padres, que estaba allí por casualidad, decidieron que era mejor avisarla porque tenía bastante fiebre. Le habían puesto una vía para evitar que se deshidratase y, aunque todo aparentaba ser un simple virus gripal, más valía cubrirse las espaldas cuando se trata de menores tutelados por un centro escolar.

Bianca se quejaba de cansancio y dolor articular. El paramédico de socorro avanzado notó que sus pulmones estaban más colapsados de lo normal y que el corazón trabajaba en exceso, intentando llevar oxígeno a su cerebro. En su opinión, el virus que la estaba atacando, probablemente le había provocado una neumonía. Avisaron a los padres de su traslado al Policlínico de Palermo, acompañada por el profesor de matemáticas, hasta dejarla en manos de su familia.

Cansado de esperar y sin la tutela de un profesor en el aula, Peppe salió a los pasillos en busca de Bianca. En el ala opuesta a las aulas, de la planta baja, se encontraba la sala de profesores, el despacho del director, secretaría, etc. Hasta allí se deslizó el joven Pezzino, intentando no ser visto por otros maestros en su camino.

— Señor director, ¿dónde está Bianca?

— Giuseppe, deberías estar en clase.

— ¿Qué le pasa? ¿Dónde está? –El rostro de preocupación del muchacho no admitía réplica, solamente se marcharía con una respuesta.

— Se han llevado a tu prima al hospital pero está bien, no te preocupes.

— ¿A cuál?

— Al Policlínico de Palermo.

Peppe salió disparado de la puerta del despacho que se encontraba abierta, de par en par. El director del centro intentó retenerlo, llamándolo en varias ocasiones, pero no lo consiguió. En la entrada del colegio estaba la auxiliar de secretaría, que se encargaba del

control de acceso y de la recogida de documentos que no requiriesen la firma oficial del centro: impresos de matrículas, apuntes y fotocopias, incidencias en el mobiliario…

— Ábrame, por favor, es urgente.

— ¿Qué te pasa, Giuseppe? Sabes que no puedes salir hasta que terminen las clases.

— Mi prima, se la han llevado. Tengo que saber qué le pasa.

— Hijo, lo sé, la he visto. Pero sin la autorización de tus padres…

Peppe se dio cuenta de que no iba a ceder así que se coló en la cabina acristalada, pulsó el timbre de la puerta de salida, ante la impotente reacción de la funcionaria –que la pilló por sorpresa–, y salió como alma que lleva el diablo en dirección a su casa.

El director llegó a la entrada justo cuando Peppe ya estaba cruzando los dominios de la prisión que lo retenía. Miró a la auxiliar de secretaría, interrogándola con los ojos. Ella se abrió de brazos, argumentando que no había podido detenerlo. Aquel pequeño acto de rebeldía podría costarle un parte o la expulsión del centro durante varios días. A quién le importaba eso ahora. Si Bianca estaba embarazada, ese sería el menor de sus problemas. La idea de ser padre con dieciséis años recién cumplidos, le hacía temblar las piernas, no estaba preparado, pero jamás aceptaría que abortase y Bianca tampoco. Ella era el amor de su vida, lo sabía, lo supo hace años, nadie iba a convencerlos de lo contrario. Ya se conocía todas las retahílas habidas y por haber de que un hijo es mucho trabajo y responsabilidad, de que limita tu futuro y tus estudios… Bla, bla, bla.

— ¡Mamá! ¿Dónde está papá? –dijo Peppe, con el aliento descontrolado, tras haber recorrido los doce minutos de distancia que le separaban hasta los apartamentos en cuatro y medio.

— Trabajando. ¿Qué te pasa? ¿Por qué has llegado antes del colegio?

— Tenemos que ir a Palermo –dijo, intentando recuperar el aire que le faltaba en los pulmones–. La prima Bianca está en el Hospital Policlínico, se la han llevado en una ambulancia.

— ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

— No lo sé. Llevaba rara todo el día y ha acabado vomitando encima de un compañero. En el colegio no llaman a una ambulancia ni te llevan al hospital porque vomites, eso pasa todos los días. Mamá, por favor, necesito ir allí y saber qué está pasando.

— Está bien, tranquilízate. Voy a llamar a tu padre para ver cuándo llega.

Feli buscó su teléfono móvil y llamó a Nino. Peppe tenía las manos

sudorosas, más fruto de los nervios que de la carrera que se había pegado. Nino respondió en seguida. Peppe cruzaba los dedos para que estuviera cerca de casa y pudiera llevarlo lo antes posible.

— No lo sé, Nino. El niño dice que se la han llevado en mitad de las clases.
— (…)
— Sea grave o no, es tu sobrina. Me parece que ya es hora de que dejéis las peleas y te arregles con tu hermana.
— (…)
— Tu concuñado es idiota. No le hagas caso, ya se caerá del burro él solo.
— (…)
— Vale, me voy a ir vistiendo –dijo colgando el teléfono–. Tu padre viene para acá, estará aquí en veinte minutos. Date una ducha rápida y te cambias de ropa. No vas a ir así, sudado entero, a ver a tus tíos. Yo me voy a vestir.
— Vale –dijo Peppe, entrando como una bala en el cuarto de baño.

En cinco minutos estaba enjabonado y listo para salir de la ducha. En aquel momento entró su madre, justo cuando iba a abrir la puerta.

— ¡Mamá! –le protestó por colarse mientras se duchaba.
— Ay, hijo, necesito el peine y mis pinturas. Te has metido tan rápido que no me has dejado ni entrar a cogerlas.
— Pero me estoy bañando.
— Vamos… que te he parido yo, ¿recuerdas? Me voy a asustar cuando llevo, desde que naciste, limpiando pañales y calzoncillos.

Feli salió del baño y Peppe aprovechó para envolverse en una toalla. La pubertad provoca en los jóvenes un tiempo de pudor que guardan con celo hasta que normalizan su nuevo cuerpo, algo que no alcanzan hasta que son adultos, al menos en los hombres.

Cuando terminaron de arreglarse, bajaron a la entrada y esperaron, al cabeza de los Pezzino, en la puerta. Era la mejor forma de no dejarle pensar y forzar que se enfrentara de una vez por todas a su familia. Aunque hubiese sido deseable para ella, Nino no tuvo que subir a ducharse ni ninguno de los requisitos de indumentaria que le exigió a Peppe. Sin opción a más, los dos se montaron en el coche del padre y le pidieron que arrancase, nada más llegar.

———

— ¿Dígame?
— «Buenas tardes. ¿El capitán Alessandro Leccio?».
— Sí, al habla.
— «Me alegra saludarle. Soy el profesor Anselmo di Grado, de la

Facultad de Ingeniería Electrónica del Politécnico de Turín. Me han dicho que quería hablar conmigo».

— Ah, sí. Muchísimas gracias por la llamada. Verá, estoy al frente de un caso que nos tiene un poco desconcertados. ¿Ha escuchado algo sobre los incendios de Canneto de Caronia en las noticias?

— «Sí, sí, los he seguido por televisión. Un caso digno de estudio por lo que he oído».

— Así es. Profesor, lo que le voy a contar está bajo secreto de sumario en la investigación judicial, ¿comprende? Debe quedar entre usted y yo.

— «Por supuesto. ¿En qué puedo ayudar? No tengo mucho tiempo porque, en quince minutos, tengo una reunión».

— De acuerdo, voy al grano. Verá, me gustaría saber si existe algún modo de poner en marcha dispositivos electrónicos a distancia.

— «Por supuesto que sí, para eso están los transmisores y los receptores de radio».

— Pero los transmisores son visibles en un análisis de un suceso o siniestro. Busco algo más elaborado y sutil. Algo que no deje rastro y pueda poner en marcha aparatos electrónicos de todo tipo, provocar incendios o incluso pequeñas explosiones sin dejar rastro.

— «Pues déjeme pensar. Me ha mezclado muchas cosas en una sola frase y no es tan sencillo. Vamos a ver, los aparatos electrónicos tienen unos mecanismos de seguridad que permiten encenderlos y apagarlos. No son más que simples interruptores de la corriente. Se pueden manipular para que estén siempre conectados o puede haber una avería».

— No, no. Estos aparatos están desconectados de cualquier toma eléctrica. Incluso el suministro de corriente está interrumpido.

— «En ese caso se necesitaría una fuente de energía externa que les proporcione la energía para funcionar. Existen algunos tipos de fenómenos meteorológicos que pueden provocarlo, como rayos, tormentas secas, una jaula de Faraday, ondas electromagnéticas… La verdad es que no es mi campo, quizá si habla con un meteorólogo…».

— Entonces, existen múltiples causas que pueden producir todo eso, ¿correcto?

— «Oh, sí, por supuesto. Pero sin los dispositivos en mi laboratorio, no sabría orientarle mejor».

— Muchas gracias por su tiempo, profesor. Me ha ayudado mucho.

— «Un placer colaborar con la policía. Un saludo, capitán».

— Otro para usted.

Leccio tomó notas de todas las posibles causas que podían estar provocando aquellos sucesos cuando, el comandante, se presentó en el despacho de la comisaría.

— Señor, no le esperaba hoy por aquí –afirmó, sorprendido por la hora que era.

— ¿Cómo lleva la investigación, capitán?

— Pues la verdad es que estoy en el punto de partida. Lo sucedido hoy me lleva a pensar que puede haber una causa natural en estos fenómenos. Acabo de hablar con el profesor… Ah, sí, Anselmo di grado, de la Universidad de Turín, y cree que existen fenómenos meteorológicos capaces de provocar todo esto.

— Eso es una fantástica noticia. Llevamos meses con esto y no hay avances. El dispositivo de vigilancia está costando una pequeña fortuna y las presiones políticas empiezan a apretarme los bajos.

— ¿Qué quiere decir?

— Quiero decir que si no tiene ninguna pista fiable, que si todo esto es un fenómeno natural y no hay una mano negra detrás, ya hemos hecho todo lo que se puede hacer. Que nos han cerrado el grifo del dinero, capitán.

— Pero ¿cómo? ¿Quién?

— La mismísima Asamblea Regional de Sicilia. No ponga esa cara de sorpresa, Leccio. Usted sabe, igual que yo, que los dueños de los establecimientos hoteleros tienen muchos contactos políticos. Tenemos al Za' María cerrado desde hace semanas, lleva casi un mes con el pueblo desalojado y el propietario de los apartamentos en los que hemos realojado a los afectados dice que, o le pagamos el precio de temporada alta por el alojamiento o nos mete en los tribunales. Esto iba a ser para unos días y estamos como al principio, capitán.

— Me da que es cosa de Pedro Spinnato.

— Me temo que han pasado por encima de él y han ido mucho más arriba con sus protestas. Tenemos todas las casas equipadas con sistemas antiincendios, una explicación razonable que va a ser la versión oficial: fenómeno meteorológico, y a una población privada de sus bienes y comercios de subsistencia.

— Pero no podemos meter a las personas en un sitio en el que corren peligro.

— Tiene un mes para resolver el caso, es lo único que puedo darle. En junio todos regresan a sus casas porque no hay más dinero. No es cosa mía, así es el capitalismo. Aproveche el

tiempo que nos han dado, hable con el científico o profesor ese y que le mande un informe. Ah, y vaya creando una corriente de opinión con esa teoría; después, a seguir con otros casos que tiene pendientes.

— Y ¿cómo voy a crear opinión pública si ni mis hombres se sienten seguros trabajando allí?

— ¿Se acuerda de la periodista que le ha estado machacando para que le conceda una entrevista? Pues ha llegado el momento de que le dé la exclusiva de este descubrimiento.

———

Las horas iban pasando y la familia de Bianca estaba nerviosa. Le habían sacado sangre, hecho una radiografía de pulmones y puesto una vía para bajarle la fiebre e hidratarla. Tres horas sin respuestas y viendo a su hija igual que como había entrado.

Bianca tenía los ojos cerrados, en un estado entre la vigilia y el sueño, sintiendo las caricias de sus padres, en la mano, a cada rato. Era incapaz de averiguar cuánto tiempo había pasado desde que se la llevaron del colegio, lo único que sabía era que el ibuprofeno no le había bajado la fiebre.

La familia Pezzino llegó al hospital y preguntó en la zona de admisión de urgencias por su sobrina. Les informaron que estaba en el área de observación pero que debían esperar fuera, en la sala de espera para familiares. Nino llamó a su hermana por teléfono y esta respondió en seguida.

— Marta, soy Nino. ¿Cómo está la niña?

— No sabemos nada todavía, estamos esperando que nos atienda un médico.

— Nosotros estamos aquí fuera, en la sala de espera.

— No teníais que haberos molestado en venir, hermano. Seguramente no sea nada más que una mala gripe.

— Pero ¿qué le pasa exactamente?

— Tiene fiebre y dificultad para respirar. No te puedo decir más porque no lo sé.

— Señora –le interrumpió una enfermera–, aquí no se puede hablar por teléfono. Debe marcharse fuera. Además, solamente puede haber un acompañante por enfermo en observación, uno de los dos debe salir.

— Espera Nino –dijo tapando el auricular–. Es mi hermano, está en la sala de espera. Voy a salir yo a informarles y ahora vuelvo y te despejas tú. Ve a tomar un café y un bocadillo, Enzo.

— Está bien –respondió su marido.

— Nino, voy para allá. No me cuelgues. ¿Dónde estás

exactamente?

— Nos vemos en la puerta de urgencias.

— Vale. Hasta ahora.

— ¿Qué le pasa a Bianca, papá?

— No lo saben todavía. Al parecer tiene fiebre y le cuesta respirar. Seguro que no será nada, un catarro mal curado, nada más. Los jóvenes sois de hierro.

Las palabras de su padre no convencieron a Peppe, al contrario, le preocuparon todavía más. Si ya estaba nervioso ante la posibilidad de haberla dejado embarazada, la simple idea de que le pasara algo malo, le aterrorizaba. ¿Qué tenía que ver el vómito con la fiebre o los pulmones? Quizás sea por los mocos, aunque él no la había notado resfriada por la mañana. ¿Y si era una complicación del embarazo? Él no entendía de esas cosas pero seguro que existía la posibilidad de algo como lo que su mente estaba imaginando. Si era así, ¿qué le iba a decir a sus padres? Seguro que se formaba la de San Quintín en el hospital. El padre de Bianca dejaría de lado su comportamiento comprensivo de los últimos días y le estrangularía. Todo eso le daba igual, él lo que quería era estar junto a ella en este momento.

Los dos hermanos, por fin, se dieron un abrazo en la entrada de urgencias. Feli se alegró mucho de la reconciliación. Marta besó a Feli y después a Peppe. Aquella reacción le dejó sorprendido, paralizado. Volvían a tratarle como a un miembro de la familia, en lugar de como a un depredador que solo había llevado disgustos a aquella casa.

— ¿Cómo está?

— Está tranquila, aunque no le baja la fiebre. Ya llevamos aquí más de tres horas, seguramente no falte mucho para que nos digan algo y podamos irnos a casa.

— Seguro que sí –dijo Feli, agarrándola por el brazo, con una sonrisa de conmiseración.

— «Familiares de Bianca Roselló pasen a consulta dos» –se escuchó repetir dos veces por megafonía.

— Me voy –dijo Marta, sobresaltada ante la esperada recepción de noticias.

— Corre, no te apures, aquí estamos –dijo Nino.

Peppe sintió cómo se le aceleraba el pulso. Hubiera dado cualquier cosa por estar allí dentro, con sus padres, y escuchar de primera mano lo que estaba pasando.

Marta corrió hasta la sala de observación, con su etiqueta de familiar pegada al pecho que le habilitaba para pasar sin el obstáculo del vigilante. Enzo estaba de pie, mirando hacia atrás, mientras un celador arrastraba la camilla hacia el pasillo que les llevaba a consulta. Por suerte, llegó a tiempo y pudo entrar con ellos.

— Buenas noches, soy el doctor Martini. Siéntense, por favor. –

Bianca se quedó en la camilla, justo al lado derecho del médico. Los padres se sentaron mientras el doctor se acercaba a examinarla–. ¿Cómo te encuentras, Bianca? –Ella respondió con un gesto de la mano, indicando que regular–. Te vamos a poner otro antipirético para que te baje la fiebre y te sientas mejor. ¿Eres alérgica al metamizol o algún medicamento? –Ella negó con la cabeza–. Perfecto. ¿Existe la posibilidad de que estés embarazada?

Durante un instante se hizo un silencio que se podía cortar con un cuchillo. Aquella respuesta retardada significaba que sí, aunque es posible que la niña estuviese cohibida por la presencia de sus padres.

— Puede –respondió al fin.

— Bueno, en cuanto me lleguen los resultados de los análisis de orina, lo sabremos seguro. Tú quédate tranquila.

La mirada de los padres de Bianca no podía ocultar su decepción y sorpresa. Enzo era plenamente consciente de que él mismo le había dado una caja de preservativos unos días atrás, pero quizá había reaccionado tarde.

— ¿Qué le pasa, doctor? –quiso saber Marta, reponiéndose de algo que suponía pero que no tenía que causarle su actual estado.

— Aún no estoy seguro, voy a pedirle más pruebas.

— ¿No puede decirnos nada?

— A ver, sí, de lo contrario no les habría llamado. Bianca tiene una neumonía bilateral aguda, eso le ha provocado la fiebre y los vómitos.

— ¿Es grave?

— No, con el tratamiento que le vamos a poner y unas gafas nasales que mejoren la saturación de oxígeno, se recuperará en unos días. Este tipo de afecciones no suelen tener consecuencias importantes en adolescentes. Hay otra cosa que me preocupa y es su nivel de leucocitos, están demasiado altos para una simple infección respiratoria y tenemos que descartar que haya algo más.

— Algo más como qué –quiso saber Enzo nada más escuchar esas palabras.

— No les puedo decir más hasta que no le haga las pruebas. Por lo pronto, ya les digo que se va a quedar ingresada unos días para curarle la neumonía. Ahora le voy a pedir un hemograma y una nueva analítica de algunos marcadores específicos que nos ayuden a descartar cosas. Si tienen que ir a casa y coger cosas para acompañarla estos días, es buen momento. No se preocupen que está en buenas manos –aseguró, poniéndose en pie para acompañarles hasta la puerta.

— ¿Y mi hija? –dijo Marta al ver que se quedaba allí.
— Cuando terminen de hacerle las pruebas, les avisamos y podrán volver a acompañarla. Mientras tanto, deben estar en la sala de espera. Cuando les volvamos a llamar, probablemente, la hayamos trasladado a planta.
— Gracias, doctor –dijo Enzo con más preocupación, por la incertidumbre, que verdadero agradecimiento.

Los padres de Bianca se reunieron con los de Peppe en la sala de espera. Al principio resultó violento enfrentarse a Nino, con quien se había dicho tantas cosas desagradables, y con Peppe, consciente de que se estaba acostando con su pequeña sin el menor rastro de duda. Tras el parte médico a los Pezzino y unos segundos de incómodo silencio, Enzo hizo de tripas corazón y habló con su concuñado:

— Nino, quiero que me disculpes por las cosas que te dije. Sé que tú no tienes la culpa de que la compañía de seguros esté tardando tanto en cubrir los gastos del incendio.
— No pasa nada, Enzo. Ya está olvidado.
— En estos últimos meses han pasado muchas cosas y quiero hacer lo mejor para nuestros hijos y para nuestra familia, aunque eso vaya en contra de lo que siento o lo que creo que debería hacerse –aseguró el padre de Bianca.
— ¿Qué quieres decir? –preguntó Nino, desconcertado.
— Me refiero a nuestros hijos. Por encima de cualquier cosa quiero que Bianca sea feliz y si eso supone que la gente hable a mis espaldas, que hablen.
— Pero son dos chavales. Eso son confusiones de la adolescencia.
— Por lo que sé, es más que eso.
— No te sigo, Enzo –dijo Nino un poco molesto.
— Lo que quiere decir –le interrumpió Marta, poniendo su mano sobre la de Enzo–es que nuestra hija está locamente enamorada de Peppe y que tu hijo siente lo mismo por ella.
— Bueno, bueno… enamorados… Eso es mucho para unos chiquillos –quiso restar importancia a las palabras de su hermana.
— Sí, Nino, enamorados. Hasta las trancas, no tengas ninguna duda.
— ¿Es eso verdad, hijo? –quiso saber Nino, interrogando al joven Pezzino.
— Sí, es verdad –respondió con una fuerza y determinación que le sorprendió hasta él mismo–, la quiero como no he querido a nadie ni a nada en este mundo.

Antonino se quedó paralizado ante la rotundidad de su hijo. Jamás lo había visto hablar de aquella manera. Era como si, de repente, se

hubiese transformado en un adulto y estuviera enfrentando sus decisiones como un hombre, pero no era más que un chiquillo.

— Hijo… La vida da muchas vueltas y nunca se sabe qué va a pasar. Es probable que ahora pienses que estás enamorado de tu prima, pero no has hecho más que empezar a descubrir lo que significa esa palabra. Yo tengo cuarenta años y he vivido un poco más que tú para saber de lo que hablo.

— ¿Cuántos años tenías cuando empezaste a salir con mamá?

— Diecinueve.

— Guau… es una diferencia enorme –ironizó–. Tres años más que yo y veintiuno juntos.

Peppe se había convertido en un hombrecito de repente. En realidad le hacía sentirse orgulloso de su hijo; verle con esa determinación, esa firmeza en lo que creía justo y en lo que sentía…. La verdad, no se lo esperaba. Prohibir el amor nunca ha salido bien, él lo sabía, no era estúpido. Pero lo que sí que no se esperaba era contar con la aprobación de su concuñado en ese tema. Su hermana, mira: siempre fue una romántica empedernida, pero él…

— Está bien, hijo. Si todos están de acuerdo, no seré yo quien le ponga cercas al campo. El tiempo dirá lo que tenga que ser.

— Me alegro de que estemos de acuerdo –dijo Enzo–. Eso sí, si está embarazada, os vais a hacer cargo de este niño igual o más nosotros. Si sois adultos para una cosa, lo sois para las demás.

— ¿Cómo, embarazada? No digas tonterías, que tienen quince, dieciséis años recién cumplidos.

Marta y Enzo pusieron una cara que expresaba un evidente: «¿Te lo tengo que decir con más detalles?» Nino clavó sus ojos en Peppe y este volvió la cabeza hacia otro lado, intentando evadir la mirada de toda la familia y ese tribunal de la inquisición al que le habían sometido.

— Hay que joderse con estos niños –pensó Nino en voz alta.

Feli, que había permanecido callada todo este tiempo, agarró a su marido por la mano, rogándole que se tranquilizara. Ella sospechaba todo eso desde hacía tiempo y el día que los vio salir corriendo, en dirección a la playa, se lo confirmó. Peppe, al que siempre había que estar arengándole para que se bañara, volvió de aquella cita, saltando como un gamo sobre la ducha. Las madres se fijan en esos detalles, no se les escapa una, y como esposa, menos.

La noche transcurría sin novedades sobre Bianca y los Pezzino decidieron volver a casa, rogando que les mantuvieran informados de cualquier novedad. Enzo pensó que sería mejor alquilar una habitación en un motel cercano al hospital que andar todos los días, una hora de coche, en cada sentido. Marta se quedó de guardia, a la espera de noticias, mientras su marido hacía el equipaje necesario

para enfrentar los próximos días con un mínimo de aseo personal.

A las siete de la mañana, ya amaneciendo, los megáfonos volvían a anunciar el nombre de los Roselló. Esta vez en la consulta número nueve. Los padres de Bianca, agotados por una larga noche de espera, salieron corriendo hacia el consultorio del doctor. Aquella llamada les había sacado de su estado de narcolepsia, disparando el sentido de alarma que todo animal posee cuando ha de enfrentarse al peligro. La puerta de la sala estaba abierta. El doctor estaba apuntando cosas en el ordenador, sin mirarles. Ellos golpearon con los nudillos para hacer notar su presencia.

— Pasen, por favor –dijo, poniéndose en pie, nada más verles–, siéntense.

— ¿Qué noticias hay, doctor?

— Siento haberles hecho esperar tanto tiempo pero, en estos casos, hay que hacerlo así y no dar una mala noticia sin estar seguro.

— ¿Cómo, una mala noticia? –intervino Enzo–. ¿Qué mala noticia?

— Me temo que de las peores. Señores Roselló, siento decirles que le hemos diagnosticado a Bianca una leucemia mieloide aguda.

— ¿Cáncer?

— Me temo que sí. Lo siento mucho, de verdad.

Marta se echó a llorar de inmediato. Sentía cómo se moría un pedacito de ella con aquella noticia. La angustia era tan grande que no le dejaba respirar. Enzo todavía no había sido capaz de reaccionar. Esperaba que todo fuera un malentendido, un error de diagnóstico; un sueño, en la sala de espera, donde se estaban quedando dormidos. Pero no, aquello era muy real, su hija tenía un tipo de cáncer de médula: leucemia, y no una leucemia cualquiera, sino una de las más agresivas que existen. Aunque eso no lo supieron hasta varios días más tarde.

El médico trató de consolar a la familia, les dejó tiempo para reponerse antes de seguir hablando. Por delante quedaba una lucha muy dura y muchos días de angustia. Debían curarla de la neumonía que, en realidad, no era más que una consecuencia del fallo que estaba sufriendo su sistema inmune a causa del cáncer. Una vez recuperada, la quimioterapia era la única opción posible.

— Tengo que hablarles de los pasos a seguir, pero podemos hacerlo en otro momento si lo desean.

— No, no. Adelante –dijo Marta, intentando contener la tristeza más absoluta que la había invadido.

— La leucemia tiene tratamiento. Lo primero será curarla con antibióticos de la neumonía y hacer que su sistema inmune

vuelva a remontar porque, hasta que eso no suceda, no podemos comenzar con la quimioterapia.

— Entiendo –dijo Enzo con los ojos abiertos como platos.

— La quimioterapia tiene varios efectos secundarios: será más sensible a las infecciones, le provocará náuseas y dolores articulares, sentirá quemazón en las venas. Todo eso es desagradable pero es normal, no deben alarmarse. Cuando se encuentre mejor, podrá volver a casa y venir solamente para las sesiones de quimio. Al principio no podrá ir a clase. Es necesario que mantengan una higiene extrema durante las primeras semanas de tratamiento. Deberán usar una mascarilla cuando estén con ella y desinfectarse las manos con gel hidroalcohólico. Si vemos que su sistema inmune responde bien y que el cáncer remite, podrá volver a clase y tener una vida más normal, simplemente deberá hacerse un seguimiento y unos controles básicos. Todo esto es mucha información para un día así. Ya les iré detallando todo paso a paso y le dejaré apuntado todo lo que deben hacer, así como la medicación, por escrito. Ahora es fundamental que intenten reponerse del shock emocional. En los pacientes con esta enfermedad, la actitud con la que se afronta es la mitad de la cura. Váyanse a descansar. En la entrada les van a dar dos pases de visita permanentes y cuando se sientan fuertes para animarla, regresen.

Enzo rompió a llorar en aquel instante. Semejante derroche de información no podía ser producto de su imaginación. Él también tenía que soltar lo que llevaba clavado en el corazón; un puñal que lo iba a desangrar nada más quitárselo, al darse de bruces contra la realidad.

— Quince años, quince años –repetía sin parar el padre de la niña, desolado.

———

Marila se sentía como nunca, por fin las cosas le iban realmente bien. Anna estaba con ella como al principio, cuando empezaron a salir, y D. Giovanni la había vuelto a llamar para que fuera al despacho; aquello empezaba a convertirse en una grata costumbre. A ella le gustaba sentirse útil, qué duda cabe; pero, ni por asomo, se esperaba lo que iba a decirle.

— Pasa, Marila –le pidió tras tocar en la puerta de su despacho–. Siéntate, por favor.

— Buenos días, D. Giovanni. ¿Pasa algo? Le noto más serio de lo normal.

— No, nada malo –aseguró, indicando que se sentara–. Quiero

que eches un vistazo a estos papeles y que me des una respuesta hoy mismo.

La cara de la periodista se transfiguró. Sea lo que fuese, aquello afectaba a su futuro profesional. Ni cuando le echaban la bronca, por meterse en algún charco, había visto al director tan tenso. Temió lo peor: una carta de despido, pero no.

— ¿Esto es verdad? –preguntó esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

— Por supuesto que sí. Ya ves que lo he firmado, solo faltas tú.

— ¡No me lo puedo creer! ¡Gracias, señor! Llevo años luchando para este momento.

— Lo sé, y te lo has ganado. Pero no todo es tan bonito como lo pintan: tendrás más responsabilidades, una cláusula de confidencialidad enorme y una penalización por rescisión del contrato si te marchas a la competencia durante los dos primeros años.

Ante sí tenía el contrato definitivo, su sueño, el contrato indefinido de una redactora de pleno derecho. Atrás quedaban años de trabajo en los que no se le reconocía su categoría laboral, el salario que debía cobrar, los beneficios sociales, hasta un plan de jubilación.

— ¡Gracias! ¡Gracias! De verdad, estoy emocionada. Puede confiar en mí.

— Entonces, ¿firmas?

— Por supuesto que firmo –respondió, plasmando su acuerdo en el documento–. Me había asustado. Ni cuando me ha regañado por algo le había visto tan mustio –D. Giovanni no pudo evitar esgrimir una pequeña sonrisa frente a su alegría.

— El día que dirijas este periódico, entenderás que la decisión más dura que puedes tomar en este asiento es subir el sueldo a tus trabajadores; el Consejo de Administración se te tirará al cuello, sin piedad, y los accionistas… Mejor no hablamos de eso. Enhorabuena, Marila. Te lo mereces.

— Muchas gracias, señor.

— Ahora que has firmado y estás unida a nosotros, por al menos dos años como mínimo, te cuento: Ha llamado el capitán Leccio, del Arma de Carabineros de Caronia. Va a concederte una entrevista en exclusiva. Te ha citado a las seis de la tarde en su despacho.

— ¿De verdad? ¿Y eso? Si el otro día por poco no me detiene por seguirle.

— Pues ya ves cómo son las cosas. A veces la suerte cambia de un día para otro y te llueven las buenas noticias.

— Pues creo que voy a comprar lotería, que siga la racha.

— Ya la has comprado y te ha tocado –aseguró D. Giovanni.

— Y que lo diga.
— No, no, me refiero a que hay más.
— ¿Cómo que hay más?
— Me han llamado de la RAI. Van a hacer un programa de televisión especial de Canneto. Me han pedido una entrevista con la periodista que descubrió lo que estaba pasando.
— ¿En serio? ¿Esto está pasando de verdad?
— Yo diría que sí. Debes haberte tragado una pata de conejo o algo así porque si no, no lo entiendo.
— Pues un millón de gracias por todo, de verdad.
— Recuerda que representas a La Gaceta de Palermo y que debes asegurarte de que salga en los rótulos cuando firmes el contrato de colaboración. Intenta mencionarlo, al menos, dos veces en la entrevista y no digas nada que no hayamos publicado todavía. Si el capitán Leccio te da algo bueno, tenemos la exclusiva.
— Claro, claro. Descuide, tendré cuidado.
— Ahora vete a hablar con ese poli y apriétale las tuercas. Si te busca es porque algo quiere y tu trabajo es conseguir la información que no está dispuesto a contarnos.
— A la orden, jefe.
— A por él, tigresa. Cierra la puerta al salir.

Marila salió del despacho pegando un brinco delante de sus compañeros. Levantó la copia del contrato para exhibirlo y gritó de alegría. Todos se echaron a reír de su reacción pero, en seguida, empezaron a aplaudir. De uno en uno se fueron levantando para felicitarla, besos y abrazos por doquier y, al otro lado, D. Giovanni Valls contemplando la escena desde la soledad del mando. Volvió a esbozar una tímida sonrisa, después plegó las láminas del estor y siguió trabajando.

— Ya sabes las normas, pequeña. Quien recibe ese papel, tiene que invitar al periódico a un desayuno –dijo Marcello, que hasta ese momento había sido su jefe y mentor.
— ¡Sí! Pedid todo lo que queráis, yo invito. Bueno, no, no os paséis que ni siquiera he cobrado –aseguró temiendo lo peor de aquella patulea de sanguijuelas.

Las risas se extendieron por la redacción hasta que el jefe salió a llamarles al orden.

— A las doce, os dejo treinta minutos para celebrarlo. Falta una hora, así que todo el mundo a trabajar.

———

— Capitán, han llegado los resultados del laboratorio del jardín botánico –dijo Palermo, tocando la puerta abierta su despacho.

— Déjame ver –contestó, estirando su brazo para recoger la carpeta, mientras tecleaba en el ordenador el informe policial que iba a hacer público.
— Seguimos igual, jefe. Sin pistas y sin culpables.
— Igual no, estamos peor, pero es lo que hay.
— ¿Qué pasa, Alessandro? Te noto muy tenso últimamente. El otro día la bronca a los chicos, ahora ese comentario… ¿Quieres decirme algo?
— No va contigo, Mercuccio. Son órdenes de arriba.
— Si puedo ayudar en algo…
— Tenemos un mes para cerrar el caso. La semana que viene vamos a abrir la carretera y reducir la vigilancia al mínimo. Un camión de bomberos, un técnico y dos agentes, esos van a ser nuestros efectivos en mayo. En junio, todo el mundo de vuelta a casa.
— ¿Qué está pasando?
— Pues lo de siempre, teniente: el dinero. Este dispositivo le está costando una fortuna a las arcas públicas y está jodiendo muchos negocios. La gente tiene que trabajar para vivir. No podemos tener un hotel cerrado más de dos meses, y de los pequeños comercios, mejor ni hablamos.
— Jodida política… Como tengamos que lamentar alguna víctima, para colmo se nos tiraran encima.
— Exacto. Y la única explicación que tengo, está cogida con pinzas.
— Pero ¿hay alguna?
— Fenómeno meteorológico. Lo peor de todo es que cuadra con el informe botánico de los cojones. Quién sabe… Lo mismo hasta tienen razón. Fíjate, las raíces de las plantas han explotado, como si les hubiese caído un rayo encima; eso debió causar el estruendo que escucharon los bomberos.
— Si ni siquiera estaba lloviendo –aseguró el teniente Palermo.
— Tormenta seca –contestó, lanzando la carpeta con desdén sobre la mesa–, así la llaman.
— ¿Qué coño es eso, capitán?
— Ni idea. Algo relacionado con el choque de dos corrientes de aire de temperaturas opuestas y electricidad estática. No entiendo nada de eso pero dicen que es la explicación más razonable.
— Jefe, no hemos visto un rayo en ninguno de los incendios y es imposible que atraviesen paredes sin causar el más mínimo desperfecto. Hemos tenido incendios originados en el interior de paredes, electrodomésticos, hasta cañerías –respondió Palermo, visiblemente contrariado.

— Defectos de mantenimiento en la instalación eléctrica.
— ¿Me lo dice en serio, capitán? O es eso lo que le han dicho que digamos. Le recuerdo que yo también estuve allí, con los técnicos de Enel y no encontraron nada de eso.
— Pues ahora sí –respondió sacando un informe de la compañía–. Se ve que han cambiado de opinión.
— Capitán, está aquí la periodista esa; Marila no sé qué.
— Ah, sí. Hágala pasar, Morocutti.
— Ya veo por dónde van los tiros. Le dejo solo ante el peligro –aseguró el teniente, huyendo del despacho, antes de tropezarse con la periodista.

La entrevista duró más de media hora. Palermo observaba desde su despacho contiguo cada gesto de aquella mujer de pelo corto y gafas de pasta; no parecía muy contenta. Trascurrido ese tiempo, la redactora se levantó y salió del despacho con evidentes signos de desaire en la cara.

— Señorita Re, le ruego que piense en esas familias antes de publicar nada. Lo que está en juego es mucho más que un titular sensacionalista.
— Capitán, si me ha hecho venir para esto, se lo podía haber ahorrado. No me lo trago, no encaja nada de lo que ha dicho. ¿Me toma por estúpida? Tengo copia de los informes periciales de Enel y no decían nada de fallos de mantenimiento, de instalaciones inadecuadas o de tormentas en la fecha de los incendios. Creo que están intentando cerrar el caso porque no tienen un culpable ni una explicación razonable.
— Quizá prefiera usted caminar en el mundo de las conspiraciones militares, fantasmas o extraterrestres pero los profesionales no trabajamos así. El sensacionalismo vende periódicos pero le desacredita como una periodista seria.
— Pues deme algo que pueda publicar, no esta patraña que se ha sacado de la manga. ¿Qué mató a aquellos animales?
— Las corrientes cálidas del Mar Tirreno, lo sabe igual de bien que yo.
— Claro… las corrientes del mar mataron a miles de gatos, perros y gallinas. Yo vi llegar a las medusas el día anterior en las islas Eolias, eran millones. Ninguno de los pescadores de la zona había visto algo así en su vida. Ahora me sale con tormentas de rayos invisibles que atemorizan a bomberos con veinte años de profesión a sus espaldas. Sí, no me ponga esa cara. ¿Pensaba que no me iba a enterar? Usted se cree que dependo de una única fuente a la que tenemos a sueldo pero la realidad es que la gente tiene miedo y quiere que se llegue al fondo de esto. Conocen los métodos de los poderes públicos

cuando se enfrentan a una situación así. Lo hemos visto tantas veces… En esta isla hay dos cosas de las que no se puede hablar: de la mafia y de la corrupción. La gente está cansada de tener miedo, capitán.

— Está bien, hagamos una cosa: publique esta versión aunque exprese sus reticencias en el artículo. Si en un mes no hemos acabado con el problema y los habitantes siguen sin poder regresar a sus hogares, le entregaré en exclusiva los informes judiciales en cuanto se levante el secreto de sumario.

— ¿Cree que le necesito para eso, capitán? Vivimos en Sicilia. ¿Por quién me toma?

— Está bien. Vuelva al despacho. Por favor –añadió, haciendo una pausa que enfatizaba su rogativa.

Marila aceptó y el capitán cerró la puerta. Corrió las cortinas y se mostró dispuesto a negociar, por primera vez, en serio con aquella periodista. Marila le miraba fijamente a los ojos, esperando que arrancase de una vez con lo que tuviera que decir.

— Usted gana –aseguró al fin–. ¿Qué quiere?

— La verdad, capitán Leccio. Dígame qué piensa usted de todo esto y yo guardaré esa información hasta que me diga que puedo usarla. Cuando sea así, me dará la exclusiva y seremos los primeros en publicar la noticia, Usted será el héroe que todos desean y yo la periodista que trabajó, codo con codo, con la policía.

— ¿Extraoficialmente?

— Sí, por supuesto.

— Está bien. Vacíe sus bolsillos sobre la mesa, apague el teléfono y la grabadora. Déjeme comprobar que no lleva un micro y colaborará con nosotros.

Marila abrió sus brazos, dispuesta a que la registrasen. Vació sus bolsillos y apagó cualquier dispositivo electrónico que levantara las suspicacias del carabinero. Alessandro la cacheó con cierto reparo, aquello iba contra las normas. Se sentó y se dispuso a contarle todo lo que creía saber.

— Soy toda oídos –le invitó a empezar.

— Srta. Re, estoy convencido de que todo esto está provocado por una o varias personas. Aún no tengo claro el por qué y menos aún quién, pero una cosa me conducirá a la otra. Mis sospechas recaen sobre alguien de dentro de los cuerpos de seguridad, pero no tengo pruebas.

— Por fin me está diciendo algo con sentido, capitán. ¿Cuál es su teoría?

— Tengo varias. Todo esto puede ser una llamada de atención a los organismos públicos por la falta de medios que nos

encontramos para desempeñar nuestro trabajo.

— ¿Un bombero?

— Es posible. También puede ser algo más elaborado, una especulación urbanística. Con lo que está pasando aquí, muchas familias estarían dispuestas a malvender sus casas y marcharse.

— El alcalde –dijo Marila sorprendida.

— O una empresa constructora, un holding hotelero… No sé cómo encaja cada uno ni qué papel desempeña.

— Siga, por favor.

— No puedo descartar el fraude a las compañías de seguros.

— ¿Los propios vecinos? –Leccio asintió–. Eso colocaría a Antonino Pezzino en el ojo del huracán. Él lleva casi todas las pólizas del hogar en el pueblo.

— Así es. ¿Entiende ahora por qué no podía contarle nada? El gobierno de la isla nos cierra la financiación y yo tengo que resolver quién se está beneficiando de esto y cómo lo está haciendo. Si se sienten vigilados, será imposible atraparlos. Mi única baza es que usted colabore conmigo, se relajen y comentan un error.

— Está bien, capitán. Cuente con ese artículo. Un buen periodista nunca revela sus fuentes y yo lo soy. Puede estar tranquilo, tenerme de su lado le va a resultar mucho más sencillo que en mi contra. Si averiguo algo interesante, se lo haré saber. Es posible que exista algún plan de desarrollo urbanístico en el fondo de un cajón del ayuntamiento y usted no puede llegar a él sin una orden, pero yo sí.

— Cuento con su colaboración –dijo estrechando la mano de la periodista.

— La tiene. Ah, y gracias por su confianza –respondió camino de la puerta.

— Le acompaño.

— No se preocupe, conozco el camino. Hasta pronto, capitán –rubricó con un nuevo apretón de manos.

Capítulo 16:

Peppe llegó del colegio, ansioso por tener noticias sobre Bianca. Su madre estaba sentada en el sofá, hablando por teléfono con su tía. La cara de Feli, que ya reflejaba preocupación antes de darse cuenta de su llegada, expresaba sorpresa y consternación. La interrogó con la mirada, boquiabierto, deseando encontrar una palabra tranquilizadora en aquel diálogo sesgado. Ella le hizo un gesto con la mano, indicando que esperase para comentarle cómo estaba. Él no pudo resistirse a esperar ni un solo segundo.

— ¿Es la tía Marta? ¿Cómo está Bianca?
— Ve a lavarte, ahora te cuento.
— Pero ¿está bien?
— Marta, perdona, es Peppe que acaba de llegar de clase.
— (…)
— Vale. Un beso y mucho ánimo. Te llamo esta noche para saber si hay novedades.
— (…)
— Adiós, cariño. Adiós.
— ¿Qué pasa? –dijo Peppe sin poder reprimir su preocupación.
— Ven, hijo. Siéntate conmigo.
— ¡Mamá!, que ¿qué pasa?
— Bianca está ingresada con neumonía como ya sabes.
— Sí. ¿Se pondrá bien?
— Seguro que sí, hijo –dijo Feli, poniéndose en pie para abrazar a su hijo, en vista de que él no se sentaba. Sin darse cuenta, se echó a llorar en sus brazos.
— Mamá, dímelo que me estoy poniendo malo –aseguró con un hálito de voz temblorosa–. ¿Le ha pasado algo?
— Cariño, seguro que consiguen que se ponga bien. Hay que tener fe.
— ¿¡Quieres decirme de una vez lo que pasa!?
— Bianca tiene leucemia.
— ¿Leucemia? Eso es como un cáncer, ¿no?
— Sí, cariño, sí –dijo, volviendo a apretarlo contra sus brazos, tras la evasión de Peppe en busca de respuestas.
— No… No… No puede ser. Cáncer… No. Se equivocan. Quiero verla. Ahora mismo. ¿Me lleváis o me voy yo?
— Cariño, nadie puede entrar a visitarla, solo uno de sus padres, está en la UCI.
— No… Mentira –negaba con la cabeza para auto convencerse–. ¿No me estarás engañando? ¡Dímelo! ¿Se ha muerto?

¡Júramelo!

— No, no, no, cariño. Está viva, te lo juro. La tía dice que cuando se cure de la neumonía, empezarán con la quimioterapia. Es una mujer joven y fuerte, va a salir de esta, hijo. Te lo prometo. Dios no va a permitir que pase algo así.

— Vámonos, por favor. Ahora mismo. Quiero ir al hospital.

— Come primero algo. Tranquilízate. No puedes subir a verla. Pues llama a la tía y dile que me la pase al teléfono.

— No pueden usar móviles en la UCI, hijo. Ya lo he preguntado.

— ¡Joder! ¡Joder! ¡Me cago en…!

— No blasfemes ahora, Peppe. Sé que sientes mucho dolor, lo entiendo. Yo sufro por ambos, como tía y como madre. Se me desgarra el corazón al verte así –suplicaba Feli hecha un paño de lágrimas.

Peppe rechazó sus brazos, impotente, lleno de una mezcla de ira y frustración que preceden la asunción del dolor. La fase de negación es la más corta, pero la más dura. Cuando te sientes así, todos tus sentimientos colapsan a la vez y te sientes incapaz de gestionar tus emociones. En los varones sufren un estallido de testosterona que los vuelve agresivos, irritables e irracionales; es imposible luchar contra un cerebro envenenado, sobre todo en una mente joven e inmadura.

El chico salió del apartamento, pegando un portazo. Feli lo siguió hasta el pasillo, rogando que volviese, preocupada por lo que fuese a hacer o donde acabara. Él no quiso escucharla, necesitaba estar solo, soltar su ira y derrumbarse. Qué difícil podía resultar gestionar las emociones de un adolescente.

Bajó las escaleras a toda prisa, camino de la playa. Saltó el muro del paseo marítimo, poniendo sus pies en las guijarrosas costas de Caronia, caminó hasta el rompiente de las olas y la emprendió a pedradas contra un enemigo invisible que debía estar más lejos de los que sus brazos alcanzaban. Sus pies se zambulleron en el agua, deseando llegar más lejos en cada intento, sus lágrimas empezaban a desparramarse por el rostro de aquel muchacho atormentado. La furia no conseguía alcanzar el objetivo que tenía marcado. Una piedra más, cada vez más lejos, una lágrima más, un brazo que parecía dislocarse en cada movimiento… hasta que perdió el equilibrio y cayó al agua.

Feli corría por el callejón que daba acceso a la playa, mirando a su hijo luchar contra los elementos, emprendiéndola a golpes contra un mar que parecía ignorarle; por un segundo se temió lo peor. Llegó hasta él antes de que el mar se lo tragase y lo abrazó. Por fin se desarmó y reaccionó a la noticia como debía: dolor, pena, desolación. El cuerpo de aquel joven yacía desplomado sobre el de su madre. El amor nos lleva hacia la locura cuando se vive tan intensamente, cuando se es tan joven, cuando la vida parece perder todo su sentido.

Los dos salieron del agua, ante la mirada atónita de varios vecinos alertados por los gritos, desgarrados, de una madre que trataba de evitar que su hijo cometiera alguna locura. Pietro estaba allí, en la orilla, implorando una explicación. Su madre lo llamaba desde la terraza pero nadie dijo nada. Peppe se sentó en los chinos, con la vista perdida en el horizonte, su madre lo abrazaba desde el costado, ambos calados hasta los huesos. Su amigo se acercó, puso su mano sobre el hombro de Peppe, él lo miró con tristeza y le dijo:

— Se va a morir.

— No digas eso, cielo –trató de reconfortarlo la madre–. Saldrá adelante, estoy segura.

— ¿Quién? –preguntó Pietro.

— Bianca. Se va a morir –repitió con la voz desgarrada.

— No hables de lo que no entiendes, hijo –intentó corregirle Feli con pasmosa seguridad.

— No, mamá, eres tú quien no lo entiende –sentenció el joven Pezzino, con tal certeza, que la dejó helada de miedo.

———

Segismunda y Catena tomaban el fresco en la terraza. Los largos días sin tener que trabajar en la tienda habían forjado, entre ellas, una amistad que solo los jubilados pueden cultivar en ese extremo. Compartían gustos televisivos, recetas de cocina, lecturas y, por supuesto, cualquier cotilleo que se precie.

Pocos sabían por lo que estaba pasando la pequeña de los Roselló pero, lo que pasó con Peppe aquella tarde, extendió la noticia a la misma velocidad que las llamas devoraron la casa de los Pisella.

— Pobre chica. Qué lástima, de verdad –aseguró Segismunda.

— Y que lo digas, aunque ya sabes lo que opino: si no hubieran jugado con lo que no se puede, nada de esto estaría pasando.

— No sé, Cate. Yo no creo que sea un castigo, no es más que una niña.

— Una niña que hace espiritismo y que se acuesta con su primo, trigo limpio no puede ser precisamente. Para mí que ha sido ella la que ha maldecido todo este pueblo, empezando por el chico; lo tiene hechizado, como las brujas de nuestros antepasados. Fíjate, estoy convencida de que mi tienda no hubiese empezado a arder, de no ser porque el muchacho estuvo allí con la madre.

— Algo raro tiene la familia, eso es verdad. Ya sabes lo de su abuelo, esto viene de muy atrás.

— ¡Que os calléis, coño! –dijo una voz masculina varias plantas más abajo–. Viejas, hijas de puta…

— ¡Oh! Qué poca vergüenza –protestó Segismunda–. Será

ordinario…

— Vamos para adentro que aquí hay muchas orejas puestas y sin la más mínima educación.

Nino cerró la puerta corredera de la terraza, tratando de evitar que Peppe escuchara lo que estaban diciendo aunque, por suerte, estaba dormido hacía rato. La pequeña comunidad en la que siempre habían vivido, estaba dividida entre quienes los veían como a una víctima más y quienes los consideraban responsables de todo lo que estaba pasando. Quizá debía buscar una forma que devolviese el honor a su familia, encontrar un modo de ayudar a los afectados.

Peppe no pudo pegar ojo aquella noche. La cabeza le giraba en torno a una única idea: el sueño de Bianca. Las palabras de aquellas vecinas cotillas no hicieron más que aumentar el dolor que sentía por dentro; quizá fuera cierto que estaban malditos. Él atrajo la desgracia a su casa y, desde entonces, todo había ido de mal en peor. Cuando creyó ver una ventana abierta que le liberase de sus errores, el destino le atizó con una barra de hierro en el pecho, dejándolo roto por dentro, desecho. Lo que habían hecho era una ofensa contra Dios y, su amor por Bianca, una abominación. Pero él no podía evitar seguir los dictados de su corazón, jamás había sentido algo parecido. ¿Por qué le estaban castigando? Cuando obtuvo la bendición de las familias, un Dios vengativo quería arrebatársela. Ese mismo Dios al que su madre rezaba cada día, el de ella, no el suyo. Podrás mandar toda tu ira sobre mí, pero jamás obtendrás mi perdón. «Si te la llevas: Tú y yo somos, desde ahora, enemigos» –pensó desde las profundidades más oscuras de su corazón.

———

A finales de mes, se computaban más de noventa incendios de origen desconocido. Tras el suceso de aquel extraño veinte de marzo, las cosas habían vuelto a su cauce. Abril estaba siendo un mes demasiado tranquilo, es más, la frecuencia de incidentes fue tan baja que sería complicado diferenciar si, los escasos incendios que se habían producido, tenían un origen natural o no.

Bianca había superado con éxito la neumonía y llevaba trasladada a la planta de oncología más de dos semanas. Los médicos no quisieron darle el alta hasta comprobar cómo reaccionaba a la primera sesión de quimio. Su cuerpo pareció tolerarla bastante bien, así que estaba lista para marcharse a casa y continuar con su tratamiento de forma ambulatoria.

Peppe había ido a visitarla una docena de veces desde que la trasladaron, pero solo le permitían estar media hora y siempre estaba rodeada de familiares, pacientes o sanitarios. Deseaba abrazarla como cuando se escapaban de las clases de baile, besarla, decirle que la

quería, que ella era todo su mundo y que debía luchar con todas sus fuerzas para volver a estar juntos, pero le daba vergüenza hablar de ese modo con otras personas escuchando.

La planta de oncología tenía un ambiente muy diferente al resto del hospital, sobre todo en las habitaciones en las que había adolescentes como ella. Las familias se tomaban muy a pecho eso de animar a los pacientes y llenaban las mesas y armarios de regalos, globos, flores… cualquier cosa que les pudiera alegrar. Familiares lejanos venían a saludarlos con exagerados aspavientos y voces rebosantes de alegría. En algunos momentos, Bianca, se sentía ridícula, como si en lugar de estar enferma, hubiera ganado la final del campeonato nacional de danza. Ella también necesitaba digerir lo que le estaba pasando y pasar su duelo. Peppe le hacía sentirse bien, era natural, sincero, irresistiblemente tímido y la forma en que la miraba le decía todo cuanto necesitaba saber. Aquel brillo en los ojos no se puede fingir, sale del alma.

Viernes, 23 de abril de 2004:

— ¿Lista para volver a casa? –dijo el doctor en su último pase de consulta a la paciente. Bianca asintió repetidamente, con una sonrisa natural y dulce–. Ya sabéis las pequeñas precauciones que debéis tomar. La verdad es que su cuerpo está fuerte y ha reaccionado fenomenal al tratamiento. Todo va bien, va muy bien. Si no hay fiebre ni ningún síntoma ajeno a la debilidad natural que tiene tras un mes ingresada, nos vemos el lunes, tres de mayo –le dijo a los padres de la muchacha.

— Muchísimas gracias por todo, doctor.

— Un placer. Bianca es una paciente estupenda y una jovencita encantadora, casi me da pena que se marche a casa. Es broma, cielo, estoy muy contento por ti –dijo sonriendo, posando la mano sobre su antebrazo.

— ¿Dónde está Peppe?

— Está en clase, cariño. Pronto podrás verle –le tranquilizó Marta.

Los padres de Bianca tenían reservada una sorpresa para su hija: Unos días atrás, habían recibido una carta del ayuntamiento, notificándoles que, a primeros de junio, podrían regresar a sus casas. Con un mes por delante para que todo volviera a la normalidad, los Roselló decidieron alquilar una casa en Caronia, muy cerca de los apartamentos en los que se hospedaban el resto de afectados de Canneto. Su estado de salud requería más espacio del que les había proporcionado la hermana de Enzo y, a decir verdad, les venía mucho mejor, por distancia al hospital, que la lejana Mesina. Palermo estaba en el otro extremo de la isla y no tenía sentido ir de punta a punta cada semana, y menos para hacer frente a cualquier imprevisto.

Bianca se puso muy contenta al ver a su padre tomar el desvío de Caronia, supuso que iban a detenerse para saludar a su primo antes de llegar a casa de la tía pero, cuando vio que se detenían en el 38 de Cristoforo Colombo, no entendió nada. Estaba a medio camino entre embarcadero en el que se ocultó con Peppe, para dar rienda suelta a su amor adolescente, y la casa de este.

— ¿Vamos? –le dijo el padre, en un tono que no quería preguntar nada, sino sorprenderla.

Ante ella se encontraba una preciosa casita de dos plantas, en primera línea de playa, a cien metros de la Iglesia de la Anunciación.

— ¿En serio?

— Y tan en serio –aseguró Enzo sin poder reprimir una sonrisa cómplice.

— Pero ¿y el dinero? Con lo que lleváis gastado en el hotel, los días de baja y vacaciones…

— Entre la subvención estatal y lo que nos ahorramos en gasolina, lo comido por lo servido, cariño.

— ¡Gracias, papá! –dijo abrazándolo, nada más bajarse del coche.

— Ven, te enseñaré tu habitación. Deja eso, ahora nos encargamos nosotros de la maleta y de tus regalos.

Los padres de Bianca se habían esforzado por dejar aquel dormitorio lo más parecido posible al que tenían en su casa de Canneto. Aquella sería la primera buena noticia de la semana porque, la compañía de seguros, había accedido a asumir los gastos de reconstrucción de su vivienda y, en junio, podrían empezar las obras de rehabilitación. Sí, Nino había tenido mucho que ver, el resto de pólizas seguían empantanadas en un mar de burocracia judicial, pero el cabeza de los Pezzino había modificado las condiciones de la póliza, jugándose el puesto, para que los daños fueran cubiertos. Tuvo que sobornar al perito y modificar el histórico de las cláusulas en el ordenador, pero ahora las cosas le iban muy bien económicamente y se lo podía permitir. Nadie lo supo jamás, ni siquiera su mujer, y mucho menos su hermana. La buena fortuna acompañaba a los Roselló tras semanas de sufrimiento.

Bianca se llevó las manos a la boca al ver su antiguo dormitorio en aquella casa nueva. Allí estaban todas sus cosas: su ropa, los peluches, la casa de muñecas, los libros que tantos buenos ratos le hicieron pasar en mundos desconocidos, el ordenador, hasta aquel ratón rosa fosforito que a todo el mundo le parecía una horterada. Bianca se giró para darle las gracias a sus padres y allí estaba él.

— Bienvenida –dijo, sosteniendo un ramo de flores.

Ella se abalanzó sobre Peppe, lo besó con desmedida fuerza, tanto que desarmó alguno de los tallos de las rosas meticulosamente

colocadas en la floristería.

— Perdón –le respondió, retrocediendo un paso, al ver que su ímpetu le había desbaratado el regalo.

— Veo que has recuperado fuerzas –bromeó Peppe.

— Os dejamos solos para que habléis mientras descargamos las cosas. Portaos bien, eh.

— Sí, descuida, tía Marta.

— Y nada de puertas cerradas –aseguró Enzo, guiñándole un ojo a su hija.

Bianca sonrió las delicadas formas de su padre, casi no podía reconocerlo. Si echara la vista atrás, poco o nada quedaba de aquel hombre rígido, serio y estricto que recordaba. Podría creer que la trataba diferente por su enfermedad pero no era así, papá había cambiado antes de que eso pasara y lo hizo exclusivamente por amor.

———

— Me alegra mucho que haya venido, concejal.

— Siempre es un placer colaborar con la prensa.

— Y si favorece sus aspiraciones políticas, mejor ¿verdad?

— Bueno, no lo voy a negar, pero la gestión de la alcaldía en este asunto ha dejado mucho que desear. Spinnato se aferra al sillón como si su vida dependiera de ello y, para hacerlo, está dispuesto a mentir, ocultar información o despedir a quien se interponga en su camino.

— Sí, ya me he enterado del cese del director de la empresa municipal de limpieza.

— Los principios morales tienen un precio demasiado elevado.

— ¿Y la lealtad?

— No se debe tener lealtad a quien gobierna de espaldas al pueblo. Los habitantes de Caronia merecen saber lo que está pasando.

— ¿Sabe usted si hay alguna empresa interesada en los terrenos de Canneto?

— Hace un par de años se llevó al consistorio una propuesta para levantar un gran complejo. Era una idea novedosa porque conjugaba elementos de un parque acuático con una gran montaña rusa, pista de karting y todo eso rodeando a una galería comercial. El suelo era barato y estaba a medio camino de Palermo y Mesina, pero al final quedó en nada.

— ¿Cuál era el nombre de la empresa?

— Uf… No lo recuerdo. Era un holding empresarial de capital americano y sueco. La idea era atraer a las principales firmas de moda internacionales, desarrollar franquicias, incluso se habló de una gran área de multicines.

— ¿Por qué no se llevó a cabo el proyecto?
— Por lo de siempre, pedían un tratamiento fiscal privilegiado para desarrollar inversión. El ayuntamiento solamente era una parte del entramado de administraciones que reclamaban su parte del pastel. La ambición nos cegó y creo que se marcharon al sur de España.
— Siempre nos pasa lo mismo –rezongó Marila–. ¿Cree que alguien puede estar intentando resucitar el proyecto o algo parecido?
— Que yo sepa no, pero puedo enterarme.
— Pues se lo agradecería mucho, concejal.
— Si yo le ayudo, ¿cómo piensa corresponderme?
— Dígame qué quiere y yo le diré si puedo dárselo.
— No le estoy pidiendo dinero, Srta. Re, no todos los políticos somos corruptos.
— Entonces ¿qué quiere?
— Quiero desenmascarar los trapicheos de Spinnato y ser alcalde en las próximas elecciones. Usted gana lectores y prestigio destapando lo que vayamos encontrando y yo, puntos como oposición legítima.
— Está bien, tenemos un trato. Infórmeme de lo que descubra y yo le daré visibilidad en los medios.
— Está usted en todas partes desde hace un tiempo, Srta. Re. La vi en la RAI, enhorabuena.
— Muchas gracias, concejal. Ahora tengo que irme.
— Vaya con cuidado.

Aquellas últimas palabras sonaron mal en la cabeza de la periodista. No sabía si llevaban una amenaza velada o un mero signo de cortesía. Marila empezaba a moverse por terrenos pantanosos, el de la política local y regional. Decir eso, en un lugar como Sicilia, era decir mucho, y ella lo sabía.

Beringueli era un tipo delgado, con gafas de alambre y cara de no haber roto un plato. Inteligente, oportunista e irónico, buenas cualidades para la política, pero no lo tenía por un mafioso. A decir verdad, tampoco pensaba que Spinnato estuviera metido en asuntos demasiado turbios, simplemente se cubría el culo como podía de los errores que cometía. Caronia era demasiado pequeña para atraer la atención de los que ostentan el poder, o al menos eso pensaba hasta que supo lo del centro comercial. Semejante inversión sería como volcar un camión de estiércol en mitad de una zanja: de la nada, aparecerían miles de moscas dispuestas a darse un festín.

———

Martes, 18 de mayo de 2004:

D. Giovanni había accedido a darle los fondos para investigar a Hillwater Company Associates. Un antiguo abogado de la compañía, que trabajaba un famoso despacho de Roma y poseía numerosas delegaciones en varias regiones del país, se había citado con ella. Aquella era la primera vez que estaba en la capital y debía aprovechar el tiempo.

Las calles de Roma le transmitían una sensación melancólica, como si antes hubiese estado allí y despertase en su interior unos recuerdos que llevaban mucho tiempo aletargados. Todo era tan monumental, estético y uniforme, que se sintió como si estuviese caminando entre las galerías de un viejo museo. El calor estaba haciendo de las suyas y nada le sentaría mejor que un famoso *gelato* en la Piazza Campo dei Fiori. Los tonos ocres y pizarra de los edificios, se unificaban en contraventanas cobrizas u olivas sobre el pavimento almohadillado. Los variopintos puestos del mercado de frutas, se mezclaban entre las terrazas de los restaurantes. En el centro, una enorme estatua de Giordano Bruno, rememoraba el siniestro pasado de la plaza: aquel era el lugar donde se ejecutaban las penas capitales.

Marila había quedado para tomar café en la vieja Trattoria Virgilio con su confidente. Aquel tipo desconocido era un antiguo empleado del bufete y se negaba a hablar por teléfono, pero aseguraba tener pruebas que implicaban a Hillwater con siniestras prácticas, para especular con el valor de los terrenos, en numerosas inversiones por todo el mundo. Pegó el último bocado a aquella deliciosa vainilla y tomó asiento en la terraza. El reloj pasaba diez minutos de las doce y media: aquel tipo llegaba tarde. Había invertido un mes para dar con aquella pista y su trabajo estaba tomando otra dimensión; nacional, quién sabe si más allá de las fronteras italianas. Pidió un cappuccino con un toque de canela, la simple idea de mezclar en sus labios el persistente aroma de la vainilla con el café, le hizo disfrutar como a Anna de un cigarrillo tras una mañana de sexo apasionado.

Nerviosa, removió la espuma con aquella minúscula cucharilla, mirando cada peatón o dependiente que pudiese vigilarla entre cajas de naranjas y lechugas. Se imaginó a un tipo con gabardina y sobrero, como en las películas: qué tonta… Apuró el último sorbo; la una, aquel tipo no se había presentado ni respondía a sus llamadas. Frustrada, pidió la cuenta, cogió el bolso de la silla de al lado y anduvo, con paso decidido, por la Vía Dei Baullari en busca del hotel. Alguien la agarró del codo, por la espalda, pegándole un susto de muerte.

— Siga caminando.

———

A media tarde, el bullicioso devenir de religiosas se detenía. Las

monjas encontraban tiempo, para ellas, fuera de sus obligaciones en el mantenimiento de la residencia y los rezos matutinos. El padre Amorth leía un libro sobre la vida de Pablo V, fundador del *Rituale Romanun* para los exorcismos, en 1614, cuando llamaron a la puerta de su estancia.

— Siento molestarle pero tiene visita –dijo una hermana de la congregación.

— ¿A esta hora? –respondió, extrañado, al ver que el reloj pasaba ya de las seis.

— Será mejor que no le haga esperar, viene del Vaticano.

— Bajo ahora mismo. Gracias, hermana.

El padre Amorth se movía entre familias de todo nivel social. Uno puede pensar que, dada su excepcional profesión, quienes acudían en busca de ayuda eran personas humildes, sin formación académica o recursos, pero el diablo no entiende de clases; a él solo le interesan dos cosas: el poder y vencer a Dios en su batalla por la influencia sobre los hombres. El padre Amorth era de la idea que, este, iba ganando la batalla; pues, cada vez más personas, pensaban que no existía, y trabajar, desde el más absoluto anonimato, le daba una ventaja con la que en otro tiempo no contaba. Vivíamos una era en la que la ciencia y la medicina, se habían convertido en la nueva religión. A veces acudían a él cuando era demasiado tarde: cuando los médicos y psiquiatras no habían sido capaces de encontrar una causa para sus síntomas. Uno puede pensar que está libre de caer en su influencia si carece de creencias religiosas y es todo lo contrario; en toda batalla, el líder de un ejército busca, con ahínco, dos tipos de combatientes: soldados y generales. Los generales de la Iglesia eran sus preferidos, era la mejor forma de debilitar al bando enemigo.

— Monseñor… ¿A qué debo el honor? –dijo besando el anillo de aquel obispo de la Curia Vaticana.

— Por favor, no es necesario –le rogó–. Soy yo quien debería inclinarse ante usted.

— Todo ejército tiene su jerarquía, ilustrísima. Me temo que los espías infiltrados en el bando enemigo, jamás llegamos a comandar las tropas.

— Admiro el trabajo que hace y no se lo tome a mal, se parece bastante al mío. Puede que mi sotana o mi juventud le den la imagen de un cortesano, pero mi vida diaria está en la calle, como a suya.

— No sea modesto conmigo, se lo ruego; le he reconocido nada más verle. Usted es un alto representante de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

— Bueno, es cierto que el Santo Padre me ha depositado su confianza nombrándome vocal de la congregación pero le

insisto, nuestros trabajos se parecen más de lo que cree.

— Está bien, no pelearemos para saber quién es más humilde a los ojos de Dios –bromeó el viejo padre Amorth–. ¿Qué le trae por aquí a estas horas? Siéntese, se lo ruego. ¿Quiere café, agua?

— No, no, gracias. Estoy bien. Solo le robaré unos minutos.

— Como desee. Permítame que me siente yo, si lo le molesta. Los años no pasan en balde –aseguró, quejándose de la espalda, mientras se acomodaba en aquel viejo chéster de piel marrón.

— Sí, se lo ruego. Perdone mi falta de consideración.

— Bueno, dígame; la curiosidad y la artrosis me matan a partes iguales –aseguró el padre Amorth.

— Verá, mi verdadero trabajo para la Santa Sede consiste en investigar asuntos de vital importancia para la fe, pero no del modo que usted se imagina, sino viajando a aquellos lugares en los que se producen milagros o actos del maligno.

— ¿Está también en la Congregación para las Causas de los Santos? –quiso saber, sin ocultar su sorpresa.

— No exactamente, mi trabajo se desempeña en el más absoluto anonimato, es un puente entre congregaciones y tribunales de la estructura de la Iglesia. Yo soy un investigador religioso que ostenta un cargo político, para abrir puertas que de otro modo me serían cerradas.

— Vaya… Parece que es cierto: nos parecemos más de lo que pensaba; ambos somos espías al servicio de Dios.

— Podría decirse que sí –sonrió.

— Pero quién sea realmente no aclara mis dudas sobre en qué puedo ayudarle.

— Es usted directo, eh –dijo aquel joven prelado, con una sonrisa que se mostraba dispuesta a complacerle en sus pretensiones.

— La edad me ha hecho valorar el tiempo que me queda, monseñor.

— Está bien. Quiero que me cuente todo lo que no ha puesto en su informe oficial sobre los sucesos de Canneto.

— ¿Qué le hace pensar que hay algo que no está ahí?

— Padre Amorth, sigo su trayectoria desde hace años. Usted es un perro de presa, cuando agarra algo, no lo suelta. Sé que ha llevado casos que han durado meses, incluso años. Sé que se ha enfrentado a posesiones que harían salir corriendo a los hombres más fuertes y valientes. Sé que ha tenido media docena de ayudantes en los últimos quince años porque no eran capaces de enfrentarse a las cosas que usted ha visto. Un

hombre como usted, no se va del lugar en el que se está produciendo un fenómeno maligno hasta no tener claro el quién, el cómo y el cuándo.

— Es usted astuto, ilustrísima.

— Quería que fuese al grano, ¿no? Espero que usted también lo haga y nos dejemos de bailes de salón. –El padre Amorth hizo una pausa reflexiva, bebió un sorbo de agua de un vaso que había sobre una bandeja plateada que tenía a su derecha.

— ¿Cree usted en el demonio, monseñor?

— Por supuesto que creo en él. ¿Cómo no hacerlo a la vista de tanto mal en el mundo?

— Perdóneme pero esa es una respuesta aprendida, monseñor. Se lo preguntaré de otro modo: ¿Alguna vez ha mirado al mal a los ojos?

— Me temo que no tengo el beneficio de su experiencia, pero sí he visto sus efectos.

— Claro, usted llega cuando todo ha pasado a la escena de un milagro o de una profanación que ofende a Dios. ¿Me equivoco?

— No siempre. A veces he sido testigo presencial de hechos que no se pueden explicar sin fe.

— Agárrese a eso, monseñor. Yo lo he visto y sentido, frente por frente, muchas veces; pero jamás del modo que lo ha hecho en aquel lugar.

— ¿Qué vio exactamente?

— ¿Cree usted en la videncia, monseñor?

— No tengo una respuesta para eso. Si es real, yo no he sido agraciado con ese don.

— Yo he presenciado cosas que no puedo explicar pero que mi experiencia y la fe me han hecho dar por ciertas.

— No le comprendo.

— El diablo siempre juega contigo cuando te enfrentas a él. Conozco sus trucos, sus engaños, finge conocerte para desconcertarte, te intenta manipular con tus recuerdos más dolorosos, con tus pecados más ocultos. Es una guerra psicológica, monseñor. Solo si dejas entrar la duda en tu corazón, puede dañarte físicamente.

— Comprendo.

— Lo que vi en Canneto no era así –dijo haciendo una pausa reflexiva, con la mirada perdida en el infinito.

— ¿Qué vio?

— Vi un mal mucho más antiguo que todos cuanto haya conocido hasta ahora. Él no juega contigo, no te manipula, no pierde el tiempo. Yo creí haberme enfrentado a Satanás

muchas veces y ahora comprendo que estaba equivocado. Me temo que he estado toda mi vida jugando con monos de feria, actores secundarios de una forma de vida que no podemos comprender. Allí está la esencia más primitiva de todo mal, ilustrísima. Y me dejo muy claro un mensaje.

— ¿Cuál?

— Si te interpones en mi camino, te aplastaré.

Aquel joven prelado se quedó pensativo, intentando comprender lo que le acababa de contar aquel viejo exorcista a quien tanto respetaba. Por primera en vez en su vida, el padre Amorth había reconocido que tenía miedo.

———

— ¡Suélteme!

— Por favor, no se detenga. Si quiere que hablemos, sígame.

— ¿Es usted? Llega media hora tarde. Pensé que se había echado atrás.

— Tenía que comprobar que no la seguían.

— ¿Adónde me lleva?

— A un lugar seguro –aseveró de un modo más críptico que concreto.

Aquel tipo, con una camiseta de Iron Maiden y vaqueros, parecía cualquier cosa menos un abogado de una compañía de altos vuelos. Llevaba una barba profusa y el pelo largo; más bien aparentaba ser un heredero de metal, venido a menos, de una moda que ya no era tal. Marila decidió seguirle por el entramado de callejuelas de la capital. Bordeó la plaza por una calle paralela hasta la orilla del Tíber, lo cruzaron por el puente Mazzini y la llevó, casi a rastras, hasta la entrada del jardín botánico. Le entregó dos entradas al vigilante y se internaron, en este, hasta detenerse junto a los bancos de piedra que había alrededor de la fuente de Tritón.

— Aquí no se puede entrar sin compra anticipada de estos tickets –aseguró–, hace cuatro días que reservé la visita.

— ¿Por qué tantas precauciones?

— Porque no estamos a salvo haciendo esto. Necesito un seguro de vida y usted va a ser el mío.

— No comprendo. ¿Quién querría matarnos? –Aquel tipo se echó a reír en su cara, sin duda era una ingenua si pensaba eso.

— La tenía por una periodista seria de investigación. Si no la hubiese visto en la RAI, jamás le hubiera concedido esta entrevista.

— Está bien. Ya es hora de que pongamos las cosas en su sitio. Esto es ridículo, ni siquiera sé su nombre.

— Puede llamarme Bruno.
— ¿Bruno? ¿Como Giordano Bruno?
— Sí.

Aquel nombre no parecía elegido al azar. Giordano Bruno fue un famoso astrónomo y filósofo, condenado a la hoguera en el año 1600, por el Tribunal de la Inquisición. El lugar en el que lo ejecutaron fue precisamente la plaza en la que habían quedado para tomar café.

— De acuerdo. Tiene toda mi atención, Sr. Bruno.
— No tengo mucho tiempo pero mire –dijo sacando una carpeta, repleta de recortes de periódicos internaciones–. La Voz de Galicia: «*La multinacional Hillwater edificará un centro comercial en los terrenos destruidos del Parque Monticaño*».
— No entiendo el español –aseguró Marila.
— Yo se lo traduciré. El año pasado, el parque natural de Monticaño, en Galicia, sufrió un devastador incendio forestal. Hace un mes, el terreno fue adquirido por la compañía Hillwater y está prevista la inauguración un monumental parque comercial para finales de 2009.
— Entiendo…
— Mire, Il Messaggero: «*Hillwater se hace con el contrato del complejo hotelero de Porto Venere*». Adivine qué le pasó a la zona antes de la recalificación –le sugirió sacando otro recorte de prensa–. «*Un incendio asola la costa norte de Porto Venere*».
— Puedo seguir así un buen rato. Francia, Reino Unido, España, Grecia, Italia –dijo sacando más noticias que vinculaban incendios con recalificaciones de suelos y adquisiciones de la compañía.
— Vale, vale. Lo entiendo. Pero esto no son más que recortes de prensa, usted dijo que tenía pruebas que vinculaban a la compañía con la recalificación. Nada de esto sirve en un juicio.
— Mire esta transferencia –dijo sacando un papel que tenía al fondo de la carpeta–. ¿Reconoce la entidad?
— Por supuesto, es un banco suizo muy famoso.
— Mire el ordenante y el destinatario.
— Industrial Panameña de Prospecciones Agrícolas a María del Mar Salvador.
— Y ¿quién es el principal accionista de Prospecciones Panameñas? –aseguró, sacando un documento del registro mercantil de Panamá.
— Hillwater –leyó en el documento.
— María del Mar Salvador es la mujer del alcalde.
— Está bien, eso prueba que hubo un pago de comisiones, no que tuvieran algo que ver con los incendios.

— Fíjese en la fecha.
— Dos de abril de 2003.
— Un mes y medio antes del incendio –aseguró.
— ¿Puedo quedarme con esto?
— Ni de broma. Ya le he dicho que este es mi seguro de vida. Recibirá un paquete por correo, con todo lo que tengo, si me pasara algo. Ahora tiene un hilo del que tirar, Srta. Re; haga su trabajo. Usted nunca ha hablado conmigo y yo no la conozco –dijo levantándose del banco y dejándola plantada, en mitad de aquel parque, con tres pares de narices.

———

— Venga ya, mamá. Estoy bien, ya lo estás viendo. Llevo dos meses encerrada, uno en el hospital y otro aquí. Necesito salir, tomar el aire, estar con mis amigos. Me ahogo aquí dentro a cada día que pasa.

Lo cierto es que Bianca tenía razón. Quizá estaban siendo demasiado sobreprotectores con ella y, vivir encerrada, no era vida para una adolescente. Hasta ahora habían hecho lo que el médico les había recomendado a rajatabla y, gracias a eso, Bianca estaba mucho mejor. Es cierto que la quimio había empezado a mostrar sus primeros efectos secundarios visibles: caída del cabello, fatiga, bajo peso por pérdida del apetito, náuseas y llagas en la boca; pero los glóbulos blancos, las plaquetas y los niveles de hierro en sangre estaban bastante bien. Aquellos marcadores eran los verdaderamente importantes para evaluar el desarrollo de la enfermedad y el riesgo de contraer infecciones.

Los Roselló se habían acostumbrado a que Peppe pasara allí todas las tardes y habían dejado de estar en guardia en lo que al sexo se refiere. Los chicos pasaban muchísimas horas juntos, sin que sus padres les agobiaran con vigilancias policiales. Ellos se encerraban en la habitación de Bianca mientras, Marta y Enzo, recuperaban tiempo para sus propias vidas personales. Un efecto secundario del tratamiento que les tranquilizaba era la incompatibilidad de este con un embarazo. Lo único que realmente les preocupaba era una recaída infecciosa, a la vista de la debilidad de su sistema inmunitario.

— Cielo, si quieres estar con Peppe a solas, ya sabes que papá y yo no os interrumpimos. Lo entiendo, yo también he pasado por eso, pero me asusta que pilles algo y tengamos que volver al hospital.
— ¡Mamá! –exclamó quejumbrosa.
— No me refiero en el sexo, sé que Peppe te quiere.
— ¡Mamá!
— Está bien, hija, ya paro. Lo voy a hablar con tu padre y ahora

te digo.

— ¿Sí? –dijo con aquella sonrisa manipuladora, a la que era imposible negarle nada.

— Odio que me hagas eso –protestó Marta, consciente de que funcionaba.

Bianca pestañeó coquetamente, con su sonrisa fijada en la cara y haciendo pucheros nada más comprobar que, su madre, la miraba fingiendo estar enfadada.

— Puede que esas caritas te funcionen con Peppe pero yo soy una mujer y tu madre, a mí no me manipulas tan fácilmente–. Mentira, la adoraba cuando hacía esas cosas.

Bianca lloriqueó como un cachorrito en busca de mimos y juegos, terminando de derretir la escasa fortaleza que le quedaba a Marta para resistirse a un paseo por la calle. Se giró con fingido desaire y puso rumbo a la cocina, en la planta de abajo, donde solo quedaba convencer a su padre de que la dejara. Enzo aceptó, aunque con muchas objeciones: ropa adecuada para no enfriarse, un lugar poco concurrido, solo una hora…

Peppe llegó a la hora prevista, el tiempo justo para volver de clase, comer, ducharse y cambiarse de ropa. Feli estaba encantada con esa nueva faceta de su hijo, antes tenía que ir tras él para conseguir meterlo en el baño. Las mujeres cambian muchas cosas en los hombres, sobre todo al principio, después se van dejando y vuelven a ser esos garrulos con olor a culo de mono. Puede que la única forma de mantener un matrimonio a lo largo del tiempo sea evitar bajar la guardia en el campo de la atracción.

— Qué guapa, ¿y eso? –dijo Peppe nada más verla.

— Pues ya ves, que me han concedido la libertad condicional durante una hora.

— ¿En serio? –preguntó, sin poder ocultar la alegría por ella.

— Y tanto –aseguró Bianca.

— Una hora, eh –les recordó Marta–. Peppe te hago responsable de que llegue a tiempo.

— Descuida, tía. Le vendrá genial tomar el sol y respirar aire puro.

— Quedaos en sitios abiertos y no te enfríes.

— Sí, mamá.

— Y no hagas ningún sobreesfuerzo.

— Sí, mamá –dijo Bianca, intentando saltarse la enorme retahíla de objeciones que le habían repetido mil veces.

— Dame un beso.

Marta cogió a Bianca por la cabeza, apretujándola contra su pecho y besándola en el pañuelo que le envolvía la cabeza. La forma en que se lo había colocado recordaba a un hiyab árabe. Su carita angelical y la

forma en que se había vestido, la transportaba a la imagen que tenía de la Virgen María, con su tez morena y sus ojos rasgados, profundamente castaños.

— Adiós, mamá. Adiós papá.

— Pasadlo bien –dijo Enzo.

Los chicos caminaron por la playa, en dirección al embarcadero. Aquel lugar les traía buenos recuerdos, los mejores. Sin ser conscientes, habían fijado en sus corazones uno de esos momentos que jamás olvidarían entre aquellos muros abandonados. Casi todo el mundo recuerda su primera vez, al menos si fue fruto del amor; pero el vínculo creado entre ellos iba más allá de eso. Las dificultades a las que habían tenido que enfrentarse, les habían hecho madurar antes que a otros chavales de su edad y, pasara lo que pasase en el futuro, habían sellado ese destino que los convertiría, a ambos, en el amor de sus vidas.

Peppe caminaba a su lado, cogiéndola con la mano derecha, feliz por verla en la calle tras tanto tiempo de encierro. Sus miedos estaban empezando a disiparse. Puede que no pudiese comparar lo que estaba viviendo Bianca con su sufrimiento, pero el dolor que experimentas por personas que quieres, puede llegar a ser mucho más intenso que el propio.

— Echaba de menos esto –dijo Bianca.

— Y yo, pero no me importa quedarme en casa si estoy contigo.

— ¿Peppe? –dijo, deteniéndose en el camino un instante.

— ¿Qué? –respondió, preocupado por si se estaba fatigando.

— No tienes la más mínima idea de cuánto te quiero.

Aquellas palabras le hicieron llorar por primera vez delante de ella. Sí, claro que se alegraba de oírlas pero, sentirlas, le hacía regresar al principio de todo aquello, al miedo atroz que tenía de perderla. Giuseppe llevaba tanto acumulado dentro… A diferencia de Bianca o de sus padres, él no tenía el apoyo de un equipo médico, de psicólogos, que le ayudaran a enfrentarse a la enfermedad. Lo llevaba todo por dentro. No se había abierto con nadie, ni con sus padres o con Piero, mucho menos con sus profesores que, afortunadamente, le estaban dando un respiro al saber por lo que estaba pasando.

— No llores, tonto –dijo ella, abrazándolo–. Todo va a salir bien.

— ¿Y si no? –dijo al fin, exteriorizando sus peores temores.

Bianca lo miró en silencio, consciente de que estaba tan preocupado por ella que se sentía incapaz de enfrentarse a aquello solo. Estaba convencida de que sus padres pensaban lo mismo, pero ellos tenían con quien desahogarse.

— Si no, me tienes que prometer una cosa.

— ¿Cuál? –quiso saber, apartando las lágrimas de sus ojos.

— En menos de un año, tienes que estar saliendo con la tía más

buena del instituto.

— ¿Qué? –preguntó, completamente desconcertado.

— Lo que has oído. Puedes elegir entre Marta Ponelli, la de 8º, o María Pombo, de 7º B. No te digo nadie de nuestra clase porque sé que soy la más guapa.

— Anda ya…

— Te lo digo totalmente en serio, Peppe. Me moriría de pena si te viera atascado en el pasado. Nadie puede decidir el destino, no está en nuestras manos; pero me haría muy feliz que tú también lo fueses, conmigo o sin mí.

— No puedo ni plantearme algo así, Bianca. No digas tonterías.

— Prométemelo.

— No.

— Por favor, hazlo por mí.

— Que no.

— Si no lo haces, nos volvemos a casa.

— Que no te voy a prometer una cosa que no va a ocurrir.

— Sé que no va a pasar nada malo pero, si pasara, te ruego que intentes ser feliz.

— Está bien, lo intentaré.

— Gracias, eres un cielo –dijo besándole en los labios.

Peppe se sintió mal con aquella conversación, no era lo que esperaba de su primer día fuera de casa. Bianca sabía que estaba incómodo e hizo lo posible por sacarle una sonrisa.

— Pero, por ahora, ni mirarlas, eh –le dijo con un tono que sonaba a algo más que advertencia.

Peppe no pudo más que echarse a reír al escuchar a su novia en plan posesiva, aquella sí era la Bianca que conocía.

———

1 junio de 2004:

— Al calabozo y a disposición de su señoría.

— Pero Palermo, que nos conocemos de toda la vida, hombre.

— Ni Palermo ni hostias, es la tercera vez que te pillan conduciendo borracho. Si no te lo tomas en serio, acabarás matando a alguien y no me da la gana. Si no tienes dos dedos de frente, es tu problema, no el mío.

— De verdad que no lo hago más. Déjalo en una multa, como siempre.

— Llévatelo, Morocutti.

— Sí, mi teniente.

— Joder, Palermo…

— Buenos días –dijo el capitán, que acababa de entrar en comisaría.

— Buenos días, jefe.
— ¿Qué tenemos ahí?
— Nada, el viejo Filipo otra vez borracho al volante.
— Voy al despacho, que no me molesten si no es imprescindible.
— De acuerdo, jefe.

Palermo se puso con el papeleo de la ficha de detención cuando, ni pasados dos minutos desde su llegada, el capitán volvía a salir de comisaría, móvil en mano. Le hizo un gesto con la mano al teniente, indicando que volvía ahora, pero no dijo ni dónde iba ni cuándo lo iba a hacer.

— ¿Dónde? –preguntó Leccio, arrancando el todoterreno.
— (…)
— Estoy ahí en diez minutos.

Marila había hecho los deberes, ahora era el turno del capitán. En estas dos semanas había conseguido convencer a su jefe de que tenía algo tangible que resolviera, de una vez por todas, el misterio de los incendios de Canneto y no era nada sobrenatural. A decir verdad, D. Giovanni parecía bastante más satisfecho con aquella línea de investigación pero estaba preocupada por su chica de oro. Si de verdad existía una conspiración para obligar a vender los terrenos del pueblo, la vida de su periodista estrella estaba en peligro de verdad.

Volvieron a reunirse en aquel mirador, a solas. Ella parecía distinta, ya no llevaba aquella ropa tan masculina y la cara sin maquillaje; ni siquiera había rastro de aquellas gafas de pasta que la acompañaban hasta la cama la mayoría de los días. Aquel vestido marrón de lunares blancos le sentaba francamente bien.

— Casi no la reconozco –dijo Leccio nada más verla.
— ¿Le gusta?
— Está estupenda.
— Gracias.
— ¿A qué se debe el cambio?
— Supongo que a la necesidad. He tenido que pedir muchos favores y moverme por lugares donde, ser una mujer atractiva a la vista de los hombres, abre algunas puertas.
— Pues la felicito. ¿Qué tiene para mí?

Marila le entregó una carpeta con un montón de documentos. En esta, había información registral de las propiedades de la compañía Hillwater, datos sociales de la compañía y un montón de artículos de prensa.

— No entiendo. ¿Qué es esto?
— Hillwater es un consorcio empresarial con inversiones en todo el mundo. Son los propietarios de buena parte de los centros de ocio y complejos hosteleros de cualquier paraje natural o de costa que se precie.

— Y ¿qué relación tiene con el caso?
— Esta compañía consigue recalificaciones urbanísticas de suelo protegido provocando incendios. Fíjese en la noticias, hay una docena de casos por toda Europa.
— ¿Y?
— Que hace dos años intentaron conseguir una licencia para un centro comercial y recreativo en Canneto. He ido al Ministerio de Medio Ambiente y resulta que todo el terreno de la sierra está protegido por una ley que impide la recalificación del suelo en caso de desastre natural. La única forma de construir su complejo es derribando suelo urbanizado y áreas de cultivo. Capitán, es imposible convencer a un pueblo entero de que abandone sus casas. Fíjese en el mapa, por aquí, suelo protegido, por aquí acantilados, por allí, vías agropecuarias y la línea de ferrocarril. Necesitan el pueblo para construir sí o sí.
— Entiendo…
— Lo han hecho muchas veces, mire: España, Portugal, Grecia, Italia…
— Pero esto no demuestra que ellos estén relacionados. Puede que, simplemente, aprovechen la oportunidad cuando hay un desastre.
— Lo creería de no ser porque he visto transferencias, que demuestran el pago de comisiones a políticos locales, antes de los incendios.
— Tiene copia de esas transferencias.
— No, por desgracia mi fuente no quiso darme una, pero las vi con mis propios ojos.
— ¿Qué fiabilidad tiene su fuente?
— Yo diría que bastante alta, conoce Hillwater desde dentro. No he encontrado nada que relacione a Spinnato con la compañía pero, una periodista, no puede pedir información bancaria nacional o internacional. Los movimientos que vi se efectuaban desde un banco suizo.
— De ser así, puede irse olvidando de vincularlos. Hasta que Suiza no elimine el secreto bancario… Jamás colaborarán con interpol, si es lo que pretende.
— Lo harán si los ponemos en el foco de los medios. Usted pida una investigación de la compañía y de los familiares de los cargos municipales, a su señoría, y yo haré todo el ruido que sea necesario para que esto llegue a la cabecera de las noticias nacionales.
— Está bien, pediré esa orden. Buen trabajo, Srta. Re.
— Capitán –lo llamó, intentando retenerlo cuando se disponía a

volver al coche–, *quid pro quo*. ¿Qué puede decirme del caso?

— Tengo un rumor que no sé si será cierto.

— Dispare, por favor.

— Me han dicho que Antonino Pezzino está moviendo papeles para crear una plataforma de afectados por los incendios.

— El mejor lavadero de dinero negro que existe –dijo Marila, subiendo una ceja.

Leccio hizo un gesto con las suyas, levantándolas, para indicar que tenía razón. A lo mejor no era Spinnato quien estaba detrás de todo esto, sino Nino. Desde que empezó todo, se había expuesto a los medios de una manera un tanto sospechosa, como quien busca protagonismo. Siempre creyó que era por simple vanidad pero, posiblemente, era una táctica de despiste. Los investigadores saben que, los delincuentes, buscan la manera de estar cerca de una investigación; convertirse en víctima y foco de todas las miradas, te da poder para presionar a las administraciones: te conviertes en la voz del pueblo.

Capítulo 17:

Lunes, 14 de junio de 2004:

— «Muchas gracias a todos por acudir a esta rueda de prensa. Desde aquí quiero daros las gracias, en nombre de todos los afectados por los incendios de Canneto, porque, sin el apoyo de los medios, esto sería imposible. Nuestras familias llevan ya seis meses sin recibir los fondos del Consorcio de Compensación de Seguros y, este mes, nos hemos visto obligados a regresar a nuestros hogares. Como ya saben, aparte de no contar con las indemnizaciones necesarias para reparar nuestras viviendas, algunos vecinos han sufrido el cierre de sus negocios o explotaciones agrícolas. Desde aquí, lanzamos un grito de auxilio al pueblo siciliano y a toda Italia. Las administraciones han cerrado el grifo de las ayudas que nos han mantenido, subsistiendo como hemos podido, en hoteles, apartamentos turísticos o viviendas de familiares. Ahora nos devuelven a un pueblo en ruinas y sin medios para salir adelante. Por favor, necesitamos vuestra solidaridad. De ustedes depende que más de un centenar de afectados tengamos un medio para volver a empezar con nuestras vidas. En los rótulos de sus pantallas encontraran todas las vías que pueden usar enviar ayuda a la plataforma de afectados. Da igual si pueden con mucho o poco, lo importante es colaborar y conseguir que nadie se quede sin lo más básico. Entre todos y con su ayuda, estoy seguro de que saldremos adelante. Muchas gracias».

Antonio Pezzino finalizó su intervención entre los aplausos de un pueblo que veía en este, una forma de recuperar lo perdido. Los periodistas se sumaron al aplauso y promovieron, en todos los medios televisivos y escritos, locales o nacionales, la recaudación de fondos para esta plataforma de afectados que tantas horas de retransmisión les había proporcionado. La solidaridad volvía a convertir a Canneto en noticia tras más de un mes sin incidentes que merecieran ser foco de los titulares.

La atención del público tiene la duración que los medios decidan otorgar a un suceso y su solidaridad, también. Si no aprovechaban el tirón de tantos programas especiales, en unos meses, quizá semanas, nadie se acordaría de aquel sitio. Por eso, Nino decidió dar el paso, aprovechando la atención mediática que suscitó la noticia del regreso a sus hogares, para hacer pública la creación de la plataforma. Aquello fue todo un éxito que volvió a situarlos en el centro de las noticias

nacionales durante varios días, hasta tele-maratones se organizaron en algunos canales.

Marila miró a Leccio, ladeando la cabeza, aplaudiendo como una más, pero haciéndole saber sus reservas sobre el circo que se había montado. Las cosas de palacio van despacio y, las investigaciones judiciales, más. Nada nuevo sabían sobre los vínculos de aquella compañía inversora con la alcaldía o la familia Pezzino. Tras la puesta en marcha de esta plataforma, la investigación duraría aún más. ¿Cómo controlar el flujo de entrada de dinero de decenas de miles de donantes anónimos?

Marila salió a la puerta de la improvisada sala de prensa en la que se había convertido el salón de actos del hotel Ze' María. Cogió una botella de agua y se marchó a la entrada principal. Se encendió un pitillo y echó mano al bolso, en busca de su teléfono móvil.

— ¿Ahora fumas? –preguntó Leccio, sorprendido.
— El estrés. Ya ves…
— Deberías dejarlo antes de que te enganches.
— Llevo años siendo fumadora pasiva. Por lo menos, así me enveneno por mi propia voluntad.
— Espero que no caigas en nada más. Me paso el día enviando al juez a conductores borrachos.
— No, tranquilo. Lo tengo todo controlado.
— Cuídate.
— Capitán…
— ¿Sí?
— Hay algo que no entiendo: ¿En qué modo beneficia a Hillwater que los afectados de los incendios reciban ayuda económica? Más bien parece ir en contra de sus intereses. Dudo mucho que Pezzino pudiese quedarse con todo el dinero de la plataforma a la vista de la que ha montado.
— ¿Cuántas casas han sufrido daños importantes realmente, Srta. Re?
— Dos, la de los Roselló y la de los Pisella.
— ¿Se le ha ocurrido que estén en el ajo? Es posible que ellos sean los que quieren vender y el resto recibirán migajas. ¿Se le ocurre mejor forma para cobrar un soborno que esta?
— Joder… es cierto.
— Lo que ha hecho Antonino Pezzino es muy inteligente, no lo subestime. De hecho, no creo que haya sido idea suya. Para mí que cuenta con asesoramiento legal.
— Si es así, yo sé cuál es el bufete que le está ayudando –dijo marchándose hacia su coche, mientras lanzaba la colilla al suelo, como quien dispara un proyectil entre sus dedos pulgar y corazón.

— ¡No olvide que la comunicación fluye en dos direcciones! – gritó el capitán, al verla subirse en este.

———

29 de julio de 2004, Mesina (Sicilia):

El despertador había sonado a las tres, como cada día. Aquel trabajo le había privado de la vida de ocio nocturno desde hace más tiempo del que le gustaría reconocer. Alguien tiene que hacerlo –se decía, cada noche, antes de poner el despertador.

Algún día la gente dejará de comprar el periódico y, entonces, tendrá que buscar otro empleo. Los jefes decían que internet sería la tumba sobre la que reposaría la prensa escrita, pero él no lo creía. Un repaso en el espejo y listo. La furgoneta se puso en marcha para recoger los diarios que, cada mañana, acompañaban el café matutino de miles de sicilianos.

No era fácil estar a las cuatro de la mañana en los lineales de carga, comprobar el empaquetado, revisar los albaranes y dejar, en cada punto de venta, la cantidad exacta que le habían encargado de los principales periódicos del país.

Cuando se desplazaba de una población a otra, tenía tiempo para escuchar algo de música o a la gente que llamaba a la radio, contando sus pequeñas historias. Le encantaba aquel programa de *freakys* en el que, los oyentes, aseguraban haber sufrido alguna experiencia paranormal; resultaba tan patético… Pero era divertido y eso es lo que importa. Estaba claro que el 99% se las inventaba. En su cabeza, jugaba tratando de averiguar la película o novela de la que había salido el escaso acervo imaginativo del público. Había tantos tópicos en sus descabelladas anécdotas…

A las 4:45 A.M. había recorrido la costa norte hasta Villafranca Tirrena. Nada más pasarla, a la altura de Rometta Marea, una luz se reflejó sobre el mar. Los barcos de pesca solían regresar a puerto para vender sus capturas en las lonjas, pero aquello estaba varios metros por encima de la línea del horizonte. Inconscientemente, volvió la vista sobre aquel extraño objeto durante unos segundos; demasiado para quien va manejando un volante. Estuvo a punto de estrellarse contra el otro lado de la carretera, menos mal que, a esas horas, no venía nadie circulando en sentido contrario. Aminoró la marcha y se quedó mirándolo fijamente. Se detuvo. Aquello no tenía pies ni cabeza, era una semiesfera con tentáculos. Alrededor circundaba un anillo blanco que se ramificaba hasta las patas como rayos que atravesaran el cielo. Por dentro, una maraña de autopistas rojizas que parecían el sistema circulatorio de un ser que solamente podía existir en su cabeza.

Estaba a unos treinta metros de la furgoneta y no más de diez sobre

el suelo. Sintió miedo, arrancó y echó a correr en sentido a Barcellona Pozo di Gotto, la siguiente parada de la ruta. Al darse cuenta de que, por más rápido que fuera, menos lograba despegarse de él, se rindió y retomó la prudencia al volante. Aquella cosa, más parecida a una medusa que a un ovni, se puso en paralelo al vehículo durante varios kilómetros. Por extraño que pudiera parecer, el repartidor se sintió tranquilo, relajado, con una sensación de bienestar interior que le resultaba imposible explicar. Era como si se comunicara con él y le dijese que no tuviese miedo, que no iba a hacerle daño, que estaba allí para otra cosa. Aquella sensación de paz duró hasta que llegaron al Parque Comercial Corolla, entonces, se volvió a adentrar hacia el mar, perdiéndose más allá del Puerto de Milazzo.

Él, que tanto se había reído de las historias que contaban otros, que no creía en nada de eso y que estaba convencido de que, la gente así, solo quería llamar la atención; acababa de presenciar el fenómeno más extraño y rocambolesco al que nadie habría enfrentado. O eso creía, pues, unos días más tarde, intentando dar sentido a lo que le había pasado, descubrió que, el 20/09/1977, los habitantes de Petrozavodsk (Rusia), divisaron en el cielo un objeto volador no identificado con aquella forma, aunque de proporciones descomunales comparado con lo que había visto.

Después de lo que pasó, lo único que tenía claro era que lo mejor que podía hacer, era guardarse aquella experiencia. Nadie en su sano juicio creería algo así y tampoco le darían una explicación mínimamente razonable. Si se enteraban en el trabajo, podría perder su empleo. ¿Quién quiere a un tío, que ve cosas que no existen, al volante de una furgoneta de reparto? Nadie. Lo que no podía saber es que no fue el único testigo del fenómeno que tuvo lugar en las costas de Rometta Marea aquella madrugada. El Centro Italiano para el Estudio Ufológico (CISU) y la Fuerza Aérea Italiana, registraron la presencia de aquel fenómeno aéreo no identificado, aunque no se hizo púbico hasta varios años después.

———

2 de agosto de 2004, Fragata Granatiere de la clase Lupo:

— Luz nocturna –ordenó el capitán–. ¿Radar?
— Negativo, capitán. No hay señal.
— Informe.
— Granatiere a base de Tarento, negativa señal en el radar.
— «Granatiere, el almirante ordena confirmación visual».
— Recibido, base. Nos encontramos a diez millas al este del objetivo.

El puesto de vigilancia de la comandancia marítima, en la isla de Vulcano, había informado de la presencia de dos objetos no

identificados que sobrevolaban el espacio aéreo entre el volcán y la reserva natural. La proximidad de la fragata, desplegada en misión de apoyo a las tropas de la OTAN (que operaban como centro de avituallamiento, en las aguas del sur de Italia, durante la segunda Guerra del Golfo), provocó que fuesen los primeros en acudir a la llamada. Sus sistemas de detección, equipamiento antiaéreo y una velocidad máxima de treinta y cinco nudos, la hacían idónea para verificar cualquier posible amenaza.

Tras quince minutos a toda máquina, llegaron a la costa de Vulcano, sin contactos en los sistemas de radar y sónar. No obstante, cuando se encontraron a poco más de una milla de la cima del volcán, entendieron de qué se trataba: Dos objetos luminosos giraban, sobre el cráter, como dos moscas sobre una plácida terraza veraniega. Sus movimientos y maniobrabilidad desafiaban los conocimientos que tenían sobre cualquier artefacto conocido. La imposibilidad de fijar un objetivo en sus sistemas de defensa o de localizarlos en las pantallas del buque, alertaron a la tripulación que pasó, de inmediato, a zafarrancho de combate.

— 36, 67 º nornoroeste, distancia: 3,46 millas, velocidad de rotación: un ciclo por segundo. Radio variable, imposible fijar un patrón de vuelo, capitán.

— ¿Qué cojones es eso? –pensó en voz alta desde el puente de mando.

— Solicito ordenes, capitán. CIWS listos para disparar.

— No disparen. No han mostrado hostilidades que supongan una amenaza y me niego a salir en los periódicos, por lanzar un ataque sobre nuestras costas, a algo que no tenemos ni idea de qué es. ¿Estamos grabando desde el principio?

— Sí, capitán.

— Envíen una imagen a la base y esperaremos instrucciones.

Cuando se disponían a comunicarse con Taranto, aquellas extrañas luciérnagas de unos diez metros de ancho, salieron disparadas hacia el oeste. A una velocidad difícil de describir o determinar a simple vista, pero que, el proceso de análisis de imágenes, calculó en 6,7 Mach de aceleración en 0,4 segundos. Aquella maniobra era absolutamente imposible para la física que conocían e inviable para cualquier forma de vida conocida que se viera sometida a semejante fuerza gravitatoria.

Aquella misma noche, varios vuelos comerciales con destino en el aeropuerto Punta Raisi de Palermo, divisaron a esos mismos objetos sobre cielo de Trapani, a unos sesenta kilómetros al oeste de la capital, muy cerca de las islas Egadas.

———

— Cierra los ojos. Dame la mano. ¿Lo notas?
— Sí –aseguró Bianca, sonriendo.
— ¿Sabes por qué late tan fuerte?
— Porque estás agotado de hacerme el amor.
— No, porque, ni cuando todo mi cuerpo se relaja, puede ralentizarse a tu lado.
— Eso es lo más bonito que he oído en mi vida –contestó Bianca abriendo los ojos y girándose, en la arena de la playa sobre la que yacían, para besarlo.
— A veces siento que me arde el pecho cuando estoy contigo.
— Pues tú a mí me das paz. Siento que mi cuerpo se eleva, noto como si la llama que arde por mis venas, por culpa de la porquería con la que me envenenan, se disipase.
— Estás guapa.
— No es verdad.
— Sí, sí lo es. No cambiaría nada de lo que nos ha pasado si nos condujese aquí, a este momento.
— Yo preferiría tener mi pelo, sentir cómo te cosquillea sobre las ingles cuando te devoro y notar cómo me lo acaricias sin perderme de vista.
— Yo agradezco que no tengas pelos en algunas partes.
— Serás…
— Ja, ja, ja. No, para, por favor. No me pegues cuando estoy débil.
— Te lo mereces. Aun así, te adoro. Te quiero –le susurró al oído.
— Y yo a ti más –le respondió Peppe.

La pareja volvió a fundirse en un profundo y largo beso, con sus cuerpos desnudos rodando sobre las toallas que Bianca había sacado, a hurtadillas, de casa. Estaban prácticamente frente a esta, pero quién iba a verlos a las cinco de la mañana.

— Deberíamos volver. Como mis padres se despierten y no me vean en el cuarto, les dará un infarto.
— Tus padres no se levantan antes de las siete ni para hacer pis. Mi madre es otra cosa, esa sí que se despierta y es capaz de llamar a la policía.
— ¿Volvemos y nos vamos a dormir?
— No, no quiero –dijo con voz mimosa–. Quiero quedarme contigo hasta que amanezca.
— Me encantaría pero nos estamos arriesgando mucho.

Ella hizo el amago de levantarse cuando, justo en aquel momento que los dos tenían la mirada puesta en el cielo, algo lo cruzó a una velocidad asombrosa.

— ¡Hostias! ¿Has visto eso? –Bianca asintió boquiabierta–. ¿Qué

coño ha sido eso?

— No tengo ni idea.

— ¿Un meteorito? ¿Una estrella fugaz? Volaba demasiado bajo, ¿no te parece?

— Aha…

— ¿Qué te pasa? Parece como si te hubieses quedado pillada.

— ¿Sabes? Hace un segundo estaba pensando: Si viera una estrella fugaz, le pediría cumplir tu deseo.

— ¿Cuál?

— Quedarme contigo hasta ver el amanecer.

— Brutal. Alguien te ha escuchado allí arriba –sentenció Peppe.

— Eso creo –contestó Bianca con voz pensativa.

Durante unos segundos, se quedó ensimismada, pensado en qué debía hacer. Miró hacia casa, donde todas las luces seguían apagadas. Miró a Peppe, contempló su cuerpo desnudo, bañando por la luz de la luna y entonces lo decidió: Bianca se abalanzó sobre el pecho del chico, sonrió, le besó suavemente en los labios, volvió a sonreír y comenzó a deslizarse sobre sus pequeños pezones constreñidos por el frío del alba. Peppe arqueó la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo se le erizaba la nuca al paso de los expertos trazos que ella dibujaba sobre su cuerpo. La humedad de su lengua resbaladiza se congelaba al contacto con la brisa, aquello le excitaba más si cabe. Él acarició con ambas manos su resbaladiza cabeza, consciente de que aquellos efluvios envolverían en cualquier momento el vigor de su palpitante glande. Así fue, se lo tragó con dulzura, acariciándole el pecho con la mano que le quedaba libre. Agradeciendo cada caricia sobre su rostro como un gato que se restriega entre ronroneos, segura de sí misma y de que a Peppe no le importaba mirarla sin el pañuelo. Feliz por todo lo que estaba descubriendo a su lado. Bianca estaba tan loca por él que hubiese dado su vida, sin dudarlo, si con ello lograba salvarlo de los miedos que le atormentaban. Pero, precisamente, ese era el problema, su único miedo era perderla.

Durante más de media hora, se entregaron, mutuamente, bajo el hechizo de una luna curiosa a la que le costaba acostarse. El reloj marcaba las seis menos cinco y la claridad empezaba a asomarse por el este. Quisieron permanecer unos minutos más abrazados, con sus piernas entrelazadas, de perfil, mirándose a los ojos, besándose furtivamente, acariciando con suavidad la espalda del otro hasta las nalgas. Rozándose el rostro con el reverso de unas manos que, inmediatamente, recorrerían los sudorosos poros de unas pieles erizadas desde los hombros hasta las pantorrillas.

— Ahora sí que tenemos que irnos –aseguró Bianca al oído de Peppe.

Él asintió, se besaron por última vez y se vistieron. La fortuna volvió

a ser providencial, en aquel momento pasó el camión de la basura, que iluminó toda la franja de playa en la que se encontraban, al acceder a la explanada donde se alojaban los contenedores. Los chicos echaron a correr en diagonal, para salir del escenario al que, involuntariamente, habían dirigido la escena principal los tramoyistas del ayuntamiento.

Con la llegada del verano y de los turistas, de vez en cuando se encontraban algo así. No todos los días, aquello era un pueblo pequeño. En cualquier caso, las carreras de aquellos foráneos, en pelota picada, siempre despertaba las sonrisas de los operarios de la empresa municipal de limpieza. Eran, precisamente, esos pequeños momentos lúdicos, los que amenizaban aquel duro trabajo que quitaba demasiadas horas de sueño nocturno.

A principios de agosto, Bianca se había mudado a Canneto, una vez terminadas las obras de rehabilitación de la vivienda. Llevaban varios días haciendo aquello, aprovechando las vacaciones de verano; pero los padres de ambos empezaron a sospechar cuando veían que ninguno terminaba de planchar las sábanas antes de la una del mediodía. Decidieron hacer la vista gorda, conscientes, desde la oscuridad de las ventanas, de que no se marchaban demasiado lejos. La única preocupación de las familias era que algún vecino los viese y no fuera tan comprensivo, pero, los que les miraban mal, no iban a cambiar de parecer y, los que se beneficiaban de la plataforma de ayudas creada por Nino, no iban a molestarles por el ardiente desenfreno de dos adolescentes perdidos entre las sombras nocturnas.

Fue un verano inolvidable, magnífico. Todo había vuelto a la calma. Nada quedaba de las pérgolas y tiendas que formaron el puesto de vigilancia. Canneto vivía nuevos momentos de paz, interrumpidos fugazmente por algún incidente aislado. El hotel volvía a funcionar, las plantaciones agrícolas, las tiendas… aunque, los Pezzino y Roselló, jamás volverían a pisar la de aquella víbora deslenguada: Catena Cangemi.

La evolución de Bianca era prometedora, de seguir así, el próximo curso podría incorporarse a clase con el resto de compañeros. Piero, que había pasado un verano bastante diferente, acababa de regresar de un campamento al que su familia le había enviado. A mediados de agosto se tropezó con los chicos en la playa, casi por casualidad, pues apenas lo habían visto desde que Peppe supo de la enfermedad de su novia.

16 de agosto de 2004:

El sol estiraba sus últimas horas sobre las tranquilas aguas de Canneto. Ya empezaba a anochecer antes y eso hacía que los chicos tuvieran menos tiempo para darse un baño porque, Bianca, evitaba las horas de calor extremo. Tumbados en la arena, bajo la protección de

aquella sombrilla perpetua, lo vieron pasar; con su caña de pescar y el cubo, camino de la desembocadura del arroyo donde se reunieron por última vez.

— Piero –le gritó Peppe, nada más verlo. Él siguió de largo–. ¡Pi! ¡Estamos aquí!

O su mejor amigo se había quedado sordo o le estaba ignorando. Bianca lo llamó tan fuerte como pudo y entonces miró, aunque sin detenerse. Sin decir ni hacer el más mínimo gesto para saludarlos, continuó su camino hacia la playa donde les detuvo la policía hacía unos meses.

— Pero ¿qué cojones le pasa a este? –protestó su amigo.

— Quizá siga castigado o no le dejen estar con nosotros. Ve a hablar con él, yo tengo que ir a casa a tomarme las pastillas.

— ¿Te acompaño?

— No, no. Ve tras él, corre. Luego nos vemos junto a la estación, cuando te duches. Ponte guapo.

— Vale. Hasta ahora, cariño –contestó, dándole un casto beso en los labios y echando a correr tras su amigo–. ¡Piero! ¡Para! Sé que me escuchas. ¿Se puede saber qué te pasa, tío?

— ¡Qué! –contestó, girándose bruscamente y con cara de estar bastante cabreado.

— Que te estoy llamando y estás pasando de mi cara. ¿No nos has oído? A Bianca seguro que sí porque te has girado.

— ¿Pasando de tu cara? Eso me suena –aseguró con evidente sarcasmo.

— ¿Qué te pasa, colega? –quiso saber, agarrándole por el brazo, para evitar que se diera la vuelta de nuevo.

— Que ¿qué me pasa? Desde que estáis juntos, no me habéis llamado ni una sola vez; desde que Bianca se puso enferma, no os habéis molestado en saber ni cómo estaba. ¿Y me preguntas que qué me pasa?

— Joder, macho, se supone que estabas castigado y que no te dejaban vernos.

— Y ¿desde cuándo he aceptado yo que mis padres elijan mis amigos? No me vengas con excusas de mierda. Estabais tan entretenidos en vuestro paraíso particular que os ha importado un mojón el resto.

— ¿Paraíso? ¿Acaso tienes la más mínima idea de por lo que hemos tenido que pasar? No te has dignado a aparecer por casa de Bianca y preguntar cómo estaba ni una puta vez y ¿nos echas en cara que no lo hayamos hecho nosotros? ¿Acaso tú también has estado a punto de morirte? ¿De qué coño vas, tío? No te reconozco.

— Da igual, no lo entenderías –le contestó, girándose para

recuperar su camino.

— Que no entendería qué, gilipollas. Somos amigos desde la guardería –le replicó intentando detenerle.

— Que te quiero, ¿vale? Ya lo he dicho. –Peppe hizo una pausa de unos segundos, intentando comprender el significado de aquellas palabras. Piero le miraba con una mezcla de odio y miedo a la reacción de su mejor amigo.

— ¿Me estás diciendo que eres maricón? –respondió, temiendo algo que siempre había sospechado pero jamás aceptado.

— Vete a tomar por culo, tío –zanjó, de una vez por todas, la discusión.

Peppe se quedó allí plantado, más allá de la última casa del pueblo, en dirección a Caronia, contemplando cómo su mejor amigo le daba la espalda después de soltar aquella bomba que minaría su amistad como nada a lo que antes se hubieran enfrentado.

Piero sintió cómo algo se acababa de romper en su interior, la reacción de Peppe había sido la peor de todas las posibles. Lo había pensado tantas veces… Algún día debía contarle la verdad porque ya no soportaba la idea de seguir sufriendo. Cuando lo veía con Bianca, una parte de él se alegraba por verlo feliz, pero otra, se sentía terriblemente desgraciada. Anhelaba ser él la causa de sus sonrisas, como en el pasado; envidiaba cómo la miraba, cómo la besaba, cómo la tocaba, las bromas, los juegos de manos… Ahora lo había echado todo a perder y no había vuelta atrás.

Se limpió las lágrimas con el antebrazo, esquivando la punta de la caña que llevaba en la mano derecha. Continuó andando hasta más allá del arroyo, pasando la arboleda donde los vio juntos por última vez; recordando cada gesto de complicidad que tenían uno con el otro, consciente de que nada de eso sería para él, nunca. El amor puede ser tan injusto… ¿Podía quebrarse un corazón? El suyo estaba roto y no se había inventado el pegamento que pudiera recomponerlo. Sintió que le faltaba el aire, se detuvo, miró hacia el suelo y se derrumbó por completo; rompiendo a llorar desconsolado. ¿Por qué coño se lo había dicho? Maldito gilipollas…

Nada causa más dolor que el amor no correspondido.

———

— ¿Estás lista?

— Sí.

— ¿Segura? Llevamos semanas preparando esto.

— Que sí, tía. No seas pesada.

— Vale. Mierda, ahí está. Me voy corriendo. Suerte –le deseó con un rápido beso en la mejilla.

Marila abrió la puerta del coche y caminó en sentido contrario, con

paso firme y decidido, hasta encontrarse lo bastante lejos como para saber que no la reconocería. Anna estaba un poco nerviosa, jamás había hecho algo así, pero haría cualquier cosa por ella.

El hombre se montó en el coche que había aparcado justo delante del suyo, ella lo esperaba con el motor en marcha y, cuando vio las luces de marcha atrás encendidas, metió la marcha para salir. Los dos coches se precipitaron irremediablemente hacia el pequeño espacio que los separaba, colisionando bruscamente, aunque sin consecuencias más drásticas que unos paragolpes deformados y un buen susto.

— Pero… Serás gilipollas. ¿Qué haces, tío? ¿no ves que estaba saliendo?

— ¿Qué dices? Si has sido tú la que te has lanzado contra mí cuando estaba dando marcha atrás –contestó aquel tipo, bajándose del coche.

— Y una mierda. Me has dado tú. ¿Tienes idea de lo que has hecho?

— Mira, no tengo ganas de discutir. Trabajo en una compañía de seguros. Vamos a hacer un parte y que los peritos decidan.

— ¡De eso nada! Voy a llamar a la policía. De aquí no te vas ni firmo nada hasta que no me asegure de que me van a pagar los daños.

— Tengo un poco de prisa, ¿sabes?

— Me importa una mierda tus prisas. Si te das a la fuga, te denuncio.

El tono de Anna era cada vez más alto, haciendo que los viandantes se detuvieran a la espera de un árbitro que dirimiera el conflicto. Una patrulla de la policía local no tardó en llegar a la zona, alertada por un peatón que los había visto discutir unas calles más atrás. Cuando intervinieron, los dos se encontraban enzarzados en un griterío ininteligible.

— ¿Algún problema? –quiso saber uno de los agentes, nada más dejar su coche junto al de los siniestrados.

— Este tío se ha lanzado contra mí cuando estaba saliendo del aparcamiento –aseguró Anna, bastante alterada– y no quiere reconocer que ha sido su culpa.

— ¡Eso es mentira! Ha sido justo al revés. Yo estaba saliendo cuando ella…

— Está bien. Sus carnés y la documentación de los vehículos –les interrumpió el agente.

— Yo se lo doy pero tiene que dejar bien claro los daños en el atestado. Este tío dice que trabaja en una compañía de seguros y que tiene a los peritos en el bolsillo.

— ¡Qué! ¡Yo no he dicho eso! Se lo está inventando, agente. Esta tía está loca.

— ¡Vamos a ver! Haya paz, hombre, que solo ha sido un rasguño en los parachoques. Los coches están bien.
— ¿Los coches? Que le den al coche, es de alquiler. Llevaba un bonsái de Masahiki Kimura en el suelo del asiento del copiloto y este tío le ha partido el tronco de la base. ¿Tiene idea de cuánto cuesta eso? Más de tres mil euros.
— ¡Vamos a ver! ¡Silencio todo el mundo! Señorita, usted conmigo. Mi compañero le tomará declaración al caballero.
— Como no me lo pague, le pienso demandar.
— Déjeme su permiso –solicitó el otro agente a aquel hombre. Él se lo dio–. Antonio Pezzino, natural de Caronia.

———

Peppe llegó a casa bastante cabreado. Por un lado, se sentía traicionado porque su mejor amigo le había ocultado algo muy importante durante… ni podía imaginar cuánto tiempo, y por otro, le preocupaba que si aquello se llegase a saber, lo metiesen en el mismo saco. Cuántas intimidades, cuántos secretos, cuántos momentos tan personales, cuántas veces se cambió de ropa delante de él, sin darle importancia y ahora dudaba si los utilizó para tocarse en la soledad de su habitación, cuando se marchaba.

— Hombre, hijo. Por fin llegas –dijo Nino–. Vete para el salón que han venido los abuelos.

Peppe puso mala cara. Los padres de Feliciana vivían en el pueblo de toda la vida y no eran precisamente una visita protocolaria a la que hubiese que atender. Además, no le pillaba en un buen momento, precisamente.

— Hombre… Si está aquí el hombretón de la casa –dijo la abuela Lorenzina, haciendo más aspavientos de los que acostumbraba.
— Hola, abuela –respondió Peppe, poniendo la mejor cara que pudo, pero notoriamente fingida. Ella lo ignoró y le espetó una buena tanda de besos.
— ¿Qué tal, campeón? –preguntó el abuelo Tino, sin levantarse del sillón.
— Hola, abuelo –dijo Peppe, acercando la cabeza al anciano para que se la besara y así evitar más babas en la otra mejilla.
— Nino, ¿por qué no haces de buen yerno y nos preparas café a todos?
— Eso está hecho, Dña. Lorenzina.
— Peppe, ven, hijo. Siéntate con nosotros un momento.
— Abuela, es que tengo un poco de prisa y…
— Sí, ya lo sé. Te has echado novia y el tiempo es oro. El abuelo y yo todavía hacemos lo que podemos con ese asunto –le

contestó, agarrando el paquete de su marido delante del chaval.

— ¡Abuela! ¡Por Dios! ¡Qué asco! Que estoy yo delante.

— Ah… Ahí quería yo llegar. Siéntate, anda –ordenó la vieja matriarca de la familia.

— ¿Qué pasa? ¿No iréis a echarme la charla?

— ¿Por qué te has sentido incómodo cuando he tocado al abuelo?

— Pues por eso, porque sois mis abuelos.

— ¿Las personas mayores no tenemos derecho a disfrutar del amor?

— Pues no lo sé, supongo que sí, pero sois…

— ¿Viejos? Sí, dilo. Nuestros cuerpos no son lo que eran. Pero lo que a ti te pone nervioso es que somos tu familia y no nos ves de ese modo.

— Eso, yo no lo hubiese dicho mejor.

— Peppe, hijo. Lo que la abuela te está intentando hacer entender es que nosotros también somos tu familia. Tienes que tener un poco de respeto por lo que representa eso.

— No entiendo lo que me queréis decir –dijo el chico, visiblemente nervioso, al comprobar que no iban al grano y todavía no se había duchado.

— Verás, hijo…

— Peppe –le interrumpió Lorenzina a su marido, poniéndole la mano en la rodilla para que la dejase hablar a ella–. Cuando te vas a la playa, de madrugada, no estás solo. Hay unas cuantas casas en primera línea, entre ellas: la de tus padres, la de los de Bianca y la mía.

— ¿Cómo? ¿Qué? No querrás decir que…

— Que sí, hijo, que creéis que no se ve nada y se ve todo. Que si queréis dar rienda suelta a vuestras hormonas, no lo hagas delante de nuestras ventanas ni de las de nadie que os conozca. Os vais a la cala del arroyo o al bosque, como hemos hecho todos en este pueblo.

— Qué vergüenza, por Dios… Pero ¿cómo se os ocurre quedaros mirando?

— No te confundas, Peppe. Tus padres, los de Bianca y nosotros estamos preocupados por vosotros. No habéis inventado nada, chico; no nos vamos a asustar, pero tenéis que tener un respeto por vuestra familia. Y tú eres el primero que debes tenérselo a la que supongo que esperas que sea tu mujer.

— Yo la respeto.

— No, hijo, no lo haces. Cuando dejas que se exhiba delante de las casas de los vecinos, a la vista de cualquiera que no

duerma, no la estás respetando. ¿Qué pensarías si nos vieses a nosotros o a tus padres hacer lo mismo?

— Jo… Yo no lo había pensado así.

— Pues tienes que hacerlo. Peppe, la sociedad es muy machista todavía y esto es un pueblo. Aquí habla todo el mundo de todos. Si la quieres, tienes que luchar contra un obstáculo muy grande que hemos aceptado todos porque te queremos, aunque no estemos de acuerdo. No eches más leña al fuego de los rumores, por favor. Que la gente es mala, muy mala, y luego dicen cosas horribles de nuestra familia.

— Está bien. Lo siento, abuela –dijo Peppe, pareciendo haber entendido a qué se refería la abuela Lorenzina. Él también había escuchado rumores y palabras desagradables sobre Bianca, a la que habían llamado bruja.

— Ya está aquí el café –dijo Nino, regresando con una bandeja llena de tazas.

— Vamos, anda. Ve a prepararte y pásalo bien. Tened cuidadito, ¿vale?

— Vale –dijo Peppe con la mirada vidriosa.

— Dame un beso, hijo –intentó animarle ella, justo antes de que se perdiera escaleras arriba.

— ¿Qué le has dicho a Peppe? Menuda cara lleva –dijo su padre, extrañado.

— Cosas de abuelos y nietos. No te metas en lo que no te importa –le espetó a su yerno, intentando mantener esa línea que mantuviera al hombre de la casa a raya, por si acaso.

— Me importa porque es mi hijo, suegra.

— Pues si te importa y apruebas su relación, deja que los chicos se queden a dormir aquí o en casa de tu hermana. No los tengas por ahí, desperdigados, en mitad de la noche.

— Ah, ya veo. Feli os lo ha contado. No sabe lo difícil que es mantener el equilibrio en estas cosas.

— Nuestros tiempos no son los de ahora, Nino. Los chicos empiezan antes y, la infancia, cada vez dura menos. Si los dejas quedarse, al menos sabréis dónde están a esas horas.

— Lo pensaré y lo hablaré con la madre y mi hermana.

— Haces bien. Ahora vamos a ver qué clase de café nos has puesto.

Aquel día iba de mal en peor. Por si no fuese suficiente la bomba de su amigo, la abuela le había hecho pasar más vergüenza que en toda su vida. ¿Es que no había forma de que no se metieran en sus cosas? Algún día se iría de aquel maldito pueblo y sería libre. Estaba harto de vecinos cotillas y familiares entrometidos. Por si fuera poco, sus tíos y primos regresaban al día siguiente: La otra hermana de su padre

recuperaba plaza, en la escuela de Caronia, tras un año en Livorno. Cuando se enterasen de lo suyo con Bianca, la olla a presión estallaría del todo; si es que no lo sabían ya. Menos mal que los hermanos de su madre se habían ido de allí, no soportaría la presión de las dos familias a la vez.

———

Jueves, 2 de septiembre de 2004:

— Muchas gracias por recibirme tan rápido.

— No hay de qué, Srta. Ludovica. Cuénteme, ¿en qué puedo ayudarla?

— Verá, hace un par de semanas tuve un pequeño accidente de tráfico. No tengo problema con la póliza del coche porque era de alquiler y el seguro estaba todo riesgo, pero trasportaba un bonsái bastante delicado y valioso para mí. No solo por su valor económico, que rondará los tres mil euros, sino porque era el favorito de mi padre que en paz descanse.

— Comprendo. ¿Ha tenido ya noticias de la compañía? Supongo que notificó los daños en su carga.

— Sí, me han respondido que el lugar en el que iba colocado, no era el adecuado porque se considera equipaje y debe ir en el maletero. Yo lo llevaba en los pies del asiento del copiloto para tenerlo a la vista en todo momento, cuando ese tipo se echó contra mí al intentar salir del aparcamiento.

Anna se esforzó por contar su versión del accidente al abogado al que había recurrido, pese a saber que aquello no tenía mucho recorrido; no solo porque no tuviese una factura que autentificara el valor de lo que reclamaba o porque lo transportase incorrectamente, sino porque, cualquier reclamación judicial, le iba a costar más cara que el árbol en cuestión.

— Se hizo un atestado policial por lo que me cuenta.

— Así es.

— Eso es bueno. ¿Tiene un parte de lesiones?

— Ah, no, no. Yo estoy bien, fue más el susto que otra cosa.

— Verá, sé que es complicado pensar en esas cosas cuando sucede algo así, pero siempre se debe ir al hospital y hacerse un chequeo. Con un informe médico, podríamos hacer una reclamación que solicitase una indemnización por lesiones o ansiedad a causa del accidente. Dice usted que el otro conductor se puso violento, que la insultó, ¿no?

— Bueno, sí. Ya sabe… En el calor del momento, ambos nos dijimos cosas.

— ¿La policía fue testigo de esos insultos?

— Pues la verdad es que no lo sé.

— Déjeme los datos del otro conductor. A ver si consigo copia del atestado y le digo qué viabilidad tiene su reclamación.
— Sí, se llama Antonino Pezzino.
— ¡Anda! Como el de la tele.
— Sí, exacto es él. –El abogado puso cara de sorpresa y dejó de tomar notas. Se levantó de su asiento y se disculpó.
— Perdóneme un momento, Srta. Ludovica.
— ¿Pasa algo? –quiso saber al verlo salir del despacho.
— No, no, solo será un momento.

Anna esperó pacientemente durante más de diez minutos, hasta que regresó con una carpeta en la mano de otro caso. El letrado parecía haber perdido interés en su testimonio y se sentía ignorada.

— ¿Va todo bien?
— Sí, disculpe, estaba comprobando una cosa. Verá, señorita, me temo que no voy a poder llevar su caso. El Sr. Pezzino ya es cliente de este bufete y habría un conflicto de intereses, no sería legal. Si lo desea, le puedo recomendar a otro compañero.
— ¿Cómo? ¿Ese tipo me ha demandado?
— No, no es eso. Pero tenemos un contrato de defensa legal y asistencia jurídica. Si usted lo demandase, estaríamos obligados a defenderle y él firmó con nosotros antes que usted. Lo siento, de verdad.
— Está bien. Gracias por su tiempo –respondió Anna, levantándose de su asiento con el semblante fingidamente desairado.
— Lo lamento mucho. Si nos necesita para cualquier otro asunto, estaremos encantados de ayudarla –dijo estrechando la mano de aquella rubia tan atractiva.
— Gracias. Adiós.

Anna se montó en el ascensor, con el corazón encogido, respirando aliviada de haber salido de allí. Había desempeñado su papel a la perfección y estaba segura de que nadie podía saber sus verdaderos motivos, pero en su interior se desataba esa tensión que te hace sentir el peligro. Los abogados son el primer frente de batalla contra las prácticas mafiosas y ahora sabía que, Nino Pezzino, era cliente de aquel despacho: el mismo que representaba a Hillwater. Marila tenía razón desde el principio.

5 de septiembre de 2004:

— ¿Estás lista, cariño?
— Casi, me queda muy poco –contestó, abrochándose la tuerca de unos pendientes de oro y coral.
— Estás muy guapa.
— Y tú también. Estoy convencida de que vas a impresionar a

todos.

— No sé yo. Con todo lo que llevamos pasado en este año, no las tengo todas conmigo.

— Cariño, no seas inseguro. Te has desvivido por ayudar a los habitantes de este pueblo, te deben mucho. Si no hubiese sido por la presión que ejerciste al gobierno insular, esas pobres familias se hubiesen quedado en la calle todo este tiempo. Has jugado bien tus cartas y has sabido aprovechar el tirón mediático, te mereces ese ascenso en el partido.

— Saltar al parlamento regional son palabras mayores.

— Lo harás bien, como siempre –le contestó su fiel esposa, besándole en los labios para tranquilizarlo–. Ahora sí que estoy lista –aseguró tras cuatro toques rápidos de perfume.

— Déjame verte –contestó Pedro, tomándola de una mano en alto para que se girase–. Espectacular, la dulzura y el ingenio hechos mujer.

— Calla, zalamero –le contestó con un ligero revés de su mano derecha–. No pienso dejar que me desmontes hasta después de la cena como mínimo. Me ha llevado casi dos horas ponerme así de guapa para deslumbrar a tus futuros compañeros de bancada.

— Los vas a dejar boquiabiertos, como a mí. Si tus encantos llegasen hasta las garras de Beringueli, la vida sería mucho más fácil.

— ¿Es una proposición? –dijo ella, frivolizando.

— Calla, bandida; capaz eres. Deja alguna presa para mí. Como todo vaya bien, le va a dar algo.

— Sin duda. Con la envidia que te tiene…

— Exacto, tú lo has dicho; solo quiere la alcaldía para quitármela. No soporta estar a mi sombra, ser el eterno número dos en el colegio, con las chicas, en la política municipal… ¿Cómo se puede vivir tan amargado?

— ¿Vamos?

— Sí, perdona. Esta noche es solo para nosotros, querida.

Aquella falda lápiz plateada, anudada al costado, dejando a la vista sus largas piernas. El recogido del pelo, con tirabuzones que brotaban del centro a modo de cascada. El corpiño blanco, entallado, definiendo sus firmes pechos y aquella chaqueta torera sobre unas sandalias plateadas de tacón alto… Sin duda Spinnato tenía la esposa con más clase y elegancia en cincuenta kilómetros a la redonda.

Pedro no había perdido sus modales después de tantos años casados. Abrió la puerta, de su preciosa casa, para dejar pasar a su mujer y contemplarla una vez más. La esperó, nuevamente, junto a la del copiloto de su Jaguar X-Type, aguardó a que se acomodase el vestido

y la cerró con suavidad. Clara esperaba llevar a su marido a lo más alto de la política nacional y, para eso, debía ser la esposa ideal, el centro de todas las miradas y un ejemplo de educación entre lo más granado de la isla. Por eso acudían a aquel concierto en Palermo y estarían a la cena anual del Partido Democrático; el centro izquierda que tanto detestaba la Liga Norte de Beringueli y su política antiinmigración.

Seis plantas circundando el gran palco real y un espectacular patio de butacas, en homenaje a Víctor Manuel II, con capacidad para más de quinientas personas; así es el Teatro Massimo, el tercero más grande de Europa. El lugar elegido por Francis Ford Coppola para rodar las últimas escenas de El Padrino III.

La alta sociedad siciliana se muestra orgullosa de sus raíces y tradiciones, más allá de la mala prensa que la mafia y el cine le habían otorgado. En el cartel del día: Tosca, de Puccini; un mundo de engaños y traiciones que destrozan los sueños de sus protagonistas, en una Roma oscura; no puede haber más final que la tragedia.

— ¡Sr. Spinnato! ¡Qué alegría verle!

— El honor es todo mío, presidente Lo Porto –respondió el alcalde, estrechando su mano con una enorme sonrisa, al pie de la escalera neoclásica del teatro.

— Esta debe ser su encantadora esposa, Clara.

— Me halaga, señor presidente.

— Les presento a mi querida esposa, Anna.

— Señora… a sus pies –aseguró Pedro, inclinando la cabeza levemente mientras simulaba besar su mano.

— Es un auténtico placer –agregó Clara.

— Espero que disfruten de la ópera.

— Desde luego, Puccini es mi preferido –contestó Clara, que se había estudiado el libreto y las obras de compositor por si salía el tema entre las esposas del partido.

— Espero verles durante la cena.

— Por supuesto –se despidió Spinnato, dejando espacio para la enorme multitud de personas que querían estrechar la mano del presidente de la Asamblea Regional Siciliana y su esposa.

Puede que la mayoría de la prensa estuviese allí para tomar fotos del presidente y su esposa, saludando el enorme devenir de personalidades de etiqueta que engrosaran las páginas del corazón, pero ella no. Marila estaba pendiente de cada movimiento de otro personaje mucho más interesante: Pedro Spinnato. Si conseguía una fotografía de este con el principal socio del bufete, tendría una prueba de que se conocen. Aquella era la única pieza que le faltaba para demostrar que los tres estaban relacionados con Hillwater. Puede que fuera circunstancial y eso no prueba nada, pero le sería imposible

negar que se conocían en un tribunal.

Ella estaba segura de que era así, que M&C Associates había actuado como intermediario en aquella negociación de 2002. También sabía que, el despacho más importante de la isla, tenía vínculos con el Partido Democrático y que acudiría como invitado a aquella cena tras la ópera de la tarde, solo debía esperar el momento adecuado.

El Sr. Mancuso llegó unos minutos más tarde que el alcalde. Parecía haber un orden jerárquico en aquel desfile de personalidades, dejando para el final a las más relevantes. Ella no estaba invitada para cubrir la cena, obviamente. Sus enfrentamientos con Spinnato le habían otorgado el dudoso honor de persona *non grata* en las filas del partido, pero tenía un magnífico teleobjetivo y un duplicador Nikon, cortesía del mejor fotógrafo del periódico; la mejor tecnología japonesa al servicio de la lucha contra la corrupción.

Había encontrado el lugar perfecto para espiarlos durante el banquete. Los trabajos de vigilancia son odiosos, se pasa hambre, frío, calor, sueño y toneladas de horas de aburrimiento; un precio ínfimo para un verdadero periodista de investigación. La vista empezaba a quedársele borrosa de tanto mirar por el objetivo, las piernas se le estaban durmiendo y sentía calambres en los brazos, pero había llegado la hora del brindis y era el momento en la que los depredadores se mueven en busca de una presa.

— Por otros cinco años más –dijo el presidente, alzando su copa.

— O diez –respondieron todos, como parte de un ritual aprendido.

— Venga, sí, sois los putos amos y tenéis los huevos más grandes de toda Sicilia. Ahora, moveos de vuestras poltronas y empezad a besaros el culo –decía Marila, desde la distancia, encaramada en el tejado de aquellos servicios del jardín del Baglio Culluzia; uno de los lugares más chic para la celebración de eventos al este de la capital.

Mancuso se estaba fumando un puro, cortesía del mismísimo Guido Lo Porto, mientras Spinnato parecía divertirse mucho con su esposa y el resto de compañeros de mesa. Sacó dos buenas fotos del presidente con el abogado, una cuando le ofreció el puro y otra del apretón de manos que se dieron al despedirse.

Diez minutos más tarde, Mancuso y el alcalde se encontraron en el mismo corrillo de personas, charlando animosamente. Marila empezó a canturrear en voz baja la letra del «Baile del Té», de Alicia en el País de las Maravillas: «Un apretón de manos, lo primero y después decir tu nombre»; el aburrimiento empezaba a pasarle factura. Por fin se despidieron y capturó el momento que tanto deseaba inmortalizar. Una foto magnífica, pensó.

— No seas ansioso, deja que sea él quien se acerque. Tú solo

mírame, sonríe y mantente a la vista para que sepa dónde estás –le aconsejó Clara.

— Eres la mejor, lo sabes, ¿verdad? –le aseguró su marido, recolocándole un mechón de pelo con la mano derecha con delicadeza.

— Sí –respondió clara, entre risas, sin fingida modestia.

— Hombre, la pareja perfecta –dijo Lo Porto, acercándose a ellos–. Espero no interrumpir.

— Al contrario, señor presidente. Le decía a mi marido que me estaba prestando demasiada atención y que aprovechase la ocasión para relacionarse con los compañeros de partido, pero creo que teme que alguien me secuestre –bromeó Clara.

— Y tiene razón. Es usted un tipo inteligente, Sr. Spinnato. Venga a verme la semana que viene a mi despacho, tenemos que hablar de su futuro. ¿O piensa quedarse en la alcaldía para siempre?

— Me siento muy orgulloso de la confianza que el partido ha depositado en mí para este puesto pero, si hay algún lugar en el que pueda ser de más utilidad, no me cierro a nada.

— Lo dicho, un hombre que sabe dar la respuesta justa. Es usted arquitecto, ¿verdad?

— Sí, señor. Tengo un pequeño despacho que mantengo, a duras penas, con mi responsabilidad pública.

— Quizá podamos sacar mejor partido a sus conocimientos. Le espero el próximo lunes, ¿a las nueve le va bien?

— Me viene perfecto, señor presidente.

— Perfecto. Disfruten de la fiesta y no pierda de vista a su esposa, es su mejor aliada en este nido de víboras –dijo, pegándole una palmada en el hombro, antes de seguir alternando con el resto de invitados.

Clara se acercó a su oído y le besó en la mejilla para disimular. Le miró a los ojos y sonrió abiertamente. Él la cogió en volandas una fracción de segundo, intentando contener la emoción, pero la carcajada de ella llamó la atención del presidente que se sintió reconfortado al ver a la pareja tan alegre después de insinuarle su propuesta.

— Os veo muy contentos pero ya tengo todo lo que necesitaba –aseguró, Marila, empezando a recoger el equipo.

— ¡No se mueva! –gritó una voz a su espalda. Cómo habría llegado hasta ahí sin escucharle llegar–. Ponga las manos en alto, donde pueda verlas.

Marila casi se hace pis encima al ver un arma semiautomática apuntándole a escasos metros, desde el mismo tejado en el que se encontraba.

— Túmbese muy despacio. Mantenga las manos abiertas y separadas –le ordenó.

— ¡Soy periodista! ¡Soy periodista!

— ¡Haga lo que le digo!

El punto rojo de una guía láser le alertó de la presencia de otra arma apuntándole entre sus manos y la cabeza, mientras ella se despanzurraba sobre aquel tejado, muerta de miedo. Sin hacer preguntas, aquel tipo la esposó con los brazos a la espalda, clavándole la rodilla en la espalda mientras la inmovilizaba.

— Alfa uno, objetivo neutralizado –dijo por radio–. Levántese, despacio.

— Por favor, mire mi identificación en el bolsillo de atrás de mi pantalón. Solo soy una periodista que intenta sacar fotos de la fiesta.

— Marila Re. La Gaceta de Palermo. Este recinto es una zona restringida, Srta. Re, usted ya debe saberlo.

Varios miembros del servicio secreto rodearon la caseta en pocos segundos. Ella sintió el miedo como no había experimentado en su vida. Si le pegaban un tiro allí mismo y la tiraban en una zanja, jamás encontrarían su cuerpo.

———

— Ha sido una velada perfecta –aseguró Clara, poniendo la mano sobre la de su marido, que sujetaba la palanca de cambios en su camino de vuelta a casa.

— Sí que lo ha sido y te debo mucho de lo que he conseguido hasta ahora –le contestó, volviéndose para mirarla con sincero agradecimiento.

Ella le apretó la mano, la sacó de la palanca de cambios y se la besó. Después se la llevó a la boca e introdujo un dedo dentro de esta, lamiéndolo con suavidad; un claro signo de lo que esperaba de él, nada más llegaran a casa, de la que distaban tan solo unos metros.

— ¡Frena! –gritó Clara, asustada.

Pedro se había despistado de la carretera y, a escasos metros de la entrada de su chalet, había un tipo vestido con un traje de chaqueta oscuro, en mitad de la carretera.

— ¡Jesús…! ¿Qué hace ese hombre ahí?

— No tengo ni idea, cariño.

El tipo se acercó hasta la ventanilla del coche, disparando las pulsaciones de sus corazones hasta el límite del infarto. En esa fracción de segundo, uno piensa lo peor: un robo, un sicario de la mafia, un loco sediento de venganza…

— Sr. Spinnato. Salga del coche un momento, por favor –dijo golpeando suavemente en el cristal de su Jaguar.

— No salgas, por favor –imploró Clara muy asustada.
— Un momento, cariño. Si quisiera matarnos, ya lo habría hecho.

Pedro se bajó y se retiró unos metros del vehículo, siguiendo instrucciones de aquel hombre misterioso. Charlaron unos segundos y le entregó algo a Pedro. Él se lo guardó en el bolsillo y regresó al coche, metió la marcha y continuó su camino.

— ¿Quién era? ¿Qué quería?
— Nada, cariño. No te preocupes, está todo bien.
— Pero ¿por qué nos ha parado de ese modo? Me ha dado un susto de muerte.
— Al parecer, alguien se ha colado en la fiesta, sin autorización, y el servicio secreto está comprobando la seguridad de todos los asistentes.
— Cielos… ¿Un intento de atentado?
— No, cariño, no ha pasado nada. Ha debido ser algún chalado, aburrido. No pasa nada, de verdad. Esta gente es muy cautelosa y comprueban todo por simple protocolo. Me ha dicho que han revisado las inmediaciones de la casa y todo está bien. Podemos estar tranquilos, te lo prometo.
— Pues podrían haber llamado por teléfono o esperar a que hubiésemos aparcado. Menuda forma de avisarte.
— Ya… les falta tacto, no hay duda.
— ¿Qué te ha dado?
— ¿Qué? –preguntó, intentando ganar tiempo para darle una respuesta.
— He visto que te daba algo y te lo guardabas en el bolsillo de la chaqueta.
— Ah, sí. Me ha dado su tarjeta, con su número de teléfono. Por si vemos algo extraño, para que le avisemos.

Capítulo 18:

13 de septiembre de 2004:

— Chicos, demos la bienvenida a Bianca como se merece –dijo el profesor de matemáticas en la primera hora de clase del inicio del curso escolar.

— ¡Hip, hip, hurra por la teniente O'neil!

— ¿Quién ha dicho eso? –interrumpió el aplauso general, D. Jácome, con semblante muy serio.

Los chicos se quedaron en silencio absoluto. Varios miraban al fondo, a la derecha, de donde había salido aquella voz, intentando encontrar algún signo que delatase al autor entre el grupito de seis personas que podían haberse burlado de la muchacha. Peppe creyó reconocer la voz impostada que había puesto, pero no estaba seguro.

— ¿Así pensáis empezar el curso? Voy a decirlo una sola vez –aseguró D. Jácome con voz rotunda–: La primera persona que vuelva a hacer un comentario de ese tipo, se va expulsado un mes. Me da igual que esté delante un profesor o no. Bianca, si un compañero te insulta, me lo tienes que decir. No podemos tolerar ese tipo de cosas en una escuela. ¿Qué clase de educación os dan en casa? ¿Os parece gracioso reíros de una persona que está luchando por vivir? Hay que ser una mierda de ser humano para burlarse de algo así –dijo con evidente cara de asco e ira–. Sentaos, por favor. Lo repito: ¡Ni una vez! ¡Nunca! Espero que haya quedado claro.

Bianca se sintió ridícula, rompió a llorar y se levantó, saliendo a toda prisa de la clase. D. Jácome corrió tras ella por el pasillo, intentando tranquilizarla para que se enfrentara a sus compañeros con orgullo y la cabeza alta; no fue tarea fácil.

Tras veinte minutos de desconsuelo e inseguridades, la chica estaba más tranquila; todo lo opuesto a su clase, cuya algarabía iba degenerando de mal en peor. Al final, el jaleo era tan fuerte que se vio obligado a dejar a la chica sola, sentada en el banco del pasillo. Al acercarse notó que las voces no eran las habituales, sino las propias de una pelea que había llegado a las manos.

— ¡¿Qué coño pasa aquí?! –gritó perdiendo la paciencia el profesor de matemáticas.

Al fondo de la clase se encontró a Peppe, con la camiseta rota desde el cuello hasta el costado y, a Piero, sangrando por la nariz, tumbado en el suelo.

— ¿Os habéis vuelto locos? ¡Vosotros dos, al despacho del director! El próximo que mueva un músculo en esta clase,

tiene el semestre suspenso ¡desde ya!

Las cosas habían empezado muy mal en el colegio. Estaba claro que Peppe había hecho su propia justicia durante su ausencia y le parecía razonable, pero no podía permitírselo. Piero, que hasta donde él sabía era un amigo inseparable de ambos, guardaba algún tipo de resentimiento contra Bianca y el origen no podía estar allí. Aquellos chicos traían un problema sin resolver desde casa, durante las vacaciones, y encontrarse en la misma clase, había prendido la llama.

— ¿Qué pasa? –quiso saber Bianca, entre sorprendida y asustada al ver pasar a los chicos de aquella guisa por delante de ella.

Peppe le hizo un gesto para que se quedara tranquila en el banco, pero ella no pudo evitar ponerse nerviosa e intentar agarrar a su novio por el brazo. D. Jácome le rogó que se sentara o volviese a clase si se encontraba mejor, pero ella hizo caso omiso y fue tras ellos hasta el despacho del director. No la dejaron entrar, aunque desde fuera escuchaba las voces de este.

— ¿Se puede saber qué ha pasado? ¡Ni una hora lleváis de curso! Si no me dais ninguna explicación, la sanción puede ser la expulsión definitiva del centro.

D. Jácome le puso al corriente del incidente con Bianca y que eso provocase que no estuviese presente durante el inicio de la pelea, pero, en su opinión, ambos problemas estaban relacionados.

— ¿Fuiste tú quien dijo eso de Bianca? –Piero ni si quiera levantaba la vista del suelo. Se limitaba a taparse la nariz con la mano mientras, por su camiseta, caían tres chorreones de sangre roja–. Haga el favor de traer el botiquín –le dijo al profesor.

Unas gasas, algodón y agua oxigenada fue lo único útil que este pudo encontrar para atender al chico. Peppe, sin más daños aparentes que una camiseta hecha girones, no dejaba de llevarse la mano al costado. Poco tiempo después aparecería un enorme hematoma que le provocó el forcejeo con su viejo amigo, al lanzarlo contra una mesa.

Durante unos minutos, ambos profesores se centraron en curar a los muchachos y dejar que los ánimos se calmasen, pero cuando comprobaron que los daños no requerían el traslado a un hospital, continuó el interrogatorio.

— Lo primero va a ser llamar a vuestros padres para ponerlos al corriente y que vengan a recogeros, y lo segundo, si no tengo una explicación satisfactoria antes de que lleguen, comunicarles la expulsión de los dos.

Peppe tuvo miedo de contar toda la historia. Si decía que Piero había sido quien se metió con Bianca, él sacaría a relucir lo que sucedió en la playa y cómo le había ignorado y rechazado desde entonces. Él tendría la oportunidad perfecta para hacerse la víctima y decir que era un homófobo o aún peor, un ex novio resentido.

Piero era consciente de que, tras las palabras de D. Jácome, reconocer aquella broma de mal gusto era una condena fulminante en su expediente académico, si es que le dejaban acabar el curso. Lo mejor sería decir que había sido una pelea por cualquier motivo ajeno al centro e intentar que la pena fuese la mínima posible, pero estaba convencido de que Peppe saltaría sobre él en cuanto abriera la boca. Él, el chico que había amado en silencio durante tantos años, se había convertido en la persona que más le estaba haciendo sufrir.

— Todo ha sido un malentendido –soltó Peppe, de repente, ante la cara de sorpresa de todos.

— ¿Cómo que un malentendido? –le obligó a explicarse el director.

— Sí, Piero se estaba riendo y yo pensé que era de Bianca, de lo que le habían dicho. Me puse nervioso y le empujé más fuerte de lo que pretendía. Él se hizo daño, me devolvió el empujón, me arrancó la camiseta y yo le di un puñetazo.

— ¿Fue así como pasó, Piero?

La pregunta le pilló por sorpresa. No se esperaba que Peppe minimizase la discusión favoreciéndolo. En aquel momento sintió vergüenza de los celos que sentía de Bianca y de cómo la había culpado del cambio de actitud de su amigo desde el principio.

— Contesta, ¿es verdad lo que dice Peppe?

— Sí, sí, ha sido una equivocación. Yo no había dicho nada ni me estaba riendo de lo que la habían llamado, era de algo que me estaba contando Micelle.

— Peppe, entiendo tu preocupación por tu prima y sé por lo que estás pasando pero no puedes perder el control de esa manera. Está totalmente fuera de lugar.

— Lo sé –asumió cabizbajo.

— Los dos os habéis pegado, pero tú has empezado la pelea y eso no puedo permitirlo.

— Entiendo.

— Te vas a ir dos semanas a casa con un parte de expulsión por una infracción grave. Si no se vuelve a repetir, no tendrá mayores consecuencias en tu expediente académico.

Peppe permaneció callado, pensando que dos semanas era mejor que la expulsión total o el mes que había prometido D. Jácome, para el autor de la maldita gracia; pero, cuando escuchó la sentencia de Piero, la sangre le hirvió por dentro.

— Piero, tú te has defendido de una agresión pero le has hecho un cardenal enorme en las costillas y le has roto la camisa. Quedas expulsado una semana del centro. Ahora voy a llamar a vuestros padres para que os recojan.

Los profesores ignoraban los problemas entre las dos familias, así

que, cuando llegaron los padres de Piero, la discusión fue a mayores entre los adultos. Nino no estaba para aguantar muchas tonterías, de estos, tras las cosas que había escuchado en comisaría hacia su hijo y, por poco, no llegan a las manos en el despacho del director.

Los tres chicos se sintieron culpables de cómo habían terminado las cosas, cada uno de una manera diferente. Bianca sentía pena por Piero, por su amor no correspondido y por cómo algo así puede romper una amistad que duraba toda una vida. Ella había sido el detonante para que se separasen, la fuente de sus envidias y un poco egoísta a la hora de monopolizar el tiempo libre que tenían entre ellos. Peppe se dio cuenta de que aquella pelea significaba el fin, para siempre, y una enemistad, entre familias, que duraría años como mínimo. Piero se sentía una mierda de persona, un resentido, un bicho raro con deseos antinaturales y se odiaba por ello. Pero todo eso dejó de tener importancia cuando Bianca se puso a vomitar en el pasillo y perdió el conocimiento.

———

— Si seguimos viéndonos así, van a pensar que estamos enrollados o algo.
— Lo prefiero a que crean que le filtro información.
— En realidad, a mí me van más las mujeres y vivo muy feliz con una como pareja, pero siempre me he considerado bisexual.
— ¿Y esta conversación sobre gustos sexuales viene a cuento de…?
— De nada. Me parece que el estrés me produce más estrógenos de los que me gustarían.
— ¿Qué ha pasado? La última vez se largó, dejándome con la palabra en la boca.
— No quería decirle nada hasta estar segura, ahora lo estoy.
— Dispare: soy todo oídos.
— El Sr. Pezzino y nuestro querido alcalde tienen el mismo abogado, de hecho todo el partido tiene tratos con el mismo bufete.
— ¿De quién se trata, Srta. Re?
— De Roberto Mancuso, delegado de M&C Associates.
— Es uno de los despachos más importantes del país, no demuestra nada.
— Capitán, demuestra que las prácticas mafiosas de una enorme multinacional y dos personas que tienen intereses comunes en un terreno que está siendo pasto de las llamas, trabajan con los mismos asesores jurídicos.
— Sí, es verdad, pero no deja de ser circunstancial.

— Me ha costado doce horas de interrogatorio, en un cuartillo, a manos del servicio secreto conseguir esta información. Llegué a pensar que pasaría de buscar la noticia a serlo, así que no menosprecie mis esfuerzos.
— No, no, para nada. No es mi intención, perdóneme. Quizá, si lo publica, consigamos ponerlos nerviosos. Sabrán que estamos tras la pista y cometerán un error.
— ¿Y jugarme la vida sin nada concreto ni pruebas que lo demuestren?
— ¿Cómo sin pruebas?
— Los gorilas del presidente me quitaron la tarjeta de memoria y el carrete de fotos que saqué. Tenía unas instantáneas buenísimas en las que se les veía, perfectamente, saludarse y charlar como si se conocieran de toda la vida pero ya no existen.
— Pues de verdad que lo siento.
— Y usted ¿ha conseguido algo?
— Spinnato no tiene nada fuera de lo normal: ni cuentas bancarias a nombre de él o de su mujer, ni patrimonio que no pueda justificar con su trabajo. Si hay dinero oculto, está en un paraíso fiscal y la Interpol no ha podido encontrarlo por ahora. Nino tiene más de un millón de euros, procedente de donaciones, en la cuenta de la plataforma de ayuda, pero los escasos ingresos que superan los tres mil euros, proceden de empresarios o familias adineradas que no guardan relación con Hillwater.
— Así que estamos igual de perdidos que al principio –dijo Marila con evidente frustración tras los esfuerzos que había dedicado a este asunto.
— Igual no, tenemos un montón de indicios, pero los indicios no sirven en un tribunal si no hay una prueba más sólida. Si los pillamos recibiendo dinero y el ayuntamiento autoriza de demolición del pueblo para construir el monstruo ese de parque comercial y atracciones, todo tendrá sentido, pero una investigación así lleva años de trabajo, Marila.
— ¿Es la primera vez que me llama por mi nombre?, o solo me lo ha parecido.
— No se haga ilusiones, estoy casado –contestó con evidente sorna el intento de acercamiento de la periodista.
— Qué idiota puede llegar a ser usted, ¿no?
— Eso dicen –dijo girándose para volver al coche que tenía aparcado junto al mirador–. Usted decide si quiere publicar lo que sabe, aunque sin copias de las transferencias, se juega su carrera. Así que solo le queda convencer a su confidente

misterioso si quiere levantar la alfombra –aseguró, ya montado en el todoterreno.

— Está siendo de poca ayuda, capitán –le gritó para cerciorarse de que la escuchaba.

— Es eso o me dice quién es y soy yo quien le interroga.

Leccio se encogió de hombros, dando a entender que no podía hacer otra cosa, arrancó y se marchó. Marila se quedó allí sola, mirando a la bahía, respirando el aroma del bosque, inmersa en sus pensamientos.

Los incendios eran cada vez más esporádicos y se contaban, con los dedos de una mano, los casos en el interior de las viviendas. El foco solía estar en un electrodoméstico pero, con los detectores de humos y la instalación de extintores en todas las casas, la cosa no paso a mayores. Los habitantes de Canneto vivían en paz, envueltos en sus quehaceres diarios y pequeñas disputas. Caronia dejó de ser noticia y los periodistas se marcharon del mismo modo que habían llegado, casi de un día para otro.

———

Nino se ofreció para llevar a Bianca al hospital pero, sabiendo la importancia de su enfermedad y conscientes de que su desvanecimiento podía ser signo de algo serio, el colegio decidió que debía ser una ambulancia quien la trasladase.

Piero se marchó del centro, preocupado, arrastrado por la férrea mano de su padre que tiraba de él sin mirar atrás. Peppe pudo leer en sus labios un: «Lo siento» en su inútil lucha por alargar el tiempo allí hasta saber si se recuperaba. Marta llegó en quince minutos, atacada de los nervios; consciente de que, cualquier síntoma, podía significar un paso atrás en su tratamiento.

A las diez de la mañana llegaron a urgencias del Clínico, la atendieron inmediatamente. Nino y Marta llegaron cinco minutos después que la ambulancia. Se fueron al mostrador de información pero, como era de esperar, salvo a Marta, les enviaron a la sala de espera. Peppe no podía vivir con aquella angustia, todo el día pensando en que podía pasar lo peor. Ni él ni Nino se preocuparon por la camisa que le dejaba medio torso al aire, las cosas de los hombres…

Feli llegó una hora más tarde, en tren, casi a la par que Enzo. Había salido de casa con lo puesto, sin preocuparse por el tiempo que pasarían en el hospital. Las horas se hacían eternas, el reloj parecía girar cada vez más despacio y la impaciencia se apoderaba de los Pezzino que, ahora, no velaban por una sobrina, sino por otra hija. Durante la interminable espera, Nino le contó a la madre la discusión que habían tenido los chicos y la bronca con el padre de Piero. Feli quiso ir a comprar una camiseta para el chico, pero estaba entre dos aguas: ansiosa por saber si daban alguna noticia y nerviosa de ver a su

pequeño con aquella pinta.

A las doce y media decidió que no aguantaba más allí sentada y se marchó en busca de una tienda cercana. Feli intuyó que había algo que los chicos no le habían contado; Piero era amigo de estos desde que nacieron, prácticamente. No hacía falta que nadie le dijera que, desde que se había echado novia y con la que se montó el día que se colaron en la playa, la historia de las cervezas y las insinuaciones de piromanía de los carabinieri, la amistad se había deteriorado. Pero son adolescentes y esas cosas se perdonan en seguida. Pasó por delante de una tienda que tenía camisetas de películas, caras y horrorosas: El Castigador, El Fuego de la Venganza, El Efecto Mariposa… esta última parecía menos desagradable a la vista. Tanta sangre, calaveras y pistolas la ponían enferma. Feli no lo sabía, pero unos años más tarde, aquella sería la película favorita de su hijo durante una década. La idea de volver atrás en el tiempo y enmendar tus errores, recuperar a tus seres queridos, intentar que todos fueran felices… le fascinó hasta el punto de dejarle una huella bien profunda. Veinte euros por una camiseta de manga corta: una vergüenza, pensó.

— Lo siento mucho, Marta. El aspirado de médula lo confirma. Los leucocitos están disparados y el recuento de plaquetas es muy malo.

— ¿Cómo de malo?

— Muy preocupante. No sé qué ha podido fallar en el tratamiento, si es que ha fallado algo; a veces pasa. La leucemia es una enfermedad traicionera y caprichosa. Se esconde durante meses y, de repente, puede resurgir con más virulencia que nunca.

— ¿Me está diciendo que se va a morir? –dijo Marta, rompiéndose por completo, casi sin poder pronunciar aquella frase que sonó aguda y ahogada entre el colapso de su respiración y la irrupción del llanto.

— No lo sé, Marta. Cuando se lo detectamos la primera vez, había muchas posibilidades de que se recuperase. Habiendo fracasado la quimio y con los datos que tengo delante… No voy a mentirle, puede pasar.

Marta se quedó cabizbaja, llorando. Llevaba mucho tiempo preparándose para algo así, pero jamás se piensa que pueda suceder realmente. El doctor se levantó de su asiento, se puso junto a ella y la agarró por el hombro, intentando consolarla, manteniendo una distancia profesional, aunque, realmente, él también estaba a punto de llorar. En todo este tiempo le había cogido mucho cariño a la chica. En momentos así es cuando te replanteas tu profesión, cuando ves chavales que se pueden marchar, en una guerra injusta contra un enemigo que les ha vencido la batalla. Te hace dudar si has hecho

todo lo posible, si se te ha escapado algo, si el resultado sería otro si la hubiera tratado otro médico. Aquella chica no era más que una paciente pero no podía evitar implicarse personalmente con algunos.

— No pierdas la esperanza, Marta. Te juro que voy a hacer todo lo posible y lo imposible por salvar a tu hija. Voy a enviar su caso a un comité de especialistas de Roma, es el mejor oncólogo del país. Te aviso cuando podáis subir a verla a planta, ¿vale?

Marta asintió, dejó la silla libre y volvió hacia la sala de espera, donde esperaba toda la familia. Cuando no llevaba más de la mitad del pasillo, se sintió mareada y se cayó de costado contra la pared. Varios celadores y enfermeros fueron a socorrerla de inmediato, la montaron en una camilla y se la llevaron a una consulta. No fue más que un shock por la noticia pero, en cuanto avisaron a la familia de que ella también estaba en observación, se desató el pánico.

Enzo se quedó completamente destrozado al enterarse de la noticia. Se quedó en observación con su mujer, sin darse cuenta del estado de ansiedad que estaba pasando la familia Pezzino en la puerta. Peppe se había cambiado de camiseta, como le había ordenado su madre, pero la angustia de no saber lo que estaba pasando estaba a punto de pasarle factura. Sus piernas temblaban impacientes; incapaz de contenerse, se levantó y se fue a hablar con la mujer del mostrador en un tono bastante elevado. La mujer le pidió que se calmase y le rogó paciencia, pero de nada sirvió. Peppe empezó a gritar y la administrativa llamó a seguridad. Sus padres intentaban contenerle, para que no se metiese en problemas, al mismo tiempo que despotricaban contra el hospital y la atención que estaban recibiendo. Dos guardas de seguridad se plantaron en la entrada en seguida, abriendo la puerta que daba acceso a la zona de atención a los pacientes. Peppe no se lo pensó ni un segundo y se lanzó, en una carrera desesperada, contra aquellas puertas correderas. Los vigilantes no pudieron evitar que se colara, deslizándose por el suelo, como quien se arrastra sobre un monopatín. Inmediatamente fueron a por el muchacho, aunque no lograron atraparlo hasta que llegó a la sala de observación donde se encontraba su tía.

— ¿Qué ha pasado? –le gritó a Enzo.

Los vigilantes le agarraron con fuerza por los brazos y levantaron su cuerpo, que no dejaba de patalear, en volandas.

— ¡Dejen al chico, por Dios! –les gritó su tío.

— Tiene que salir de aquí –dijo con rotundidad uno de los gorilas.

— Marta, vuelvo en seguida. Quédate tranquila, ¿vale?

Marta asintió con las pocas fuerzas que pudo, le habían dado un tranquilizante y eso la mantenía medio grogui. Enzo rogó a aquellos

hombres que soltaran a Peppe y, este, mostró disposición a relajarse sabiendo que, por fin, le iban a contar qué estaba pasando. Aquellas escenas no eran tan extrañas en un hospital, el personal estaba acostumbrado a tener que reducir a más de un familiar; incluso habían contenido agresiones contra personal sanitario en más ocasiones de las que les gustaría reconocer. Cuando los nervios se cruzan con el miedo a la muerte de un ser querido, la racionalidad puede brillar por su ausencia y ellos lo sabían.

Enzo salió a la puerta de urgencias y esperó a que estuvieran todos para explicarles, porque Feli había ido a sentarse ya que la espalda la estaba matando. Con la mirada triste e intentando contener las lágrimas, puso al corriente a los Pezzino del estado de Bianca. Feli se echó a llorar de inmediato. Peppe se quedó paralizado, sin saber reaccionar, con el cuerpo vencido sobre sus rodillas. Enzo lo abrazó, igual que Nino. Lo levantaron del suelo para que recompusiera, entonces lloró; lloró como no lo había hecho desde el día que se enteró de lo que le pasaba y la emprendió a pedradas contra el mar, a golpes contra las frías olas de invierno.

El personal del hospital los miraba con una mezcla de pena y recelo, no fuese que reaccionaran contra ellos, pero no sucedió así. Los cuatro se abrazaron durante unos minutos de angustia. Después, Enzo regresó a la sala de observación con su mujer y, los Pezzino, a un hotel, donde permanecieron a la espera de poder visitar a Bianca. El reloj marcaba las nueve de la noche y había sido un día agotador. Todos se quedaron dormidos, con la ropa de calle puesta, recostados sobre el sofá o la cama de aquel hostal que había frente al Clínico.

A la mañana siguiente, Nino y Peppe fueron a ver a la muchacha. Enzo se fue al hotel con Feli y descansó un rato. Se la veía tan bien… Bianca no notaba nada diferente en su cuerpo del calvario al que ya la habían sometido, pero los análisis no mentían, estaba mucho peor.

Fueron meses muy duros. Peppe perdió el semestre, Nino tenía bastante abandonado su trabajo y gastaba más dinero del que ingresaba, aunque mantenía un buen colchón, a su espalda, gracias a lo que había sacado en los meses anteriores. Realmente podía llegar a vivir de mantener sus pólizas, pero él sabía que esa estrategia, a la larga, era muy negativa para su trabajo; algunos clientes se van a otras compañías y sin savia nueva que las sustituya, en un par de años estaría pasando serios apuros económicos. Enzo pidió una excedencia para encargarse de su familia y se la concedieron. Pasaban las semanas en el hospital, viendo a Bianca deteriorarse día tras día. La visitaban una docena de médicos cada mañana, consultaron a especialistas de varias ciudades, probaron con tratamientos en fase de pruebas, como el trasplante de células madre, pero ella no mejoraba.

El 12 de marzo de 2005, se sorprendieron al ver que, el Papa Juan

Pablo II, había firmado un documento que otorgaba su bendición al pueblo de Canneto. Aquello les pareció un gesto más simbólico o político que práctico, las casas ya habían sido bendecidas por el padre Doménico durante el periodo de inhabitabilidad, pero devolvió a su pequeña aldea a los noticieros. Cinco días más tarde, la familia Roselló acordó con el hospital un tratamiento paliativo ambulatorio. Bianca llevaba seis meses ingresada y pesaba treinta y siete kilos. Apenas toleraba la alimentación ni con una sonda, la cual le hacía vomitar. Su esófago y garganta estaban tan inflamados que su único medio de sustento eran unas maltrechas vías en los tobillos porque, las de los brazos, las tenía obstruidas de tanta medicación en tratamientos prolongados.

Bianca falleció en su cama, el miércoles 30 de marzo de 2005, tal y como había visto cuando era una niña: demacrada, entre horribles dolores y la narcolepsia que le provocaban los fortísimos medicamentos que le inyectaban. En las últimas semanas, se contaron por minutos los momentos de lucidez y consciencia de la pequeña muchacha. El resto del tiempo, lo pasó en un mundo que escapa a la comprensión de los vivos, un mundo en el que la realidad es tan diferente a todo cuanto conocemos y, a la vez, idéntica.

En su último suspiro, fue Peppe quien estuvo a su lado. La miró, sentado a su derecha, deseando cogerle la mano, pero hasta el roce de su piel le provocaba dolores. La escuchaba luchando por cada soplo de aire, negándose la familia a conectarla a un respirador que alargara su dolor. Cada intento de inspiración era una agonía, casi no podía mirarla sufrir de aquel modo. Se levantó de su lado, se puso a los pies de la cama y le tocó con suavidad un tobillo que sobresalía por debajo de la sábana.

— Descansa en paz, amor mío. Te amaré hasta el día de mi muerte, te lo juro. Descansa en paz, amor mío –rogó con lágrimas gastadas.

Peppe sintió algo indescriptible en aquel momento, como si el alma de Bianca, su olor y la brisa de su cabello, que la había abandonado hacía tanto tiempo, le atravesaran el pecho. Notó el roce de su cuerpo desde dentro, sus vellos erizados y un intenso olor al aroma de su piel y al de su pelo recién lavado. Entonces supo que ella siempre estaría en su interior; entendió que, quien la miraba a los pies de la cama, era él, impregnado de la esencia de su espíritu para siempre. Comprendió que, el sueño que la atemorizaba desde la niñez, no debía causarle miedo.

Los habitantes de aquel pueblucho de mala muerte siempre creyeron que había algo impuro en el amor que se profesaban; pero, desde aquel momento, eliminó cualquier duda en el fondo de su corazón. Bianca era un ser de luz, una persona especial, un alma

incorrupta a la que habían llamado bruja, puta y endemoniada. Una niña inocente que amó sin rencores, sin envidias ni quejas pese al calvario que sufrió durante más tiempo del que ningún ser humano debería soportar.

Bianca… Bianca… había dejado de respirar.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1:

2 de abril de 2005:

El cementerio de Caronia era un lugar inhóspito, destartalado. La familia Roselló había decidido vender la casa y marcharse de aquel lugar, en el mismo momento que Bianca se marchara para siempre. Fue por eso que decidieron enterrarla en la capital, en Sant' Orsola. Era la excusa perfecta para evitar la asistencia de aquellas personas que la habían hecho daño, plañideras con veneno en la lengua y hielo en la sangre.

El padre Doménico estaba oficiando una misa preciosa, un favor personal a la amistad que le debía a Feliciana tras tantos años de fervorosa devoción. Casi toda Canneto y gran cantidad de profesores y alumnos abarrotaban la iglesia en su último adiós. La mayoría llevaban allí desde el día anterior, dejando tras de sí un pueblo fantasma.

— ¿Qué es la muerte? –dijo el padre Doménico, comenzando su homilía–. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Lucas nos da la clave que es la piedra angular de nuestra fe. Dios está dentro de cada uno de nosotros, Dios está vivo. ¡Vivo! ¿Lo entendéis? Vive dentro de cada uno de nosotros, igual que Bianca. Pero no de un modo metafórico o en nuestros recuerdos, ¡no! Vive literalmente en nuestro interior y nos espera, con los brazos abiertos, cuando nos marchamos de este mundo. Él nos enseñó el significado del sacrificio y la vida eterna. El que tenga oídos para oír, que oiga, y yo añado: El que tenga alma para sentir, que sienta –dijo modulando su voz hacia un tono más bajo e íntimo–. Marta, Enzo ¿sentís a vuestra hija hoy aquí? Porque yo la noto aquí dentro –aseguró golpeándose el pecho–, y no soy su padre. Ella está al lado de Dios pero también está junto a nosotros, acompañándonos, guiándonos en cada uno de nuestros pasos. Nos sonríe en cualquiera de los gestos que tenemos de amor al prójimo y se entristece con nuestro odio y malos pensamientos. Ella no quiere que os sintáis tristes, ella está deseando que avancéis, que aprendáis, que luchéis hasta que vuestro interior se colme de la sabiduría necesaria para dejar este mundo.

Un vecino entró en la iglesia mientras pronunciaba esas palabras, uno de tantos que prefiere la cafetería a la Palabra de Dios. Se acercó a una mujer y le dijo algo al oído, ella se lo dijo a la de al lado, a la de

en frente, luego a la de más allá; en menos de un minuto, la iglesia era un mar de murmullos y, salvo la familia directa, nadie estaba escuchando lo que quería decir.

— Por favor, hermanos, guarden silencio. Estamos en la casa de Dios.

Nadie le hizo caso. En aquel momento, el rumor se había convertido en una algarabía de contenido indescifrable. De nada sirvieron sus repetitivas llamadas a la calma.

— ¡Hermanos! ¡Silencio! ¿Qué ha pasado? Que hable uno y los demás guarden silencio –ordenó a los feligreses.

— El Papa ha muerto y Canneto está en llamas –dijo el hombre que había interrumpido la homilía.

— ¿Qué? –se preguntó a sí mismo, incrédulo.

— El fuego se inició anoche, acabo de llamar a mi hermana y me lo ha confirmado. Han desalojado a las pocas personas que se quedaron allí. Al parecer hay más de veinte focos activos en este momento –aseguró un anciano.

— Es verdad, están diciendo lo del Papa ahora mismo en las noticias, lo he escuchado en la televisión del bar –añadió el hombre que interrumpió la misa.

Doménico tardó diez minutos en recuperar el control de la ceremonia. La mayoría de los presentes temían por la integridad de algún familiar o amigo que no había asistido a la iglesia o por sus bienes. Para colmo, la figura de Juan Pablo II (que se veneraba en Italia como a un santo en vida), abría una herida más profunda si cabe en los corazones de sus feligreses.

— Hermanos, demos sagrada sepultura a nuestra hermana Bianca y volved a vuestros hogares; ella se merece cinco minutos más de vuestro respeto.

———

— ¿Qué tenemos? –preguntó Bitelle, que se presentó en el pueblo nada más enterarse.

— La situación es un puto desastre, inspector –contestó Chiesa–. Se han producido veintiséis focos desde anoche, tanto en el interior de las casas como en zonas agrícolas y silvestres. No hay daños importantes en las viviendas porque los sistemas de detección han funcionado perfectamente y el equipo de guardia los ha controlado a tiempo, pero están ardiendo las cosas más inverosímiles, desde tuberías y bidones de agua, a mobiliario de jardín o instalaciones eléctricas recién reparadas. Apagamos una cosa y se incendia otra en cualquier parte, delante de nuestras narices, como si emanara gas del interior de todo lo imaginable.

— Quiero muestras de los puntos de ignición de cada foco. Dígale a sus hombres que no toquen nada hasta que lo investigue. Quiero los escenarios tal cual se hayan producido.
— De acuerdo, inspector, que se encarguen sus hombres y los carabineros. Desde que nos quitaron las competencias del caso, nosotros nos limitamos al tráfico y a evacuar las viviendas; el resto es cosa vuestra.
— ¿Dónde está el capitán Leccio?
— Ni idea. No lo he visto en toda la mañana. En la carretera que hay frente al hotel, tiene al teniente Palermo, si quiere hablar con él.
— Gracias, Vitto. Haces bien en no mancharte las manos con esto, cada vez huele peor. Hasta ahora –le dijo, pegándole una palmada en la espalda.

El tráfico y la línea ferroviaria estaban cortados de nuevo. La magnitud del humo que circundaba la población había atraído la presencia de la prensa local, que informaba en directo desde detrás de la línea de seguridad. Las conexiones telefónicas y las retransmisiones de radio fueron un reclamo demasiado atractivo para que las televisiones dejaran escapar la oportunidad. La RAI trasladó un helicóptero a la zona que tomó imágenes aéreas de las zonas afectadas hasta que le obligaron a aterrizar ante la llegada de hidroaviones. No obstante, la noticia quedó bastante difuminada ante la que acaparó toda la atención internacional: el fallecimiento de Juan Pablo II.

— Palermo, ¿dónde está el capitán?
— Allí arriba –le respondió, señalando a las montañas.
— ¿Y eso por qué?
— No preguntes. Está convencido de que, quien esté haciendo esto, lo observa para disfrutar de su obra y desde allí se ve todo el valle.
— Sigue empeñado en su caza de brujas –ironizó Bitelle–. No quiere admitir que esto no es provocado y busca un fantasma.
— Yo preferiría no admitirlo tampoco, Bitelle. Cualquier opción que no sea accidental o provocada por un pirómano, me pone los pelos de punta. Empiezo a estar hasta los mismísimos de todo esto.
— Normal. En fin… Necesito que tus hombres me echen una mano en la recogida de pruebas. Nunca hemos tenido tantos frentes abiertos a la vez y hay que seguir con el procedimiento como si fuese el primer incendio.
— En cuanto tengamos extinguidos los focos que hay activos, cuenta con ellos. En este momento hay que hacer todo lo posible para evitar que arda el bosque o que llegue al pueblo; la prioridad es salvar vidas y hogares. Hay cinco focos de

matorral y monte mediterráneo a punto de descontrolarse. Por cierto, ya están aquí los hidroaviones, tengo que dejarte.

Se despidió del inspector de incendios y cogió la radio para señalar los puntos donde estaban los servicios operativos de emergencias. Había que evitar una descarga accidental sobre sus hombres. Aunque la comisaría era pequeña y tenían que colaborar con la policía local para el control de las carreteras, los carabineros es un cuerpo con formación militar de infantería y colaboró en la eliminación de maleza, que hiciese de cortafuegos, hasta que llegaron refuerzos desde la capital y Mesina.

Gracias al sepelio de Bianca, el pueblo estaba casi vacío y los equipos de Protección Civil solo tuvieron que evacuar a una docena de vecinos. El hotel era otro tema; siendo fin de semana, muchos turistas estaban llegando para pasar unos días de vacaciones. Buena parte de ellos no fueron avisados a tiempo y se encontraron atrapados en el monumental atasco de la carretera. La veintena de trabajadores y huéspedes que pasaron la noche el viernes en el Za' María, fueron trasladados a primera hora de la mañana; la mayoría, al Playa Blanca, en la vecina Santo Stefano.

La estatal y la E-90 permanecieron cortadas desde allí hasta Caronia, provocando el colapso de la carretera a Mistretta, que era la única vía alternativa desde Palermo, hasta bien entrada la noche. A primera hora de la mañana, el fuego se dio por controlado. Gracias a los enormes esfuerzos del cuerpo de bomberos de las localidades vecinas y de las dos principales ciudades del norte, el bosque se salvó y el desastre medioambiental fue de bajo impacto, pero nadie conseguiría evitar que el pánico regresara entre los habitantes de la pequeña Canneto.

Lunes, 4 de abril de 2005:

— ¡Esto es una vergüenza!

— ¡Queremos vivir en paz!

— ¡Mentiras! ¡Mentiras y más mentiras! Ni fenómeno atmosférico ni mierda que los parió.

— ¡Silencio! –reclamó el alcalde desde el pleno municipal de urgencia.

Los vecinos de Canneto se habían colado en el ayuntamiento, exigiendo explicaciones y el griterío que formaban los manifestantes le hacía plantearse si había sido buena idea dejarlos pasar.

— ¡Si no guardáis el orden, le diré a la policía que os desaloje!

— De aquí no nos vamos hasta que nos den una solución definitiva –aseguró el viejo Filippo.

— ¡Eso! Vamos a acampar en la puerta del ayuntamiento hasta que podamos regresar, a nuestras casas, sin miedo a morir abrasados en plena noche.

— ¡Sí! ¡Esto es una verdadera vergüenza! Nos habéis echado de un sitio seguro y no hemos tenido más que unos meses de tranquilidad. ¿Qué está haciendo la policía? ¡Nada!

— ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Hombre! Por favor… ya está bien –reclamó Spinnato–. Vamos a trasladar a todos los vecinos al Hotel Playa Blanca, el tiempo que sea necesario. El señor Antonino Pezzino, esta alcaldía y la Asamblea Regional, van a destinar fondos para cubrir los gastos de hospedaje. La mayoría de los fondos de la plataforma irán a la rehabilitación de las viviendas, pero D. Antonino me ha asegurado que podemos contar con parte de esas donaciones.

— Nino es el único que se ha movido en todo esto. ¿Qué va a hacer usted, alcalde?

— Vamos a pedir ayuda, de forma oficial para resolver esto de una vez por todas.

— Y ¿por qué le van a escuchar ahora? Mucho técnico, mucha policía y el problema no está en las casas. El problema está fuera y no hacéis nada para echar a los responsables. Estamos rodeados de incompetentes que buscan explicaciones científicas y, lo que pasa aquí, es que los americanos nos están atacando con sus armas secretas.

— Ya estamos con las ridículas cantinelas de siempre –le dijo, en voz baja, Spinnato a su segundo–. ¿Queréis que pidamos ayuda al Estado o no?

— Pues claro. Así no podemos seguir –aseguró Alonzo.

— Pues dejadnos hacer nuestro trabajo. Ahora marchaos al hotel y dejad que vuestro alcalde elabore un plan de actuación.

Leccio observaba desde un rincón la evolución de la crisis. Los ánimos parecieron calmarse por un momento pero, o Spinnato hacía algo realmente importante o se le echarían encima en unos cuantos días. La reputación de Nino había salido muy fortalecida de aquella improvisada manifestación y, las sospechas del capitán, acababan de caer en saco roto. Quizá fuera cierto que nadie tenía ni idea de qué estaba pasando en aquel pueblo, puede que no estuviese a su alcance por más medios, tiempo o personas de las que dispusiera. Él mismo no se tragaba aquella patraña de las tormentas secas pero si no, qué podía ser.

Marila esperaba en la puerta del consistorio. A ella sí que le impidieron el paso por más que medio pueblo se hubiera colado en el pleno municipal. Los dos evitaron saludarse para no levantar sospechas sobre su mutua colaboración, pero ella era un lince y no tardó en enterarse de los detalles de lo que acababa de suceder por otras vías. Se encendió un pitillo nada más montarse en el coche, sin arrancarlo, pensativa. Odiaba haber invertido tanto tiempo para estar

como al principio. Su confidente se negaba a hablar, es más, se negó a volver a verla, y el periódico no iba a pagarle ni un viaje más sin pruebas de peso que sacaran a la luz una gran historia. Entonces vio al chico de los Pezzino, sentado en un banco, con la mirada triste; tiró el cigarrillo por la ventana y se acercó a él.

— ¡Hola! ¿Te acuerdas de mí?

Peppe la miró de reojo, pero ni contestó. Volvió a lo suyo, analizando con rayos x cada centímetro de una baldosa que había a poco más de dos metros de su cabeza.

— Me mandaste una carta pidiendo ayuda al periódico, ¿recuerdas? –insistió ella.

— Sí, ya me acuerdo –respondió Peppe con desgana.

— Tu prima y tú fuisteis muy valientes compartiendo conmigo aquella historia. No os di las gracias.

— No hace falta.

— ¿Cómo está tu prima? Hace tiempo que no venía por aquí y…

— Está muerta.

— ¿Cómo? –preguntó estupefacta–. ¿Qué?

— Murió hace unos días, de leucemia.

— Cielos… Lo siento muchísimo, no sabía nada. Te ruego que me perdones.

— Da igual.

— Estabas muy unido a ella, ¿verdad?

— Más de lo que se imagina.

— Ya… Yo también tuve un primo que fue mi mejor amigo hasta la universidad. ¿Hace mucho que falleció?

— Ya se lo he dicho, solo unos días.

— Vaya… igual que los incendios.

— ¿Usted también cree que es ella, que se está vengando de aquellas viejas brujas? –le soltó con un tono que sonaba bastante cabreado.

— No, no… Yo no había ni pensado que…

— Pues mejor, porque ella no ha sido. Ella fue una chica perfecta, jamás hizo nada malo. La gente no tiene ni idea de cómo era, pero yo sí.

— ¿Por qué piensan que ella tiene algo que ver con los incendios?

— Porque la trataron fatal y ardió media aldea cuando la estábamos enterrando. Allí solo se quedaron quienes le hicieron más daño, pero ella no es así. Yo sí podría pero ella… imposible.

La cara de Marila se transfiguró ante la confesión de Peppe. Al principio creyó a los chavales pero, más tarde, su sentido de la lógica le condujo hacía explicaciones más racionales. Desde luego era

extraño que los fuegos comenzaran justo tras su muerte.

— Peppe, me gustaría que me contaras todo lo que os ha pasado a tu prima y a ti desde que os hice aquella entrevista el año pasado.

— ¡Eh! ¿Qué está haciendo con mi hijo? –dijo una voz tras ella que la alarmó.

— Lo siento, Sr. Pezzino yo no pretendía…

— Ah, es usted –respondió, más tranquilo, al ver su cara–. Lo siento mucho pero él es menor. Si quiere una entrevista sobre lo que pasa en Canneto, hable conmigo.

Su cara relajada le hizo comprender que Nino no sospechaba nada sobre su investigación, tampoco del accidente que provocó Anna para destapar sus vínculos con aquel despacho de abogados. Canneto volvía a ser noticia y ese era el único motivo por el que los periodistas habían vuelto. Pero, aunque Nino no tuviera la mosca detrás de la oreja, iba a ser difícil que le dejaran volver a hablar con el chico.

— Me acabo de enterar del fallecimiento de su sobrina. Lo siento muchísimo, de verdad –aseguró, intentando zafarse de la información que trataba de sonsacar al chaval.

— Gracias. Peppe, vámonos a casa.

— A casa… ¿A qué casa? Volvemos a vivir en un hotel de los cojones.

— Vamos, anda –dijo envolviéndole con un brazo mientras miraba a Marila de reojo para que entendiera que debía guardar las distancias con su hijo.

— Adiós, Sr. Pezzino. Le acompaño el sentimiento.

Él no respondió pero, lo que le había contado el chico, activó su curiosidad por saber más de aquella historia; mucho más.

11 de abril de 2005:

Los bomberos llevaban diez días de actividad frenética. Se había vuelto a instalar una estación móvil en la aldea porque, realmente, no les daba tiempo a apagar un incendio cuando aparecía otro. Cada vez afectaba a zonas más amplias pero el epicentro de aquella catástrofe era el mismo. Los servicios operativos pudieron tapar buena parte de los incidentes, ya que no afectaban a viviendas, pero el ritmo de trabajo era insostenible y necesitaban refuerzos permanentes de inmediato.

Spinnato era muy consciente de la situación y por eso había congregado a la prensa en el salón de plenos del ayuntamiento. La expectación no alcanzaba la enorme cantidad de medios nacionales e internacionales de la otra vez, los cuales seguían mucho más pendientes del proceso de nombramiento de un nuevo Papa y de las voces que pedían la beatificación de Juan Pablo II. No obstante, serían suficientes para hacer llegar su mensaje a la opinión pública del modo

que quería.

— Muchas gracias por vuestra asistencia –dijo Spinnato mientras Marila, que esta vez no tuvo problemas para acceder al ayuntamiento, puso su grabadora en marcha–. El motivo por el que les he citado hoy aquí, es para hacer público este documento oficial, aprobado por unanimidad en pleno extraordinario del 4 de abril, por el que el gobierno municipal de Caronia solicita, oficialmente, la ayuda del gobierno de la nación. Este escrito, dirigido a nuestro primer ministro, Silvio Berlusconi, es un grito de auxilio desesperado.

»Agotadas todas las vías a nuestro alcance, este ayuntamiento tiene que reconocer que no ha conseguido encontrar una explicación para la oleada de incendios que asolan la localidad de Canneto. Los vecinos, desesperados, han tenido que ser trasladados a un hotel nuevamente. El gobierno regional no puede garantizar su seguridad ni la de sus hogares, a la vez que nos sentimos incapaces otorgarles un mínimo de paz emocional a las familias afectadas. Nuestra prioridad principal siempre es salvar vidas, pero tenemos que pedir ayuda para que se investigue un fenómeno que se escapa de todas las vías razonables sobre las que venimos trabajando desde hace más de un año.

»Sin evidencias de que estos incendios procedan de la mano del hombre, ya sea de forma intencionada o accidental, y descartadas las posibles anomalías en las instalaciones del tendido eléctrico, se hace imperativa la creación de un equipo multidisciplinar de expertos que lleguen al fondo de este asunto y garantice la seguridad de sus habitantes, inmuebles y enseres. La situación de esta población es desesperada y no podemos fallarles, como gobernantes ni como responsables de su seguridad, a lo que la ley nos obliga. Muchas gracias por su atención.

Los periodistas comenzaron a lanzar sus preguntas, de forma desordenada, intentando retener a Pedro Spinnato pero aquello no era una rueda de prensa; tan solo un comunicado sin turno de preguntas. El alcalde ya había aprendido a zafarse de algunas insinuaciones incómodas y, aunque su petición de ayuda era reduccionista en cuanto a la magnitud del problema y los fenómenos que lo rodeaban, se planteaban de un modo al que sería muy complicado negarse; lo cual era bastante inteligente. No hacer mención a la inexplicable muerte de millones de animales marinos, así como otros miles en tierra, a los testimonios de personas que hablaban de fuerzas malignas o avistamientos OVNI, le otorgaba el carácter social, coherente y de seguridad ciudadana que requería aquella petición de ayuda.

———

20 de abril de 2005:

El nombramiento de Benedicto XVI acaparaba toda la actualidad informativa, sin embargo, Marila estaba mucho más interesada en descubrir qué había detrás de la historia de Bianca y por qué algunas personas la consideraban responsable del mal que azotaba su población desde su muerte.

La periodista había desarrollado un don especial para introducirse en las típicas conversaciones en la barra de los bares. Hablaba de forma abierta y extrovertida, pedía las cervezas en voz alta y no se cortaba a la hora de sacar temas de actualidad, aludiendo a un titular de prensa o televisivo. Su principal *hándicap* era la fama, un obstáculo sin duda a la hora de sonsacar información de forma anónima; pero también era su mayor ventaja, porque eso le abría las puertas de quienes estaban locos por soltar su historia personal o sus particulares teorías de la conspiración.

Llevaba varios días merodeando el hotel Playa Blanca y las cafeterías de la zona. Había conseguido tomar el pulso de unos cuantos vecinos, aburridos, a los que se les soltaba la lengua después del tercer copazo. En el salón del Belvedere había dos señoras, una de ellas tan entrada en carnes como en años, que hablaban la formación intelectual del nuevo papa, al mismo tiempo que no paraban de mirarla. Marila se presentó sin pudor.

— ¿Cómo están, señoras? Creo que me han reconocido en la barra, ¿verdad? Soy Marila Re, periodista de la Gaceta de Palermo. Veo que saben todo lo que hay que saber de Joseph Ratzinger.

— Huy, sí, es el hombre mejor preparado de todo el Colegio Cardenalicio; normal que lo hayan elegido.

— Ah, ¿sí? ¿No me digan? A lo mejor pueden decirme algo que no sepa sobre su vida para mi artículo. ¿Puedo sentarme con ustedes?

— Claro, hija, siéntese –dijo Pía muy contenta de recibir la atención de la periodista que salía tantas veces en la RAI –Su hermano también es sacerdote, ¿sabe? Y su hermana administraba el gobierno de su casa desde que entró en el colegio cardenalicio –aseguró aquella rechoncha anciana.

— Pues sí que están puestas al día –aseguró la periodista con una abierta sonrisa de fingida admiración.

— Y fue soldado, durante la II Guerra Mundial, defendiendo al *Führer* –aseguró Catena en voz baja, aunque dejando entrever una sonrisa cómplice de aprobación.

— Supongo que como tantos otros seminaristas a los que se le obligó a combatir –replicó Marila a quien la simple idea de que simpatizara con el nazismo le horrorizó.

— Bueno… hay quien dice que estaba en las juventudes. Necesitamos un Papa fuerte y con mano dura, alguien que sepa manejar la deriva de la Iglesia y elimine del poder a estos curas comunistas que hay ahora.

La ideología de aquella vieja tendera le estaba poniendo de mal humor. Marila era una convencida izquierdista, defensora de los derechos de la mujer y una firme opositora al régimen de las camisas negras. Sería mejor cambiar de tema y reconducir la conversación hacia el lado que ella quería conocer.

— Y supongo que también debería hacer algo contra los falsos discípulos de Jesús y las prácticas de magia negra, ¿no?

— Tú lo has dicho, niña. Si tomaran cartas en esos asuntos, no estaríamos como estamos en este pueblo.

— Piensan que lo que está pasando ¿es por eso?

— No lo pienso, estoy segura –intervino Pía.

— ¿Cómo es eso? Me interesa mucho –quiso indagar la periodista.

— Usted ya lo sabe, no se haga la tonta. Leímos el artículo que escribió de los niños que habían hecho espiritismo, en el pueblo, el año pasado. Aunque no publicara sus nombres, estoy segura de que sabe quiénes fueron.

— ¿Se refieren a la hija de los Roselló y al chico de los Pezzino?

— Por supuesto que sí, ¿a quién si no?

— Me han dicho que la niña ha muerto de cáncer hace poco –les dijo en un tono cómplice a las ancianas.

— Sí, eso dicen sus padres. Pero cuando uno juega con esas cosas, abres la puerta al diablo y la posesión se puede camuflar como una enfermedad.

— Entonces… ¿Bianca estaba poseída?

— No solo poseída. Practicaba la magia negra, le hizo un amarre a su propio primo.

— ¿Cómo un amarre? ¿Qué es eso?

— No sea ingenua, niña; un amarre, un hechizo amoroso. Ya sabe…

— ¿A su primo? –preguntó Marila muy sorprendida.

— Hija, no tienes ni idea de las cosas que se cuecen en este pueblo. Esa niña fornicaba con su primo a la vista de todos. Se entregaba en una orgía satánica en nuestras playas cada noche. Sé de personas que lo han visto con sus propios ojos. Aunque ellos no se molestaban ni en ocultarlo, yo misma los he visto besarse en mitad de la calle, como dos perros en celo.

— Entonces estaban enrollados, eran novios.

— Ella era novia del diablo, el chico no es más que un instrumento para ofender a Dios con sus actos impuros e

invocarlo.

— Exacto –dijo Catena–. Y consecuencia de esas prácticas es lo que estamos sufriendo. Ella invocó al demonio durante meses en nuestra aldea y ahora es pasto del fuego del mismísimo infierno.

— Entonces piensan que ella o algo que han invocado es la causante de los fuegos inexplicables de Canneto, ¿no?

— Pequeña, no es que lo pensemos; lo sabe todo el pueblo. Las prácticas antinaturales de esos muchachos, sus invocaciones a los muertos y la maldad escondida bajo un rostro de angelical inocencia, ha sido la herramienta que el maligno ha utilizado para meterse en nuestros hogares. Unos lo dicen, otros lo callan, algunos prefieren no creérselo, pero todos lo saben.

— Muchas gracias por la información –dijo Marila, levantándose de la silla.

— Guapa, perdona. ¿Cuándo sale el artículo?

— No lo sé, tengo que investigar mucho todavía.

— Verás, no nos gustaría que nos mencionaras en él. El chico está bajo el poder de la niña y no nos gustaría que pusiese sus feroces ojos sobre dos ancianas –dijo Pía.

— Lo entiendo –dijo Marila intentando marcharse.

— Se lo digo en serio –añadió Catena–, Peppe tiene parte de los poderes de ella. Una vez estuvo en mi tienda con su madre, comprando unas cosillas, y provocó un incendio en la despensa de la planta de arriba sin haberse movido de delante del mostrador; pasamos un susto espantoso. Desde entonces no lo quiero en mi tienda ni loca.

— Está bien, quédense tranquilas. Gracias por el café.

Aunque las confesiones de aquellas viejas chismosas fascistas carecían de sentido común y estaban repletas de supersticiones, poseían los ingredientes lógicos suficientes para servir como uno de esos bulos que se extienden como la pólvora en el sentir de un pueblo. Lo primero que había que averiguar es sí los dos chicos mantenían una relación sentimental o si habían vuelto a tocar la Ouija. La defensa a ultranza de Bianca del joven Pezzino, unos días atrás, podía ser algo más que respeto a la memoria de un familiar querido. ¿Por qué no se lo habían dicho antes? Si llevaba tres días hablando con vecinos del pueblo a hurtadillas. Puede que la mayoría no pensase como esas viejas o no se atreviesen a reconocerlo en público, o simplemente no quieran meterse en la vida privada de los demás, cosa que les honra.

———

23 de abril de 2005:

— Padre Doménico, ¿me concede unos minutos de su tiempo?

— ¿En qué puedo ayudarla, hija?

— Mi nombre es Marila Re y soy periodista. Me han dicho que usted fue el encargado de bendecir las casas del pueblo de Canneto cuando fueron desalojadas.

— La Iglesia no ha hecho ninguna declaración oficial más allá de otorgar la bendición papal sobre este asunto –respondió el sacerdote, intentando quitarse de en medio a la periodista.

— Pero el Vaticano envió al exorcista más importante de la Iglesia a investigarlo. El padre Amorth habló con la prensa.

— Hija, si quiere saber lo que piensa el padre Amorth, no es conmigo con quien debe hablar.

Aquella mujer no dejaba de perseguirle por las escaleras que había desde la iglesia al extrarradio del centro histórico y él ya no estaba para correr. El coche estaba demasiado lejos y si no le dejaba, su única vía de escape sería volver a San Nicolás.

— Solo quiero saber su opinión personal, nada más.

— Sobre qué –le contestó, deteniéndose y mirándola de una manera casi retadora.

— Sobre por qué necesitaban bendecirlas y a un exorcista.

— No tengo nada que decir al respecto –dijo volviendo a echar a andar.

— ¿Tiene algo que ver con Bianca Roselló? ¿Es cierto que estaba poseída?

El padre Doménico se detuvo y se giró con muy mala cara. Se quedó unos segundos atravesándola con la mirada, intentando contenerse y decir algo que no fuera una ofensa a aquella mujer o un exabrupto.

— Quien le haya dicho semejante tontería es una mala persona y usted una ingenua por creérselo.

— Entonces ¿es falso? Tengo entendido que mantenía una relación sentimental con su primo, el joven Giuseppe Pezzino.

— Si su primera pregunta estaba fuera de lugar y era una ofensa para la memoria de una pobre muchacha a la que todo el mundo adoraba, la segunda es una estupidez que no interesa a nadie. Váyase a hacer periodismo de verdad, Srta. Re.

Estaba claro que todo el mundo no la adoraba, nada más había que escuchar a aquellas viejas carcamales del pueblo para darse cuenta. La idea de una posesión o de maldiciones, que siembran el terror en una pequeña población, es tan antigua como la vida misma, pero poco creíble en los tiempos que corremos. Siempre pensó que debería haber una explicación para todo lo que estaba sucediendo, pero se le empezaban a agotar las ideas. Leccio no tenía nada nuevo de la única pista coherente que había encontrado y, tanto el padre del muchacho como el alcalde, estaban tomando decisiones que no favorecían sus teorías. «¿Qué haría una buena periodista de investigación en estos

casos?» –se preguntó–. Regresar al principio de todo.

10 de mayo de 2005:

— Queda aprobada la Ordenanza de Emergencia de Protección Civil número 3.428 –pronunció, con monotonía, el portavoz de la cámara–. ¡Silencio, señorías! ¡Orden!

La bancada de Forza Italia no paraba de aplaudir el triunfo de su presidente. Berlusconi saludó a sus compañeros y rogó calma tras la votación. La oposición había votado en contra de las medidas al considerarlas insuficientes, un eufemismo que utilizan los partidos políticos para intentar derribar cualquier iniciativa legislativa por más que favorezca a su población.

El gobierno había recogido el guante de Spinnato y acababa de aprobar una medida inédita en la historia de Italia: la creación de un equipo de investigación científica para resolver el misterio de Canneto. En coordinación con el Ministerio de Defensa e Interior, aquella ordenanza aprobaba la contratación de un equipo multidisciplinar, con algunos de los más insignes científicos del país, en materia de medioambiente, salud pública, física, vulcanología, electromagnetismo, defensa… Incluso colaboración externa de la NASA.

El comité de expertos estaría dirigido por Francesco Venerando Mantegna, presidente de la Asociación Internacional COMEN: Conferencia Mediterránea (dedicada al estudio y conservación del Mediterráneo), Miembro del Consejo Científico ISPRA y del Instituto Superior de Medioambiente. Junto a él colaborarían el profesor Lanzalago: doctor en física y catedrático de la Universidad Kore de Edna; la doctora Patrizia Livreri: profesora de electrónica de microondas en la Universidad de Palermo; el doctor Clabruno Verduccio: comandante de la marina italiana, doctorado en física y electrónica y nominado al Nobel de Medicina; y el doctor Nicola Casagli: profesor de Ciencias de la Tierra en la Universidad de Florencia y de miembro del Instituto Nacional de Geofísica y Vulcanología.

La mayoría del gobierno en la cámara, no dejaba margen de dudas; así que la aprobación parlamentaria se produjo con el personal en camino de la misma Caronia. Aquel mismo día empezaron los trabajos de recopilación de información y entrevistas con los responsables de la zona.

———

— Doctor, le presento a Maurizio Fiorello, técnico supervisor de la compañía Enel –le indicó Pedro Spinnato, en su despacho de la alcaldía.

— Es un placer –dijo Francesco Venerando.

— El inspector Franco Bitelle, del cuerpo de bomberos.
— Encantado.
— El capitán Alessandro Leccio, del Arma de Carabineros.
— Tanto gusto.
— D. Franco Gabrieli, jefe de Protección Civil.
— Un placer.
— Y D. Vitto Chiesa, jefe de la Policía Local.
— Encantado.
— Pues usted dirá, doctor. ¿Por dónde empezamos?
— Ya les he presentado a los coordinadores del equipo en el centro de investigación, por lo tanto, me gustaría que nos entregaran una copia de todos los informes y estudios que han realizado hasta ahora para analizarlos en nuestro centro operativo. A ser posible, hoy mismo, así no perdemos ni un segundo.
— Por supuesto, cuente con ello –dijo Spinnato–. No hay problema, ¿verdad? –preguntó mirando a Leccio.
— Todo lo que no esté bajo secreto judicial, le será entregado hoy mismo –contestó con cierto recelo.
— Claro… La investigación criminal, a nosotros, no nos interesa. Si tuvieran un sospechoso, no nos habrían llamado. Nuestra misión es determinar cuál es la causa que origina estos incendios, dando por hecho que han descartado la intervención humana.
— Así es, doctor –corroboró Leccio.
— Me interesan mucho las pruebas y conclusiones de los puntos de ignición así como las mediciones de la compañía eléctrica.
— Cuente con ello esta misma tarde –respondió Maurizio Fiorello.
— Perfecto, nosotros vamos a ponernos a trabajar ahora mismo. Vamos a instalar distinto tipo de instrumental en el pueblo. Supongo que contamos con todos los permisos municipales.
— Salvo en el interior de las viviendas, que necesitamos autorización de los propietarios, tienen vía libre para trabajar.
— De acuerdo. Les informo, para que no se alarmen, que la armada ha puesto a nuestra disposición un buque de investigación del fondo marino. El Galatea va a analizar toda la costa norte de Sicilia y las Islas Eolias.
— No se preocupe, emitiré un bando municipal para que la flota pesquera no interfiera en su trabajo.
— El tráfico aéreo también puede verse limitado en algunas ocasiones, se va a cartografiar toda la superficie de la isla, pero eso es competencia de la ENAC y ya están avisados.
— De acuerdo, eso no es competencia de este ayuntamiento,

como usted dice. No hay problema.

— Muchas gracias por su colaboración y espero que podamos resolver este asunto lo antes posible.

— Gracias a usted por trasladar a todo su equipo tan rápido.

— Un placer. Les iré manteniendo informados cuando sepamos algo –aseguró el coordinador, volviendo a estrechar la mano de cada uno de los asistentes a la reunión.

Francesco Venerando, un científico muy preparado, de profundos ojos azules y cuerpo recio; se había procurado la simpatía de colegas y organismos públicos gracias a su carácter abierto y sincero. No es que dudara de la profesionalidad de los laboratorios sicilianos o de los conocimientos de investigadores con décadas de oficio, pero jamás pensó que su trabajo allí se alargara más de un par de meses.

Por la información previa que le habían enviado, sospechaba que no se habían hecho las mediciones suficientes en la línea de tren que pasaba por el pueblo. Quizá no tuvieran el instrumental adecuado o puede que las sobrecargas fueran puntuales y solo pudiesen detectarse en el momento exacto en el que se liberaba el exceso de energía. De lo que no tenía duda era que, esa, era una de las líneas de investigación que había que comprobar o descartar desde el primer momento.

Los primeros trabajos se centraron, precisamente, en eso: instalar dispositivos de medición del voltaje, cámaras y sensores de medición electromagnética en la línea férrea. No tuvieron que esperar mucho para encontrarse con el primer incidente: El 12 de mayo se produjo un pequeño incendio en la casa de Segismunda Casello. De forma incomprensible ardieron una bolsa de medicinas que tenía en la cocina y otra, con comida, que dejó olvidada en el interior del frigorífico. Aquel incidente era el segundo que se producía en el interior de esa vivienda en particular. El hecho de que algunas casas se vieran afectadas en numerosas ocasiones y otras, jamás tuvieran ninguno, debía tener una explicación: quizá su proximidad a las vías. En cualquier caso, los detectores de humos funcionaron perfectamente y pudieron apagarlo sin mayores consecuencias, pero aquella situación les obligaba a trabajar con los servicios de emergencia presentes en el área afectada, cuando lo ideal hubiese sido aislarla por completo de interferencias humanas.

El 14 de mayo se produjeron varios incendios, simultáneos y alineados, desde la costa hasta una distancia de 2 km hacia el interior del pueblo. Aquello superaba con creces el margen de acción que podía provocar una sobrecarga de energía adyacente en la línea férrea, es más, traspasó la E-90, llegando a afectar al límite norte de bosque mediterráneo. Los medidores de voltaje no mostraban anomalías ni se apreciaba nada extraño en las cámaras de vigilancia, pero sí que saltó un pico de energía en uno de los sensores

electromagnéticos.

El equipo científico tomó la decisión de reubicar los sensores hacia la línea trazada por aquella cadena de fuegos alineados pero, el 20 de mayo, un nuevo incendio se produjo en el interior de otra vivienda: la de Rafaelle Torcivia; un profesor de secundaria de la escuela de Caronia. En el interior de su despacho encontraron una impresora en llamas y, en el baño, un secador de pelo derretido; este último ni siquiera estaba conectado a la red eléctrica.

Las casas de Segismunda y Rafaelle no estaban demasiado próximas entre sí, ni tampoco se encontraban en el mismo vector direccional de los incendios forestales del día 14. Si la línea estaba fallando y provocaba esas sobrecargas, cada vez lo hacía por un punto diferente y eso estaba volviendo loco al equipo.

27 de mayo de 2005:

— Dra. Livreri, ¿tiene ya los datos de medición comparativa? –preguntó Francesco, ansioso por conocer si existía alguna anomalía y su fuente.

— Sí, los tengo por aquí –dijo, abriendo una carpeta de su portátil–, pero no hay diferencias significativas. Las variaciones de tensión son las normales en este tipo de cableado, incluso para los controles de conducción numerada.

— ¿Y en los transformadores?

— Nada, igual.

— Pero entonces, ¿cómo se explican las anomalías electromagnéticas?

— Usted mismo lo ha dicho, Dr. Venerando, con un origen externo.

— Hay que estar seguros antes de sacar ninguna conclusión. Vamos a centrarnos lo que queda de semana en esto y, si no aparece nada que justifique un origen de la línea, la descartamos y nos centramos en otra causa.

— Se lo voy a decir al equipo de instalación pero ya le anticipo que aquí no hay nada anormal.

— Gracias, doctora.

Media docena de técnicos se encargaba de tomar lecturas en diferentes puntos, haciendo el escrutinio más riguroso al que se había sometido una red ferroviaria en años. Por supuesto que había algunas deficiencias de mantenimiento pero ninguna explicaba la teoría de la derivación de energía adyacente de la que tanto hablaban los jefes. Francesco se encerró en su despacho, dispuesto a hacer un análisis de testeo de los equipos de detección en el ordenador, cuando sonó su teléfono.

— No me lo puedo creer –dijo con efusividad, nada más descolgar el teléfono–, pero si es el mismísimo Dr. Verduccio

en persona.
— (…)
— Claro que sí, ya sabes que te echamos de menos.
— (…)
— ¡No me digas! ¿Cuándo?
— (…)
— Eso dalo por hecho. Te estábamos necesitando ya, eh. Te lo digo en serio. Estamos en un callejón sin salida.
— (…)
— Sí, pero ese camino es una vía muerta. Con el Galatea aquí, la cosa cambia.
— (…)
— Claro, claro, yo estoy dispuesto a embarcarme en cuanto me deis permiso para subir a bordo.
— (…)
— Bueno, si las cosas no varían, para el 5 o 6 de junio tendré un informe de conclusiones de la línea férrea. La verdad es que la Dra. Livreri ya me ha dicho que tiene muy pocas esperanzas puestas en que la causa esté ahí.
— (…)
— Sí, ya sabes que yo siempre he apostado por la misma fuente que tú. La radiación electromagnética de origen volcánico es lo más razonable en esta zona, aunque me mosquea que esté tan limitada a un área geográfica tan reducida.
— (…)
— Sí, en breve vamos a comenzar el mapeo aéreo. Si hay fumarolas, acabarán apareciendo por muy poco activas que se muestren. Yo me decanto más por una fisura marina, como tú.
— (…)
— Perfecto, pues quedamos en eso. Un fuerte abrazo.
— (…)
— A ti, amigo; a ti siempre. Ciao.

Capítulo 2:

La llegada de un comité de expertos había vuelto a captar la atención de los medios de comunicación. La población, emborrachada de tantos detalles de las vidas y muertes papales, demandaba nuevos focos de interés que amenizaran las horas de programas de debate y editoriales de fin de semana en los periódicos. La guerra de Irak estaba bastante manida y los atentados fundamentalistas islámicos de España, quedaban bastante atrás. Nadie podía suponer que el terror se desataría un mes más tarde, en Londres, el 7 de julio. Mientras tanto, Canneto ofrecía todos los ingredientes necesarios a un público morboso, ávido de información: unos misteriosos fuegos espontáneos, animales muertos de forma inexplicable, testimonios de supuestos avistamientos OVNI y una pizca de esoterismo paranormal. Es cierto que la información era bastante vaga, apenas unos titulares en los diarios, pero llevar algo así al parlamento y que se tomase en serio, le daba un sustrato de credibilidad al misterio.

Marila había entrevistado a una docena de personas en estos meses y era la periodista que se encontraba más cerca de la verdad, sin lugar a dudas. Pero ella no se sentía así, al contrario, estaba más perdida que nunca. Más allá de rumores malintencionados sobre la supuesta posesión de Bianca, varios vecinos le habían confirmado su relación sentimental con Peppe y la autenticidad de su leucemia. Aquella chica había sufrido un terrible calvario y no estaba dispuesta a convertirla en noticia bajo ningún concepto. Por algún motivo empatizaba con ella, quizá se vio reflejada en el rechazo que su condición de lesbiana levantaba en ciertos sectores de su entorno familiar y escolar, quizá vio en ella un amor igual de prohibido que el que a ella le había tocado vivir o, simplemente, se trataba de una niña que tenía derecho a descansar en paz; pero jamás salió en la prensa.

Los científicos del comité de expertos se mostraban bastante esquivos ante las cámaras y reporteros. Llevaban allí dos semanas y apenas tenían una imagen del coordinador en el ayuntamiento. Ni siquiera habían proporcionado una nota de prensa con las personas que lo formaban o qué tipo de pruebas estaban realizando, pero eso iba a cambiar aquella mañana del 7 de junio. Por primera vez, D. Francesco Venerando iba a hacer público un comunicado oficial:

— *«Tras dos semanas de pruebas, test y mediciones, este comité científico descarta, de manera oficial, que la fuente de los incendios que padece la localidad de Canneto desde hace más de un año, se encuentre en la línea de ferrocarril de la costa o en las instalaciones eléctricas de las viviendas o el tendido público. El*

consejo de investigación ha determinado que, la fuente de estos incendios, procede de radiación electromagnética; sospechamos que provocada por la actividad volcánica, muy destacada en la zona. Este punto no se ha podido comprobar todavía y requiere de un gran despliegue de medios y tiempo para analizar la superficie de la isla y el fondo marino. No obstante, contamos con todas las herramientas y autorizaciones para encontrar el punto o puntos exactos por los que se está liberando esta energía. Disponemos del apoyo de la aviación militar y de la armada para tales fines, y confiamos poder encontrar respuestas en el plazo de unos meses, una vez hayan sido analizados los datos y efectuemos un informe de conclusiones y recomendaciones para los organismos públicos y la población civil. Agradecemos la paciencia de los habitantes y la colaboración ciudadana, que nos está permitiendo trabajar sin interferencias y quisiera hacer una mención especial a los servicios de prevención de incendios, que vienen trabajando sin descanso desde hace más tiempo del que nadie podría desear».

En Caronia, a 7 de junio de 2005:

Francesco Venerando Mantegna.

La noticia había atraído a otro tipo de personajes, no solo periodistas. Por las calles de Caronia y Santo Stefano di Camastra, se desperdigaban investigadores de lo paranormal, escritores y hasta cazadores de OVNIS. Aquello empezaba a parecerse a un circo, plagado de tipos estrafalarios y maquinaria de dudosa utilidad.

Marila estaba tomando un café cuando llegó el comunicado a la redacción pero, nada más subir, D. Giovanni le llamó a su despacho.

— Cierra la puerta, por favor.

— Claro, jefe. ¿Ha pasado algo?

— Echa un vistazo a esto –le dijo el director, entregándole una copia impresa del comunicado. Ella lo leyó con detenimiento.

— ¿Un volcán? Nadie ha visto lava ni fisuras en la tierra.

— Un volcán submarino –le matizó su jefe.

— No sé, parece todo muy focalizado para ser eso. No estamos hablando de bosques en llamas de forma repentina ni de casas que ardan por completo, sino de puntos muy concretos: unos cables, una tubería, un electrodoméstico…

— ¿Tienes idea de vulcanología y electromagnetismo?

— No, la verdad es que no, pero es simple sentido común.

— Quiero que vayas unos días a Caronia y lo investigues.

— Jefe, a donde debería ir es a Roma, a intentar convencer al abogado de que me entregue copia de esas transferencias.

— Marila, eres buena periodista, tienes instinto; pero no creo que ese sea el camino. Toda esta atención política y mediática,

es negativa para un negocio de especulación urbanística. No digo que no haya algo detrás de esa compañía pero dudo que tenga relación con lo que está pasando aquí.

— Ya, yo también lo he pensado, ni Spinnato ni Pezzino están actuando con lógica si fuese así, aunque algo se trae el partido entre manos con ese despacho de abogados.

— Olvídate de eso ahora mismo, no hay dinero para viajes largos. Céntrate en conseguir una entrevista con los miembros de ese comité científico, averigua qué han descubierto antes de que se haga público, saca fotografías de las pruebas que están haciendo. La competencia se está volviendo dura con tantos medios en la zona, pero tú conoces a los vecinos, confían en ti; saca partido de eso.

— Recibido, jefe, me pongo con ello ahora mismo.

———

Llevaba una semana dando vueltas por toda la costa norte de Sicilia y las Islas Eolias y no había encontrado nada interesante que no se hubiese publicado ya. Mientras otros se esforzaban por conseguir unas declaraciones del coordinador general del equipo de investigación, ella buscaba testimonios, de primera mano, que no se atrevían a hablar por miedo a ser tachados de locos o algo peor. Sabía perfectamente que había decenas de personas que habían visto cosas extrañas en el cielo en estos meses, pero no había más que las típicas vaguedades: un desfile de luces pequeñas en el cielo, una esfera azul lejana en el mar, dos objetos estacionarios sobre las Egadi… y ninguna prueba gráfica.

Si quería que su libro se vendiese, debía conseguir una historia francamente excepcional, algo que sobrecogiese a los lectores. Tenía testimonios de sobra sobre los incendios y sus protagonistas, había visitado a Antonino Pezzino, Pía Malpege, Filippo Casella e incluso a Marta Pezzino, aunque esta última declinó hacer cualquier tipo de declaraciones porque había perdido a una hija recientemente. Estaba convencida de que, en alguna parte, había alguien deseando contar su experiencia, aunque fuese desde el absoluto anonimato; pero las cosas importantes surgen por casualidad. Estaba comprando el periódico en un kiosco que abría muy temprano, serían las siete y media de la mañana. Por algún motivo se había retrasado el repartidor y no le había llegado La Gaceta, así que se puso a charlar con el dueño de lo que estaba pasando en la isla; llevarían diez minutos de palique cuando le trajeron la prensa.

— Hoy me has dejado para el último, eh, Mario –le dijo el dueño.

— Una mañana de locos. Si yo te contara…

— Esta señora lleva un rato esperando a que vinieras.
— ¿A mí? –preguntó con la cara extrañada.
— Ja, ja, ja. No, tranquilo, al periódico –le matizó para calmar su curiosidad–. No se preocupe por mí, hemos hecho buenas migas D. Basile y yo. Los kiosqueros saben medir muy bien el pulso de la calle, la gente se para a charlar con ellos y, las cosas que están pasando en la isla, no son para menos.
— ¿Qué cosas?
— Lo de los incendios, los avistamientos de luces extrañas, los rumores de pruebas militares, ya sabe.
— Ah, ya. Si yo le contara… –aseguró el repartidor.
— Pues cuente, cuente, que yo estoy escribiendo un libro sobre el tema.
— ¿En serio?
— Y tanto.
— ¿Su primera novela?
— No, qué va, la quinta.
— Bueno, yo he terminado ya por hoy. No está mal, desde las cuatro que empecé…
— Pero no se pensará marchar sin contarme su historia, ¿verdad?

El repartidor la miró, era una mujer rubia y atractiva, de unos cuarenta y algo. Parecía bastante simpática y quizá aceptaría un café. Si le contaba lo que le pasó una noche de reparto, quizá acabase con ella en la cama, quién sabe…

— No se lo piense más, ha dicho que su trabajo estaba listo y necesito un café, para mí en muy temprano todavía.
— Está bien –dijo el tipo.
— ¡Genial! Valentina Gebbia, encantada.
— Mario, igualmente. –Un cliente llegó en ese momento para llevarse la prensa del día y Basile se disculpó para atenderle.
— Anda, Casanova. Te dejo con la señorita –aseguró con algo de acento ruso que conservaba pese a sus veinte años de residencia en la isla.
— ¿Me acepta ese café entonces?
— Será un placer, pero invito yo. Lo necesito más que usted para no dormirme.
— Está bien, no me opondré si insiste –dijo, la escritora, con una amplia sonrisa–. He visto una cafetería abierta muy cerca, si no le parece mal.
— Me parece perfecto. Déjeme un momento que aparque bien la furgoneta, aquí te descuidas un momento y en seguida están multándote.
— Claro, no hay problema. Espero que la historia sea buena.

— Ni se lo imagina –aseguró cerrando la puerta, a través de la ventanilla.

Aquel tonteo le pareció divertido. No esperaba que le contase nada especial pero había algo en aquel hombre que le daba buena espina, no sabría definirlo, como una atracción a primera vista. Por supuesto no pensaba acostarse con él, menos en una primera cita y sin saber qué clase de persona era, pero se sentía atraída, para qué negarlo.

La cafetería estaba a unos doscientos metros, así que no tardaron en llegar. La terraza de la calle ya estaba montada y solo un par de abuelos ocupaban una de las mesas. Tomaron asiento y, en seguida, apareció el camarero. Mario era más joven que ella, tenía la piel blanca como un nórdico y unos profundos ojos castaños. Se le veía un hombre fuerte, quizá de cargar aquellos fardos enormes de prensa día tras día. Valentina se sintió coqueta, un poco vergonzosa; le parecía divertido que todavía atrajese a hombres jóvenes y de su constitución. No sabía por qué, pero no dejaba de sonreír y atusarse el pelo, es más, inconscientemente se dio cuenta de que se humedecía los labios con frecuencia. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Sería la pre-menopausia?

— Qué calor hace hoy, ¿no? –dijo ella, abanicándose con la mano.

— Yo estoy bien –aseguró el joven.

El camarero les trajo un café con leche y unas tostadas con mantequilla. Valentina pidió cambiar el azúcar por sacarina, este la llevaba en el bolsillo del mandil en previsión de que sucediera. Se fue y los dejó a solas. Estaba saliendo el sol, ya no parecían dos gatos nocturnos perdidos en las horas crepusculares; aquello le dio confianza para empezar la conversación.

— Bueno, me dijiste que tienes una buena historia. ¿Era verdad o solo un truco para invitarme a un café?

— Parte y parte –reconoció Mario.

— ¿Tengo que sacar mi block de notas?

— Si yo fuese escritor, lo haría. Jamás he contado lo que me pasó, a nadie, nunca.

— ¿Cuándo fue?

— El 29 de julio de 2004. Jamás olvidaré la fecha.

— Hace casi un año –dijo ella sorprendida.

— Sí, pero ya llevaba un tiempo pasando cosas extrañas en la isla. Yo nunca había visto nada raro antes, incluso me reía a costa de quienes llamaban a la radio, asegurando haber pasado por algo así. Ahora, he cambiado de idea, escucho con la mente más abierta. Pienso que no sabemos qué hay en el universo realmente.

— Yo llevo tiempo investigando fenómenos de este tipo. He hablado con muchísimos testigos y me han contado cosas

rarísimas. Creo, como tú dices, que hay mucho más de lo que sabemos ahí fuera. Cuéntame, ¿qué te pasó?

— Pues verás, yo estaba haciendo mi reparto, como siempre. Serían poco más de las cuatro y media de la mañana…

La historia de un ser que le perseguía, flotando, mientras él intentaba huir a toda prisa, le pareció asombrosa, casi increíble; pero la forma con la que describió a aquel ser era algo absolutamente de locos. Mario aseguró que era como una medusa, con el cuerpo semitransparente, gelatinoso, con el interior rojizo; algo que no se parecía en nada a cuanto había escuchado hasta la fecha. Por raro que pudiera parecer, pasado el shock inicial, en lugar de sentir miedo, sintió paz, tranquilidad y amor. Desde luego poco o nada tenía que ver aquella figura con el estereotipo que los hombres tienen de los ángeles, pero tampoco se parecía a una aparición fantasmal o a un extraterrestre.

— No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

— ¿Crees que podría inventarme una historia así? Si quisiera contarte una milonga para ligar contigo, te habría hablado de hombrecillos verdes, de naves y luces de colores, de enormes ojos negros. Esto no tengo ni idea de lo que es, fue tan raro que lo busqué en internet y, salvo en Rusia, jamás ha visto alguien una cosa con esa forma. Pero la de allí era enorme, como una nave espacial, lo que yo vi no era un artefacto, era algo vivo y se comunicaba conmigo mentalmente. Me decía: «Tranquilo, no he venido a hacerte daño».

———

Micelle y sus hombres habían hecho amistad con los cerebritos, como les llamaban. Apenas entendían lo que decían, era como si hablasen una jerga de otro país como mínimo, pero eso no impedía que se echaran sus risas, juntos, y que acabasen compartiendo la hora de la comida. Cada uno respetaba el trabajo del otro y, D. Francesco, se esforzaba para integrarlos en sus charlas a la hora del café.

La verdad es que aquellos aguerridos bomberos se merecían un monumento a la dedicación en su trabajo y eso era algo que él valoraba encarecidamente. En más de una ocasión, si no hubiese sido por ellos, habrían puesto en peligro su pellejo entre las llamas. El Dr. Lanzalago estaba volviéndose un intrépido, demasiado para su gusto. Decía que le parecía hipnotizador el comportamiento del fuego y no dejaba de tomar notas de sus movimientos, aparentemente contrarios a la gravedad, pero que se justificaban sin grandes misterios en el mundo de la combustión física de los gases en un entorno combustible, aunque de difícil predicción. Intentaba encontrar patrones de desplazamiento que sirviesen para predecir las vías de

avance de las llamas, pero tenía demasiadas variables exógenas que interferían en el resultado para crear un modelo válido. Esa parte de su trabajo era un mero *hobby*, el auténtico consistía en determinar el tipo de ondas que los provocaban y su causa.

— Jefe, a este paso le veo poniendo cacharritos de esos en los tejados –se burló Pikachu.

— ¿Quién te ha dicho a ti que los voy a poner yo? Si hay que echar un cable, se echa, pero te mando a ti subirte a la escalera que para algo tienen que servir esos músculos.

— Yo no necesito escalera, jefe, trepo con Spiderman que es más divertido.

— Eso lo haces en tu tiempo libre; mientras estés bajo mi mando, comerás estos huevos –aseguró Micelle, señalándose sus partes–. ¿O no era así el refrán? –remató, provocando la risa de todos.

— Yo tengo un máster en huevos de los gordos –bromeó el Dr. Casagli.

— Tú qué vas a tener… –se mofó el Dr. Venerando–. Si los de Ciencias de la Tierra sois como los paleontólogos, no habéis visto un huevo que no esté enterrado en vuestra vida.

— ¡Ja, ja, ja! Esa sí que ha sido buena –aseguró Micelle mientras todos se reían.

Pikachu empezó a toser de forma escandalosa, parecía que la risa le había obstruido las vías respiratorias y no se le cortaba.

— Joder, mira este. Ya sé quién se los ha tragado –aseguró Pijama sin poder parar de reír.

— Vamos, Pikachu, respira hondo. ¿No te habrás atragantado como dice este? –preguntó Micelle con cierta preocupación.

Pikachu intentaba tomar aire y contener la risa, aunque se le saltaban las lágrimas del esfuerzo. Al final, acabó vomitando la comida encima de la mesa, provocando la estampida de sus compañeros. Aquella reacción tranquilizó al jefe Micelle pues, si algo le estaba obstruyendo las vías respiratorias, acababa de salir fuera, por más asqueroso que fuera.

— Vamos, chico, ya lo has echado. Ahora te va a tocar limpiarlo. Tú lo sabes, ¿verdad?

Pikachu, lejos de sentirse mejor, se mareó y cayó redondo al suelo. Ahí se terminaron las bromas y fueron a socorrerle.

— ¡Pikachu! ¡Pikachu! Despierta, amigo –le decía un compañero, pegándole pequeños tortazos en la cara.

— ¡Joder! ¡Un médico! ¿Doctor? –le preguntó Micelle a Francesco Venerando.

— A mí no me mire, no soy médico.

— Joder… ¿Alguno de ustedes? –Todos negaron con la cabeza–.

¿Seis doctores y ninguno es médico?

— El único con una licenciatura en medicina es Clarbruno, pero está en el barco.

— ¡Chicos! No os quedéis ahí pasmados. Avisad a la ambulancia, ¡hombre!

Afortunadamente, estaba cerca. Aunque ellos también estaban en mitad de su hora de la comida y habían ido a otro restaurante, en cinco minutos tenían allí a sus compañeros y Pikachu seguía respirando. Todos pensaron que su cuerpo había colapsado por falta de descanso porque, los pocos ratos que tenía libres, en lugar de irse a dormir, se iba de escalada. Pero, dos días más tarde, recibieron el diagnóstico: leucemia. Fue un mazazo enorme para el ánimo del equipo.

———

Flavio Bonetti había llegado en el mes de mayo a la isla. Al igual que otros periodistas, se puso a la caza de la noticia. Pero él no la buscaba donde estaban sus compañeros, allí había fotógrafos de sobra para sacar más de lo mismo, él buscaba la causa. La isla estaba siendo analizada por más de un centenar de científicos, técnicos, marines y pilotos cuando la respuesta era bastante evidente; la tenían justo en frente, pero se negaban a creerla.

El director del proyecto había enviado un comunicado a los medios unos días atrás, un pequeño informe que no revelaba nada que él no supiese desde el principio: radiación electromagnética. Cualquier estudioso serio del fenómeno OVNI sabía que la presencia de estos va aparejada a alteraciones en el campo electromagnético. En su opinión, asociarlo a movimientos de magma bajo la corteza terrestre era una pérdida de tiempo y dinero público, pero es lo que pasa cuando te obcecas en buscar una explicación para cosas que no entiendes.

Él había desarrollado un mecanismo bastante rudimentario, pero efectivo, para predecir dónde se iba a producir un avistamiento. Tenía sus limitaciones porque requería estar cerca del lugar donde iba a suceder, pero le permitía anticiparse y sacar unas buenas fotografías si conseguía estar en el sitio y hora adecuados. Es cierto que muchos avistamientos no duran más de unos segundos, incluso menos. La gente se cree que la mayoría son como los que salen en los programas de misterio, donde se puede observar el fenómeno durante minutos u horas, pero, normalmente, son más esquivos y necesitan pillarte preparado.

Flavio había descubierto que las alteraciones que producían la presencia de estos objetos, provocaba que las brújulas se volviesen locas o señalasen lugares que no son el norte magnético. En muchas ocasiones sabía que estaba cerca de uno, lo notaba, veía que la

manecilla empezaba a girar errática o incluso aceleradamente, pero no se mostraban a la vista. Era necesario utilizar cámaras infrarrojas y, a veces, ni así; porque las naves no desprenden calor a menos que se encuentren liberando energía. No es que fuese un método infalible, pero sí más eficaz que ir a ciegas.

En tres ocasiones había notado esas anomalías cerca, incluso fenómenos asociados como el efecto vacío (algo que pasa cuando te encuentras aislado de todo fenómeno físico que te rodea). Los testigos de un avistamiento lo suelen llamar «silencio» porque es el sentido que dispara nuestras alarmas en el cerebro. Estamos tan acostumbrados a oír cosas que no percibimos de forma consciente que, cuando de verdad nos quedamos absolutamente sin escuchar nada, nuestro organismo se revela, avisándonos de que algo va mal. Pero, en esas semanas, no había conseguido sacar ni una triste foto decente: borrones de imágenes térmicas o alteraciones en la densidad del aire que se confundían con desenfoques en la lente; francamente, era frustrante.

La maldita brújula le había conducido a las inmediaciones del Santuario Letto Santo, en mitad de una pista forestal, rodeada de un bosque de encinas, en plena noche. Estaba a poco más de tres kilómetros, al sur de la playa, sobre una de las montañas que rodean Canneto. Hacía un calor de espanto, el reloj marcaba la una y media de la madrugada y no bajaba de los 30º C. El camino tenía cada vez más baches y, si pinchaba a esa hora, en mitad de la nada, se las vería canutas para cambiar una rueda o llamar a la grúa. Decidió parar el motor y continuar unos metros a pie, observando bajo la luz de la luna el cronógrafo en el que se había convertido su preciada brújula. Era extraño porque, unos cientos de metros atrás, pese al ruido del motor del coche, podía escuchar perfectamente el sonido de los grillos, saltamontes y otros animales que se activan en la fauna nocturna. Ahora, silencio; tan solo una tímida brisa. Estaba cerca, lo presentía.

«Vamos, Flavio, es hora de sacar todo el equipo», se dijo a sí mismo. Regresó al coche para montar las cámaras pero, cuando abrió la puerta del copiloto, un enorme cañón de luz le cegó por completo. Él puso el brazo para protegerse los ojos e intentó mirar hacia arriba, pero lo único que consiguió ver fue un destello que le impedía distinguir ninguna forma. Bajó la mirada e intentó sacar la cámara tan rápido como pudo. Cuando la tuvo lista para disparar, la luz desapareció. Estaba tan deslumbrado que no conseguía enfocar a más de un metro de distancia. Disparó al cielo, en todas las direcciones que pudo, rezando porque el objetivo captase algo. Comenzó a marearse y se tuvo que sentar en el suelo para no caerse. No dejaba de volver la cabeza a un lado y a otro, hacia arriba, en una mezcla de miedo y emoción, deseando que su vista se recuperase y temiendo descubrir,

entre las sombras de los árboles, una imagen demasiado cercana de algo que no pudiese asimilar.

De repente, se despertó: las dos y veinte de la madrugada. ¿Se había quedado casi una hora inconsciente en mitad de la nada? Su visión estaba completamente recuperada pero sentía una profunda quemazón en las manos y la cara. Se levantó del suelo, se montó en el coche y puso la luz interior para mirarse en el espejo retrovisor. Tenía toda la cara quemada salvo la franja que le había protegido el brazo al mirar hacia arriba, este estaba aún peor; la piel de esa zona es especialmente sensible. No pudo evitar lanzar unos nerviosos «Ju, ju, ju» de emoción. Se debatía entre la excitación de haber encontrado lo que buscaba y sus consecuencias, y el miedo a lo que podría haberle pasado.

«Joder… Joder… Madre mía», se repetía, tembloroso, intentando comprobar si la cámara había captado algo y sin poder dejar de mirarse en el retrovisor o de comprobar que no había nadie ni nada en cualquier dirección.

— Esto ha sido muy fuerte. Fuerte de cojones. Coño, cómo duele –se dijo comprobando el estado de la cara interna de su antebrazo.

Flavio Bonetti daba saltos de excitación en el asiento de su coche, incapaz de distinguir nada concreto en la pantalla de su cámara digital de 15 Mpx, con un zoom óptico de treinta aumentos; una maravilla tecnológica que valía el sueldo de dos meses. Pensó que sería mejor estudiarlas más tarde, en el ordenador, ahora debía largarse de allí antes de volver a desmayarse por culpa del calor o lo que fuese.

El dolor en los brazos y cara iban en aumento, se sentía como si le hubiese dado fiebre y la piel se le estaba inflamando. Aquello empezaba a parecerse a una reacción alérgica a algo y le preocupaba pasar una noche de perros, intentando conciliar el sueño. Mientras descendía por la carretera de la montaña, lo decidió: rumbo a urgencias. Pero ¿qué diablos contaría? ¿Cómo justificar esas quemaduras? «Qué demonios… Di la verdad. Que la gente se entere de una vez de lo que está pasando», se dijo en voz alta, llegando al ambulatorio de la Vía Grassi, en Santo Stefano.

Los sanitarios que le atendieron no supieron qué creer, aquel hombre parecía sincero al explicar cómo se lo había hecho, pero no se puede poner eso en un informe médico si no quieres tener problemas con la dirección del centro, así que se diagnosticó con lo que parecía más razonable: quemaduras solares de segundo grado en brazos y cara. Se le recetaron calmantes, una crema con corticoides, un gel hidratante y mucha agua. Aparte de no tocarse las ampollas, por supuesto.

———

14 de julio de 2005, 3:55 AM:

— ¿Sónar?

— Todo en orden, capitán.

— ¿Está preparada la grúa?

— Sí, capitán.

— Comandante, todo listo para lanzar el sumergible.

— Gracias, capitán –respondió Clarbruno–. Teniente, comience el descenso. Despacio, tenemos marejada de dos metros en secuencias de nueve segundos.

— Recibido, comandante –respondió el piloto del submarino robótico.

— ¿Radar? –quiso saber el comandante Verduccio.

— Señor, tenemos una señal, dos millas al suroeste de nuestra posición.

— Solicite identificación por radio.

— Recibido –dijo el operador, pulsando el botón de comunicación en la frecuencia de salvamento marítimo–. «Atención, aquí el buque de la armada Galatea. Embarcación no identificada junto a la Torre del Lauro, conteste». No hay respuesta, señor.

— Vuelva a intentarlo.

— «Nave no identificada en la Torre del Lauro, está en una zona restringida al tráfico marítimo. Conteste». Nada, señor.

— Puente, ¿qué tenemos a dos millas al suroeste?

— Está demasiado oscuro para identificarlo, comandante. No hay señales térmicas.

— Radar, ¿eslora de la embarcación?

— Unos ciento treinta metros, comandante.

— Demasiado grande para ser un pesquero que se esté saltando la prohibición. Teniente, suspenda la inmersión. No voy a comprometer la seguridad del sumergible sin saber si han desplegado redes de bajura.

— A la orden, comandante.

— Timonel, en cuanto esté en cubierta el submarino, a toda máquina hacia la torre.

— A sus órdenes, capitán.

— Señor, vehículo asegurado en cubierta.

— Señal de emergencia. Todo el mundo a sus puestos. Avisen a comandancia marítima y notifiquen nuestra posición al Granatiere. Guardamarina, a toda máquina.

— A la orden, capitán.

— ¿Qué opina, comandante?

— Estas cosas nos roban mucho tiempo. Seguro que no son más que tres embarcaciones de bajura que han fondeado en la zona

pero no podemos correr el riesgo de que una hélice se enrede en el submarino, perderíamos un día entero de trabajo.

— Pienso como usted, ciento treinta metros necesita mucho calado para estar tan cerca de la costa.

El Galatea tenía una tripulación mixta, cuatro oficiales navales y once científicos, doce si contaban al comandante Verduccio. Pese a que el buque estaba dirigido por un capitán de corbeta, Clarbruno era el oficial al mando de la misión, además del médico del barco. En un navío pequeño, con fines de investigación, el armamento y la tripulación son reducidos, eso plantea la necesidad de que el personal a bordo sea lo más polivalente posible.

— Capitán, nos aproximamos al objetivo.

— Señal de advertencia –contestó este, ordenando hacer sonar la sirena del barco–. Focos en la amura de estribor. Comunicación por megafonía.

— Qué cojones…

La cara de sorpresa del personal no dejaba lugar a dudas. Cuando el capitán se disponía a hablar por el altavoz, se dieron cuenta de que aquello no era ninguna embarcación. El objeto tenía la forma y dimensiones de un gran submarino nuclear, pero sin torreta. Por un extraño efecto óptico, este parecía estar sobrevolando unos metros sobre la superficie marina. Esto se conoce como efecto «Fata Morgana», pero jamás lo habían presenciado a una distancia tan corta, sobre la línea del horizonte, en tierra y de noche. Esto suele producirse cuando una capa de aire frío se sitúa sobre el agua y, justo encima, se superpone otra muy caliente, por lo que suele ocurrir durante el día. Sin duda era muy llamativo y les desconcertó en un primer momento.

— ¿Qué opina, capitán? ¿Tenemos comunicación de algún submarino en la zona?

— No, comandante. Voy a pedir instrucciones al puerto de Tarento. Si hay actividad aliada en la zona, ellos son los únicos que pueden contestarnos.

El equipo de científicos se asomó a la barandilla del buque Galatea para no perder detalle de aquel sorprendente descubrimiento. Si era un submarino, no se parecía a ninguno que hubiesen visto. Lo peor es que, para el personal militar, también era una clase de navío que les resultaba imposible reconocer.

— Es alucinante, parece como si flotara tres o cuatro metros por encima del nivel del mar –dijo uno de los técnicos de sónar.

— No te emociones tanto, es un efecto Fata Morgana –respondió el comandante que, por más alto que lo dijese, no terminaba de creérselo ni él mismo.

El capitán estaba hablando con la comandancia marítima de

Tarento cuando aquella cosa empezó a elevarse por la proa. Poco a poco fue colocándose completamente en vertical, dejando a la vista una enorme torre elipsoidal, como si se tratara de un supositorio gigante o de un rascacielos, sin ventanas ni escotillas de ninguna clase. No estarían a más de seiscientos metros del objeto cuando, de la parte superior este, se desprendió una luz azulada hacia el cielo, como en el lanzamiento de un misil, pero sin producir ningún tipo de ruido. Un instante después, desapareció frente a sus ojos y de la pantalla del radar. No se marchó volando a una velocidad desorbitada ni nada parecido, simplemente desapareció.

Puede que aquello pareciese una alucinación colectiva pero el radar lo había registrado y se quedó grabado en la memoria interna del buque. Anomalía técnica, concluyeron desde el almirantazgo.

Para Clarbruno, que aparte de militar era un destacadísimo científico, aquel sería un punto de inflexión en su investigación sobre lo que sucedió en Canneto, pero no revelaría nada si quería mantener su puesto. Lo que sí que podía hacer era compartir su descubrimiento con su amigo Francesco y empezar a plantearse que, las hipótesis más descabelladas, podían tener una base bastante sólida de investigación. Había que empezar a construir un informe que recogiese este tipo de fenómenos entre la población civil y, lo que era más importante, en el interior del propio ejército.

———

El sindicato de pescadores de la isla estaba muy crispado con las restricciones que se habían impuesto. Desde la Asamblea Regional se intentaba calmar los ánimos con la promesa de ayudas e indemnizaciones pero, de las más de tres mil embarcaciones de la flota, medio centenar veían limitadas sus capturas a diario. Se exigía un plan que limitara, por sectores geográficos más reducidos, las investigaciones militares y, un buen número de ellos, se quejaban de pruebas, fuera de las áreas de exclusión, que ahuyentaban la pesca.

Varios representantes afirmaban haber visto extrañas luces azules en el fondo marino y emanaciones submarinas de gases de más de un kilómetro cuadrado; esto desorientaba a los peces y atraía a las ballenas. Precisamente, esa fue la explicación que le dieron los miembros de la asamblea: ballenas, en concreto, orcas. Pero no se puedes decir a un patrón, con más de treinta años de oficio, que no sabe distinguir entre los círculos de burbujas que usan las orcas para cazar y lo que ellos estaban viendo en las aguas del Tirreno. «Aquello parecía que el mar estuviese hirviendo. No tiene nada que ver con las ballenas», aseguraban. «Son los submarinos americanos quienes están espantando la pesca», se quejaban. «No creáis las tonterías que dicen en la prensa», les respondían, intentando calmarlos.

La reunión terminó sin ningún acuerdo y con los ánimos más alterados que cuando empezaron, pero una huelga perjudicaría a todos y las cosas no estaban para perder ni un euro. Con más pesar y frustración que soluciones, aquella noche volverían a echarse al mar.

Viernes, 12 de agosto de 2005:

38º14'N 14º34'E. El Marina II llevaba tres horas faenando en las aguas del norte de las Islas Eolias. Las capturas no estaban siendo buenas; el mes entero estaba siendo horrible. Cada vez se alejaban más de la costa en busca de unos bancos de peces que parecían haberse marchado. De seguir así la semana siguiente, les resultaría más rentable quedarse amarrados en puerto que salir a faenar. La presión crecía entre los marineros de aquel pesquero que, día tras día, veían cómo los gastos de combustible y aparejos se comían el beneficio de las escasas capturas que llevaban a la lonja.

— ¡Marineros! ¡Atentos todos! ¡Tengo un banco enorme en el sónar! –dijo el capitán lanzando vítores de alegría.

— ¡Yuuuujuuuu!

— ¡Preparaos para echar la red!

— Madre mía… Debe haber cientos de miles –dijo uno de ellos al mirar la pantalla en la cabina.

— ¡Venga, a tu puesto! ¡Rápido, rápido! Por mi madre que hoy volvemos con las bodegas a tope y la quilla sumergida.

La señal indicaba que el banco estaba una milla al este de su posición. Aquella era la oportunidad que llevaban esperando desde mayo, fecha desde la cual no hacían una captura decente. Pusieron el motor a toda máquina, rezando porque aquella pantalla siguiese mostrando la sombra por la que tanto habían rezado cuando estuvieran allí. Las redes caían al mar tan rápido como el motor podía desliarla y los marineros ayudar en el lanzamiento para que no se enredara. Cuando llegasen, esperaban tenerla completamente desplegada en el fondo marino, cual vela que ondea al viento. Estaban tan ocupados que nadie levantaba la vista de la cubierta, ni quiera el capitán, que navegaba mirando la señal del sónar, en lugar de mantener la vista en el puente.

— Jo… der…

El capitán detuvo el motor inmediatamente. Se quedó con la boca abierta, paralizado, mirando al frente. Los hombres empezaron a gritar, preguntando qué pasaba. El capitán no respondía, así que se acercaron el puente. Allí lo vieron, con la mirada perdida en el horizonte, como si estuviese viendo un fantasma.

— ¿Capitán?, ¿me oye?

Los cuatro marineros se acercaron al puente pero, al volver la vista hacia el frente, se dieron cuenta de lo que pasaba.

Sus caras de asombro reflejaban que allí había algo más importante

que hacer la captura del año, que llevar el pan de varias semanas a la mesa de sus familias. Se sintieron como George Clooney frente al tsunami de *La Tormenta Perfecta*; pero no tenía esa forma, no. Era como si la luna hubiese bajado del cielo, una enorme esfera rosada brillaba a unas millas de distancia, frente a ellos. La auténtica, la tenían unos grados más arriba, en su fase más discreta: luna nueva. Sí, aquella madrugada había luna nueva y las estrellas iluminaban un mar en calma, millones de ellas, pero una había bajado a posarse sobre la tierra; o sobre el mar, mejor dicho.

Aquella enorme esfera se quedó detenida unos minutos en el cielo para, finalmente, zambullirse bajo las aguas del Mar Tirreno. Su descenso fue vertical, sosegado, como si no quisiese levantar oleaje para no poner en riesgo a la embarcación. Llevaban muchos días escuchando cosas en el puerto, incluso habían hablado con marineros que decían haber visto luces extrañas bajo el agua, pero nadie se había topado de frente con una cosa como la que tenían delante.

Tras desaparecer, el motor volvió a rugir, a toda máquina. No, el capitán no lo había apagado, ahora se dio cuenta. En su cabeza era difícil distinguir si había mirado aquello y apagado las máquinas o sucedió sin que él tuviese nada que ver. Es curioso cómo algunos recuerdos se mezclan o tapan a otros cuando ves algo imposible, es como si tus sentidos se colapsaran y solo pudiesen centrarse en una cosa.

Esta vez no se callarían, contarían lo sucedido nada más llegar a puerto, con las manos vacías, como tantos días. Cosa bien distinta es quién se iba a creer aquella historia: ¿Nadie?, ¿casi nadie? Qué más daba, fue lo que pasó y punto. Nadie puede imaginarse cuánto puede obsesionarse una persona con algo así, tiene un efecto magnético; te atrapa y no puedes salir de ese pensamiento durante semanas, meses. Nunca es igual y cada uno asume los hechos que no puede entender, de forma diferente.

Capítulo 3:

Llevaban meses estudiando el fenómeno y los incendios, lejos de desaparecer, se repetían constantemente sin encontrar una explicación que los justificara de un modo natural. El Dr. Venerando intercambiaba información, a diario, con sus colegas de las pruebas que venían realizando; en total: catorce vías de estudio:

- La Fuerza Aérea Italiana realizó un mapeo detallado de toda la franja norte de Sicilia así como de las Islas Eolias.
- El buque Galatea realizó mediciones magnéticas, geofísicas y vulcanológicas de toda la costa, así como de las islas.
- Se instalaron sensores y antenas de detección de ondas electromagnéticas en diferentes zonas de Canneto, así como en numerosas zonas boscosas donde habían ocurrido combustiones espontáneas.
- Se instalaron cámaras de vigilancia en las áreas afectadas con tecnología infrarroja.
- Se hizo un análisis del espectro ultravioleta de los lugares que presentaron anomalías.
- Se construyó un detallado mapa físico del fondo marino en un área de varios cientos de kilómetros cuadrados.
- Se rastrearon e investigaron infinidad de casos en los que, bien a través de testigos o con medios tecnológicos, se detectó presencia OVNI.
- Se realizó un estudio botánico de diferentes anomalías en la flora, entre las que se encontraban: maduración espontánea, alteraciones genéticas y combustiones internas.
- Análisis químico de los puntos de ignición en focos aislados o silvestres.
- Análisis patólogo-forense de las especies que aparecieron muertas sin causa aparente.
- Mediciones de las alteraciones atmosféricas mediante el lanzamiento de numerosas sondas de exploración.
- Instalación de boyas para tomar medidas en las alteraciones en la temperatura del mar, en las mareas o corrientes marítimas.
- Medición y análisis de alteraciones gravitatorias sin causa aparente.
- Análisis de todo el espectro de radiofrecuencias.
- Peritación criminalística de los focos y escenarios de los sucesos.

Todas las pruebas les conducían en un único sentido, un fenómeno inexplicable y esquivo cuya única prueba física era un rastro de radiación electromagnética que los traía de cabeza. El problema está en que resulta imposible predecir con antelación dónde se va a producir un incidente y los sensores no captan la fuente de origen si no se encuentran en ese punto exacto. Cada vez conseguían más datos, pero la información no tenía ningún sentido, por no decir que era racionalmente imposible.

Los equipos indicaban mediciones muy dispares cuyo origen no podía ser natural, requería una intencionalidad y no conseguían encontrar nada que lo relacionase con interacción humana.

— Si vuela como un pato, grazna como un pato y parece un pato, ¿qué es?

— Un tipo disfrazado de pato –respondió el Dr. Venerando.

— Mira que eres duro de molera, eh –le protestó su amigo Clarbruno.

— Vamos a ver, precisamente porque parece lo que parece, hay que tener todas las pruebas que puedan rebatir la información que estamos recogiendo. No podemos decir al mundo: «Eh, que los extraterrestres existen. Están en aquí y no tenemos ni idea de por qué ni qué están haciendo». Si no sabemos si son de aquí o vienen de otra parte. Si no sabemos nada, nada más que tenemos testimonios que no se ponen de acuerdo y registros de datos que no comprendemos.

— La Sexta Flota no está operando ahora en la zona, ya lo sabes: no son militares.

— ¿Y el MVOS? Allí hay numerosas antenas de microondas de la OTAN. Algunas bandas de emisión que hemos recogido son idénticas a las que se utilizan para las comunicaciones con la estación espacial internacional o algunos satélites.

— Si fuese eso, nos lo habrían dicho los de la NASA, nos ordenarían parar la investigación y, a ellos, abandonar las pruebas.

— Esto tiene un punto de origen y pienso encontrarlo aunque me lleve diez años más.

— ¿Crees que te van a dejar este pueblo como laboratorio todo ese tiempo? No seas ingenuo, amigo mío.

— A ver, no es que no te crea, Clar, pero yo no he tenido el privilegio de contemplar lo que tú sí has visto. Déjame que sea lo más escéptico y racional posible. Sabes que si no está todo perfectamente atado, esto será el final de nuestras carreras.

— Claro que hay que tenerlo todo bien atado pero llevamos cuatro meses rastreando en fondo marino, buscando movimientos magmáticos en los que no hay nada inusual en la

zona en la que nos encontramos. Deberíamos centrarnos en las lecturas que dan datos positivos y ver hasta dónde nos conducen.

— Sabes igual que yo que, si no tenemos descartadas todas las opciones, nuestro trabajo tendrá fisuras y por ahí lo desacreditarán.

— Pero nos va a llevar años, no tenemos tanto tiempo.

— Tú déjame eso a mí. La política es como cualquier otro trabajo, solo hay que tener contentos a los jefes y no hacer público nada comprometido sin su autorización.

— En la armada ni con autorización, todo es secreto –respondió Clarbruno, dejando entrever su frustración, al no poder enseñar a nadie más las pruebas que le habían pasado desde la fragata Granatiere, en la que se veía, claramente, a dos objetos no identificados sobre la isla Vulcano.

———

— ¿De dónde vienes a estas horas?

— ¿Me queréis dejar en paz? –contestó Peppe sin tan siquiera detenerse.

— No, no, no… No te vas a largar a tu cuarto así como así –le replicó su madre–. Son las tres de la mañana y no tengo ni idea de con quién andas a estas horas. Tienes diecisiete años, no treinta. Soy tu madre y soy responsable de ti.

— ¡No eres responsable de nada! ¿Entiendes? Estoy hasta los cojones de que me queráis controlar en todo lo que hago.

— ¿Se puede saber qué es este griterío a las tres de la madrugada? –dijo Nino que se había despertado con la discusión.

— Tu hijo, que acaba de llegar, cuando le dije que estuviera aquí a las doce y media. ¿Dónde diablos te metes un día de diario a estas horas?

— Estoy de vacaciones, ¿vale?

— Vacaciones… Como si te las pudieses permitir. Has tirado el curso por la borda y no estás estudiando nada en el verano. ¿Crees que vas a aprobar por tu cara bonita?

— ¡Ah, claro! Perdona, es que no tenía nada de lo que preocuparme –respondió con más cabreo que ironía si eso era posible.

— Peppe, sé que lo estás pasando mal, lo entiendo. Pero tienes que dejar que te ayudemos –respondió Feli, intentando conciliar posturas.

— ¡No, no tienes ni puta idea!

— ¡A tu madre no le hablas así! Discúlpate o te cruzo la cara.

— Me dais asco. ¡Os odio! –respondió, volviéndose a marchar a la calle, sin esperar ninguna réplica.

Feli estaba tan preocupada… Primero lo de Bianca, después las notas, ahora las salidas y entradas de madrugada. Antes sabía que estaba con ella y que el mayor problema que podía llevarles a casa era un nieto, pero ahora estaba descontrolado. Su ropa olía a alcohol, a tabaco y a hachís. Ella no había querido decirle nada al padre para no preocuparlo pero, su pequeño, se estaba descontrolando del todo y tenía que hacer algo para detenerlo.

— No te preocupes, mujer. Solo está cabreado con el mundo porque ha perdido a la persona que más quería. Se le pasará –dijo Nino, consciente de que a esa edad todo se vive con mucha intensidad.

— O no se le pasa y tuerce su vida para siempre. Está en un momento muy malo, Nino. Aparece a las tantas todos los días, no hace caso de nada de lo que le digo, viene aquí a dormir y a comer, no estudia, no ayuda en nada.

— Es la adolescencia. ¿No te acuerdas?

— Yo no era así. Nunca lo he sido.

— Los chicos son diferentes a las chicas, son más independientes.

— Que no, Nino, que lleva tres días seguidos bebiendo y fumando de todo, que lo huelo sin necesidad de acercarme y se le nota en los ojos.

— Está bien, iré por él. Me lo traeré a casa aunque sea de los pelos si hace falta.

— No, vamos a hacer otra cosa que me va a doler a mí más que a él. Echa el cerrojo por dentro y no le abras cuando vuelva. Que pase la noche en la calle, como pretende hacer sin nuestro permiso. Cuando regrese en busca de cama y comida, se dará cuenta de lo que nos necesita.

— Feli, es menor, no podemos hacer eso. Nos guste o no, somos sus responsables legales.

— Pues si eres responsable de tu hijo, sé su padre, que nunca te enteras de nada a menos que te lo diga. Averigua con quién anda todas las noches, hasta tan tarde, y mete las cabras en el corral.

— Está bien –dijo Nino con cara de pocos amigos, consciente de que al día siguiente debía trabajar y no iba a pegar ojo en toda la noche–. No me esperes despierta –respondió, poniéndose los pantalones y cogiendo las llaves.

———

— Joder, tío. Me tienen hasta la polla mis padres. Se creen que

sigo siendo un crío o algo así. No paran de agobiar todo el puto día.

— ¿Quieres? –dijo Anthony, ofreciéndole un canuto.

— Sí, dame, anda. A ver si me relajo un poco porque no puedo con este puto estrés. ¿Sabes lo que más me jode? Que se creen que saben cómo me siento. Como si a ellos se les hubiera muerto la persona más importante de su vida.

— A lo mejor eres tú –respondió Anthony.

— No sé, tío, supongo, pero no me he muerto y por eso no lo pueden entender. –Anthony, que era cinco años mayor que el joven Pezzino, llevaba una vida desordenada y entregada a los vicios, pero tenía un grado de madurez que solo se alcanza con la edad que le faltaba el chico–. ¿Queda alguna birra?

— Sí, tienen que estar en la bolsa de atrás.

— ¡Joder, los carabineros! –gritó Peppe, lanzando el porro tan lejos como pudo.

Una patrulla encendió las luces de emergencia detrás del coche de Anthony. Iba a ser imposible quitar el olor antes de que se acercaran, así que no sabían qué hacer. Un agente se acercó por el lado del conductor y el otro por el del copiloto. Quitaron la música y movieron las manos, intentando disipar el humo del habitáculo, pero era una estupidez.

— Buenas noches –dijo uno de los agentes, apuntándoles con la linterna–. ¿Algún problema?

— Sí, que tengo el rabo que me quema –dijo Peppe, en un tono desafiante, antes de explotar de risa–. ¡Tira, tío! ¡Arranca!

Anthony se puso nervioso al escuchar la respuesta del joven Pezzino, pero consiguió poner el motor en marcha y salir del descampado, quemando ruedas, con las luces apagadas. Los carabineros les dieron el alto varias veces, pero no hicieron caso. La multa por consumir era considerable, pero peor si te pillan al volante; no quedaba otra que darse a la fuga o su tío le cortaría los huevos. Su experiencia como mecánico le permitía tener el coche siempre a punto. Él era más rápido que cualquier todoterreno del cuerpo y lo iba a demostrar. Lo que sus inmaduros cerebros no sabían es que el coche patrulla graba las matrículas y los detendrían tarde o temprano, era una cuestión de tiempo.

Por suerte para Peppe, fue tarde: a la mañana siguiente. Por primera vez se había metido en un marrón, con un colega que no le delató, se comió todo él solo. Pero si volvía al calabozo por tercera vez, resultaría complicado salir de allí sin antecedentes.

El joven Pezzino se daba cuenta de que su vida se estaba yendo por el desagüe, desafiaba a su familia, a sus amigos de siempre, a los profesores, a la policía. Se creía con el derecho de hacerlo porque

estaba enfadado con el mundo, porque había sido injusto con él y ahora alguien debía pagarlo; todos a ser posible. Pero, en el fondo, sabía que eso le acabaría llevando a prisión o si no, a algo peor. Porque siempre hay personas más malas que tú, por muy furioso que te sientas. Solo tienes que tropezarte con ellas una vez para acabar con una puñalada en el estómago o un tiro en la cabeza. Aquello era un pueblo, sí, pero no debía olvidarse de la otra Sicilia, la que vive al margen de la ley, la cuna de la camorra.

Pasaban diez minutos de las seis de la mañana cuando Peppe llegó al hotel en el que vivían los habitantes de Canneto. Feli estaba en el sillón, esperando a que llegara, sin pegar ojo en toda la noche. Él la miró desafiante y ella guardó todas las palabras que tenía que decir para otra ocasión. Ninguno cruzó una palabra con el otro, todo se quedó en un duelo visual que duró lo que el chico tardó en cruzar el pasillo hasta el dormitorio. Cuando cerró la puerta, avisó a Nino de que había llegado. El pobre llevaba toda la noche dando vueltas sin conseguir encontrarlo y, en una hora, tendría que irse a Mesina, a trabajar, donde le esperaba una montaña de papeleo atrasado.

Serían las tres de la tarde cuando se despertó. Estaba extrañado del silencio que había reinado durante toda la mañana. Normalmente, su madre hacía bastante ruido preparando el desayuno, recogiendo los platos u ordenando el apartamento, pero aquella mañana durmió como hacía mucho que no conseguía hacerlo. Nino había vuelto de la oficina temprano, los dos tenían mala cara y le miraban sin decir nada. Él saludó con un tímido hola que no halló respuesta, y entonces lo vio.

— ¿Y eso? –preguntó, señalando una maleta que había en el pasillo.

— Son tus cosas –respondió Nino–, te vas a vivir a casa de la abuela.

— Ni de coña –respondió bostezando, rascándose la cabeza, camino del baño para orinar parte de los tóxicos que su riñón había conseguido filtrar de su organismo.

— Esto no es una negociación, aquí hay normas y no cumples ninguna de ellas. Hemos tenido mucha paciencia porque sabemos que lo estás pasando mal, pero eso no te da derecho a jodernos la vida a tu madre y a mí.

— Dejadme en paz, ¿vale? Es muy pronto para que me comáis la cabeza. ¿Y la comida? ¿Por qué está la nevera vacía?

— Peppe, no estás escuchando y la cosa va muy en serio. Te vas a la calle por las buenas o por las malas.

— No podéis echarme de casa, todavía soy menor de edad; se os caería el pelo.

— No, pero si te puedo meter en un internado todo el curso que

viene, por eso, porque eres menor de edad y no puedes decidir qué hacer con tu vida.

— Sí, claro… Os vais a gastar una pasta solo para que estudie y no llegue tarde a casa.

— Nos vamos a gastar una pasta para que no te conviertas en un mal hombre, para que dejes de beber todos los días y ponerte hasta las cejas de porros, para que no acabes en prisión o muerto en cualquier esquina. Nos vamos a gastar todo el dinero que tenemos guardado para que aprendas una importante lección.

— Que paséis de mí, joder… ¡Coño ya!

— Me da igual las palabrotas que digas. Quedan dos semanas para que empiece el curso, ese tiempo lo vas a pasar con tu abuela. Y como tenga la más mínima queja de ella sobre ti, te mando a una academia militar en lugar de a un internado.

— Idos a la mierda.

Peppe se metió en su habitación, con el estómago vacío y la cabeza a punto de estallar. Sus padres se habían puesto en plan capullos, intentando darle una lección. ¿Qué se habían creído? Venirle con lecciones a él, Ja… Sería mejor largarse hasta que las cosas se calmasen porque no los soportaba.

Con un vaquero sucio y una camiseta que olía a cuadra, que fue lo único que encontró de toda su ropa, salió de la habitación, dispuesto a coger la puerta y no hablarles en lo que quedaba de día. Su madre estaba en mitad del pasillo. Ella, que no había abierto la boca pero que consentía que su padre le dijese aquellas cosas.

— Déjame pasar –le dijo con un tono que sonaba a advertencia.

— Llévate tu maleta antes.

— Qué maleta ni qué niño muerto, que me dejes pasar, que me largo.

— Te vas a casa de tu abuela. Ya has oído a tu padre.

— Con la abuela te vas tú, gorda de mierda.

— Que Bianca haya muerto, no te da derecho a hablarme así.

— Ni… –dijo levantando la mano, en una clara amenaza de abofetear a su madre– la menciones. ¿Te enteras? –gritó.

Nino se levantó del sofá, como alma que lleva al diablo, para interponerse en su camino. Con el puño alzado, se lanzó hacia su hijo mientras Feli cerraba los ojos, temiendo que su hijo le pegase.

— ¡Como le vuelvas a levantar la mano a tu madre, te arranco la cabeza! ¿Lo entiendes?

Los dos tenían la mano alzada, amenazando con romper ese límite que conduce hacia un camino sin retorno, el de perderse el respeto mutuo para siempre. Peppe bajó su brazo, consciente de lo que estaba haciendo. Su ira le estaba cegando, acababa de amenazar a su madre

con pegarle y el viejo gordo había saltado sobre él como no lo había visto hacer en su vida. ¿Cómo habría llegado tan rápido? Si normalmente tiene que apoyarse en los dos brazos para ponerse de pie. No tuvo tiempo para pensar más, Feli se echó a un lado, su padre abrió la puerta del apartamento y lanzó la maleta del chico al pasillo.

— ¡Largo!

Peppe comprendió que la cosa iba muy en serio. Así que no le quedó otra que morderse la lengua, coger la maleta e irse. Por el pasillo fue golpeando todo cuanto encontró su paso con ella, intentando desahogar la rabia que llevaba dentro. Varios vecinos se asomaron, asustados por el escándalo de las voces y los golpes del chico, pero nadie se interpuso en su camino ni dijo nada. El balance de aquella bronca fue un extintor y una papelera destrozados, y todo el equipaje desperdigado por el pasillo del hotel. Pero lo peor se quedó en el interior de sus corazones, fracturas que no se arreglan con dinero.

Feli se echó a llorar nada más marcharse. Nino la abrazó como hacía mucho tiempo que no hacía. Por su cabeza rondaban las dudas de un modo que no sabía ordenar: ¿Había sido demasiado duro? ¿Sería esa la solución? ¿Dónde se iría su hijo? ¿Llegaría a casa de la abuela o les castigaría con varios días desaparecido para vengarse? Nino sabía que Peppe necesitaba un psicólogo para expresar su dolor, para curarse de las heridas que le había dejado su primer amor, pero él se negó a ir y no hablaba de Bianca, jamás. El silencio se lo estaba comiendo por dentro y cada vez quedaba menos de su hijo. Había pasado del mutismo a la ira, de no salir de casa ni de su habitación para nada a no entrar más que para dormir o comer. Había tomado la vía fácil, la de ocultar los problemas, enterrarlos, ahogarlos en litros de alcohol y rabia descontrolada. Peppe había explotado, tomando un camino de difícil retorno y eso solo se arreglaba tomando medidas drásticas. Si no podían con él, era cuestión de tiempo que acabase en el pozo de la droga y la delincuencia, que se matase en un accidente o que se metiera en peleas con quien no debía. Su hijo estaba en el momento que todo padre teme, el que determina quién vas a ser como hombre y las perspectivas no podían ser peores.

———

— He venido en cuanto me he enterado –dijo Marila con cara de pena–. ¿Cómo estás, bombón?

— He tenido días mejores –bromeó.

Verlo allí plantado, con tantos potingues enchufados a sus venas, hacía que se le cayese el alma a los pies. Resultaba increíble cuánto cariño le había cogido en tan solo unos meses, más del que era consciente. Aquel chico tan guapo, de cuerpo perfecto y sonrisa de

anuncio, se debatía entre la vida y la muerte por una maldita enfermedad.

Añoraba sus bromas, su carácter extrovertido y sus intentos de ligar con ella. Si no quisiera tanto a Anna, quién sabe, pero la amaba. Leonardo Di Lorenzo, alias Pikachu, había sido su confidente todo este tiempo; el hombre que le contaba lo que se estaba cociendo en las entrañas de un pueblo blindado y maldecido por el destino. No había cobrado un céntimo por ello; no, aquello no era una cuestión de dinero, sino de principios. Él parecía contentarse con coquetear con ella, como haría con tantas otras. Sin duda, con bastante éxito porque resultaba complicado resistirse a sus encantos. A ella no le importaba que lo hiciera, al contrario, se sentía halagada y hombres como él le hacían recordar que no era tan lesbiana como se pensaba y asumir su bisexualidad con normalidad.

— Viéndote así me da cosa llamarte Pikachu, pero no sé tu nombre.

— Leonardo –dijo, sonriendo con condescendencia–. Lo de Pikachu fue por una novatada cuando ingresé en el cuerpo de Caronia.

— Ah, ¿sí? Nunca me lo habías contado.

— Intento evitar esas cosas para que no perjudique mi imagen de tipo duro –respondió con una mezcla de dolor, por las cosas que le estaban metiendo, y una tímida sonrisa que mantuviera su carisma.

— Guau… tengo que tomar notas de eso –bromeó Marila, sacando una libreta–. Cuéntame, por favor.

— Nada, es una tontería. El primer día que comimos allí, los compañeros, que ya sabes que son muy hijos de su madre, pidieron comida china. Michelle, que parece tan serio con todos, es el más cabrón de todos y el que se encarga de las novatadas. Total, que estábamos comiendo una sopa y pato a la pekinesa. Yo suelo pasarme con la salsa del pato porque me flipa y el tío cogió y volcó medio tarro de paprika en la mía sin que lo viera. Al segundo bocado estaba rojo como un tomate, intentando aguantar, mirando a los demás comer tan normal. Yo no quería parecer el blandito del grupo. Si los demás pedían el pato así… no iba a ser menos.

— Ya me lo imagino. Tú, todo chulo, aguantando las lágrimas –aseguró Marila conteniendo la risa.

— Yo estaba sudando, pero tenía mucha hambre. Así que cogí el bol de la sopa y empecé a beber como si fuese agua. Mira… no te puedes imaginar; aquello era fuego. Si habían puesto medio bote en el pato, el otro medio estaba en mi sopa.

— Ja, ja, ja –Marila ya no pudo aguantar más la risa, incluso

tuvo que echarse las manos a la boca para contenerse y evitar que le llamasen la atención las enfermeras.

— Joder –dijo, recordando, muerto de risa–. Empecé a gritar: ¡Pica!, ¡pica!, ¡pica! A correr, buscando el agua como loco, que por supuesto la habían escondido.

— Ja, ja, ja. No puedo más –aseguró ella, llevándose las manos a la barriga, la cual, le botaba con las carcajadas.

— Pica, pica… pues Pikachu. Se lo puse a huevo a los muy mamones.

— ¡Ja, ja! –se rió, con el aire entrecortado, de una forma que sonó ridícula.

— ¡Shiiisss! Silencio, por favor –les regañaron al fin. Algo que se veía venir.

— Que sepas que me tienes que compensar por esto y que no te doy permiso para publicarlo.

— ¡Ja! Venga, vale, está bien.

— Madre mía, lo que te ha costado darme una cita.

— ¿Cita? –dijo ella con evidente sorna–. ¿He pronunciado la palabra cita?

— No pretenderás invitarme a un chino después de lo que te he contado.

— Ja, ja, ja… No, tranquilo. Me encantaría cenar contigo cuando estés mejor. Y de verdad que me encantarían más cosas pero…

— Tienes novio.

— Algo así.

— Bueno, la cena ya la tengo conseguida. Solo he tenido que acabar en un hospital, medio muerto, para que aceptes, pero lo he logrado.

— Ja, ja. Eres de lo que no hay. Ahora tengo que irme, pero volveré a verte pronto, ¿vale?

— Vale. Pórtate bien y no desesperes a demasiada gente.

— Lo intentaré. ¿Tú sabes si hay alguien más que haya desarrollado esto en el equipo o entre los habitantes del pueblo?

— Ni idea, ¿por qué?

— Porque no es el primer caso del que me entero, en muy poco tiempo, y me mosquea un poco.

— Ya está la reportera trabajando. No descansa la tía.

— Anda, guapo. Cuídate y ponte bueno pronto si quieres que vayamos a esa cena.

— Está bien, ahora ya tengo un aliciente.

— Serás tunante… Si tienes a media Mesina revolucionada y a todas las enfermeras de la planta. ¿No te bastaba con Mesina y

ahora quieres conquistar Palermo?, ¿eh?

— Huy, tunante. Cuando averigüe lo que me has llamado, me defenderé. Prepárate.

— Vale. Un beso, guapo. Hasta pronto.

Marila se fue del Clínico con la sensación de que la desgracia recaía sobre las mejores personas o, al menos, sobre las que tenían algo especial. No pudo evitar acordarse de Bianca mientras hablaba con el que había terminado por convertirse en un buen amigo. Lo mantenía en secreto, como su relación con el capitán Leccio, pero estaba segura de que aquella chiquilla tenía algo, y no era maligno, como algunos le habían dicho. Solo la vio una vez pero era suficiente para ella, tenía una especie de sexto sentido a la hora de calar a las personas. Ella no creía en Dios ni nada de eso pero, si sirviese de algo, hubiese rezado para que el destino de Pikachu fuera diferente al de aquella pobre chica.

———

Peppe había ido a ver a Anthony, pero cuando le dijeron que estaba en comisaría, se asustó. Esperaba que le dejase pasar unos días en su casa pero su tío le hubiese mirado raro. El viejo Filippo estaba emparentado con la madre de Bianca, así que, en cierto modo, era una especie de tío-abuelo segundo de él, pero no tenía relación con sus padres más allá de un cortés saludo cuando se encontraban por las calles del pueblo. Tenía fama de estar al tanto de todo y eso le producía rechazo porque, a buen seguro, era uno de los que dijeron algo en contra de la relación que mantuvo con ella. Que Anthony y Bianca fueran primos fue lo que le unió a este tras su muerte, pese a la diferencia de edad; eso y el fin de su amistad con Piero.

En un pueblo tan pequeño, no hay muchas personas de tu edad, por eso se iba a Caronia siempre que podía, pero ahora estaba más lejos, en Santo Stefano, y sus antiguos compañeros de clase quedaban demasiado apartados para ir andando a diario.

Al final no le quedó más remedio que hacer autostop para llegar al único lugar donde se encontraría con caras amigas. Un camionero le recogió en la estatal y le dejó en el centro, a unos cientos de metros de la playa donde, sus compañeros, se reunían para jugar al fútbol todas las tardes. La verdad es que llevaba todo el verano sin verlos y que, de un tiempo para acá, estuvo tan inmerso en su relación de pareja que se había olvidado por completo de los colegas con los que compartía los descansos durante las clases.

Al llegar a Marina de Caronia, cerca de la iglesia, sintió la nostalgia como no le sucedía desde los primeros días tras el entierro. La explanada donde jugaban sus amigos estaba vacía. No se le ocurrió que, durante el verano, la vida diaria se alteraba y los chavales se van

con sus familias a la playa o de vacaciones. Para él, aquel era un pueblo vacío, repleto de caras desconocidas que venían a darse un chapuzón desde el interior. Deambuló un buen rato por la costa, movido por la pena y con el estómago rugiendo de hambre. Miró su cartera, donde tan solo había cinco euros, suficientes para comprarse algo con lo que llenar la barriga.

Estaba siendo un imbécil. ¿Dónde iba a dormir? ¿Qué haría cuando volviese a tener hambre? Se compró una porción de pizza en un local que había cerca de la iglesia y una cola, ya solo le quedaban dos euros para sobrevivir. Se dio cuenta de que la camiseta olía a rayos, igual que él, así que buscó una ducha de la playa y se metió bajo esta con la ropa puesta. Cuando terminó, fue consciente de que no había sido una buena idea; la ropa pesaba una tonelada. Se desprendió de ella, quedándose en calzoncillos, y la escurrió tanto como pudo. Descalzo, caminó hasta el paseo marítimo, buscando un lugar sobre el que colgarla para que no se manchara de arena. Fue entonces cuando se encontró en la situación más bochornosa que podía imaginarse. Sí, justo en frente estaban Marta Ponelli y María Pombo, las dos chicas más populares del colegio. Ellas, junto con otras tres amigas, le miraban entre risas al verle con aquella pinta, como un mendigo que vive bajo un puente y lava la ropa en una fuente pública. Quiso salir corriendo de allí, avergonzado, pero no le dio tiempo.

— ¿Ese no es Peppe Pezzino?

— Sí, ostras, es verdad. ¿Qué demonios está haciendo? Se está quedando en pelotas –se echó a reír Marta.

— Vamos a hablar con él –sugirió María.

— ¿Qué dices, tía? Parece un tirado –le recriminó una de las amigas.

— Está en la clase de al lado, lo conozco. Tranquila.

— La verdad es que es bastante mono –dijo otra pegándole un repaso de arriba abajo.

— Sí, un bombón –confirmó Marta.

— ¡Ostras! Nos ha visto. Está recogiendo la ropa. Vamos a preguntarle qué le pasa antes de que se vaya.

— Hola –dijo María con voz juguetona.

— Hola –respondió Peppe sin saber dónde meterse de la vergüenza.

— ¿Qué estás haciendo? –quiso saber Marta.

— Es que me he caído y me he manchado la ropa con barro, así que, como ya estaba mojada, se me ocurrió limpiarla en la ducha porque así no me iban a dejar subirme en el tren –improvisó.

— Estás muy mono así, en calzoncillos, marcando todo el paquete –se atrevió a decir María.

Peppe se tapó, con ambas manos, al ser consciente de que las chicas se estaban fijando precisamente ahí. Quiso que la tierra se lo tragase porque estaba claro que, en cualquier momento, le iban a decir alguna cosa que lo dejase en ridículo. Marta terminaba el colegio ese año y entraba en la universidad, por lo menos se libraría de una de ellas y del apuro que estaba pasando con las cinco chicas plantadas frente a él.

— Aquí no deberías quedarte con esa pinta. Si pasa la poli, lo mismo te llama la atención.

— Bueno, son unos bóxer, tampoco hay tanta diferencia con un bañador –se justificó él.

— Con un bañador no se te transparenta todo, guapo.

Aquella frase terminó de matarlo. Sin embargo, para las chicas, su timidez les resultaba cada vez más atractiva y empezaron a urdir un plan. Una de ellas empezó a cuchichear al oído de la otra mientras que, Peppe, se sentía cada vez más molesto con la situación.

— Decidido, te vienes con nosotras a casa de Marta. Sus padres no volverán hasta mañana por la noche, así te podrás lavar la ropa y secarla en condiciones.

En realidad aquella era la ayuda que necesitaba pero, cinco chicas y algunas mayores que él, seguro que estaban tramando hacerle alguna putada. Las miró inquisitorialmente, esperando adivinar el truco: posiblemente robarle la ropa y dejarlo en pelotas en mitad de la calle pero se las veía tan sonrientes…

— Vamos, hombre. No seas tímido.

— Eso, no te vamos a comer.

— O sí, quién sabe.

— Ji, ji, ji.

— No me estaréis tomando el pelo, ¿verdad? No tengo mi mejor día precisamente. –Las chicas volvieron a cuchichear entre ellas unos segundos y, acto seguido, lo ratificaron.

— Decidido, te adoptamos.

— Qué mono, por Dios…

Peppe jamás se imaginó que estaría en la casa Marta Ponelli, ni siquiera se hablaban en el colegio. Ellas eran las chicas *chic*, estudiantes modélicas pero retorcidas como un demonio. Nada más que se relacionaban con unos cuantos pijos o con universitarios, como si pertenecieran a una casta diferente y, los de su clase, no fuesen más que basura pueblerina.

La familia de Marta vivía en un casoplón con piscina privada y pista de tenis, al principio de la Vía Brin; uno de esos sitios que uno se pregunta quién vivirá ahí al pasar por delante. Su padre era un alto ejecutivo de una compañía eléctrica y vivía en Roma la mayor parte del año. Ahora, estaban de vacaciones en el Caribe y habían dejado a

la hija al cuidado de la señora que mantenía la casa, pero ella hacía lo que le daba la gana, al fin y al cabo, no era su madre para rendirle cuentas.

Cuando llegaron a su casa, andando por la playa para llamar la atención lo menos posible, ya que su casa estaba en el otro extremo de Marina de Caronia, Marta despidió a la mujer de la limpieza hasta el día siguiente. Cuando se fue, volvió a salir para avisar a los chicos de que ya podían entrar. Las amigas se fueron directamente a la piscina, Marta y María pasaron antes por la cocina y sacaron una botella de ron, refrescos y una cubitera. Peppe se sentía extraño en aquella situación, seguía en paños menores y nadie le había dicho qué hacer con la ropa que llevaba empapada en la mano. Las chicas se sirvieron unas copas, se quitaron la ropa y se tiraron a la piscina; Peppe no salía de su asombro.

— Vamos, ¿a qué esperas? Dame eso –le dijo Marta, que era la única que seguía vestida.

Peppe le dio la los pantalones y la camiseta para que los metiera en la lavadora, pero ella se quedó mirándolo con desaprobación.

— ¿En serio? ¿De verdad te crees que vas a vernos a todas desnudas y te vas a quedar con los calzoncillos? Anda, dame eso de una vez, mojigato.

— Tú sigues vestida.

— Yo me lo quitaré todo cuando me des tus calzoncillos.

Las amigas de Marta no paraban de reírse desde el interior de la piscina. Realmente, aquella era una escena con la que sueña cualquier adolescente, pero él no estaba preparado para enrollarse con nadie; todavía amaba demasiado a Bianca y no podía apartarla de su memoria ni un minuto de cada día.

— Creo que será mejor que me vaya.

— Estarás de broma, ¿no? Cualquier tío mataría por esta oportunidad. Mira, le he dicho a mis amigas que estabas triste por lo que le pasó a tu novia. –Peppe la miró sorprendido–. Sí, no me mires con esa cara, lo sabe todo el colegio. Les he contado que le partiste la cara a tu mejor amigo por burlarse de ella en público y creen que eres una monada. No desaproveches una cosa que te va a pasar una vez en la vida, nene.

Peppe luchaba en su interior por tomar una decisión. Por un lado, sus efervescentes hormonas bullían por sus venas como una Coca-Cola repleta de Mentos, por otro, la nostalgia y el sentido de traicionar su memoria, le retenían. Jamás había estado con una chica antes, Bianca fue la única, y así seguiría durante mucho tiempo. De repente, recordó aquella noche en la que le hizo prometer que, en menos de un año, se liaría con alguna de esas dos muchachas, pero jamás pensó en hacerlo

realmente y menos, a la vez; ellas estaban en otra liga. Habían pasado más de cinco meses desde su muerte y llevaba casi un año sin acostarse con nadie porque, los últimos siete, fueron muy duros: días y días de dolor, de verla consumirse por dentro, de fiebres, hospitales y presenciar cómo el cáncer se comía cada uno de sus músculos, hasta dejarla demacrada y convertirla en un saco de huesos y pellejo. Aquella imagen le horrorizó, debía superarlo o se moriría de pena. Marta lo miraba con impaciencia, jamás la habían rechazado, sería un golpe demasiado duro para su moral.

— Está bien –dijo al fin.

Peppe cogió una copa de ron-cola y se la bebió de un trago, se bajó los calzoncillos y se los puso en la mano a Marta. Ella lo miró descaradamente. Las chicas chillaban y lanzaban vítores a su espalda, observando su trasero.

— Madre mía –aseguró Marta al ver su falo erecto–, sabía que no me equivocaba contigo. Tienes un pollón, nene. No te vas a arrepentir –le murmuró al oído, pegándole un suave mordisco en la oreja–. Voy a echarlo en la lavadora.

Peppe se dio la vuelta y se exhibió, con los brazos abiertos, frente a las cuatro chicas. Ellas chillaban como si tuvieran delante a una estrella del rock o algo parecido. Aunque estaban bromeando, ninguna se sintió decepcionada con la vista, al contrario. Él se lanzó a la piscina en bomba, intentando salpicar todo lo posible para que las chicas dejaran de burlarse o lo que fuera que estuvieran haciendo. El alcohol empezaba a surtir efecto y, por un momento, olvidó la pena que le corroía por dentro.

En el agua, empezó a salpicar a las chicas para romper el hielo. El tema no iba a ser tan fácil como se lo habían planteado: una cosa es quitarse la ropa y otra, entrar en contacto físico; más aún con tantas chicas a la vez. Marta regresó, tras poner la lavadora en marcha, y se lanzó a la piscina como una sirena. Peppe se quedó observándola con el mismo descaro que ella había hecho, la niña tenía un cuerpo de otro planeta. Ella se unió a la batalla de salpicaduras contra Peppe hasta que María lo pilló desprevenido, por detrás, y le pegó una ahogadilla. Él salió a flote unos segundos después y se vengó con la misma moneda. La barrera del contacto físico estaba rota y se acercaba el momento en el que se cambian las reglas del juego, el momento en el que dejas de hacer como si te estuvieras pegando por el que decides rendirte sin remisión ni objeciones.

Las chicas pusieron una sonrisa no exenta de cierta malicia, lo rodearon y se fueron acercando poco a poco, como una manada de leonas que esperan cautelosas a darle el golpe mortal. Él simuló tener miedo y trató de zafarse de su ataque buceando, pero lo placaron en unos segundos y entonces lo notó: le tenían, literalmente, agarrado

por los huevos. Sin aire, salió a respirar y se arrinconó contra el borde de la piscina. No podía distinguir quién hacía qué, lo único que notaba era un barullo de manos alrededor de su pene y los ojos de Marta clavados en los suyos. Ella fue la primera en besarlo y fue tan dulce como recordaba.

A Marta le gustaba el chico desde que se enteró que estaba con Bianca, antes no se había fijado en él. Quizá el hecho de saber que no estaba disponible, llamó su atención, pero, lo que realmente la volvió loca, fue la persona que había elegido. Aquello era tan atrevido como ella y, hacerlo delante de todo el mundo, requiere de mucho coraje. Marta era consciente de que era una niña rica, consentida y malcriada por unos padres sin tiempo para ella, por eso se revelaba contra toda norma y hacía cosas como aquella. En su grupo de amigas encontró a unas chicas tan dispuestas como ella a romper con toda norma moral y social pero, sobre todo, sexual. Peppe era un bocado muy apetecible y estaba ansiosa por probarlo.

Varias chicas le besaban por el cuello y los hombros, palpando cada centímetro de su cuerpo, mientras él se fundía en un único beso con Marta. Las chicas sabían que era su casa y tenía derecho a probar primero, así que dejaron que se pusiera frente a él y le atenazara con sus piernas alrededor de la cadera. Ellas empezaron a tocarlos a ambos, mientras el miembro de Peppe se restregaba, en un preludio del desenfreno, entre las ingles de Marta. Ella consiguió embocar el mástil sobre la diana sin necesidad de usar las manos, al contrario, fueron otras las que lo condujeron hasta el interior de aquel lugar cálido y prieto. Entonces, su cuerpo se empezó a agitar contra el de Peppe, sediento de placer, sin dejar de morderle los labios, con sus profundos ojos azules clavados en los del chico. Las embestidas de su cadera eran firmes y precisas, aunque el agua de la piscina se filtraba hasta el interior de su vulva y eso disminuía la presión del rozamiento.

Una de las chicas intentó desvirgarle por detrás y eso provocó una reacción de repulsa instintiva en Peppe, que se detuvo por completo y apretó las nalgas contra la pared de la piscina. Ellas se echaron a reír al comprobar su reacción, pero él no estaba preparado para eso ni creyó que lo fuese a estar nunca.

— ¿Qué te ha pasado? –preguntó Marta, con evidente sorna, al comprobar su reacción. Peppe se giró hacia las chicas y las miró muy serio.

— No, eh, de eso nada. Yo no soy gay.

— Pero serás tonto… ¿Quién dice que disfrutar de todo tu cuerpo sea de gais? ¿Acaso no sabes que los hombres tenéis el punto G ahí?

— Me da igual, que no.

— Huy, ya tenemos un reto –sonrió Marta–. Ven –dijo

arrastrándolo hacia la parte en la que se hace más pie para sacarlo y hacer que se sentara en el bordillo–. ¿Así te quedas más tranquilo?

— Sí –contestó Peppe al sentir su parte trasera blindada contra el cálido borde de la piscina.

María y otra chica, de la que todavía no sabía el nombre, empezaron a lamerle desde los muslos hasta el glande. Aquella imagen se quedó marcada en la retina de Peppe como un sueño hecho realidad, sin embargo, la cara que deseaba ver ahí era la de Marta. Ella, se salió de la piscina, le besó en la boca y puso su cintura frente a la de Peppe. Él sabía lo que tenía que hacer: comer y ser comido. Para su sorpresa, mientras María y su amiga se deshacían en profundos besos, caricias y lametazos sobre su miembro, Marta empezó a besar a otra chica mientras él se adentraba, con el poder de su lengua, entre sus piernas. Por un instante, se preguntó qué estaría haciendo la otra chica y la buscó de reojo. Lo que vio, le sorprendió tanto que se quedó grabado en su mente para siempre: Mientras María se deslizaba de costado sobre su miembro, la otra chica aprovechaba la exposición de sus nalgas al aire para devorárselas; se había metido en una orgía de lesbianas, pensó.

No sabría explicar por qué pero, la visión de aquella imagen, le hizo explotar y notó cómo, las dos chicas que tenía tras el cuerpo de Marta, rivalizaban por devorar cada gota de su preciado elixir. Sin duda, aquella tarde la recordaría el resto de su vida, pero aquello no había hecho más que empezar. Los dedos de Marta se perdían en el interior de la chica a la que estaba besando mientras no dejaba de gemir ante la inminente llegada de un orgasmo. María y la otra chica que acababan de devorar la simiente de su sexo, se afanaban en lamerse la cara y los labios de una manera obscena, hasta que no quedó rastro de la fuente de la vida y cambiaron de posición. Las tres chicas salieron de la piscina, María se tumbó junto a Peppe y las otras dos chicas se pusieron sobre ella; una, a la altura de la cara y la otra, entre sus piernas. María comenzó a devorar a su amiga al mismo tiempo que se retorcía de placer por las precisas atenciones de la otra. Marta explotó en un gigantesco orgasmo, sobre los dedos de Peppe, que se perdían en el interior de esta, al mismo tiempo que la punta de su lengua exhibía la destreza que había aprendido con Bianca. Entonces, se apartó e hizo que Peppe se tumbara junto a María, los dos comenzaron a tocarse hasta que la amiga que se besaba con Marta, se sentó sobre su pene y lo introdujo en el interior de su vagina. Aquella chica desconocida fue la segunda en introducirse en una amalgama de sexo desenfrenado y sin control al que habían conducido a Peppe.

Él acababa de descubrir las mieles del sexo sin amor, muy placentero y excitante, pero vacío de contenido. La novedad le hizo

excitarse de un modo que desconocía que pudiese hacerse. Una tras otra, Peppe penetró, de un modo más activo cada vez, a cada una de esas chicas. Al final decidieron meterse en casa y utilizar la cama de sus padres, donde, sin duda, cabrían todos. Entre orgasmo y orgasmo bebían alcohol a un ritmo excesivo, casi una copa en cada sorbo. La noche se cernía sobre ellos sin darse cuenta. Después de cuatro cubatas y media docena de orgasmos por cabeza, se sintieron saciados de sexo y alcohol; era hora de comer algo.

— ¿Pedimos unas Pizzas? –sugirió Marta.
— De puta madre, tía. Tengo un hambre que me muero.
— Es que follar da hambre –aseguró María.
— ¿Alguien quiere? –dijo otra, que se estaba liando un porro.
— Yo.
— Yo.
— Eso ni se pregunta –dijo Peppe.
— ¿Hay suficiente o voy a comprar?
— No, no, tengo como para quince petardos de momento.
— Guay. Pásame el papel, anda, te ayudo a liar –dijo Marta.
— Sabéis que todavía no me habéis dicho vuestros nombres, ¿verdad? –aseguró Peppe al intentar dirigirse a una de ellas y no saber cómo llamarla.
— ¡Ostras, es verdad! Yo soy Susana –dijo la que estaba liando los canutos.
— ¿Qué hago?, ¿te doy dos besos? –bromeó Peppe.
— Sí, aquí dentro, por favor –bromeó ella, pasándose la mano por los labios inferiores.
— Vale, déjame que recupere el aliento y te los pego –aseguró Peppe haciéndose el gallito.
— Yo soy Mónica y también quiero los besos en el mismo sitio.
— Se me acumula el trabajo –dijo rascándose la cabeza con una sonrisa nerviosa.
— Yo soy Dafne y no hace falta que me beses ahí, prefiero ser yo quien te saque toda la leche con mi boca.
— ¡Hala! No veas…
— Es lo que hay, guapo. Tienes un pollón de diez y eso hay que aprovecharlo.
— La verdad es que se ha comportado como un jabato, eh –aseguró Marta.
— Ya te digo… ¿Quién nos lo iba a decir? Menudo fiera nos ha salido el pequeño Peppe –aseguró María.
— Yo es la primera vez que veo a un tío aguantar seis polvos seguidos –dijo Mónica con una expresión seria, pero cargada de reconocimiento a sus dotes amatorias.
— Anda… No te quejarás, ¿eh? Te estamos poniendo por las

nubes –aseguró Marta, tomando el móvil para llamar a la pizzería.

— No, para nada. No me puedo quejar de nada. Si os digo la verdad, pensé que me queríais gastar alguna broma pesada o algo así esta mañana.

— No te creas que no lo hemos pensado, ¿eh? –dijo Marta, guiñándole un ojo–. Te has salvado porque sospechaba que tenías potencial y vaya si lo tienes, chico.

— Me muero de hambre, tía –dijo Dafne.

— Pues cómele la polla a Peppe hasta que lleguen las pizzas –respondió Susana echándose a reír y pegando una calada bien profunda a su petardo.

Susana se levantó de la silla de la terraza, en torno a la cual se habían sentado todos tras varias horas en el dormitorio de sus padres y se puso de rodillas frente a Peppe. Se la metió en la boca y empezó a chuparla mirando a Susana.

— ¿Así?

— Lo vas a matar, niña.

— No, no, por mí está bien –dijo Peppe que volvió a notar el palpitar de la sangre recorriendo el interior de su miembro.

— ¡Eh! No seas agonías, comparte –reclamó María, que parecía sentir una especial predilección por chupársela.

— Joder… Me están entrando ganas otra vez –aseguró Marta.

— Pues ven que te lo coma todo mientras las chicas están ahí entretenidas.

— Túmbate y me pongo arriba, vamos a hacer un 69 y te la comemos las tres a la vez –ordenó Marta.

— Sus deseos son órdenes, señorita.

— Qué cabrones, no habéis parado de follar en toda la tarde –se quejó Susana.

— Pues ahí tienes a Mónica –respondió Marta con la boca llena.

Aquella fue la última vez que Peppe logró hacer funcionar sus zonas más preciadas. Le habían dejado sin sangre, sin fuerzas y sin nada que poder expulsar en el éxtasis… El vocabulario de aquellas chicas pijas era tan distinto en la intimidad… Se habían convertido en unas auténticas malhabladas, unas niñas rebeldes, borrachas y fumadas. Entonces se dio cuenta: él era exactamente así.

Estaba agradecido a sus nuevas amigas por cómo le habían acogido, por la confianza que habían depositado en él y por invitarle a pasar el día en aquella villa espectacular, pero no cambiaría ni un solo segundo con Bianca por repetir aquello. Sí, se lo había pasado fenomenal, pero después del sexo, se sentía vacío otra vez. Era la misma mierda que el alcohol, se iba la cogorza y todos los problemas seguían ahí. De repente se empezó a agobiar, se le había ido la cabeza

por completo. No había usado condón con ninguna, se había corrido en el interior de cada una de ellas, pasaba de una a otra incluso cuando estaba impregnado por los efluvios de ambos. ¿Y si las dejaba embarazadas? Las pizzas habían llegado y Marta se vistió para atender al repartidor, el resto siguieron en la piscina como Dios les trajo al mundo.

— Estaba pensando que…
— Anda, la comida, menos mal –interrumpió Dafne a Peppe.
— ¿Hay algo sin alcohol? Agua aunque sea –pidió Mónica.
— Chicas, ¿vosotras tomáis algo?
— Algo ¿de qué? –preguntó Marta.
— Yo me lo tomo todo –dijo Susana sin ningún escrúpulo.
— Me refiero para no quedaros embarazadas –soltó de una vez por todas.
— ¿Tú te crees que si no tomásemos la píldora, te íbamos a dejar correrte dentro? –le contestó María zanjando la cuestión.

Peppe se sintió mucho más aliviado y devoró media pizza familiar él solo. Tenía que reponer fuerzas porque no sabía dónde acabaría pasando la noche. Puede que las chicas se fueran a sus casas y a él le echasen como cabría esperar aunque, a esas horas, cómo se supone que iba a volverse hasta Santo Stefano.

———

— Por aquí no ha aparecido –dijo la abuela Lorenzina.
— Ha dejado todo tirado en el pasillo, mamá. De verdad, no sé qué hacer con él. Me tiene tan preocupada…
— Hija, Peppe es un buen chico que lo está pasando mal.
— Mamá, está que no lo reconozco. Desde que enterramos a Bianca no habla, no ayuda, no nos cuenta nada y, con lo poco que lo hace, se pone agresivo. Ay, mamá, ¿y si le ha pasado algo?
— Conociéndolo, seguro que está bien. Se habrá metido en casa de algún amigo para fastidiaros y castigaros con la inquietud que sentís.
— Ojalá, mamá, pero ¿con quién? Todos sus amigos están fuera o en Caronia. Para colmo no tenemos a Piero para controlarlo, con lo buen muchacho que ha sido siempre. ¿Y si llamo a la policía?
— Para decirles qué, que has echado a tu hijo a la calle y ahora no sabes dónde está. Si mañana no da señales de vida, dile a tu marido que vaya a buscarlo. Esta noche déjalo estar, seguro que os viene bien a todos un poco de espacio.
— Ay, de verdad. Yo no sé cómo puedes tener esa sangre fría. A mí me comen los nervios.

— Porque soy más vieja que tú, hija. Ya he pasado por esas cosas. ¿No te acuerdas de la que me montaste en el verano que vino el chico ese de España? Por poco no te vas a vivir a dónde era… Ah, sí, a Cádiz.

— Mamá, ahí tenía 19 años.

— Y tu hijo 17. Y son otros tiempos, que no se te olvide. Te lo aseguro, hija, si no está bien, aparecerá muy pronto y, si no lo hace, es porque está perfectamente. No te preocupes que nadie mantiene a un ocupa en casa más de unos días. Esto le valdrá para bajarse los humos.

— Que Dios te oiga mamá porque, si le pasa algo, te juro que me muero.

Nino miraba a su mujer, preocupado, casi más por su angustia que por su hijo. Está claro que era consciente de los peligros de la calle, pero ya no era un niño y podía defenderse. Estaba convencido de que su suegra tenía razón y no había nada por lo que preocuparse, pero Feli lo estaba pasando tan mal que no sabía si había tomado la decisión correcta.

Tras colgar el teléfono, ella siguió con lo mismo, una y otra vez, como un pájaro carpintero sobre su cabeza. Desesperado, decidió adelantarse al plan de la mañana siguiente y pegarse una vuelta para ver si se encontraba con alguno de sus amigos o vecinos y preguntarles si habían visto a Peppe. Quizás así se tranquilizaría un poco y le dejaría de doler la cabeza como lo estaba haciendo. Feli no entendía que si él entraba en ese mismo bucle de pánico, acabarían en la comisaría y su hijo no se lo perdonaría.

Peppe le había cogido manía a los carabineros desde que los trataron como a unos delincuentes cuando sucedió lo del incendio en la casa de Bianca, pero, más aún, cuando los detuvieron por colarse a beber cervezas en la playa. Aquello eran cosas de chiquillos y lo del incendio, un accidente como mínimo. Por delante le tocaba otra noche en vela, lo sabía. Si volvía sin localizar al chico, por su mujer y si no, dando vueltas y gastando gasolina, entre las calles vacías de un pueblo, en el que no hay mucho que hacer a esas horas.

La adolescencia es una etapa difícil para los padres, también para los chavales, pero no todos han pasado por la pérdida de su primer amor en el momento más dulce de la relación, ni se han tenido que enfrentar al rechazo o a acusaciones, sin fundamento, de las personas que le han visto crecer. Quizá por eso le habían permitido más cosas de las que deberían y se esforzaban por reconducir su camino, quizá por eso estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para salvarlo de sí mismo y hacerle entender que la vida no te da, ni las cosas más básicas, en una bandeja de plata; hay que trabajar y hacer muchos sacrificios para conseguir un techo, comida o agua caliente.

Ya eran más de las dos de la mañana y nadie había visto a su hijo. En los sitios pequeños, cuando necesitas encontrar a alguien, nadie se fija en si ha pasado por allí, pero basta que te pase lo más mínimo, que te deje en mal lugar, para que lo sepa todo el mundo. Esa era la desgracia de los pueblos, un sitio donde los secretos se cuchichean a voces y las desgracias tardan demasiado en conocerse. El cansancio y la falta de sueño le estaba conduciendo a los mismos pensamientos negativos que a su mujer y eso, para una persona que se pasa el día en la carretera, es peligroso.

Nino se detuvo en el embarcadero de Caronia, desesperado y con la necesidad de cerrar los ojos un ratito. Aquel lugar era tan tranquilo… El canto de los grillos sonaba como una canción de cuna, la brisa de la madrugada aliviaba las horas de calor, hasta la mecida de las olas invitaba a relajarse; por fin un momento de paz.

———

— Muchas gracias por dejarme pasar la noche contigo.
— Gracias a ti, cariño, eres un cielo.

Peppe se sintió halagado con las palabras de Marta. Sin lugar a dudas era la que más le gustaba del grupo y eso le tenía un poco desconcertado. Tras una tarde-noche de sexo desenfrenado, las chicas se marcharon a sus casas pero él vivía demasiado lejos para irse andando y, a esa hora, no había trenes ni autobuses.

Marta se encaprichó con él nada más verlo, al principio fue solo deseo sexual, pero tras pasar la noche hablando en voz baja, acurrucados entre abrazos y caricias que no conducían a nuevos orgasmos, sino a los momentos de cariño que le suceden, sintió algo que nunca había experimentado. El comportamiento de Marta era una venganza contra sus padres, una forma de llamar la atención, a escondidas, haciendo todo aquello que le tenían prohibido o que daba por hecho que les desagradaría. Se acostaba con chicos mayores que ella e incluso con el padre de alguna amiga, se enrollaba con chicas para experimentar y consumía casi cualquier droga que estuviera a su alcance. Esa faceta rebelde solo estaría a la vista de quien le prestase atención, cosa que no hacían estos precisamente. Por lo demás, era una estudiante ejemplar, una chica educada y preciosa, que daba el pego entre profesores y familiares.

Peppe descubrió en ella la posibilidad de abrirse al amor, algo que creía imposible. Se sentía raro porque, para él, tuvo más valor la noche que pasó con ella, sin hacer nada, que la orgía que se montaron la tarde anterior. Cuando llegaba al orgasmo, la euforia física duraba unos minutos pero, en seguida, le invadía una sensación de vacío. Ese vacío desaparecía cuando estaban hablando, cuando se sentía libre para contarle los problemas que tenía con su familia o la tristeza que

ocultaba tras aquella atractiva sonrisa.

Los problemas de Marta eran radicalmente opuestos a los de Peppe, para ella sería un alivio saber que sus padres se preocupaban por ella de aquel modo, sin embargo, su padre se pasaba de lunes a viernes a cientos de kilómetros y, los fines de semana, actuaba como el técnico informático, siempre pegado al ordenador. Su madre había aprendido a sacar partido de las ausencias de su marido, hacía su vida con las amigas del club deportivo y el monitor de tenis, al que se cepillaba tres veces por semana. También mantenía un pequeño idilio con el hombre que limpiaba la piscina, decía que eso le ayudaba a no engancharse demasiado de ninguno. Ella pensaba que su hija no se daba cuenta pero no era tonta y reconocía, perfectamente, esas miradas que se echaban cuando ella estaba delante. Marta se justificaba a sí misma por el ejemplo que le estaban dando pero, en realidad, lo único que buscaba, desesperadamente, era un poco de atención.

Peppe comprendió, al escucharla, que era afortunado de tener la familia que le había tocado, que se puede tener todo y no tener nada al mismo tiempo, que el dinero no daba la felicidad y los ricos también lloraban. Lo que para él era un agobio, para Marta era una necesidad. «Ojalá mis padres estuvieran tan pendientes de cómo me encuentro», aseguraba con tristeza en los ojos. «Ellos se limitan a dejar cheques con los que pagar su ausencia». Si lo pensaba detenidamente, tenía razón. Él no tenía la más mínima duda de cuánto le querían o lo que les importaba que se sintiera bien, simplemente le agobiaba porque no estaba listo para hablar de su tristeza, para enfrentarse a sus demonios. Puede parecer absurdo pero, a veces, es más fácil abrirse con alguien desconocido porque sabes que no te juzgará o que, si lo hace, lo puedes apartar de tu vida sin mayores consecuencias. Por otro lado, era mucho más sencillo abrirse a una chica de su edad que con tus padres, porque hay cosas que no les puedes contar, porque sabes que desaprobarían tus decisiones o les preocuparías. Debía encontrar un punto medio para que su vida dejara de desmoronarse y sabía qué tenía que hacer.

— Me has ayudado un montón, ¿sabes?

— Y tú a mí –respondió Marta–. Eres el primer chico que no me trata como una papelera donde limpiarse una corrida.

— Y tú la primera persona que me escucha sin decirme lo que tengo que hacer. ¿Me das tu teléfono? Me gustaría mucho volver a quedar contigo.

— Te doy el número, le tengo demasiado aprecio a mi *BlackBerry* para regalártela.

— Ja… Ja… Eres muy graciosa.

— Lo sé –dijo ella, poniendo cara de buena, con aquella sonrisa

tímidamente juguetona que le estaba conquistando.

Peppe se vistió y guardó el papel con el número de Marta en su cartera. Al abrirla se dio cuenta de que, en ella, tan solo quedaban dos miserables euros para el tren de la mañana. Marta se percató de que, la visión de aquel monedero vacío, se le había atragantado y dudaba de que con eso tuviese suficiente para llegar a casa. Se acercó a un cesto que había en la esquina de la encimera de la cocina y cogió veinte euros.

— Toma, guárdalo.

— No, ¿qué dices, tía? Me has invitado a cenar, a desayunar, a tu casa, a tu cama, me has prestado atención toda la noche con mis mierdas. No voy a aceptar tu dinero.

— Me lo devuelves otro día, así me aseguro de que me vas a llamar. Estás obligado, una deuda es una deuda –dijo sonriendo con condescendencia.

— Pero…

— Venga, cariño, que Rosana va a llegar en cualquier momento y no quiero que te vea aquí. Sabes que para mi familia eso no es nada y para mí, tampoco. Pero quiero que me los devuelvas para saber si puedo confiar en ti.

— Gracias, un millón de gracias –dijo besándola en los labios–. Me voy corriendo.

— No, hombre, otra vez no. Guárdate algo para cuando quedemos.

Peppe se quedó un poco rayado hasta que entendió lo que quería decir. Su agobio porque llegase la mujer de la limpieza y por cómo se encontrarían sus padres, le impidió coger la broma al vuelo.

— Lo dicho, muy graciosa. Te quiero –dijo volviéndose y echando a correr sin darse cuenta.

Marta se quedó petrificada al escuchar aquellas palabras y Peppe, casi se tropieza al bajar los escalones que daban a la calle al tomar conciencia de lo que acababa de decir. Le Salió sin más, ni siquiera lo pensó. Quizá fuese la costumbre al despedirse de Bianca o puede que Marta le hubiese hecho sentirse así de cómodo, no lo sabía.

———

Nino se despertó al alba, con el cuerpo destrozado por la postura en la que se había quedado dormido. La cabeza estaba a punto de matarle y la claridad no ayudaba en absoluto. Se sentía fatal para ir a trabajar y peor para hacer la ruta de visita a clientes que tenía prevista. Arrancó el coche y volvió al hotel. Feli estaba dormida en el sofá, con la misma ropa del día anterior y el cuello torcido sobre el reposabrazos. Intentó no despertarla pero, el chillido de la puerta del dormitorio, la sobresaltó.

— ¿Qué hora es? ¿Dónde estabas? ¿Has visto al niño?
— Muy pronto todavía, descansa.
— ¿Y Peppe?
— No lo sé, cariño. Vamos a esperar a ver si aparece a lo largo del día y si no, vamos a comisaría.
— La Virgen… Me duele todo. ¿Has pasado toda la noche en la calle?
— Sí, pero he dormido un poco en el coche. Voy a anular unas citas, me ducho y me acuesto un rato. Tú deberías hacer lo mismo.
— No puedo con mi alma. Dos noches en vela, este hijo nuestro nos va a matar.

Nino se metió en la ducha mientras Feli preparaba café. Serían las siete de la mañana y, en el pasillo, comenzaba a escucharse a los vecinos deambular; signos del inicio de una nueva jornada. Era un poco extraño vivir en un aparta-hotel y levantarse para trabajar como cada día, pero empezaban a acostumbrase a que, aquello, no eran unas vacaciones, sino el lugar en el que debían continuar con sus vidas.

La mama sirvió dos tazas bien cargadas: «Demasiado fuerte, no, mejor con leche y azúcar». Puso pan en el tostador y sacó la mantequilla del frigorífico y un poco de queso mascarpone, para que Nino se untara lo que le apeteciese. Picó un tomate y le puso aceite de oliva y orégano, lo sirvió en la mesa y esperó a que su marido terminara de vestirse para desayunar. En ese momento se abrió la puerta de la calle, era Peppe. Su mirada, cabizbaja, indicaba que no traía intenciones de pelear pero no sabía por dónde iba a salir esta vez.

Feli hizo de tripas corazón y evitó saltar sobre él y abrazarlo, se mantuvo en la silla, con la mirada de una madre que sufre por dentro pero es férrea por fuera. Nino salió del dormitorio y se cruzó con la mirada del chico al entrar en el salón, estaba en el recibidor, con cara de cordero degollado. El padre intentó adivinar en sus ojos la ingesta de drogas o alcohol, pero podían estar rojos de no dormir, como le pasaba a él.

— Lo siento –dijo Peppe en un arranque de valor.

Feli y Nino se miraron aliviados, aparentando tomar una decisión sobre si aceptaban las disculpas de su hijo. Ninguno de los dos tenía dudas de eso, estaban orgullosos de que hubiera tenido la valentía de agachar la cabeza y pedir perdón.

— Pasa, anda. ¿Quieres desayunar? –dijo Nino como si lo del día anterior no hubiera pasado.
— No, ya he desayunado. Gracias. Solo quería deciros que lo siento, que teníais razón en todo y que, a partir de ahora, las

cosas van a cambiar.

— Vaya… Pues es una gran noticia. Y ¿a qué viene ese cambio? –preguntó Nino, dando un sorbo al café, como si ellos estuvieran tan tranquilos y hubiesen pasado una noche de plácido sueño matrimonial.

— Porque he conocido a alguien que me ha abierto los ojos y estoy destrozando mi vida. Sé cuánto me queréis y no quiero seguir jodiéndolo todo.

— Siéntate, anda. Dime, ¿qué ha pasado?

— Mamá –dijo Peppe, sentándose a su lado–. Lo siento mucho, de verdad. Necesito que me perdones –dijo con las lágrimas saltadas y la voz entrecortada.

Feli no pudo resistirlo ni un segundo más y se echó a llorar en los brazos de su hijo. Nino dejó de disimular y paró de comer, las cartas estaban sobre la mesa y era el momento de ver qué tiene cada uno.

— Te quiero, hijo –consiguió decir, en una mezcla de sensaciones internas que iban desde la tristeza, hasta el alivio del bálsamo que cura las cicatrices interiores.

— Y yo a ti. No sé qué se me pasó por la cabeza para levantarte la mano, estaba enfadado, dolido, lleno de rabia, pero nada de eso es por vuestra culpa.

— Ven, hijo, dame un abrazo –dijo Nino, levantándose de la mesa. Él también se levantó y abrazó a su padre, cosa que no hacía desde que tenía once años.

— Voy a volver a centrarme en los estudios y no voy a llegar tarde entre semana.

— Es la mejor noticia que me podías dar –aseguró su padre.

— Pero necesito algo de vosotros, necesito que no me preguntéis tantas veces por cómo me siento, que dejéis de controlar cada paso que doy como si siguiera siendo un crío. Observad y, si me vuelvo a desviar, entonces me dais un toque de atención.

— ¿Qué han hecho con hijo esta noche? Por Dios… –dijo Nino, asustado por la repentina madurez que había aflorado en una noche. Peppe sonrió, encogiéndose de hombros–. Esto es cosa de una chica, ¿verdad? –Él asintió ligeramente, dando a entender que por ahí iban los tiros.

Aquella respuesta fue lo mejor que les pasaba en mucho tiempo. Si Peppe recomponía su corazón destrozado, su hijo volvería a ser el que era. Ellos no podían pedirle que se abriera al amor, las cosas llegan por sí solas, pero es el único remedio auténtico que existe contra las heridas que no se ven. Los años te enseñan a relativizar los errores y las pérdidas, es un largo proceso de aprendizaje que lleva toda una vida. Peppe acababa de aprender que el mundo no se había terminado para él y eso había que celebrarlo.

Capítulo 4:

Los meses fueron pasando sin demasiados cambios para los habitantes de Canneto. Los incendios se seguían sucediendo una o dos veces por semana y, el equipo científico, seguía sin conseguir avances significativos en el análisis de las causas; menos aún en hallar métodos eficaces de prevención. Cada vez tenían más datos, eso sí. El círculo se estrechaba hacia una fuerza que no comprendían y, los testimonios de fenómenos extraños, abarcaban cientos de páginas en el expediente.

Peppe tuvo que repetir 7º curso mientras que, Marta, ya había empezado las clases en la facultad de medicina de Mesina. La reacción de joven Pezzino llegó demasiado tarde para salvar los muebles en septiembre, pero el primer trimestre había conseguido una media de sobresaliente y eso le mantenía muy motivado. Durante la semana, los chicos se pasaban el día centrados en sus estudios y, al llegar el fin de semana, se reunían en la casa de Marta que, casi siempre, estaba vacía.

Durante las primeras semanas de relación, se veían sin adquirir ningún compromiso; las cosas seguían prácticamente como empezaron. De vez en cuando alguna traía a uno o dos chicos que había conocido por ahí y, cuando sabían que su madre no iba a aparecer durante horas, utilizaban la caseta que tenían junto a la piscina como zona de juegos de alto voltaje. Los chavales pensaban que habían descubierto la pólvora pero, lo que estaban haciendo, se parecía y mucho, a los años dorados de la revolución *hippie* que vivieron sus padres. Peppe se sintió cómodo en ese roll durante un tiempo, más tarde llegaron los problemas, los celos y el momento de enfrentarse a sus sentimientos.

Marta era así, no la podía cambiar. Cada vez estaba más enamorado de ella pero, en el sexo, era un espíritu libre. Peppe le había aportado algo que le faltaba, el amor, y eso valía como lo que más para ella, pero era demasiado joven para atarse a una relación monógama y prefería compartir eso con su novio que hacerlo a escondidas. Ese tema los mantuvo en un tira y afloja durante varios meses y debían encontrar el modo de resolverlo. Peppe aseguraba que si seguían trayendo chicos nuevos cada vez, acabarían pillando alguna ETS todos, pero las chicas no miraban con buenos ojos que él fuese el único chico del grupo y, además, él pasaba cada vez más tiempo con Marta y ellas se sentían un poco desatendidas. Al final, consiguieron llegar a un acuerdo: los chicos nuevos debían ponerse preservativo y ninguno debía ser de las inmediaciones de Caronia. Eso zanjó la cuestión durante bastante tiempo porque, salvo María, las demás

estaban en la universidad y, el entorno en el que se movían durante el curso, eran las dos grandes ciudades del norte.

Peppe aprendió a disfrutar mirando a su novia con otros chicos, siempre y cuando fuera solo sexo, pero ella contaba con una ventaja que él no tenía: la bisexualidad. Trataron ese asunto un montón de veces porque Marta estaba convencida de que Peppe se estaba perdiendo algo, una fuente de placer que limitaba por simples prejuicios masculinos, pero él no cedía en ese punto. En su fuero interno había un motivo más profundo de lo que ella se creía, no se trataba de hacerse el machito o de que le produjese repulsa el miembro de otro tío que, en cierto modo, también; aunque no siempre. En el lastre de cosas que arrastraba en los dos últimos años no estaba solo Bianca, ella era la razón más importante y la que estaba superando gracias a Marta, pero también sentía remordimientos por cómo trató a Piero cuando le contó que era homosexual o, al menos, que estaba enamorado de él. Echaba de menos a su amigo de toda la vida y ahora se había marchado para siempre. El tipo de amistad que ellos tenían era tan difícil de encontrar… y lo había mandado todo a la mierda por una estupidez, por miedo a que si le viesen con él, pensaran que era de la misma condición. Y ahora estaba mirando tíos en pelotas todos los fines de semana y rozándose con ellos en pleno desahogo, incluso cruzando armas en la boca de alguna chica sin sentir miedos ni repulsa. Sus prejuicios le habían hecho daño a las dos personas que más quería: a Piero, al rechazarle de pleno desde aquel momento, y a Bianca, al provocar que ese rechazo se convirtiera en una envidia malsana de su mejor amigo contra ella.

6 de marzo de 2006:

Las plantaciones agrícolas de los alrededores de Canneto seguían funcionando con relativa normalidad. En alguna ocasión, se desataba un incendio por la zona que era apagado con la mayor celeridad posible y sin más consecuencias para los vecinos o trabajadores de las inmediaciones.

Adriano mimaba su pequeña huerta, situada poco más allá del arroyo de San Giovanni, con más atención de la que le había prestado a sus propios hijos a lo largo de su vida. Ahora eran mayores y se habían ido a vivir a la capital, y solo se acordaban de él por su cumpleaños o Navidad. Tampoco se lo reprochaba a nadie, su vida había consistido en trabajar, trabajar y trabajar. Ahora, ya jubilado, la huerta era su único *hobby* y un complemento de ingresos a la pequeña pensión que le había quedado.

Las berenjenas estaban empezando a brotar en las matas y requerían muchos cuidados para conseguir un buen precio. A diferencia de otros frutos, estas mantienen su coloración desde el principio de la maduración, así que: si plantas berenjenas moradas, nacerán moradas,

si lo haces con blancas, seguirán así hasta el final, etc.

Cuando una berenjena morada adquiere un tono amarillo, significa que no es apta para el consumo, que algo ha provocado un defecto en la maduración interna y sus semillas han crecido por encima de lo normal, volviéndolas muy amargas y esponjosas. Pero lo que Adriano no había visto en sus setenta y cinco años de vida era una berenjena arcoíris.

De la noche a la mañana, su plantación había triplicado su tamaño y adquirido una gama de colores que parecía mezclar todas las variedades de este preciado fruto. Jamás había escuchado una cosa igual en su vida hasta que las recogió e intentó venderlas en los mercados y cooperativas habituales. Al parecer, varios agricultores de la zona estaban teniendo maduraciones espontáneas: Lo que les faltaba, no contentos con fuegos así, ahora también lo hacían las plantas.

Ningún mercado compró aquella cosecha, ni siquiera el mismo Adriano se atrevió a probarlas. En su interior había sucedido algo que no podía explicar y mucho menos fiarse como para metérselas en el cuerpo, aunque no estuvieran más esponjosas de lo normal ni podridas. Después de un puñado de fotos de los científicos de Canneto, que fueron avisados por el propietario de una cooperativa, de algunos periodistas y curiosos, terminaron en la basura del mercado.

27 de marzo de 2006:

— ¡Lo tengo! ¡Lo tengo! Sensores siete, doce y trece emitiendo –dijo muy excitada la Dra. Livreri.

— Dr. Casagli, localización –solicitó el Dr. Venerando.

— Cuatro kilómetros sur suroeste de nuestra posición. 37º 58' Norte 14º 25' Este. Aquí, doctor –dijo mostrándole la posición exacta en un mapa de la isla.

— En pleno bosque. Avise al helicóptero de Protección Civil. Si se confirma, estamos en posición de predecir el lugar donde se van a producir los incendios.

— ¡Tengo una lectura clara de intensidad! ¡14,75 GW!

— ¡¿Qué?! Eso es imposible, Dra. Livreri.

— Lo he comprobado dos veces en los tres sensores, impulso de 1 μs.

— Tiene que estar mal, ninguna fuente de energía del planeta puede producir esa intensidad.

— ¿Cree que no lo sé? –respondió con una pregunta que llevaba implícito un evidente reproche sobre si se estaba cuestionando su profesionalidad.

— Pero… harían falta quince centrales nucleares para… –La Dra. Livreri le miraba, asintiendo, el razonamiento en voz alta del coordinador.

— El helicóptero está en camino –le confirmó Nicola Casagli.
— Comandante Verduccio, ¿tiene alguna señal en el radar o en el sónar? –dijo Venerando, tomando la radio él mismo.
— Negativo, doctor –le respondió desde el buque Galatea – ¡Ostras! Espere. Tengo un objeto sobrevolando la isla en dirección a las coordenadas en las que se han disparado los sensores.
— Es el helicóptero que hemos enviado para comprobar la zona –aseguró Venerando por si su amigo no lo había copiado la orden de despegue.
— Negativo, Dr. Venerando. El helicóptero está seiscientos metros al este de la señal que le indico –insistió el comandante Clarbruno Verduccio.
— ¿A seiscientos metros nada más? ¿Tienen confirmación visual?
— ¡Joder…! Sí que la tenemos. Francesco, sal a verlo tú mismo –aseguró el comandante, asomado por la borda, con varios colegas de la tripulación que se encontraban a unos doscientos metros de la costa.

Venerando salió del centro de mando y miró al cielo, sobre las montañas. El helicóptero se aproximaba a la zona boscosa indicada y, tras él, un pequeño objeto volador mantenía velocidad y rumbo tras este. El doctor sacó los prismáticos para intentar observarlo con más detalle cuando le quedaban unos cientos de metros para llegar al punto marcado.

Una alarma de emergencia comenzó a sonar en el interior de la cabina del helicóptero. El indicador de avería en el rotor principal parpadeaba constantemente mientras, aquel penetrante pitido intermitente, les recordaba la gravedad de la avería.

— HC-101, tiene un objeto no identificado a sus seis –les avisó el comandante desde el barco.
— 7700. Mayday. Mayday. Mayday. Tenemos pérdida aerodinámica en una pala del rotor principal –aseguró el piloto mientras luchaba por hacerse con el control de la nave.
— Acaba de saltar otro pulso sobre el sensor siete –dijo la Dra. Livreri por radio.
— Es justo donde está el helicóptero –aseguró Venerando, temiéndose lo peor.
— Torre de control, aquí HC-101. Necesitamos hacer aterrizaje de emergencia.
— Recibido, HC-101. ¿Pueden llegar a base?
— Negativo, torre de control. Tenemos pérdida de potencia en el motor principal –La alarma no dejaba de sonar y la tripulación de tierra contemplaba con extrema preocupación a ambas

aeronaves–. Vamos a intentar tomar tierra junto a la balsa de incendios que hay al noreste del Santuario Letto.

— Recibido, HC-101. Enviamos equipo de emergencia a la zona inmediatamente. A todas las unidades disponibles, aterrizaje de emergencia en la balsa noreste del Santuario Letto. Activación del protocolo de emergencia de siniestro aéreo.

— Aquí el teniente Palermo del Arma de Carabinieri, recibido. Nos desplazamos a la zona. ¿Qué cojones le pasa a la radio? Aquí el teniente Palermo, ¿me reciben? Cambio.

— ¿La Batería? –insinuó el capitán Leccio.

— Qué va, estaba cargada a tope.

— Prueba con la del coche.

— Aquí el teniente Palermo, ¿me escuchan? Cambio. Nada, no tenemos comunicación.

— Voy a llamar por teléfono –dijo Leccio, echándose mano el bolsillo–. Mierda, no funciona.

— El mío tampoco –aseguro Palermo–. Joder… el coche no arranca. No hay contacto.

Por algún motivo que desconocían, las comunicaciones por radio de los servicios de emergencias y telefonía se interrumpieron durante varios minutos. Leccio volvió a sentir aquel angustioso silencio que le dejó alterado, durante varias semanas, en las calles de Canneto; pero esta vez no era Morocutti quien estaba a su lado.

— ¿Lo oyes? –preguntó el capitán.

— ¿El qué?

— Exactamente eso: nada. No sopla el aire, no se escuchan los pájaros, no vuelan los insectos… Y estamos en mitad del campo.

— Es verdad –contestó Palermo, empezando a sentirse inquieto.

— Es lo mismo que pasó en el pueblo cuando estaba con el brigadier. –De repente, el motor del todoterreno arrancó solo y la radio empezó a sonar–. Capitán Leccio acudiendo a la llamada de emergencia.

— Recibido, capitán –respondieron desde el centro de operaciones de emergencias.

Decenas de personas observaban, angustiadas, a los dos objetos desde la costa, a plena luz del día. El helicóptero luchaba para no estrellarse en pleno bosque. Antonio Spinnato, un pequeño agricultor aficionado a la fotografía y primo del alcalde, consiguió hacer varias fotografías del incidente que saltaron a la prensa al cabo de un par de días. Esta vez no podrían mantenerlo en secreto, había demasiados testigos y personal no militar ni científico implicado.

Afortunadamente, el helicóptero consiguió aterrizar sin sufrir mayores daños pero, cuando pararon los motores, comprobaron que

una de las palas tenía un impacto en el vértice inferior de una de las placas, desconchando la pintura por debajo y desprendiendo parte del fuselaje en la parte superior de la pala. Un daño de esas características solamente podía estar producido por un impacto desde un ángulo ligeramente superior a su altura de vuelo. No había restos biológicos de ningún tipo que justificara la hipótesis más simple: un ave; y el personal de emergencia que se desplazó a la zona, tomó fotografías de los daños que también se filtraron a la prensa.

El equipo científico del Dr. Venerando empezaba a no poder controlar lo que se estaba convirtiendo en un secreto a voces, pero las órdenes eran mantener absoluto silencio informativo con los medios y mantener informado, exclusivamente, al gobierno. Tras un incidente así, las cosas se iban a poner bastante más difíciles en ese sentido. En cualquier caso, su trabajo no cambiaría; seguirían recopilando datos y aprendiendo todo lo que pudiesen del fenómeno.

Tras analizar todos los registros, verificaron que la causa de la avería se debía a un pulso electromagnético que provocó una rotura de unos quince centímetros, en apertura romboidal, y varios milímetros de profundidad. Todas las señales de comunicación fueron interrumpidas. Los aparatos registraron la ausencia de cualquier tipo de onda electromagnética durante varios minutos, ni televisión, ni radio, teléfonos… nada que estuviera en una frecuencia por encima de 30 Hz. Unos días más tarde, el equipo de Venerando supo que, la única llamada que salió de la zona en aquel tiempo de aislamiento, la realizó un teléfono móvil que se encontraba apagado, en el interior de una bolsa, en el centro municipal de emergencias. El móvil pertenecía a una trabajadora de Protección Civil y la llamada la efectuó a su comandante, pero este solamente escuchó un pitido muy desagradable al descolgar.

———

Paola Leopizzi Harris, afamada escritora italoamericana, gozaba del reconocimiento y prestigio, en el estudio del fenómeno OVNI, tanto del público y como de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Los sucesos de Canneto habían llegado hasta allí, cosa poco habitual, en un país que se interesa poco o nada de lo que sucede fuera, si nos les afecta.

Sus conexiones con el alto mando militar, le habían propiciado una entrevista muy poco frecuente. Paola, atraída por el fenómeno, llevaba varias semanas en Caronia; pero aquella mañana se disponía a volar hacia Roma desde el Aeropuerto de Palermo. Al igual que Valentina Gebbia o el famoso ufólogo italiano, Antonio Morreale, había conseguido multitud de testimonios, de primera mano, en los que afirmaban haberse topado con fenómenos aéreos inexplicables, submarinos e incluso un contacto directo con un supuesto humanoide.

Conocedora del papel que estaba desempeñando el equipo del Dr. Venerando y del funcionamiento interno en los flujos de información del gobierno italiano, logró cobrarse una vieja deuda con un general norteamericano para que la atendiese un alto representante del SISMI (Servicios para la Información y Seguridad Militar).

Los servicios secretos italianos, como los de cualquier país, son bastante herméticos a la hora de compartir información, pero no todos los días recibían la llamada directa de un general estadounidense pidiendo que colaboraran, en la medida de lo posible, con una compatriota.

El vuelo llegó al aeropuerto de Fiumicino a las nueve y media de la mañana, tiempo más que de sobra para su cita, a las 12:30 PM., en el Ministerio de Defensa de la Via del Quirinale, a espaldas de la sede del Estado Mayor de la Defensa.

Sin necesidad de esperar el desembarco de equipajes y con una maleta de mano como único bulto de carga, Paola tuvo tiempo para hacer un poco de turismo por los Jardines del Quirinale y la Fontana di Trevi. Se detuvo y echó la tradicional moneda en el interior de esta, símbolo que garantizaba una próxima visita a la capital romana o, al menos, eso le decían los guías a los turistas.

Tras un café y un croissant con mantequilla y mermelada de melocotón en la Via Lavatore, caminó hasta el ministerio por las difíciles calles almohadilladas de la capital. Muy bonitas, sí, pero asesinas de tobillos para las valientes que se atreven a internarse en estas con unos buenos tacones.

Una vez en la puerta, comprobó que medidas de seguridad eran casi exageradas. Tuvo que mostrar su pasaporte tres veces y pasar por el detector de metales otras dos. Pese a que la maleta pasó por dos escáneres, le obligaron a dejarla abajo y llevar consigo únicamente un bolso de mano que comprobaron las mismas veces que a ella; ni en el Pentágono habían sido tan estrictos. En un despacho de la segunda planta, esperó otros quince minutos hasta que se presentó un tipo trajeado, con gafas de pasta y no más de cuarenta años.

— Señorita Leopizzi, es un placer –dijo extendiendo su mano derecha.

— Lo mismo digo, señor…

— En mi caso, el nombre no es importante.

— Veo que hace gala de las viejas costumbres de las novelas de espías.

— Ja, ja, ja… No se crea que nuestra vida es tan emocionante como la de James Bond o Jason Bourne, la mayoría de nuestro trabajo se hace en una oficina.

— Ya supongo. Si usted fuese Matt Damon o Sean Connery, tendría que pedirle un autógrafo obligatoriamente.

— Ja, ja, ja. Recuerde que si se lo diera, después tendría que matarla –la cara de Paola se transfiguró un poco–. No me tome en serio, solamente le seguía la broma.

— Menos mal –respondió, fingiendo alivio–. Si me dieran a elegir, preferiría un beso de cualquiera de esos hombres antes de que me mataran.

— Un final de película, sí –dijo intentando abreviar las banalidades–. Bueno… usted ha pedido esta cita. ¿En qué puedo ayudarla?

— Verá, como ya le habrán comentado, estoy investigando los fenómenos que están ocurriendo en Caronia.

— Sí, pero ya supondrá que no puedo decirle gran cosa. Primero, porque está en un proceso de investigación judicial que sigue abierta y segundo porque, el equipo científico que se encarga del caso, sigue recopilando pruebas.

— Entiendo que no me habrá concedido esta entrevista para decirme que no puede decirme nada.

— Se la he concedido porque usted la ha pedido y porque tiene amigos muy influyentes. –Paola le miró con el ceño fruncido, esperando que su viaje no fuese en vano–. Está bien, extraoficialmente le diré que lo que está pasando allí es real y muy peligroso. Le recomiendo que se aleje todo lo posible de Canneto, Srta. Leopizzi.

— ¿Real? ¿A qué se refiere exactamente? ¿Quiere decir que los avistamientos son ciertos y que estos son los causantes de los incendios?

— La he investigado antes de que viniese y sé que es una persona inteligente. Ya sabe a lo que me refiero cuando digo real. Cuídese, Srta. Leopizzi y gracias por su visita –dijo aquel hombre, poniéndose de pie y extendiendo su mano para que se la estrechara y dar por concluida la reunión.

— Gracias a usted. Me ha ayudado más de lo que piensa –respondió ella, aceptando el apretón de manos.

— ¿Le acompaño o sabrá salir? –le preguntó, sujetando la puerta del despacho.

— No se preocupe, tengo buen sentido de la orientación.

— Un placer conocerla. Buen viaje de vuelta.

— Gracias, lo mismo digo. Hasta otra.

El agente cerró la puerta de la oficina, recogió unos papeles de la mesa y, en lugar de salir por el pasillo, abrió otra que conducía a otra sala contigua. Allí, sentado en un cómodo sofá, había un hombre que observaba y escuchaba, en un monitor de televisión, todo lo sucedido durante la reunión.

— ¿Qué opina?

— Que lo ha hecho muy bien, comandante. La Srta. Paola L. Harris es obstinada y, con lo que le ha dicho, va a morder el anzuelo y no lo va a soltar hasta saber lo que sucede.
— Monseñor, ¿por qué el Vaticano está tan interesado en que ella esté allí?
— Porque no sabemos a quiénes han elegido ni lo que quieren. Pero sí puede estar seguro de algo: Esto no se va a terminar hasta que lo obtengan.
— Comprendo.
— Algo la ha traído desde Estados Unidos, comandante, y no podemos ignorar esa llamada –respondió aquel tipo, demasiado joven y bien parecido para vestir hábitos; el mismo que había interrogado al padre Amorth unos meses antes.

Capítulo 5:

Durante varios meses, Marila sintió que la investigación había llegado a un punto muerto. Intentó, sin demasiado éxito, entrevistar a varios miembros del comité científico. Venerando y su equipo no estaban muy dispuestos a revelar nada de lo que hacían ni de las conclusiones a las que habían llegado.

En aquel tiempo, se cruzó con multitud de personas que estaban haciendo el mismo trabajo que ella. Reconoció a algunas e incluso intercambió información con las que le parecieron más interesantes, pero, un buen número de ellas, no aparentaban ser periodistas o investigadores de fenómenos paranormales. Estaba convencida de que eran funcionarios del gobierno y que este, estaba desarrollando su propio informe interno. Respetar a las fuentes era la primera norma de un buen periodista, eso le había granjeado la confianza de muchos vecinos y miembros de las fuerzas del orden. Pero no tenía la más mínima idea de quiénes eran aquellos tipos trajeados que recorrían la isla, de punta a punta, y se hacían pasar por reporteros. Descuidaban las normas más básicas del oficio como inspirar confianza o crear un ambiente distendido en las entrevistas. No destacaban por su simpatía, precisamente, ni empatizaban con los afectados. Se limitaban a recopilar datos como si fueran polis revenidos y, a veces, preguntaban detalles que parecían adivinar lo que había sucedido, antes de que se lo contaran; o al menos, eso le dijeron varios testigos de su confianza. Lo más alarmante de todo es que el capitán Leccio no tenía ni idea de quiénes eran, pero tampoco tenía tiempo de investigarlo ni había ninguna ley que les impidiera hacerlo.

Estando en casa, viendo una peli con Anna, escuchó una frase que le hizo replantearse todo: «Primeros principios, Clarice. Sencillez».

— Tengo que volver al principio de todo –soltó Marila, interrumpiendo las interesantes reflexiones de Hannibal Lecter.
— ¿Qué? –preguntó Anna, desconcertada. Le flipaba aquella película y no tenía ni idea de a lo que se refería.
— Los fuegos no son el origen. El capitán de la isla de Alicudi, allí está la causa de todo.
— ¿De qué cojones estás hablando, nena? ¿Quieres ver la película?
— ¿Me acompañas mañana a Alicudi?
— No puedo, cariño. Tengo que trabajar.
— Cuando salgas.
— No sé, hay que hacer la compra, la comida, poner la

lavadora…

— Porfi, porfi, porfi… –rogó empezando a hacerle cosquillas bajo los brazos.

— Para, para. La Virgen… qué pesadita te pones cuando quieres algo, eh.

— ¿Chi?

— Sabes que odio que me hables así –dijo, conteniendo la risa.

— ¿Chi?

— Está bien. Madre mía… Si me has convencido hasta para estrellar un coche, por qué no voy a ir al pedrusco ese otra vez.

— Gracias –dijo Marila, muy sonriente, dándole un abrazo.

— Me has jodido la peli. Que sepas que vas a tener que compensármelo.

— Uhm… tendré que investigar otros medios de tortura –dijo intentando imitar de un modo horrible la voz de Lecter.

— Lo haces fatal, lo sabías, ¿no?

— Creo que voy a tener que comerme su almejita, acompañada con habas y un buen *chianti*. Uhm… plui, pli, pi, pli, pi –aseguró, continuando con su penosa imitación.

— Por favor, hazme una encuesta para el censo –dijo Anna, abriéndose de piernas.

— Ja, ja, ja. ¿Sabes lo que pareces con ese bolso bueno y esos zapatos baratos? ¡Oh, cielos!, no lleva zapatos. ¡Cenicienta, Cenicienta! –gritó, imitando a los ratones.

— Estás mal de la cabeza. Tú lo sabes, ¿verdad? –dijo Anna, muerta de risa.

— Uhm… Todo lo que hay en esta sala es comestible. Hasta yo lo soy, pero eso sería canibalismo y está mal visto en la mayoría de las sociedades, niños –dijo, imitando ahora a Johnny Depp en Charle y la Fábrica de Chocolate, mientras dirigía toda su destreza sobre la entrepierna de su novia.

— Ja, ja… Así no puedo, eh.

— Vale, ya paro –aseguró, deshaciéndose en un profundo beso entre sus labios inferiores.

Anna empezó a respirar agitadamente. Mientras tanto, el Dr. Lecter seguía con sus frases transcendentales tras el cristal de aquella celda y Marila sentía la tentación de soltar alguna frase más que le venía a la cabeza. Eso le provocaba pequeños y contenidos ataques de risa, así que, Anna, apagó la tele para que se concentrase en lo que estaba haciendo porque tenía muchas ganas de ella y la película podía esperar a mejor ocasión.

Sábado, 18 de mayo de 2007:

Por la mañana, Marila hizo todas las tareas de casa, dejando para la

noche el artículo que debía enviar al día siguiente. Anna se marchó a trabajar y, aunque era sábado, tenía previsto acabar pronto. El grupo que le tocó solamente había contratado una visita al museo arqueológico y, después, al Palacio Butera. Si no pasaba nada, estaría en casa alrededor de las dos de la tarde.

Pasados unos minutos de la una y con la casa lista, se sentó delante del ordenador para adelantar su artículo sobre L'nfiorata de Noto: una fiesta popular, al sur de la provincia de Siracusa, que acoge a multitud de artistas en el tradicional arte de la composición de cuadros, utilizando flores, a lo largo de la Via Corrado Nicolaci que conduce hasta la iglesia de Montevergine. Las fotos se las enviarían por email, simplemente debía darle un poco de colorido retórico a las bondades de la festividad para promocionar el turismo regional. Nada demasiado interesante si lo comparaba con el misterio al que había dedicado casi tres años de su vida y en el que había descubierto las prácticas mafiosas, de los abogados de estas corporaciones, con las altas esferas políticas del gobierno regional; algo de lo que no tenía pruebas. Sin embargo, un hallazgo tan importante como ese, podía quedarse en nada si conseguía la gran prueba definitiva: la verdad sobre lo que el gobierno italiano había descubierto en la costa norte de Sicilia. Ningún estado mantiene un equipo de más de un centenar de personas entre científicos, técnicos, investigadores y personal de apoyo, durante dos años, si no hay algo muy gordo detrás. Por eso quería volver a Alicudi, al lugar donde se encontraba el primer testigo de lo que estaba pasando; antes, incluso, del primer incendio en la casa de Nino Pezzino.

El tarareo electrónico de aquella musiquilla, que parecía estar sacada de un videojuego de los ochenta, le sacó de los devaneos por los que deambulaba su mente. Marila miró el número de la llamada antes de descolgar, era Anna.

— Hola, cariño.

— «Hola, amor. Tengo una mala noticia».

— ¿Qué pasa?

— «Una compañera se ha puesto mala y tengo que doblar turno».

— No fastidies… Si ya he reservado los billetes del barco por internet.

— «Lo siento, de verdad, pero no puedo hacer nada. El grupo tiene pagada la excursión».

— Qué putada.

— «Pero no seas tonta, ve tú. Yo no voy a llegar hasta las ocho de la tarde».

Marila suspiró resignada. Le apetecía tanto pasar el día con ella… Es cierto que quería convencer al capitán de aquel pesquero para que

le llevara al lugar donde vio aquello pero, el viaje de ida y vuelta sería la ocasión perfecta para hacer algo juntas, para charlar y hacer turismo, para disfrutar de la gastronomía local y, por qué no, revivir algún momento erótico interrumpido.

— Está bien, cariño. Volveré en cuanto pueda, aunque no te puedo decir la hora. Ojalá consiga convencer al capitán Lorenzale de que me lleve en el barco y que tú estuvieras allí, hubiese sido una aventura muy romántica.

— «¿Qué dices, tía? ¿Y oler a pescado tres días? Ja, ja, ja… Yo también lo echaré de menos. Te llamaré en cuanto pueda, ¿vale? Un beso».

— Otro, cielo. Adiós.

La respuesta tan breve de Marila evidenciaba que no solo había decepción en sus palabras, sino algo de enfado. Sabía que no podía hacer nada pero, el domingo lo tendrían libre las dos, y eso solo pasaba una vez al mes como mucho.

El *ferry* tardaba casi dos horas, desde Palermo, y costaba 45 € por persona; así que, si podía anular un billete, le alcanzaría para comer y otros gastos que pudieran surgir con el mismo presupuesto. Por suerte no hubo problema, la página web permitía anular hasta una hora antes de la salida, por lo que decidió adelantar la hora de su billete a las tres de la tarde.

Casi un centenar de personas, entre turistas e isleños que volvían de trabajar en la capital, ocupaban el *ferry* a esa hora. Hacía un tiempo fantástico, el mar estaba en calma y la temperatura era muy agradable para disfrutar de la brisa marina. Marila consiguió una hamaca en la planta de arriba y allí pasó gran parte del viaje, tomando el sol y disfrutando de una simpática visita inesperada: media docena de delfines que parecían echar una carrera en la proa del barco. Hizo amistad con un matrimonio de turistas alemanes que visitaban por primera vez las Islas Eolias. En un inglés más básico de lo que le gustaría, consiguieron entenderse y disfrutaron del coctel que incluía el billete, hablando de trivialidades, del frío que hacía en Colonia en esta época del año y lo que envidiaban el sol del sur de Italia. La mayoría de los pasajeros no pasaba más de un rato en la isla, el tiempo imprescindible para vaciar el bar del puerto y comprar algún souvenir; después proseguían su ruta hacia otra. Pero Marila no pensaba regresar hasta el último barco de la tarde, y eso si no convencía a Marco Lorenzale. De hacerlo, puede que pasara la noche en un barco pesquero. La simple idea le pareció tan excitante… Aunque, sin Anna, no iba a ser lo mismo.

Tras el barullo de guiris que se arremolinaban en la barra del bar, la sirena del barco sonó, indicando que debían volver a bordo. Marila esperó a que el lugar se despejara para entrar y preguntar por el

capitán. En el muelle no consiguió encontrar su barco y eso le hacía temer lo peor, quizá no se encontraba en la isla.

— Buenas tardes. ¿Me pone un vino blanco, por favor?

— ¿Se le ha escapado el *ferry*, señorita? –dijo el camarero.

— No, he venido buscando al capitán Lorenzale pero no he visto su barco, amarrado, ahí fuera.

— Salió esta mañana, temprano. No creo que llegue hasta que empiece a anochecer.

— Creí que salía de noche y volvía por la mañana.

— Las noches están siendo demasiado extrañas por aquí. Ya casi nadie sale a pescar sin la luz del sol.

— ¿Qué quiere decir con «extrañas» exactamente?

— Es usted una de esas periodistas o escritoras que invaden la zona, ¿verdad? Me suena su cara.

— Sí, soy Marila Re, de La Gaceta de Palermo.

— Ah, ya sé quién es usted: la chica de la RAI. Ya decía que me sonaba su cara.

— Es curioso, años trabajando en el periódico y todo el mundo me reconoce por un par de entrevistas en la tele.

— A los de papel no se os ve la cara normalmente. Así son las cosas –aseguró el camarero, abriéndose de manos, para justificarse por no haberla reconocido–. Pero yo no la he visto en una entrevista, sino en las noticias. Usted fue la periodista que le metió las cabras en el corral al alcalde de Caronia, ¿no?

— Eso fue hace mucho.

— Tengo buena memoria –aseguró, mientras recogía decenas de copas que habían dejado desperdigadas los pasajeros que acababan de marcharse.

— No me ha respondido a lo que le he preguntado. ¿Es usted amigo de Spinnato? Si le ofendieron mis preguntas al alcalde, entienda que solo hacía mi trabajo.

— No, no, todo lo contrario. Aquí están pasando muchas cosas raras y usted es de las pocas que ha tenido los huevos, bueno… en su caso: los ovarios de enfrentarse a esta panda de ineptos que nos tienen a todos engañados.

— Gracias. ¿Qué cosas son esas? Me está matando la curiosidad.

— Pues… varios vecinos aseguran que han visto equipos de las fuerzas especiales, en plena noche, desembarcando en el norte de la isla. Marines, ya sabe… Pero eso no es más que la superficie del problema.

— ¿Sí?

— Sí –dijo acercándose a ella como si fuese a contarle un secreto a voces–. El problema son los extraterrestres –aseguró en voz baja.

— ¿Cómo los extraterrestres?

— Lo que le digo –insistió, poniendo las cejas arqueadas para reforzar lo seguro que estaba de lo que estaba diciendo.

— ¿Los han visto?

— No es que lo haya visto, es que están entre nosotros. No son hombrecillos grises ni duendes verdes, son como usted y como yo.

Aquella afirmación le resultó rocambolesca, como sacada de uno de esos programas que echan de madrugada en Discovery Chanel o del imaginario de un director de Hollywood.

— Bueno, será mejor que estire un poco las piernas, antes de que se haga de noche. Ya que he venido hasta aquí, habrá que subir a la reserva natural.

— Si quiere, Gabrielle puede llevarle por 5 €. Está sentado en aquella mesa, tomándose unos vinos.

— No se preocupe, prefiero caminar, es bueno para las piernas –respondió Marila, descontenta con la idea de que un tipo ebrio la llevase por caminos estrechos de montaña.

— Como quiera…

Una hora más tarde consiguió llegar a la cima. Hacer un poco de deporte al aire libre era una buena forma de matar el tiempo hasta que volviese el *ferry* o el barco del capitán, quien llegase primero. Al divisar aquella maravillosa vista, se acordó de Anna y de la vergüenza que pasó cuando fue sorprendida por aquel tipo que las pilló con los pantalones bajados. Aquello le hizo gracia y empezó a reírse sola. Luego caminó hacia el borde noroeste, desde donde divisó aquella inmensa marea de medusas velero que acabaría varada por toda la costa norte de Sicilia. «¿Cómo se llamaba?», se preguntaba sin cesar; era un tipo interesante. El ladrido de un perro le devolvió a la realidad, se giró y a su espalda estaba aquel hombre, qué cosas… Bueno, tampoco era de extrañar, era un pastor y vivía allí.

— No me lo puedo creer –dijo Marila con una abierta sonrisa–. Pero si es mi amigo, el pastor machista.

— Vaya, esto sí que es una sorpresa: mi amiga, la lesbiana exhibicionista –le respondió, devolviéndole la gracia.

Marila no se lo tomó a mal, al contrario, le agradaba la rapidez de reflejos de aquel hombre. Seguía tan guapo como la última vez que lo vio, ahora se acordaba de su cara perfectamente.

— ¿Cómo estás, Gi… ampiero?

— Giacomo, Giacomo Vanole.

— Eso, joder. No conseguía acordarme. No te lo vas a creer pero justo me estaba acordando de ti ahora mismo.

— Vaya, me halagas, Marila.

La forma de hablar de aquel hombre le resultaba agradable, no se

parecía a nada de lo que se podía esperar de un cerrado isleño nativo y encima se acordaba de su nombre; increíble.

— Qué buena memoria, por Dios…
— Bueno… has venido a buscarme y por eso estoy aquí.
— Ja, ja, ja. No corras tanto, vaquero, que no estoy aquí por ti.
— ¿Segura?
— Al 100 %.
— Entonces he debido equivocarme dos veces.
— No te entiendo.
— Primero me pides una respuesta, luego dices que estabas pensando en mí, después invocas su nombre y ahora me dices que no me esperabas. Soy yo el que está confuso.
— ¿Qué respuesta? ¿Qué nombre? ¿Se puede saber de qué estás hablando?

Marila empezó a sentirse incómoda, creyendo que la buena impresión que se llevó de aquel hombre, hacía tres años, no era más que un espejismo en su memoria y, probablemente, se trataba de un zumbado; como el camarero del bar del puerto. Empezaba a sospechar que todo el mundo estaba loco en aquella isla.

— Marila, llevas tanto tiempo haciendo las preguntas equivocadas…
— Bueno, hago mi trabajo lo mejor que puedo –intentó justificarse por si le estaba echando en cara algún artículo–. Creo que es hora de que me marche, he quedado con alguien y no quisiera llegar tarde –intentó justificarse a la vez que daba a entender que, si le pasaba algo, vendrían en su busca rápidamente.
— ¿Sin respuestas? Como desees. Confías demasiado en tus sentidos y estos te engañan más de lo que puedas imaginar.
— Es que no sé de qué respuestas me estás hablando –respondió, empezando a ponerse un poco borde.
— De lo que te pasó hace años. Lo que te ha traído a esta isla, no es tu trabajo, sino la necesidad de una explicación a algo que no entiendes y que te corroe desde hace mucho.
— ¿Cómo sabes tú eso?
— ¿Ves aquel árbol de hojas rojas? –dijo Giacomo, señalando a espaldas de esta.
— Sí –respondió Marila tras girarse para mirar en la dirección que le señalaba.
— A veces las cosas no son lo que parecen.

En aquel momento, las hojas del árbol se desprendieron de sus ramas, empezando a flotar en todas direcciones, en un hipnótico batir de alas de lo que resultaron ser miles de mariposas posadas sobre un árbol muerto.

— ¿Cómo sabias que…?

Marila se giró, sorprendida por la casualidad de que echaran a volar, todas juntas, en el momento que él se las mostraba. Puede que las hubiese visto antes y supiera que no eran hojas, pero era imposible que adivinase el momento en el que iban a despegar.

— Pero ¿qué coño…? ¿Giacomo? ¿Giacomo?

Aquel hombre había desaparecido delante de sus narices. Bueno, delante de sus narices no, pero si a su espalda. Allí no había ningún sitio donde esconderse tan rápido. ¿Dónde demonios se habría metido? ¿Estaría imaginando cosas raras? Si empezaba a ver visiones, estaba más loca de lo que creía. Pero no, no puede ser, aquel tipo era real. Anna lo vio y se mosqueó con ella por dejarla sola. Cada vez que iba allí, pasaba algo raro. Empezó a asustarse en serio, a no confiar en su criterio ni en su percepción. ¿Qué había querido decir con que los sentidos la engañaban? ¿Y si nada de eso había sucedido?

Bajó la montaña tan rápido como pudo, no tardó ni la mitad que en la subida porque temía que, si se quedaba allí, desapareciera de la faz de la tierra sin dejar rastro. Deseaba llegar al pueblo y averiguar dónde vivía aquel tipo, que alguien le acompañase y le dijese que era real. ¿Y si nunca estuvo allí y, lo que se quedó mirando, fueron las medusas? Casi corriendo en su camino hacia el puerto, llamó a Anna. Eran las siete y cuarto y debía estar a punto de terminar de trabajar.

— ¡Anna! –dijo, nada más escuchar que descolgaba, con la voz agitada durante la carrera.

— ¿Sí? ¿Qué pasa, cariño? Estoy saliendo del trabajo.

— ¿Te acuerdas del tipo del perro? El pastor que nos pilló masturbándote en lo alto de la montaña de Alicudi.

— Hostia, sí. Casi lo había olvidado. ¿Qué te pasa? ¿Por qué jadeas?

— Estoy corriendo.

— ¿Por qué corres?

— Porque estoy bajando la montaña y ese tipo…

— ¿Qué te ha hecho? No me asustes. ¿Llamo a la policía?

— No creo que sirviese de nada.

— ¡¿Por qué, Marila?! Me estás preocupando. ¿Puedes decirme qué pasa de una vez?

— Ese tipo se ha esfumado delante de mis narices, Anna.

— ¿Cómo que se ha esfumado?

— Que estaba a mi lado y ha desaparecido, tía.

— Se habrá escondido –respondió, intentando encontrar una explicación lógica para tranquilizarla.

— ¿Dónde? Si no había ni un puto árbol a menos de cien metros, ni una roca, ni una hondonada. En pleno llano de la cima del volcán, tía. Me dice que mire una cosa, me giro y, al

volverme, ya no está. Más de cien metros, en un segundo, ha tenido que correr.

— Está bien, tranquilízate. Estás ya en algún lugar con gente.

— Estoy llegando al bar del puerto.

— Hazme el favor de coger el siguiente barco y venirte directa. Déjate de misterios y vuelve a casa.

— Está bien, tía. Me he cagado, ¿sabes?

— Normal. Yo también me cagaría. No me cuelgues hasta que no estés dentro del bar, ¿vale?

— Vale. Gracias, cariño.

— Gracias ¿por qué?

— Por estar ahí. Estaba empezando a pensar que me había vuelto loca. Si me llegas a decir que no te acuerdas de él… me suicido.

— Deja de decir gilipolleces. Me he acordado porque me pilló con el culo al aire y bueno, ya sabes. De lo contrario, ni idea. Espero que hayas dicho en broma lo del suicidio.

— Sí, tranquila, es una forma de hablar. Ya estoy dentro del bar. El *ferry* llegará en media hora. Te dejo que conduzcas tranquila y en unas tres horas estaré en casa.

— No, te llamo en cuanto llegue yo y me cuentas más tranquila en el barco, ¿vale?

— Vale.

— Te quiero.

— Y yo.

Marila se acercó a la barra, aliviada de ver una cara conocida, aunque fuese la de aquel camarero conspiranoico. El supuesto taxista y otros cinco parroquianos, se encontraban echando una partida de cartas.

— Una botella de agua, por favor.

— Veo que viene agotada. No debería haber subido allí sola. Si le pasa algo, tardaríamos horas en encontrarla –respondió el camarero, sirviéndole una botella de vidrio bien fresca.

— Tiene razón. La próxima vez le haré caso –dijo con la voz entrecortada todavía.

— El barco no llegará hasta dentro de media hora, no necesitaba correr tanto.

— Lo sé. –La cara de Marila levantó las sospechas del camarero.

— Ha visto algo, ¿verdad?

— La verdad, no lo sé. ¿Conoce a Giacomo Vanole? Lo tenía delante y…

En aquel momento, la cuadrilla de abuelos se quedó en silencio, mirando a la chica. El camarero, un hombre que sobrepasaba los cincuenta, la contemplaba con una mezcla de sorpresa y enfado.

— ¿He dicho algo que no debía? –preguntó al sentirse intimidada por aquel silencio y centro de todas las miradas.
— Giacomo era mi hijo.
— ¿Cómo que era?
— Ha debido confundirse de persona, señorita.
— Me dijo que se llamaba así –respondió, encogiéndose de hombros–. Moreno, de ojos claros, fortachón, muy guapo, unos treinta años. –Todos la seguían mirando en silencio–. Veintitantos tal vez –intentó corregir.
— Mi hijo murió en noviembre de 2003, señorita Re. Se despeñó por el acantilado noroeste del parque cuando me ayudaba con el rebaño.
— Pero eso es imposible, yo acabo de hablar con él. Además, estuve aquí en febrero de 2004 y vimos juntos la invasión de medusas que arrasó la costa. ¿Se acuerda?

El camarero estaba cada vez más cabreado, casi rojo de la ira y a punto de estallar. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su cartera, la abrió y le enseñó una foto.

— ¿Era este? –Marila miró la foto, sorprendida, intentando pensar una respuesta–. ¡Conteste! ¿Era él? –preguntó, agarrándola por el brazo demasiado fuerte.
— Sí, creo que sí pero no sé.
— ¿Lo cree o está segura? –insistió en un tono que empezaba a asustarla.
— Me hace daño –le respondió en un tono que rogaba que la soltase. Él la liberó del brazo y volvió a preguntarle lo mismo. Los abuelos no decían ni una palabra, solo la miraban.
— ¿Era él?
— Sí, es él.
— Váyase a la ciudad con sus cuentos, Srta. Re. Yo mismo lo vi caer sobre las rocas, vi su sangre y cómo el mar se lo tragaba antes de que pudiéramos avisar a nadie para sacar su cuerpo. Su lápida en el cementerio guarda una tumba vacía. No vuelva por aquí. Nunca, ¿me oye?
— Ya sé. Esto es una broma, ¿verdad? Se la gastan a todos los curiosos que vienen a investigar a la isla.
— ¡Que se largue! –dijo aquel hombre, a punto de perder la paciencia.
— Está bien. ¿Qué le debo?
— Nada. Invita la casa. Solo le pido que no vuelva.
— De acuerdo.

El *ferry* estaba llegando al embarcadero. Jamás se había alegrado tanto de irse de un lugar tan bonito. Si Giacomo estaba muerto, ¿quién era aquel hombre? Y ¿qué significaba lo que le había dicho respecto a

que hacía las preguntas equivocadas? Estaba tan sorprendida, confusa y preocupada que se le olvidó por completo que Anna había quedado en llamarla. ¿Cómo iba a contarle eso? Si ya fue difícil que entendiera lo que le pasó… pensaría que estaba loca. Una historia así, es mejor llevársela a la tumba.

— Hola, cariño –respondió, intentando poner su mejor cara, al descolgar.

Capítulo 6:

Peppe había superado con muy buenas notas el 7º curso de segundaria y afrontaba el último año con grandes expectativas. Los dos primeros trimestres habían ido como la seda y esperaba acabar con la nota suficiente para ir a la universidad de Mesina. Si las cosas iban bien, Nino le había prometido comprarle su primer coche para ir a la universidad. Las cosas le iban francamente bien a la familia.

Su padre salía en la prensa o la televisión con frecuencia, se había puesto a dieta y empezaba a preocuparse por su imagen tanto como por sacar adelante a su familia. La fama le había procurado muchos clientes y le había convertido en uno de los miembros más respetados de su comunidad. Hasta la plataforma de ayuda a los afectados daba frutos suficientes para cubrir las necesidades que el estado no les proporcionaba.

Feli se sentía orgullosa de los éxitos que habían alcanzado las dos personas más importantes de su vida. Ahora pisaba con menos frecuencia la iglesia y eso alegraba al padre Bartolomé, no solo porque se había quitado un peso de encima sino porque, el motivo de que no pasara tantas horas allí, era que se sentía más querida. El éxito de su marido y su repentina obsesión por cuidarse, le hacía sospechar que pudiese tener a otra. Ella se sentía vieja, gorda y fea, y eso no ayudaba en nada a su autoestima; pero, por primera vez desde hacía mucho tiempo, Nino le prestaba atención. Si el motivo era una amante, estaba dispuesta a pasar por el aro; no estaba dispuesta a romper la harmonía que se había creado desde que su hijo había empezado a salir con aquella chica. La relación de Peppe parecía más madura, menos intensa de lo que sintió con Bianca. El chico se centraba, entre semana, en sus estudios y solo salía a divertirse a partir del viernes. Sin lugar a dudas, Marta le había venido muy bien y estaba ansiosa por conocerla.

— ¿Cuándo nos la vas a presentar oficialmente? –dijo Feli, pinchando un bocado de la carne estofada que acababa de cocinar.

— No lo sé, mamá. Ya sabes que estudia fuera y tiene que sacar tiempo para su familia y para mí.

— Sé que es una magnifica estudiante y que su familia está muy bien colocada. Peppe, esa chica te ha devuelto a la vida que siempre hemos soñado para ti. Llevas más de un año saliendo con ella y no la has traído a casa, invítala a comer un fin de semana. ¿O es que te avergüenzas de tu familia?

— No, no es eso, mamá. Es verdad que ellos son ricos y que

tienen una casa para caerse de espaldas pero a Marta no le interesa eso. Simplemente no quiero presentaros a ninguna novia hasta que no sea algo formal, nada más.

— ¿Un año de novios no te parece formal?

— Para hacer una vida juntos, no. La quiero y estoy muy bien con ella pero no es lo mismo que lo que sentí por Bianca.

— Ay, hijo. Nada se puede comparar al primer amor.

— Tú primer amor fui yo, ¿no? –dijo Nino, girándose con la alarma encendida.

— Eso es lo que tú te crees –frivolizó Feli.

— Me voy que llego tarde. Me quedo a dormir en su casa, no me esperéis hasta el domingo.

— Sigo diciendo que me parece fatal que pases tanto tiempo allí y no la conozcamos.

— Adiós, mamá –dijo dándole un beso en la frente–. Adiós, papa –se despidió repitiendo el gesto.

— Ten cuidado, ¿vale?

— Adiós, hijo.

— Que sí. Adiós –repitió cerrando la puerta del apartamento.

— Hay que ver lo que ha madurado este chico en un año, eh –aseguró Feli.

— Ya tiene dieciocho años.

— Tú, con dieciocho, no sabías ni donde tenías la cara.

— Estás un poco agresiva hoy, ¿no?

— Ay, no me hagas caso. Creo que son las hormonas.

Peppe había evolucionado en muchos sentidos. No todos eran necesariamente buenos o bien vistos, pero su mente estaba mucho más abierta. Las cosas no habían cambiado demasiado en su relación pero, los grandes pasos, se dan poco a poco. Los chicos empezaban a tener una relación de pareja más al uso, dedicando la mayoría del tiempo para ellos dos, y solo quedaban con sus amigos para salir por la noche u organizar sus particulares fiestas privadas en la piscina, cuando la madre no estaba.

En aquel año, Peppe había explorado otras vías de su sexualidad, algo que ocupa un porcentaje enorme del tiempo en los adolescentes. Por fin había transigido a probar con otros chicos y le había gustado. Ahora no tenía reparos ni límites, como no los tuvo nunca Marta, y eso le hacía sentirse mucho más libre. Si tuviera que escoger, se definiría como heterosexual, pero había formas de placer en los chicos que no podían proporcionarle las mujeres. Él no lo sabía en aquel momento pero, lo que aprendió en aquella época, le fue muy útil en la vida. Atrás quedaban los prejuicios y miedos al qué dirán, salvo con sus padres. Quizá por eso no la presentaba a su familia; Marta era demasiado abierta en esos temas y, si cogía confianza, podría soltar

cualquier indiscreción que levantara las sospechas de estos. Peppe había aprendido a disfrutar de un sexo completamente desinhibido en la privacidad, todo lo contrario que había hecho con Bianca donde, no se salía de ninguna norma pero, lo exhibía delante de todos.

Habían quedado para salir de bares con su grupo de Caronia y unos compañeros de Marta, de la facultad. Ella tenía coche y carné desde el año anterior y se movía con facilidad por Mesina. La zona de la playa de Barcellona Pozo se había puesto de moda entre los universitarios, se movían entre Caldera Beach y la Piazza della Ancore, donde comenzaban haciendo un botellón. Cada día se turnaban para que una del grupo no bebiese o no se pasara de un par de copas en toda la noche; los carabineros no se andaban con muchas tonterías y hacían controles en la salida de las zonas de marcha.

Peppe tomó el tren hasta Caronia, desde allí, caminó hasta la casa de Marta que, para variar, seguiría arreglándose. Ir con un grupo de chicas tenía sus pros y sus contras, lo peor era no llegar nunca a tiempo a ningún sitio. Sabía que le tocaría esperar un buen rato y no digamos a María, que siempre llegaba la última. Aquello desesperaba a Dafne más que a él mismo; de los cinco, ella era la más rápida en arreglarse. Puede que tener el pelo corto influyese, o que su manera de vestir, más gótica que las demás, también; pero, al fin y al cabo, debía ponerse medio kilo de potingues como las otras. Marta, que las conocía perfectamente, las obligaba a reunirse en su casa, para eso era la dueña del coche. Los padres le habían comprado un Audi A3 nuevecito, decían que había que moverse en un coche seguro. Peppe dudaba que el suyo le regalase algo así al acabar el curso, más bien se tendría que conformar con un Fiat de segunda mano, pero así no tendría que coger el tren para ir a casa de su novia.

Al llegar a casa, la madre le abrió la puerta. Peppe se comportaba como un chico formal con su familia, incluso había visto al padre varias veces. Su madre pensaba como los suyos, que su hija estaba más centrada desde que salía con él, aunque tampoco le daba demasiada importancia; se limitaba a unas breves palabras de cortesía y a mandarlo a la planta de arriba, donde estaba su hija. Los chicos se habían acostumbrado a ese tipo de independencia y a que ninguno de los padres apareciese por la habitación cuando estaban juntos. Es más, Peppe tenía la impresión de que, los de Marta, no dormían juntos; jamás los vio, por los pasillos de la planta de arriba, meterse en la misma habitación.

— Hola. Ya estoy aquí –dijo Peppe, tocando en la puerta del dormitorio.

Nadie le contestó, como la mitad de las veces. Cuando no tenía la música puesta, era el secador de pelo o la ducha. Llamar era un mero trámite de cortesía; al fin y al cabo, qué iba a ver que no hubiese visto

antes. Si ni pillarla con otro sería una novedad o un problema. Ese tipo de cosas estaban normalizadas en su relación, lo que no era normal es que lo hiciese con sus padres en casa: en ese sentido, él era el novio de Marta y los demás, amigos de la pandilla.

Al abrir la puerta, se encontró con un chico nuevo. La irrupción de Peppe asustó al chaval, que corrió a taparse, sin saber de quién se trataba, apartando a Marta lo más rápido que pudo y preocupado porque fuera su padre o su hermano quien había abierto. Peppe no pudo evitar una sonrisa irónica al comprobar la reacción de este, pero la disimuló todo lo que pudo. Entró, cerró la puerta y jugó el papel que solían desempañar cuando pasaba eso.

— ¿Qué coño haces? –preguntó con una mezcla de sorpresa e ira.

— ¡Joder! Te lo puedo explicar.

— ¿Me vas a decir que no es lo que parece? Tenías su polla metida en la boca.

— Yo ya me iba –dijo el chico, nervioso, intentando buscar la ropa para vestirse.

— Tú te callas y no te mueves de ahí –dijo Peppe con muy malas pulgas–. ¿Quién es este? –preguntó cabreado.

— Carlos, un compañero nuevo de intercambio. Carlos, te presento a mi novio, Giuseppe –contestó Marta con cara de: «Me han pillado y no tengo dónde esconderme».

— Mira, tío. Yo ni sabía que tenía novio –dijo cada vez más nervioso–. Yo me voy y no me volvéis a ver el pelo en la vida, ¿vale? –trataba de convencerlo mientras intentaba vestirse con más torpeza que tino.

Los dos no pudieron aguantar la risa ni un segundo más y explotaron ante la incredulidad de aquel chico nuevo. Marta se acercó a Peppe y le besó en los labios, él la agarró del trasero y le dio una sonora palmada.

— Anda, que vaya tela, vamos a llegar tarde. No has empezado ni a vestirte, tía.

— Me doy una ducha y estoy lista en cinco minutos, prometido.

— ¿Y este? No cabemos.

— Ah, no, él se vuelve en el tren. Si es que no me he dado cuenta de la hora, nos hemos venido de la facultad, nos hemos enrollado y no veas.

— ¿Lleváis follando toda la tarde?

— Qué va. Si es cortado… No hemos terminado ni el primero. Antes hemos estado hablando de apuntes y cosas de clase.

— Anda, picha tímida, vístete que tenemos prisa –le soltó, mirando la flacidez de su entrepierna, al mismo tiempo que le lanzaba una camiseta que rodaba por el suelo.

El compañero de intercambio salió de la habitación sin calzarse siquiera. Peppe ojeó los apuntes de Marta mientras ella se duchaba. Le quedaba menos de un trimestre para acabar el curso y aún no tenía claro qué iba a estudiar; quizá ingeniería mecánica, el tiempo que pasó con Anthony le pilló el gusto a los coches. Ahora, apenas lo veía, estaba mosqueado por haberse tragado el marrón con la poli y que él no diese señales de vida hasta pasados varios días. Le habían quitado el carné durante un año y condenado a cinco semanas de trabajos sociales, y todo por darse a la fuga en aquel control. La verdad es que no echaba de menos aquella vida, se pasaba los días fumado y borracho. No es que no bebiese o se liara algún peta cuando estaba con Marta, pero el rollo de ellas era más sexual que de alcohol o drogas. A veces se replanteaba todo, dejarla y salir de aquellas conductas que le terminarían llevando a pillar cualquier cosa, a lo peor incluso el SIDA, pero era demasiado bueno para negarse a vivirlo. Por otro lado, Marta jamás aceptaría una relación normal, monógama; o, al menos, menos abierta. Ella se había acostumbrado a esa libertad, a no fingir ni reprimirse, pero a él le sabía a poco, le hacía sentirse vacío. Nada sería comparable a lo que sintió por Bianca pero, de no ser por Marta, hubiese acabado bastante mal.

Peppe sabía reconocer sus errores y era consciente de que, salvo por ese aspecto, Marta le hacía bastante feliz y le había otorgado una tranquilidad que pensó que nunca llegaría. A veces le enfadaba realmente su promiscuidad y lo justificaba con falta de atención hacia él. Puede que no estuviese preparado para una relación así a lo largo de su vida, pero con dieciocho años no piensas demasiado en qué vas a hacer cuando tengas treinta, te limitas a vivir el día a día. A los ojos de los demás, Peppe tenía el sueño que todo tío deseaba alcanzar, pero es porque no lo han vivido de verdad.

En realidad, lo que hacían ellos, no era tan diferente de lo que hacían otros chicos de su edad. La mayoría cambiaba de pareja cada pocos meses o se acostaban con uno y, cuando lo dejaban en casa, quedaban con otro u otra. Los adolescentes se ponen los cuernos tanto o más que los adultos, es una época muy loca. Lo que pasa es que la mayoría lo oculta por completo, intentan que no se entere la pareja, que lo sepa el menor número de amigos posibles, andan inventando excusas de todo tipo para no ser cazados. Si le preguntan a muchos universitarios, la mayoría puede formar un equipo de fútbol con las personas con las que ha mantenido relaciones en un año; en cambio, ellos se mantenían en un grupo de cinco, al que de vez en cuando se acoplaba un chico o dos durante unos meses; lo que tardaban en salir corriendo o echarse una novia. Visto así no eran tantas, simplemente lo hacían a la vez. Pero, a la hora de pillar algo, es el mismo número de personas. «¿Cuántos chicos habrían pasado por el grupo este año?,

¿cinco?», se preguntó. Empezó a intentar recordar los nombres y contarlos con los dedos. «Joder, no, nueve. Y con el nuevo fichaje de Marta, diez». Echando cuentas se había acostado con quince personas diferentes ese año y, con nueve de ellas, había usado preservativo. En la zona de bares tenía localizados a personas que se iban con alguien diferente cada noche del fin de semana. Visto así, no eran tantas: diez.

— ¿Qué estás contando? –dijo Marta, entrando en la habitación desde el baño, al verle puntearse los dedos.

— El tiempo que llevas en el baño –respondió, sacándole la lengua.

— ¿En serio? No me lo puedo creer. Ja, ja, ja. Te dije que tardaría poco, cinco minutos.

— Disculpa, siete.

— Ja, ja, ja. ¿Y Carlos?

— Ni idea, se ha largado.

— Se ha acojonado cuando has aparecido. Este no viene esta noche a Barcellona, ya verás.

— Ya podías haberme dicho algo en un mensaje. Ni tu madre me ha avisado de que estabas con alguien.

— Dudo que mi madre lo haya visto, hemos llegado antes que ella.

— Pues se habrá quedado a cuadros cuando ha visto salir al otro descalzo.

— Ja, ja, ja. ¿En serio? Bueno, que me diga algo: tengo munición para echarle en cara durante meses y me quedo corta.

— Venga, date prisa que estas tienen que estar al caer.

— Si eres tú el que me entretienes. ¿No quieres jugar un poco antes de que me vista?

— No –dijo con rotundidad, aunque seguida de una sonrisa –. Tira.

— Tú te lo pierdes –aseguró guiñándole un ojo.

Lo malo de los pactos es que no siempre se cumplen. Él iba a descubrirlo aquella noche pero, poco después, saltó la liebre y hubo mucha tela que cortar.

———

Pasaban unos minutos de la una de la mañana y las cosas estaban relativamente tranquilas en el Centro de Emergencias de Caronia. Los bomberos solamente habían efectuado una salida en todo el día, a causa de un accidente de tráfico, que se resolvió sin víctimas. Micelle fue a visitar a Pikachu, con toda la cuadrilla, el día anterior y lo encontraron muy animado, más que a ellos mismos, aunque todo era pura fachada por ambas partes.

Un chico nuevo, trasladado desde Mesina, ocupaba el puesto de Pikachu en el camión. Intentaron hacerle alguna novatada pero el tío era un espabilado y se lo vio venir; en esta ocasión le habían puesto laxante en el café. Giancarlo, había sido bautizado como «El hombre bala» porque tenía los mejores tiempos del Parque 2 de Mesina. Los chicos habían pensado que darle un empujón, a modo de gases e incontinencia estomacal, le ayudase a ganarse ese mote en Caronia, pero se ve que ya se la habían jugado y no se comía ni bebía nada que hubiese perdido de vista unos segundos. En caso de emergencia, el tema quedaba resuelto con un potente antidiarreico pero no fue posible, así que seguían buscando la manera de gastarle una broma al nuevo y en eso empleaban las horas muertas.

— ¿Y quitarle el papel higiénico del baño? Cuando salga a buscar en el otro, le enchufamos la manguera.

— ¡Ja, ja, ja! Qué va, el tío es muy especial, utiliza toallitas de bebé. Le he visto cogerlas de su taquilla.

— ¿Y una culebra? Seguro que si le cae una encima mientras caga, sale haciendo honor a su nombre.

— Buah… Si hacéis eso, lo grabo.

— Ja, ja, ja.

— ¿Todavía estáis con el temita? –dijo Giancarlo, sentándose junto a ellos con una lata de refresco.

— Es culpa tuya, por estar tan pendiente –aseguró Micelle–. Si nos hubieses dejado hacer al principio, te habrías escapado con una broma sin importancia. Ahora te has ganado un plan más trabajado.

A la una y media saltó la alarma antiincendios de una de las viviendas de Canneto y se pusieron en marcha. No tardaron ni cinco minutos en llegar. La planificación les permitía acceder a las casas, con las llaves, sin necesidad de causar importantes destrozos. Micelle era el responsable de llevar la caja que las contenía y aprovechaba el trayecto para identificarla en función del detector que se hubiera disparado.

El equipo del Dr. Venerando también formaba turnos de guardia, tanto en tierra como en el mar. El Dr. Lanzalago solía acudir a la escena de los hechos, personalmente, y actuaba como notario de los descubrimientos que el inspector Bitelle solía corroborar a la mañana siguiente. La alarma se había disparado en la planta de arriba, en uno de los dormitorios, aunque, desde afuera, no se veía humo. Cuando comprobaron que no había peligro, dejaron subir al profesor. En esta ocasión había ardido parte de un colchón. Bitelle se enteró por radio del suceso y se personó, a las dos de la mañana, en la vivienda de la familia Malpegui. Un incendio tan localizado, no admitía lugar a dudas: se inició cerca del vértice inferior derecho del colchón. Bitelle

ordenó cortar la esquina que parecía más chamuscada, buscando daños internos. Al hacerlo, tanto él como el Dr. Lanzalago se sorprendieron al comprobar que, el punto de inicio del fuego, estaba dentro del propio colchón, en uno de los muelles concretamente. Toda la parte inferior al punto de inicio, estaba intacta y, desde este, el fuego se propagaba en su tendencia natural; intentando ascender en busca de aire que le sirviera de combustible. Cualquier inspector de incendios, se hubiese quedado a cuadros al detectar un fuego que se inicia en el interior de algo que no tiene conexión eléctrica ni acceso exterior que pudiese provocar la combustión, pero, en lo que estaban investigando, lo raro es que algo fuese normal.

— Otro «Expediente X» para la colección. Mira si os damos trabajo y no sacáis nada en claro, eh –bromeó Micelle con Lanzalago.

— Cada vez estamos más cerca. No lo dude, Sr. Marisi.

— Si no lo dudo, pero llevamos tres años y pico con este rollo y nada, es como los fantasmas.

Micelle empezó a sentirse mareado, intentó agarrarse a algo para no caerse. Los compañeros le miraban como si estuviese haciendo teatro para burlarse del doctor, de algún modo que no comprendían, pero acabó con sus nalgas en el suelo y cara de sentirse francamente mal.

— ¿Le pasa algo, jefe? –dijo Pijama.

— No voy a picar –aseguró Giancarlo–. No sé cómo va pero por algún lado me la queréis meter.

— Estoy bien –contestó Micelle, respirando con dificultad.

— Ponle la máscara, rápido. Ha debido inhalar demasiado humo –le ordenó el más veterano a Giancarlo.

El nuevo hizo lo que marcaba el protocolo pero estaba convencido de que, todo lo que había montado en aquella casa, era un montaje. No se terminaba de creer lo del incendio misterioso, por más que lo hubiese leído en los periódicos, ni el repentino patatús de jefe Micelle. Pero este, lejos de encontrarse mejor, acabó perdiendo el conocimiento. Bitelle apartó de un empujón al nuevo y comprobó el latido de su corazón, colocando dos dedos en su vena yugular; no le encontró el pulso. Cambió a la muñeca y probó nuevamente, nada.

— ¡Llama a una ambulancia, rápido! ¡Está en parada!

El inspector le quitó la máscara, le aflojó el equipo de oxígeno y lo dejó a un lado, lo tumbó, le abrió el traje y comenzó la maniobra de reanimación.

— ¡Dame la RCP manual, coño! No te quedes mirando. Pónsela en la boca.

Bitelle hundía el pecho de Micelle, unos cuatro centímetros, en quince repeticiones y después, dos inhalaciones con el resucitador. El más veterano le tomaba el pulso en la muñeca sin conseguir notar la

presión de la sangre cruzando por sus venas.

— ¿Qué cojones pasa con esa ambulancia? Uno, dos, tres, cuatro…

— Ya viene, inspector –dijo uno de los bomberos.

El Dr. Lanzalago se quedó paralizado, era la segunda vez que veía desplomarse un bombero delante de sus narices. Giancarlo hizo lo que debía, sin plantearse si estaban de broma o no. Si lo era, estaban cruzando el límite de lo tolerable. Por si acaso, él continuó con las dos respiraciones cada vez que Bitelle decía: «Ahora».

— Sujétale bien la mascarilla, hombre, que no se salga aire cuando presionas. De nuevo: uno, dos, tres, cuatro, cinco…

— Creo que noto algo –dijo el veterano de la cuadrilla que mantenía sus dedos presionados sobre la muñeca.

— Niño, tómale el pulso en la yugular y mira si respira.

— Sale aire pero porque usted aprieta –se justificó.

— Aquí no se para nadie hasta que no lleguen los sanitarios –ordenaba Bitelle con voz clara y potente–. Los que estáis mirando, haced paso en el pasillo y por la escalera. No quiero nada en medio que le robe un minuto al paramédico. Vía libre para sacarlo en camilla. Doce, trece, catorce, quince: ahora. Otra vez…

Para desgracia de todos, no fue ninguna broma. La ambulancia se lo llevó vivo, aunque muy débil. En el hospital, al amanecer, les dieron el diagnóstico: cáncer de pulmón en fase terminal. Micelle Marisi duró una semana, falleció el 10 de junio de 2007.

———

— Estás muy callada.

— ¿Yo? No, ¿por qué?

— Porque lo estás. ¿Vas a contarme lo que te ha pasado o no?

— Ya te lo he dicho.

— No, no me lo has dicho. Me has contado una parte de lo que te preocupa, nada más. Cariño, te conozco muy bien, sé cuándo me ocultas algo. Ayer estabas tan contenta, con ganas de reírte y jugar, y hoy estás ausente. Algo ha pasado en esa isla que no me quieres decir.

— Odio que me conozcas tanto –suspiró Marila con una mezcla de resignación y dulzura.

— ¿Vas a soltarlo o no?

— Es que me da miedo –respondió frunciendo el ceño.

— Miedo ¿de qué?

— De que pienses que estoy loca y me dejes.

— No creo que estés loca, cariño. No entiendo todo lo que te pasa, pero supongo que tú tampoco me entiendes a mí algunas

veces.

— Pero no es lo mismo.

— Venga, anda. Suelta lo que te tiene tan preocupada, seguro que no será para tanto –aseguró Anna, abrazándola en el sillón, mientras la tele seguía puesta sin que ninguna le prestaba atención.

— ¿Te acuerdas de lo que te conté? Las cosas que vi cuando era joven.

— Huy, sí. Ahora eres una ancianita y se ve tan lejos…

— No te rías de mí, jo… –dijo, golpeándola en el hombro.

— No me río, pero tenías diez años y ahora treinta y dos. Venga, anda: sigue.

— ¿Recuerdas que te dije que vi unas imágenes sin sentido?

— Sí, algo así como flashes sueltos de lugares o cosas.

— Pues hoy he visto una de ellas. No sabía que la recordaba porque, sin un contexto, no tienen sentido pero, cuando estaba hablando con el hombre de la isla…

— ¿El pastor?

— Sí. Me dijo que me girase y mirase un árbol que tenía las hojas secas, rojizas, como en otoño.

— Aha…

— Las hojas eran mariposas y salieron volando todas a la vez al fijarme en ellas. Él decía que mis sentidos me engañan y que hacía las preguntas incorrectas y, luego, desapareció; sin más, Anna. Es todo tan raro…

— Vamos a ver, cariño; recuperar una imagen de la memoria que crees haber visto tiene un nombre: se llama *déjà vu*.

— No es eso, te lo aseguro, era bastante real y estoy segura de haberlo visto antes.

— Vale. Vamos a suponer que un tipo extraño te dice que no haces las preguntas adecuadas, que hay mariposas en un árbol y salen volando y que, cuando te das la vuelta, el tipo no está. ¿No te parece todo un sueño lúcido?

— En los sueños lúcidos sabes que estás soñando.

— Bueno, pues como se llame cuando estás despierta y sueñas.

— Anna, tú te acuerdas de él, ¿verdad?

— Sí, claro. No es que me fijase mucho porque estaba mosqueada, pero me acuerdo. Cómo no me voy a acordar con la vergüenza que pasé.

— Anna, ese chico llevaba muerto varios meses cuando lo vimos.

— ¿Qué?

— Lo que estás oyendo. Pregunté en el bar del puerto por él y resulta que el dueño era su padre. Hasta me enseñó una foto

suya y era él, te lo aseguro.

— Te estarían tomando el pelo. Con todo lo que está pasando por aquí, no sería raro que se inventen historias para atraer a la prensa y al turismo.

— Eso pensé yo pero tenías que haber visto su cara y la de los otros clientes, me miraban como si hubiese dicho algo para hacerles daño. Casi me echan a patadas de allí.

— No sé qué pensar, cariño. Es todo muy raro.

— ¿Lo ves? Te dije que pensarías que estaba loca.

— ¡No! No es eso. Seguro que hay una explicación y no la vemos.

— ¿Una explicación que conecte con lo que me pasó? –dijo Marila con las cejas levantadas y la mano abierta, en busca de una respuesta coherente.

En aquel momento, Anna recordó todo lo que le había contado. Marila no había podido olvidarlo: aquel verano en la campiña francesa, el verdor de los prados, el encanto de aquellas casitas empedradas, el castillo sobre la colina, el olor de la hierba… Un paraíso terrenal que le cambió la vida a una niña demasiado pequeña para comprender lo que le había sucedido. Unos padres confiados en que, en un lugar así, tan aislado, no había peligros. Pero Marila no debió estar sola, en el campo, aquella noche.

Domme, Francia. 14 de agosto de 1985:

— Esto es una pasada, cariño –suspiró la mamá, ojiplática.

— Ya te lo dije. Los paisajes de esta zona son increíbles. Ya verás la casa, vas a flipar. Tiene diez mil metros cuadrados de pasto y arboleda, no hay carreteras ni precipicios… Una lugar llano, con barbacoa y hasta casa de invitados, pero está vacía. Es todo para nosotros –aseguró el padre–. Marila, ya verás cuánto sitio para jugar.

El campo era preciso, sí; pero, sin sus amigos del colegio, se aburriría bastante. En los años ochenta, una niña iba sola al colegio, al parque o a casa de sus amigos; no había ese sentido de alerta permanente que tenían los padres pasados los dos mil. La sociedad del miedo se había instalado con la proliferación de canales de televisión e internet. Marila pensaba que, una semana allí, sería demasiado tiempo sin tener a nadie con quien jugar. Puede que, ahora que sus padres estaban de vacaciones, le prestasen más atención y jugasen con ella. Nunca había sido una niña de muñecas, té y meriendas ficticias, a ella le gustaban más los deportes, sobre todo el fútbol; se le daba bastante bien para ser una chica, o eso decían sus compañeros de clase.

— ¿Me estás oyendo, cariño? –insistió su padre.

— Sí, sí –respondió ella, siguiéndole la corriente, aunque no las

tenía todas consigo.

— Mira, ahí está el pueblo –dijo su madre con mucho énfasis, feliz por haber llegado. Aplaudió y sonrió mirándola, intentando contagiarle su alegría.

— La casa está a poco menos de un kilómetro, al sur. Por cierto, no nos podemos perder los grafitis templarios de las murallas de Domme, me han dicho que son únicos en el mundo y un auténtico misterio sin resolver.

Marila no se sentía muy atraída por las piedras o los dibujos que unos soldados medievales pudieran haber hecho en estas, seguía con la mirada perdida desde la ventanilla de aquel viejo Citroën tiburón. Traer la bicicleta habría sido un lujo innecesario, no cabía en el maletero, pero ¿por qué no se compraban una baca, como hacían los padres de sus amigos, para ir de vacaciones?

— Aquí es. ¿Qué os parece? –preguntó su padre con una sonrisa que no podía defraudar.

— Me gusta –respondió Marila con escueta sinceridad.

— ¡A descargar!

Marila salió corriendo hacia la casa, ansiosa por ver su cuarto. Una mujer de gruesos carriños sonrosados salió a la escalera de la entrada al escuchar el coche.

— Oh, c'est bien! Tu es arrivé.

— ¡Eh, cariño! ¡No te olvides de tu maleta! –intentó retenerla el padre, pero no hubo suerte–. Buenas tardes. Encantado, un placer –dijo estrechando la mano de aquella regordeta señora, sin duda la dueña de la casa.

Tras mostrarle el funcionamiento y lugar donde se encontraban las cosas básicas, la señora les entregó las llaves y se marchó al pueblo, dejando un número de teléfono particular por si necesitaban algo. Hasta ahora, todo había sido a través de la agencia de viajes, pero claro, ellos no iban a decirle dónde estaba el calentador del baño o la llave de paso del agua.

Marila inspeccionó cada habitación, cada estancia, los alrededores… intrigada por saber qué encontraría tras cada puerta. Todo era nuevo para ella en aquel sitio que hablaban francés, incluso tenían algunas costumbres raras como guardar el pan en una especie de cofre de madera o bases con relieves decorativos para el queso. Pero, lo más alucinante estaba en la casa de al lado, allí encontró una especie de tenedores gigantes de madera, más altos que ella; barreños de metal en los que podría esconderse o enormes ruedas de madera.

— ¡No te alejes mucho!

— Tranquila, mamá –respondió ella, intentando continuar la inspección mientras sus padres descargaban el equipaje.

— Déjala. Ya sabe que hacia la carretera no puede ir. La gracia

de un sitio así es que pueda moverse a su antojo, sin preocupaciones.

— Ya pero vaya a hacerse daño con algo.

— Relájate, mujer. Aquí vamos a tener tiempo para nosotros, que buena falta nos hace –le respondió el padre, pellizcándole el trasero.

— ¡Eh! Que todavía queda mucho por colocar. El postre después de la cena.

La tarde se pasó volando. Había multitud de sitios que explorar, árboles enormes a los que trepar y mogollón de saltamontes a los que perseguir. Casi sin darse cuenta, el sol se había puesto y, las espesas copas de los árboles, parecían ahora gigantescos seres alineados en formación para una batalla épica. Imaginó que eran soldados, manteniendo la línea frente a viejos enemigos, que soplaban intentando zarandearlos.

— ¡Marila! ¡A cenar!

— ¡Ya voy, mami!

Marila trituró aquella cena con más ímpetu del habitual. En el jardín estaba el cielo más estrellado que había visto en su vida: guardianes celestes de la legión de gigantes que protegían la casa, imaginó. Las luciérnagas informaban de los avances enemigos en el puente aéreo, mensajeras de excepción que unían ambos mundos, en un constante ir y venir entre cielo y tierra. Un equipo de grillos y saltamontes telegrafiaba la información recibida, su particular código morse se expandía por aire, desafiando tierras enemigas. Los topillos se expandían por túneles secretos, atravesando el frente de batalla, hasta la retaguardia de los invasores del este. También hablaban francés, pero un dialecto antiguo que solo conocían los herederos de varias generaciones de espías.

— Me voy, mamá. Adiós, papá –dijo Marila dejando su plato en el fregadero.

— No te alejes.

— Que vale.

Los padres encontraron ese rarito de intimidad que llevaban esperando todo el día. Recogieron los platos y, sin preocuparse por las obligaciones del día siguiente, subieron a la habitación. Su madre echó un último vistazo por la ventana, observando a su hija hablar con lo que parecía ser un insecto que sostenía en la mano. Marila siempre había tenido mucha imaginación para crear historias de la nada. Sus padres siempre creyeron que, de mayor, acabaría siendo escritora. Al final, el destino le llevó hacia un empleo con un sueldo más estable: el periodismo, pero ella no se planteaba esas cosas con diez años. Las tropas estaban preparándose para un ataque sorpresa, aprovechando la oscuridad de la noche para avanzar sin ser vistos. En

la ventana del dormitorio se escuchaban extraños chirridos, no cabía duda de que habían llegado hasta la casa.

Los padres se esforzaban por no hacer demasiado ruido pero, los muelles de las camas francesas, no eran precisamente nuevos. La escandalera les condujo hasta el baño, buscando la intimidad que el sonido del agua crea, a modo de pantalla, en el silencio de la noche. Sin temor a que la templada fuente se acabase, encontraron la intimidad necesaria para aliviar las tensiones de semanas de duro trabajo y obligaciones cotidianas. Al cabo de una hora, con el pelo casi seco y la ropa de noche puesta, la madre de Marila se asomó a la ventana. No la encontró a simple vista, así que la llamó en voz alta.

— ¡Marila! ¡Marila, ven! ¡Marila! ¿Dónde estás? Cariño, la niña no me responde.

— Estará jugando en la casa de invitados.

— Ve a buscarla, anda. No me gusta que lleve tanto tiempo sola.

El padre bajó y salió al jardín. La llamó varias veces pero no contestaba. Rodeó la casa para ver si la encontraba, pero no hubo suerte. Sin parar de llamarla, caminaba de un lado a otro, desde la barbacoa de atrás hasta la casa de invitados. Su madre, preocupada, también salió al porche y la llamó con el mismo éxito. Registraron la casa de invitados, habitación por habitación, llamándola. Hicieron lo mismo con la de ellos, no fuese que se hubiera quedado dormida: nada.

— ¡Marila! ¡Marila! ¡Como estés escondida y no salgas, que sepas que te la vas a cargar! ¿Se habrá escondido? –le preguntó en voz baja a su mujer.

— Esta niña es capaz, acuérdate de la que hizo en casa de la abuela, tardamos una hora en encontrarla. ¡Marila! ¡Sal, corre! ¡No te escondas que me tienes preocupada!

— Hay un montón de sitios donde se puede haber metido. Antes he visto tinajas y calderos enormes en el cuarto de aperos.

— O subida en uno de esos árboles, ya sabes lo que le gusta trepar. Dios… como se haya caído de un árbol y se haya hecho algo mientras estábamos en la habitación…

— No te pongas en lo peor, mujer. Voy a coger una linterna y voy a buscarla por las lindes de la finca.

— Te acompaño.

— Tardaremos menos si andamos en sentido contrario. Mientras cojo la linterna, mira en el cuarto de aperos. No dejes ni un hueco en el que quepa sin revisar.

— No tardes, por favor. Me da miedo que le haya pasado algo.

— No, tranquila. Ve mientras a hacer eso.

— ¡Marila! ¡Marila! ¡Marila, por Dios!

Los dos padres revisaron toda la finca, rincón a rincón, árbol a árbol

y nada. Si estaba escondida en la copa de uno demasiado alto, no la encontraban y la linterna no alcanzaba con nitidez hasta las copas. No había ni rastro de la niña debajo de las camas, en los armarios, bajo los muebles o tras estos. Las llamadas a su hija habían pasado a amenazas de castigos o bofetadas de no salir de inmediato, pero no hubo respuesta. Desesperados, llamaron a la dueña de la casa en plena noche.

Su padre cogió el coche y recorrió varios kilómetros hacia el sur sin encontrar nada. Circulaba muy despacio sin dejar de llamarla, alumbrando con la linterna hacia los pastos de ambos lados de la cuneta. Marila había desaparecido en un lugar extraño, donde no conocían a nadie y ni siquiera hablaban el idioma. Con la esperanza de que hubiese aparecido, regresó a la casa. Allí estaba la dueña, con cara de asustada y afanada en desmontar cualquier posible hueco de la casa de aperos o el cuarto donde guardaba los recambios de sábanas y limpieza, que mantenía bajo llave. Tras dos horas de angustiosa búsqueda, llamaron a la gendarmería.

La policía tardó media hora en llegar a la casa, se ve que no lo consideraban una urgencia o un asunto prioritario. En realidad, ellos estaban acostumbrados a ese tipo de cosas; los niños se pierden con más frecuencia de lo que la gente piensa. Normalmente, suelen aparecer al cabo de unas horas, son chiquilladas que se hacen sin pensar cuando eres crío; pero, ese tipo de travesuras, se hacen cuando tienes cómplices. Resulta demasiado aburrido pasar horas escondido, a solas, sin nadie que te ría las gracias.

Si estuviese lo suficientemente cerca para estar viéndoles y sentirse segura o acompañada, ya la habrían encontrado. En la zona no había pozos cercanos ni lugares por los que un niño pudiese caer sin ser visto, al menos en cientos de metros a la redonda.

La gendarmería barajó la posibilidad de que la niña se hubiese alejado demasiado y, desorientada en plena noche, no supiese regresar. En principal riesgo estaba en el río Dordoña. Si una niña caía al agua, sus aguas eran demasiado turbias para encontrarla. Fuera del pueblo había decenas de kilómetros cuadrados de bosque donde esconderse. Montar un operativo de búsqueda entre tanta vegetación, a esas horas de la noche, era imposible, necesitaban apoyo aéreo. El aeródromo más cercano era el de Sarlat, a poco más de un kilómetro, pero no serviría de nada en plena noche.

Tras interrogar a los padres y con la barrera del idioma, los gendarmes decidieron montar un equipo de búsqueda y controles de carretera. Cuando una niña de esa edad desaparece y queda descartada una chiquillada, la policía se pone en lo peor. Había que contemplar la posibilidad de un secuestro pedófilo o un asesinato a manos, incluso, de sus propios padres. En una hora, en coche, un

secuestrador podía llegar hasta el Parque Natural les Causses du Quercy (uno de los sitios que tenían pensado visitar durante aquella semana de vacaciones), o a Péregueux, mucho más al norte.

Las horas se hicieron eternas y no había rastro de la niña. Aquella fue la noche más angustiosa de sus vidas, jamás la olvidarán. A las ocho de la mañana ya había dos helicópteros colaborando en la búsqueda. Un equipo de submarinistas peinaba el río y decenas de lugareños se presentaron en la gendarmería, como voluntarios, para ayudar en la batida.

A primera hora de la mañana llegó, a la casa, un equipo especial de inspectores. Los padres de Marila, agotados por las horas de vigilia y la angustia, se sometieron a un interrogatorio exhaustivo con un traductor italiano. La policía intentaba descartar que ellos no tuvieran relación con la desaparición de la niña, preguntaban las mismas cosas a cada rato, buscando contradicciones en sus declaraciones. Al mismo tiempo intentaban tranquilizarlos, asegurando que había decenas de personas buscándola y ellos no podían hacer nada que no se estuviera haciendo ya. Era muy importante cada detalle, por intrascendente que pudiera parecer: ¿Dónde y cómo contrataron el viaje? ¿En qué lugares habían estado el día anterior? Si habían hablado con extraños en algún restaurante o gasolinera, si habían visto algo fuera de lo normal o existía algún motivo para que alguien quisiese hacerles daño… lo que fuera. Trataron de recomponer un puzle que comenzaba cuando salieron de Sicilia, en barco, y emprendieron un viaje de casi dos mil kilómetros en coche.

Las palabras de la familia no tenían inconsistencias aparentes ni motivos para ser objeto de algún tipo de venganza personal. Sus trabajos eran de lo más normales y no parecían tener vínculos ni antecedentes con el crimen organizado. Estaban sin pistas y eso era malo, muy malo.

A veces, un depredador pone el ojo en una víctima, la sigue durante decenas o cientos de kilómetros y no levanta sospechas en una familia que no está acostumbrada a quedarse con las caras de las personas que están en un lugar público. El ciudadano anónimo es feliz, inconsciente de este tipo de cosas, hasta que la desgracia recae sobre él; solo entonces se enfrentan a la realidad que un inspector de policía enfrenta, más veces de las que quisiera, a lo largo de su carrera.

No hay palabras que puedan describir la angustia de una familia que ve desaparecer a un hijo pequeño en una fracción de segundo. Esas cosas pasaban, podían ser así de rápidas. Sin embargo, ellos habían descuidado a Marila una hora entera y eso les estaba torturando. En 1985 no salían tantas cosas en televisión, no es que no existiesen, es que los medios no se cebaban con información de ese tipo; se limitaban a un titular de: «Desaparecido», y a otro de:

«Hallado muerto».

A las 14:05 PM. del 15 de agosto de 1985, Marila Re fue encontrada, dormida, a escasos cien metros de la casa; junto a una pequeña zona arbolada que se encontraba en el límite sur de la finca. Aquel sitio había sido revisado por sus padres, la dueña de la casa y la misma policía. Es más, una patrulla canina había rastreado la finca y perdido el rastro de ella en aquel mismo punto a primera hora de la mañana.

— Vamos a ver, pequeña: ¿Dónde has estado todo este tiempo? –le preguntó el traductor, siguiendo las órdenes del inspector.
— No lo sé, dormida.
— Cuéntame lo que recuerdas.
— Estaba jugando junto a los árboles, persiguiendo luciérnagas; ellas son las mensajeras de los hombres del cielo, ¿sabe? –El traductor se quedó sorprendido con la respuesta de la niña e interrogó a sus padres con la mirada.
— No se preocupe –respondió el padre con lágrimas de emoción en el rostro, tiene una imaginación muy activa.
— ¿Y qué pasó luego? –prosiguió.
— Una estrella se posó sobre los gigantes y me deslumbró, entonces me quedé dormida y me he despertado ahora mismo.
— ¿Quiénes son los gigantes?
— Los árboles, ¿quién si no?
— Ah, claro, disculpa. No había caído.
— ¿No recuerdas nada más desde que te dormiste hasta ahora?
— Después de la luz tuve un sueño. Había un árbol hecho con hojas de mariposa, los gigantes lloraban porque les estaban quemando pero un helado de colores detuvo a la medusa roja y los salvó.
— Es un sueño muy original, algún día tendrás que escribir un cuento con él –Marila sonrió con un poco de vergüenza por el cumplido–. ¿De qué color era la estrella que bajó del cielo?
— Azul –respondió sin dar importancia al detalle.
— Y ¿de qué sabores era el helado?
— De todos los sabores que existen –respondió muy animada.
— Comprendo…
— ¿Lo pasaste bien o mal en el sueño?
— Bueno, cuando quemaron a los gigantes, me dio pena; pero luego los salvaron, así que me gustó.
— Sí, es un bonito final. ¿Viste a algún hombre o alguien en todo el tiempo que estuviste sola?
— Ah, ah… –negó con la cabeza.

El inspector y el traductor se miraron desconcertados. Intentaban encontrar una simbología en las palabras de la niña que, sin duda,

tenía una imaginación abrumadora. Pensaron en que un coche podría haberse acercado mientras jugaba, que alguien la drogase y abusara sexualmente de ella para devolverla al día siguiente; pero el análisis médico reveló que no sufrió daños físicos ni penetración. Donde estuviese Marila durante catorce horas, sigue siendo un misterio. El caso se zanjó aquella misma mañana sin algunas respuestas, pero con la felicidad de saber que estaba perfectamente. Con los años, Marila comprendió lo que había visto, pero nunca supo si sus padres la creyeron.

———

La Piazza della Ancore se ponía a tope los fines de semana. Entre las terrazas de los restaurantes, bares de copas y alguna discoteca, los jóvenes encontraban todo lo necesario para disfrutar de los días fiesta cuando llegaba el buen tiempo. La policía hacía la vista gorda de los botellones pese a las quejas de los empresarios de hostelería; lo que perjudicaba a unos, favorecía a otros, así que algunos decidieron adaptar la carta a ese público con menos recursos económicos pero de despacho rápido con el que matar el hambre en las horas punta.

Tras repartirse botella y media de ron entre los cinco, llegaron un par de compañeros de las chicas. Mónica estaba muy entusiasmada con un muchacho que conocía a Dafne, le pareció de lo más atractivo. Marta se puso a hablar con el otro chico, aunque no se lo presentaron. Parecía que hubiesen coincido por casualidad, pero Peppe tampoco quiso preguntar. Los improvisados visitantes dieron buena cuenta de la media botella de ron que quedaba y decidieron acompañar a las chicas a la zona de bares para bailar con ellas.

Peppe se tiró todo el tiempo con Susana, mostrándose indiferente a la atención que Marta le estaba dedicando al chico nuevo. Susana tenía su propio coche, aunque siempre la esperaban para ir juntas. Ella era la más insaciable de las cinco y eso hacía que buscase a Peppe con más frecuencia que Dafne o Mónica, aunque sus preferidas seguían siendo Marta y María. En el fondo se sentía un poco molesto con Marta por lo de aquella noche, le hubiese gustado que se lo preguntase antes de encontrarse aquella situación frente a frente. Para él no era lo mismo participar de la inclusión de un chico nuevo en el grupo que darlo por hecho y ni siquiera participar de su bautizo.

Entraron en un bar donde estaban poniendo un *hit* de Zucchero que ya tenía unos años. «Baila Morena» le recordaba a Bianca, se la había cantado muchas veces. Peppe se acercó a Dafne, la agarró por la cintura y le cantó la letra; al fin y al cabo era la única con el pelo negro:

— «Eres tan sexy, sexy thing… Debe haber un caos dentro de ti». –Dafne se contonea con una copa en la mano, levantando un

brazo y sintiéndose sexy–. «Baila. Baila morena, bajo esta luna llena».

— What do you say?

Marta parecía estar muy ocupada para mirarle con Dafne, ni siquiera se acercaba para presentarle al compañero y eso le estaba cabreando. Por más que depositara todas sus atenciones en otra, no parecía inmutarse. Le daba coraje reconocerlo pero estaba celoso, no de aquel chico que, sin duda, no representaba nada para ella; sino de no ser el centro de atención de su novia ni cuando acababa de acostarse con otro chico. Lo cierto es que llevaba tres copas y media y empezaba a estar un poco mareado. Aguantó un par de canciones más y le dijo a las chicas que se salía a fumar. Llevaba sin ver a Marta desde el domingo pasado y apenas habían estado un momento a solas. Al salir del bar, su hombro se tropezó con el de otro chico.

— Perdona, tío –dijo sin levantar la vista del suelo.

— Lo siento –respondió el otro. Aquella voz le pareció tan familiar…

— Hostia –dijo Peppe, con el corazón encogido y un nudo en el estómago, al levantar la vista.

El chico se quedó paralizado, sin saber reaccionar. Los dos se quedaron mirándose, interrumpiendo el paso.

— ¿Entráis o salís? –preguntó el portero con cara de pocos amigos.

— Voy a echar un cigarro –consiguió decir Peppe.

— Yo iba a pedir una copa –respondió el otro.

— ¿Quieres esta? Yo estoy que no puedo más.

— Eh… vale.

— Si vais a salir con eso, te lo pongo en un vaso de cartón –dijo el portero–. Echaos a un lado al menos.

— Bueno, yo no había… –empezó a decir, intentando justificarse para quedarse dentro–. Bueno, venga, vale. Te acompaño a fumar.

Los dos cruzaron la calle hasta el ensanche de la plaza y se sentaron en los escalones del fondo, dándole la espalda a la playa. Era una situación incómoda porque ninguno de los dos parecía dispuesto a romper el hielo.

— Yo… –dijeron a la vez.

— Tú primero –sugirió Piero.

— No, por favor. Empieza tú –respondió Peppe, aliviado por no escuchar que le había intentado decir algo.

— Siento todo lo que pasó –consiguió decir, sin andarse con rodeos.

— Yo también. –Piero puso cara de frustración–. No, no es un reproche. Quería decir que he tardado mucho tiempo en

darme cuenta de cuánto daño te hice.

— Yo me sentía rechazado, celoso. No es una excusa, sé que me lo tenía merecido. Nadie manda en los sentimientos de los demás, a veces no mandas ni en los propios.

— Yo tenía miedo, Piero; miedo y vergüenza. Pensaba que, si no cortaba por lo sano nuestra amistad, creerían que yo también era gay y me asustaba lo que pudiera pensar la gente. Era un crío inmaduro y no sabía nada de la vida ni del sexo.

— Al menos, de eso sabías más que yo –rió Piero. Él le correspondió con una sonrisa.

— Bueno, sí, pero no tenía experiencia. La vida te va dando palos y aprendes a darle menos importancia a las cosas que no la tienen.

— Sentí no haber ido al entierro. Te juro que quería pero, ni tenía cómo ir, ni creo que os hubiese hecho gracia. Hubiera sido todo muy violento.

— No pasa nada, tío. En aquel momento yo no estaba para escuchar a nadie –dijo, lanzando el cigarrillo al otro extremo de la escalera.

— ¿Quieres?

— Un sorbo.

— Es tu copa, como si la quieres entera.

— No, no, de verdad. Solo un sorbo.

Peppe sintió una atracción extraña por Piero en aquel momento. Beber de su copa, posar los labios en el mismo lugar que él acababa de ponerlos le pareció excitante y le provocó una erección. Piero estaba muy cambiado, más alto, más hecho, más hombre. Lo mismo que él, aunque no se daba cuenta porque se miraba al espejo todos los días. Inconscientemente, se humedeció los labios y se quedó mirándole fijamente a los ojos. Piero se puso nervioso, empezó a sentir cosas que creía enterradas y eso era lo peor que le podía pasar. Había tardado un año en superarlo y no quería dar pasos atrás. Para colmo, Peppe estaba más guapo que nunca y, aunque hubiese aprendido a ser más tolerante, jamás le querría del mismo modo.

Peppe se pasó la mano por el pelo, nervioso, se echó a reír tímidamente. Aquella sonrisa era tan irresistible… Dios, debía marcharse de allí ahora mismo. Casi lo hizo pero, justo cuando iba a levantarse, sintió el impacto de sus labios sobre los suyos. Fue un beso suave, dulce, limpio, lleno de pureza, un beso que no había dado a nadie desde que estuvo con Bianca.

— Peppe, yo… No me hagas esto, por favor. Lo he pasado muy mal y ahora estoy con alguien –le rogó con ojos tristes.

— Lo siento, no lo sabía –respondió, sintiéndose ridículo e incómodo. Acababa de estropear una reconciliación con el

único verdadero amigo que había tenido.

— Yo no quiero dar pasos atrás ni que te sientas forzado a corresponderme en algo que ya está olvidado.

La palabra olvidado fue lo único que guardó en su cabeza. Para Piero todo estaba zanjado y no había nada que hacer. Pero ¿por qué se sentía así? Era una situación tan extraña… ¿Realmente le atraía su amigo o eran remordimientos? El libertinaje en el que se encontraba con Marta, le estaba sumiendo en una marea de confusión. Él nunca se había sentido atraído por otro chico, a lo sumo había aprendido a disfrutar de ellos como algo físico, pero no sentía nada por dentro. Ahora, aparecía Piero y todo volvían a ser dudas. Con el tiempo que había tardado en abrir la mente aceptarse a sí mismo…

— No me he sentido forzado, lo he hecho porque he querido. Pero entiendo que es tarde para ti y me lo merezco. Me hubiese encantado recuperar tu amistad.

Piero suspiró, sufriendo internamente más de lo que desearía. No lo tenía superado, ni mucho menos; las dudas le estaban taladrando la cabeza. Ahora estaba bien con su novio, él le había sacado del pozo y le enseñó a aceptarse y sentirse orgulloso de cómo era, de quién era. ¿Por qué había tenido que tropezarse con Peppe y remover todo el pasado? No era justo. Peppe estaba confundido porque le echaba de menos como amigo, pero él no podía conformarse con eso. Ahora ya no. Ahora ya sabía lo que quería y no sentía vergüenza por desearlo.

— No lo sé, Peppe. Puf… qué putada todo –dijo, soltando una lágrima que intentó contener–. Yo dudo que algún día pueda volver a ser solo tu amigo.

— ¡Piero! ¿Qué pasa? ¿Entras o qué? –dijo un muchacho a unos metros que llevaba un rato buscándolo. Piero se giró y le hizo un gesto con la mano para que esperase.

— Lo siento, tengo que irme –se lamentó, con una sonrisa que reprimía un enorme esfuerzo por no echarse a llorar a moco tendido. Peppe asintió comprensivo.

— ¿Es él? –Piero asintió también.

— Me alegro de verte –dijo con una pena que hacía tiempo que no sentía–. Suerte.

Piero le sonrió y echó a correr hacia su novio. Se recompuso y trató de disimular lo que le estaba pasando. Le pasó la mano por encima del hombro a aquel chico y le dio un pico, empujándolo hacia el interior del bar.

— ¿Quién es ese? –le escuchó preguntar a lo lejos.

— Mi vecino de toda la vida –le respondió sin darle más explicaciones.

Peppe se sintió desdichado, incluso rechazado; una sensación absolutamente nueva para este. Y para colmo, le había dado calabazas

un chico que estaba loco por él. Está claro que no estaba siendo su mejor noche y, encima, Marta seguiría bailando con el tipo ese, ignorándole. Ni siquiera se había asomado a buscarle como había hecho el novio de Piero cuando se dio cuenta de que tardaba demasiado en volver.

Si quería que le prestase atención, tendría que hacer algo, marcar territorio. Acercarse a ella y plantarle un beso en los morros aunque tuviera a otro baboso pegado a ella. Marta conseguía eso allá por donde fuese, era demasiado llamativa para pasar desapercibida. Era guapa, lista, provocativa y tenía un cuerpazo envidiable, tan solo era demasiado independiente; pero le quería a él, a nadie más. Tenían un pacto de confianza y ella solo servía para captar a chicos guapos para el grupo, por eso le molestó tanto lo que se encontró esa noche en su casa. Lo hablaría con ella y pondría límites a ese tipo de sexo sin consenso, al fin y al cabo, solo había pasado esa vez y usó preservativo.

Peppe regresó al bar, intentando no cruzarse con Piero de cerca para evitar malos rollos con su novio. Localizó a las chicas bailando donde las había dejado y se extrañó de no ver a Marta ni a Susana. Dafne tenía a un ave carroñera revoloteando alrededor y María se debatía entre dos chicos que no paraban de intentar monopolizarla. Mónica era la única que parecía estar a su bola, dando calabazas a cualquiera que lo intentase. Se acercó a ella y le habló todo lo alto que pudo, para que pudiese escucharle con la música.

— ¿Dónde están Marta y Susana?

— Ni idea –gritó ella–, dijeron que iban al baño y no han vuelto.

— ¿Hace mucho?

— Media hora o más, nada más irte tú.

Peppe se imaginó lo peor. Si las chicas estaban con esos dos tíos en los servicios, nada bueno estaría pasando. Si en algo se diferenciaban de los demás es que ellos eran un círculo cerrado, no un ir y venir de ligues nuevos cada fin de semana. Cruzó el bar hasta el otro extremo. Vio a Piero, que le miró de reojo, pero siguió de largo. Los baños eran demasiado pequeños para que una pareja los ocupase, tanto tiempo, sin provocar la ira de los otros incontinentes clientes; aun así, esperó a que saliesen quienes estaban dentro para cerciorarse de que no eran ellos los que se encontraban en el interior ninguno de los dos. Buscó entre los grupos, persona a persona, y nada; no estaban en el bar. Salió a buscarlos a la plaza. Estaba a tope de gente y era enorme, así que decidió echar un vistazo desde la parte de arriba de las escalinatas y recorrer todo el graderío. Al final, Dafne y Mónica también se salieron y se encontró con ellas.

— ¿Las has visto? –preguntó Mónica.

— Qué va. No sé dónde se han podido meter.

A su espalda, se veían las luces de la isla de Vulcano, varios kilómetros mar adentro. Peppe se subió al último escalón, desde donde se divisaba la playa. Algunas parejas daban rienda suelta al amor en la arena, llevados por el alcohol y el desbordamiento hormonal de la post adolescencia. Fijó su vista en aquellos chicos, cruzando los dedos por equivocarse pero no, allí estaban Marta y Susana, despatarradas entre la cintura de los compañeros de universidad. Peppe sintió ira, indignación y vergüenza. Sin pensárselo dos veces, bajó las escalinatas que daban a la playa y se acercó a ellos con paso decidido.

— ¿Se puede saber qué coño estáis haciendo?

— ¡Ostras! Mi novio –dijo Marta, empezando aquel ritual aprendido.

Susana lo miró muerta de risa, agarrando el trasero de aquel chico para indicarle que no parase de embestirla. Aquello le incendió más, pero ella le importaba una mierda, era a Marta a quién le pedía explicaciones. Para ser justos, las culpas iban repartidas por igual, porque todos estaban en el mismo círculo, pero él no sentía lo mismo por todas y lo que había bajo toda aquella indignación, no eran otra cosa que celos.

— Tú, gilipollas. Quítate de encima de mi novia –dijo Peppe, empujando al chico. Marta se quedó un poco asombrada de la reacción, estaba llevando el juego más al límite que otras veces.

El chico salió rodando un par de metros con la pinga al aire y entonces se dio cuenta de lo último que se esperaba: aquel tío ni siquiera llevaba puesto un puto condón. Al verlo, Peppe se lanzó sobre él y le dio un puñetazo en la cara. El otro chico se levantó de inmediato e intentó golpear a Peppe, pero lo esquivó. Si se tenía a duras penas en pie, el muy cabrón. Se fijó en su entrepierna y más de lo mismo; otro sin preservativo. Peppe la emprendió a golpes contra los dos mientras las chicas le gritaban que parase. Realmente le hubiese gustado dirigir toda esa ira sobre ellas, pero no estaba bien pegar a una chica por muy zorra que fuera. Los dos chicos se quedaron tumbados en el suelo con no más de tres o cuatro golpes por cabeza y ellas lo miraban como si hubiese cometido algún delito imperdonable.

— ¿Tenéis idea de lo que significa la lealtad? –le preguntó a las dos chicas.

La gente empezó a arremolinarse sobre el graderío de la plaza al escuchar el jaleo. No sabían de qué iba aquella historia pero, con tantos espectadores, ahora sí que no podía ni rozarlas. Peppe se sintió avergonzado por el espectáculo que acababa de dar, pero fue incapaz de contenerse. La sangre le hervía por las venas y los puños se

cerraban con ira bajo sus muñecas, repletos de frustración contenida.

— Podéis idos a la mierda. Tú y yo hemos terminado –le dijo a Marta, señalándola con el dedo, antes de salir de allí a toda prisa.

Aquella noche Peppe descubrió que las chicas no respetaban el pacto al que habían llegado, que él había sido el único gilipollas que se mantenía en un círculo cerrado. Si se lo preguntasen a cualquier chico de su edad, no tendría dudas, entraría en una historia así con los ojos cerrados. Aquello era como tener un harén de cinco mujeres para él, pero Peppe no lo veía así. Ellas tenían un puto gigoló, a su merced, para desfogarse cuando estaban en la piscina o en el chalé sin sus padres; un buen chico al que poder llevar a casa, con la familia, sin problemas; y él debía estar agradecido, encima. Pues no, no era así, porque las quería y confiaba en ellas. Para él no era solo sexo, ahora lo sabía. Peppe se había enamorado de Marta desde el principio y buscaba constantemente excusas para no dejarlas. ¿Qué chico no daría un brazo por estar en su lugar? Al final resultaba que no podía ser tan liberal como creía pero, no supo que tenía razón, hasta que pasaron varias semanas y acudió al médico con unas erupciones y llagas horribles en el pene.

Qué vergüenza tener que enseñarle las miserias de tu inconsciencia a tres médicos que observan tu miembro con una lupa. Se había contagiado del VPH y lo llevaría en su interior hasta el fin de sus días.

— Pero llevo varias semanas sin mantener relaciones –se intentó justificar.

— El virus del papiloma puede estar latente en tu sangre, sin síntomas, durante meses o años. Si has cambiado tu conducta sexual, quizá por eso se ha manifestado la infección. Mientras se propagaba sin obstáculos, no se ha visto forzado a reproducirse y mostrar su cara más fea y contagiosa. Es puro instinto de supervivencia.

Aquello llevaba ahí más tiempo del que podía imaginarse, qué locura. ¿A cuántos chicos habrían contagiado? Si estaban haciendo lo mismo desde que fueron a la universidad o antes, puede que a decenas o a cientos, teniendo en cuenta que son cinco y dos no tenían contención alguna: Marta y Susana.

— ¿Y no tiene cura?

— Tiene tratamiento, pero las infecciones van y vienen. Con los años tienden a desaparecer casi del todo y a contagiar solamente cuando se manifiestan, pero debe asumir que nunca estará 100 % limpio de esto.

— Entonces es como el SIDA.

— Esto no le va a matar, solo es molesto. Además, has tenido suerte porque no son genotipos cancerígenos, que los hay. –

Peppe se estaba poniendo enfermo de escuchar aquellas palabras. Tener un cáncer en la polla era lo peor que se podía imaginar–. No, no te apures, en los hombres no da cáncer ninguna variante. Lo digo porque debes informar a las parejas sexuales que hayas tenido sin utilizar protección en el último año. No es grave, pero deben tratárselo para no seguir propagándolo.

La simple idea de tener que quedar con las chicas, para decirles que le habían contagiado aquella porquería, le puso enfermo. Peppe llevaba sin responder a las llamadas de Marta desde el día siguiente a lo que pasó en la playa. Había decidido dar carpetazo y lo había hecho. Tampoco es que Marta se desgañitara llamándolo, cuando le colgó tres veces y no le contestó un par de mensajes, dejó de hacerlo. Las demás no daban ni señales de vida: hipócritas…

Capítulo 7:

La relación de amistad entre Peppe y las chicas se había roto. Ellas hicieron piña y le acusaron de ser un hipócrita, de haberse enrollado con un chico aquella misma noche, a la vista de todo el mundo, y ponerse como un cavernícola agresivo al ver que ellas hacían lo mismo. Él pensó que no era comparable un beso con lo que habían hecho, pero, en cierto modo, tenían razón; no por haber roto el pacto, sino porque no había sido sincero respecto a sus sentimientos con nadie. Había mentido a Marta al fingir que le daba igual lo que hiciese; a las chicas, al ocultar que ella era la única que le importaba realmente; a Piero, con miedos infantiles y, a su familia, haciéndoles pensar que tenía una relación normal. Sentía que era una farsa como ser humano, que solo había sido él mismo con Bianca y que les había fallado a todas las personas que tuvieron algún valor en su vida. Anthony era un claro ejemplo de cómo había utilizado a las personas, puede que no fuese una buena influencia para él pero, fue el primero que le ayudó a salir del pozo, y lo dejó solo para aprovecharse de aquella comuna *hippie* en la que se había metido.

El peor enemigo de cualquier ser humano es uno mismo: Cuando te ves como un ser destructivo que destroza todo cuanto toca, te conviertes en la peor versión de ti mismo y los que te rodean, aquellos a quien realmente importas, pagan las consecuencias.

Sus padres volvían a estar preocupados por él. Aunque había salvado el curso, quién sabía cómo iba a reaccionar. La adolescencia es una etapa muy complicada, un constante aprendizaje hacia un mundo completamente nuevo: el de la edad adulta, donde debes asumir responsabilidades y ser consecuente de tus actos y decisiones. La mayoría de edad roba la inocencia de los jóvenes y dinamita muchos ideales. Es el momento de descubrir que, el egoísmo infantil, perdura en la madurez, que se oculta en una red de mentiras y ya no hay padres o profesores que te digan: «Eso está mal», porque vives ocultando quién eres realmente.

La universidad y los primeros empleos te forman en esa transición, donde pasas a ser anónimo y nadie vigila si estás estudiando, haciendo deberes o cumpliendo con tu trabajo, hasta el momento de pedir resultados. Si los resultados no son satisfactorios, te echan de la facultad o te despiden. Incluso, hay veces que la vida no es justa, que puedes esforzarte y cumplir tus objetivos y, aun así, no ser valorado y obtener el mismo fruto que si no lo hubieses hecho. La vida no es fácil y Peppe estaba aprendiendo a comprenderlo.

———

Septiembre de 2007:

Pikachu había empeorado en todos los sentidos. La muerte del jefe Micelle fue un varapalo enorme en su estado de ánimo. Fuera como fuese, la actitud, aunque importante, no lo es todo. El hecho de que un tipo sano, fuerte y robusto se estuviera descomponiendo a causa del cáncer, era una posibilidad a la que se enfrentan todos los que pasan a esta terrible enfermedad que esconde muchos males bajo un nombre único. Pero lo que había llevado a Marila al hospital no era solo el miedo a perderlo, sino la preocupación de tener a dos amigos, en aquella planta, con idéntico diagnóstico. En la habitación había una mujer a la que no conocía y un viejo conocido visitándolo.

— «Toc, toc». ¿Se puede? –Él asintió con una sonrisa–. ¿Cómo estás?

— Voy tirando –respondió, usando la misma sonrisa que oculta la expresión de quienes quieren camuflar la pena–. Te presento a mi mujer, Carmen. Ella es Marila, una buena periodista metomentodo –aseguró guiñándole un ojo–. Al teniente Palermo ya lo conoces.

— Sí, encantada –dijo estrechando la mano de ambos.

— Bueno, yo tengo que volver a comisaría. Cuídate mucho, ¿vale? Y haz caso a los médicos.

— Sí, tranquilo. Tengo aquí a la jefa para encargarse de eso –contestó mirando a su mujer.

— Hasta luego, amigo.

— Adiós.

— Adiós.

— Nos vemos.

— Vengo de ver a Pikachu, lo han trasladado a la UCI. El pobre…

— Lo sé. Jode ver a un tío tan fuerte así, ¿verdad?

— Bueno, será mejor que os deje hablar de vuestras cosas –dijo Carmen, levantándose de su asiento para ofrecérselo a Marila–. Yo voy a tomar algo en la cafetería.

— Oh, no, no hace falta, de verdad. Siento haber sido tan desconsiderada al decir eso. Cuando pasas mucho tiempo en un sitio pequeño, al final es inevitable hacer amigos. Perdonadme, ha sido un comentario muy inoportuno –aseguró Marila al darse cuenta de que podían ver, en aquel chico, el futuro que les esperaba.

— Tranquila, me casé con un policía. Soy consciente de que pone su vida en juego todos los días –intentó tranquilizarla–. Ahora nos vemos.

— Hasta ahora, gracias.
— Intrépida hasta en el filo de la muerte –le dijo su amigo.
— Jo, de verdad que lo he dicho sin pensar.
— No, me refiero a que los dos se han dado cuenta de que no vienes a hacerme una entrevista. Aunque, ahora, eso da lo mismo.
— No hemos hecho nada malo.
— Es cierto, aunque un poli no debe informar a la prensa, sino al revés.
— Sabes que no he publicado nada de lo que hemos hablado.
— Lo sé, y por eso confío en ti.
— Capitán… yo…
— Aquí puedes llamarme Alex, no estamos trabajando.
— En cierto modo, yo sí –reconoció Marila.
— ¿Has descubierto algo?
— Sí, un patrón que me tiene muy preocupada.
— Suéltalo, anda. No te andes con rodeos.
— ¿Cuántas personas hay entre habitantes y trabajadores que hayan pasado por Canneto? ¿Doscientas? ¿Doscientas cincuenta, como mucho?
— Sí, más o menos. ¿Por qué? –respondió el capitán Alessandro Leccio.
— Porque la tasa de enfermos de cáncer no supera el 0,3 % en ningún país del mundo, en Italia no llega ni al 0,1.
— ¿Qué quieres decir? No te sigo.
— Bitelle y Chiesa también tienen cáncer, y Alonzo, el marido de Pía Malpege, falleció la semana pasada de cáncer de próstata.
— Pero ese hombre tendría más de ochenta años.
— Ochenta y dos. Sé que es normal a su edad pero ¿y los otros? Chiesa tiene cuarenta y Bitelle cuarenta y seis. Luego estás tú, Micelle, Leonardo…
— ¿Quién es Leonardo?
— Pikachu.
— Ah, perdona. No sabía su nombre de pila.
— Y también está el primer caso de todos: Bianca Roselló. Seis casos en poco más de un año, en una población de doscientas personas: eso multiplica por treinta la media del país.
— Ya veo por dónde vas. –dijo el capitán intentando atar cabos.
— A Pikachu no le queda mucho, amigo mío. No sé si estás preparado para oírlo pero…
— No, por favor, dilo.
— La mitad de los que han enfermado, han muerto. Ese índice de mortalidad no es normal, vuelve a ser una burrada si lo

comparas con la media del país que te dé la gana.
— No sabía nada de Bitelle ni de Chiesa. ¿Están ingresados?
— No, después de lo Michelle, el Dr. Venerando quiso hacer una revisión a todas las personas que estaban trabajando en la zona. En realidad, se enteraron de que estaba mal desde hacía meses pero se lo calló para no preocupar a los compañeros. Ellos están la las primeras fases, creo que se lo han detectado a tiempo.
— Me alegro –dijo con la mirada perdida.
— Capitán. Alex –se corrigió a sí misma–, lo que está provocando esos incendios, está matando a quienes luchan por sofocarlos. El Dr. Venerando sabe algo y voy a obligarle a que me lo cuente.
— Si lo que me está pasando no es mala suerte y me muero…
— No digas eso, por favor.
— Escúchame –le ordenó con voz rotunda–. Si descubres qué nos ha provocado esto y yo no estoy para verlo, díselo a mi mujer y que inicie los trámites legales contra quien corresponda. La pensión de viudedad de un poli es una mierda, que paguen por estas muertes y aseguren el futuro de mis hijos y mi esposa.
— Lo haré, te lo prometo.
— Gracias –dijo Leccio con una mezcla de alivio y tristeza.

———

— Las cosas no se borran así como así, por la cara –le recriminaba el Dr. Venerando a un supervisor.
— No lo sé, señor. Le juro que yo no los he tocado.
— Cientos de horas de trabajo perdidos, decenas de pruebas borradas. ¿Se da cuenta de la importancia de esto?
— Por supuesto que me doy cuenta, pero yo no he sido, se lo juro.
— Deme su llave ahora mismo.
— Téngala.
— Váyase.
— ¿Qué pasa? –preguntó Clarbruno, alarmado por la bronca que le estaba echando a aquel técnico.
— Una docena de *pen drives* han sido borrados o inutilizados de la caja de archivos. Las llaves de ese cajón solo las tenemos el jefe técnico y yo.
— Vaya… ¿En serio? ¿Se ha perdido mucho?
— Miles de datos, cientos de lecturas, algunas importantes.
— ¿Hay copia?
— Por supuesto que hay copia, pero ellos no lo saben. Alguien

está intentando sabotear nuestro trabajo, Clar.

— O el cajón del archivo estaba en la línea direccional de un pulso.

— Mucha casualidad es eso, son demasiado precisos. Este ataque viene de dentro.

— Puede haber sido cualquiera. Un imán lo suficientemente potente, borra las memorias sin necesidad de abrir el cajón.

— En eso sí tienes razón. Hay que cambiar el sitio donde se guardan los datos externos, aumentar la seguridad. Si intentan boicotear nuestro trabajo, se lo podremos más difícil. Ahora tiene más sentido esos detectores que aparecieron destruidos, no ha sido ningún animal. Esto es cosa de homínidos que sirven intereses muy diferentes a la ciencia. Me voy a comer algo. ¿Te vienes? Para un día que estás en tierra…

— Venga, vamos y desconectamos un rato. Te iba a comentar algunos datos que habíamos recogido esta mañana pero puede esperar.

— No, dime, por favor –dijo el Dr. Venerando abriendo la puerta de su despacho.

— ¿No vienen los demás?

— Ellos han salido antes, como me encontrado con esto… Cuéntame.

— Resulta que hemos encontrado una chimenea muy interesante. Ahora mismo no representa un peligro de erupción pero, la cantidad de especies extremófilas que la habitan…

Los doctores intercambiaban descubrimientos e impresiones sobre asuntos relacionados con la fauna y flora marina. Más allá del hecho de que el fenómeno que les había llevado allí era algo desconocido y muy estimulante como objeto de análisis, la pasión que compartían Venerando y Verduccio era el estudio del mar. Eso les había procurado una gran amistad desde mucho antes de los sucesos de Sicilia y, por las posiciones de responsabilidad que ocupaban y el prestigio de sus carreras, confiaban ciegamente el uno en el otro.

— Qué bueno, a ver si un día lo planificamos y me paso a verlo en persona contigo.

— Pues sí, apenas has pisado el Galatea y es parte fundamental de esta investigación.

— Totalmente, tienes toda la razón. ¿Sabes qué pasa? Que como te tengo allí, estoy tranquilo.

— Siento interrumpir, doctores. Buen provecho.

— Usted otra vez. No puede ser verdad –dijo Venerando sin disimular su desagrado.

— Esta vez no vengo a pedirles información, sino a dársela. Si

me dejan un minuto…

— Estamos comiendo, ¿puede ser luego?

— En realidad me viene bien que estén los dos y tengo que marcharme en cinco minutos, solo quería informarles antes de publicarlo.

— Está bien, ¿de qué se trata? –dijo Venerando, soltando la servilleta de su regado sobre la mesa, haciendo notoria una pausa molesta que esperaba que fuese lo más breve posible.

— No nos conocemos, Dr. Verduccio, pero he oído hablar mucho de usted.

— Yo también de usted, Srta. Re –respondió con fingida cortesía.

— Verán, me he enterado de la enfermedad del jefe de policía local y del inspector Bitelle. Si le sumamos los casos de dos habitantes y dos bomberos más, tenemos seis enfermos de cáncer en una zona de doscientos habitantes. No soy científica pero sé sumar dos más dos.

— No sé qué quiere que le digamos, es una desgracia y esperamos que se recuperen lo antes posible –dijo Venerando.

— No me tome por tonta, doctor: yo no lo hago con usted. Lo que provoca esos incendios, ha multiplicado las tasas de cáncer por treinta. Usted sabe, igual que yo, que todos los que trabajan aquí están en peligro. Llevamos dos muertos y la cosa no promete ir a mejor. Dos amigos míos están en el hospital, debatiéndose contra esta porque ustedes no le han advertido del peligro. Si es que no son responsables de algo más que de omisión.

— Sus insinuaciones suenan muy graves, Srta. Re.

— Lo sé, comandante, pero tengo pruebas y mi obligación es publicarlas para proteger la salud pública. Que disfruten de la comida –dijo Marila, levantándose.

— Espere –le ordenó el Dr. Venerando–. Siéntese, por favor –añadió, suavizando el tono–. Las cosas no son como usted lo plantea. Nosotros hemos descubierto eso hace nada, como usted, y estamos tomando medidas de precaución. Ya no hay un puesto permanente en el interior del pueblo, lo hemos trasladado a las afueras.

— Dígame algo que no sepa y por lo que no debería publicar esto, o me marcho ahora mismo.

— Si lo publica, nos podrá en la picota, de acuerdo; pero jamás sabrá la verdad. Lo único que separa a esta gente del desastre, somos nosotros.

— No me convence el argumento. Siento haberles hecho perder el tiempo.

Venerando miró a Clarbruno buscando su aprobación para darle algo de información que la contuviera en sus pretensiones, él asintió.

— Está bien. Siéntese, se lo ruego. –Marila aceptó y guardó silencio–. Lo que está provocando estos fuegos es intencionado –añadió.

— Nadie ha encontrado pruebas en ese sentido, la policía me lo ha confirmado –replicó ella.

— Nosotros sí, pero aún no hemos encontrado a los culpables. Estamos trabajando para localizarlos pero es un proceso lento y conlleva un enorme esfuerzo de medios.

— Sigue sin convencerme, doctor.

— Quizá le convenza saber que tenía razón desde el principio.

— ¿En qué?

— El origen de todo es tecnología militar. –La cara de Marila se paralizó por la sorpresa–. Si se anticipa y pone el foco sobre nosotros, jamás encontraremos a los culpables. Esto está muy por encima de su área de influencia, Srta. Re. Le queda grande, enorme más bien.

Capítulo 8:

24 de enero de 2008:

El día había sido agotador en la redacción. El primer ministro, Romano Prodi, había perdido la moción de confianza a la que se había sometido en el Senado. Pese a contar con el apoyo de la cámara baja, al final del día, acabó presentado su dimisión al presidente, Giorgio Napolitano. Todos los medios se aventuraban a vaticinar una nueva etapa en el poder de Berlusconi, que volvía a destacarse en las encuestas pese a los escándalos de corrupción que le habían perseguido durante los últimos años (de los que tampoco se libraba el ejecutivo de Prodi). Pero los medios de comunicación se centraban más en los líos de faldas de Berlusconi que en sus tejemanejes financieros, y el votante de a pie estaba más dispuesto a perdonar sus deslices, en ese sentido, que los del ministro de justicia Mastella. La incertidumbre política provocó que no se cerrara hasta las diez de la noche, aguantando la portada hasta el último momento y reestructurando parte de las primeras páginas; un día de locos del que quería olvidarse nada más llegar a casa.

Si había algo que odiase, de llegar tan tarde del trabajo, era lo complicado que le resultaría encontrar aparcamiento en Fondo de la Manna, entre el hospital materno y la E-90. Para no dormirse al volante y estar pendiente de cualquier novedad que le afectase hasta el inicio de la siguiente jornada, a las ocho de la mañana, condujo escuchando las noticias.

— «… En uno de los debates más broncos que se recuerdan, el líder de los Populares-UDEUR, Stefano Nuccio Cusumano, ha declarado que no seguiría en la dirección del partido y que apoyaría a Prodi, provocando los insultos y abucheos de sus compañeros de bancada en el Senado. En otro orden de sucesos, la policía ha desvelado hoy que, el cuerpo hallado hace dos días en la Piazza Campo dei Fiori, pertenece a Bruno Mansole; un destacado abogado, venido a menos, tras su despido del prestigioso bufete «M&C Associates» por aceptar sobornos. Aunque no se pudo demostrar y M&C acabó llegando a un acuerdo, fuentes de la investigación han confirmado que su asesinato presenta todos los rasgos de un ajuste de cuentas con la mafia, dado el simbolismo de algunas marcas que dejaron sobre la víctima y el escenario elegido: el mismo lugar que Giordano Bruno. Este ajusticiamiento público, supone un cambio en el *modus operandi* de esta clase de organizaciones criminales, donde no se suelen dejar rastros

ni cadáveres que investigar y que solamente recurren a estos, cuando se quiere enviar un mensaje a navegantes».

— Joder… Joder… No me lo puedo creer –decía para sí misma, en voz baja, Marila–. Tiene que ser él, seguro. ¿Por qué ahora? Joder…

Marila vivía en el quinto piso de un bloque de siete plantas que está a mediación de la calle, en un barrio de clase trabajadora, plagado de tiendas, bares y supermercados. La actividad nocturna de estos, le daba cierta tranquilidad aunque, pasadas las once de la noche, solían empezar a cerrar y todo se quedaba en silencio. La noticia del día había quedado eclipsada por un asesinato que únicamente tenía una especial relevancia para ella y, desde ese momento, su cabeza comenzó a girar en torno a una única idea, dejando de escuchar el incesante boletín informativo de la locutora de Radio 24.

En el lateral del colegio Edmondo de Amicis, una vía diagonal a su calle, un coche estaba saliendo de la zona de estacionamiento, así que aceleró para evitar que algún espabilado le quitara el sitio, entrando en sentido contrario. Esas cosas eran habituales en la particular selva circulatoria de las calles de Palermo y no estaba dispuesta a renunciar a una plaza sobre la que tenía preferencia. Tuvo suerte y lo consiguió sin tener que pelear con ningún desaprensivo. Puso la alarma de su Fiat Bravo y comenzó a caminar los escasos metros que le separaban de un merecido descanso. Al llegar a la esquina de Manna con Rosso y Morici, un tipo se le acercó, caminando en sentido contrario. La miraba fijamente y eso le inquietaba. Decidió cambiarse de acera, hasta la esquina de la placita arbolada de en frente, sin perderlo de vista, por si tenía que echar a correr. Pero, justo allí, de los portones traseros de una vieja furgoneta Iveco, saltaron dos tipos encapuchados sobre ella, al mismo tiempo que el otro, que ya había sobrepasado su altura en la calle, regresaba para evitar su huida en dirección contraria hacia casa.

Marila no tuvo capacidad de reacción, tan solo pudo gritar una fracción de segundo antes de que le pusieran una capucha en la cabeza y la montaran, en volandas, en la parte trasera de aquella tartana. En el coche, sintió cómo los tres tipos la reducían y maniataban con unas bridas de plástico. No paraban de gritarle que se callase o sería peor, pero ella estaba aterrorizada; era incapaz de contenerse, ni aunque quisiese hacerlo (que no era el caso precisamente). Cuando eres víctima de un secuestro, tu única salida es conseguir alertar a algún viandante que decida llamar a la policía y, con suerte, tomar la matricula. Pero ella no la tuvo, nadie la escuchó, nadie avisó a la policía, aquel era su fin. Asesinos, violadores, atracadores, sicarios, mafiosos… Tantas opciones y un mismo final, sabía cómo terminaban estas cosas: una estadística más en las páginas

de sucesos y un breve apunte en las necrológicas.

———

El primer semestre no estaba yendo demasiado bien. Los exámenes parciales de enero habían sido un absoluto desastre y, si no conseguía remontar en marzo, se las vería negras para recuperar en septiembre. Peppe volvía a pasar una época de crisis personal tras su ruptura con Marta y no conseguía centrarse en los estudios. Nino decidió darle un voto de confianza, esperar hasta final de curso para ver qué pasaba. Pero la universidad cuesta mucho dinero y no se podían permitir un piso en Mesina como habían pagado los padres de ella, ni siquiera le habían comprado el coche que le prometieron; se pasaba los días yendo y viniendo en tren, como tantos otros estudiantes de la costa.

No tener coche le frustraba, le quitaba tiempo e independencia. Sus padres habían cambiado las condiciones del trato inicial y, ahora, lo supeditaban a aprobar el primer curso de ingeniería mecánica.

La facultad no tenía nada que ver con la escuela secundaria, aquello era otro mundo; todos iba a la suya, empezando por los profesores. Atrás quedaban los tiempos en los que te llamaban por tu nombre, se preocupaban por si habías hecho las tareas o tenías alguna duda con el temario. Allí tienes que aprender a apañártelas por ti mismo y estudiar como un loco en la biblioteca, donde tienes a mano un montón de bibliografía donde aclarar las dudas de clase; había que aprender a investigar: inaudito. Tampoco era sencillo hacer nuevos amigos, muchos venían con sus grupos formados desde algunos de los mejores colegios de la ciudad y otros, se conocían en alguna de las residencias universitarias que su familia no podía costearle.

— Hola –le dijo aquella chica a la que había visto tantas veces, en el aula magna, pero con la que nunca se atrevió a cruzar una palabra–. ¿Con qué estás?

Peppe levantó la vista del libro que estaba consultando en la biblioteca y se sorprendió de que fuese ella quien le hablara, más aún en un sitio donde se debe guardar silencio como norma.

— ¡Hola! Eh… ¿Elena?

— ¡Sí! Qué bueno, sabes mi nombre.

— Bueno, no era tan difícil, solo hay dos chicas en la clase.

— A las mujeres no les gusta la mecánica, ¿verdad?

— Shisss –les mandó callar un compañero de último curso.

Peppe se encogió de hombros para no dar una respuesta directa a una pregunta que tenía trampa. Era evidente que las ingenierías no se destacaban por tener una mayoría de chicas entre sus alumnos y, en el caso de mecánica, peor. Elena le quitó el libro y miró la portada para salir de dudas.

— Elasticidad y resistencia de materiales –dijo leyendo en voz

baja–. Uhm… interesante –aseguró devolviéndole el libro.

— ¿Qué te parece tan interesante?

— La parte en la que el libro afirma que la resistencia es inversamente proporcional a la elasticidad, el autor se equivoca.

— ¿Te parecen más resistente unas tijeras de plástico que unas de acero?

— La fibra de carbono tiene una densidad baja y la resistencia del acero; además, es mucho más elástica, por eso se usa en la fórmula 1.

— Ahí está nuestro trabajo, chica Schumacher, en emplear materiales que rompan esas leyes.

— Qué anticuado estás, quien lo está petando es Kimi Räikkönen.

— Mientras sea Ferrari… Siempre tuvimos la mejor aerodinámica.

— ¿Sabes cuál es el colmo de un estudiante de ingeniería?

— ¿Cuál?

— Que las chicas con mejor aerodinámica son las que oponen mayor resistencia.

— ¡Ja, ja, ja!

— ¿Os podéis ir a hablar fuera? Aquí la gente viene a estudiar –les regañó aquel chico mayor, con la paciencia agotada por tanto cuchicheo y risitas.

— Venga, vamos a salir –sugirió Peppe, intentando contener la risa como podía.

— Vale, ¿me invitas a un café?

— Para ser fan de la fórmula 1, tienes gustos económicos; de acuerdo.

— ¿Qué puedo decir? Soy la Briatore de este *paddock*, millonaria pero con gustos sencillos.

— Ja, ja, ja. No puedo contigo…

Peppe devolvió el libro de consulta y salió de allí, ignorando las caras de enfado de varios alumnos y de la bibliotecaria. Elena era una chica atractiva, mucho más que la mayoría que merodeaban las aulas de la facultad, aunque no había demasiadas entre las que escoger. Precisamente por eso tenía a todos los chicos de la clase, e incluso de cursos superiores, tras ella. Pidieron un cappuccino en un vaso de cartón, para llevar, y se sentaron en la escalera que daba al jardín del parking ante la falta de espacio en las mesas de la cafetería. No era, precisamente, el lugar más romántico del mundo pero al menos podrían hablar sin nadie que les pusiera malas caras.

— ¿Cómo te dio por estudiar esto?

— Ya te lo he dicho, voy a ser la primera mecánica de Ferrari en

la F-1.

— Yo voy a ser el primer ingeniero mecánico que no tiene coche –aseguró Peppe, poniendo cara de fingida tristeza para parecer gracioso.

— Ja, ja, ja. Hay unos cuantos aquí, te lo aseguro.

— En un coche van tres ingenieros; uno mecánico, otro eléctrico y un informático. El coche se avería en mitad de un viaje, se baja el mecánico, lo revisa y dice: «Todo está bien; he comprobado el motor, cada pieza de la maquinaria y no veo la avería». El eléctrico se baja entonces, lo mira, regresa al interior del coche y dice: «Todo está bien; no hay ningún circuito, fusible o relé que dé una avería. No sé lo que le pasa». En ese momento salta el informático y dice: «¿Qué tal si probamos a bajarnos del coche y nos montarnos todos a la vez?».

— ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Qué malo!

— Todo lo malo que quieras pero estás que te tronchas.

— Porque me has pillado desprevenida, no me lo esperaba.

— ¿Puedo preguntarte algo?

— Claro, otra cosa es que te conteste. Ja, ja, ja. –Peppe no pudo evitar sonreír ante el carácter extrovertido y directo de Elena.

— ¿Por qué yo?

— ¿Por qué tú?, ¿qué?

— Teniendo a más de la mitad de la clase detrás de ti, a todas horas, ¿por qué yo?

— ¡Eh!, ¿qué insinúas?, que solo te he pedido que me invites a un café.

— Vale, vale, perdona.

— Estoy de coña, niño –dijo volviendo a reírse como antes–. No sé, supongo que porque eres bastante mono y, precisamente, eres de los poquitos que no ha intentado ligar conmigo.

— Vaya… No sé si darte las gracias por lo de mono o deprimirme porque mi mayor atractivo sea no haber intentado seducirte.

— Con las gracias, vale.

— Ja, ja, ja. Está bien, pues gracias en ese caso.

— Así me gusta. ¿Ves?, además de listo, aprendes rápido.

— Bueno… eso es porque no has visto las notas de mis parciales.

— ¿Buenas? ¿Estás intentando presumir?

— ¡Qué va! Un puto desastre. Ja, ja, ja.

— No te desanimes, a la mayoría le cuesta un montón el cambio. ¿Por qué te crees que hay tantos alumnos en primero y tan pocos en último curso? Esto es solo para personas constantes. ¿Lo eres?

— Pues ni idea. Supongo que tengo hasta junio para averiguarlo.
— Huy… El chico mono está en plena crisis existencial.
— No lo sabes tú bien.
— Ahora sí que estás intentando seducirme. Tú eres un máquina con las chicas, ¿verdad?
— ¿Por qué dices eso?
— ¿Tienes la más mínima idea de lo estimulante que es para una mujer rescatar a un chico guapo con el alma atormentada? Es algo irresistible para nosotras, como una misión que debemos cumplir en esta vida para poder pasar a la siguiente fase.
— Ja, ja, ja. Me acabo de enterar de que sois como una ONG que deben salvar a los hombres de sí mismos.
— ¡No! ¡Para nada! Somos algo así como diseñadoras de joyas, cogemos pedruscos sin valor aparente y los hacemos brillar; nuestro trabajo es mejoraros.
— Ja, ja, ja.

———

— No sabe cuánto le agradezco que haya venido a verme con tan poco tiempo de aviso –dijo aquella voz áspera–. Quitadle la capucha. Abra los ojos, Srta. Re.
— No, no, por favor. Se lo ruego, no les he visto la cara, no diré nada a nadie, déjenme marchar.
— Le he dicho que me mire.
— ¡No, no, no!

Aquel tipo le hizo un gesto con la cabeza, a uno de sus matones, para que la hiciese cambiar de opinión. El gorila se acercó a ella y le dio una bofetada con una de esas manos tan grandes como un guante de beisbol. Marila se tambaleó hacia un costado aunque sin llegar a caerse; aquello no era más que una caricia para que escuchase cuando el jefe le hablaba.

— Míreme –volvió a decir una vez más. Esta vez decidió abrir los ojos, lentamente, temerosa de lo que pudiese encontrarse frente a ella, indefensa y maniatada–. ¿Sabe quién soy? –Marila asintió levemente–. ¿Dónde está?
— No comprendo –consiguió decir con la voz entrecortada.

Aquel tipo volvió a asentir, mirando al grandullón, y este le dio otra bofetada que, ahora sí, la tiró al suelo, golpeándose en la cabeza. Aquel bicharraco la cogió con una mano, silla incluida, en una pieza y la dejó derecha nuevamente.

— Por favor, no me hagas perder el tiempo. ¿Dónde está el paquete?
— Le juro que no sé a lo que se refiere. Si lo supiera, se lo diría.
— Tiene que haberte llegado ya –dijo pensando en voz alta.

Marila negó con la cabeza, poniendo cara de no tener ni idea de lo que le estaban pidiendo–. Tengo entendido que Anna ha tenido hoy un día complicado con un grupo de franceses, la gente se pierde a veces, pero no siempre los encuentran. A tu madre le pasó el otro día en el Etnapolis, tu padre tuvo que llamar a seguridad para que la localizasen; creo que se le está empezando a ir la cabeza. Ya sabes, son cosas de la edad.

Las amenazas veladas a su familia, la mención de Anna y conocer detalles de sus vidas que ni ella misma sabía, suponía que llevaban tiempo vigilándola; no solo a ella, a todos sus seres queridos.

— Mauro, ponle un poco de hielo en la cabeza; no queremos que le salga un chichón.

El gorila tenía una bolsa preparada junto a una mesa que había a su espalda. Aquello parecía una nave industrial o algo por el estilo. No había muebles, paredes o habitaciones, ni siquiera cajas que indicasen qué tipo de actividad se desarrollaba en aquel sitio; simplemente parecía un lugar abandonado desde hace mucho tiempo. El tipo le puso la bolsa en la sien derecha aunque, el dolor que había hecho estallar la cabeza, provenía de la mejilla izquierda.

— No te preocupes por la mejilla, se pasa en unos minutos y, si es necesario, un poco de maquillaje y listo –le dijo como si pudiera leerle la mente–. No soy una persona violenta por más que lo creas, soy un hombre de negocios. Yo tengo clientes ante los que responder y tú has metido las narices más de la cuenta. Lo íbamos a dejar pasar porque no seguiste por ese camino, pero las circunstancias, a veces, nos obligan a cambiar de rumbo. Sabemos que te reuniste con Bruno, en Roma, y que te ha enviado unos documentos. Los quiero, perjudican a personas con las que tenemos tratos importantes y no tienen nada que ver con lo que estás investigando.

Marila empezó a entender de qué iba todo aquello. La mafia se llevaba un porcentaje de cualquier tipo de negocios, legales o no. Los despachos de abogados son parte importante de su éxito cuando las cosas se tuercen y ella había estado haciendo preguntas sobre constructoras importantes, inversores internacionales, políticos y de M&C Associates. Aquel confidente dijo que esos papeles eran su seguro de vida, no era de extrañar que, ahora que lo habían matado, se los enviara a ella u otros medios de comunicación. El caso es que ella no lo había recibido, al menos por ahora. ¿Cómo salir viva de una situación así? Si ni siquiera tenía lo que le estaban pidiendo. Ella era insignificante para aquellos hombres hasta que Bruno, si es que se llamaba así, la había puesto en el punto de mira de la mafia. Por un lado agradeció no haber seguido tirando del hilo de aquella vía, no tenía ni idea de lo cerca que estaba del abismo. Por otro, saberse un

objetivo, le hizo cambiar su percepción sobre algunas cosas.

———

Tras la muerte de Micelle y Pikachu, el ánimo del operativo de emergencia había caído bastante, pero no fue hasta que Bitelle y Chiesa fueron ingresados, cuando empezaron a hablar abiertamente de que, lo que estaba sucediendo allí, los estaba matando. El capitán Leccio se encontraba en cuidados paliativos. Consciente de que no iba a superar la enfermedad, le pidió a Marila y al teniente Palermo que llegasen al fondo de aquello, costase lo que costase.

Los ánimos se estaban caldeando y la colaboración ya no era tan fluida con los responsables de la investigación. De algún modo, les responsabilizaban a ellos, por acción u omisión, de los males que azotaban a sus compañeros y que, paradójicamente, no afectaba a ningún miembro del equipo del Dr. Venerando.

Los sabotajes en los sensores eran cada vez más frecuentes y eso dificultaba llegar a una conclusión que cada día estaba más cerca. Habían descubierto que unos segundos antes de producirse algún incendio, los sensores se activaban en una línea perfectamente trazable, en ángulos definidos y convergentes, salvo algunas pequeñas excepciones. Si conseguían una docena de lecturas más, acabarían por averiguar el punto exacto de procedencia de aquellos ataques. Pero no siempre tenían sensores alineados hacia los puntos de ignición y, peor aún, los daños en el equipo técnico no hacían más que retrasar algo que era inevitable: dar con la fuente.

El Dr. Venerando estaba empezando a sospechar que aquello no podía ser obra de un único hombre, debía haber varias personas implicadas, unas dentro y otras ajenas al equipo. Por el único que estaba dispuesto a poner la mano en el fuego era por su amigo Clarbruno, el resto, aunque reconocidos colegas de gran prestigio, no compartían sus inquietudes de un modo tan evidente, parecían guardarse información. El colmo fue cuando empezó a recibir presiones del ministerio para dejar la investigación pero, por supuesto, se negó; estaba demasiado cerca de saber la verdad.

— Fíjese, estas sesenta alineaciones convergen aquí –dijo el Dr. Casagli–. Tenemos treinta y nueve que nos llevan un grado más al este, estas catorce nos desplazan cincuenta kilómetros al sureste pero, la mayoría convergen en esta zona. Yo pondría sensores en las Islas Eolias, sobre todo en Vulcano, Alicudi y Pecorini.

— La mayor parte de las señales vienen de esta zona –respondió el Dr. Venerando, señalando la isla de Alicudi.

— El problema está en que, cuanto más cerca estemos del foco, más fácil será que se nos escape una lectura. Sabemos que el

objetivo de los ataques está en esta franja de dos kilómetros cuadrados, eso nos permite abarcar un ángulo de entrada de 65º.

— Sí, pero lo está enfocando al revés, Dr. Casagli. Llegados a este punto, lo que nos interesa es cerrar el ángulo sobre una fuente, no recoger lecturas de un campo abierto.

— Pero perderemos lecturas –le replicó al Dr. Venerando.

— La estadística y la probabilidad juegan a nuestro favor. Aquí es donde tenemos que centrar nuestros esfuerzos.

— Usted manda, yo me limito a pedir los permisos.

— Está bien, ya sabemos lo que es la burocracia en este país. Vamos a solicitar un traslado parcial del equipo a esta parte de la isla. También me interesa recoger datos en esta zona boscosa, moverlos uno o dos kilómetros hacia el interior. Quiero verificar si la señal traspasa los focos, así que trabajaremos en las dos vías al mismo tiempo, sobre los puntos de inicio y destino de las señales.

— Perfecto, voy a solicitarlos –dijo el Dr. Casagli, levantándose de su silla junto al despacho de Venerando. En la puerta sonaron los golpes de unos nudillos sobre la madera.

— ¡Hombre! Mira quién ha venido a vernos desde el fondo del mar –dijo Venerando con efusividad.

— ¿Bob Esponja?

La ocurrencia de Verduccio le devolvió algo del buen humor que últimamente le faltaba.

— ¿Cómo va todo?

— Pues más cerca y más jodidos que nunca, ambas cosas por igual.

— Pues yo no traigo mejores noticias.

— Vaya, hombre. Suéltalo y me terminas de alegrar el día.

— La marina nos va a quitar su apoyo, son órdenes del almirantazgo.

— La verdad es que no me extraña, ya me lo esperaba. Mira lo que me ha mandado esta mañana el Ministerio de Interior.

Clarbruno leyó detenidamente un comunicado que sonaba a ultimátum. Alguien parecía tener prisa, en las altas esferas, por cerrar el caso lo antes posible y se sugería que, el informe final que debían redactar, señalase los fenómenos como de origen humano y provocado.

— Joder… ¿Y qué vas a hacer?

— Yo soy un científico, no soy un político. Si quieren una marioneta del poder, que se busquen a otro. El informe de conclusiones reflejará lo que hemos descubierto y punto.

— Con dos cojones, sí señor. Veo que estás dispuesto a tirar tu

carrera por la borda.

— Los políticos vienen y van, la ciencia se queda. Esto es una cuestión de principios, amigo.

— Me parece bien, cuenta conmigo. ¿Has pensado en hacer algo al respecto?

— Sí, te cuento. Solo puedo confiar en ti.

———

— Joder, tía, me tenías súper preocupada. ¿Qué coño te ha pasado? –preguntó en un tono de evidente reproche–. ¿Qué es eso? –quiso saber Anna, mucho más preocupada, poniendo la mano sobre su pómulo enrojecido.

— Mejor no preguntes –le respondió Marila.

— ¿Cómo no voy a preguntar? ¿Quién te ha hecho eso? ¿Te han pegado? ¿Has tenido un accidente?

Por la cabeza de Marila pasó la idea de contarle la verdad, pero eso sería preocuparla mucho más de lo que estaba, puede que incluso perderla. Si Anna sentía que su vida estaba en peligro por culpa de su trabajo, al final la abandonaría y la quería demasiado para dejar que fuese libre.

— No es nada grave, me han atracado, solo eso.

— ¿Solo eso? ¿Bromeas? ¿Has llamado a la policía?

— No, ¿para qué?

— ¿Cómo que para qué? –dijo cada vez más crispada–. Para denunciarlos, para ver si los pillan y que paguen por lo que te han hecho.

— Anna, estas cosas pasan todos los días. Estoy bien, no me han hecho nada.

— Pero si tienes la cara como si te hubiesen atizado con un chuletón. ¿Qué me estás contando? Es un robo con agresión, tía. ¿Quién ha sido?

— Unos chavales unas calles más atrás de casa.

— ¡Joder! ¿Aquí abajo? Ya no se puede estar tranquila en este barrio de los cojones. Vamos ahora mismo a comisaría.

— Cariño, de verdad, estoy reventada. Mañana tengo que estar a las ocho en el periódico y es más de la una. Necesito descansar. Solo se han llevado un poco de dinero, lo que tenía en la cartera, nada más. No lo voy a recuperar, es una tontería.

— No es una tontería, es una agresión.

— Es una agresión involuntaria, he sido tonta y me he resistido. Me han dado un codazo en el forcejeo y he rebotado contra la pared. Total, por treinta cochinos euros de mierda. Ya se los estarán gastando en drogas. Dame un beso y me voy a dormir,

mañana hablamos.

Anna se quedó muy preocupada, aunque accedió a dejarlo estar, al menos esa noche. Se dieron un pico y se encerró en el baño. Marila se miró en el espejo, no tenía tan mala pinta como pensaba; Anna era una exagerada. Se desnudó, se pegó una breve ducha y se metió en la cama. Esta se hizo la dormida pero era completamente consciente de que había aprovechado el ruido del agua para ocultar sus lágrimas. Había estado llorando todo el tiempo que estuvo dentro y, el torrente que se derramaba sobre la mampara, no fue suficiente para ahogar sus quejidos.

A la mañana siguiente, apenas se vieron. La noche había pasado en un estado de semi-vigilia para ambas, aunque por motivos muy distintos. Se maquilló con una base más densa de lo habitual, en realidad casi nunca se echaba potes. Sería mejor hacer la faena completa: labios, ojos, pestañas… Así parecería una puerta recién pintada y no llamaría la atención en el pómulo.

Sintió miedo, para qué negarlo. No podía pisar la calle o entrar en un pasillo sin sentir que, en cualquier esquina, la estarían esperando. Puede que hoy no la matasen, puede que esperasen a tener lo que querían. No supo muy bien cómo, pero les convenció de que no había recibido nada.

En el momento que le llegase un paquete, ella debía entregarlo, sin abrir, en una taquilla que le habían indicado de una gran superficie comercial. Marila ya conocía el contenido de aquel paquete, quizá la mafia no sabía cuánto le había mostrado Bruno y eso le había salvado la vida. Hay momentos muy duros en la carrera de un periodista de investigación, en los que piensas que estás en peligro, pero nunca te la juegas de un modo temerario. Nadie va a un sitio para que le maten; incluso los cronistas de guerra, toman sus precauciones.

En Sicilia hay una máxima: No interfieras los negocios de la mafia. Al menos, si quieres seguir vivo.

— Buenos días, Srta. Re –dijo el vigilante de la entrada al periódico.

— Buenos días –respondió con la mejor sonrisa que fue capaz.

— Buenos días. ¡Qué guapa! –aseguró la recepcionista con cara de sorpresa.

— Gracias, Carmina.

Llamó al ascensor y subió hasta la tercera planta, donde estaba la redacción. Nada más salir, todas las miradas se clavaron en ella.

— Vaya… ¿Qué celebramos hoy? –le preguntó Marcello, el redactor que había sido su mentor todos estos años.

— ¿Qué pasa? ¿Es que una ya no puede arreglarse para venir a la oficina?

— Sí, pero no es lo habitual en ti –le respondió–. Te veo cada

día más coqueta.

— Ya ves… Soy como el buen vino: mejoro con los años.

— Ya veo, sigue así. Por cierto, D. Giovanni quiere verte. Me ha dicho que fueses a su despacho nada más llegases.

— Gracias, guapetón.

Varios compañeros le silbaron en el camino hasta su mesa. Dejó el bolso y el abrigo colgado en el perchero y puso cara de coquetear con todos los que la piropeaban, aunque bromeaba; casi todos sabían que era lesbiana. Entró en el despacho del director, rezando porque no hubiese llegado el paquete de Bruno a sus manos.

— Buenos días, Marila. Pasa, por favor.

— Buenos días, D. Giovanni.

— El presidente de la República ha rechazado la dimisión del primer ministro. Quiero que te encargues tú del artículo, necesito un análisis de sus apoyos en ambas cámaras y que intentes poner en contacto con Stefano Cusumano. Sácale una declaración sobre los motivos por los que votó a favor de Prodi y te hago redactora jefe.

— Eh… Yo… no… ¿No debería dárselo a Marcello? Tiene mucha más experiencia en política nacional.

— Lo he hecho. Esto es una competición, quien llegue primero a la meta, gana.

— Pero yo no quiero competir contra mis compañeros, quiero trabajar con ellos.

— Marila, te voy a decir una cosa que espero que recuerdes: El trabajo en equipo es necesario pero, si quieres prosperar en este mundo, a veces, tienes que ser capaz de pisar alguna cabeza. Cuando eres jefe, los compañeros no son tus amigos, no lo olvides.

— Sí, D. Giovanni.

— Perfecto, a trabajar.

— Buenos días –dijo el un mensajero en la recepción de La Gaceta–, traigo un paquete para la Srta. Marila Re.

— Puede dejarlo aquí –respondió Carmina.

— Me temo que tiene pagada la tarifa de entrega en mano –le contestó–. ¿Está localizable?

— Voy a llamar arriba para ver si está disponible. Mientras tanto, páselo por el escáner de seguridad.

— De acuerdo.

— «Diga».

— Srta. Re, un mensajero dice que le ha traído un paquete de entrega en mano.

— «Bajo en seguida, lo estaba esperando».

— Perfecto, se lo digo. Dice que baja en seguida, puede

esperarla ahí sentado.

El vigilante comprobó el contenido del paquete a través de los rayos x, no había nada anormal: papeles. Marila se disculpó y dijo que tenía que ausentarse un rato, nadie le pidió explicaciones. Tomó el ascensor hasta la planta de abajo y se dirigió hacia el mensajero.

— Buenos días, soy Marila Re.

— Buenos días, Srta. Re. ¿Me permite su documento de identidad?

— Sí, claro, por supuesto. Lo tengo aquí mismo, un momento –dijo rebuscando la cartera en un bolso demasiado recargado–. Aquí está.

— Perfecto –dijo apuntando la numeración de este–. Ahora una firma aquí y es suyo. Estupendo… muchas gracias; que tengan un buen día.

— Igualmente –contesto ella–. Carmina, tengo que salir a hacer unas gestiones, vuelvo en menos de una hora.

— De acuerdo, cariño. Te aviso si hay algún recado.

— Sí, claro. Llevo el móvil, ¿vale? Hasta ahora.

Marila estaba convencida de que la estarían vigilando y no quería retrasar la entrega del paquete ni un momento; nada que diese a entender que podía haberlo abierto y hacer una copia de los documentos. Miró a ambos lados de la calle, pero no vio a nadie sospechoso. Daba igual, estaban ahí, lo sabía. Se fue directa al coche, sin abrigo, con el paquete bajo el brazo y condujo, sin demora, hasta el centro comercial. Por el camino, no dejó de mirar por el espejo retrovisor, intentando encontrar un coche que la siguiera, un motorista oculto tras una visera tintada o un peatón que se quedase mirándola; nada.

Con paso firme, se bajó de su viejo Fiat y caminó hasta en interior, donde estaban las taquillas, justo en frente del hipermercado. Tenía una llave con un número: el 36. Ahí debía dejar el sobre cerrado y largarse. Con suerte, no volvería a saber nunca más nada de aquella gente. Lo metió en la taquilla, la cerró y se llevó la llave para dejarla sobre el extintor que había junto a la puerta de los ascensores. Miró a todas partes, intentando encontrar una cara sospechosa que le hiciera un gesto de aprobación: nada, ni rastro. Volvió al coche con la sensación de haberse quitado un peso de encima. Aquello no pesaría ni medio kilo pero, entregarlo con éxito, le hacía flotar en el camino de vuelta. Era como si le hubiesen dado un maletín con un millón y sintiese que cualquiera que pasara cerca, quisiera robárselo. Afortunadamente, todo salió a pedir de boca. Ni siquiera tardó en aparcar junto al periódico, algo poco habitual a esa hora. Cogió el bolso y entró.

— Qué rápida –dijo Carmina.

— Sí, al final había menos tráfico del que pensaba –contestó, esbozando una sonrisa de compromiso mientras se dirigía hacia el ascensor.
— Ah, se me olvidaba: Le han dejado otro paquete.
— ¿Otro paquete? –preguntó Marila sin poder reprimir su cara de sorpresa.
— Sí, lo trajeron diez minutos después de marcharse, es de otra compañía.

Marila se acercó al mostrador y buscó un remitente: nada, igual que el otro. Aquello sí que era un problema. ¿Le habían enviado dos copias? Y si no era así, ¿cuál era el bueno?

— ¿Pasa algo, cariño? Tienes cara de haber visto a un muerto.
— No, nada –aseguró con una nueva sonrisa, aún peor fingida que la anterior.

Lo agarró y regresó hacia el ascensor para no levantar más sospechas. Justo antes de entrar, se giró y los miró, intentando decir algo que no le salía.

— ¿Te pasa algo, Marila?
— No, no es nada, es que estaba esperando un paquete pero el otro no sé de quién es.
— Pues ábrelo, querida. Así sales de dudas.
— Sí, claro. Qué tonta… –dijo poniendo cara de circunstancia–. Lo habéis pasado por el escáner, ¿verdad?
— Pues claro, como todos –aseguró Carmina.
— Y ¿qué había dentro? –preguntó aún a riesgo de parecer demasiado preocupada por el contenido.
— No lo sé, cariño. ¡Ángelo! ¿Qué había en el sobre de la Srta. Re?
— ¿Papeles? –dijo el vigilante, encogiéndose de hombros.
— Gracias –carraspeó antes de montarse en el ascensor y desaparecer de la planta baja.
— Huy… esta está hoy de lo más raro –le dijo Carmina al vigilante.
— Tendrá una entrevista en la tele, ya has visto lo arreglada que va.
— Ay, Dios… La edad del pavo perdura, cumplidos los treinta, en esta generación.

———

— Si me compraseis un coche, no llegaría tarde.
— Si te levantases antes, tampoco.
— Pero me prometisteis que lo haríais si aprobaba el curso, quien no ha cumplido sois vosotros.
— Hijo, no hay dinero ahora mismo. Tenemos que esperar.

— Que ¿no hay dinero? Una mierda, tienes más de un millón en el banco y el director te besa los pies cada vez que entras.
— Ese dinero no es nuestro, niño.
— ¿Cómo que no es nuestro? Es tan nuestro como de los demás. Es para los afectados por los incendios, ¿no? Nosotros, ¿qué somos? ¿Turistas que viven en esta mierda de hotel permanentemente?
— Peppe, no tienes ni idea de lo que estás diciendo. Será mejor que te calles la boca.
— Claro, así se soluciona todo: Cállate la boca y jódete, es lo que hay. No veo que tú te estés privando mucho. Ahora vas todos los días al gimnasio, te compras ropa buena, comes todos los días en restaurantes…
— Yo trabajo con clientes, mi imagen mejora mis ventas. Además, no tengo que darte explicaciones; lo trabajo y lo gano yo.
— Pues, a lo mejor, es lo que yo tendría que hacer y no estar rogando cada mísero euro que me dais como si fuera un crío.
— Pues si quieres trabajar, trabajas. En verano, si apruebas el curso, te buscas un trabajillo y aprendes a valorar lo que cuesta ganarlo.
— En verano o ahora, estoy hasta los cojones. En cuanto pueda, me largo de esta casa.
— Y ¿dónde vas a ir? ¿Crees que es barato vivir solo? ¿Sabes cuánto cuesta mantener una casa? ¿Tienes idea de lo que vale un alquiler, la luz, el teléfono, la gasolina, los impuestos, la ropa, la comida? Necesitas dos sueldos para vivir solo o un trabajo en condiciones, para eso te estamos pagando una carrera.
— Pues aquí solamente entra uno.
— Y ¿cómo vivíamos hasta que pasó lo de los incendios? ¡Hasta el cuello!
— Y ahora de puta madre, ¿no? Pero es tu dinero.
— Peppe, no lo entiendes. La policía y el juzgado están encima de esa pasta, me miran con lupa cada céntimo que saco.
— Y tú ¿cómo sabes eso?
— Porque soy mayor que tú y sé más del mundo de lo que te crees. Hasta que esto no esté cerrado, no puedo tocar ni un puñetero euro que no esté perfectamente justificado. Y son muchas familias las que piden su parte, eh. No te creas único.
— Hijo, haz caso a tu padre. Todo lo que estamos haciendo es por tu bien. El mundo parece fácil cuando eres joven, pero no lo es.
— ¿Fácil? No tienes ni idea de lo que es ser joven ahora. No

estamos en tus tiempos. Antes no te pedían un millón de cosas inútiles para un trabajo de mierda, ahora hay que saber inglés y francés para trabajar en una *trattoria* y cobrar el salario mínimo.

— Vas a llegar tarde. Termina el desayuno y ya seguiremos hablando esta noche.

— Se me ha quitado el hambre. Me largo –dijo Peppe dejando sobre la mesa, de mala gana, una tostada con mermelada–. Adiós –se despidió de un portazo.

— ¿Qué vamos a hacer con este chico, Nino?

— Ay… No lo sé. Puedo intentar buscar un coche barato. El seguro no es problema, me harían el descuento máximo, pero quiero que aprenda a ganarse las cosas; ya es un hombre.

— Pero se lo prometiste.

— Y ¿qué va a hacer cuando su jefe le prometa una cosa y no la cumpla? ¿Ponerse así? En la vida te dan palos constantemente y hay que aprender a encajarlos. ¿Sabes cuántas veces me prometieron la zona de la costa de Mesina antes de dármela? ¿Te acuerdas? Cuatro, cuatro putos años cumpliendo un objetivo tras otro para que me dieran una zona. Pero no los clientes, los clientes se los quedó la empresa; la saca para ellos y el trabajo para mí. Me han timado cien veces y las que me faltan. Ahora me engañan con el sueldo, pero con el trabajo no.

— Tiene diecinueve años, no treinta. Ya tendrá tiempo de aprender las lecciones de la vida.

— Pues que apruebe el curso, ¡coño! Que son más de mil euros de matrícula y casi trescientos al mes entre transporte y comida. Más luego dinero para salir, el móvil, los juegos de las maquinitas, la ropa de marca… Que demuestre que está centrado en sus obligaciones y le compraré el dichoso coche. Ahora me voy a trabajar yo que si no, no sé de dónde voy a sacar la pasta si aprueba. Hasta la tarde –dijo pegando un último bocado a la tostada de pan integral y poniéndose en pie sin llegar a tragársela.

— Hasta luego –dijo Feli, sintiéndose en mitad de dos aguas.

———

¿Qué hacer en estos casos? En ningún momento se planteó que pudiese haber un error. En cuanto abrieran el paquete, si no era el suyo, volvería a estar en peligro. Pero ¿qué pasa con el que tenía en sus manos? ¿Y si no era nada relacionado con M&C o Hillwater? «Lo abro y salgo de dudas» –se decía. Ella ya conocía el contenido de los documentos, vio las copias de las transferencias, aunque ellos no lo

supieran. Abrirlo implicaba dar por hecho que suponía una amenaza, no hacerlo implicaba luchar contra el yo que busca una explicación a todo, al querer saber por encima de cualquier cosa, aplacar ese sentido que mueve el mundo a base de escalar cada peldaño por un deseo irrefrenable: la curiosidad.

— No, lo guardo tal cual está. Si es lo que creo que es, no tardarán en reclamarlo.

— ¿Con quién hablas? –quiso saber Marcello.

— ¿Qué? –contestó, de forma refleja, para tener tiempo y elaborar una respuesta.

— Te he visto ahí, mascullando en voz baja.

— Ah, yo sola.

— Si es por lo del puesto de redactor jefe, no te preocupes, lo entiendo.

— ¿Sabes? –contestó con firme determinación, como quien acaba de tomar una decisión importante–, no voy a entrar en ese juego. Tú te mereces ese puesto más que yo. Por antigüedad, por conocimientos, por experiencia.

— Tus tres argumentos son sinónimos, solo tienes uno realmente: Piensas que lo merezco porque he sido tu mentor.

— Exacto. No voy a competir contigo por algo que creo que te mereces más que yo. Si el viejo Enzo se jubila, ese puesto debe ser tuyo.

— Al Consejo de Administración le parece mejor que sea una mujer quien lo ocupe. Dicen que los tres puestos directivos del periódico no deberían estar en manos de hombres, que da mala imagen.

— Entonces es por eso, entiendo… Peor me lo pones, nadie me va a regalar nada por no tener pene o por tener vagina. Toma –dijo Marila entregándole un post it con un teléfono que había copiado de su agenda, aquella de la que nunca se separaba, su bien más preciado.

— ¿Qué es esto?

— El número directo de la jefa de prensa de Populares-UDEUR, mi única baza para llegar hasta Cusumano.

— Gracias –dijo devolviéndole el papel ante la mirada perpleja de Marila–. Ya lo tenía. Yo también sé hacer mi trabajo –aseguró guiñándole un ojo.

Durante unos segundos se quedó congelada, volviendo a pensar qué debía hacer con el paquete que tanto la preocupaba. Marcello regresó hacia su mesa pero, a mitad de camino se giró.

— Marila, vas a ser una magnífica periodista.

— Pensé que ya lo era –le respondió a su antiguo jefe, devolviéndole el guiño.

— No, ninguno de los que está aquí llegará a ser uno de los grandes. A ti se te va a quedar pequeño este periódico antes de lo que imaginas –sentenció, señalándola con el dedo índice.

— Si fuese tan buena, no estaría cagada de miedo y sin saber qué hacer con este puñetero sobre –se repitió en un tono imperceptible para cualquiera que no fuese ella misma.

Lo guardó en un cajón y escribió el artículo que tenía pendiente, no le llevó más de una hora. Varios compañeros bajaron a por el café de media mañana, ella empezó a escribir un borrador de una crónica que dejaría para más adelante:

«Todo pueblo maldito comienza su historia con un hecho intrascendente…»

Capítulo 9:

— Hola, querida –saludó a Carmen–. ¿Cómo estás, cariño? –se interesó por su amigo.

Leccio meneó la cabeza de lado a lado, indicando que «así, asá», pero sin poder contener una sonrisa por una persona que había demostrado ser una buena amiga. Y eso que empezaron con muy mal pie.

— Me ha dicho la doctora que ya no puedes comer –añadió–. Y yo que te había traído pastelitos… Nos los tendremos que comer tu mujer y yo –aseguró con fingida resignación, seguida de una burlona sonrisa maliciosa.

Leccio permanecía entubado, conectado a un respirador del que dependía su frágil vida que se apagaba por segundos. Su mujer se pasaba los días entrando y saliendo de la habitación, la mayoría de las veces para llorar a solas. No podía soportar verlo así.

— Anda, siéntate aquí, os dejo para que habléis a solas de vuestras cosas.

— Gracias, cielo –le respondió Marila–. Verás… –continuó diciendo, agarrándole la mano, nada más verla salir de la habitación. Aunque ella no había ido muy lejos, estaba justo en la puerta, con las manos puestas en la boca para reprimir el llanto–, sé que ya no puedes hablar pero me gustaría pedirte un consejo. Me gustaría que me ayudaras como amigo, no como poli.

Marila le recordó la historia sobre aquel confidente que conoció en Roma y cómo supo de su muerte hacía un par de días. Le habló del secuestro y de la encrucijada en la que se encontraba con un paquete que no sabía si estaba duplicado, entregado erróneamente o si, por el contrario, el segundo no tenía nada que ver con Bruno y los negocios sucios de las altas esferas. Le confesó que temía más por sus seres queridos que por ella misma, que habían amenazado y perseguido a sus padres y a Anna, aunque ellos no sabían nada todavía. Los dos eran conscientes de que la mafia hacía desaparecer a decenas de personas todos los años en la isla y que muy rara vez encontraban un cuerpo que investigar. Si querían matarla, lo harían sin dudar, y de ellos no quedaría más que un vago recuerdo.

Leccio pidió un papel y bolígrafo para escribir. Marila los sacó del bolso y se los puso en la mano, apoyándolo sobre la libreta de notas que siempre llevaba encima. No sin cierta dificultad, consiguió entender lo que había escrito: «Guárdalo».

— Pero ¿dónde? Si lo dejo en casa, pongo en peligro a Anna. Si

lo dejo en el trabajo, cualquiera puede encontrarlo y terminar abriéndolo por error.

Leccio volvió a pedir el la libreta con un movimiento vehemente de su mano derecha. Esta vez puso dos palabras en el block: «Banco, caja».

— ¿Sugieres que contrate una caja fuerte en un banco? –Leccio asintió y volvió a pedir una nueva hoja. Esta vez solo escribió una palabra: «Testamento»–. Que haga un testamento y lo deje ahí por si me pasa algo.

Leccio volvió a asentir. En su yo interno deseaba que se lo entregase a los carabineros y poder crucificar a aquella gentuza, pero sabía el peligro que corría su amiga y, cuando las emociones personales se mezclan con el trabajo, siempre ganas las emociones.

Si lo que tenía en sus manos era una segunda copia del expediente de Bruno, nadie lo sabría. La mafia la dejaría en paz mientras no removiese la tierra y se olvidase de los abogados e inversores extranjeros. Puede que dentro de unos años, cuando sus padres ya no estén y el futuro la condujese a hacia aguas más mansas, pudiese recuperar aquel sobre y ver su contenido. Hasta entonces, aquella era la mejor opción que tenía en espera de que se lo reclamasen.

———

Mayo de 2008:

Tras la muerte del capitán, Marila se sentía deprimida. De algún modo este se había convertido en su mano derecha durante varios años y, el hueco que dejaba en su interior, era insustituible.

El gobierno de Romano Prodi acababa de caer definitivamente y Napolitano nombró a Silvio Berlusconi como primer ministro, por tercera vez, tras obtener el 46,8 % de los votos en su nueva coalición: «El pueblo de la Libertad». El clima político en Italia estaba en un momento crítico, plagado de alianzas por intereses partidistas y económicos, así como el control de los medios. Mediaset se había convertido en uno de los principales grupos de comunicación del país y extendía sus tentáculos hasta otros territorios europeos, convirtiéndolo en una de las personas más influyentes a nivel mundial.

Se podría decir que Berlusconi había alcanzado un estatus que estaba por encima del bien y del mal y que, ni la mafia, se atrevía a tocarlo. Al contrario, más adelante se le acusaría de mantener tratos ilegales con esta, así como tantos otros tantos delitos de corrupción, evasión fiscal, abuso de autoridad y constricción a la prostitución de menores que se le imputarían, a un hombre, que se creyó por encima de la justicia. Y no estaba muy desencaminado, porque jamás llegó a pisar la prisión. Su mismo sucesor, de nuevo Prodi, le concedería un

indulto para que no tuviese que verla, simplemente, fue inhabilitado para ejercer cargos públicos.

En este contexto, se elaboró el primer informe de conclusiones que había solicitado el gobierno de Prodi al grupo de investigadores del Dr. Venerando. El nuevo ministro de interior hizo oídos sordos frente aquel asunto, intentando enterrarlo en un mar de burocracia administrativa; hasta que no pudo evitarlo, claro.

Marila estaba tomándose un café en el bar de siempre, muy cerca de La Gaceta; disfrutando de un pequeño descanso a media mañana, cuando se vio abordada por una visita inesperada.

— Buenos días, ¿puedo?

— Claro –dijo ella, sorprendida por la visita.

— Tengo que reconocerlo. No estaba seguro de si me equivocaría con usted pero me alegro de haber acertado.

— No sé exactamente a qué se refiere, pero gracias.

— A mantener el informe en secreto todo este tiempo. Pensé que existía el riesgo de que lo publicase nada más recibirlo, pero lo ha retenido sin decir ni una palabra. Ni siquiera me ha preguntado por él, cosa que le agradezco encarecidamente; en aquel momento no estaba en situación de responder a ninguna de sus preguntas.

— Bueno, la verdad es que…

— No hace falta que diga nada. Ahora sé que es una persona íntegra y de la que me puedo fiar. Srta. Re, el gobierno va a silenciar la investigación, el juzgado está a punto de enterrar el caso: es hora de que saque a la luz ese paquete de FedEx. Ya le dije que la compensaría si tenía paciencia. Disfrute del café.

Francesco Venerando se marchó tan rápido como había aparecido, quizá no quería correr riesgos para que nadie le viese hablando con una periodista. Pero Marila acababa de descubrir una cosa mucho más importante: Aquel otro paquete que le había quitado el sueño durante varios meses, no era una copia de las actividades de Hillwater sino el informe Canneto; algo que deseaba, con todas sus fuerzas, desde el 2005.

Si se marchaba directamente, encontraría el banco abierto. Pidió la cuenta y buscó un taxi para evitar problemas de aparcamiento. Llegó a las dos menos diez, a punto de cerrar al público, pero consiguió que la atendiesen. El vigilante no le puso muy buena cara cuando se enteró de que quería acceder a la cámara, esas cosas se preavisan pero, tras consultarlo con el director, accedieron a que entrase a recoger lo que fuera que necesitase con tanta urgencia.

Con los nervios a flor de piel y la adrenalina de una adolescente en su primera cita, se montó en otro taxi con la intención de abrir el sobre en un lugar seguro. Con el maremoto político cayó en la cuenta

de que ni siquiera había comido y que, el café de media mañana, realmente debería haber sido su tiempo para el almuerzo. Sin prestarle atención a nimiedades tan banales como el hambre, subió a la tercera planta y se sentó delante de su mesa, mirando el paquete como quien sostiene un tesoro, alargando unos segundos la decisión de abrirlo y el método perfecto para que no se dañase ningún documento.

— Seré idiota… Las tijeras –se dijo en voz alta, con una sonrisa ridícula–. Ni que fueran los manuscritos del Mar Muerto.

Lo abrió, sacó la carpeta marrón que lo recubría y de su interior extrajo un enorme dosier encuadernado con una espiral de anillas y otras cuatro libretas de menor grosor. Las más pequeñas se agrupaban en hojas de colores que separaban distintas temáticas de estudio:

- Moradas: Etiología, patología y análisis clínico de especies fallecidas.
- Azules: Fenómenos aéreos no identificados (FANI), testimonios de presencia OVNI, objetos submarinos no identificados (OSNI), contactos con presencias de origen desconocido.

Aquel documento le sobrecogió, se detallaban más de cien casos de este tipo y eso sin contar con todos los que no fueron capaces de recoger, por ejemplo: el suyo en Alicudi.

- Amarillas: estudio individualizado de 350 incendios. Mediciones de datos de 40 combustiones espontáneas analizadas en presencia del equipo técnico.
- Verdes: análisis de ciento doce pulsos electromagnéticos.

Lo que tenía en sus manos era un bombazo, aunque necesitaría a un experto para comprender las pruebas que se habían practicado e interpretar los datos personalmente. Hasta tan pronto fuese capaz de lograrlo, decidió ir al dosier de conclusiones finales.

— Bla, bla, bla… Jerga científico-burocrática… Aquí. –leyó en vos baja– «Este comité multidisciplinar concluye que el origen de los incendios está producido por una o varias armas de impulso electromagnético (ADS) enfocada. Las tecnologías militares avanzadas, incluidas las de origen no terrestre, podrían exponer a poblaciones enteras a consecuencias indeseables en el futuro. Los incidentes de Canneto de Caronia pueden ser intentos de enfrentamiento militar, entre fuerzas no convencionales, o una prueba no agresiva, destinada a estudiar comportamientos y acciones, en una muestra territorial indeterminada y escasamente antropizada (de escasa transformación humana sobre el medio). Se confirma

que los objetivos son específicos y selectivos, sin intención de dañar a la población de un modo deliberado. Los impulsos tienen una duración media de un nanosegundo y fluctúan en intensidad entre los 12 y los 15 gigavatios. La banda de emisión oscila entre los 300 megahercios y los 3 gigahercios, a una altura de entre 7 y 11 metros sobre el nivel del mar. Determinamos que la fuente de origen se encuentra en el Mar Tirreno, a escasos kilómetros al norte de la Isla de Alicudi. Por lo que solicitamos el traslado de parte del equipo de investigación a esta zona. Insistimos en la importancia de resaltar el uso de una tecnología militar evolucionada no origen no terrestre, habida cuenta de la imposibilidad tecnológica teórica, de cualquier arma conocida, para controlar y focalizar una fuente energética que necesitaría del poder de, al menos, quince centrales nucleares y un material desconocido que no se desintegrase, en su propia fuente de calor, frente a semejante niveles de intensidad electromagnética. Y lo que es más inquietante, su capacidad de enfocarla en un punto tan concreto».

»Joder… Esto es oro puro –aseguró Marila sin terminar de comprender exactamente algunos datos técnicos.

Marila entró en el despacho de D. Giovanni de forma atropellada, inconsciente de no haber llamado a la puerta.

— Jefe, no se va a creer lo que tengo.

— Sal, llamas y vuelves a entrar. Como en el colegio si hace falta –le dijo con ese rictus serio que le caracterizaba.

— D. Giovanni, no hay tiempo para eso. Esta es una copia del informe de conclusiones científicas del grupo del Dr. Venerando –dijo soltando la carpeta sobre la mesa de este.

El director le echó un ojo, intentando reprimir sus ganas por volver a mandarla fuera del despacho y hacerle que pasase como Dios manda.

— ¿Quién te ha dado esto?

— El coordinador en persona –intentó explicar para ocultar que llevaba más de cuatro meses con aquello en una caja fuerte de un banco, creyendo que era otra cosa.

— ¿No se estará quedando contigo?

— No lo creo, lo tengo bien pillado por otro lado.

— ¿Por qué lado? ¿Qué coño no me estás contando?

A Marila le sorprendió ver a su jefe soltando un taco, jamás perdía la paciencia. Parecía que por sus venas circulase granizado de limón en lugar de sangre.

— La radiación electromagnética está disparando los casos de cáncer entre la población de Canneto y los servicios de

emergencias. Ellos lo saben y, aun así, han seguido trabajando para extinguir los incendios y descubrir las causas. Jefe, el gobierno y el juez le van a dar carpetazo a este asunto. Lo quieren tapar porque el equipo de Venerando sugiere, sin mencionarlo de forma expresa, que los causantes de todo esto son extraterrestres.

— Puf… –suspiró, llevándose las manos a la cara el director–. Aunque fuese verdad, ¿quién se lo iba a creer?

— Nadie si somos cómplices del silencio del estado –sentenció Marila con firme determinación.

Junio de 2008:

Tras la publicación de parte del informe de conclusiones en numerosos medios de comunicación, el Dr. Venerando volvió a solicitar el traslado del equipo de investigación a la isla de Alicudi. Los medios fueron cautelosos a la hora de dar por sentado conclusiones que no venían citadas literalmente en el informe, evitando hablar de ataque extraterrestre, alienígenas o cualquier elemento que fuese campo de la especulación. Se limitaron de dejar abiertas las incógnitas del mismo modo que lo planteaba el equipo científico, utilizando eufemismos que pasaban de puntillas por interpretaciones que debía sacar el lector o televidente.

Lejos de conseguir el objetivo deseado, el ministerio les dio orden de recoger y desmantelar el equipo. La frustración de Venerando fue enorme porque el coste era ínfimo, muy inferior a desmontar todo y volver a enviarlo a la península. Habían invertido millones en aquel estudio y el traslado no supondría apenas unos miles de euros.

Francesco hizo un último intento; llamó, personalmente, al ministerio y la respuesta fue todavía más rotunda: No solo le denegaban los fondos para el traslado y se ratificaban en empaquetar todo el equipo, sino que les prohibían seguir investigando por su cuenta. Se tragó una bronca monumental del ministro que mantendría en secreto mucho tiempo.

El 24 de junio de 2008, la fiscalía de Mistretta dio por cerrado el caso. Se concluyó que los incendios fueron provocados e intencionados por una o varias personas, aunque resultó imposible determinar su autoría.

El 25 de junio, Canneto es desalojado de científicos y servicios operativos. Se ordena el desprecinto de las viviendas y su reapertura a la población. Ante la desconfianza de los habitantes, que se negaron a regresar de inmediato, se ordena un estudio a la Asociación CICAP (Comité Italiano para la Investigación de Afirmaciones Pseudocientíficas).

Agosto de 2008:

La CICAP concluye que todo ha sido un fraude orquestado por un

grupo de personas de la población, en connivencia con algunas autoridades locales. Al frente de este informe se encuentran:

- Massimo Polidoro: psicólogo, periodista y escritor.
- Marco Morocutti: diseñador electrónico.

Para ambos, una prueba evidente del fraude es que, una vez desmantelado todo el equipo y medios operativos, no se han vuelto a producir incendios y todos los fenómenos han cesado por completo.

Junio de 2009:

— Dr. Venerando. Muchas gracias por concedernos esta entrevista tras casi un año de silencio.

— A usted, Srta. Re por planteármela.

— Vamos a ir directos al grano, si le parece bien.

— Sí, claro. Por supuesto –respondió con tono afable y tranquilo.

— ¿Qué pasó en Canneto de Caronia?

— Bueno, como todos sabrán, la población sufría incendios inexplicables en cualquier punto y sin causa aparente. Descartamos varias vías de investigación: la criminal de inicio, la interacción con la línea férrea que pasa por el pueblo y las posibles consecuencias de una actividad magnética de origen geotérmico en el manto terrestre.

— ¿Se refiere a actividad volcánica?

— Sí, de forma indirecta tiene relación. En las zonas volcánicas, como es el caso de la costa norte de Sicilia, la corteza terrestre es más fina en algunos puntos. El fenómeno magnético de la Tierra, no es algo que se produzca exclusivamente en los polos, sino que puede afectar a determinadas regiones que, por su composición mineral, presenten cantidades de hierro superiores a las normales. Los movimientos de convección del manto, funcionan como mareas en el subsuelo y arrastran grandes cantidades de material. Estos movimientos pueden producir alteraciones electromagnéticas y, en algunos casos, hasta incendios. Las fumarolas y las chimeneas no son más que vías de escape de estos materiales.

— Pero ¿esa teoría quedó descartada?

— Sí, sí, no había nada fuera de lo normal ni que pudiese explicar unos incendios con unos focos tan específicos como una tubería de agua o el muelle de un colchón.

— ¿Qué los producía entonces?

— Comprobamos que la causa se encontraba en una radiación electromagnética focalizada y direccional.

— Para que nuestros espectadores lo puedan entender ¿qué significa?

— Que alguien estaba enviando ese pulso electromagnético, de forma deliberada, contra esos lugares.
— ¿Estamos hablando de tecnología militar?
— Sin duda, sí. El problema está en que no conocemos esa tecnología ni a nivel teórico como para poder desarrollar armamento.
— ¿Está diciendo que era tecnología extraterrestre?
— Afirmar eso para un científico es prácticamente imposible. Cuando nos encontramos con algo que no se puede explicar, los científicos nos detenemos en ese punto. No hacemos afirmaciones que carecen de cualquier base empírica.
— Pero hubieron centenares de avistamientos de objetos volares no identificados en esa zona en el tiempo que duró el estudio.
— Eh… Sí, sí que los hubo, pero no podemos afirmar que sean extraterrestres como usted me sugiere.
— Tengo entendido que algunos aparecieron o desaparecieron ante los ojos de decenas de testigos.
— Sí, es cierto, pero le vuelvo a insistir en lo mismo: nosotros solamente nos podemos limitar a decir que no sabemos qué es ni cómo lo hacen. Lo que sí que pudimos comprobar es que, justo antes de lanzar un pulso electromagnético, los podíamos detectar. La utilización de esa tecnología los volvía visibles ante nuestros sensores y llegamos a determinar su procedencia.
— Y ¿desde dónde lanzaban esos pulsos invisibles?
— La mayoría provenían de un punto del Mar Tirreno, unos kilómetros al norte de la Isla de Alicudi, en las Islas Eolias.
— Pero no todos, ¿verdad?
— No, algunos procedían de otros puntos.
— Tengo entendido que un helicóptero de Protección Civil fue atacado por uno de estos pulsos mientras era perseguido por un objeto volador no identificado.
— Es correcto. El helicóptero se vio obligado a hacer un aterrizaje de emergencia.
— Se han filtrado a la prensa fotografías de ese ataque, así como de otros avistamientos en la Isla Vulcano, de origen militar y civil.
— El tema de las filtraciones de información es algo que nos daña a los investigadores. Ocupamos un espacio de atención que perjudica nuestro trabajo.
— Pero no desmiente que sean auténticas.
— Yo no pertenezco a la Armada ni tengo autoridad de ningún tipo para certificar o descalificar ninguna información de ese tipo.

— Comprendo… Si tenían identificado el origen de los ataques, ¿por qué no se llevaron todo a la zona para verificarlo?
— Tuvimos muchas dificultades técnicas para localizar el punto exacto del que procedían y, cuando lo conseguimos, pedimos autorización para trasladar parte del equipo y se nos denegó.
— ¿Quiere decir que después de tres años de investigación, cuando supieron el lugar concreto desde donde provenía todo el fenómeno, les obligaron a marcharse?
— Correcto, así fue.
— ¿Por qué? –Francesco se encogió de hombros, esgrimiendo una sonrisa contenida, dejando a la libre interpretación de los espectadores la causa de aquella orden–. ¿Qué opina del informe la CICAP?
— Que es una patraña –aseguró sin poder volver a reírse–. Pretendieron enterrar las conclusiones de algunos de algunos de los expertos más importantes del mundo en el campo de la física, de las ciencias de la tierra, electromagnetismo, medioambiente, electrónica de las microondas, etc., con un electricista y un psicólogo. ¿Qué quiere que le diga?
— Pero ellos acusan a su equipo de haber sido cómplices de un engaño o, como mínimo, víctimas de este.
— Los datos no se pueden alterar. Un aparato se puede romper, dar lecturas erróneas, ¿pero decenas? Los sensores se recalibraban a diario, se les hacían test, se sustituían cuando funcionaban incorrectamente… Las mediciones son datos objetivos, no tenemos que perder el tiempo en discutir si una cosa pesa un kilo o una tonelada cuando tienes decenas de básculas para pesarlo.
— Pero entonces, ¿por qué cesaron los fenómenos cuando se marcharon?
— Pues vuelvo a no tener una respuesta para eso –dijo, riéndose abiertamente–. Si quiere que especule, a lo mejor quienes provocaban esos pulsos sentían la misma curiosidad por nosotros como mi equipo por ellos. No tengo la más mínima idea.
— Muchas gracias por habernos atendido, doctor.
— El placer ha sido mío.
— Ya lo han escuchado todos. Ahora, suyas son las conclusiones. D. Francesco Venerando, coordinador del Instituto Científico Ispra y miembro del Instituto Superior de Medioambiente: muchas gracias y hasta siempre.
— A usted.

TERCERA PARTE

Capítulo 1:

Viernes, 20 de junio de 2014:

— Hijo, ¿vienes a dormir esta noche?
— Creo que no. Seguramente me quede en casa de Elena.
— Vale. Tened cuidadito.
— Sí, mamá –dijo dándole un beso en la frente.
— Vamos, Peppe, que se hace tarde –le apremió Nino.
— ¡Voy! Adiós, mamá –se despidió cerrando la puerta de casa–. ¿Vamos en mi coche? –le sugirió a su padre.
— Si me dejas en casa a la vuelta…
— No, te vuelves en tren como yo he tenido que hacer tantas veces en mi vida –le contestó con evidente sorna.
— No te atreverías. Con la de noches que he tenido que ir a recogerte…
— Es lo que tiene ser padre, te aguantas.
— Ay, hijo. Ya te tocará a ti.
— Es mi coche, así que conduzco yo; que lo sepas –dijo abriendo la puerta del conductor de su flamante Volkswagen Golf GTI blanco.
— Está bien, pero procura que no nos pare la policía. Siempre le pisas más de la cuenta.
— Es lo que tiene una máquina como esta, papá. A ver si vas cambiando el tuyo.
— Ya no queda pasta, hijo. Y ya ves cómo está el negocio, a la gente se le olvida todo muy rápido. A ver si se acaba esta puta crisis económica de una vez que, desde el 2009, no levantamos cabeza.
— ¿Tienes la ruta de hoy?
— La ibas a hacer tú, ¿no?
— ¿Yo?, ¿por qué?
— Porque tendrás que aprender a planificar tus propios itinerarios. No va a estar siempre tu padre haciéndote el trabajo.
— Privilegios de ser el hijo del jefe –le contestó Peppe.
— Tu jefe tiene otros diez más, por encima de él, a los que rendir cuentas; y tú a mí.
— No me pasas ni una, viejo. Toda mi puta vida igual.
— No te quejes, anda, que nadie entra en el sector de los seguros por la puerta grande, como has hecho tú. Los chavales

empiezan con contrato mercantil y pateándose las calles, no en plantilla y con tu propia cartera de clientes.

Peppe había abandonado la carrera de ingeniería en el segundo año, arrastrando un montón de asignaturas, de un primer semestre, que fue incapaz de recuperar. La crisis financiera de Lehman Brothers había lastrado la economía mundial. Las entidades bancarias y aseguradoras fueron las más perjudicadas, en aquella guerra encarnizada de precios al alza, de una burbuja inmobiliaria que les explotó en la cara. Nadie estaba preparado para algo así y millones de personas se encontraron sin empleo en cuestión de meses. Después llegaron los desahucios, cualquiera que se quedase sin empleo y con una hipoteca pendiente de pago, era una víctima perfecta de aquel sistema tan voraz como volátil.

El dinero de las ayudas sirvió para paliar las deudas de la familia y dejar su casa, de toda la vida, libre de cargas. También sobró para algún capricho, como la entrada de aquel Golf que conducía su hijo. En teoría, Peppe se lo devolvería cuando empezase a ganar dinero de verdad, pero las cosas no estaban bien y en lo primero que hacen recortes, los empresarios ahogados, es en las pólizas de seguros. Algunos clientes habían cerrado directamente, otros se mantenían abiertos, pero sin seguro, y un buen número de ellos le habían rebajado las coberturas y, por ende, las primas.

La familia Pezzino había hecho honor a la máxima de que un pobre, que recibe una fuerte suma de dinero, en menos de cinco años, vuelve a ser pobre. Al menos no tenían deudas, salvo el coche del chico que estaban pagando a plazos. A Nino le pareció un despilfarro gastarse 33.000 € en su primer vehículo, pero su hijo amaba aquellas máquinas, así que no supo negarse.

Lo único que los mantenía a flote era la popularidad que Nino había conseguido en la época de los incendios de Canneto. Ser un personaje conocido tiene sus ventajas, pero también algunas contras: Todo el mundo pensaba que estaba forrado y que inflaba sus comisiones a costa de unas primas excesivas. Es cierto que, a veces, era así, pero otras, los precios de la competencia no eran más que un gancho y hacían lo mismo al año siguiente.

Elena, su novia desde que el primer año que estuvo en la universidad, había terminado la carrera y había encontrado trabajo en un concesionario oficial de Lancia. No era el empleo de sus sueños porque, lo que ella deseaba, era estar cerca de los circuitos y no estar haciendo cambios de aceite; pero por algún sitio hay que empezar. Ella ganaba lo suficiente para alquilar un pequeño apartamento en las afueras de Palermo, en el extremo contrario de la isla donde trabajaba Peppe con su padre, por eso no le importaba dejarle en Canneto al regresar desde Mesina, pero le resultaba divertido picarle.

Aquella mañana tenían prevista una reunión con un cliente muy importante: el gerente de la cadena de Hoteles B&B. Renovar esa póliza les garantizaba entrar directamente en el tramo alto de comisionado y no hacerlo, el mayor palo que un único cliente les podía asestar. En estos casos, todo es importante. La mayoría de los clientes pelean solamente por una cosa: el precio. Una cadena hotelera tiene muchas reparaciones a lo largo del año y evalúan, con lupa, la rapidez en la tramitación y la calidad final de los trabajos. Es cierto que aquello no dependía de ellos, sino del personal de mantenimiento y reparaciones que con la crisis, para colmo, se había subcontratado. No obstante mantenía una buena relación con el gerente desde hacía seis años y confiaba en que renovaría un año más. A las 10:15 estaban citados en Garibaldi, el buque insignia de la cadena en la ciudad, y uno de los hoteles con las vistas más bonitas al puerto de toda la isla.

— Muy buenos días –le dijo Nino a la recepcionista.

— Buenos días, señores. ¿En qué puedo ayudarles?

— Teníamos una cita con D. Francesco Marotto, a las diez y cuarto.

— D. Francesco está en una reunión. Si hacen el favor de tomar asiento en el hall, les avisaré en cuanto esté disponible. –Nino asintió con una sonrisa prominente, agarrando a Peppe del brazo para que no hablase–. Si es tan amable de decirme su nombre y el proveedor…

— Antonino Pezzino, de ALG Aseguradora.

— Perfecto, gracias. En cuanto esté libre, les aviso.

Nino se llevaba a Peppe a ese tipo de reuniones para que aprendiese que cada cliente es diferente. La mayoría de las pequeñas empresas preferían un trato cercano, coloquial, casi como colegas; sin embargo, la gente rica se disfrazaba de amabilidad, buenas maneras o despótica indiferencia. «Al final todos quieren lo mismo, apretarte para saber hasta dónde te la pueden meter. Los clientes importantes suelen ser como un capo mafioso en un puticlub, quieren que le lamas las pelotas sin soltar un céntimo. Tú única baza es lamerlas mejor que los demás para que se enganchen contigo porque aquí, hijo, no queda otra más que ser la puta» –le decía a Peppe antes de llegar al aparcamiento.

Los ejemplos de Nino no eran muy finos que dijésemos, pero sí que resultaban bastante instructivos a la hora de saber cómo funcionaba el sucio mundo empresarial. Aquella jerga de machitos que se dejan sodomizar, era muy común en el mundo de las ventas: desde los seguros hasta la banca privada; todo era lo mismo. Las personas con poder pueden ser más ordinarias que el peor quinqui de los bajos fondos, la única diferencia es que uno lo hace para aparentar ser duro y el otro porque te considera inferior y, por lo tanto, su siervo.

— Los gerentes de hotel son un caso particular. Son finos,

educados y estirados hasta la desesperación, pero nunca usan tacos. Tienes que diferenciar entre propietarios y asalariados. El gerente está por encima de los directores pero no deja de ser un empleado. Los dueños, normalmente un grupo de socios, no se hacen cargo de esas cosas: delegan, ¿entiendes? –le susurró en voz baja.

— Aha…

— Sr. Pezzino, ya puede pasar.

— Gracias –dijo con aquella ensayada sonrisa de dentífrico–. Hay que ser amable con los puestos inferiores, ellos son los que te abren o cierran las puertas a los jefes –le siguió diciendo en voz baja.

— Papá, no es mi primer día.

— Pero es tu primera vez con un cliente tan importante. No digas que eres mi hijo, que vengamos dos personas a cerrar un acuerdo le da importancia a la reunión, le hace sentirse importante a nuestro cliente. Deja que su ego se hinche y la vanidad será nuestra vía de entrada. ¡Buenos días, D. Francesco! ¡Cuánto me alegro de verle!

— Buenas tardes, Sr. Pezzino –le contestó con aquella cara de director de banco.

Nino miró a Peppe y le levantó las cejas, dejando implícito un: «Te lo dije» en el trato educado y distante que mostraría su cliente. Daba igual que se conociesen desde hace años, él siempre sería D. Francesco y Nino, el Sr. Pezzino.

— Le presento a mi compañero, Giuseppe.

— Encantado.

— Igualmente –contestó el muchacho.

— ¿Cómo va todo? –preguntó Nino para romper el hielo.

— Pues con mucho trabajo, como siempre –respondió indolente.

— Bueno, eso no es malo del todo, es lo que nos da de comer.

— Sí –respondió, a lo que siguió un ligero carraspeo para que fuese al grano.

— Bueno, no le quiero robar mucho tiempo, sé que es una persona muy ocupada. Le he traído varias propuestas para que elija por si quiere hacer algún cambio en la renovación de la póliza. Se pueden personalizar, por supuesto; cada hotel de la cadena, puede tener unas coberturas específicas.

Siempre había que dar por sentado que el cliente iba a firmar la renovación. No hacerlo suponía darle a este la posibilidad de plantearse si quiere o no hacerlo cuando, probablemente, ni lo haya pensado. Los proveedores directos y la gestión del personal son las principales problemas de un empresario, los seguros es algo que simplemente llegan y hay que tener por si acaso.

— He pensado que, El Garibaldi, al estar frente al puerto, podría tener una cláusula que cubriese los ceses de actividad por descarga de mercancías peligrosas o que causen malos olores. He recordado que tuvo quejas con una descarga de alpechín el invierno pasado y eso le ocasionó molestias –siguió hablando sin parar, al mismo tiempo que sacaba papeles para que los leyese.

— Sr. Pezzino, no creo que haga falta.

— Bueno, es opcional, es solamente una propuesta diseñada sus necesidades particulares. Mi trabajo no es más que descubrir cuáles son.

— Antonino. –Aquel trato personal le llamó la atención y despertó todas las alarmas en su cerebro. Jamás se había dirigido a él por su nombre de pila–. Eres un buen tipo, que se entregas a sus clientes. De verdad que lo valoro pero la empresa de mantenimiento es un absoluto desastre. Han tenido que hacerme algunas reparaciones hasta tres veces. Yo no puedo estar perdiendo el tiempo en gestionar averías que se deben solucionar en una visita, me da problemas, me hace perder tiempo y dinero. No tengo nada en contra tuya, de verdad, pero no voy a renovar la póliza este año; ya he firmado con Allianz y me cobran casi la mitad que tú.

— D. Francesco, seguro que podemos hacer algo para compensarle por esos fallos. Yo mismo voy a hablar con la central para que le cambien de empresa de reparaciones, pero no me haga esto, por favor. Si es una cuestión de dinero, ajustaremos primas, quitaremos alguna cobertura y competimos con la otra propuesta, pero no me quite un pan que tanto me he trabajado.

— Te insisto que no es culpa tuya. Te estoy hablando de tú a tú, por primera vez, por el servicio que me has dado estos años; pero lo de la nueva empresa es inaceptable. Si necesitas una carta escrita que justifique la decisión, te la haré. Que tus jefes sepan que la cosa no va contigo, pero el tema ya no está ni en mis manos: La orden ha venido del Consejo de Administración.

La cara de Nino era un poema: desinflado, confuso, triste, incapaz de encontrar una solución a una decisión que perecía tajante y consumada. Las cosas no iban bien últimamente pero se acababan de poner mucho peores.

— Yo… ¿No hay nada que pueda hacer para que cambien de opinión?

— Este año, no. Vuelve para el siguiente y te diré cómo nos ha ido y si habéis resuelto ya los problemas en el servicio.

— No sabe lo importante que es esto para mí.

— Me lo imagino y lo siento de veras. Vente en mayo del año que viene y lo vemos, ¿vale? Si queréis, estáis invitados a comer en el hotel. ¿Qué digo? Trae a tu familia un fin de semana, a pensión completa, sin coste alguno –dijo levantándose para acompañarlos a la puerta.
— Se lo agradezco mucho D. Francesco aunque ya supondrá que eso no resuelve mi problema.
— Lo sé, solo intento compensar tus servicios de algún modo.
— Muchas gracias, señor.
— Ahora se lo digo a la chica de recepción que os de unos pases. Siento que sea en estas circunstancias, pero me ha alegrado verte.
— Lo mismo digo –respondió Nino sin poder levantar el ánimo.

———

El día había sido una mierda con mayúsculas; cuando te dan una hostia así, con la mano abierta, es imposible encontrar el humor o la simpatía necesaria para transmitir emociones que convenzan a un nuevo cliente para cambiar de compañía o analizar contraofertas. La venta comercial es un trabajo que depende, en gran medida, del estado de ánimo, de irradiar un buen rollo que capte la atención de una persona que vive agobiada en sus propios problemas. Cuando las cosas se tuercen, es mejor buscar otra manera de emplear el tiempo y confiar en que termine el día lo antes posible.

Peppe llegó a Palermo a las siete y media de la tarde. Es posible que pasar con Elena el fin de semana le devolviese la fuerza que había perdido aquella mañana. Normalmente, se veían en su apartamento pero, como había salido antes de trabajar, decidió darle una sorpresa y esperarla en las inmediaciones del taller donde trabajaba. Dudó si entrar a la hora del cierre, no obstante, decidió que sería mejor no invadirla en su espacio de trabajo, así que se sentó en la cafetería de en frente.

A las ocho la vio salir y se apresuró a sacar unas monedas para pagar el café y correr tras ella, no fuese que se montase en su moto y la hubiera aguardado para nada. Ella enfiló la calle hacia la derecha, a paso rápido. Él le pegó un silbido al camarero para indicarle que había dejado dos euros sobre la mesa, aunque no esperó el cambio. Caminó unos metros, a toda prisa, para no perderla de vista y luego, más despacio para acercarse sigilosamente y darle un pequeño susto por la espalda.

A unos treinta metros estaba aparcada su moto y, junto a esta, un tipo apoyado. A Elena no le gustaba que le gente tocaran la máquina; la llamaba «Chaser», en honor a un tipo de caballos, pura sangre, que eran tan fuertes como veloces. Se podía imaginar la cara que pondría

el tipo cuando viese semejante bombón decirle que se quitase de su moto: le invadiría una mezcla de rabia, envidia y baboseo… Como si lo pudiese predecir, el tipo se apartó de esta cuando todavía le faltaban unos metros para que ella llegase; pero, en lugar de apartarse, se acercó a ella y la besó en los labios. Vio sonreír a Elena de perfil con aquel tipo y, en aquel momento, se sintió ridículo. Sin saber cómo reaccionar, se dio la vuelta por el mismo camino que había venido. Se distanció unos cuantos metros, sin perderlos de vista; no paraban de sonreír. Aguantó hasta que el tipo se montó en la parte trasera de la moto, hasta que sus rostros quedaron ocultos bajo los cascos. Ella arrancó y se fue con la velocidad que la caracterizaba.

Peppe se quedó paralizado, se suponía que a las nueve llegaría a su casa. ¿Dónde se metería Elena la hora que faltaba? Intentó buscar una excusa barata, una justificación absurda, un familiar, un amigo con excesivas confianzas… pero era inútil engañarse; él conocía aquella sonrisa, era la misma que le ponía cuando estudiaban juntos, al principio. Ahora parecía haberse difuminado la llama entre ambos y era otro quien le daba esos ratitos de felicidad.

¿Por qué las tías no podían ser fieles? ¿Eran todas así o es que él las elegía mal? Se supone que eran los hombres los que no sabían contenerse, los cazadores permanentes, los que tenían dos cerebros: uno en la entrepierna y otro sobre los hombros. Sin embargo, después de una relación tan tumultuosa como la que tuvo con Marta, lo último que le apetecía era entrar en un círculo de faldas insaciables. La única chica que había valido la pena en toda su vida, no vivía para contarlo. Es posible que, en parte, fuese culpa suya: Debía ser insufrible vivir bajo la sombra de un amor perfecto que no duró lo suficiente para corromperse. Él evitaba hablar de Bianca porque le hacía daño, por más años que hubieran pasado, pero tampoco se lo había ocultado. Sabía que, para él, ella era perfecta y, el hecho de estar muerta, impedía a otra intentar ponerse a su altura.

¿Qué debía hacer? ¿Montar una escena al más puro estilo «novio celoso»? No, eso ya lo había hecho con Marta y la cosa salió bastante mal. Las chicas creen que los hombres reaccionan violentamente contra los amantes porque las consideran de su propiedad, pero eso no así exactamente. –El sentido de la posesión es idéntico, en el amor, para ambos sexos–. La ira que desahogan contra el amante, es la que sienten hacia su pareja: la persona que realmente les ha traicionado. Y la pagan contra el menos culpable de ambos por no herir a una persona que está en inferioridad de condiciones físicas.

Quizá debería ir a casa y montarle una encerrona, despechado. Hacer como si no pasara nada y sacarle la verdad cuando menos se lo espere. Eso es lo que haría ella, pensó. Puede que no, Elena sería más fría y vengativa, primero le engañaría y después le haría sentirse

culpable y le dejaría. Ojalá tuviese la sangre fría de hacer eso.

Es posible que una llamada de teléfono y contarle lo que había visto y cómo había pasado, le diese la oportunidad de explicarse. Pero ¿merecía la pena rebajarse a que le engañase con cualquier excusa? Seguramente, se justificaría como pudiese pero no había que engañarse, lo que sentía por dentro era traición y, llegados a ese punto, la relación estaba condenada a muerte.

Puede que fuera la opción más cobarde pero fue la que le apeteció hacer. Peppe hizo una fotografía de la entrada del taller desde el bar y se la mandó por WhatsApp.

— «Llegué antes de trabajar y quería darte una sorpresa, pero he sido yo quien se la ha llevado. No te molestes en darme explicaciones, ya soy mayorcito y tus ojos no engañan. Espero que os vaya bien».

Elena no tardó más de un minuto en ver el mensaje y lo dejó sin contestar. Ambos se mantenían en línea frente a una pantalla donde, antes, había emojis de corazones y besos y, ahora, un vacío enorme: Un silencio que aumentaba, los escasos dos kilómetros de la casa de su amante, a países separados por un océano. Elena sabía que algo así podría pasar, pero no estaba segura de lo que sentía por Maurizio y, mucho menos, por Peppe. Había alargado una relación que cada vez iba a menos porque se sentía insegura y cómoda con lo que cada uno le aportaba por separado. Maurizio le había devuelto la pasión del principio, las ganas de reír, el juego, los cumplidos y Peppe era, en muchos sentidos, el novio perfecto: era bueno, cariñoso, amable, fiel –hasta donde ella sabía– y una fiera en la cama; al menos los dos primeros años. Pero en su interior sentía una tristeza profunda, una especie de secreto inconfesable que, al principio, le resultó irresistible pero, con el tiempo, una losa enormemente pesada. Elena pensaba que Peppe no la amaba, al menos como amó a Bianca. Y ahora, por su inseguridad, estaba a punto de perderlo para siempre.

———

17 de julio de 2014:

La abuela Lorenzina había acogido a Peppe unos días hasta que este reuniese fuerzas para hablar con sus padres de un nuevo fracaso amoroso. Elena había sido su novia más estable y muchos familiares habían visto en ellos una boda a las puertas. El carácter abierto y comprensivo de esta, junto a la sabiduría que otorgan los años y un don especial para guardarse los secretos de quienes confiaban en ella, la convertían en la persona idónea para superar el duelo.

Pasar los fines de semana con ella, en lugar de con su novia, los había unido de un modo muy especial. Peppe no tardó en darse cuenta de que la abuela pasaba apuros económicos: La instalación eléctrica de

la casa apenas había cambiado en décadas, el cuarto de baño que necesitaba una reforma urgente y hasta mantenía aquel horrible televisor de tubo que funcionaba a trancas y barrancas. Las personas mayores no suelen quejarse de las cosas viejas, se acostumbran a ellas y las hacen una extensión de su propio proceso de envejecimiento, cosa que le apenaba.

Los jueves, la abuela Lorenzina visitaba sin falta a su hija. Era el día en el que se montaba el mercado ambulante y siempre compraba algo para que Feli lo cocinase. Después, se tomaban un café en la sobremesa y charlaban de la familia, de viejos amigos y las pequeñas preocupaciones del día a día.

Peppe y Nino llegaron pronto del trabajo, las cosas no habían mejorado y no hacían más que mirar, con pesar, polígonos industriales repletos de locales con el cartel de «Se vende» y bares o pequeños comercios vacíos donde resistían con otros que rezaban: «Se traspasa». Estaba siendo una época complicada pero, por primera vez en mucho tiempo, volvían a ser una familia unida.

— Buenas tardes, suegra –dijo Nino, nada más entrar, dando por hecho que estaría allí. Después se acercó a la cocina y le dio un beso en la cabeza a su mujer.
— Hola, mamá. Hola, abuela –dijo Peppe.
— ¡Eh, eh, eh! Tú no te escapas del beso, aprende de tu padre –le dijo Feli.
— Vaaaale…
— ¿Y para la abuela no hay nada o qué?
— Madre mía, si cobrase por cada beso que doy…
— Algunos estarán más cotizados que otros –bromeó Lorenzina.
— ¡Abuela!
— ¡No he dicho nada!
— Ni falta que hace, que nos conocemos –le replicó Peppe.
— Esta juventud, cada día es más puritana –se quejó esta.
— ¿Habéis comido? –quiso saber Feli.
— Sí –le contestó Peppe–. Voy a ir un momento a comprar aceite para el coche. ¿Necesitáis algo? –le dijo, volviendo hacia la puerta de casa, nada más dejar las cosas del trabajo sobre la mesa del salón.
— No, nada.
— Vale. Ahora vengo.
— Yerno, ¿cómo has visto al niño?
— Va… No habla de chicas y parece centrado en el trabajo pero… ya sabéis cómo está todo.
— Anda, siéntate. ¿Quieres café?
— Venga, vale.

Los tres charlaron un buen rato, quejándose de un mundo sin

soluciones que estuvieran a su alcance, hasta que el ruido de una sirena les alertó. Nino salió a toda prisa hacia la puerta y se encontró a Peppe, que venía con el aceite de motor en la mano, corriendo hacia él.

— ¡Es en casa de la abuela! –gritó. Las dos mujeres se asomaron a la puerta nada más llegar el chico.

— Lorenzina, deme las llaves –le apremió Nino–. Peppe, corre, ve por el extintor.

— ¡Voy!

Nino entró a toda prisa en la casa de su suegra, comprobando que, efectivamente, se trataba de la alarma antiincendios. Peppe no tardó en llegar, quitó la anilla del seguro y vació el contenido de este contra varios enchufes y el televisor, que se encontraban en llamas. Un fuego, con varios focos simultáneos, despertó las alarmas y los miedos de la familia. Era la primera vez que afectaba a la casa de la abuela, quizá porque apenas tenía aparatos eléctricos y, los que había, eran viejos. Por si acaso, revisaron la casa entera y, para sorpresa de todos, en el baño de la planta superior encontraron otro foco activo que devoraba viejos productos cosméticos en una estantería.

Peppe corrió en busca de otro extintor que había en la planta de abajo, un vestigio de la época en la que fueron obligatorios en todas las casas de Canneto. Por eso, cuando aquella tarde se produjo el primer incendio de una vivienda, en seis años, pensó que la suerte había jugado un papel providencial.

Los bomberos no tardaron en llegar a la casa. Afortunadamente, cuando aparecieron, las llamas estaban completamente extinguidas. Inmediatamente, se despertaron los fantasmas del pasado, pero el nuevo jefe de bomberos les insistió en que no debían preocuparse, que seguramente se trataba de un accidente aislado porque la instalación eléctrica de la casa era más vieja de lo recomendable.

Bitelle y Chiesa habían fallecido, a principios de enero, del cáncer que arrastraban desde el 2007. En su lugar había un nuevo inspector de incendios y jefe de policía local que habían sido trasladados desde Mistretta y Caronia respectivamente. Palermo se había hecho con la dirección de los carabineros, eso sí, sin otorgarle el rango de capitán. Con cincuenta y ocho años albergaba pocas esperanzas de que le ascendiesen antes de la jubilación, porque no tenía estudios universitarios y nunca había sido santo de la devoción del comandante Piero. Se podría decir que la ausencia de Leccio no solo dejó un hueco moral en la comisaría, sino un puesto vacante en honor a su memoria.

Un incidente aislado en casa de una anciana no es motivo de alarma pero, aunque llevaban mucho tiempo tranquilos y el pueblo había recuperado la paz, nadie olvidaba el infierno que sufrieron durante cuatro años. Al menos, la póliza que Nino le abonaba a su suegra

desde antes que pudiese recordar, serviría para algo. Las compañías de seguros fueron obligadas a pagar tras el cierre de la vía judicial, aunque no se encontraran culpables. Lo que quedó demostrado era que los afectados no eran responsables, sino víctimas, y por lo tanto se les debía indemnizar. Después de tan costoso proceso, seguro que no podrían tantas pegas a la hora de reparar la vivienda de una anciana.

Sábado, 19 de julio de 2014:

Recuperado el control de la situación en la casa de la abuela Lorenzina, Peppe se esforzó, todo lo que pudo, en recuperar la normalidad de su hogar. Tras limpiar a fondo y dejarla habitable, decidió que era hora de llenar el frigorífico y la despensa. Ella no decía nada pero siempre vivía con cuatro cosas y, para colmo, las mismas. Únicamente, los fines de semana que iba a visitarla, se gastaba el poco dinero que tenía en hacer algo especial para su nieto y nunca aceptaba que le ayudara económicamente. Por eso decidió que ya era hora de cambiar la situación y pisar la tienda de la vieja Sra. Cangemi. Pero no, que nadie se piense que la había perdonado, no le iba a regalar su dinero a la víbora de Catena Cangemi. Si decidió volver a poner un pie allí fue porque se había jubilado y, ahora, estaba en manos de Salvatore Roselló, un tío segundo de Bianca, que se quedó con la casa de sus padres cuando decidieron mudarse del pueblo.

El viejo Salvatore era un tipo agradable pero reservado. La tienda no le iba muy bien que dijéramos, en parte por la crisis económica y en parte porque no era de allí de toda la vida y, en los pueblos, la gente es muy suya. Ser primo de Enzo tampoco ayudaba; para algunos vecinos, aquella niña fue la que trajo la desgracia al pueblo. Se había instalado aquella idea en el imaginario colectivo y nada se puede hacer contra los prejuicios o ideas preconcebidas.

— Buenos días, Salvatore. ¿Cómo está usted?

— Bien, Peppe. Muchas gracias. ¿Y tu madre?

— Está en casa, preparando la comida. Verá, necesito algunas cosillas. ¿le dejo una lista y paso a recogerlas en un rato?

— Claro, no hay problema.

Peppe le entregó una hoja con más de cuarenta artículos que abarcaban desde droguería, a fruta, carne, embutidos y productos no perecederos. Aquello parecía la compra de una semana para una familia numerosa.

— Tu madre nunca se lleva tantas cosas a la vez –añadió, extrañado, el viejo Salvatore.

— No es para mi madre, es para mi abuela. Hay que reponer lo que se ha estropeado con el incendio.

— Está bien. No es que quiera tirar piedras sobre mi propio tejado pero, la gente de aquí, cuando va a hacer una compra

tan grande, va a las grandes superficies. Es imposible competir con ellos, compran las cosas por toneladas.

— Si no nos ayudamos entre vecinos, ¿quién lo va a hacer? –sugirió guiñándole un ojo.

— Está bien. Gracias, hijo. Pásate en media hora y te lo dejo todo preparado.

— Gracias, Salvatore. Hasta ahora.

Peppe mantenía una relación cordialmente educada con su vecino pero nunca llegó a intimar demasiado porque, aquella casa, le traía demasiados recuerdos. Salvatore pensaba que Peppe era un buen chico, reservado e independiente, pero de los que no ayudan en casa, a unos padres que se van haciendo viejos, y por eso no había pisado su tienda; al contrario de lo que hacía su madre.

Estar allí, después de tanto tiempo, le provocó una sensación extraña. La última vez no era más que un niño y le pareció que el local había encogido. Es posible que el que hubiese crecido fuese él, pero le pareció extraño cómo recordamos las cosas de la niñez. Quizá, si algún día volviese a entrar en la casa de Bianca, le pasaría lo mismo.

Aprovechó esa media hora para tirar algunos trastos viejos que no tenían utilidad; con el permiso de la abuela, por supuesto. Al principio, se negó a deshacerse de algunos recuerdos pero, al final, entró en razón y comprendió que no tenía sentido conservar decenas de cintas VHS, del fallecido abuelo Tino, entre otros muchos cachivaches. Se había propuesto dejar la casa lo mejor posible y lo iba a lograr, aunque le llevara varios fines de semana.

Peppe regresó a la tienda para recoger el pedido. No se había dado cuenta pero eran demasiadas cosas para llevarlas en un único viaje: habría, por lo menos, ocho bolsas hasta los topes.

— Madre mía. Si lo sé, me traigo el coche –aseguró con una risa que intentaba disimular su inexperiencia haciendo la compra.

— Si quieres, te meto las bolsas en cajas, las llevas con la carretilla, y ahora vuelves y me la traes.

— Genial. Cóbrame, por favor –dijo poniendo sobre el mostrador cuatro billetes de cincuenta euros.

— Te sobra, hijo. Aquí tienes la cuenta.

Tampoco había errado tanto, ciento sesenta y cinco euros. Sin duda, un pequeño empujón para el viejo Salvatore. Intentó cargar las cajas en la carretilla, pero Peppe se negó.

— Déjeme a mí, que seguro que padezco menos de la espalda.

Aquella era su forma de evitar decirle que era demasiado viejo para aquel trabajo; aunque, para los sesenta y tantos que debería tener, se las apañaba bastante bien moviendo cajas de fruta, de un lado a otro, cada mañana. Peppe las apiló unas sobre otras. Salvatore las aseguró, con unos cuantos metros de cinta de embalar, a las barras laterales.

— ¿Te apañarás? Creo que ya están bien sujetas.
— Sí, perfecto. Muchas gracias, Salvatore.
— Te dejo solo, voy a subir el dinero. No me gusta tener billetes grandes en la caja; por si viene algún caco, ya me entiendes.
— Por si aquí no pasan esas cosas.
— Nunca se sabe, hijo. Hasta ahora.

Cuando la abuela le vio entrar con todas aquellas cosas, se sorprendió. No tenía ni idea de lo que estaba tramando su nieto. Su primera reacción, nada más empezar a desembalar las cajas, fue echarle la bronca.

— ¿Te has vuelto loco o qué te pasa?
— Como no me dejas ayudarte de otra manera y no aceptas mi dinero, no me has dejado otra opción.
— Pero aquí hay comida para un mes, es demasiado.
— No te preocupes que ya vendré a verte –respondió guiñándole un ojo.

Lorenzina comprendió sus buenas intenciones y no pudo resistirlo más. Lo abrazó y lo devoró a besos, como cuando era un niño.

— Abuela, por Dios… Que me vas a desgastar y las niñas no quieren a tipos sobrados de besos. –Ella no pudo más que reír las ocurrencias de su nieto y le devolvió la broma con una sonora palmada en la nalga–. Eso ya son abusos –continuó la broma.

Verla feliz era el mejor regalo que le podían haber hecho. Ante una pequeña desgracia, la familia Pezzino estaba más unida que nunca y disipaba viejos temores con alegría.

Al volver para dejar la carretilla, vio que, de la tienda, salía un poco de humo. En una de las esquinas, un expositor de bebidas estaba en llamas. Miró, buscando a Salvatore, pero este se había entretenido, arreglando el almacén, en la planta de arriba.

— ¡Salvatore! ¡Salvatore! ¡Hay fuego! ¡Salvatore! –El viejo bajó por las escaleras, tan rápido como pudo–. ¿Dónde está el extintor?
— Arriba –dijo, intentando girarse con la poca agilidad que le quedaba en un pasillo tan estrecho.
— ¡Venga, voy yo! Usted aparte las cosas de más valor o que puedan prender.

Peppe corrió como un galgo hasta el almacén. Colgado de la pared, encontró el extintor. Arrancó el precinto de seguridad y bajó a toda prisa por las escaleras; con tan mala suerte que, al desequilibrarse con el peso del tanque, se dobló el tobillo.

— ¿Estás bien? –le gritó el anciano, preocupado.
— ¡Sí!, ¡sí! No es nada –aseguró, poniéndose en pie, cojeando.

Peppe extinguió las llamas, evitando que la cosa fuera a mayores.

Inmediatamente, salieron de la tienda para no intoxicarse con el humo. Salvatore le dio las gracias por la ayuda y, en seguida, empezaron a aparecer vecinos, alarmados por el escándalo de los gritos y el olor a quemado.

— Lo tiene todo asegurado, ¿verdad? He visto que está en el listado de clientes de la compañía.

— Sí, sí, tu padre me hizo un seguro nada más quedarme con la tienda.

— Bueno, no se preocupe. Ya no están poniendo problemas para pagar los desperfectos. En unos días, se la dejan como nueva.

Los vecinos llamaron a los bomberos pese a que, los detectores de humo, ya habían saltado, poniendo en marcha el operativo de emergencias. No fue hasta pasado un buen rato cuando, Peppe, cayó en la cuenta del paralelismo con lo sucedido tantos años atrás. De nuevo, una visita aislada a la tienda de comestibles, había terminado con un incendio y, más extraño aún, había vuelto a lesionarse al intentar apagarlo.

Seguramente no fue el único que pensó que una maldición inexplicable volvía a acompañarle, la misma que señalaba a un pueblo perdido en el mapa y le situaba en el centro de todos los males.

La torcedura del pie no tuvo mayores consecuencias y, en un par de días, se encontró perfectamente. Los servicios sanitarios del practicaron un vendaje compresivo para prevenir complicaciones y le mandaron a casa, sin necesidad de hacer radiografías.

21 de julio de 2014:

Varios incendios forestales terminaron de confirmar los peores temores de la población y el pánico, descontrolado, invadió a los ciudadanos de Canneto. Los vecinos se coordinaron para irrumpir en un pleno del ayuntamiento, interrumpiendo una votación. El alcalde, Calogero Beringueli –que por fin había logrado la meta que perseguía desde el 2005–, sufrió las mieles agridulces del poder nada más tocar el bastón de mando.

— Por favor, mantengan la calma –rogaba desde el asiento del regidor municipal–. Les prometo que vamos a tomar medidas con carácter inmediato.

— Eso dijo Spinnato y acabamos cuatro años fuera nuestras casas –le increpó un vecino.

— La principal preocupación de este ayuntamiento es la seguridad de sus vecinos. Si es necesario, se procederá al desalojo, pero no adelantemos acontecimientos. Dejen trabajar a las fuerzas de seguridad, aún no podemos descartar que sean hechos aislados.

Los ánimos no se calmaron, tal y como era de esperar. Los rumores se extendían como la pólvora y muchos vecinos decidieron desalojar

sus viviendas de forma preventiva. Las reacciones políticas solían tardar demasiado y no estaban dispuestos a poner en riesgo sus vidas.

28 de julio de 2014:

Tras un primer análisis, la presencia de focos aleatorios e independientes, hacía pensar a los investigadores que podían enfrentarse a lo mismo que había azotado a la población durante tantos años. Las primeras conclusiones preliminares tardarían todavía varios días, puede que semanas: Algunos análisis necesitan procesos complejos que conllevan varios días sobre precipitados reactivos.

Un nuevo incendio forestal fue la gota que colmó el vaso y el alcalde se vio forzado a emitir un comunicado que ordenaba el desalojo de Canneto. El fantasma había sido resucitado y la maquinaria del miedo se propagó a la misma velocidad que los medios de comunicación volvían a invadir sus calles.

Una vez más, decenas de furgonetas de cadenas de televisión, emisoras de radio y reporteros gráficos invadían la estatal 113. Atrás quedaban seis años de calma. Los viejos fantasmas resucitaban sobre un lugar maldito, sobre una población que superaba una crisis diferente a la que a azotaba al resto del país. No era una cuestión económica, sino de supervivencia, de conciliar el sueño sin la preocupación de tener que huir de sus hogares en plena noche.

29 de julio de 2014:

Con todos los focos de atención del país posados nuevamente sobre la pequeña aldea de Caronia, Mancusso llevó el asunto al parlamento y exigió medidas al nuevo gobierno de Matteo Renzi. El misterio de Canneto volvía a copar la actualidad política e informativa. El primer ministro se comprometió a tomar medidas y dotar a las fuerzas del orden de los medios necesarios para llegar al fondo del asunto. Con Berlusconi inhabilitado, condenado y envuelto todavía en varios procesos penales, Renzi tenía vía libre para actuar con plenos poderes.

Agosto de 2014:

— Morocutti, esta vez sí: Vamos a aprovechar que no hay polizontes. Sin bomberos ni Protección Civil en las inmediaciones, descubriremos la verdad.

— Teniente, la última vez que empezamos a poner cámaras, ya sabe lo que pasó. El capitán se lo contó personalmente.

— ¿Has visto que salten alarmas o se enciendan electrodomésticos en todo lo que llevamos desde que volvieron los incendios?

— No.

— Pues déjate de supersticiones y tonterías. Ya has leído los informes, lo mismo que yo.

— Pero, ¿y si están equivocados?

— Tú sí que estás equivocado. Anda, súbete a la escalera y

cállate de una vez. Cuanto antes terminemos, antes podremos realojar a la gente en sus casas.

El Arma de Carabineros decidió instalar cámaras de seguridad, ocultas, por todo el pueblo, carreteras y accesos a caminos forestales; incluso en algunas zonas verdes o cañaverales. El ayuntamiento no estaba dispuesto a pasar por lo mismo, con el consiguiente despilfarro económico que esto suponía. Para Beringueli, Spinnato tenía algo que ver con los incendios y, por eso, nunca encontraron a los culpables. El fiscal no se lo había tragado y el juez tampoco, por qué iba a hacerlo él. Para el alcalde, todo era un complot del que, hasta los mismísimos laureados doctores, eran parte interesada. El equipo del Dr. Venerando había estado financiado, durante tres años, con fondos gubernamentales, fondos que probablemente utilizarían para investigaciones personales y donde, el supuesto misterio, no era más que una cortina de humo que utilizaron en su propio beneficio. La corrupción era el mal que predominaba en todos los estamentos de poder de un país acostumbrado a amamantarse de la teta gubernamental y él pensaba cortarla de raíz.

Septiembre de 2014:

Con las cámaras instaladas y en plena recesión económica, las casas fueron desprecintadas y, la población, no tuvo más remedio que regresar a sus hogares. Cuando el estado cierra el grifo, no queda otra más que aguantarse; no corrían tiempos en los que se pudiesen hacer despilfarros, para nadie.

Los vecinos de Canneto se las tuvieron que apañar, conviviendo con los incendios, y haciendo de ellos parte de su vida rutinaria. Con frecuencia, colaboraban en la extinción de estos hasta que llegasen los bomberos, hasta que pasó lo que tenía que pasar.

— ¡Rápido, una ambulancia!
— Ya vienen.
— ¿Cómo está?
— No lo sé, parece que no respira.
— ¿Qué coño ha pasado? –dijo Nino que llegó al cañaveral, como alma que lleva al diablo, nada más enterarse.
— Se metió en mitad de las plantas, intentando apagarlo con una manta vieja –aseguró Filippo.
— ¡Peppe! ¡Peppe! ¿Me escuchas, hijo? ¡Peppe!
— Ya está aquí la ambulancia –aseguró su primo, sin apenas aliento por la carrera.
— Apártense, por favor –ordenó el paramédico.

Las sirenas de los bomberos no tardaron en aparecer en la playa. El camino era un poco más complicado para vehículos de alto tonelaje, por eso se demoraron más que los sanitarios, pero llegaron y consiguieron extinguir las llamas sin que llegase a descontrolarse.

Puede que haber extinguido los incendios de la casa de la abuela Lorenzina y la tienda de Salvatore, le hicieran confiarse demasiado. Esta vez no había tenido la misma suerte. El fuego es un enemigo muy peligroso y, sin el equipo adecuado, un acto de temeridad.

— ¿Cómo está? –preguntó Nino con una mezcla de preocupación y angustia.

— Está estable, pero ha respirado mucho humo. Nos lo llevamos al hospital –aseguró el doctor.

— ¡Peppe! ¡Peppe! ¡Hijo! –gritó Feli, corriendo hasta la playa, nada más enterarse de lo ocurrido.

Nino la agarró para que dejase trabajar a los médicos, pero ella no se dejaba retener.

— Cariño, está bien. ¿Me oyes? ¡Está bien! ¡Va a recuperarse!

Feli lo miró, entrando en razón por primera vez al escuchar lo que deseaba oír. Pero, ver a su hijo, inconsciente, tumbado en mitad del cañizal y rodeado de sanitarios… aquello no se le olvidaría en la vida. Peppe pasó diez días ingresado por una intoxicación respiratoria pero se recuperó sin ningún tipo de secuelas y pudo volver a su vida ordinaria.

Desde julio de 2014 hasta abril de 2015, se produjeron más de cuarenta incendios en la localidad, la mayoría en zonas verdes. No obstante, algunas viviendas y vehículos particulares se vieron afectados.

Capítulo 2:

25 de marzo de 2019:

— Pónganse en pie –dijo el alguacil.

— «Este Tribunal de Apelación confirma la sentencia del Tribunal de Patti, emitida por su señoría, Giovanna Ceccon, y encuentra a los acusados: culpables de los delitos de fraude, incendio provocado y estafa».

— Espera, espera, nos hemos saltado media década y cosas muy importantes. Así la gente no se va a enterar.

— ¿De qué iba a servir? Ya tienen lo que querían, ¿no?

— Es la hora –dijo el vigilante de instituciones penitenciarias.

— Seguimos la semana que viene, ¿vale?

— Si ya lo sabe todo; lo que queda por contar, es de dominio público.

— Venga, tenemos que marcharnos –insistió este.

— El próximo miércoles vuelvo, a la misma hora.

— Está buscando su redención, no la mía –aseguró mientras habrían la reja que le conduciría hacia su celda.

— Quizá la de ambos –le gritó para que pudiese oírle por el camino.

Apagó la grabadora y terminó de tomar unas notas antes de que se le olvidaran. Apenas tuvo tiempo, la funcionaria de prisiones le rogó que se levantase de la silla para acompañarla hasta la salida. «Donde la justicia no llega, empieza una historia que merece ser contada». No, mejor: «Donde no llega la justicia, lo hace la verdad», apuntó tan rápido como pudo, ante la vehemencia de aquella mujer. Este iba a ser su primer libro y pensaba dejarse la piel y el alma si hacía falta.

———

— ¿Cómo lo llevas?

— Va muy bien –respondió Marila mientras tomaba unas notas en su ordenador–. No es que esté confesando pero está contando cosas que me ayudan a entender mucho mejor lo que pasó.

— ¿Vamos a cenar?

— Voy, dame unos minutos.

— Llevas años con eso, creo puede esperar hasta mañana.

— Tienes razón. La verdad, Anna, hay cosas en este trabajo que me absorben de un modo que no sé cómo tienes tanta paciencia conmigo.

— Creo que, con los años, aprendí a darte tu espacio y entender

que es importante para ti. Podrías ser una periodista normal, hacer tu jornada laboral y santas pascuas; pero no, tú tienes que encontrar respuestas que van más allá de los titulares.

— ¿Crees que estoy obsesionada?

— ¿Bromeas? Por supuesto que lo estás –le respondió con una sonrisa que iba camino de la carcajada–. Pero me encanta. No seas tonta, lo entiendo.

— ¿Te he dicho alguna vez que te quiero?

— Uhm… No las suficientes –bromeó su compañera de vida.

— Pues te adoro –le respondió Marila, lanzándose sobre ella con un arrebato de pasión más propio de una abuela besucona.

— Ja, ja, ja. ¡Para, loca! Me acabo de peinar.

— Jo… ¿De verdad estamos en esa fase?

— ¿En qué fase?

— En la de no me desmontes el peinado que voy a acostarme.

— Ay, mi niña tonta… No es eso.

— ¿Entonces?

— Las parejas tienen etapas. ¿Cuántos años llevamos juntas?, ¿dieciséis?

— Diecisiete años, cuatro meses y doce días.

— Joder, dicho así, parece una condena –bromeó Anna.

— ¡Serás…! ¡Ven aquí que te vas a enterar! –aseguró Marila, mientras su novia correteaba, de un lado a otro de la casa, como una loca.

Finalmente, se dejó atrapar en el dormitorio. Marila se lanzó sobre ella y ya podía darse por vencida si pretendía mantener ese cabello suelto y sedoso. Aquel sí era el tipo de juego que Anna estaba reclamando, no esos besos repetitivos, de labios duros y secos que parecían un premio de consolación. De algún modo, habían conseguido entenderse a la perfección y detectar esos matices del lenguaje femenino que pasan completamente inadvertidos para los hombres. Anna le acababa de decir que su relación estaba en una fase menos apasionada y ella había reaccionado con lo que su subconsciente reclamaba: atención sexual.

— ¿Crees que te concederá la entrevista? –curioseó, aprovechando un momento en el que pudo tomar aire por la boca.

— ¿Te quieres centrar en esto? Luego dices que soy yo la que no desconecta –le regañó Marila.

— Perdón –dijo levantando las manos–, tienes razón.

Al final no hubo cena, se quedaron dormidas como dos cuarentonas; lo que eran. Atrás quedaron los años de juventud, donde podían tener un largo y duro día de trabajo, jornadas maratonianas de sexo y, después, todavía les quedaban fuerzas para cocinar o salir a tomar

algo. La vida pasa en un suspiro y no nos damos cuenta, nos negamos a aceptar que el tiempo transcurre ineludiblemente y eso es fuente de muchas insatisfacciones. Pero, cuando somos felices, ni lo vemos llegar; nos limitamos a dejar correr el reloj sin poner una alarma que nos indique que ya no somos jóvenes, que hemos entrado de lleno en el periodo de la madurez y no sabemos cómo y cuándo sucedió.

———

A escasos metros del mar, a espaldas del área industrial del puerto y muy cerca del Hospital Clínico, se encontraba la penitenciaría de Mesina. Cada módulo tenía patios independientes y se les agrupaba por peligrosidad y tipología delictiva –eso, al menos, en teoría; la realidad es que la sobrepoblación hacía inviable poner en práctica aquellas directrices–. En la esquina de Valeria con Francesco Drago, se encontraba el búnker, la zona de castigo; el lugar en donde todo preso evita entrar.

Marila llegó a primera hora, como todos los miércoles de aquel invierno de 2020. Los presidiarios tenían la posibilidad de recibir dos visitas semanales de veinte minutos o una de cuarenta. Él accedió a repartir ese tiempo, con los miembros de su familia, para contar su historia y estaban llegando al punto en el que todo se desvelaría. Para entender los motivos, había que llegar a las causas, por eso habían dedicado tantas semanas a hablar de lo sucedido desde el principio.

— Hola, Peppe. ¿Cómo estás?
— Aquí todos los días son iguales, Srta. Re.
— No desesperes. Tú sabes, igual que yo, que estas cosas funcionan despacio.
— No tengo ninguna prisa; total… tampoco tengo nada mejor que hacer.
— Como tenemos poco tiempo, me gustaría empezar. ¿Te parece bien?
— Claro… Cuando quiera.
— El otro día me dijiste que Bianca te había empujado, en cierto modo, a conocer a Marta.
— Sí.
— Me contaste que eso te benefició aunque, en su momento, no entendiste cómo.
— Exacto.
— Yo tampoco lo entiendo. ¿Me lo puedes contar?
— No es usted muy lista para ser tan conocida. O, al menos, no tiene ni idea de cómo funciona una prisión por dentro.
— Tengo que reconocer que, en ese sentido, soy completamente profana.
— ¿Qué?

— Que tienes razón, que no tengo ni idea.
— Ah, pues hable claro y no utilice palabras raras de periodista.
— Es verdad, perdona. ¿Cómo te ayudó conocer a Marta para lo que vino después?
— ¿Ve dónde estamos? Aquí están los delincuentes más peligrosos de Sicilia: asesinos, extorsionadores, violadores, traficantes… La mafia controla lo que pasa dentro, al igual que sucede fuera; pero, si no eres uno de ellos, las cosas se pueden poner muy cuesta arriba.
— ¿Te han agredido?
— Por supuesto que lo han hecho: física, moral y sexualmente. Aquí puedes elegir entre ser violador o violado, a menos que estés bajo la protección de alguien o tengas mucho dinero para pagar los sobornos. ¿Qué se pensaba, que era un sitio agradable? De aquí no sale nadie reinsertado en la sociedad, sales mucho peor. Casi siempre, adicto a las drogas y sin ningún resquicio de humanidad.
— Entiendo…
— El tiempo que estuve con Marta, me ayudó a reconciliarme con una parte de mí mismo que rechazaba, eso me ha hecho soportar este lugar de un modo que, de lo contrario, me habría terminado de hundir.
— ¿Te refieres a tu bisexualidad?
— Supongo que es así. Antes no la aceptaba, ahora la miro con menos prejuicios. No se vaya a pensar que eso mitiga el dolor de las violaciones: las mujeres heterosexuales tampoco disfrutan con ello. Aceptarme como soy, me ha permitido forjar alianzas y no ser la puta de nadie.
— Entiendo… debe ser muy duro. ¿No pueden hacer nada para evitar esas cosas?
— Si te chivas, pueden meterlos en la celda de castigo o trasladarlos de módulo. Ya se puede imaginar lo que pasa cuando salen o te pones al alcance de alguno de sus secuaces; eres hombre muerto. Aquí la vida no vale nada, Srta. Re; lo único que tenemos es tiempo.
— Lo siento mucho, de verdad.

Peppe no dijo nada, se quedó con la mirada perdida; probablemente, rememorando algunos de sus peores momentos en prisión. Debía sacarlo de aquel pensamiento negativo y avanzar. Hoy debía llegar al centro de todo, cuando le acusaron.

— ¿Qué pasó en el hospital? –quiso saber Marila, cambiando de tema.
— Que mi padre se enteró. Empezó a hacerme preguntas sobre qué hacía en el cañaveral y por qué inhalé tanto humo. Intenté

darle varias excusas pero me acabó pillando en contradicciones.

— ¿Cómo reaccionó?

— Al principio se echó las manos a la cabeza. Decía que estaba loco, que me la estaba jugando y, la verdad, tenía más razón que un santo. Él entendía mis motivos, sabía que estaba ayudando a personas que pasaban por un bache y que, las indemnizaciones, les vendrían de lujo. Pero no estaba de acuerdo y por eso le salpicó todo.

— ¿No fue cómplice?

— En absoluto, su único delito fue ser padre. Él no podía evitar que yo hiciese lo que consideraba necesario para que las cosas volviesen a irnos bien y, de camino, ayudar a personas que se lo merecían. Pero tampoco estaba dispuesto a que me pillasen, por eso me avisó varias veces; se lo olía, sabía que andaría por allí.

— Por eso le grabaron en la zona de los incendios, como a ti.

— Sí.

— Vayamos al incendio del 7 de octubre de 2014, el que sucedió delante de las cámaras durante una entrevista a Beringueli.

— Se me ocurrió que si conseguía provocar un fuego en directo, sin que nadie me viese, las televisiones se pondrían como locas con la noticia. Volveríamos a ser el foco, incluso para los más incrédulos, como el alcalde Beringueli.

— ¿Cómo conseguiste que no te vieran?

— Si sabes dónde van a hacer la entrevista, no es difícil; solo hay que usar un retardante. Eso es de primero de química.

— Tener conocimientos de ingeniería te perjudicó en el juicio, ¿verdad?

— Desde luego. La fiscalía lo usó como si fuese un genio que consiguió engañar a la comunidad científica: Mentira, mentiras para colgarme el muerto.

— Pero, al final, una cámara te grabó saltando la valla.

— Fue un error de cálculo, pesaba que estaba fuera de plano. Solo me preocupé de que no hubiese nadie mirando cuando lo hice.

— En noviembre fue cuando llegó la prueba definitiva. ¿Cómo te pillaron de un modo tan descarado?

— Está claro, no tenía ni idea de que habían puesto cámaras ocultas en todas las calles.

— Pero eran los coches de tu tío y tus primos. Un Fiat Bravo de tu tío y un Alfa 147 de tus primos –afirmó, Marila, consultando sus apuntes–. Llevaban un mes detrás de ti.

— Pues ya lo ve, no soy tan listo. Los carabineros tardaron muy

pocas semanas en saber que estos incendios estaban siendo provocados, tres meses en sospechar de mí y uno más en reunir las pruebas para detenerme. La fiscalía no tardo ni treinta segundos en intentar colgarme el muerto de cuatro años de sucesos paranormales y los gastos de casi un centenar de investigadores. Si fuese un imbécil del todo, no sabría si sentirme halagado o enfadado, pero no tengo esa suerte.

— Es la hora –dijo el vigilante.

— Está bien –le respondió Marila–. Nos vemos el miércoles que viene, ¿vale? –dijo agarrando a Peppe de una mano en un gesto de espontanea empatía.

— Como quiera, yo estaré aquí.

Marila estaba convencida de que Peppe estaba diciendo la verdad. Cuando empezaron los incendios, él tenía solamente quince años y, aunque siempre estuvo en medio de la polémica, le resultaba difícil creer que pudiese reconocer su autoría desde julio de 2014 y negar todos los demás. ¿Qué podía perder? Tenía una condena firme del Tribunal de Apelaciones.

———

Nino, por fin, había accedido a concederle una entrevista. Llevaba meses intentándolo y siempre se topaba con la misma negativa. Él también fue condenado, aunque a mucho menos tiempo. Es posible que pensara que, si decía algo inconveniente, pudiese perjudicar a su hijo o a él mismo. Seguramente fue Peppe quien le convenció para hacerlo. En cualquier caso, era su oportunidad para contrastar las versiones de ambos y llegar a la verdad.

Entrevista a Nino Pezzino:

— Muchas gracias por recibirme, Sr. Pezzino.

— No hay de qué.

— Lo primero de todo, ¿cómo se encuentra?

— Pues ya se puede imaginar: dolido, frustrado y enfadado con buena parte de la prensa de este país.

— ¿Cree que se han dicho muchas mentiras sobre usted y su hijo?

— Se han dicho verdaderas barbaridades. Aquí hay personas que hemos perdido más que enseres y hogares, hemos perdido vidas, y ahora quieren arrebatarnos nuestra dignidad; aparte de la libertad, obviamente.

— ¿Por qué cree que la prensa les ha tratado injustamente?

— Porque el periodismo es un instrumento más del poder político. Era necesario dar carpetazo a este asunto de una vez por todas y han encontrado, en mi hijo, la cabeza de turco perfecta.

— Pero ¿usted piensa que es inocente?, ¿que les han acusado injustamente?

— Los incendios de Canneto empezaron cuando Giuseppe era un niño. De hecho, estuvimos desplazados mucho tiempo de nuestras casas. La policía nos investigó al principio y no encontraron nada que nos relacionase con ellos, porque ni siquiera estábamos aquí cuando sucedieron.

— Pero sí encontraron pruebas que los relacionan con los ocurridos desde el 2014.

— Si lo hizo, que yo no lo sé, puede que fuese por nostalgia de la atención que recibimos o por llamar la atención de un gobierno que nos había olvidado. Este pueblo ha pasado por un infierno durante cuatro años y ninguna indemnización compensará lo que hemos perdido. Es imposible que Peppe causara todo lo que sucedió en este lugar, solamente quieren tapar lo inexplicable.

Antonino se enrocó en aquella postura y no fue posible sacarlo de la teoría del complot gubernamental. No obstante, muchas de las cosas que dijo, tenían bastante sentido y serían de utilidad para las personas que no se conforman con un simple titular.

Puede que el chico cometiese una locura de juventud, puede que deba pagar por ello, pero el precio fue demasiado elevado. Por eso decidió realizar una segunda entrevista a Francesco Venerando y emitir ambas en un mismo programa.

2º Entrevista a Francesco Venerando:

— En su opinión, doctor. ¿Es posible que un adolescente y su padre pudiesen provocar los sucesos que estudiaron desde mayo de 2005 hasta junio de 2008?

— Absolutamente imposible. Aquellos fenómenos no podían estar provocados ni por un muchacho ni por ninguna otra persona.

— Pero la fiscalía de Mistretta declaró como incendios provocados los eventos que ustedes estudiaron, y la sentencia del 25/03/2019, lo ha ratificado.

— Vamos a matizar la respuesta para que los telespectadores lo comprendan mejor: Los incendios son, sin duda, provocados; pero no están al alcance de ninguna persona, organismo, o si me apura, ejército que conozcamos.

— Parece algo demasiado elaborado para ser obra de una familia y con un móvil tan burdo como un fraude de seguros.

— Por supuesto. Yo no sé lo que ha pasado desde que nos ordenaron que nos marchásemos de allí, pero decir que lo que nosotros analizamos es obra de los Pezzino, es ridículo. Lo que provocó aquello se escapa a nuestro conocimiento y a nuestra

tecnología, pero sí conseguimos medirlo y conocer su origen.

— ¿Qué opinión le merecen las declaraciones de su colega Clarbruno Verduccio? Hace poco se ha conocido que se reunió, en secreto, con los miembros de CEN, en el 7º Congreso de Ufología, y que declaró ante los presentes que, el ataque al helicóptero, fue real; que estaba registrado, así como numerosas pruebas gráficas que se han ido filtrando a la prensa.

— Creo que yo no puedo opinar por el Dr. Verduccio pero, en lo que ha dicho, coincido con él y se lo dije en su día.

— Él también insiste que le ordenaron retirarse de la investigación cuando tenían localizado el origen, que le impidieron seguir trabajando en esto; pero el gobierno lo niega y ponen en duda sus declaraciones.

— El Dr. Verduccio, aparte de un importante oficial de la marina, es un reputado científico. Su currículo está al alcance de quien lo quiera buscar. Desconozco la formación de quien haya intentado desacreditar sus palabras pero dudo que esté tan preparado como él.

— ¿Qué preparación tiene?

— Pues es físico y doctor en ingeniería electrónica, comandante de la Marina Italiana, lo que equivale a teniente coronel en el escalafón militar; fue candidato al Nobel de Medicina por su patente del Timprob en el diagnóstico precoz del cáncer, es el oficial al mando de las telecomunicaciones en la Base Naval de COMSUBIN y ha participado en misiones de la ONU en el Líbano…

— Vale, vale, nos hacemos una idea –le interrumpió Marila abrumada por los datos–. Dr. Venerando, no tenemos más tiempo pero le agradecemos encarecidamente el suyo.

— Un placer. Gracias a ustedes por contrastar la información.

— Gracias de nuevo. Marila Re, para Explora. RAI TV.

———

Tras la emisión de la entrevista, Peppe se había convertido, nuevamente, en el preso más popular de la prisión. Aquello conllevaba efectos tanto efectos positivos como negativos para su situación en el penal. Por un lado, ganarse la simpatía de otros reclusos siempre es favorable; pero la fama atrae envidias insanas y eso, cuando hablamos de algunos de los seres más indeseables del país, es peligroso.

Por su seguridad, Peppe había sido trasladado a un módulo de presos con delitos menores. Allí, consiguió el estatus que siempre le habían negado, pero estaba muy lejos de alcanzar lo que tanto ansiaba: la libertad.

Giuseppe Pezzino tuvo una infancia marcada por la pérdida y una vida sentimental muy inestable. Repudiado durante mucho tiempo por sus propios vecinos, marcado por la muerte de su único amor verdadero y víctima de un entorno rural cerrado, tardó mucho tiempo en encontrarse a sí mismo, en aceptarse; y un error imperdonable, le llevó hacia un destino trágico. En noviembre de 2014, un mes después de la grabación en la que se le observa, claramente, incendiar el coche de su primo, se le notificó su condición de investigado y se procedió a su arresto domiciliario hasta la vista judicial; en aquel momento tenía 25 años.

El 5 de abril de 2015, padre e hijo son acusados de fraude a las compañías de seguros, cuarenta delitos de incendio provocado así como del cobro ilegal de ayudas e indemnizaciones. Tras un largo proceso, el Tribunal de Patti los halló culpables. Su abogado recurrió la sentencia al Tribunal de Apelaciones de Sicilia.

El 25 de marzo de 2019, el Tribunal de Apelaciones de Sicilia ratificó la sentencia de su señoría, la jueza Giovanna Ceccon, del Tribunal de Patti, declarando a Giuseppe Pezzino culpable de todos los cargos.

Peppe fue condenado a 33 años de prisión, al pago múltiples indemnizaciones a los afectados y de las costas judiciales.

Antonino Pezzino fue condenado a un año y medio de prisión como colaborador necesario en la comisión de los delitos de su hijo, así como a devolver las ayudas percibidas y a reparar económicamente a los afectados. Nino Pezzino fue embargado y desprovisto de todos sus bienes, despedido de su trabajo. Actualmente sigue luchando por un juicio más justo para su hijo en la Corte de Casación que conforma el

Tribunal Supremo del Estado Italiano y es la última vía de apelación.

Francesco Venerando Mantegna concedió numerosas entrevistas a distintos medios de comunicación y decidió abandonar la ley del silencio que le fue impuesta nada más ordenársele desmantelar la investigación. En la actualidad mantiene una posición firme sobre lo que descubrieron en Canneto.

La Dra. Livreri sigue ejerciendo como profesora de electrónica en la Universidad de Palermo y es directora del Laboratorio de nanotecnología y nanomateriales para la Herencia Cultural.

El Dr. Casagli, además de profesor numerario de la Universidad de Florencia, actualmente, preside el Instituto Nacional de Oceanografía y Geofísica experimental.

Clarbruno Verduccio se ha convertido en uno de los personajes más influyentes de la comunidad de ufólogos y mantiene, en la medida que su profesión se lo permite, una postura abierta ante este fenómeno que considera auténtico aunque completamente desconocido.

Los fenómenos de Canneto fueron presenciados por cientos de testigos y se conservan numerosas pruebas gráficas de cada uno de los eventos:

Vista de la aldea de Canneto desde la playa.

Interior de una de las viviendas tras apagar el fuego.

Una de las primeras casas que ardió por completo.

Imagen de una de las playas invadidas por medusas velero.

Berenjenas arcoíris recolectadas en los campos de cultivo de Caronia.

Imágenes del ataque que sufrió el helicóptero de Protección Civil tras ser perseguido por un OVNI.

Imagen de uno de los incendios provocados y por los que fue condenado Giuseppe Pezzino.

Capítulo 3:

— Le agradezco muchísimo que haya accedido a recibirme.
— He de confesarle que me ha sorprendido. Lamento el cacheo y los controles a los que le ha sometido el personal de seguridad, para una persona de mi posición son necesarios.
— Lo entiendo perfectamente. No han sido ni la mitad de molestos que la última vez que nos vimos.
— Espero que no me guarde rencor por aquello, solo protegía mis inversiones.
— No, puede estar tranquilo. Usted cumplió con su palabra y yo con la mía.
— Me alegro de que nos entendamos. Bueno, ¿en qué puedo ayudarla? Supongo que no ha venido hasta aquí para hablar de los viejos tiempos.
— En cierto modo, sí. Verá… ambos somos personas entregadas a nuestro trabajo. Hace doce años, usted me pidió un favor. Ahora es un importante cargo público pero, entonces, simplemente luchaba por llegar a la posición que se encuentra ahora. La verdad es que pienso que le ayudé y me gustaría que me devolviese el favor.
— La admiro, Srta. Re. Los tiene bien puestos.
— Gracias, supongo…
— Y dígame, ¿en qué ha pensado que puedo ayudarla? Su carrera va directa hacia las estrellas, no está mal para una periodista que empezó en un periódico local.
— No, no quiero nada para mí. Verá, tengo un amigo que lo está pasando mal en prisión.
— Justicia no es competencia de la Asamblea, supongo que lo sabe.
— Sí, sí. No le estoy pidiendo que interceda por él en ese sentido. Mi amigo necesita un buen abogado para apelar a la Corte de Casación y he pensado que un hombre de su posición, conoce a los mejores.
— Si quiere, puedo darle el teléfono de alguno de los mejores del país. ¿De qué clase de delito estamos hablando?
— Fraude e incendio provocado.
— Un abogado penalista y económico, entonces.
— El problema está en que ya no le queda un céntimo para litigar y ya sabe cómo es la justicia gratuita en este país; por eso necesito su ayuda.
— Ya entiendo.

— He pensado que si usted le ayuda de forma anónima, sería una buena manera de compensarme por las molestias.
— Hay que tenerlos cuadrados para venir e intentar hacerme chantaje, Srta. Re. Me da la sensación de que tantos años de carrera, no le han servido para aprender nada de la profesión.
— No le estoy haciendo chantaje, don… Le estoy pidiendo ayuda, como usted me la pidió en su día. ¿No es así como funcionan las cosas en su mundo?: *Quid pro quo*. Yo hago algo por usted, usted hace algo por mí…
— Creo que ha visto demasiadas veces El Padrino, Srta. Re, pero me cae bien y puede serme útil en el futuro. Cuente con su abogado. ¿Cómo se llama el imputado?
— Giuseppe Pezzino.
— Ahora entiendo… Pensaba que se había echado un amante pero no, es por ese chico.
— Una cosa más, don… Me gustaría que garantizase su seguridad en la prisión de Mesina. Algunos hombres que le respetan mucho, la tienen tomada con él y temo por su vida.
— Yo no tengo ningún poder sobre los reclusos, Srta. Re.
— El poder de la influencia, como el Evangelio: «Una palabra suya, bastará para sanarle».
— Eso son dos favores. Me deberá uno, Srta. Re.
— Considere el segundo una pequeña indemnización por las caricias que me dieron sus hombres en la cara. Y por favor, que él nunca sepa que le he ayudado si acepta mi petición – dijo levantándose de la silla, dispuesta a terminar la reunión.
— ¡Ja, ja, ja! Lo dicho, los tiene muy bien puestos. Ja, ja, ja. Quizá nos veamos pronto, no se vaya muy lejos.
— Espero que no, don… Esta ha sido mi primera y última visita. Puede que, con la perspectiva de los años, haya aprendido que algunas personas ayudamos al prójimo, únicamente, por un sentido idealista de lo que significa la palabra justicia. Ojalá lo entienda y le sirva para redimirse ante el Creador, si es que existe. Gracias por su tiempo y hasta siempre.
— Adiós, Srta. Re. Cuídese.

Aquella palabra, en boca de una de las personas más peligrosas del país, podía significar cualquier cosa. Muy pocos sabían quién era él realmente y quién había sido. Las caras de la mafia son un secreto a voces, pero no más que una intuición o un rumor extendido para amedrentar a quienes no tienen el poder de cambiar las cosas. Sea como fuera, esperaba que su ataque de altruismo no le ocasionara mayores complicaciones en el futuro. Marila no lo aparentó pero, tras su fingida humildad y determinación, estaba cagada de miedo y resopló, aliviada, nada más salir de allí.

———

Como cada miércoles, Marila acudió a la Prisión Provincial de Mesina. Esta vez no deseaba que le contase los detalles de su detención, los conocía mejor que él mismo. El teniente Palermo solamente cumplía con su trabajo y ella comprendía, perfectamente, los motivos por los que fue tan duro en su declaración ante su señoría: se lo debía a un amigo. Pero a Palermo le faltaba la amplitud de miras de su antiguo jefe, tendía a simplificar demasiado las cosas y buscaba, desesperadamente, un culpable al que poner tras los barrotes. Puede que si Leccio siguiese vivo, Peppe hubiese corrido mejor suerte. Sin duda hubiese terminado en prisión, pero de otro modo.

— No se da por vencida, eh –le dijo Peppe con mejor humor del que acostumbraba a tener desde que empezó a visitarle.

— Nunca. Soy más tenaz de lo que puedas imaginarte.

— La verdad es que queda muy poco que contar. A menos que le interesen los detalles escabrosos de la vida en prisión.

— Eso para otro libro. Esta vez he venido a que me escuches tú a mí y no al contrario. –Peppe puso cara de no entender, ladeando la cabeza inconscientemente–. Puede que lo que te diga, no te sirva para nada aquí dentro. O, al menos, para salir; pero aliviará tu alma.

— No la tenía por una persona religiosa, Srta. Re.

— La verdad… he visto tantas cosas, que ya no sé en lo que creer.

Durante las siguientes semanas, Peppe fue armando un puzle que desconocía por completo. Una parte de la historia de Canneto y de sus protagonistas, de la que era completamente ajeno. Marila se había guardado numerosos detalles que jamás verían la luz en un artículo pero que, bajo la ambigüedad de la ficción en un libro, encajarían a la perfección entre los lectores:

07 de Junio de 2008:

Estaba a punto de cumplirse un año desde el día que salió corriendo de aquella isla. Si los parroquianos del bar del puerto, la reconocían, avisarían al dueño y la echarían a patadas de allí; pero ella no podía dejar de pensar en lo que pasó. Anna había sido su confidente durante todos estos años pero, algunas cosas, es mejor guardárselas para una misma.

No, no me estoy refiriendo a lo del secuestro y sí, hablo en primera persona. Tenía que regresar y enfrentarme a mis miedos, sentía la necesidad de saber qué sentido tenía todo aquello y, por descabellado que parezca, aquel ser que no sabía si solo existía en mi cabeza, tenía las respuestas que tanto ansiaba.

Con unas gafas de sol que parecían sacadas de una película de Sofía

Loren y un pañuelo blanco, con florecillas de color lavanda en la cabeza, subí de nuevo aquella montaña. Estaba dispuesta a lo que fuese necesario, a enfrentarme a mis miedos y descubrir que allí no había nada, que todo había sido producto de mi imaginación, de un golpe de calor o del estrés que llevaba acumulando tanto tiempo. Si era así, lo aceptaría; pero si no, esperaba encontrar una explicación más plausible que un enigma encerrado en el siguiente, algo más que un juego de magia que engañase mis sentidos por segunda vez.

Ya no recordaba lo alta que era aquella montaña, eso o había perdido fondo físico en el último año. Llegue casi exhausta a la cima y me dejé envolver por la brisa marina, por el verdor del parque que había en el interior de lo que un día fue la chimenea de un volcán. Caminé hasta el acantilado de la cara oeste, muy cerca de las rocas que hay junto a la Punta Malopasso. Fue allí donde me tropecé con Giacomo Vanole por primera vez, jamás olvidaré su nombre.

Si no lo entendí mal, aquel fue el lugar donde acabó despeñándose; o puede que no y todo estuviera en mi cabeza. En cualquier caso, esperaría allí hasta el último barco de regreso a Palermo, cruzando los dedos por encontrar una cara que se me había quedado grabada a fuego. Muy cerca del barranco, divisé el árbol seco sobre el que se posaron las mariposas; no tenía nada de especial, de hecho parecía llevar muerto desde mucho antes de su anterior visita a aquel lugar, aunque estaba demasiado lejos para asegurarlo. Seguí caminando hasta más allá del escollo que se adentraba en el mar, donde el camino se hacía más escarpado, donde el suelo era peligrosamente inestable y las piedras se desprendían colina abajo.

Hacía muchísimo calor, demasiado. Sería mejor regresar hacia terreno llano y firme o, el peso de la mochila, acabaría por desequilibrarme. La parte interior del cráter tenía algunos de los pocos arboles de la cara oeste, a buen seguro, el mejor lugar para cobijarme y esperar. Había un camino que descendía hacia el otro costado de Malopasso, seguramente, el único por el que descender sin matarse en el intento. A medida que me acercaba a la zona escasamente arbolada, tenía más cerca el tronco que tanto me llamó la atención. Este se situaba sobre un ligero promontorio donde no crecía nada alrededor. Durante varios minutos, no dejé de mirarlo, con el convencimiento de que brotaría ante mis ojos o algo por el estilo, pero no sucedió nada. Saqué de la mochila un bocadillo y una botella de agua, lo devoré como si hiciese varios días que no comía; el ascenso me había abierto un apetito atroz. Después esperé y esperé, con un ojo puesto sobre la ladera del cráter y otro sobre el árbol seco. Sentí la tentación de levantarme y verlo de cerca pero, el canto de los insectos bajo el refugio de aquel viejo acebuche, me dio muchísimo sueño. Intenté no dormirme pero fue imposible.

Debí estar casi dos horas en los brazos de Morfeo porque, al despertar, el sol me estaba dando de pleno en la cara. Deslumbrada y confusa, abrí los ojos, sin saber muy bien dónde me encontraba. Al recordarlo, me sentí ridícula. ¿Qué había ido a hacer, allí sola, en mitad de la nada? Había sido una estúpida si pensaba que los sucesos extraordinarios se repetirían por volver a acudir al lugar donde sucedieron. ¿Qué digo? Una loca imprudente por subir sola a una zona tan peligrosa.

Desencantada y enfadada conmigo misma, bebí un poco de agua, ahora caliente como el orín de un perro, me puse la mochila y busqué el lugar más corto por el que regresar al puerto.

Creo que fue el sonido del crepitar de unas ramas lo que me hizo girarme. Volví la vista sobre aquel estúpido árbol y, de repente, vi un fuego en su base que parecía reflejarse sobre las ramas. Me froté los ojos y comprobé que no era eso lo que prendía sobre estas, sino algún tipo de flor u hojas rojizas. Era precioso, hipnotizador, pero ni siquiera me había dado cuenta de que, entre las llamas y las flores, una silueta permanecía sentada, con la mirada perdida sobre la pira y que, un extraño haz de luz, apuntaba sobre su cabeza encapuchada. Hacía un calor insoportable para llevar aquella ropa, es más, estaba demasiado cerca de la hoguera. ¡¿Qué digo?! Estaba inmolándose.

Corrí tan rápido como pude en su auxilio. Le gritaba sin parar todo lo que se me pasaba por la cabeza, cosas tan absurdas como: «Eh, sal de ahí. No lo hagas. Tranquilo, te ayudaré». Sin duda debía estar soñando todavía y, aquello, era una imagen que mezclaba tres elementos que me tenían absorbida la cabeza: el fuego, el enigmático Giacomo y el árbol de las mariposas. Te juro que lo creí así, pero debía intentar salvarlo.

Cuando estaba a unos metros de él, se puso de pie. Era extraño porque en lugar de calor, sentí frío. Sus llamas no parecían reales, como si no quemasen, ni siquiera ascendían sobre aquella sudadera oscura y que no me hubiese importado ponerme. Por un momento, sentí estar en pleno invierno, sobre un campo nevado, donde el cielo era blanco y ni se distinguía una línea de separación en el horizonte. Se quitó la capucha y me llamó por mi nombre.

— Marila, al fin lo entiendes.

— ¿Giacomo? –parecía tan cambiado, como más mayor–. ¿Qué dices? No entiendo nada. Estoy soñando, ¿verdad?

— Tus sueños nunca han sido sueños, Marila; siempre fueron recuerdos.

El fuego desapareció de su cuerpo y el frío también. En aquel momento tuve la necesidad de tocarlo para saber si era real, y lo parecía; pero en los sueños se pueden sentir cosas que no existen, como el tacto. Es mentira eso que cuentan de que, si te pellizcas, te

despiertas; como mucho sientes el dolor dentro de este.

— ¿Qué está pasando, Giacomo? ¿Por qué dicen que estás muerto? ¿Eres real?

— Tan real como lo eres tú, vieja amiga.

— ¿Somos amigos?

— Sí, desde la infancia. Tan solo que no te acuerdas.

— ¿Cuándo?

— ¿Sabes el día que jugamos con los gigantes verdes y usábamos luciérnagas como mensajeras?

— Sí… –dijo con la boca entreabierta–, ahora me acuerdo. Mis padres decían que tenía demasiada imaginación, que muchos niños tienen amigos imaginarios y que, con los años, desaparecen.

— Al perder la inocencia, se pierde la capacidad para estar entre dos mundos a la vez.

— ¿Recuerdas nuestra batalla?

— ¡Sí! al otro lado de la arboleda estaba el frente enemigo, quería quemar a los gigantes y los topillos nos ayudaban.

— Marila, se acerca la hora de librar esa guerra. Todos los que habéis sido llamados, tenéis una misión que cumplir.

— No lo entiendo. ¿Qué significado tiene todo lo que está pasando?

— Él está midiendo sus fuerzas.

— ¿Él? ¿Quién es él? ¿Por qué habéis aterrorizado a la gente? Os habéis llevado seis vidas con el cáncer. ¡Ellos eran mis amigos! ¿Comprendes?

— Siete almas, siete personas muy especiales. Yo fui el primero en entregarme a la causa.

— ¿Te suicidaste?

— ¡No! Ya estaba muerto cuando caí sobre las rocas. Tan solo debía esperar a que sucediera.

— No te entiendo, tu padre te vio caer. Si no te resbalaste, te tiraste tú.

— Marila, querida. Si sabes cuándo es tu hora, no necesitas que sea una cosa ni la otra; ya estaba enfermo terminal cuando caí al vacío. Escucha, no tengo mucho tiempo: Dentro de un año, un sacerdote te preguntará sobre esto. Dile que ha llegado la hora, que deben prepararse. Al principio no lo entenderá pero, con los años, todo tendrá sentido.

— ¿Un sacerdote?

— Deja de repetir cada cosa que te digo y memorízalo. Dile que él ya está aquí. Repítelo, por favor.

— Ha llegado la hora. Deben prepararse. Él ya está aquí.

— Perfecto. Dentro de una década, un justo pagará por sus

pecados y por los de otros. Cuando llegue el momento, cuenta tu historia al mundo y a él, el primero. Ahora debo irme. No nos volveremos a ver en mucho tiempo pero siempre estaré a tu lado.

— ¿Quién eres de verdad?

En aquel momento, me desperté en mi cama; en mi casa, Peppe. Habría puesto la mano en el fuego, asegurando que todo fue un sueño; pero, a la mañana siguiente, me di cuenta de que era domingo. ¿Me había pasado todo el sábado durmiendo? Así lo creí hasta que encontré el pasaje del barco en mi monedero; tenía picado el billete de ida y no el de vuelta. Esa misma mañana regresé al puerto, le pregunté al señor de la taquilla si me recordaba. El tipo me dijo que cómo no se iba a acordar, que tuvieron que avisar a la policía cuando no regresé en el último *ferry*. Estaban convencidos de que me había pasado algo en la isla y no encontraban mi cuerpo. Se puso hecho una fiera conmigo, me dijo que si me quedaba o volvía con alguien, tenía que avisar. De algún modo, al igual que me pasó cuando era niña, me dejaron en casa, Giuseppe.

Cuando me enteré de tu condena, cuando confirmé que el equipo del Dr. Venerando decía la verdad y no había sobornos ni tramas sucias por medio, comprendí que tú eras la persona a la que se refería aquel ser.

— Una historia increíble, Srta. Re.

— Tan increíble como lo que te pasó a ti con Bianca, ¿recuerdas? Hay fuerzas en la naturaleza que no comprendemos y estoy convencida de que también existen otras inteligencias que no son del mundo que conocemos. Yo he sido una atea acérrima toda mi vida, jamás tuve creencias religiosas. Ahora… Ahora no sé en qué creer.

— A mí no me mire, tengo más preguntas que respuestas –aseguró Peppe.

— Es la hora –dijo el vigilante.

— Supongo que esta es nuestra despedida –intuyó por los ojos con los que le miraba.

— Me temo que así es –respondió Marila–. Te deseo mucha suerte en el Tribunal de Casación y espero que nos volvamos a encontrar en libertad.

— Gracias, Srta. Re –dijo Peppe, estrechándole la mano por primera vez desde que empezó a ir a verle.

— A ti, por todo, Peppe.

— Hay que irse –insistió el vigilante, con toda la sutileza que pudo, consciente de que, aquella, era una despedida permanente.

— Mándeme un ejemplar firmado de su libro –dijo en voz alta,

camino de su celda.

— ¡Cuenta con ello! Suerte, amigo –dijo para sí, en voz baja.

Septiembre de 2009:

— No sabe cuánto le agradezco que haya accedido a reunirse conmigo. El padre Amorth me habló de usted y de lo reservado que es a la hora de aceptar conocer a alguien.

— Aún no he aceptado, usted busca respuestas que nadie debería conocer.

— ¿Cómo? Ah, vaya… Comprendo –dijo, esbozando una sonrisa cargada de incredulidad–. Tengo que confesarle que no creo mucho en estas cosas.

— Entonces, ¿para qué ha venido a verme?

— ¿Sinceramente? No lo sé. Tengo cierta curiosidad, no lo niego; pero la experiencia me ha demostrado que el 99,99 % de estas cosas son un fraude.

— ¿Quién no lo fue?

— ¿Qué?

— Ha dicho el 99,99 %, eso significa que una persona de cada diez mil no lo era.

— Bueno, es una forma de hablar; ya me entiende. He presenciado algunas cosas que no tienen una explicación que alcance a comprender, pero, en la mayoría de los casos, llego hasta el fondo del asunto y siempre hay intereses ocultos tras supuestos hechos excepcionales.

— Resulta paradójico, ¿no cree?

— ¿El qué?

— Usted es un sacerdote y se muestra incrédulo a todo cuanto le rodea. Yo, por el contrario, no tengo unas creencias religiosas muy definidas y creo más, veo más y siento más de lo que desearía.

— No me malinterprete, simplemente creo que Dios dejó un mensaje bastante claro a los hombres; no necesita estar reafirmándolo a cada hora. Son los hombres los que buscan atención sin importar lo que destruyan a su paso.

— Bueno, sinceridad por sinceridad: Acepté recibirle porque noté algo extraño en su carta, nada más –respondió, enseñándosela, aquel hombre extraño con un ojo de cada color.

— Ah, la carta. Es cierto, casi lo había olvidado. Me sorprendió mucho saber que no tenía teléfono. Ahora me siento perplejo, tampoco tiene televisión. Vive rodeado de miles de libros apilados de un modo muy particular. Y sin embargo, tiene un autoclave de esterilización y una envasadora al vacío. Lo reconozco, me tiene intrigado.

— Ya somos dos, monseñor.
— ¿Para qué las utiliza?
— Para esterilizar aquello que quiero tocar sin guantes. Mi piel se resiente de llevarlos tanto tiempo puestos y, este, es mi espacio, mi refugio. Cuando se marche, tendré que utilizar una vaporeta para desinfectar donde se ha sentado y limpiar con lejía todo lo que ha tocado.
— ¿Tiene misofobia?
— Ojalá fuera eso.
— Entiendo, sus dotes de adivinación funcionan a través del tacto, ¿me equivoco?
— No se equivoca, monseñor.
— Bueno… ¿Cómo funciona? ¿Le doy mis manos y usted me lee la mente?
— No, lo siento, no funciona así. Si el mal que padezco se limitase a saber lo que piensa la gente, no tendría que tomar tantas precauciones. Me limito a aislarme del exceso de información porque no es bueno saberlo todo. Pero sí, un simple apretón de manos bastará.
— Ahora tengo un poco de miedo. Si lo que dice es verdad, sabrá más de mí que yo mismo.
— De eso puede estar seguro, monseñor.
— Está bien. Antes de hacerlo, una pregunta; es solo por curiosidad. Dice que ha aceptado recibirme porque notó algo extraño en mi carta. ¿Qué fue?
— Usted viene aquí buscando una respuesta: ¿Qué asustó tanto, a un hombre como el padre Amorth, como para tener que abandonar su investigación sobre los sucesos de Canneto?
— Cierto, aunque eso no es difícil de adivinar utilizando un poco de sentido común o perspicacia.
— Lo que había que decir de Canneto, ya está dicho. Si quiere saberlo, hable con el padre Gabrielle. El mal se disfraza de muchas formas, casi siempre engañando nuestros sentidos y emociones. Por lo que he aceptado verle es por usted, únicamente por eso.
— Está bien, Sr. Cutolo. Estoy listo –respondió, aquel misterioso sacerdote, extendiendo su mano para que se la tocase.
— Llámeme Ángelo, se lo ruego; un apellido como el mío es una vergüenza en esta parte del país.
— De acuerdo, Ángelo. ¿Empezamos? –insistió meneando ligeramente la palma de su mano derecha para captar la atención de aquel hombre que causaba escalofríos con solo mirarlo.

Ángelo Cutolo se quitó los guantes. Con suavidad, puso una mano

sobre la palma de la del sacerdote. Sintió el escepticismo del religioso, de lo contrario, no habría aceptado a dársela.

Aquel hombre guardaba muchos secretos, más de los que puede tener un tipo normal. La mayoría de las personas ocultan con celo pequeños delitos, odios, actos violentos, pensamientos sexuales, mentiras, celos… sobre todo hacia las personas que más quieren, hacia sus amigos y familiares. El ser humano es un recipiente de hipocresías y pensamientos hirientes hacia sus semejantes. Ese tipo de cosas, son las primeras en salir a flote cuando se mira en el interior más oscuro de cualquier ser humano. El prelado vaticano era diferente, sabía cosas que muy pocos conocen: secretos de la sociedad política y religiosa, historias antiguas caídas en el olvido, recuerdos de guerras que ni siquiera se conocen. Decidió agarrarlo con las dos manos y cerrar los ojos para concentrarse y llegar hasta el fondo del motivo por el que tenía imágenes tan vívidas de hechos antiguos, pero todo estaba demasiado borroso. Aquel hombre no sabía que las tenía, permanecían enterradas en su subconsciente, esperando a ser liberadas. Era inútil seguir mirando en los recuerdos de su pasado, había llegado el momento de abrir las compuertas y dejar entrar la energía de su cuerpo:

Fuego, un campo arrasado por un arma aterradora. Poder, se cuentan por millones. Él lo ha encontrado, le ve.

— Tiene que irse –aseguró Ángelo, con brusquedad, quitando sus manos.

— ¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha visto?

— Nada, no funciona. Todo está muy difuso, lo siento. Es la primera vez que me pasa –dijo, mintiéndole claramente.

— ¿No ha visto nada? Algo que me ayude a cerrar la investigación.

— Busque a una periodista: Marila Re. Ella le dirá lo que debe saber.

— ¿Marila Re?

— Eso es. Ahora tiene que marcharse –insistió mientras volvía a ponerse los guantes y se levantaba para acompañarle a la puerta.

— Pero ¿dónde la encuentro? No creo que sea la única persona con ese nombre en el país.

— Vaya a Sicilia, pero usted ya la conoce; la ha visto en televisión varias veces.

En aquel momento vino a su memoria una mujer que había hecho varios reportajes para la RAI. Apenas se había fijado pero sí, su nombre estaba en el pie de imagen de ese fragmento que había conseguido recordar. Se marchó de allí, casi a empujones, con la sensación de haber perdido el tiempo. El padre Amorth mantenía una

extraña fe ciega en los dones de aquel tipo; sin embargo, a la vista de lo sucedido, no pudo evitar pensar que el anciano empezaba a ser víctima de la demencia a causa de la edad. Gabrielle Amorth había pasado tantos años luchando contra el mal, en sus formas más ocultas, que no pudo soportarlo y estaba empezando a mezclar la realidad con su imaginación.

Ya que había viajado hasta Nápoles, no perdía nada por ir a Caronia; llevaba mucho tiempo pensando en hacerlo. Scampia era un lugar sórdido, peligroso. No sabía cómo había aceptado meterse allí, persiguiendo a un vidente de tres al cuarto. Anduvo a toda prisa, con el culo apretado, hasta que encontró un taxi que había tenido el valor de meterse en el barrio.

— Oh, Divina providencia –le dijo, nada más montarse, al conductor–. Al aeropuerto, por favor.

— Recibido, jefe. Si nos damos prisa, llegará a tiempo para tomar el vuelo de las 16:35 a Palermo.

— ¿Qué? ¿Cómo sabe a dónde me dirijo?

— Me lo ha dicho el Sr. Ángelo. Ha pedido el taxi para usted.

— ¿Cómo? –Por un momento pensó que realmente era adivino pero, qué estúpido, él mismo le había dicho dónde debía dirigirse–. Ah, pues supongo que debo darle las gracias. Me ha venido usted de perlas.

Con su influencia, no sería demasiado difícil conseguir una reunión con una reportera de la RAI. Seguramente se interesaría por hacerle una entrevista ya que él había ido hasta ella. Buscó el teléfono de las oficinas de la cadena en la capital siciliana en su móvil y se puso en contacto con la operadora, camino del aeropuerto. El siguiente paso, encontrar hotel.

A las seis de la tarde, ya estaba instalado en el Eurostars Palace. Se pegó una ducha y pensó que lo mejor sería cenar pronto y acostarse, pero, antes de llegar a vestirse, comprobó que tenía una llamada perdida en su teléfono. Aprovechó para devolverla mientras elegía algo de ropa informal con la que bajar a tomar algo.

— «¿Diga?»

— Sí, hola, buenas tardes. Tengo una llamada perdida desde este número, de hace unos minutos.

— «Ah, sí. ¿Cómo está usted? Soy Marila Re. Me han dicho que ha llamado a la redacción, intentando localizarme».

— Ah, sí, es cierto. Encantado de saludarla. No sé si le ha comentado su compañera el motivo de mi llamada.

— (…)

— Perfecto…

— (…)

— No, no… Por mí no hay inconveniente. Es más, acabo de

llegar a la ciudad y no sabía dónde ir a cenar.

— (…)

— Me parece bien. Elija usted el sitio y yo invito.

— (…)

— No, no, insisto. Si lo desea, puedo enviarle un correo electrónico formal. Así sabrá que soy quien digo ser.

— (…)

— Bueno… Por mí no hay inconveniente. Hasta las ocho entonces. Muchas gracias. Un saludo.

Le pareció extraño que aquella periodista accediera a recibirle tan rápido. La gente tiene vida personal, planes, compromisos… El celibato te libra de algunas de esas pequeñas complicaciones cotidianas, sin embargo, en la época en la que viajaba por Sudamérica, todo eran reuniones sociales y compromisos con representantes políticos. Su trabajo actual le obligaba a permanecer en la sombra de esas actividades y, a veces, las echaba de menos.

Había llegado a Palermo por un impulso emocional, sin informar al Vaticano ni a ninguna orden eclesiástica de su llegada. De haberlo hecho, probablemente habría podido hospedarse en alguna casa sacerdotal y recibiría las atenciones del obispo o un abad, pero no quería complicarse en esos menesteres. Estaba convencido de que Marila Re no era más que otro callejón sin salida, un Ángelo Cutolo cualquiera, aunque deseaba equivocarse. No fue difícil encontrar *Il Culinario*: buena comida a mejor precio; nada como hacer turismo gastronómico con quien conoce el lugar.

— Srta. Re… Un placer conocerla –dijo levantándose de su asiento, en la mesa que había reservado aquella periodista.

— Lo mismo digo, monseñor. ¿Lleva mucho esperando? Siento el retraso.

— No, no, he sido yo quien ha llegado antes de hora. No se preocupe. Por favor, siéntese –le rogó, esperando a que ella lo hiera para poder volver a ocupar su asiento.

— Gracias. Llevo un día de locos y solamente he tenido tiempo de pasar por casa a ducharme y tomar un bocadillo a mediodía.

— Entonces tendrá hambre.

— Sí, estoy famélica.

— Estupendo. Pues… usted manda. ¿Qué me recomienda?

— Yo soy más de verdura y pescado que de pasta ¿y usted?

— Completamente omnívoro. –En aquel momento apareció el camarero, dispuesto a tomarles nota.

— ¿Le gusta el salmón?

— Sí, pero el ahumado, no.

— Vale, entonces descartada la ensalada Azteca. ¿Qué le parece

una Valtellinese y una fritura de pescado?
— Perfecto.
— Tráiganos eso, por favor –le dijo al camarero.
— ¿Y de beber para usted?
— Lo mismo que el caballero, vino blanco.
— Perfecto –dijo este, recogiendo las cartas.
— Bueno… Pues una cosa lista –aseguró Marila, intentando romper el hielo.
— Sí, le agradezco mucho que me haya citado tan rápido. Sinceramente, me ha sorprendido.
— Usted a mí también.
— ¿Por qué?
— Porque no me lo esperaba así.
— ¿Lo dice por el traje? Me lo dicen mucho, no soy de los sacerdotes que llevan la sotana a todas partes, ni siquiera el alzacuellos.
— Por el traje y por su aspecto. Me esperaba a un hombre mucho más mayor, probablemente calvo y con una buena papada –aseguró, intentando hacer gala de su mejor sonrisa para que no se sintiese ofendido.
— ¿Decepcionada?
— ¡No! ¡Al contrario! Si me permite el atrevimiento, creo que es usted demasiado guapo para ser cura.
— Ja, ja, ja. Pues supongo que debo darle las gracias. Siento no poder convertir esto en una cena romántica pero le agradezco el cumplido.
— Ah, no, no me malinterprete. Yo soy de otros gustos en ese sentido, no sé si me explico –dijo Marila sintiendo un poco de vergüenza por si le había dado a entender que intentaba ligar con él.
— Perfectamente –le respondió este–. Creo que Cupido no tiene mucho trabajo que hacer aquí esta noche –ironizó, continuando la broma para hacerla sentirse más cómoda.
— Me parece que no –respondió, casi atragantándose, con el primer sorbo de vino que acababan de servirle.
— ¿Puedo hacerle otra confesión?
— No estoy en mi horario laboral pero un sacerdote se debe a las almas necesitadas de paz y consuelo –bromeó.
— No, no es una confesión que necesite para expiar mis pecados –aseguró con la misma buena sintonía que habían alcanzado desde el primer momento.
— Espero que no sea otra crítica a mi falta de alopecia.
— Ja, ja, ja. No, no, descuide. Es una confesión más personal.
— Está bien, soy todo oídos.

— Verá, el motivo por el que he aceptado a reunirme con usted, hoy mismo, es porque le estaba esperando.

— Oh, vaya… Entiendo…

— No, no creo que lo entienda. Hace un año que le espero, monseñor.

— No hace falta que diga más. Ya veo que lo conoce, ¿cómo he podido ser tan estúpido?

— Que conozco ¿a quién?

Marila dudó que se estuvieran refiriendo a la misma persona, era imposible que hubiese oído hablar de Giacomo Vanole. Bueno, quizá no fuese imposible, pero sí improbable.

— ¿A quién va a ser? A Ángelo Cutolo. Los dos me han tendido una encerrona y me han hecho venir hasta aquí para nada.

— Lo siento mucho, monseñor, pero no tengo ni idea de quién es Ángelo Cutolo. Alguien me dijo que iba a venir, pero no es él.

Marila llevaba un año preparándose para aquel discurso y, ahora, no sabía qué decir. Cómo le explicas a alguien que te han dado un mensaje para una persona que no conoces, de la que no sabes su nombre ni cómo es y, peor aún, cómo decirle que el mensaje se lo ha dado alguien que estaba muerto. Bueno, a lo mejor pensaría que murió después de darle el mensaje pero no era el caso. En realidad no sabía si aquel hombre era Giacomo u otra persona, ni tan siquiera si era una persona u otra cosa. Uf, aquello iba a ser tan complicado de explicar…

— ¿Para qué quería verme? –preguntó, intentando ganar tiempo para organizar sus ideas.

— Ese hombre que le he dicho, Ángelo Cutolo. Acudí a él en busca de respuestas para lo que sucedió en Caronia y él me dijo que debía hablar con usted. Sé que no tiene mucho sentido pero me dejé llevar por la intuición, por la esperanza de que tuviese sentido para usted. No lo sé. Dicho así, ahora, parece una tontería.

— ¡No, al contrario! Me hace las cosas mucho más fáciles, se lo aseguro.

Marila empezó a vomitar una historia muy larga, llena de sinsabores y misterios para los que no había explicación lógica o razonable. Las horas pasaron y el camarero les trajo sutilmente la cuenta; captaron la indirecta. El sacerdote se empeñó en pagar la cuenta y decidieron seguir hablando mientras daban un paseo hacia el puerto. Hacía una noche agradable y se hacía tarde. Anna quiso saber dónde andaba a esas horas. Ella la tranquilizó, asegurando que estaba entrevistando a un sacerdote relacionado con lo de Canneto. Eso no evitó que se enfadara, tenía que aprender a desconectar del trabajo en las horas de

descanso. Una vez más volvieron las promesas de compensarla por el tiempo ausente pero, aquel hombre, comprendió que estaba interfiriendo en una relación de pareja y que ya le había contado todo lo que necesitaba saber. Se despidieron con un apretón de manos y la promesa de reencontrarse algún día.

A la mañana siguiente, regresó a Roma en un vuelo directo. Dudó varios días sobre qué debía poner en aquel informe que cerraba el expediente «Canneto» de una vez por todas. Pero, tras meditarlo, puso todo lo que le habían contado: palabra por palabra, dato a dato, persona a persona. Si el padre Amorth, Ángelo Cutolo, Marila o el fallecido Giacomo Vanole estaban equivocados, no era algo que pudiese resolver, por más tiempo que le dedicase a un caso en lo que el Vaticano había invertido más esfuerzos de los moralmente aceptables.

Dos días más tarde, el Santo Padre, Benedicto XVI, le hizo acudir personalmente a su despacho; fue el 15 de octubre. El asistente personal de Ratzinger llamó a la puerta del despacho papal con los nudillos.

— Pase –se escuchó decir en aquel italiano con acento alemán.
— Santidad, monseñor Carlo Vetusta está aquí.
— Dígale que entre.
— En seguida, Santidad.

Monseñor Vetusta acudió al llamamiento del Papa con una de sus mejores sotanas, el fajín morado y su correspondiente solideo a juego.

— Santidad… –dijo este, agachándose para besarle el anillo, mientras el Papa le esperaba de pie, junto al escritorio.
— Levántese.
— Gracias, Santidad.
— ¿Quiere una copa de coñac?, ¿un café?
— No, se lo agradezco mucho.
— Siéntese –le ordenó, indicando la silla que había frente a la suya. Miró al secretario y, sin decir una palabra, este comprendió que debía cerrar la puerta–. He leído su informe. Ha hecho un buen trabajo.
— Muchas gracias, Santidad.

El Papa fue hacia un extremo de la estancia, abrió la caja fuerte y, de su interior, sacó una vieja carpeta de cuero que puso sobre la mesa. Aquella carpeta pesaba demasiado, debía contener al menos mil páginas. Se sentó en su silla y le dijo:

— Monseñor, usted tiene tendencia a separar el grano de la paja en sus trabajos y esta vez no lo ha hecho. ¿Por qué? –Él hizo el amago de decir algo para justificarse pero el Papa le interrumpió y siguió hablando–. No, no le estoy regañando –dijo levantando la mano para indicar que era una pregunta

retórica que no precisaba respuesta–, ha hecho bien. Solo quiero saber si ha puesto todo lo que debo saber en su informe o se ha guardado algo para usted.

— Nada en absoluto, Santidad. Todo está ahí –señalando otra carpeta que estaba a izquierda del Papa.

— Está bien, le creo –respondió tras escudriñar en sus ojos durante unos segundos.

Benedicto XVI abrió el nudo de la desgastada carpeta de piel, tan solo alcanzó a leer una palabra en la primera página:

«**LEVIATÁN**».

— No me ponga esa cara, monseñor: cada cosa, a su momento; ya le llegará el suyo. Puede marcharse –dijo metiendo el expediente de monseñor Vetusta en el interior de aquel viejo legajo y devolviéndolo a la seguridad de la caja fuerte.

El Vaticano es un hervidero de secretos, el servicio secreto más completo y antiguo de la humanidad. Cada investigador trabaja únicamente con una parte del puzle y muy pocos son los seleccionados para conocer la verdad en su conjunto. Quizá, algún día, estaría en posición de tener todas las respuestas.

Vetusta no dijo una palabra, se levantó de su silla y retornó, por los pasillos de uno de los lugares con más historia del mundo, hacia la Plaza de San Pedro. Se giró y contempló la magnificencia de la basílica desde el pie de la escalinata.

— Algún día –se repitió en voz baja.

Epílogo:

El capítulo final de esta novela es completamente ficción. No es más que un esfuerzo creativo del autor para ofrecer una posible interpretación de los hechos acaecidos en Canneto de Caronia, a la vez que un guiño hacia sus lectores más fieles, convirtiendo el final de la novela en una precuela de la saga de «Síndone».

La verdadera Marila Re fue una de tantas periodistas que investigaron el misterio, pero no jugó un papel tan determinante. Algunos personajes secundarios son ficción, así como los detalles de la vida privada de los protagonistas. No obstante, los hechos que se relatan aquí, son completamente ciertos y pusieron del revés a sus habitantes, a las fuerzas del orden público, al ejército y a la comunidad científica italiana.

Las causas que provocaron los incendios de Canneto, así como los sucesos paranormales que se produjeron en torno a estos, continúan siendo un misterio sin resolver y es uno de los eventos de mayor interés mundial para los estudiosos del mundo paranormal, escritores, periodistas y científicos de todo el planeta.

El gobierno italiano continúa sin desclasificar el informe que elaboró el comité de expertos, encabezado por el Dr. Francesco Venerando Mantegna, y del que solo se filtró una parte a la prensa.

Actualmente, Giuseppe Pezzino sigue cumpliendo condena en Sicilia. Una condena, en opinión de muchos, excesiva; equiparable a un delito de asesinato en primer grado. Si bien, la acumulación de cargos puede conllevar penas desproporcionadas, no son pocas las voces que se han alzado al entender que, con esta, pretendieron dar un castigo ejemplar que acallase las dudas sobre cuatro años de sucesos inexplicables.

Antonino Pezzino sigue pidiendo justicia para su hijo.

Acerca del autor

Óscar Recio Callejón

Nacido en Málaga, en 1976, Óscar Recio Callejón cursó estudios de Economía en la Universidad de Málaga y ha trabajado en banca, finanzas y gestión hipotecaria. Inicia su camino como escritor en 2012, con la novela: "Síndone. El Trayecto de un Destino", publicada en 2014. Éste es el primer título de una trilogía que compagina la novela histórica, con el thriller policiaco-religioso. En 2015, tras la buena aceptación de su primera novela, ve la luz: “El Legado de la Síndone”, terminada de escribir a mediados de 2014. Con una narrativa de gran fluidez y una trama que consigue mantener la tensión del lector de principio a fin, Óscar Recio se asienta como escritor y le empiezan a surgir obras por encargo como: “El Buen Ladrón” y “Zamarrilla: La Leyenda”, con las que se inicia como

dramaturgo, en 2016 y 2018 respectivamente. Representadas en el Teatro Alameda y en actos culturales como: “La Noche en Blanco”, de la ciudad de Málaga, obtiene el reconocimiento de miles de malagueños y visitantes. Tres cuentos infantiles, aún por publicar: “Los Guardianes del Tiempo”, “Las Súper Verduras” y “La Gruta” han formado parte de eventos culturales, en centros educativos, con motivo del “Día Internacional del Libro”, en los que ha realizado lecturas y conferencias. En abril de 2021 publica: “Apocalipsis: La Revelación”, una obra a la que ha dedicado varios años de su vida y con la que finaliza la trilogía que empezó todo; debido a su extensión, se publica en dos partes para facilitar su lectura. Con este libro, confiesa haberse vaciado por dentro, tanto emocional como intelectualmente, para dar un final a la altura de las expectativas. En agosto de 2021 sorprendió a todos con su primera novela de asesinatos en serie "Rituales de Castigo", su mayor éxito en ventas y de crítica, una novela con un estilo muy personal y directo, desprovista de artificios y descripciones tediosas donde consigue, con sorprendente maestría, que le lector devore la novela hasta la última página. En agosto de 2022 llega "Canneto", un thriller sobrenatural basado en hechos reales. A medio camino entre el ensayo literario y la novela, Canneto profundiza los sucesos que aterrorizaron a una pequeña localidad de Sicilia en la primera década del 2000.

Libros de este autor

Rituales de Castigo.

¿Un asesino nace o se hace? Con esta premisa, me planteé el desafío de adentrarme en el lado más oscuro de la mente humana y llevarla al límite.
Málaga vive días convulsos tras la aparición del cuerpo de una mujer con extrañas marcas, de carácter ritual, en su cuerpo. Muy pronto, los medios se harán eco de la noticia y estallará el pánico entre la población; todo parece indicar que este no es más que el primero de muchos. El país, conmocionado por el significado de estos símbolos, volcará su atención en el sur de España, pero... a veces, las cosas no son lo que parecen. Descubrir su significado y los verdaderos retos que están por venir, será el mayor desafío al que se enfrente el Cuerpo Nacional de Policía en décadas.
Cuando la gente deja de llevar a sus hijos al colegio, cuando nadie se atreve a pasear por las solitarias calles de la ciudad, en plena noche, o a adentrarse en los parejes más remotos; entonces es cuando lo sabes: el diablo te está acechando.

Síndone. El Trayecto de un Destino.

Lirey, Francia. Año 1356. La Sábana Santa ha sido descubierta y es expuesta a los fieles, por primera vez, tras siglos de anonimato. Pero ¿dónde ha estado durante catorce siglos? Descubre una historia apasionante que ha cambiado el rumbo de la humanidad en varias ocasiones y que no os podéis imaginar cuánto ha influido en el mundo que conocemos. Ahora, ha llegado el momento de desvelar sus secretos.

Pero esto no es más que el principio. Existen grupos de poder que han permanecido ocultos, en la sombra, durante siglos. Ellos conocen el verdadero valor que tiene la reliquia más importante de la cristiandad y han decido robarla.

15 de octubre de 2012, el mundo está sumergido en la peor crísis económica en sesenta años. La crispación social se palpa en el ambiente y atentar contra sus símbolos religiosos es el peor caldo de cultivo para hacer estallar décadas de tensa paz. La Iglesia, los poderes politico-económicos y la intervención de fuerzas oscuras que, aunque

uno no crea en ellas, están ahí, nos llevarán por los recónditos secretos de la mayor conspiración de todos los tiempos. Nadie puede imaginar lo que está en juego porque, la historia de la Síndone y de sus protagonistas, no es casual: todo forma parte del "Trayecto de un Destino".

El Legado de la Síndone.

Tras el éxito de "Síndone. El Trayecto de un Destino", la saga continua con este apasionante thriller que no deja ni un respiro al lector. El nacimiento de un posible nuevo "Mesías" enfrentará a los poderes más antiguos de la humanidad: La Iglesia, el poder político y económico, así como otras fuerzas, más oscuras, que siempre han estado ahí y de las que no somos conscientes la mayoría de nosotros. Todos quieren hacerse con el niño para servir sus propios intereses pero ¿hasta dónde estarán dispuestos a llegar? ¿Será quien afirman? ¿Qué haría la humanidad si tuviera la oportunidad de tener a Cristo hecho hombre nuevamente? La ciencia es la nueva religión pero, ¿cómo explicar lo inexplicable? ¿Hasta dónde estarán dispuestos a creer?

Apocalipsis: La Revelación tomo I

Óscar Recio regresa, tras seis años trabajando en esta novela, para finalizar la trilogía con este nuevo título. En 2012 sorprendió con: “Síndone. El Trayecto de un Destino”, una ópera prima de un autor novel que, como suele suceder en estos casos, tardó tanto en escribirla como en conseguir publicarla. En 2014 llegó al gran público y, el inesperado éxito alcanzado, le pilló trabajando en la segunda parte que surgió por una necesidad argumental, sin ser consciente de la repercusión que había conseguido. En 2015 publica: “El Legado de la Síndone” que, al no tratarse de una segunda parte en sí, sino de la continuación de una historia que dejaba incógnitas abiertas, consiguió satisfacer las expectativas generadas en sus lectores con este thriller apasionante, donde la tensión no deja ni un respiro. “Apocalipsis: La Revelación” cierra el círculo donde el autor recurre, nuevamente, a alternar la novela histórica, con la ficción y el suspense. “Había que terminar la saga con una novela que estuviera a la altura de la expectación creada”. “No ha sido nada fácil escribir una novela creíble basándome en “El Libro de las Revelaciones de San Juan”. No conozco a nadie que haya hecho una obra como esta, y eso que hay cientos de películas y novelas basadas en el Apocalipsis”. “Descifrar los secretos de una obra bíblica, plagada de simbolismos y lenguaje profético, de un modo ameno e interesante, ese ha sido mi mayor desafío”.Óscar Recio se ha “mojado” en esta novela y nos ofrece un mundo lleno de

respuestas a las grandes preguntas: ¿Hay vida después de la muerte? ¿Existen el cielo y el infierno? ¿Estamos solos en el universo? ¿Qué papel juega el hombre en la creación? Un vocabulario científico reviste de credibilidad sus hipótesis aunque, en determinados puntos, requieren un salto de fe para responder donde la ciencia no llega."Estoy seguro de que nadie se va a quedar indiferente al terminarla". "Ojalá consiga abrir la mente y los corazones de muchas personas".

Apocalipsis: La Revelación tomo 2

Óscar Recio regresa, tras seis años trabajando en esta novela, para finalizar la trilogía con este nuevo título. En 2012 sorprendió con: “Síndone. El Trayecto de un Destino”, una ópera prima de un autor novel que, como suele suceder en estos casos, tardó tanto en escribirla como en conseguir publicarla. En 2014 llegó al gran público y, el inesperado éxito alcanzado, le pilló trabajando en la segunda parte que surgió por una necesidad argumental, sin ser consciente de la repercusión que había conseguido. En 2015 publica: “El Legado de la Síndone” que, al no tratarse de una segunda parte en sí, sino de la continuación de una historia que dejaba incógnitas abiertas, consiguió satisfacer las expectativas generadas en sus lectores con este thriller apasionante, donde la tensión no deja ni un respiro. “Apocalipsis: La Revelación” cierra el círculo donde el autor recurre, nuevamente, a alternar la novela histórica, con la ficción y el suspense. “Había que terminar la saga con una novela que estuviera a la altura de la expectación creada”. “No ha sido nada fácil escribir una novela creíble basándome en “El Libro de las Revelaciones de San Juan”. No conozco a nadie que haya hecho una obra como esta, y eso que hay cientos de películas y novelas basadas en el Apocalipsis”. “Descifrar los secretos de una obra bíblica, plagada de simbolismos y lenguaje profético, de un modo ameno e interesante, ese ha sido mi mayor desafío”.Óscar Recio se ha “mojado” en esta novela y nos ofrece un mundo lleno de respuestas a las grandes preguntas: ¿Hay vida después de la muerte? ¿Existen el cielo y el infierno? ¿Estamos solos en el universo? ¿Qué papel juega el hombre en la creación? Un vocabulario científico reviste de credibilidad sus hipótesis aunque, en determinados puntos, requieren un salto de fe para responder donde la ciencia no llega."Estoy seguro de que nadie se va a quedar indiferente al terminarla". "Ojalá consiga abrir la mente y los corazones de muchas personas".

Los Protectores del Tiempo.

"Los Protectores del Tiempo" es cuento creado para los alumnos del Colegio Sagrada familia: El Monte (Málaga), con motivo de "Día Internacional del Libro". Con una témática de protección de la naturaleza e iniciación al bilingüismo. Las fuerzas de la naturaleza, que mantienen nuestro planeta saludable, se personifican en los protagonistas del cuento, aunque, las verdaderas estrellas de la historia, son los niños. Juntos, lucharán contra el malvado "Sombra" (símbolo de la contaminación que amenaza el bosque y a sus habitantes). Los niños irán descubriendo, a medida que avanza la lectura, el significado de algunas palabras en inglés relacionadas con el Medio Ambiente y cómo los personajes que les narran la historia, no son otra cosa que las mismas fuerzas de la naturaleza. Es un cuento encantador y didáctico, muy útil para niños de enseñanza infantil y primaria.
En la parte final del texto, en el apartado: "Sobre el autor", hay otro cuento, gratuito, incluído en este ebook, titulado: "Las Superverduras". No os lo perdáis, se creó con el mismo motivo, al año siguiente, y la finalidad de éste es fomentar una alimentación saludable. Seguro que hará las delicias de los más pequeños y ayudará a los padres a que comprendan lo importante que es comer bien.

La Gruta: Un Cuento Preadolescente.

La Gruta es un cuento, de unas veinte páginas, cargado de aventura, misterio, adivinanzas y moralejas. Es un texto que hará las delicias de niños mayores seis años, si bien intrigará a los padres tanto como a estos. Como casi todas las obras del autor, hay un contenido didáctico de fondo, es este caso: despertar el interés por los dólmenes del Neolíco. Ambientado en el famoso dólmen de Menga, en Antequera, el padre lleva de excursión a sus hijos para que lo conozcan. En su interior, se ven atrapados por un derrumbe fortuito. Un viejo espíritu del monumento funerario, se les aparecerá y les propondrá una serie de juegos y adivinanzas para conseguir salir de allí. Si algo caracterizan las obras de Óscar Recio, son los finales sorprendentes. Este cuento, como no podía ser de otra forma, posee ese último giro que dejará a los más pequeños sorprendidos y con ganas de descubrir más. Sin duda, un magnífico relato para toda la familia.

El Buen Ladrón.

"El Buen Ladrón" es un guión teatral que narra la leyenda de San Dimas, el crucificado a la derecha de Jesús. Según algunos escritos, Dimas cruzó su camino con Jesús, antes de llegar a la cruz, en varias ocasiones. Por otro lado, pese a ser un ladrón, algunas fuentes

aseguran que se trataba de un hombre con bastantes similitudes a Robin Hood (robando a los ricos para alimentar a los pobres); quién sabe, quizá su leyenda de se inspiró en un hombre que vivió 1300 años antes que el famoso arquero inglés. ¿Quieres descubrirla?

Zamarrilla: La Leyenda.

"Zamarrilla. La Leyenda" es el guión teatral, que se realizó con motivo del centenario de hermandades de la Amargura en la ciudad de Málaga, en 2018 y como parte del ciclo cultural de "La Noche en Blanco" que se celebra cada año en la capital malacitana. Varias decenas de miles de espectadores disfrutaron de las once representaciones que tuvieron lugar entre los meses de mayo y octubre, contando con la colaboración desinteresada de actores de la talla de Joaquín Núñez, José Luís Zumaquero y Javier Banderas entre otros.
Esta obra narra los hechos históricos y la leyenda, que surgió a raiz de un posible milagro, del bandido "Zamarilla", el cual tuvo en jaque a los soldados de Carlos IV, a principios del S. XIX. Acorralado en lo que eran las afueras de la ciudad en aquellos años, el fugitivo se esconde en la ermita de una pequeña Virgen, actualmente bajo la adbocación de Amargura, y reza a esta por su salvacón. Lo que sucedió allí dentro, nunca se sabrá con certeza, pero el bandido no fue encontrado. La leyenda narra que cambió de vida radicalmente, tras presenciar un milagro, tomó votos en un monasterio y cada año,en la víspera de su procesión, le llevaba una flor en agradecimiento.